

Buena parte de la NT: 415281
en casi veinte años, Chihuahua, local que acompaña. Quizás porque

863M G38 R48

Adq: 100963, Vol:1, Ej: 5, General
REUNION DE CUENTOS / JESUS GARDEA.
GARDEA, JESUS, 1939-2000
Biblioteca Vasconcelos

escrita
Delici-
sabor
niver-
ez sus

textos están llenos de ellas. Sus historias de la gente del norte muestran sus inquietudes esenciales sobre la muerte, la venganza, el sexo, el significado de la vida. Personajes, muchos de ellos, solitarios, contrastan con la irrupción repentina de color. Retratos de habitantes de tierras inhóspitas, donde la canícula, la crueldad del frío y, en ocasiones, las lluvias incesantes matizan sus deseos, ahogan su optimismo y hacen que su mirada hacia el otro esté impregnada de un humor amargo, que nos sorprende por estar detrás de una escritura sobria que escruta ese mundo en cada uno de sus detalles. La sencillez de la vida diaria de sus personajes contrasta con una honda complejidad interior. Gardea los desenvuelve lacónicamente hasta mostrarnos sus misterios: desde la miseria, la locura y la sensualidad tortuosa hasta la muerte y el asesinato, dejando siempre algo inconcluso al lector para que borde con sus propias imágenes esos retratos. El desamparo, que en esas tierras convierte al hombre en parte del paisaje, da cierta crudeza a sus personajes, labrados con una precisión que deja su impronta. Los habitantes de los cuentos de Gardea toman el color del polvo dorado de las tierras desérticas del norte, o la vaciedad del llano que refleja la inmensidad de un cielo blanco, liso. No falta la pasión que alimenta a todo un mundo narrativo que el autor ha ido construyendo con sus relatos llenos de murmullos, que lo han puesto ya en un lugar relevante en la literatura mexicana.

Esta antología reúne cinco libros del autor: *Los viernes de Lautaro*, *Septiembre y los otros días*, *De alba sombría*, *Las luces del mundo* y *Difícil de atrapar*. Entre sus novelas se cuentan *El sol que estás mirando* (FCE, 1981), *El tornavoz*, *La ventana hundida*, *La canción de las mulas muertas*, *Soñar la guerra*, *Sóbol* y *Los músicos y el fuego*. Además, publicó algunos poemas con el título *Canciones para una sola cuerda*.

JESÚS
GARDEA

REUNIÓN DE CUENTOS

NT: 415281
Adq: 100963
Vol: 1
Ej: 5
General

863M
G38
R48

Biblioteca Vasconcelos



JESÚS GARDEA

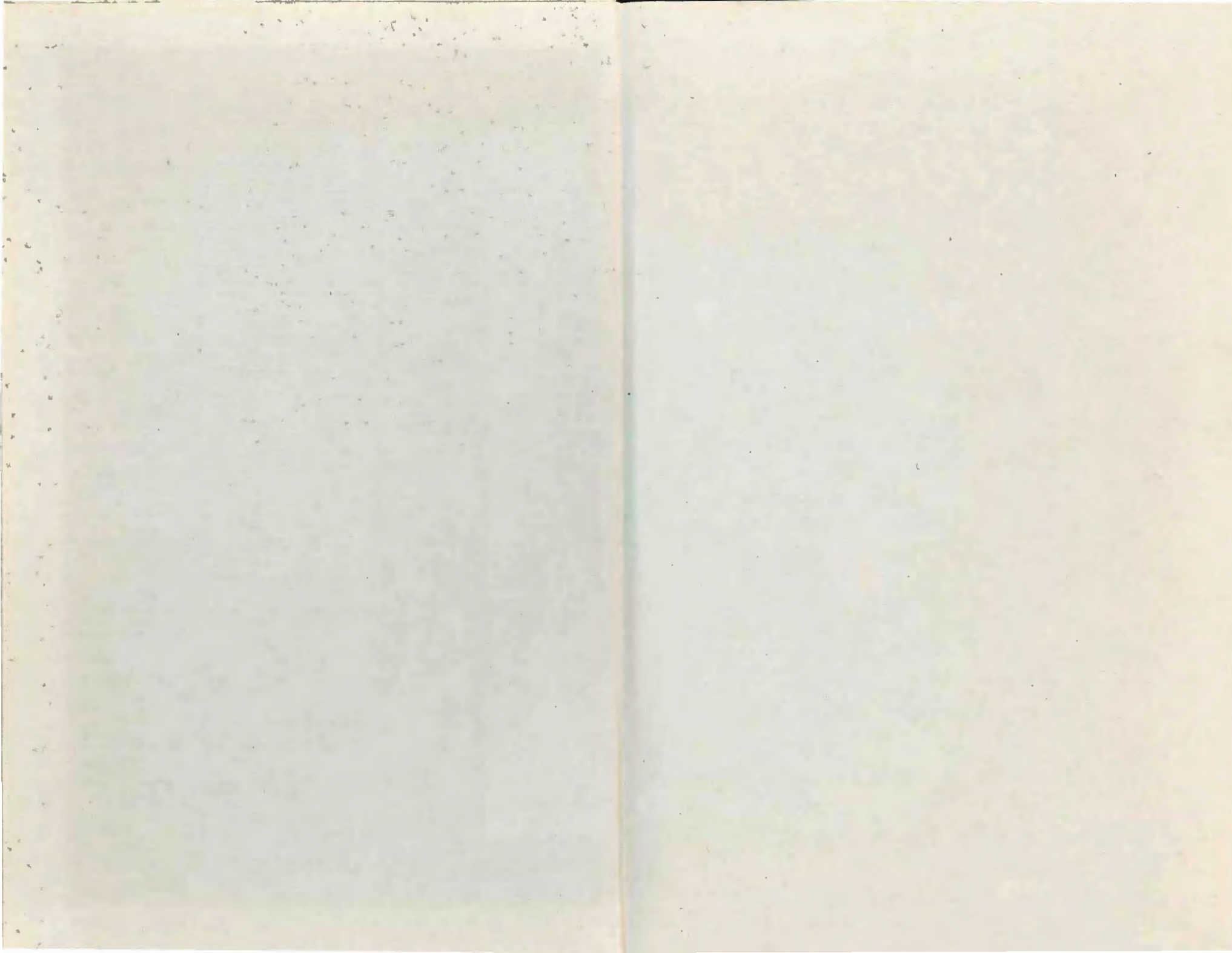
REUNIÓN
DE CUENTOS

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



9 789681 658120



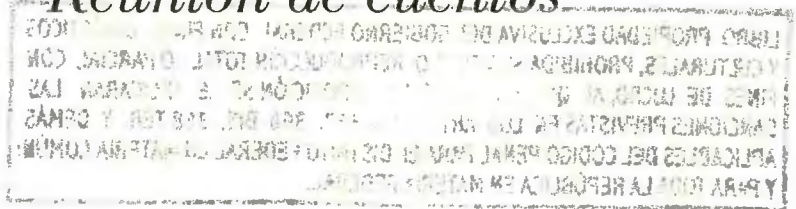


letras mexicanas

REUNIÓN DE CUENTOS

JESÚS GARDEA

Reunión de cuentos



letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 1999

LIBRO PROPIEDAD EXCLUSIVA DEL GOBIERNO FEDERAL CON FINES DIDÁCTICOS Y CULTURALES, PROHIBIDA SU VENTA O REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL CON FINES DE LUCRO, AL QUE INFRINGA ESTA DISPOSICIÓN SE LE APLICARÁN LAS SANCIONES PREVISTAS EN LOS ARTÍCULOS 367, 368 BIS, 368 TER Y DEMÁS APLICABLES DEL CÓDIGO PENAL PARA EL DISTRITO FEDERAL EN MATERIA COMÚN; Y PARA TODA LA REPÚBLICA EN MATERIA FEDERAL.

LOS VIERNES DE LAUTARO

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

D. R. © 1999. FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-5812-4

Impreso en México

A JAIME LABASTIDA

A mis hijos JACOBO e IVÁN

Primera edición, Siglo XXI Editores, 1979

AQUELLOS BAMBA

CUANDO COMENZÓ A OSCURECER LA MAÑANA, la madre de Candelario Bamba aseguró que su hijo sería otro al volver la luz. La mañana de la tempestad de tierra, Candelario Bamba cumplía cuarenta años. El alcalde del pueblo, Ángel Bautista, y algunos vecinos notables, acordaron obsequiarle a Bamba un juego de herramientas de hortelano. Hubo, antes, música de guitarra y canciones. El alcalde esperaba el momento más feliz de la fiesta para poner en manos del festejado el regalo. Pero entonces, las cosas se aplanaron. Y todos, medrosos, aleteando, huyeron despavoridos del patio oscuro de los Bamba.

Candelario Bamba, al día siguiente, como si recién despertara, arrastró su mecedora desde el tejaván al centro del patio, junto a un viejo tronco. Luego llamó a la madre, y con voz tranquila le dijo:

—Consígame usted un cuchillo de monte y barniz.

La madre quedó alucinada por el sol de estas palabras. A ciegas salió a la calle, hacia la tienda de Ángel Bautista. En la tienda contó el milagro, recordando cómo lo había profetizado sin proponérselo; porque sí.

La noticia dio varias vueltas al pueblo. Nadie podía creer que el zonzo de Candelario se hubiera puesto a hablar de pronto, tras una existencia de entero silencio. Esa misma mañana, todo el pueblo acudió a admirarlo; a ver en qué trabajaba y cuál era su voz.

Más tarde, a la hora del crepúsculo, la madre de Candelario Bamba comprendió que la noche no detendría los afanes del hijo. Cortaba éste la madera del tronco y la convertía en largos cañutos. Le acercó, para que combatiera las tinieblas y la sed, un quinqué, una jarra con agua y un vaso. Después, desde una ventana de la casa lo estuvo contemplando hasta el amanecer. La visión de su hijo coronado por las libélulas le trajo a la memoria el recuerdo del

único hermano de ella: Neftalí Bamba. Por boca de unos viajeros supo que Neftalí era un gran carpintero de instrumentos músicos, en otro pueblo, corazón de unos bosques. Neftalí debía estar bastante viejo y atiborrado de manías. Y tal vez la hubiera olvidado ya. Contando con esto decidió, sin embargo, escribirle. Neftalí Bamba llegó al pueblo un sábado.

La madre de Candelario lo vio venir por el camino, ágil como un joven, tocado con un sombrero negro de seda. Abrió la puertita del patio. Fue directo a Candelario.

—¿Qué estás haciendo sobrino? —le preguntó.

Candelario alzó los ojos para verlo:

—Quiero una flauta —le dijo.

La madre de Candelario Bamba no logró que su hermano entrara a vivir en la casa.

—Se te agradece, Magdalena —le decía mientras ahuecaba uno de los cañutos de Candelario.

—Pero hay cosas mejores en el mundo que cuatro paredes.

La madre se cruzaba de brazos, respiraba fuerte.

—Es que te vas a insolar, Neftalí —le argüía.

—No, porque ya he pensado en eso. Tú me prestarás una sábana, mi cobertizo, Magdalena.

Disgustada por la testarudez del hombre, volvía a la casa, removiendo con sus manos el aire intensamente luminoso de la tarde. Pero una vez que estaba dentro, se calmaba e iba luego a comprobar la cantidad de petróleo que había aún en el depósito del quinqué. Y si el depósito no necesitaba combustible, entonces pasaba a preparar la merienda de los dos hombres. Cubría la merienda con un trapo y, con el sueño en el cuerpo, se retiraba a dormir. El alcalde le decía que era una tontera desvelarse cuidando al parecito. Pues él los tenía estrechamente vigilados no a causa de Candelario, claro, sino por el visitante, cuyas costumbres el cabildo no podía avalar.

El tañido de una flauta despertó a la madre de Candelario. Con una mano desbandó los moscos que la asediaban. Al parecer, la flauta se oía en el patio, mansa y ajena a aquellos lugares. El resplandor azul de la noche inminente entraba por la ventana. La

madre de Candelario se puso de pie y espantó de nuevo a los moscos. Pensó que el flautista era hombre de vastos pulmones porque no decaía su hermoso trabajo un segundo. Cuando entró a la cocina por la merienda y el quinqué, la música de la flauta estaba aposentada ya en sus huesos. Tomó a tientas los cerillos de la mesa para encender el quinqué. Y ahora sentía el tañido en el vientre, llamado de macho en celo.

—Candelario fue la raya —dijo en voz alta—. El fin de las noches de amor.

A la luz del quinqué, Neftalí Bamba paró de tocar.

—Sabía —le dijo la madre de Candelario— que eras maestro de carpinteros; no músico. Me levantaste cenizas. Dime, Neftalí, ¿de dónde has sacado eso?

Neftalí Bamba no respondió, pero dijo:

—Sé pulsar diversos instrumentos, Magdalena.

—Yo no estoy preguntando por la extensión de tu gracia, Neftalí —dijo la madre de Candelario, y luego insistió—:

—¿De dónde? Neftalí.

La flauta de Neftalí Bamba estaba labrada con figuritas que la hermana no alcanzaba a ver bien. Neftalí Bamba se golpeó un muslo con ella y contestó.

—De ninguna parte, Magdalena; ésa es la queja de la madera hembra.

—Tú la atormentas entonces, Neftalí —dijo la madre de Candelario, medio llorosa.

—Yo no sé —respondió Neftalí Bamba—. Yo digo que la enamoro.

La vigilia de esa noche transcurrió para la madre de Candelario Bamba lentamente. Necesitaba del sol y los panes del siguiente día. En su hermano Neftalí había diablo escondido. El pan sería el cebo que iba a atraerlo a la clara superficie. Mentiras lo de la madera. A la edad de Neftalí los hombres que eran incapaces de cejar en el empeño dulce, para coronarlo se valían de medios de gran finura. Y muy probablemente Neftalí perteneciera a tal tipo de apetitosos. La madre de Candelario sentía que la vejiga le pesaba peor que bola de plomo. Apretó las piernas, que se le

pegaron con el sudor como dos cuerpos. Por nada de este mundo iba a levantarse a orinar. El retrete de noche era siniestro, un ruidero de láminas y tablas podridas; si los orines querían salir que salieran, pero sin incomodarla. En el patio, Neftalí le daba a Candelario, uno tras otro, los cañutos para que los probara.

Neftalí escuchaba los pitiditos como si fueran las voces de Dios. Cuando Dios no era diáfano en su lengua de pájaro, Neftalí lo llamaba por segunda vez a la boca del cañuto y le recomendaba no atropellar las notas. Entonces Candelario se le quedaba viendo a Neftalí. Y después, echándose contra el respaldo de su mecedora comenzaba a reírse con él, anchuroso como un río de mayo. Neftalí no miraba más a su sobrino con ojos de maestro; se había transformado en el viejo compañero de afortunadas nataciones.

Impulsado por la risa, Candelario iba y venía en el columpio de la mecedora. Algunos cañutos rodaron de la mesita al suelo. Las virtutas del pan de la merienda brillaban como pesca de gambusino en el plato de barro.

Pero a la madre los ataques de hilaridad no le hacían gracia. Era sólo el modo que su hijo y su hermano tenían de ahogar el sueño. A veces el ataque se continuaba por media hora, con fugaces intervalos de cordura que los reidores aprovechaban para secarse el llanto. No le hubiera extrañado nada ver entrar a los espías del alcalde al círculo de luz, exigiendo silencio.

El alcalde le había advertido:

—Procure, señora Bamba, que sus gentes no lleguen nunca a la estridencia; recuerde que el reposo de mis paisanos lo tengo por sagrado.

Ángel Bautista era un niño.

—Correcto —le dijo—, pero no olvide usted que yo soy una anciana que apenas pesa lo que el otoño en una sola de sus hojas, y que a mí esos estridentes con su viento de risas me arrancarían en un santiamén del árbol de la vida. Si perturban la paz, cargue con ellos, llévelos a vivir a la cárcel; al umbral de su casa, Bautista, como quien dice.

Pasados tres días, el alcalde volvió para anunciarle que conmutaría, si lo obligaban, la prisión por el destierro.

Neftalí estaba recogiendo del suelo los cañutos caídos. Candelario lo observaba atentamente.

Candelario quizás se convirtiera, andando las noches, en célebre flautista.

Habría que vivir para verlo.

Sin levantarse de la silla, la madre de Candelario aflojó despacio los muslos y comenzó a orinar.

—¡El océano que trafa yo adentro! —dijo aliviada del plomo.

Se inclinó sobre el marco de la ventana. El aire del patio estaba hecho un bagazo por tantas horas de sol, de polvo. Llevaba una semana y días de centinela de Candelario.

Siendo la víspera del cumpleaños de Candelario, el alcalde vino a hablar con ella. Le obsequió un retazo de cretona descolorida y comestibles. Ella le dio las gracias, abrazando contra el pecho huesoso la cajita con la mercancía.

—Considéreme usted, señora Bamba —empezó el alcalde—, enemigo del clima que rodea a su hijo. Administraciones precedentes encontraron natural semejante atmósfera. Error, señora Bamba.

El alcalde se había desabrochado y abierto la camisa. En el pecho le hervía de calor la pelambre entrecana, rizada al pie del cuello. Las mujeres del pueblo decían que esos rizos eran el producto de los deditos aburridos de la esposa, cuando el alcalde la montaba. “Bautista —confesaba la esposa—, de hombre tiene solamente lo felpudo que luce entre las tetillas. No le importa que yo no dé flores.”

—Error —repitió el alcalde—; su hijo, señora Bamba, es una fuerza de trabajo a la que debemos apartar del ocio. Grava con el ejemplo nuestra proverbial laboriosidad, señora Bamba.

Hipócrita Bautista. Aceptó, no obstante, su proposición: por la música y las canciones que traería gratis al patio de la casa. ¡Oh, la tontería del alcalde, pretendiendo expulsar a Candelario a lejanos lugares, como si ella no contara para nada!

—Ángel Bautista —no se cansaba de advertirle—, no te engolfes en tu cargo porque, al desmandarte, no serás sino odioso peludo.

La madre de Candelario se desnudó detrás de la puerta del cuarto. Mantuvo, apoyándose en la perilla, abierto el compás de sus piernas. La piel por donde habían corrido los orines le ardía como una quemadura. Giró un poco el cuerpo hacia la ventana, ávida de aire. Luego se miró el sexo. Otro, irreconocible a la luz del amanecer. Pensó en el bosque de Neftalí y en la mujer sin flores del alcalde. El vestido que iba a ponerse lo había usado para el cumpleaños de Candelario la semana anterior. Olía a mueble viejo y le faltaban el moño y los botoncitos de fantasía, todo arrancado por el viento de aquella mañana.

—Desde hoy —le dijo Neftalí Bamba a su hermana— entraremos a vivir a tu casa.

La madre de Candelario se le quedó viendo, azorada. Neftalí tomó la mecedora de Candelario y caminó rumbo a la casa. No habían tocado el pan.

—Desayunaremos adentro, madre —le dijo Candelario.

El alcalde, acompañado por dos hombres, observaba la escena desde el barandal del patio. El reflejo del sol en su camisa amarilla le producía a la madre de Candelario mucho ofuscamiento. Los acompañantes mismos, de lentes ahumados, debían sufrirlo también.

—Llévate pues el pan y el café —pidió la madre a Candelario—; ahí voy. Antes quiero preguntarle a Bautista qué anda buscando aquí a horas de cabildo.

Candelario Bamba volteó a mirar entonces al alcalde y dijo:

—El tío Neftalí ha dicho que por causa de ese hombre, la primavera es casi un sueño entre nosotros.

Cuando estuvo frente al alcalde, a la madre de Candelario se le volvieron de agua los ojos.

El alcalde mandó a sus hombres que se retiraran.

—No llore usted, señora Bamba; ¿en qué puedo servirla? —le dijo.

—En nada, Ángel Bautista —le dijo la madre de Candelario—; estoy llorando nomás de pensar en los años que viví yo sola en la casa.

HOMBRE SOLO

EN LA CALLE, pequeños remolinos de polvo se persiguen. Son las doce del día y desde temprano ha estado soplando, flojo, el viento. Las sombras están de pie junto a las paredes, deslumbradas y mordidas por la resolana. Los tres árboles que hay en la calle soportan mal el furor de agosto. El calor casi los hace arder. Sus ramas rechinan como puertas viejas. Juan Zamudio, como vino al mundo, ve y oye todo esto. Ya se sabe de memoria el verano. Sesenta años de conocerlo no son pocos. A lo único que Zamudio no puede acos-tumbrarse es a la impertinencia de las moscas. Y a alguna otra cosa, de por dentro, y que no sabe bien a bien de qué se trata. Zamudio se defiende de las moscas matándolas con un periódico hecho rollo. Pero de lo otro no atina a defenderse. No atina sino a sufrirlo.

Juan Zamudio dejó abierta la puerta de atrás de su casa, así como la del frente, situándose en el camino del aire, con la esperanza de refrescarse. Que ésa es mera ilusión suya, lo atestiguan los charquitos de sudor que se ven a sus pies. Zamudio es un hombre flaco, un enamorado de su esqueleto. Dicen que a él le sudan los huesos, cuando no sea, en realidad, el alma. Lo dicen porque lo que suda es de color blanco, como agua de cal, y porque a veces huele a cosa largamente encerrada.

Cuando descansa de aplastar moscas, Zamudio se pasa la mano libre por las costillas, como un hombre que le acariciara las cuerdas a un instrumento.

Respira hondo entonces. Y se pone de pie.

Zamudio es también un hombre alto y al andar se balancea hacia los lados. En la última pieza, la del fondo, tiene un tanque con agua y rodajas de limón. Y hacia allá se dirige, pensando en los árboles que atormenta el sol.

Juan Zamudio usa un cucharón de peltre para beber. Bebe sin

preocuparse de las rodajas, que escupe, después de chuparlas, igual que si fueran espinas de pescado.

Él no plantó los árboles, pero los árboles viven gracias a él. Por otra parte, encuentra muy grande consuelo en ellos, sobre todo en los días que sufre de aquello que no entiende.

Zamudio vuelve a pasarse la mano por las costillas. Cuelga el cucharón del borde del tanque. Se acerca después al calendario de la pared y le arranca una hoja. Esto parece reportarle felicidad, porque sonrío y tiene de pronto en sus ojos más luz que agosto. Sus ojos son grises y desolados. Pocos los pueden ver sin que sientan desértico el mundo. Hace una bola con la hoja y la avienta al patio. La bola de papel se hunde en la luz como una piedra en el agua de un estanque. Zamudio, requemado por el sol, no trabaja el día último de cada mes.

Juan Zamudio hace palomitas de lámina que vende en la plaza. De lejos refulgen como la plata, como luminarias. Zamudio lleva muchos años acudiendo a la plaza. Cuando negocia, nunca mira a los ojos del cliente, temeroso de perderlo. De ahí le ha venido la fama de perverso. Pero nadie le teme. Siempre se halla a los ojos de todos en pleno sol.

Zamudio, como las frutas, ha ido madurando con el calor de los veranos: dueño ya de unas voces que escucha dentro de él.

Zamudio duerme apenas. Emplea las noches en volver a las voces y en tratar de entenderlas. Se acuesta boca arriba y espera. Las voces se anuncian como se anuncia la lluvia. A Zamudio se le agita entonces una fronda íntima y se le llena el pecho de rumores.

Esto no dura. Las voces quieren ser descifradas. Zamudio va a sufrir en el afán. Será acosado por ellas: se le pondrá sitio de lumbré a la cabeza. Viniendo el alba, medio ardido, humeante, se arrepentirá —como siempre— de haberse tendido a esperar.

Desnudo como se encuentra, Zamudio se acerca a la puerta por donde acaba de aventar el papel y orina un grueso chorro que parece de oro. El ruido debió de oírse en los cielos. De eso está seguro Zamudio, y orgulloso. Nadie como él para orinar un torrente.

Los pelos de su sexo son como los de su cabeza, rubios.

Lo que no se explica es el color amarillento del chorro, con tanta agua como bebió. Piensa en las rodajas de limón, en que él no conoce enfermedad, como no conoce las canas.

Recula unos pasos y ve, de nuevo, el calendario.

Por segunda vez sonrío. Tiene la creencia de que si arranca al mediodía, la última hoja del mes, lo bueno le vendrá doblado y más de prisa.

Vuelto a su banco de lona sudada y a la mortificación de las moscas, Zamudio dormita un poco pero manteniéndose erguido, al modo de un centinela.

Entre lo que logró averiguar en el ruido de las voces, en los fugaces respiros que le dejaba el asedio, había un mandato de permanecer, con huesos y músculos, a la expectativa. Como si de un momento a otro tuviera que verse obligado a saltar sobre un abismo.

El crujido de las ramas de los árboles se ha intensificado.

Zamudio ahora oye el jadeo más fuerte y la compasión lo invade.

Los remolinos de polvo de la calle vienen a estrellarse contra el espíñ de la puerta, a cernirse allí. Zamudio encoge las piernas: el polvo blanco, su contacto, siente que le daña: ha visto la obra del polvo, empujado por el viento, en la corteza de sus árboles. Busca con los pies debajo del banco los zapatos. Sabe que no debe ausentarse de la casa para nada, que allí debe permanecer, esperando: pero son los árboles los que no lo dejan tranquilo.

El mes pasado no hacía tanto calor: con echarles a diario un balde de agua bastaba. Hoy no. Hoy, si no se les auxilia, para las tres de la tarde estarán ardiendo como antorchas.

Zamudio se pone los pantalones.

De un golpe con el periódico mata cinco moscas que le pican en el hombro. Las demás suspenden el ataque, y forman un coro que él se apresura a dispersar. Que las moscas tejan sin medida y sin concierto, cada una para su santo, su zumbido, lo tolera. Pero lo que no tolera es que se unan con el fin de taladrarle, de vaciarle los nervios.

Zamudio va y trae con qué regar los árboles.

A Juan Zamudio le juegan el viento y el polvo entre las piernas. En la acera de su casa las sombras han comenzado a caer y a rodar hacia la calle. Zamudio se pega a la pared, hunde, como puede, el cuerpo en la sombrita que nace. El agua que lleva del lado del sol, en el balde, le hiere, intermitentemente, los ojos con su reflejo. Los árboles no están lejos ni demasiado separados uno del otro: Zamudio, a poco, abandona la sombra y cruza la calle.

Entonces vuelve los ojos a la casa, como quien es esperado, de fijo, allá.

La puerta del esprín está abierta y Zamudio piensa en los viajes que todavía tiene que hacer con el balde.

Los pelos rubios de su cabeza, con los rayos del sol, se aclaran como las palabras con el reposo.

Zamudio es parco para hablar.

Debajo de los árboles, el viento suena mucho. Zamudio mira al fondo de la calle solitaria. Su vida —piensa— es como esa calle.

Zamudio se agacha para vaciar el agua del balde en la fosa del primer árbol, colmada de polvo. El polvo se traga el agua como si nada. El ruido de cascabeles del viento crece y le resuena a Zamudio en la caja de las costillas.

Zamudio se endereza y vuelve a mirar la calle.

Una figura de hombre o de mujer —no alcanza a distinguir bien— se aproxima andando muy despacio. Zamudio sonrío. Como cuando le arranca la hoja al calendario.

Al caer la tarde, han caído también el viento y el polvo. Juan Zamudio está inmóvil. Las moscas, atontadas por el calor, se pasean como animales de la tierra, por brazos, hombros y piernas de Juan Zamudio. Zamudio no se mueve desde que regresó de los árboles. Conserva puestos los zapatos y los pantalones. Mantiene a raya la desesperanza: los años le han enseñado que en el mundo existen cosas que llegan a su destino sólo dando mucho rodeo. Juan Zamudio piensa, además, que aún queda la noche.

LOS VIERNES DE LAUTARO

LAUTARO LABRISA CONTEMPLA AL ZOPILOTE. Sin quitarle la vista, toma el miralejos. Ve primero las terrazas solares del aire. “Las terrazas —murmura— siempre serán las mismas: puro reflejo de acá.” Conforme se va acercando al pájaro, el aire azul se oscurece. De la bolsa del pantalón, Lautaro saca un pañuelo para limpiarse el sudor de la nuca. Hacia el mediodía ya no le bastará y tendrá necesidad de su tina de porcelana, con agua del pozo. Pero no todos los veranos la tina resulta suficiente. Hay estíos particularmente infernales, de cosas al rojo vivo. Por eso es bueno observar al zopilote: detecta lo tórrido mucho antes de que aparezca. Lautaro da un paso atrás y baja el miralejos. “Tanta negrura en las plumas —se queja a su gato echado en el fondo de la tina— me asusta.” El gato al parecer no lo oye, feliz entre las paredes de la tina ornadas con pintados racimos de vid. “¡*Talavera!* —le grita— te estoy hablando, despierta.” El gato entonces abre los ojos de topacio y los fija en su amo. “Te decía —continúa Lautaro— que cuando enfoco al zopilote siento un miedo grande; igual que si me abrazaran los muertos.” Lautaro se guarda el pañuelo. “Por fortuna, *Talavera* —dice—, a ese hondón no vuelvo; he leído lo que tenía que leer. Habrá un verano benigno.” El gato se pone a cuatro patas y salta, apoyándose apenas en el borde, fuera de la tina.

El pozo de Lautaro Labrisa tiene la boca a ras de tierra. Lautaro lo tapa con una lámina de asbesto, mantenida en su sitio por el pedrusco que obtuvo del chofer de un camión materialista. El hombre andaba perdido en los arenales, paseando nomás su montecito de piedras. Desde temprano Lautaro oyó el motor, pero no le hizo caso. Seguiría allí, sonando en el aire de la mañana, hasta que el camión entrara al último círculo de la espiral y topara con la casa del oasis. Como a las seis de la tarde, efectivamente, el

camión se detuvo frente al pozo. Enfundado en un overol, de polvo dorado por el sol, el chofer dijo que se había quedado dormido al volante la noche anterior, sobre la carretera. Lautaro le extendió una vasija con agua. El chofer se bebió el agua de un trago. Lautaro, en silencio, se la volvió a llenar y un segundo antes de que terminara, le advirtió: “Ésa es toda la que hay de filtro”. “¿Qué tan retirado estoy de la carretera?”, le preguntó el chofer regresándole la vasija. “No sabría decirle —le contestó Lautaro—. Yo trabajé allá, paleando grava hace muchos años. No sabría decirle ni siquiera hacia dónde está.” El hombre lo miró incrédulo. Suspiró. “Bueno, ¿cuánto le debo por el agua?”

Lautaro le señaló la caja del camión: “Una de esas piedras”, dijo.

Lautaro Labrisa ha colocado, profundamente hincados junto al pozo, tres gruesos palos unidos por las puntas para aguantar una polea de madera. Una de sus tareas principales, cada mañana, consiste en revisar que la polea no tenga rajaduras, que su eje metálico, vasto como canilla de pulsador, esté libre de arena. Hace girar la polea despacito. Le acaricia la canaladura lustrosa como si tuviera entre las manos el sexo de una mujer y piensa en el tiempo que lleva de prestarle servicio. Y también revisa, ya para ir al tejaván, el alambre que amarra la polea a los palos. En el tejaván, enroscada, tiene la sogá con la que maniobra en el pozo. La probará cuando se halle corriendo por la canaladura de la polea, tensa, con el balde de agua en el extremo.

Lautaro mira de nuevo el cielo. El zopilote vuela ahora muy cerca de la línea del horizonte. Lautaro lanza un escupitajo a la sombra. “Ya se cansó el cabrón”, piensa. Luego ve la hora en el reloj. Dando la una de la tarde deberá encontrarse, sin falta, tomando su baño diario.

Lautaro Labrisa suele dormirse en el agua. Sueña entonces con mujeres. Las posee mientras canta. Se embriaga de tocarlas y explorarlas, y no es raro que alguna le florezca entre las manos, arrancándole exclamaciones de alegría. Sueña que le brota esperma colorida. Un espasmo gigantesco, resonante, le avienta los huesos, la piel, la saliva, contra el cielo del mundo. La explosión lo des-

pierta. Su sexo emerge de la superficie del agua, todavía pulsátil. Lautaro oye el tic tac del reloj que ha dejado sobre una silla. Busca al gato con los ojos. Lo llama. Pero como no le responde, vuelve su mirada al sexo y lo empuña por la raíz. Brevemente lo tiene así, luego lo suelta, y se incorpora. “*Talavera*, ven, vamos a comer; son pasadas las cuatro.” La comida de Lautaro es carne seca, maíz tostado, nueces y agua. A veces la acompaña con una tablilla de chocolate amargo. Lautaro no cena ni almuerza. Cree que los sueños de las tardes lo alimentan como si fueran un festín. Para probarse la verdad de esto, el día que no vienen mujeres al agua de la bañera, come doble ración, y aún por la noche, vuelve al saco del grano. Habitualmente Lautaro y el gato comen juntos; Lautaro sentado a la turca: encima de la cama.

A las cinco de la tarde, Lautaro Labrisa y su gato van ya de camino. Lautaro va haciendo el inventario de los objetos que quedaron en el tejaván y en la casa. Se mira emparejando la puerta, en la que puso un testigo, por si alguien entrara a robarlo. Otro tanto hizo con el pozo. Pero mientras sube y baja por las dunas y mira, su alma disuelta en profunda paz, la inmensidad que lo rodea, se mofa de sus propias medidas de seguridad, de la contabilidad de sus tristes prendas. Cinco años tiene dejando la casa sola una vez a la semana y nunca se le ha perdido nada. Quizás de lo único que debía cuidarse es de los hombres que lo aprovisionan; pero ellos vienen sólo los sábados. Los invita a pasar para que descansen tumbándose en la cama, en las sillas. Ellos se quitan los zapatos en la entrada para sacarles la arena y no se los vuelven a poner sino hasta el adiós. Son tres hombres de mediana edad. Y huelen a hierba del desierto, mil veces macerada por el sol. Transportan sus mercancías en mochilas de lona que lucen un techito protector. Él nunca ha podido averiguar de dónde proceden. Ellos le dicen, escuetos: “Venimos del otro lado de las dunas, Labrisa”. Le mienten. Pues del otro lado de las dunas no hay casas, hay un valle arenoso.

El gato lo precede varios metros, dando saltos como caballito. El viento de las soledades, cuando el animal llega a la cresta de la duna, le hace vibrar, como una jara, el rabo.

La faja de dunas —atrás de la casa— es angosta y se la atra-

viesa, a buen paso, en cuarenta minutos. La tumba de la mujer está después. En el valle donde los falaces sitúan quién sabe qué pueblo. La tumba de Ausencia Talavera, su mujer, es una especie de altarcito de huesos y cornamentas. Blanquea el aire y enreda al viento vespertino en su dura maraña. Los primeros tiempos venía él solo. Pero luego, el año pasado, con la provisión y las noticias que le inventan, los comerciantes le regalaron el gatito. “Labrisa —le dijeron, dándose masaje en los pies—, nosotros traemos al micho para el bien de usted.”

Lautaro Labrisa se sienta en cuclillas frente a la tumba de su mujer. No la mira: de memoria sabe que es un árbol que él plantó para la defensa del cuerpo querido. Los huesos del árbol se habrán fundido ya a los de ella. Lautaro no se moverá en mucho rato. Se vacía para que los recuerdos, que empuja el viento, lo colmen, lo rebosen. Un sábado, los comerciantes le preguntaron por qué había pintado uvas en las paredes de la tina, y él les contestó:

—Ésa fue la fruta de Ausencia.

NAZARIA

NAZARIA DEJÓ CORRER DESPACIO EL LLANTO. El hombre que le había traído la noticia de la muerte de Nazario Riquelme estaba con la cara vuelta al sol de la tarde. Más allá, otros hombres, viéndola, hablaban en voz baja. Un perro, sentado cerca de ellos, parecía estar escuchándolos. Pero luego se levantó y fue a echarse junto a Nazaria. Las lágrimas de Nazaria brillaban intensamente. A los hombres les entró el temor de que ella no parara nunca de llorar. Nazaria era una mujer de poquitas luces, difícil. Fue la menor de doce hermanos recogidos por Nazario Riquelme, veinticinco años antes. Para que le ayudaran a atender a su nueva familia, Nazario Riquelme contrató a tres mujeres —a partir de esa época siempre hubo el mismo número de sirvientas en la casa de Riquelme—. Ninguno de los hermanos se logró. Se le morían a Riquelme apenas rebasaban la primera juventud.

La mañana de un día cualquiera, el mayor amaneció triste y buscando lugares de calma; Riquelme lo supo en la tarde cuando regresó de la calle. Las mujeres lo llevaron de inmediato a ver al muchacho, que no hacía sino llorar y llorar. Estaba en el último cuarto de la casa, casi a oscuras. Al entrar, Riquelme tropezó con unos platos en el suelo. Volviéndose a las mujeres, que habían quedado en la puerta, les pidió que la abrieran de par en par y que pasaran de una vez, pues estaban atajando la luz del sol. Riquelme llegó luego hasta el hermano de Nazaria y le preguntó qué le sucedía y por qué no había querido comer. El muchacho le tomó entonces de una mano y alzó los ojos para mirarlo. Esto bastó para que Riquelme comprendiera: ahí estaba la soledad del mundo.

Los hombres que miraban a Nazaria, acordaron enviarle un pañuelo con el mensajero de la noticia. Nazaria lo aceptó, pero en seguida lo soltó sobre el lomo del perro, que empezó a ladrar. Los hombres sonrieron. Quizás la reacción del animal divirtiera a

Nazaria. Ella reía por nada, de la mañana a la noche. Haciéndole musarañas como un loco, Riquelme le fomentaba tanta simpleza de alma. La risa de ambos se oía en los portales del pueblo, si eran las horas muertas, y turbaba, como una racha de mal viento, la superficie tranquila de la siesta general. Durante veintiún días le llovieron a Riquelme citatorios del alcalde, citatorios que ni siquiera se molestaba en leer. Convencido el alcalde de la inutilidad de su empresa, decidió que fueran los interesados —los hombres a quienes los Riquelme frustraban la siesta— los que hicieran justicia. Se habló de romperle unos cuantos vidrios a la casona, como aviso. El alcalde le aconsejó prudencia al grupo. Pero nunca pasó nada. El calor aplanaba los espíritus a la hora de la viva indignación. Riquelme, al saber lo que tramaban para reducirlo al orden, dijo que él no conocía el miedo. Y que tampoco Nazaria. Seguirían riendo, pues, todas las tardes. Riquelme en esto exageraba. Hubo tardes de mucho silencio en la casa, cuando flotaba en el aire la despedida inminente de uno de los hermanos de Nazaria. Estando Riquelme fuera del pueblo, Nazaria, acompañada de las mujeres que la cuidaban, se encargaba de la cotidiana destrucción del sueño de los vecinos. Nazaria era feliz, las mujeres le contaban cosas muy divertidas del amor. Riquelme la trataba como si no hubiera crecido. No veía que se la codiciaban en el pueblo. “Amar a Nazaria —decía el alcalde— sería como quitarse las penas de estar aquí, una a una.” Era imposible desdenar así la hermosa puerta abierta en el muro de los días y no pagarlo.

Riquelme estaba ciego. El alcalde, durante una ausencia de Riquelme, había tratado de hacerle el amor a Nazaria tres veces seguidas, sin éxito. Las mujeres le permitieron que la desnudara hasta la cintura y que le descubriera los muslos y que rodara después con ella por los adoquines del patio. Pero cuando adivinaron su verdadera intención, le saltaron a la espalda y, arrancándolo de su presa, en brazos lo llevaron a la pileta del agua. El alcalde se dolía de la fuerza masculina de las robustas y de no tener suficiente dinero para comprarlas totalmente. Acariciar a Nazaria le había costado novecientos pesos cada tarde.

El perro cesó de ladrar. Retozaba con el pañuelo en torno a Nazaria. La sombra de Nazaria alcanzaba ya a los hombres, deslumbrados por la curva espléndida de sus caderas iluminadas, de refilón, por el sol poniente.

—¿Por qué no meterla a la casa? —se preguntaron.

Desde esa mañana, Nazaria vivía sola. Las mujeres habían abandonado el trabajo. El mismo alcalde las había ayudado a sacar algunos objetos de la casa. Nazaria estaba durmiendo. “Cúrdese de tocarla —le advirtieron al alcalde— mientras no haya terminado usted con Riquelme.” Los hombres comenzaron a caminar hacia Nazaria. Entonces se oyó la voz del alcalde: “¿Adónde van ustedes?”, les dijo.

LA ACEQUIA

A Humberto Gardea Villegas

ENCONTRAMOS LA CASA DETRÁS DE UNA LOMA. Nos acercamos con cuidado, apoyando la culata de los rifles en el cuadril. La casa, de adobe, a cada lado tenía unos árboles inmensos, secos del ramaje. No le daban ninguna sombra entonces porque el cielo estaba nublado. El frío duro nos castigaba la cara y la mano sin guante con que enarbolábamos al arma. Hubiéramos preferido no ir allí. Cuando estuvimos a un tiro de piedra de la casa, nos abrimos como las varillas de un abanico. Todos nosotros somos flacos, y altos como una nube. La estrategia que escogimos de rodear la casa fue inconsciente. Era la primera vez que andábamos en aquellos menesteres. Y por lo que a mí respecta puedo decir que, a pesar del frío, la mano me sudaba sobre el metal del rifle. Las hojas de los árboles caídas en el suelo sonaban con nuestros pasos. Eran grandes y triangulares, como el sexo de la mujer, pero oscuramente doradas. Me recordaron, por el color, a las de nuestros árboles, ocho kilómetros más allá, que yo mismo había quemado el día anterior.

Un ruido dentro de la casa nos hizo detenernos a todos en seco. Yo tenía cerca a dos de mis hermanos. Volteamos a mirarnos en silencio, mientras que un vaho blanco y abundante escapaba de nuestras bocas. No me atreví a hacerles ni una seña de inteligencia, ni ellos a mí. El ruido nos había paralizado de miedo. En la imaginación casi oí los disparos que ponían fin a nuestra vida, a la modesta tarea de echar vaho por la boca. Pero entonces, de atrás de la casa, surgió corriendo mi otro hermano gritándonos que nos cubriéramos y tiráramos al suelo. A un mismo tiempo le obedecimos los tres. Caímos entre las hojas como cañas abatidas por un golpe de viento. No tardé nada en pensar que la medida estaba

equivocada, pues en tal posición los de la casa sólo nos podían dar en una parte: en la cabeza; lo que era peor. Me resigné, sin embargo, a esperar lo que viniera. Mi hermano, el que nos había sacudido el miedo, había corrido hasta una acequia que se encontraba a mis espaldas, y ahí se atrincheró. Desde ahí todavía nos dijo unas palabras alentadoras, para valientes. Y luego, el silencio y el frío volvieron a estar entre nosotros.

Fue un silencio largo aquél. Lejos, unos perros ladraban. Se oía también, en la carretera, donde había quedado nuestra camioneta, el ronroneo cansino de un motor, que pronto desapareció. El tumulto de mi corazón poco a poco fue cediendo. Los perros se callaron. Entonces se me ocurrió pensar que estábamos como flotando en el silencio, sin nuestros cuerpos y tan suavemente como hojas. Este pensamiento me alivió mucho, y con más presencia de ánimo, me puse a examinar detenidamente la fachada de la casa.

Tenía dos ventanas chicas, una a cada lado de la puerta, vacías y negras como los ojos de un ciego. Por ellas se podía disparar sin exponerse gran cosa, como desde una aspillera. La puerta, cuyas tablas estaban agrietadas, era de un color lila subido que no iba con el resto de la casa. Era un detalle singular. Cuando preguntamos dónde vivía Anastasio Madrid, nadie nos dijo que su casa tuviera una puerta así.

De los cuatro, ninguno estaba, como yo, en la boca del lobo. Ofrecía un blanco perfecto, cómodo. La gente de la casa no tendría más que disparar en línea recta para matarme. La mano con la que empuñaba el rifle se me deshacía en sudor, como si la tuviera de agua.

El silencio comenzaba a aplastarnos. Si no lo rompíamos, si no dejábamos seguir creciendo, el puro ruido de los balazos nos iba a quitar la vida. Convencido de esto, inicié pues un silbido... que nunca salió al aire. Me lo tragué en paz pero avergonzado de mi falta de valor.

Luego solté el rifle, y el rifle se medio hundió en las hojas. Con semejante gesto comprendí que mi resignación a lo que viniera se había hecho absoluta, una conmigo. Pero mi alma de conejo vería

muy pronto desbaratada su postura: mi hermano nos gritó que nos replegáramos hacia su parapeto. Como un solo hombre, los tres le obedecimos sin vacilaciones. De un salto nos pusimos en pie y corrimos, corrimos con el corazón en la boca.

La acequia no traía agua, pero su cauce estaba lleno de hojas muertas. Mi hermano se había prendido algunas en el sombrero. La acequia no era lugar apropiado para que se atrincheraran ni un enano, menos nosotros. No sabíamos dónde poner las piernas, con qué arte doblarlas. Mi hermano nos veía revolvernos y buscarle, afanosos, la cuadratura al círculo, y no nos decía nada. Pero por fin, cansado quizás de tanta torpeza, nos dijo que cesáramos de movernos y nos tendiéramos como para dormir. Estaba claro que era el único con empaque de coronel y don de mando.

Encima de nosotros, el cielo de nubes empezó a despejarse despacio. El frío se hizo más cortante. Tumbados sobre las hojas, echábamos sendos chorros de vapor, con el temor siempre de que pudieran delatarnos. Arriba de mí, el cielo se abrió dejando escapar un poco de sol. Me sentí contento. Muy probablemente terminaríamos con una mañana luminosa el asunto de Madrid. Conforme la luz ganaba el día, los ruidos del campo comenzaron a renacer. Volvieron a ladrar los perros. No estábamos solos.

Mi hermano nos llamó en voz baja. “Levántense —dijo—, creo que pasó el peligro.” Nos acercamos a él. No tenía mal gusto mi hermano: las hojas secas de su sombrero parecían de oro con el sol. De la inspección que había realizado por detrás de la casa, mi hermano sacaba en conclusión que debíamos concentrar toda nuestra fuerza en el frente, pues Anastasio Madrid no tenía otra salida que la puerta lila. Lo secundamos, le dijimos que sí; pero a mí el miedo no se me quitaba.

Madrid no era de por el rumbo. Hacía unos quince días que había llegado apenas. Pronto buscó a mi padre, dueño de una regular fama de jugador. Durante ese tiempo, a tarde, mañana y noche, jugaron muchos pesos al cubilete. Madrid era el asombro de mi padre. ¿De dónde sacaba tanto dinero él, por lo común perdidioso, con aquella facha suya deslucida, de ropas tristes?

Limpio el cielo de nubes, el sol comenzó a calentarnos y a

desenturbiarnos el ánimo. Reconsideré, con calma ya, arrodillado en la alfombra de hojas, el trabajo que nos había sido encomendado: teníamos que echar fuera de su tusero a Madrid y fijarle un plazo para liquidar sus deudas de cubilete. Quizás lo que hacía molesta y tensa la situación, era que íbamos armados, por consejo de mi padre.

—Yo salgo primero y luego ustedes me siguen —dijo mi hermano.

Pero mi hermano volvió muy pronto a la acequia, de nalgas y con un gran balazo de Anastasio Madrid en el pecho.

Madrid estaba parado delante de la puerta lila de su casa y nos apuntaba con un rifle. Estaba parado, pisando las hojas.

GARITA, LA MUERTE

1

POR LAS VENTANILLAS DEL VAGÓN VACÍO entraba la dura luz del mes de julio. Blas Candumo pensó que tal vez había ido a parar al fin del mundo, al cogollo de la calma. Desde el vagón no se veía otra cosa que un edificio blanco, de dos pisos. Blas Candumo cerró los ojos. La claridad deslumbrante lo trastornaba. Sin embargo, un momento después tuvo que abrir los ojos; el conductor lo estaba invitando a bajar a tierra firme. La descompostura de una válvula en la máquina —dijo— los obligaba a detenerse.

Olegario Baeza, después de inscribir a Blas Candumo en el registro del hotel, lo condujo a su cuarto. Eran las once de la mañana. El cuarto parecía un horno. En una palangana de zinc flotaban unas moscas muertas. Olegario Baeza le entregó la llave del candado del cuarto a Blas Candumo, y le prometió que, apenas regresara el mozo, tendría agua limpia y jabón.

La noche del día que visitó Blas Candumo a Ángel Nacianceno, el Bar Gambrinus estuvo desierto como nunca. Las libélulas y los mosquitos bobos giraban alrededor de la única lámpara de gasolina del establecimiento. Ángel Nacianceno ya no fumaba. Los cigarrillos se le habían terminado al mediar la noche. De modo que pensó que lo mejor era retirarse a dormir, cortar las esperanzas de que todavía pudieran asistir los habituales. Ángel Nacianceno vivía en seguida del Gambrinus, en un local dividido en tres partes por dos mamparos. Esa noche, Irene Nacianceno, su mujer, no dormía. Para Ángel Nacianceno, hallarla en vela, por lo pronto, era mal presagio. El aire de la pieza estaba seco, irrespirable. Ángel Nacianceno se desvistió sin prisas. Su espíritu se preparaba para hacerle frente a la tormenta. El cigarro que Irene Nacianceno estaba fumando describió una curva luminosa en lo oscuro, como una

estrella fugaz. Ángel Nacianceno lo siguió con la vista y pensó en una luciérnaga herida de muerte. Poco después oyó la voz de su mujer, entre los truenos que se alejaban.

—Ángel Nacianceno —le dijo—, a partir de mañana, quiero que lo sepas, yo he muerto para ti.

—Así que eso fue, Rubio —le dijo Ángel Nacianceno al mozo del hotel.

—Sí. Pero yo le digo que no es culpa del patrón. No sabré decirle cómo fue. El huésped tiene apenas cuatro días de estar aquí. Al tercer día vienen los jugadores del bar de usted y piden informes de la jugada que en la noche se va a organizar en la administración del hotel. El huésped en persona se los da. Don Olegario estaba presente. Yo le aseguro, Nacianceno, que a don Olegario, como a mí, le cayeron de sorpresa los del Gambrinus.

—Sobra gente para el Gambrinus, Rubio.

—El patrón nomás dobló los brazos.

—Y ¿dónde está el huésped, Rubio?

—Arriba. Si usted no quiere subir, yo voy y lo llamo.

—Déjalo. ¿Qué número tiene su cuarto?

—El ocho.

El huésped Blas Candumo estaba acostado. Tenía unos lienzos mojados en el pecho y en los ojos. A un lado de la cama se veía un balde con agua. Cuando sintió parado a Ángel Nacianceno en el umbral de la puerta, le dijo que pasara. Ángel Nacianceno aceptó la invitación. Blas Candumo, más ágil que un acróbata, de un salto se plantó delante de Ángel Nacianceno; el lienzo del pecho no se le había desprendido al volar. Atado con unos cordones, pendía flácido de su cuello de forzudo. Ángel Nacianceno y Blas Candumo se miraron entonces, de golpe, toda el alma, como no lo habían hecho el día anterior en el Gambrinus.

—Yo creo —le dijo Blas Candumo a Ángel Nacianceno— que es tanto calor lo que nos trastorna. En la tierra de usted, la influencia del astro es perniciosa, es desmesurada. Usted pensará de mí que me he vuelto loco.

—No, no lo pienso, Candumo. Pero aquí estoy. Usted dirá...

—Baeza —le dijo Blas Candumo— dice que usted es talentoso cuando maneja los naipes.

—Sí, hay veces.

—Venga, pues, a la administración hoy en la noche, Nacianceno. Jugaremos con los desertores de su garito, el Gambrinus.

En la calle, Ángel Nacianceno encendió un cigarro. El sabor del tabaco tenía la virtud de hacerlo soñar con la muerte del Gambrinus. No la muerte desde sus cimientos, porque no existían. Bastaba con la muerte del jacalón, de sus paredes. Y todavía así, borrado el Gambrinus de la superficie de Garita, sería necesario exponer sus escombros a la voracidad del sol y el viento. A Ángel Nacianceno le dolía el Gambrinus. Sumergirse en los juegos de azar días enteros era lo mismo que curarse el dolor y desmontar el mecanismo de la trampa.

Irene Nacianceno acostumbraba levantarse temprano a tomar café. Sentada a la mesa de la cocina, lo bebía a sorbitos. Irene Nacianceno era infeliz en Garita. De cuando en cuando recibía una carta amorosa de sus padres, los Galindo. Daba contestación a las cartas empleando el tono de una paloma. Lloraba entonces, pero por dentro, para que Ángel Nacianceno no lo supiera. Irene Nacianceno esperaba el amanecer, los primeros rayos del sol en el patio, como la vuelta de una promesa no cumplida. Pero este sentimiento le duraba poco. Garita no resistía el sol, ni su obra de espanto. Desconsolada, desbordada por su pena, Irene Nacianceno volvió a la cama, otra vez con sueño. Ahí la encontró Ángel Nacianceno a su regreso del hotel. Dormía con los pechos y los muslos al aire, abierta por la luz de las diez de la mañana. A Ángel Nacianceno, nomás de mirarla se le encendió la sangre corredora. Ángel Nacianceno, que había entrado a la casa a tomarse un café antes de abrir el Gambrinus, se dispuso mejor a repiquetear con su badajo, para ganar, sin tardanza, la gloria. Ángel Nacianceno se acercó a su mujer, como un nubarrón lleno. Los pechos de Irene Nacianceno y sus muslos soberbios pasaron rápidamente de la luz a la sombra. Ángel Nacianceno creyó percibir un ligero temblor en el cuerpo de ella.

—¿Qué quieres, Ángel Nacianceno? —le dijo de pronto, abriendo los ojos.

—Acostarme contigo, Irene.

Irene Nacianceno montó un muslo sobre otro.

—Anoche te lo dije claro, Ángel Nacianceno.

—Anoche fue anoche, Irene.

—Tú sabes. Tú verás cómo le haces. Y para siempre.

Bartolomé Rubio, el mozo del hotel, se arrullaba sentado sobre el mostrador de la administración. Guardaespaldas de Olegario Baeza, cuando él no lo fiscalizaba, ponía un pie en el sueño, cuidando de no caerse. A Ángel Nacianceno le resultaba absurdo el papel del mozo, ajeno a la estampa y al talante de un gatillero. Y menos se lo podía imaginar haciendo disparos con la Colt enorme. Se jugaba la última mano. Blas Candumo se veía harto de barajas. Por centésima vez en la noche estudiaba el rostro de los contrarios. De reojo, como un descanso, estudiaba también a Olegario Baeza y a Ángel Nacianceno, los dos sentados en otra mesa. Para Blas Candumo, ambos hombres eran buenos, pilares de la jugada. Sin embargo, de quien esperaba todavía mucho era de Ángel Nacianceno, que contaba en su haber con tres o cuatro noches memorables. De la mesa de Blas Candumo se levantó uno de los jugadores al baño. Fue primero hasta el mostrador de la administración, por la lámpara de pilas de Olegario Baeza. Y luego salió al patio. Blas Candumo lo vio alejarse, alumbrándose el camino con la lámpara. Blas Candumo puso en dos patas la silla propiedad del Gambrinus, apoyando las palmas de las manos en el filo de la mesa.

—¿Nos está permitido —le preguntó a Olegario Baeza— gastarle las pilas de la lámpara en una noche tan clara?

—No había reparado, Candumo, en que la noche es de luna.

—No hay luna, Baeza. Es otra especie de claridad.

—Lo que sea, Candumo, pero tenemos luz en el patio. A ver tú, Bartolomé, ve y dile a Huesca que digo yo que te regrese la linterna.

Bartolomé Rubio hizo tierra, dejando visible la pistola en la que estaba sentado, empollándola. El fulgor del níquel del arma atrajo la mirada de todos. Olegario Baeza simuló un parpadeo desafortado

y una sorpresa mayúscula. Le peló los ojos —sólo por parecer más convincente— a su matona querida.

—Bartolomé, espera —le dijo al mozo—, dime qué diablos hace ahí mi pistola.

La pregunta de Olegario Baeza le nubló el sano principio de las cosas a Bartolomé Rubio. Y nadó entre dos aguas.

—Bartolomé...

—Pues no sé, patrón, no sé...

—Guárdala, Bartolomé.

Bartolomé Rubio obedeció en el acto.

—¿Le quito las balas, patrón?

—¡Qué! ¿Tiene balas?

—A lo mejor sí, don Olegario, a lo mejor no.

—Vela entonces, y haz como tú quieras.

Blas Candumo enderezó la silla hacia adelante.

—Mientras que ustedes dos —dijo al dueño del hotel y al mozo— trataban de tapar, con manitas de gato, un hecho conocido de todos, el amigo Silverio Huesca ha vuelto, y se halla acaso a las puertas de esta administración.

Silverio Huesca se detuvo en la puerta. Trafa apagada la lámpara de Olegario Baeza. Miró a Blas Candumo derecho a los ojos. Blas Candumo no le sostuvo la mirada.

—¿Cuánto le costó la lámpara, Candumo? —dijo Silverio Huesca—, ya lo oí a usted cuando iba yo al baño.

—A mí nada, Huesca. A Baeza, y quizás ni a Baeza. Pero las pilas, Huesca, ésas sí. En Garita no se consiguen desde hace muchísimo tiempo. Además, quedamos en que usaríamos la lámpara cuerdamente: de noche. De noche cerrada.

A Ángel Nacianceno no le gustó la actitud de Silverio Huesca, tan falto de cuerpo con qué responderle a Blas Candumo.

—Apláquese usted, Huesca —le dijo—. Voy a contarle lo que le sucedió a Baeza. Estaban Rubio y Baeza platicando aquí en la administración, los ojos metidos, perdidos en la boca oscura de la calle, cuando, del fondo del patio, les llegan misteriosos ruidos. Baeza coge la pistola y le dice a Rubio que lo siga con la lámpara de gasolina, la Coleman. Baeza cree saber de dónde partieron los

ruidos. Se dirige al baño. No yerra en lo que supone. Encuentra a un hombre sentado en la taza del excusado. Es un hombre moreno, bizco, a más no poder, de un ojo. Apuntándole con la pistola, Baeza lo obliga a levantarse y a salir al patio.

—¿Quién le dio permiso, mi amigo —le dice—, de sentarse en ese trono?

—Nadie, señor, me urgía...

—¿Y terminó usted?

—Sí, señor.

—Vamos a verlo.

Pero Baeza no vio señas, no vio nada. Y volviéndose al desconocido, le dijo:

—Usted es un falaz, mi amigo.

Olegario Baeza sonrió.

—El hombre aquel andaba armado con una daga que se le cayó en el piso del baño en el momento de bajarse los pantalones —le dijo a Silverio Huesca.

Blas Candumo y Ángel Nacianceno también sonrieron.

—¿Comprende usted, Huesca? —dijo Blas Candumo—. Ustedes, los del Gambrinus, son como hijos míos. Yo no puedo exponerlos al peligro de un rufián así, emboscado. Con la luz de la linterna, ustedes, de lejos, desemboscan a cualquiera, no con la Coleman.

—¿Y por cuánto tiempo nos va a cuidar usted, Candumo? —preguntó Silverio Huesca, burlón.

—Hasta los últimos días del invierno, Huesca, nomás.

II

Invierno.

El día amaneció pesado de nubes negras. El agua de la lluvia nocturna se había congelado y de las canales de las casas penden picudas barritas de hielo. Ángel Nacianceno dormía, acurrucado en su guarida de cobijas. Su mujer, Irene Nacianceno, fiel a su costumbre de madrugar, estaba en la cocina. Estaba ceñuda, la

pelambreira alborotada, contemplando el caño del agua. Debajo del caño, un mar de cenizas despedía su tufo característico. Irene Nacienceno quería hacer correr el agua del tubo a como diera lugar. Necesitaba agua para su café. Y el café, para templar su ardor de lágrimas secretas. Irene Nacienceno buscó, pues, alrededor suyo, algo con qué golpear al estéril. La penumbra del cuarto le dificultó en un principio la búsqueda: equivocaba objetos blandos por objetos duros, objetos quebradizos por objetos irrompibles. Pero al fin, después de mucho trastocar el mundo de la cocina, sus manos toparon con lo durísimo manejable que ella requería. Los golpes de un tubo contra otro tubo despertaron a Ángel Nacienceno que, pensando en truenos del cielo, sacó alarmado como un animal su cabeza de la guarida. Modorro todavía, por instinto aguardó la palidez de los relámpagos. Retumbó de nuevo el cielo de Ángel Nacienceno, pero los destellos no se produjeron. Entonces, Ángel Nacienceno comprendió. Echándose luego una de las cobijas a la espalda, se dirigió a la cocina. En el camino, las figuritas caprichosas y volantes de la ceniza del papel quemado, le salieron al paso; le nublaron, por una fracción de segundo, la niña de sus ojos.

Irene Nacienceno golpeaba sin método la llave y el caño secos. Envuelta por la nube de cenizas que levantaban sus resoplidos, parecía esa mañana de invierno estar en pleno parto de tinieblas. Ángel Nacienceno, bastante impresionado, temiendo con todo el corazón, se detuvo al entrar en la cocina. Irene Nacienceno vestía abrigo hombruno, con el cuello alzado más allá de las orejas, como una alta tapia de rencores. Prudente, aconsejándose sigilo, Ángel Nacienceno no quería ni respirar. Pero algo estaba empezando a ahogarlo: un miedo de muchas ramas en el pecho.

—Irene —dijo, escapándose apenas de la maraña.

Irene Nacienceno disminuyó la frecuencia de los golpes.

—Irene —repitió, la voz que le cojeaba.

Irene Nacienceno no golpeó más.

—Así —le dijo Ángel Nacienceno— sólo lograrás romper el tubo.

Irene Nacienceno volvió entonces la cara.

—Ocúpate de tus asuntos —le dijo.

Irene Nacienceno, enredada al cuello, traía también una de las bufandas de estambre que su madre le enviaba año con año a Garita.

Para las diez de la mañana, el cielo lucía despejado.

La lámpara Coleman estaba en el suelo de la administración, en el rayo del sol. El reflejo de su depósito cromado hería el techo del hotel. Ángel Nacienceno no recordaba haberlo visto antes. Lo formaban vigas de pesadilla, retorcidas, atormentadas por la carcoma. Ángel Nacienceno pensó que Olegario Baeza debió haberles dado un baño de cal. La sombra de Ángel Nacienceno caía a un lado de la Coleman.

Blas Candumo se hallaba parado en la puerta del patio del hotel.

—¿Por qué no acaba de entrar usted? —le dijo a Ángel Nacienceno.

—Aquí siento más sabroso el sol, Candumo. ¿Y Rubio?

—Adentro, con Baeza.

Blas Candumo, con un brillante alambrito entre los dedos, se acercó a la lámpara.

—¿Se tapó la Coleman? —le preguntó Ángel Nacienceno.

—Eso creo. Pero lo que dudo es que esto que me encontré en el patio sirva para destaparla.

—¿Jugaron anoche?

—Sí, Nacienceno.

—Hizo demasiado frío.

—Así, pero todo el mundo cobijado hasta la coronilla. Y usted, ¿por qué no vino?

—Me enfermé de repente, Candumo.

Blas Candumo, arrodillado junto a la Coleman, comenzó a trabajar. Pero luego se detuvo.

—¿Qué le dije a usted, Nacienceno? El cabellito angélico, al primer obstáculo, se dobla.

—Candumo, vine por mi parte.

—Ya sabe usted que el dinero nos lo guarda Rubio bajo siete llaves. Espérela.

—¿Qué hace con Baeza allá adentro?

—Baeza está nervioso, Nacianceno. Dice que anoche vio fantasmal a Pedro Samperio.

—¿Estando ustedes aquí?

—Baeza dice que estando nosotros aquí, Nacianceno.

—Baeza no quiere a Samperio, Candumo. Baeza soñó muchos años con ser el jefe de estación de Garita. A lo mejor Samperio está grave y anoche ha venido a decírselo a Baeza para que vaya a remplazarlo y haga realidad su sueño.

La Muerte.

Irene Nacianceno abrió la puerta de la oficina del jefe de estación. Una oleada a tufo de brandy le dio en la cara. En el escritorio había un quinqué ardiendo mansamente. No alcanzaba a iluminar lo que estaba al fondo de la oficina. Irene Nacianceno no veía por ningún lado el cuerpo de Pedro Samperio. Decidida a explorar el fondo de la oficina, tomó el quinqué, le avivó la llama y avanzó. El olor a brandy la mareaba y la hacía desear volver afuera, al aire helado de la mañana otra vez lluviosa. Pero encontró a Pedro Samperio tendido sobre unos fardos, desnudo. Pedro Samperio tenía los pulgares enganchados a un cinturón, como para que las manos no rodaran al vacío. Irene Nacianceno vio que los pies, cerúleos, eran muy bellos y delicados, como los de una muñeca. Lo recordó entonces, cuando le llevaba al Gambrinus, a la casa, las bufandas que le enviaba la madre. Ángel Nacianceno le obsequiaba una copa de brandy, y luego otra, y otra. No eran las copas para pagarle el favor de entregar el bulto a domicilio. Ángel Nacianceno era obsequioso con Pedro Samperio para que él se diera cuenta de que allí se le apreciaba. “La mujer de usted, Nacianceno, y usted, son las únicas personas que me quieren en Garita.”

Irene Nacianceno cubrió las desnudeces de Pedro Samperio con unos papeles que andaban tirados por el suelo. Lejos de acostumbrarse al penetrante olor del brandy, Irene Nacianceno lo sentía, por el contrario, metido ya en todo su cuerpo.

—Un minuto más contigo, Samperio —le dijo al mudito jefe de estación—, y agarro una borrachera, tenlo por verdad, de siglos.

Irene Nacianceno volvió al aire y a los que, bajo el techo del andén, la estaban esperando: los jugadores del hotel, incluidos Ángel Nacianceno, Bartolomé Rubio y Olegario Baeza.

Dirigiéndose a Olegario Baeza, le dijo:

—Samperio está muerto. Cuidado con maltratarlo.

—Gracias por el favor que me hiciste de ir a ver, Irene.

Olegario Baeza y los otros caminaban detrás del carro de mulas, donde iba Pedro Samperio recibiendo la lluvia del cielo. El cementerio de Garita quedaba cercano de la estación de ferrocarril. Se le reconocía por la barda y los pilares de adobe que el municipio pintaba de blanco, cada año, para el día de difuntos.

El carrero hizo alto a la entrada del cementerio. Un hombre, abrigado hasta los dientes, se lo había marcado alzando la mano.

—Tu carro no puede pasar —dijo.

—¿Por qué no? —preguntó el carrero.

—Tú eres nuevo en el negocio de los funerales. La plataforma de tu carro es bastante ancha, tumbarías los pilares.

Olegario Baeza, saliéndose del cortejo, intervino.

—¿Cuándo midió usted la plataforma, amigo? —preguntó al hombre.

—Hoy precisamente, señor.

—Son invenciones tuyas. Nosotros vamos a pasar.

—No pasarán, señor —advirtió el hombre—, porque yo no soy quien los detiene, sino aquéllos —y señaló hacia las vías del ferrocarril.

En efecto, escalonados en el talud de las vías, a unos cincuenta metros, varios hombres con sombrillas los miraban en silencio.

—Y éstos, ¿qué se traen? —preguntó Baeza al hombre.

—Son crema de tiradores. Traen armas de largo alcance, señor.

—Correcto. Bajaremos pues al muerto, pero antes dígame usted: ¿desde cuándo hay panteonero en Garita?

—Yo no soy panteonero. Soy licenciado: mis clientes son aquellos del talud.

Después de los funerales de Pedro Samperio, sentado en una silla del Gambrinus, Olegario Baeza miraba la suela de sus botas federicas, recolectoras de lodo. Bartolomé Rubio, pensativo a su

lado, seguía el rumbo de sus propios pensamientos. Los jugadores estaban en la puerta y veían llover. El agua llenaba el cielo como a una botija de paredes luminosas y rajadas por el estruendo de los relámpagos. A ninguno de los jugadores le interesaba el falso dolor de que estaba dando muestra Olegario Baeza. El mozo y Blas Candumo —pensaban— le ayudarían a llorar al briago desaparecido.

—Baeza —anunciaron los jugadores—, ya nos vamos.

—Cuando gusten.

—¿Habrá juego hoy en la noche?

—No. Claro que no.

—¿Por Samperio?

—Por Samperio.

—Pero si tú nunca lo quisiste, Baeza —dijo Silverio Huesca.

—No es lo mismo, Huesca, no querer a un hombre vivo que cargarlo, muerto, bajo la lluvia.

—¿Y el entierro?

—Fue idea de Candumo.

Los jugadores abandonaron el hotel sin decir adiós a los que allí quedaban. Olegario Baeza, en cuanto los sintió salir, dejó de mirarse las botas y puso la cara más triste todavía. El viento, cambiando de dirección, comenzó a empujar la lluvia dentro de la administración. Blas Candumo y Ángel Nacienceno sumieron la barbilla en sus abrigos. Bartolomé Rubio, expuesto como nadie, se quejó como un niño al recibir, en pleno rostro, las primeras cuchilladas frías del agua.

—Cierra la puerta —le ordenó Olegario Baeza.

La administración quedó poco menos que oscura.

—Y no enciendas la Coleman, Bartolomé.

Blas Candumo y Ángel Nacienceno caminaron hacia la puerta abierta del patio. Entonces escucharon la voz de cascajo de Bartolomé Rubio.

—¿Sabe usted, patrón, lo que pienso?

—No sé, Bartolomé.

—Pienso que al hombre que manejaba el carro de las mulitas, usted y yo ya lo conocemos de tiempo atrás.

—¿Quién es?

—El bizco aquel que usted una noche sacó del excusado por confanzudo. ¿Lo recuerda?

—Sí, lo recuerdo, Bartolomé.

A fines del invierno, Ángel Nacienceno se fue a vivir al hotel. Se olvidó casi completamente del Gambrinus. Lo abría sólo una vez a la semana, los sábados por la mañana, un par de horas, por no acabar de raíz con la costumbre de años. No vendía ni tres copas de licor en todo ese tiempo, pero a él esto lo tenía sin cuidado. Ángel Nacienceno contemplaba con regocijo cómo el polvo y las telarañas se iban apoderando febrilmente del Gambrinus. El segundo sábado que abrió el Gambrinus, sobre la barra encontró una helada geografía de médanos que al menor gesto de sus manos cambiaba de forma, los espejos le espaban a través de la celosía de las arañas. Ángel Nacienceno, de regreso al hotel, entraba a la casa y le dejaba dinero a su mujer. Parecido a un ánima, Ángel Nacienceno cumplía con su obligación. Irene Nacienceno, si lo veía entrar, no lo sentía salir, o al revés. De cuando en cuando, los silencios del esposo la inquietaban, la hacían temer por su vida: un sábado cualquiera, Ángel Nacienceno no vendría a traerle la flor de siempre, la de los juegos, sino la de la muerte. Ángel Nacienceno volvía al hotel de Baeza alegre como unas pascuas. Sabía que algo en su vida eterna en Garita había empezado, con los días del invierno, a funcionar mal. Ángel Nacienceno llevaba ahora una brisa constante en el corazón.

Blas Candumo y él eran para esas fechas grandes amigos. Solían pasarse las mañanas platicando junto a un calentador de leña. Olegario Baeza venía a unírseles después de las doce, no bien despierto aún. Pero Olegario Baeza no participaba. La partida, más próxima cada vez, de Blas Candumo, lo tenía triste y, en el fondo, temeroso. Sin el huésped Blas Candumo, las penurias económicas de Olegario Baeza no dilatarían en volver. Y Bartolomé Rubio también se entristecía, y también se le presentaba negro el porvenir: los días de la primavera, y todos los otros días, hasta el fin. No le consolaba nada saber que Olegario Baeza guardaba una reserva de billetitos para sostenerse, según sus cálculos,

durante los meses de abril y mayo. Era la ausencia de Blas Candumo, la de la suerte que vino un día a Garita, lo que les nublabo tanto el horizonte. A los ojos del mozo, el dueño del Gambrinus —que le dijo no haber ahorrado ni un centavo— iba a sufrir mil veces más por el ausente: por la ruina y el descrédito del bar Gambrinus.

Olegario Baeza se levantó de la silla y salió al patio. Desde allí llamó a Bartolomé Rubio.

—¿Cuándo dice Candumo que se va? —le preguntó.

—La semana entrante, don Olegario.

—La semana entrante, pues, me traes a tu hija Sabina, Bartolomé.

—Ya hace tiempo que se la quiero traer.

—Voy a estar muy solo, Bartolomé.

La última tarde de marzo moría en el cuarto del huésped Blas Candumo.

—El lunes me voy —le dijo a Ángel Nacienceno.

—Usted dijo que el miércoles, Candumo.

—Cambié de opinión. ¿Qué va a hacer usted ahora, Nacienceno? ¿Volverá a su isla del Gambrinus?

—No, Candumo.

—¿Y? En la tierra firme de Garita no lo quieren a usted. Lo rechazan. Igual que a Baeza, el viejo amigo que timó a sus viejos amigos. O igual que a mí, Nacienceno, el autor intelectual del desplumadero.

Ángel Nacienceno no dijo nada.

—Baeza —continuó Blas Candumo— tiene dinero, y tiene a la hija de Rubio. Puede reñirse de la hostilidad de los otros unos meses, mientras olvidan.

Ángel Nacienceno asintió con la cabeza.

—Bueno, dejemos esto —dijo Blas Candumo—. Lo que quiero, Nacienceno, es contarle unas cuantas cosas para que usted se las diga a Baeza cuando yo me haya ido. Los tipos con las sombrillas en el funeral de Samperio, el abogadete, mentido y foráneo, el caco que desnudó al muerto, todo, fue obra mía...

—¿Para qué, Baeza...?

—Sí, Nacienceno. Exacto...

—Déle entonces mejor el recado a Rubio.

—¿Y por qué a usted no, Nacienceno?

—Porque yo no vuelvo al Gambrinus. Porque yo me voy mañana con usted, Candumo.

COMO EL MUNDO

OCARANZA MURIÓ UN DÍA DE MUCHA CALMA. “¡Justo cielo!”, dijimos nosotros. Era notable cuánto le gustaba el mando. Desde que el sol nacía, en su casa, y fuera de ella, todo era órdenes. En esto, su ingenio no tenía límites. Secaba y retorció las cosas con tal de salirse con la suya. Las órdenes llovían principalmente sobre la familia, que las acataba sin alebrestarse. Nos asombraba la familia. Nosotros teníamos muchos años de odiar a Ocaranza, con su boquita roja de muchacha y sus nalgas increíbles. Era claro como el agua que había destrozado a su mujer, que lo que él ganaba en kilos, ella lo perdía. Los hijos, dos hombres ya hechos, estaban también dañados por aquella vida cuartelaria; aunque de buena estampa, no sabríamos decir qué desolación se les traslucía que nos llevaba a evitar su trato. Con la mujer de Ocaranza, sin embargo, no era así. A ella siempre la procuramos. Sentíamos la oscura necesidad de levantarle el ánimo —un ánimo del que ya apenas se daba cuenta—. De sembrarle en el corazón, como no queriendo, la rebeldía. Pero Ocaranza era fuerte. “Ocaranza es bueno —nos aseguraba la mujer—; parece mentira que ustedes no lo conozcan.” Nosotros preferíamos callar. Nos chocaba lo gris de semejantes argumentos. En lugaritos como éste en que vivimos, la vida entera de todos se encuentra a flor de tierra. Aquí inventamos, por eso, los secretos; otra vida que nadie va a desolar de tanto mirarla. ¿A quién se le ocultaba que Ocaranza era un endemoniado tenaz con los suyos?

Dormía Ocaranza en una cama especial, una especie de tarima de cemento, a veinte centímetros del suelo. Por encima de la cama, amarradas a las vigas del techo, pendían dos sogas, de las que Ocaranza se ayudaba para levantarse o acostarse. Épocas tuvo Ocaranza que irritó a los santos en el cielo. Seis meses seguidos le dio por levantarse a medianoche, tres o cuatro veces, a su gente, para que

lo llevaran al excusado. Trabajo duro, y más si Ocaranza rechazaba el auxilio de las sogas. “Agárrate de ellas”, le suplicaba en sueños su mujer. Pero él se hacía el sordo, y abandonaba aún más el cuerpo. Todo terminaba siempre al amanecer. Como el excusado de los Ocaranza quedaba fuera de la casa, no era raro que los sorprendiéramos volviendo a ella desgrefñados, pálidos, moviéndose como si caminaran sobre un barco. A veces nos acercábamos a prestarles ayuda, pero es seguro que no reparaban en nuestra presencia, porque la mujer, muy fina siempre, jamás fue para darnos las gracias. Cualquiera hubiera creído que al cabo del fatigoso desvelo, iban a dormir todos de punta a punta del día. Pero no: Ocaranza era el primero en despabilarse. Sentado al bordo de la tarima ordenaba el almuerzo. No lo decía dos veces. La mujer y los hijos, como tocados por una corriente eléctrica, entraban luego a la cocina y armaban allí un alboroto grande con los trastos. Quizás lo hicieran para darle a entender a Ocaranza lo rápido que lo obedecían, pero lo cierto es que el alboroto se justificaba: el gordo hubiera requerido para satisfacer cabalmente los caprichos de su apetito, una cantidad infinita de trastos y un ejército de cocineras. La vida de Ocaranza consistía en comer y en echar lo comido. Cuando no estaba mandando a sus tristes soldaditos, estaba en el excusado. El excusado, una caseta de madera sin pintar, los hijos lo habían construido de acuerdo a los planes del padre. Nosotros sabíamos si Ocaranza se encontraba adentro o no, pues los hijos montaban guardia en la puerta de la caseta hasta que él terminaba y les avisaba. Y esto venía a ser otra suerte de suplicio para ellos, desde el momento en que Ocaranza decidía prolongarles, por algunas horas más, el plantón. No columbrábamos el fin de tanta infelicidad. Nuestro deseo era que Ocaranza reventara.

Una mañana vimos salir a Ocaranza al excusado, acompañado por los hijos. Hacía calor. Ocaranza iba en camiseta, renegando. Hasta la sombra donde estábamos nos llegaban sus resoplidos de máquina. Sentíamos lástima. Pero sólo un instante: Ocaranza no la merecía. Uno de los hijos, mientras caminaban, le limpiaba el sudor de la frente y la triple papada, con un trapo verde. Mil veces habíamos contemplado la misma escena, que nos divertía; pero

entonces, nos pareció distinta. Los Ocaranza algo tenían esa mañana de agosto. Algo que nos los volvía ajenos, como fuereños. “Falta, larga, de sueño; cansancio acumulado”, dijimos, sin creerlo en el fondo. De todas maneras, pensamos quedarnos y ver —como era costumbre— el fin de la escena, cuando los hijos metían al padre a la caseta para salir luego y montar la guardia. Y vino el final. Y sucedió lo primero, pero no lo segundo: los dos Ocaranza regresaron a su casa, uno detrás del otro. La boca se nos abrió como un zaguán. El día comenzaba con desobediencias y visiones. Ya no quisimos movernos de ahí. Pasó el tiempo. De Ocaranza, ni señales. En su casa a nadie veíamos que asomara la cara. Estaba cayendo la tarde y golpeaba el sol la puerta del excusado. La inquietud nos ganaba terreno, y nos revolvíamos en la sombra, fastidiados, dispuestos a largarnos. Entonces llamó Ocaranza. Oímos su voz profunda: “Terminé —dijo—. Ya sáquenme de aquí”. Nuestra respiración se suspendió por unos segundos. Teníamos los ojos puestos en la caseta, en su puerta solitaria... “¿Qué no me oyen?”, gritó impaciente. Y luego y con un bufido: “¿Dónde están?”... “Ahora sí”, pensamos entusiasmados.

Ocaranza llamó todavía a sus hijos durante una hora. Después, hizo completo silencio, que nos sorprendió y nos molestó. Cogido Ocaranza en aquella trampa, nuestro íntimo deseo era oírle chillar interminablemente. Sí, pero él nos había olido quizás, y se aguantaba. Vimos la primera estrella en el cielo de la tarde. El aire estaba desnudo de ruidos. Los Ocaranza de la casa seguían invisibles, calladitos. “En qué pararía lo que los hijos desertores habían comenzado”, nos preguntamos. No quisimos irnos a acostar. El suceso era extraordinario. El reinado de Ocaranza, que duraba cerca ya de cuarenta años, en una sola mañana se derrumbaba ante nosotros de la manera más simple que cabía imaginar. Aquella noche, tomamos litros de café y hablamos, alrededor de la lumbrada que habíamos encendido, de los Ocaranza y su vida. La verdad —y ésta flotaba arriba de nuestras palabras— era que velábamos para impedir que se le diese socorro al gordo. Queríamos saber a Ocaranza en su trampa de madera, saberlo a la mano. Reducido a nada. Queríamos que chillara peor que mujer.

Que nos diera ese gusto. Y si una noche no bastaba, aún nos quedaban varias por delante, con sus días. Esperaríamos. Pero la noche siguiente, de madrugada, un soplo de viento nos trajo una hedentina atroz, como si se estuviera pudriendo el mundo entero.

EL MUEBLE

EL BOTE CASI SE HUNDIÓ con el peso del mueble, que cabeceó peligrosamente, reflejando en su espejo el sol y las aguas sucias del lago. Los hombres que lo habían puesto allí corrieron, saliéndose del agua, hacia la playa fangosa. Sus gritos provocaron la burla de los curiosos que presenciaban el embarque. Pero ellos no se dieron por enterados, y sintiéndose en lugar seguro se volvieron a contemplar el armatoste. Éste se balanceaba todavía, su alto copete de volutas meneándose en la luz de la mañana. El dueño de la lancha se había quedado en el agua, mudo, en espera de lo peor. Estropear un mueble fino como aquél causaría la ruina de su negocio. Les había sucedido ya a otros, con diferente tipo de carga. Todos vieron, sin embargo, desde la orilla, cómo el lancharo recobraba el color y el aplomo. Algunos aplaudieron. Entonces el lancharo alzó una mano en señal de reconocimiento, y llamó a su lado a los desertores. Una de las mujeres que observaban, con una botella de agua, alcanzó a uno de los hombres para entregársela. El hombre la puso contra la luz del sol, empuñándola por el cuello, agitándola apenas. “¿Por qué lo hace?”, le preguntó la mujer. (El lancharo seguía llamándolos.) “Para cerciorarme de que el agua no trae nada”, le respondió; y luego, volviéndole la espalda, avanzó por el lodo a zancadas. Las voces de los hombres se oyeron de nuevo en el lago.

Rodearon otra vez el bote. Aún había que centrar el mueble, buscarle un punto de equilibrio, para que en la travesía el movimiento del agua no fuera a tumbarlo. Poco a poco, cautelosas, las manos se fueron posando en la caoba brillante. “El que sienta que las manos le sudan —aconsejó el lancharo— mejor retírelas, póngalas al aire.” Junto con otros tres hombres, el lancharo se ocuparía de mantener quieta la embarcación agarrándola por el bordo, por el sitio donde jugaban los grandes remos. En la pulida madera

del mueble el lancharo podía verse la cara y la calva luminosa. Lo encontraba divertido. Hizo un mohín de falsa contrariedad. Peló luego sus encías desnudas como los montes. Hizo otro gesto. Los demás, impacientes, esperaban a que terminara de reírse de sí mismo: el agua les estaba helando las piernas.

Pasadas las doce del día los hombres descansaban sentados a la orilla del lago, sobre unas piedras. El lancharo bebía el agua de la botella, los ojos puestos siempre en el mueble. Después de beber, encajaba la botella, de fondo, en el lodazal a su derecha, sin soltarla.

—¿Así que no conoces a la buena mujer, Cristóbal? —le preguntó al hombre que le había llevado la botella.

—Pues no, don Arnulfo.

—¿No será que no te fijaste en ella?

—Puede ser...

—¿Te dijo algo?

—Nada. Pero como que no le gustó que yo revisara el regalo.

—Podrías haberlo hecho acá, entre nosotros.

—No digo yo que no, don Arnulfo.

—¿Entonces, Cristóbal...?

—El veneno. Usted olvida que cuanto más efectivo, más pronto se diluye.

—Yo no olvido nada.

—Sí, a veces sí, don Arnulfo.

El lancharo sacó la botella del lado y apuró el resto del agua.

Detrás del lancharo los hombres entraron al pueblo abanicándose con sus sombreros de palma el rostro. Afuera de una tienda —debajo de un toldo azul— vieron al hombre gracias al cual habían conseguido la carga. Metiendo paz a los sombreros, todos lo saludaron en coro. El hombre respondía con otro saludo y abrió los brazos, como si quisiera recibirlos en su pecho. “De regreso nos vemos”, le gritó el lancharo. La calle era larga. Y la casa a la que se dirigían quedaba al final de la calle.

Un vijejo descalzo, desnudo de la cintura para arriba, abrió la puerta.

—Buscamos a Martina Carrasco —dijo el lancharo.

—Martina Carrasco no está —dijo el viejo.
—¿Dónde está?
—No sé.
—¿A qué hora vuelve?
—Tampoco lo sé.
—Nos debe dinero.
—Al mundo entero se lo debe.
—Nosotros tenemos trepado ya su mueble en la lancha.
—Es lo mismo.
—No, no es lo mismo. Porque en la intemperie el mueble se le pierde, y es un mueble de los finos.
—Ella debe contra viento y marea.
—La vamos a esperar de todos modos.
—Se los comerá el sol. Vuelvan más tarde.
—Estamos acostumbrados.
—Martina Carrasco nunca es segura.
—La esperaremos pues en la tienda, donde venden cerveza. Dígaselo. Y dígame también que no cruzaremos el lago mientras no nos dé centavos.

Ya no encontraron al hombre bajo el toldo. Sobre la hielera, formando una torre, estaban los botes vacíos de cerveza. El lanchero tomó el último, lo pulsó: “Tiene todavía”, dijo, apartándolo a un lado. Luego cogió otro: “Tiene todavía”, repitió. Sólo seis de los botes no le salieron vanos al lanchero. Vació el contenido de los seis en uno solo y luego, alzándolo como si fuera una copa, brindó con los hombres que se hallaban en el sol. De dos tragos, enormes y ruidosos, acabó con la cerveza, y después eructó en dirección a la puerta de la tienda.

—Oye, Cristóbal —dijo.
—Sí don Arnulfo.
—Pregúntales adentro dónde podemos encontrar al hombre.
—¿Cómo van a saberlo, don Arnulfo?
—El pueblo es un puño, Cristóbal.
—Sí.

El lanchero aplastó con los pulgares el bote de la cerveza. Los hombres no le quitaban la vista de encima.

—Don Arnulfo, adentro dicen que no saben, pero es fácil localizarlo.

—¿Y cuál es el nombre, Cristóbal?

—Yo no sé.

—¿No preguntaste, Cristóbal?

—No, don Arnulfo.

—Pues entra y pregunta.

Volvieron a remontar la calle. El sol, al golpear el polvo de la calle, levantaba nubecitas que nublaban los pasos del grupo. El pueblo estaba muerto. La cal, en la fachada de las casas, ardía con furia. Atrás de las puertas y ventanas cerradas, se oían rumores lejanos de voces, como de gente que anduviera a tientas por un vericuetto. En los pretiles había pájaros soñolientos, tan grandes como cuervos. Los hombres los despertaban con el vago ruido de las alas de sus sombreros o abanicos, pero en seguida volvían a dormirse, y a mover, en el sueño, el pico ganchudo. El lanchero iba triste, desolado por la blancura de las paredes y por los efectos de la cerveza.

—Dime, Cristóbal —dijo.

—Qué cosa, don Arnulfo.

—¿Dónde están los que aplaudieron mi valor esta mañana?

—Por ninguna parte los veo, don Arnulfo.

—Quizás no eran de aquí, Cristóbal.

—Quizás no, don Arnulfo.

El grupo entero se acercó a la puerta de la casa. “No pueden tocar todos a la vez”, dijo el lanchero. A ver tú, Cristóbal, haz que salga el viejo. El golpe de la piedra en la puerta sonó seco, terrible. Los hombres automáticamente se llevaron las manos a los oídos. A lo largo de los pretiles los pájaros se encresparon. “No tan fuerte, Cristóbal —dijo el lanchero—, hay personas en la casa, y pájaros que duermen, y tranquilos peces en el lago.”

—¿Y doña Martina? —preguntó Cristóbal al viejo.

—Ya les dije que no está.

—¿No ha regresado?

—También les aclaré que tarda en recalar.

—¿Y el otro?

—¿Cuál otro?

—El otro Carrasco.

—¿Cuál?

—Gertrudis.

—¿Qué traen con ése?

—¿Se encuentra aquí?

—¿Por qué aquí? Tenemos varios Carrasco en el pueblo.

—En la tienda nos dijeron que Gertrudis es marido de doña Martina. Nosotros lo vimos cuando veníamos para acá. Estaba tomando cerveza en la sombrita.

—¿Les debe?

—No. Por él conseguimos la carga del ropero, que ya habían dejado en la playa y era cuestión nomás de acarrearlo hasta nuestra lancha. Pero él fue quien nos dijo que aquí una señora nos pagaría, para empezar, el acarreo.

—No le hubieran hecho caso.

—Cómo no, si andamos escasos de trabajo y la competencia no perdona. Puro bote de motor. Además de que ya han querido eliminar al patrón Arnulfo con veneno.

—No le hubieran hecho caso a Gertrudis. El ropero no es de Martina.

—¿Y de quién es, entonces?

—Sabrá Dios. Hoy amaneció en la playa, mirando con su luna las aguas del lago.

LA PECERA

A Tomás Mojarro

FUE UN SÁBADO cuando nos trajeron la pecera. Dos hombres, cargándola, la metieron a la sala. Mi padre les indicó que la pusieran en el piso, sobre la alfombra. Por la ventana de la sala, entraba la luz del sol. La luz le arrancó a la pecera vivos reflejos. Yo cerré los ojos, y cuando los abrí, mi padre y los dos hombres ya estaban en la puerta. Mi padre les firmaba un papel apoyándose en la pared mientras que ellos le decían algo referente a la pecera. Mi padre les devolvió el papel y luego les pidió que repitieran las instrucciones que acababan de darle. Para entonces, yo ya estaba cerca de él, y pude oír también. Mi padre tenía una manera muy peculiar de escuchar las cosas: se llevaba las manos a los bolsillos del pantalón y agachaba un poco la cabeza, como si lo estuvieran regañando. Los hombres terminaron de hablar, y casi sin darnos cuenta, abrieron la puerta y se fueron. Mi padre no se movió, y yo regresé a la sala.

Nunca había visto una pecera tan grande. Tenía el tamaño de una cómoda o de un escritorio, y era algo menos alta que yo. Mi padre, desde la noche anterior, había quitado la mesita de centro y retirado hacia un lado de la sala el resto de los muebles. Me pareció la medida bastante acertada, no por lo grande de la cosa sino porque tenía, a lo largo de las esquinas, unos adornos sobresalientes de metal, unas cabecitas filosas de pescado, que podían dañar los muebles. Todos los vidrios de la pecera, menos uno, frente al que yo estaba, tenían grabadas hermosas sirenas. Las sirenas parecían flotar, con sus largos y ondulantes cabellos, en el aire disuelto en la luz de la sala. Durante un segundo —lo recuerdo claramente— tuve la sensación de que ellas me rodeaban y jugaban conmigo. Aún hoy, alrededor de veinticinco años

después, no encuentro, no he encontrado nada que se compare a aquello.

Mi padre me llamó a su lado. Seguía con las manos dentro de los bolsillos y miraba hacia la pecera: me preguntó si me gustaba. Yo le dije que sí. Mi padre no era expresivo, pecaba de sequedad, como el desierto, pero ese día me sonrió, como un sol, desde arriba.

Conservé en la memoria, por años, las instrucciones de los dos hombres. No así mi padre, que al otro día las había olvidado para siempre. Él no quería agua en la pecera, y me lo dio a entender repitiéndomelo palabra por palabra. Tal vez temía que el niño pudiera rebelarse contra semejante absurdo. Mas yo no protesté. Guardé silencio: yo estaba pensando en las sirenas. Mi padre también se enfundó en su silencio, con sus cigarros y sus interminables tazas de café. A partir de ese momento, yo y el mundo, dejábamos de ser para él.

No recuerdo haberme sentido mal por estos destierros a que me condenaba mi padre casi todas las noches, terminada la cena. Pues había algo en él de suma tristeza, de dolorosa huida, que desarmaba cualquier resentimiento. Nada me hubiera gustado tanto entonces como haberlo acompañado hasta el alba, cuando se retiraba a dormir sólo por un par de horas; pero a mí el sueño me vencía pronto, en la misma mesa del comedor. Sin embargo, la noche del sábado que trajeron la pecera, las cosas comenzaron a cambiar. Mi padre, igual, bebió su café y fumó sus cigarros acomodándose en la mesa. Yo, más dormido que despierto, lo vi llevarse por tercera vez la cuarta taza de café a la boca. Debo decir que de mi sueño yo me despertaba al cabo de unas tres horas de haberlo iniciado, y que solo me iba a mi cama. Pero esa noche que digo, no. Porque esa noche mi padre, con un tono de voz que no le conocía, se levantó a despertarme y a acompañarme a la cama.

El domingo, mi padre y yo, como siempre, salimos a desayunar a la calle. El restaurante al que estábamos abonados, y en el que hacíamos dos comidas diarias, quedaba a dos cuadras de la casa. Caminábamos en silencio, mi padre a paso corto, echando humo, como un fuego distante y solitario. Yo me retrasaba constantemente, pero él me esperaba, sin volver la cara, y cuando sentía que

estaba ya a su lado otra vez, echaba a andar de nuevo. El mutismo de mi padre, ni aun en el restaurant, cedía más de lo necesario, de ordenar su platillo y el mío, unos cigarros, y un chocolate para mí.

Los domingos alargábamos la sobremesa hasta cerca del mediodía. Yo me entretenía mirando pasar por la ventana donde se encontraba nuestra mesa, a la gente y los automóviles que brillaban con el sol. Mi padre hacía otra cosa: desplegaba el periódico dominical adquirido en el camino. Pasaba las páginas con tanta lentitud como si cada una fuera un periódico y él el peor de los lectores. Pero mi padre no leía; yo sé que no leía. Eran sus pensamientos los que lo ocupaban y no las noticias. Este volverse hacia sí mismo y encerrarse a trajinar con sus ideas, le daba un aspecto infeliz. El dueño del restaurante quizás veía lo que yo veía, porque mil veces lo sorprendí mirando a mi padre con lástima desde la caja registradora. El dueño del restaurante y mi padre nunca se tuvieron simpatía, nunca. De ahí que la mirada del hombre fuera también de desprecio, incluso cuando me miraba a mí. Desde luego que era de mi padre la culpa de que a ninguno de nosotros dos se nos viera bien. Las espinas iniciales brotaron de él en la primera mañana que vinimos al restaurante, de su lengua, que usó como un estilete contra el dueño a la hora de pagarle y preguntarle si podría recibimos como abonados. Por supuesto, el otro reaccionó y le dijo a mi padre que para aceptarlo debía de traerle una carta de persona conocida y solvente que respondiera por él. Mi padre protestó. Respondió que quién iba a querer ser fiador suyo por un plato de lentejas. El del restaurante alzó ligeramente los hombros y siguió haciendo las cuentas que había suspendido al acercarnos nosotros. Mi padre ya no abrió la boca. Acabábamos de llegar a la ciudad. No conocíamos a nadie. Cualquier otro restaurante nos hubiera quedado lejos, en el centro de la ciudad, y a mi padre no le gustaba montar en camión ni tener que perder el tiempo. Además, estaba yo, enfermo de una pierna que no me permitía andar mucho.

El domingo del que ahora me acuerdo, aquel que siguió al sábado de la pecera, cumplíamos seis meses de estar asistiendo habitualmente al restaurante. Desayunamos lo de diario. En vez de una

barrita de chocolate, mi padre le pidió tres al mesero. Yo las recibí como si hubieran puesto en mi mano, de bulto, un sueño. Mi padre me hizo la advertencia de que no fuera a devorármelos todos, pues no tardaríamos en regresar a la casa, en la que, si no dejaba nada para comer allá, iba yo a sufrir. A la advertencia, imaginé la larga mañana de domingo que me esperaba, encerrado, sin poder seguir viendo, como en el restaurant, la gente y los automóviles. En verdad, mi padre estaba cambiado: era la primera vez que un domingo volvíamos temprano a la casa —eran entonces las nueve de la mañana—. Me sentí triste. No me acordé de las sirenas.

Apenas entramos a la casa, mi padre se fue a la sala y colocó uno de los sillones frente a la pecera. Luego me mandó traerle el cenicero y los cigarros. El cenicero era un bote cuyo contenido mi padre aprisionaba con sus pulgares. Mi padre, de seguro, conservaba allí el rastro de mil días de humo y de profunda ausencia. Quería a su cenicero —no como a mí; pero lo quería—. Se lo dejé en el piso. Le ofrecí después uno de mis chocolates, uno que decía “Almendras” en la envoltura. Mi padre no me oyó, estaba ya con su alma entre las sirenas, el cenicero en una mano.

¿Cuántas horas duró así mi padre, llevándose cigarro tras cigarro a la boca, sin alterar la postura, casi sin parpadear?

Hacia la tarde, me vi forzado a abrir la puerta de la calle porque adentro, por el humo, el aire se había vuelto irrespirable.

Mi padre tosió. Luego se levantó para entrar al baño a hacer gárgaras. Decía que el tabaco le destrozaba la garganta, como un tigre. Y mientras él estaba en el baño, yo me acerqué a la pecera, a las sirenas, deseando que me rodearan, juguetonas, como el día anterior. Pero no vinieron. El ruido de los gargarismos llenaba la casa y yo pensé que quizás eso las había asustado.

El lunes no encontré a mi padre en su cuarto. Tampoco estaba en la sala. Las cortinas cerradas, y la luz eléctrica encendida, daban la sensación de que aún fuera de noche. Me fijé que en el reloj de la sala eran las ocho de la mañana. Generalmente a esa hora estábamos desayunando en el restaurant porque mi padre debía entrar a su trabajo a las nueve. Busqué detrás de los sillones, pensando que tal vez estuviera escondiéndose de mí. No acabo de

entender por qué fui a mirar allí con una sonrisa: mi padre jamás tuvo la menor inclinación a jugarme bromas. La sala me dio miedo y me apresuré a descorder las cortinas. La luz del día entró despacio, haciéndome sentir mejor. Pero también me reveló el cenicero de mi padre en la pecera, en el fondo. De color aluminio —mi padre le había quitado la etiqueta—, el botecito brillaba igual que una estrella o un pedazo de vidrio en un solar. Mi padre, se echaba de ver de inmediato, lo había colocado exactamente en el centro del fondo con alguna intención.

Las horas de aquella mañana pasaron para mí a vuelta de rueda, a gotas y con hambre. Me aburrí de contemplar los objetos de la sala, la pecera, el botecito, y luego me quedé dormido.

El dueño del restaurant no se sorprendió de verme entrar solo. Esperaba que mi padre apareciera después de mí, sin duda. El restaurant estaba vacío. Uno de los meseros doblaba servilletas en la mesa que mi padre y yo acostumbrábamos ocupar. El mesero no reparó en mí. Yo me detuve, mudo como un palo, frente a la caja registradora. El dueño hizo sonar una campanita en la caja, accionando una manivela. Cuando la campanita se calló, me dijo:

—¿Y tu padre?

—No sé —le respondí.

El dueño me miró desconcertado.

—¿Cómo que no sabes?

—No sé —repetí.

El dueño me miró con buenos ojos.

—No he comido —le dije.

—Sí —me dijo, y buscó con la vista al mesero que estaba doblando las servilletas.

LAS PRIMAVERAS

ABANDONAMOS EL CUARTO. El patio arde en la luz de la tarde. El sol entra de lleno en el corredor e ilumina un sillón de mimbre, el único mueble de la casa a la intemperie. No veo plantas por ningún lado, ni siquiera la huella en las baldosas del piso, de viejos macetones. El corredor tiene forma de media luna, cerrado por enfrente de mí, con una pared muy alta que ha perdido casi su color ocre. Al pie de la pared hay una pequeña pila de ladrillo. A mi lado siento que la mujer sigue mi mirada. Oigo no su respiración sino el fino intercambio de su espíritu con todas las cosas que andan por el aire. Es como si el aire le estuviera puliendo el mástil de un barquito secreto, anclado al pecho. Así deben de sonar nuestros sueños. La pila fue en otro tiempo, quizás, una fuente para los niños y los pájaros, se me ocurre pensar. Antes de ahora yo vi una fuente de este estilo, pero no sabré decir dónde.

La mujer espera que yo vuelva los ojos al punto de partida: el sillón solitario, y me dice:

—No siempre estuvo tan olvidado como usted lo encuentra. Lo hemos dejado aquí para que se lo coman insensiblemente las estaciones, pero resiste. Mi madre pregunta por él todas las mañanas. Allí, mi padre Artemio, sentándose en las piernas, le acarició los muslos y los pechos hasta sacarla de quicio. De eso hará cuarenta años.

La mujer entorna los ojos. Es hermosa, aun con el vestido que trae y que le estropea las formas. Por capricho de la madre viste de negro y usa cuellos elevadísimos. No comprendo cómo puede aguantar el doble encierro en que vive, el del vestido y el del cuarto de su madre, que regresa al polvo lentamente.

El cuarto de la anciana apesta a brebajes de principios de siglo. Mientras la hija le hablaba a la madre de mí, yo miraba hacia la repisa en que estaban los tazones, rotulados con letras doradas;

sobre la repisa, como en otras muchas partes, el mundo estaba pudriéndose a puerta cerrada. Sentí repentino odio por la vieja y me vi echándola al patio a que muriera a punta de sol y ahogada, al cabo, de aire limpio. De no ser por la hija que me anunció que ya nos íbamos, yo hubiera satisfecho mis deseos.

Cuando la hija abrió la puerta para salir, la madre le dijo, con voz extraordinariamente clara: “Artemio fue la felicidad y el fuego”.

Pese a que el sol fuerte de abril nos abrasa, la mujer y yo no nos movemos en busca de la sombra. Mi ropa comienza a despedir el mismo olor que había en el cuarto de la enferma. Me vuelvo a ver a la mujer, molesto. Pero ella no parece darse cuenta de la fetidez. Sigue mirando al sillón. Adivino su carne recoleta, sombría como un vino en reposo.

—Usted podrá colegir —me dice refiriéndose al mueble— su calidad por lo que ha soportado.

En esta clase de mujeres el bozo es casi infaltable. Una imaginación enamorada de las cosas de la tierra lo tomará, tal vez, por el signo de un temperamento vivaz. Una imaginación como la mía.

—¿Cuánto ha dicho usted que tiene el sillón fuera de los cuartos? —le pregunto falsamente interesado.

—Ya se lo dije —me responde —: cuarenta primaveras.

El bozo es rubio, como el mimbre. En su falda hay una sarta de gotitas opalinas de sudor. De buena gana se las limpiaría a la mujer, pasándole mi dedo índice, demorándolo sobre el borde del labio perfecto, para despertarla al amor por ahí.

—Pero, ¿lo ha revisado usted detenidamente, señora? —vuelvo a preguntarle—; porque suele suceder con este tipo de muebles que a los ojos aparecen intactos, que luego se derrumben con el peso de una mosca.

La mujer, sin decirme nada, camina hasta el sillón y se deja caer de nalgas en él. El busto le tiembla entonces como sacudido por una explosión. Al mirarlo, he pensado en dos palomas, insospechadamente poderosas. La mujer y yo duramos bastante rato mirándonos. Ella busca el efecto de lo que acaba de hacer, en mi cara. Estoy tentado a darle lo que busca: a abrir, a lo bobo, la boca

y los ojos; mas no lo haré. Eso podría entenderlo como que yo acepto que el sillón vale, en verdad, un potosí. Temo, incluso, pestañear con exceso. Negocios son negocios. No olvidarlo. Ya puede la otra mirada desolar-me: yo permaneceré fiel al tema. Una cosa, sin embargo, me apresuro a aceptar: la mujer ha ganado en hermosura: está radiante. Recibe, inmutable, la gracia del sol de la tarde. Mueve debajo del vestido las piernas para cruzarlas con pereza. Sigue con la vista puesta en mí, el comprador de antiguallas. Nunca acudo de corbata a una venta, y menos cuando hace calor. Debo tener un aspecto hartó desdichado.

No, la mujer no piensa en negocios. Está esperando a que yo afloje el nudo de la corbata y salga del cerco del bochorno paralizador. Le doy lástima. El nudo es grueso, grande como una fruta. Mis dedos lo recorren incrédulos, quemándose con la seda de un color que no recuerdo. Con la sensación de hallarme en una pesadilla, empiezo a quitarme, de plano, la corbata. Siempre habrá de ser un misterio para mí por qué fui a colgármela hoy y no otro día. La monstruosidad del nudo es obvia: falta de pericia en el manejo de estas prendas.

La mujer bosteza. Es natural. Poco antes de entrar al cuarto de la madre (había que pedirle autorización para vender el mueble y presentarle además al comprador), la mujer me pidió que despacháramos el asunto pronto porque ella dormía siesta.

Saco por fin la corbata húmeda del cuello duro de la camisa. La mujer ha cerrado los ojos y cabecea. Agobiado por el sol procuro, tarde, la sombra de uno de los pilares del corredor, de uno cercano al sillón.

Emitiendo ruiditos con los labios, la mujer duerme ya, todavía con las piernas cruzadas. No pienso despertarla.

Desde la sombra, voy a contemplarla a placer, y luego me iré.

Casi oigo crepitar el sol en el cielo, tan grande es el silencio que nos rodea.

Noto que los hedores se han retirado de mis ropas. Muy débilmente el agua de colonia y la loción vuelven a aflorar, ayudan a la sombra en su tarea bienhechora.

Los rayos del sol no alteran lo trigueño del rostro de la mujer.

Incluso ni suda, fuera del bigotillo. Duerme con la cara vuelta hacia un lado, y me deja ver una oreja pequeña y parte del nacimiento, en la nuca, de los cabellos. Desnuda, esta mujer ha de enceguecer a quien la mire.

Le compraré el sillón, pero le diré que puede continuar usándolo cuando quiera, puesto que es allí donde recibe la gracia.

—Hago mi vida de noche —me dijo delante de la madre— escuchando cosas de la pasión de mi padre Artemio: el amor, según la carne.

La sombra de la pared empieza a caer y a llenar el patio.

Camino quedito hasta el sillón y pongo la mano abierta sobre uno de los pechos de la mujer. Estoy temblando, no sé qué va a pasar. Veo que la mujer entreabre los ojos, velados por el sueño. Luego coloca su mano sobre la mía, y me dice:

—Regrese usted mañana, pero temprano; tendré que presentarlo de nuevo a mi madre.

ÚLTIMO OTOÑO

EN EL PATIO DE MI PRIMA MUERE EL SOL. Sentado en una mecedora, contemplo las ramas desnudas de los árboles, el cielo dorado del otoño. Tengo entre mis manos un juguete que emite música si se le da cuerda. Es una melodía triste, que fácilmente evoca la vida en el mundo; la vida de cada uno de nosotros. Mi prima, Sofía, hace una media hora trajo una bebida caliente con ron y me sugirió que me la tomara luego. No le he hecho caso. La taza se ha cansado de echar humo como un volcán. Pero el espíritu del fuerte licor está en el aire. Me remueve apetitos definidos. Nunca pude relacionar la primavera con el amor. Para mí, es el otoño la verdadera estación sensual. Sofía no lo entiende así. Defiende, apasionada, el ruido y la opulencia vulgar de la vida que vuelve todos los años a su patio, al jardín. Además, gusta de agregar, como puntilla, que es el mes de abril el que desde antiguo han temido los ascetas. De esto hablamos cada verano, los sábados.

Yo, mayor que Sofía, me he vuelto viejo en esta brega maniaca de ideas tan opuestas. A Sofía, por el contrario, el bregar le da hermosura creciente, le sazona las carnes. El verano pasado, conversar con Sofía de lo mismo de siempre, fue ya un suplicio atroz; silenciosamente, sin quejarme. Pero ella lo adivinó. Levantándose, entró a la casa y me dejó solo. Al rato me levanté yo también: Sofía me estaba esperando en la puerta de la calle. Nos dijimos adiós. Y juré que no regresaría jamás.

Pero hoy he vuelto, y fui recibido. Sofía me llevó hasta el patio y me ofreció la mecedora de los veranos. "Está muy rico el sol —me dice—, ponte cómodo." Parece que la acabo de oír. ¿Qué estará haciendo que no viene? ¿Voy a quedarme solo, como la última vez? Hago girar, nuevamente, la llave del pianito de juguete. Sofía estudió piano de niña. Sus padres le compraron uno, usado, sin tapadera para las teclas, y negro como cajón de muerto. Mientras

la vocación de la niña no se perfilara con claridad, no valía la pena adquirir una cosa mejor, decían mis tíos. Sofía me impresionaba sentada ante el vejistorio. Era como si se encontrara vuelta de cara hacia un macizo de tinieblas, a las que desafiaba —por orden de mi tía— con una música débil y torpe, de notas aisladas. Mi tía, sentada atrás, la veía con ojos de pájaro carnicero; de cuando en cuando graznaba. Yo tenía que asistir todas las tardes por fuerza a todo esto: para mi familia, la prima era un modelo a imitar. La lección de disciplina y voluntad que pretendían darme mis padres y mis tíos, fracasó. Con la aparición de mis primeros bigotitos, medio invisibles, me rebelé. Grité que era humillante que a un hombre que andaba en los quince años de edad, le pusieran de ejemplo a una criatura que ni los diez tenía aún. Por entonces, cayó enferma Sofía; para muchos meses. Y eso, más que mi grito, fue lo que me salvó. Eso, y que también Sofía, curada, no reinició nunca las clases.

El piano sigue en la casa. El odio que Sofía siente por él traspasa la frontera de lo razonable. Porque Sofía lo tortura. Lleva años hiriéndolo con legras y buriles y vaciándole adentro cuanta porquería encuentra. Sobre el teclado enciende fuegos, que hábilmente controla, en los días de su cumpleaños o cuando el recuerdo de su madre es tósigo que no la deja vivir y la aplana. Lo que Sofía graba en la madera son frases obscenas, bellas algunas, que después rae para grabar otras.

Sólo una vez las he visto, un sábado, a la luz de la lámpara que Sofía me acercó tomándola de una mesita donde vi fulgir el acero de una docena de buriles. Después de retirar Sofía la luz, le dije que a mi modo de pensar, el destrozo del piano, por moroso que fuera, y metódico, me parecía ser cosa de niños y no de un adulto en sus cabales. Sus ojos se pusieron redondos y encendidos, y mi lengua imprudente se retrajo como ante dos carbones, temiendo el castigo. Sin esperarlo, salté de la sala. Sofía me siguió, me alcanzó y me detuvo en la banqueta de la casa: "Con que yo no vuelva a revelarte nada —me dijo— con eso hay para que nuestro parentesco no se ponga a pique". En la penumbra de la calle, Sofía descansó una mano en mi pecho. "Si yo peleara contigo y tú no volvieras

—agregó—, ¡te imaginas, Benedicto!...” Retiró la mano. Quede ardiendo. Dije cualquier cosa en medio del torbellino de mis sentidos. Cuando logré calmarme, mi prima ya había desaparecido y estaba apagando las luces de la casa. Pero esa noche, igual a otras incontables, iba a ser para mí de continuo tormento, de pelea, de hambre y sed infinitas.

El sueño llegaba tarde; dos o tres horas después de haberse levantado el sol. Las huellas de la lucha me duraban en el rostro hasta el sábado siguiente. No dejaba de advertirlas Sofía, y de alarmarse. “Benedicto —me regañaba—, ¿qué no entiendes que darse tanto al cielo te arruina? De ti quisieron hacer un músico y mira con lo que sales: beato. Búscate una mujer.” Mía era la culpa de que así se me juzgara. Yo mismo había inventado la historia de mi amor ilimitado por la religión. Incluso, para que éste resultara más verídico (para Sofía), yo quemaba desde temprano, el sábado, mucho incienso. Exponía directamente el cuerpo, y las ropas que lo vestirían, al humo del pebetero. En la calle, el aroma del incienso me procedía como una tropa vocinglear de acólitos y sacristanes; llamaba yo la atención de todos. Baqueteado por la mirada de la gente, llegaba a la casa de Sofía muriéndome. Me recibía con una sonrisa y moviendo la cabeza, la melena, que era negra. En seguida la vida volvía a mí. Pasábamos al patio, a sentarnos bajo el alero, al que la rama de uno de los árboles del jardín tocaba, tímida, con la punta, y nos poníamos a discutir.

Pero ahora es otra la estación. En otoño, Sofía y yo apenas hablamos. Ella se sienta a mi lado, nos turnamos el pianito para oírlo, en secreto, como si tocara, para cada uno de nosotros, distinta melodía. Lo que escucha Sofía le abomba la frente, la pone pálida, la llena de sudor en la dorada tarde. Sofía resplandece, pero me causa pena que se torture así. Mi regalo no le produce, no, ningún gozo. Muchas veces he temido por su vida; se lo he dicho, aconsejándole que rompamos con la nociva costumbre; pero ni siquiera me contesta. También he considerado la posibilidad de aplastarle el alma al pianito y enterrarlo en el jardín. Ahora mismo vuelvo a considerarla. Cuando Sofía regrese y no halle su juguete le diré que tampoco yo lo vi al llegar, que quizás se lo robaron.

Pero nada de lo que pienso tiene sentido: ella me vio con él en las manos cuando me trajo la bebida caliente, y de seguro lo ha estado oyendo todo este tiempo. Podría también, mientras estoy aquí sentado, estar espiándome desde una de las ventanas, acechando el momento en que atente yo contra la integridad del pianito para venir a expulsarme, como a un extraño.

Dos cosas me sorprenden hoy de Sofía: una, el cocimiento de canela; la otra, su tardanza: ella sabe cómo la reclaman mis sentidos.

Los nervios empiezan a traicionarme. Pongo el pianito junto a la taza y con los pies impulso la mecedora. Mis ojos ven entonces al sol como una araña que sube y baja por las ramas de los árboles desnudos. Oigo la madera de la mecedora quejosa. Por primera vez siento miedo de mi prima, de sus buriles que descubrí en la sala. Paro en seco. De atrás de los árboles, el abismo azul del cielo me lanza al rostro un soplo de aire frío; es la noche, que se anuncia.

Casi creo que Sofía se retarda a propósito. Aparecerá al filo del crepúsculo, a la hora en que invariablemente me dice que la visita ha terminado y que debo irme porque ya es tarde. ¿Y si no fuera así, como siempre? De un salto me levanto de la mecedora y vuelvo los ojos a la casa, en cuyas ventanas el oro del sol envejece aprisa. Quizás Sofía duerme o está labrando el vejestorio, olvidada, aburrida de mí, de mis deseos impotentes, sin ninguna resonancia, que la cansan con su girar huero en el vacío de los sábados.

Lo sé por ella misma. Dos palabras le bastaron para hacérmelo comprender el pasado otoño. Su intención era herirme; yo no le intereso como hombre, yo sólo soy su primo, un desventurado incensario ambulante, toda la familia que ella tiene.

Las manos me tiemblan en las bolsas del abrigo. Debo controlarme y acercarme a la casa con calma. Aunque Sofía no pueda percibir mi miedo, no me gustaría dejárselo ver, pues eso le daría enorme ventaja sobre mí. Me haría, desde su posición privilegiada, una guerra terrible. Mientras camino, siento aumentar el temblor de mis manos y que la mentira con la que inicié la tarde se resquebraja: la verdad es que nadie me sirvió la bebida caliente con ron, y menos la prima, jamás comedida conmigo. Yo la preparé, como dentro de un sueño. Sofía no se asomó para nada a la cocina.

Revolví todo en busca de una hierba que me aliviara el malestar, el dolor de cabeza, el escalofrío; la honda rebeldía de mi cuerpo que tiraba hacia un mundo en donde es innecesaria la salud.

Entro a la casa. Al caos que dejé en la cocina lentamente lo eclipsa la sombra. Distingo, encima de la mesa, y como en plena mañana, la botella de ron. Olvidé tajarla. Sigo adelante, a la recámara de la prima.

Los nervios se me han calmado. Podré enfrentar cara a cara, a Sofía.

Huele mal la recámara.

Sofía sigue tumbada en su cama.

La blancura de su piel se impone, con éxito, a las sombras crecientes que la rodean.

Me le acerco, le quito la almohada que tiene en la cara.

Una súbita ternura me invade. Y entonces cubro, con la sobrecama, el cuerpo muerto de mi prima Sofía.

LAS PUERTAS DEL BOSQUE

PÍNDARO GARCÍA, MI AMIGO, se ha ido a Estados Unidos. Lo sé por una carta que me ha escrito, hace tres días, desde una estación de la Greyhound. A Píndaro lo conocí en 1971. Ambos asistíamos a la misma biblioteca. Ambos nos sentábamos siempre a la misma mesa, separados por unos cuantos centímetros de madera clara. Píndaro veía sólo revistas de geografía, ilustradas. Mi gusto era más amplio. De ahí que su actitud maniaca me causara extrañeza. Más cuando aquellas revistas, todas, eran números atrasados. Mientras no cruzamos palabra, pensé que Píndaro estaba algo loco, que un amor extraviado por los paisajes lo tenía así. Pero una tarde él apartó de su cara la revista que estaba contemplando y me preguntó, con una voz clara, fuerte, la opinión que me merecía el libro que yo leía. Lo miré a los ojos. “La opinión que tengo es buena”, le dije. Y luego: “De los bosques casi nada sabemos; este libro habla de ellos como de cosas incomparables”.

Píndaro dejó la revista sobre la mesa. “El mundo cree que el mar es lo mejor”, me dijo. Miré un instante el libro, la lámina inserta en la página: una fotografía de coníferas. En la foto había caído ya la luz; se distinguían, borrosos, los troncos de los árboles. “Bueno —dije—, teniendo en cuenta la inmensidad del mar, es obvio que los otros llevan sobrada la razón; ¿con qué se le va a poder comparar?” “Pero hay muchos tipos de inmensidad”, me contestó Píndaro. Guardé silencio. “Y muchas maneras de entenderla”, añadió todavía. Paré el libro, me atrincheré en él. Iba a rebatir al lector obcecado de revistas, de exiguas miras. “No estoy de acuerdo con usted”, le dije. “Grandeza física en el planeta, el mar, nada más; fuera del planeta, el otro mar, el del aire que nos rodea.” Vi cómo Píndaro se desinflaba y se abatía sobre su revista. No le podía ver la cara. Esperé pacientemente a que se recobrara. Me puse a hojear el libro. Encontré otras láminas de bosques cre-

pusculares. Sentí de pronto que la presencia de Píndaro me daba frío. Tiritando cerré de un golpe el libro. Píndaro levantó la cara. Lloraba. No recuerdo haberle oído nada. Pero recuerdo que abandoné la biblioteca asustado por sus lágrimas.

Dejé de ir a la biblioteca. Temía a Píndaro. Los libros, sin embargo, me llamaban. Comencé a espiar, por las tardes, la salida de Píndaro de la biblioteca. Cuando él salía —una hora más o menos antes de que cerraran— entonces entraba yo. Buscaba la mesa de siempre, apartaba las revueltas revistas de Píndaro y, como un hambriento, empezaba a devorar páginas del libro en turno. Poco tiempo duró el ardid. Píndaro me espiaba también. Después de dar la vuelta en la esquina de la biblioteca, no seguía de largo, sino que regresaba para verme abandonar, al cabo de un rato, mi puesto. De haberlo sospechado yo me hubiera procurado otros medios, quizás más inteligentes, de llevar sin tropiezos mi afición.

Así, Píndaro se presentó una tarde, como una sombra, en la mesa, detrás de mí. Yo sabía que se trataba de él, pero continué imperturbable la lectura. Debajo de la mesa, apreté los puños. Píndaro se movió hacia adelante y me encaró: “¿Por qué huyó el otro día?”, me dijo. Había cogido una revista y veía la portada. No parecía importarle en verdad la respuesta. Le respondí: “Porque usted lloró como una mujer, por nada; como un histérico, y del llanto al arrebato, en tales condiciones, no hay sino un paso. No iba yo a reducirlo a usted a golpear, como a un animal”. “No, desde luego —dijo Píndaro—, pero usted se asustó con mi llanto; ¿por qué?” Alguien nos calló. “Está usted hablando muy alto —le advertí—, siéntese mejor.” Píndaro, murmurando, se sentó.

Había hecho yo una torre con las revistas de geografía; tarea inútil. Píndaro, como viento del desierto, dio contra ella, la devastó. Le dije que trataba pésimamente lo que tanto placer solía reportarle y que aquel material, con todo y su gran calidad, no era eterno. “En las revistas, años antes de que usted se enviara en ellas, yo encontré bellísimas fotos de bosques, como no he vuelto a ver otras; téngalo en cuenta”, le dije. A Píndaro sin duda le chocaron mis palabras, porque luego, airado, me contestó: “No me va a decir usted qué es lo que debo tener en cuenta; de esas fotos

sé bastante más que usted. Yo vivo en esos bosques. Los he andado, sin ausentarme nunca de aquí”.

Pronto volví a compartir la mesa con Píndaro. Nuestra amistad nació, poco a poco, de la fatiga de nuestros ojos que, apartándose de su tarea, buscaban un descanso. Píndaro al principio no me veía; lo ofuscaba la luz de la biblioteca. Pero yo me hacía notar. “¿Cuánto caminó hoy, en lo que va de la tarde?”, le preguntaba. Píndaro reparaba en mí. Me decía: “Caminé brevemente. Unos metros. Siguen estando oscuros los bosques. Aparte del aroma a resina, yo no recojo otra cosa que fatiga, que desaliento: usted ve cómo vuelvo”. Según Píndaro, aquellos lugares no recibían la luz del sol desde hacía varios meses. Estaba desolado. No alcanzaba a explicarse el cambio. De nada valía que yo tratara de hacerlo recapacitar recordándole lo que él mismo me había confesado: su vida en la biblioteca entre sus revistas era pura ficción. Píndaro me argüía: “No es que yo me contradiga; sucede que esa mentira es sólo la espuma; lo visible de lo que en esencia me trae aquí, a esta sala, a esta mesa: estoy esperando. La luz que hay en mi ficción, es el aire que mantiene viva mi esperanza; sin ella, desespero”.

Una tarde a Píndaro se le cerraron definitivamente las puertas del bosque. Quedó como muerto en el lindero. Lo vi mirar con azoro su revista de geografía. Por Píndaro, todo respiraba un dolor enorme, suma de innúmeras frustraciones. Entonces me hallé en él como en un espejo. Píndaro, solitario, humeaba en el fuego de la desgracia como un árbol tocado por el rayo. Aparté de él mis ojos. No volví a verlo.

La segunda carta que recibo de Píndaro —siete meses después de la primera— es breve también. Me cuenta que ha conseguido trabajo en una tienda. De repartidor. En un pueblo que tiene un bosque cerca. Ya conoce el bosque. Los domingos no sale de allí. Es feliz por primera vez en su vida. “Éste era el bosque”, escribe, y subraya lo que escribe. Aunque yo no comprenda que se tenga que ir tan lejos para encontrar la dicha bajo unos árboles, comparo los sentimientos de mi amigo.

La tercera carta de Píndaro me deja pasmado. “Hace unos cuantos días —dice— apenas que le escribí, Quiroz, y ya estoy

haciéndolo de vuelta. Será ésta la última vez. No es que regrese allá. Hoy compré una pistola y balas. No sabría explicarle a usted cómo ni por qué; pero desde el domingo pasado sé que yo no debo morir en otro lugar que no sea el bosque. Tengo miedo de morir en otra parte. Así que me adelanto, Quiroz. En el pueblo también hay de aquellas revistas de geograffa, pero en su idioma original, Píndaro.”

EN LA CALIENTE BOCA DE LA NOCHE

EL AUTO HUELE A POLVO recalentado por el sol. Voy corriendo rumbo a la casa de un amigo que vive fuera de la ciudad. El aire del verano entra a raudales por las ventanillas. Huele a hierbas, y cuando choca en mi cara, lo oigo gemir. Me parece demasiado caliente para ser tan noche. No sé si llegue yo completo a la casa de mi amigo, pues sudo como si fuera un país de muchos ríos.

Tampoco sé por qué acepté la invitación de mi amigo. Yo soy de los que huyen las fiestas. Hace años que no asisto a una. Así se lo dije hoy en la mañana a mi amigo cuando me llamó por teléfono. Pero él me respondió haciéndome el caso del loco: “Ven, no importa; sal a darle una mordida al mundo, ese pan que tú apenas conoces”. Colgué el aparato sintiendo que mi amigo cometía una injusticia al decírmelo y, por un momento, procurando el alivio, lo tuve por el más estúpido de los hombres.

Me dirigí luego al ropero.

Vagamente recordaba uno o dos trajes del año de la nanita. Traté de hacer memoria cómo los había adquirido, pero no pude. Quizás ya ni existieran. Porque al ropero —bello mastodonte con las venas a flor de piel— yo no lo abría desde doce años atrás.

Uno de los trajes estaba inservible, devorado a medias. El otro no. Lo encontré intacto: de lana azul, de invierno.

“Es un traje incómodo”, murmuro al tomar una curva de la carretera.

Después de la curva, me llega aire fresco y me reanimo. La noche, el aire, siguen oliendo a hierbas, pero ahora a hierbas que viven en el agua. Por un segundo me asalta la nostalgia por mis libros, por su compañía: es la primera vez que, por nada, me separo de ellos.

La frescura de la noche aumenta. Disminuyo la velocidad de la máquina y, bajándome del camino, hago alto. No apago de inme-

diato las luces. Delante del auto veo grandes árboles silenciosos y el suelo mojado, como si acabara de llover. Pienso en un oasis. Y en mi amigo.

Su casa no queda lejos de aquí, según las señas.

A mi amigo no lo conozco en persona, sino sólo por la voz. Es una voz que nunca me ha gustado. Suena a noche perpetua. Tanto, que cuando hablamos procuro instintivamente meterme con todo y teléfono en algún rayo de sol. Nuestra amistad es curiosa: es una forma de parasitismo intelectual. En esta relación el parasitado soy yo. Recuerdo la noche que lo conocí. Me había yo enfrascado, al caer el crepúsculo, en la lectura de un libro monumental. Remaba y sudaba metido en él, como un galeote en su galera. Pero a media noche el reloj de la pared me volvió al tiempo y al tic tac de sus pasos perseverantes, haciéndome descansar. Yo se lo agradecí. Luego me levanté y me le acerqué a darle cuerda por la boquita redonda de la carátula. Permanecí largo rato mirándolo, intrigado. ¿Cómo es que sigue andando —me preguntaba yo— si la última vez que le di cuerda fue hace dos meses? Entonces sonó el timbre del teléfono.

A partir de aquella noche mi nuevo amigo nunca dejó de llamarme.

Apago las luces del auto.

Por las preguntas que siempre me hace mi amigo, deduzco que ha de estar preparando un trabajo importante de entomología. Le apasiona mucho la vida de ciertos insectos, como los zánganos. De este animal me ha chupado un mar de datos rarísimos, insólitos, desconocidos para la mayoría de los especialistas en la materia.

La casa, según las señas, está a un kilómetro de la curva que acabo de pasar. Está adentro en el llano, a unos trescientos metros de la carretera. Reconoceré el lugar por la abundancia de luces eléctricas y por los automóviles ahí estacionados. Es extraño, pero a mi amigo siempre lo supuse acosado por un millón de deudas, por los fantasmas de la pobreza. Y resulta que no. Vive fuera de la ciudad en una gran casa —lo de grande lo añadido por lógica: invita a un mundo de personas a sentarse a su mesa— y para colmo —me lo dijo jactándose el parásito— las hartará de comida y selectos vinos.

Me quito el saco. Debajo la camisa se me pega todavía al cuerpo y siento un ligero escalofrío. La soledad es mi elemento; mas aquí estoy empezando a ponerme nervioso, como si me vigilaran.

Llevo mi mano disimuladamente al switch de las luces, y espero. Cuento hasta tres y luego, de repente, enciendo las luces y toco la bocina. Los bocinazos se pierden como pájaros ciegos en la noche. Las luces iluminan otra vez los árboles silenciosos y el suelo. No hay nadie. Lo mejor será —pienso— acabar de llegar ya a la fiesta.

Apenas corro unos cuantos metros por la carretera cuando el aire caliente del verano vuelve a soplar por las ventanillas del auto.

Mientras manejo, con una mano me desabrocho la camisa. El aire la hace ondear como una bandera, pero me quema el pecho. Creo que ésta no es mi noche. Desde que salí del departamento sentí que algo se trastocaba en mi interior. No hice caso. Pero ahora pienso en mi alma y en el preámbulo a una revelación. No que yo vaya a ver la otra cara de la moneda, que no suele ser tan extraordinaria como se dice: yo pienso en lo que vive, sofocado, entre ambas caras.

Aminoró la marcha.

La casa de mi amigo está a la izquierda de la carretera. Si no alcanzo a ver las luces, su resplandor me indicará el lugar exacto donde dirigirme.

Aminoró aún más la marcha porque no veo nada que se parezca a una claridad en la caliente boca de la noche.

Irritado por el calor y por la sospecha de haber sido objeto de una broma, detengo el auto sin apagar el motor. Me muerdo una uña. Me lleno de justa cólera hacia mi amigo. Tengo los ojos clavados aviesamente en el pavimento de la carretera. Sudo peor que antes. Soy todo río, encrespado por el viento del coraje. Mi conciencia y mi sentido común botan de aquí para allá, tragando espuma. Voy a perder la razón —me digo—. Y automáticamente echo a andar la máquina de nuevo, pero es entonces cuando descubro —¿o me descubre él a mí?— un caminito vecinal que tronca en la carretera.

El caminito es parejo.

Avanzo muy despacio, siempre buscando el resplandor de los focos de la casa. Ya calmado, se me ocurre pensar en la posibilidad de un corto circuito en la instalación eléctrica de la casa. A lo mejor he juzgado mal. Un corto circuito es un accidente.

Tras de andar un largo tramo por el caminito, decido regresar a la ciudad. Mi amigo sabrá comprenderme.

Cuando doy vuelta al volante, siento el dolor agudo de un piquete en la nuca. Sin darle tiempo a escapar, de un manotazo aplasto al insecto que me ha lanceado. Pero luego viene otro y me da en plena cara. A éste también logro aplastarlo. Luego viene otro, que ensarta su aguijón en mi cuello, y ése se me va. Y el siguiente, que hace blanco en un ojo. Y otros dos, feroces, que me pican el pecho. Oigo zumbar la noche. Otros insectos me atacan la espalda y las piernas, y los brazos, que no ceso de moverlos.

GEMELOS

LOS GEMELOS MALAQUÍAS Y QUINTÍN desmoronan la ración de pan en su plato común. Los golpes dados al pan duro, con el mango de las cucharas, se oyen lejos. Malaquías deja de pegar y mete los dedos al plato, jugando. Quintín entonces se pone a cantar bajito. Duran unos segundos así, pero luego, del extremo de la mesa le llega a Malaquías una llamada de atención: no se deben manosear los alimentos. Malaquías obedece y saca los dedos del plato. El otro, Quintín, sigue cantando. Los del extremo de la mesa lo conocen del alma. Jamás le ordenarían callar. Malaquías ya no ve el pan, la barbilla pegada al pecho. Abandonará esa postura varias horas después, cuando el comedor esté solo y la tarde haya declinado.

Quintín termina de desmoronar el pan. Del extremo de la mesa le envían leche en una jarra. El mozo que trajo la jarra espera, impaciente, a que Quintín se sirva. Pero Quintín siente en la atmósfera del comedor también la impaciencia de los otros. A través del asa del traste, cuando lo tiene a la altura de los ojos, los observa con disimulo.

Sombríos, reposan las manos —armadas de tenedores y cuchillos— sobre el mantel blanco, que muere a mitad de la larga mesa, como una ola. Son capaces de arrojarle los cubiertos a Malaquías, sin ningún pretexto. Lo han hecho ya. Si el instrumento da de punta, Malaquías la va a pasar muy mal, pues la herida se le encona y le entran, por una semana, fieras calenturas y un dolor tendido. Entonces gime a la sordina, temeroso de que lo oigan en la casa, bajo el pesado silencio de las estrellas. Mas, cumplida la semana de la agresión, vuelve al comedor y con una caravana saluda a los del extremo de la mesa.

—¡Cuidado!, no ponga usted tanta leche en el plato —le advierte el mozo a Quintín.

Malaquías levanta lentamente la vista. Explora el espacio que tiene en frente. No retiraron el mantel, azul por la luz del crepúsculo que entra por la ventana. Tampoco quitaron la salsera de plata. Escucha la voz del cocinero ordenándole algo a Quintín. Malaquías sabe que el mantel y la salsera permanecen en su lugar por obra de su hermano, y no por olvido del mozo. Quintín, una tarde, le leyó el pensamiento. Le dijo: "No es precisamente la salsera lo que tú admiras, ¿verdad? La salsera sólo es la llave que te facilita el acceso al reino que descubriste en tus noches peores, las de tus pudriciones".

El mozo y Quintín entran al comedor, llevando loza y dos fuentes de pan para la cena. Casi a oscuras ponen la mesa, se inclinan sobre ella como sombras sobre un valle. Una de las sombras regresa a la cocina y allá enciende una vela. Malaquías columbra que el que se ha quedado es el mozo. Es alto, de cabeza enorme, el pelo untado al cráneo y partido en dos. "Acaba de comer ya, gemelo —le dice—. No tardan los patrones." El mozo recoge el plato vacío. "Cuando menos pienses —le advierte, con el plato apoyado de canto en la mesa— los irascibles patrones te clavarán para siempre."

La luz de dos velas que trae Quintín de la cocina vuelve a la vida la salsera de plata, pero Malaquías no la ve. Está triste. "Sí —continúa el mozo—, porque tú andas por las nubes, gemelo, y porque no eres como tu hermano." Quintín coloca el candelabro entre las fuentes de pan. Luego se dirige al mozo: "¿Cuánto cree usted, Gabriel, que duremos sin corriente eléctrica?" "Una hora", le responde el mozo. "Es mucho tiempo, Gabriel." "Mucho tiempo para qué, Quintín", pregunta el mozo. "Para los patrones", dice Quintín. "Nada diga usted de ellos, Quintín; nada. ¿Entiende?", dice el mozo.

Quintín hala con desgano una silla para sentarse. En la cocina han encendido otra luz. Ve al mozo y al cocinero ir y venir por la cocina, y siente miedo. Se acerca a Malaquías. Mientras, el trajín de ambos sirvientes decrece, termina en un murmullo. A un movimiento brusco del cocinero, la llama de las velas vacila. Fugaces abismos se abren entonces en su rostro. Malaquías huye

de esta visión volviendo la cara hacia Quintín, cuyos ojos están cerrados. "Quintín, Quintín... —le susurra— no me dejes solo, despierta." Los sirvientes tornan a su andar de bestias nerviosas. Malaquías siente que el aire de la pieza se ha estancado, que no circula, denso de olor a parafina. "Quintín —ruega Malaquías—, abre tus ojos." Las palabras de Malaquías rebasan las fuentes del pan. Son oídas por el mozo, que se detiene y detiene al otro. Algo hablan luego, agitando sus brazos en el aire, ramas de un mismo árbol batido por vientos encontrados. "¿Me oyes, Quintín?", dice Malaquías. "Te oigo —responde Quintín—, no duermo; pero no quiero abrir los ojos."

El cocinero y el mozo están inmóviles. La calma alrededor de ellos es profunda. Ido el viento que los agitaba, vuelven en sí, recuperan fuerzas. El cocinero recibe la luz de las velas en espalda y nuca. Malaquías distingue nítidamente el moño de mariposa de los cordones de su mandil, atados al cuello. Alitas cervicales que para nada le sirven. El cocinero tiene años haciéndose el moño. A veces, cuando hay fiesta en la casa, Quintín le ayuda. Pero entonces, el cocinero dispensa a Quintín de una hora de trabajo. Malaquías oye ruidos en los que nunca antes había reparado. Mira al cielo por la ventana abierta. No puede reprimir el miedo, la sensación de vértigo que le acomete en pleno estómago: se halla sentado al borde de un pozo sin fondo, con las piernas flotando encima de un remolino negro. "¿Qué son esos ruidos en la cocina?", le pregunta a Quintín. "Son ratas, Malaquías. Siempre hemos vivido entre ratas. Prosperan porque el cocinero las mima, y hasta pienso, Malaquías, que la falta de luz eléctrica es ficticia. El motivo: vacaciones. Noche de jolgorio para los animalitos." "Los patrones no lo van a tolerar", dice Malaquías.

El mozo cierra la ventana del comedor. Al pasar delante de las fuentes de pan apaga, con el aire que su cuerpo desplaza, una de las velas de la mesa. Quintín —sin abrir aún los ojos— le dice: "Gabriel, de noche todos los gatos son pardos; yo no quisiera ser confundido. ¿Por qué no enciende, de regreso a la cocina, la vela que acaba usted de apagar?" "No —responde el mozo—; sabemos perfectamente que usted está sentado a la izquierda del gemelo,

Quintín." En la cocina, el cocinero desbarata su moño abatiendo, como si lo fueran a sacrificar, el cuello. Luego se quita el mandil y camina con él al comedor. Lo pone después en el respaldo de una silla. Malaquías lo observa. Es un hombre menos viejo de lo que aparenta. Y además, parece ser mucho más fuerte de lo que sería necesario para un empleo como el suyo.

—No te quieren —le dice Quintín a Malaquías—. Gabriel y el cocinero preparan tu desaparición definitiva. Eso es lo que has estado viendo. Tú exasperas a todos. Nunca quisiste plegarte a la caridad de los patrones.

Malaquías, asombrado, abre la boca al oír lo que dice su hermano.

Quintín siente que se asfixia. Dentro de la pieza el calor va en aumento. Quintín no sabe cuál será la reacción de Malaquías, ni le importa: lo único que desea es que los sirvientes acaben de abrir pronto la ventana.

LAS TRAICIONES

ESPIANDO AL PESCADO completó tres vueltas grandes; un circuito que nomás de recorrerlo mentalmente, ya le fatigaba. Claro que con las vueltas, el pescado fue perdiendo la carne y la forma que lo acreditaba como tal, y poco a poco dejó ver sus huesos: en la última vuelta, sobre la playa del platón, decorado en los extremos, sólo quedaba la cabeza, ensartada en la pica del espinazo, como cabeza enemiga hervida en aceite. El hombre la levantó entonces hasta la luz que entraba por el ventanal y se la acercó a la nariz, grosera, con mayúsculos orificios que recordaban la boca de los túneles, y se puso a olerla. Lo hacía con tanta fuerza que el otro, el de las vueltas, que se encontraba en la calle, vio cómo se desprendían de la cabeza partículas que volaban aspiradas por la narizota y pensó en las tejas de un techo áureo, llamadas por el corazón del viento. La punta roma de la nariz brillaba de grasa, y en esto también se fijó el otro, que dio, el imprudente, un paso en falso: desplazó su sombra a la derecha, que fue a caer sobre la cabecita, sonsacando al hombre de sus placeres. Los ojillos de éste, abotagados, giraron y remontaron el curso de la luz, en busca del origen de lo que le nublaba incluso la mesa. El otro se quedó como clavado a la banqueta. No tragó saliva por habérsele agotado en el rondar el restaurant, pero sí le entraron ganas de hacer del cuerpo ahí mismo. Trafa al cinto una daga oculta con nombre de mujer en la hoja, y de ella se aferró al sentir la fría mirada del tragón hundiéndose en sus ojos. Resistió como pudo el escrutinio, sin aflojar el arma un segundo, todo el apoyo de su ser desvalido en aquel trance. Finalmente, el hombre, con evidente desinterés, le quitó la vista de encima y la volvió a la cabecita cautiva entre sus dedos, pero no le aplicó más su nariz; sólo le mostró los dientes. El otro, mientras tanto, relajando los músculos, había sacado al aire, de entre las ropas, la mano de la daga para abrirla como el esqueleto de un quitasol. Recobró

también el espíritu, y luego comenzó, con medidos pasos, a alejarse del lugar. Con medidos pasos, porque la dura funda del arma harto se le iba enterrando en la ingle.

—¿Y tú qué hiciste, Prim?

Jacobo Prim, que tenía delante a su jefe Américo Sarabia que lo interrogaba, tosió antes de contestar.

—Varias cosas —dijo, y volvió a toser. La mujer que estaba a su lado y los demás hombres que se encontraban en el cuarto, cambiaron imperceptiblemente de posición, como para situarlo en el centro de su atención. El jefe insistió.

—¿Como cuáles, Prim?

—Boté la daga —dijo Prim.

—¿Botaste la daga? —le preguntó Sarabia.

Prim tosió tres veces. Los otros, reconcentraron su atención sobre él. Uno sintió pena por él y, veladamente, lanzó un toside para acompañarlo. Prim lo miró con inteligencia, con dulzura.

—Sí —dijo—. Cuando venía yo para acá. Peor monserga nunca la había sufrido, Sarabia, ni en mis primeros años, tiempos casi de silicio continuo. Te advertí que era larga en exceso. Te dije de la funda, del cuero demasiado crudo y mal trabajado, capaz de raer la entepierna de un paquidermo, pero tú te refíste: no te imaginabas facineroso a un hipopótamo. Dagas así, Sarabia, son para portarlas visibles y asustar a los temerosos. O para adornarse.

—Son para hombres. Con habértela cambiado de sitio...

—¿Y cómo? Tú has dicho que la empuñadura debe andar siempre en las cercanías del ombligo si no queremos perder, en el ataque, instantes preciosos. Por eso me aguanté.

—¿Dónde la tiraste?

—Espérame —pidió Rulo Prim a su jefe, y se puso a toser de nuevo. El jefe lo observó un rato y luego le ordenó a la mujer que lo auxiliara con palmaditas. La mujer no hizo más que extender el brazo para cumplir la orden. La espalda del tosiroso sonó a tambor sin templar. Había inmisericordia en la forma como le golpeaban la espalda a Jacobo Prim. Jacobo Prim se enderezó.

—Silvina, basta —exigió.

La mujer se alzó de hombros y retiró la mano. Entonces, Jacobo

Prim, respirando como si trepara una cuesta, descansó la espalda y la nuca en el respaldo de la silla; las greñas alborotadas le nublaban la estrecha frente.

—Los pelos allí te hacen siniestro, Jacobo —le dijo la mujer. Así como estaba, comenzó a hablar.

—Un caminar que te corta las carnes, Sarabia, es como arrastrarse. Nomás de pensarlo... A dos cuadras del restaurant de los mariscos están los restos de una casa que se quemó; por la puerta y las ventanas vacías, y desde la calle, se le ven los entresijos: tizones de caídas vigas, negras mamposterías. Por una de las ventanas lancé la funda primero, y después, por la puerta, la daga. A la funda la vi volar en las ruinas como a un pájaro de mucho pico. Pero la daga no fue ni para quebrar en un reflejo la luz del sol que entra a la casa por arriba. Debió brillar, ¿no crees, Sarabia?

Al jefe Américo Sarabia tardaba en espumarle la bilis.

—No debiste tirarla; era una dádiva mía, Prim.

—Ya te expliqué por qué lo hice.

—Tendrás que volver a buscarla.

—¿Ahora?

—Ahora. Peligramos todos. Pues no se trata sólo de la dádiva en sí. Recuerda: el nombre grabado en la hoja es la clave de nuestra organización. La cifra.

—Silvina es un nombre vulgar. No habrá quien le dé importancia. Pensarán que Silvina es un amor que de ese modo se eterniza. Y, por otra parte, yo no acabo de entender qué clave es ésa.

—Natural. Como lego en este asunto, se te escapan multitud de cosas, las que, después, como tocadas por el alba, empezarán a ver. Te digo, Prim, que la luz aún está por venir.

—¿Y si no hallara nada?

—Es que otro se habrá adelantado.

—¿Pesquisa, entonces, Sarabia?

—Pesquisa, Prim.

La cabecita del pescado yace en el platón. El hombre ha desistido de atacarla y sus dedos pellizcan los restos de un pan blanco. Un mesero lo mira hacer: los dedos que juegan y esparcen las migajas por el suelo serán, luego, el vehículo de la nunca parca

propina. Si los diez regordetes fajados por el oro —piensa el mesero— quieren limpiarse de plano en el mantel, nadie los va a detener; tienen permiso. El hombre deja el pan a un lado. La flor de sus entendederas, que siempre brota después de una comida particularmente abundosa, apunta ya en el horizonte crepuscular de su bóveda calva. Entorna los ojos. Separa aún más los muslos, embutidos en un pantalón cuya tela se encuentra en el límite de su resistencia. Comienza a respirar como un macho trastocado por el deseo. Otros ritmos se le alteran también, y saca y mete la lengua serpentina. El mesero nada de esto advierte, sólo ve que los anillos del hombre se han quedado quietos, que no fulguran ya, que no ostentan más su principalidad. Interpreta este repentino eclipse como un agobio por el peso de tanto oro. Por si hubiera necesidad de auxiliarlo, se acerca al hombre. Pero el hombre levanta entonces el sol que es su mano, y lo hace rodar, con cariño, por la cabeza, varias veces. El mesero no lo sabe: el ademán significa la bienvenida que el hombre da a la flor de sus entendederas, evidente presencia: saluda la bella forma nacida milagrosamente del fósforo de las carnes blancas y del vino de mesa. Y pasa, luego, a reconocer su aroma. Huele a lo que huelen —para él— los negocios por vocación perfectos. A cuarto soleado, en el invierno. La caricia de la mano a la cabeza persiste. El mesero sigue, contento, el tráfico de los oros; el recobrado esplendor lo atrae. Pero se aconseja a sí mismo prudencia, tacto, no alocarse por el vivo prestigio del otro. Para reforzar su actitud toma de la bolsita izquierda de la chaqueta la libreta donde apunta el pedido de los clientes y escribe tres garabatos al hilo. Es entonces cuando el hombre, trocando los dedos, lo llama.

—Valerio —le reclama—, ¿y mi café? Anda usted esta tarde errante. Yo en todo estoy. Agúcese.

El mesero apenas dice un sí señor y parte a traer de una mesita próxima la cafetera. Los otros meseros lo han visto. Se desplazan hacia la mesita. Y cuando él llega ya lo están esperando. Es un coro torvo. Le advierten:

—Tú que matas o corres a la gallina de los huevos... y nosotros que te aplicamos duro tormento.

Ni qué replicar tiene. En la timba del traste hierve desaforado el café. El coro contempla las burbujas, y una voz dice:

—Tampoco vayas a quemarla, Valerio.

No ha querido verles la cara; le basta con alzar la vista hasta las negras corbatas de moño; allí las nueces, también airadas, como animalitos cautivos. Se tragan la rabia por litros —piensa mientras retira la cafetera de la lumbre.

—Un día de éstos me arrancarán la mínima piel de mi cuerpo —se atreve a decirles, cuidando la lengua que no trasluzca falsamente nada que huela a desafío. Toma luego una jarrita con crema y dando la media vuelta se dirige a la mesa del hombre. Por el rabillo del ojo ve dispersarse el coro y sus moños, como si éstos fueran mariposas temerosas de la flama azul de la estufita.

El hombre se hace hacia atrás para evitar el vapor. Nota nervioso al mesero.

—Despacio —le aconseja—, y no me llene la taza, Valerio; deje la mitad para la crema, el refrigerante.

El mesero obedece. Trunca el chorrito ardoroso a tiempo y esboza, en seguida, una sonrisa de satisfacción. Unas plumitas tristes de suficiencia se le esponjan.

—¿Qué le parece, don Gaspar? —le pregunta al hombre, que ya está endulzando lo que tiene de café.

—¿Al tino te refieres, Valerio?

—Sí señor.

—Pues que tienes un tino perfecto. Por lo que veo esas fieras, tus compañeros, sólo lograron rozarte la superficie; no te tocaron el fondo.

Nueva y más amplia sonrisa del mesero, y luego:

—Sí me lo tocaron, don Gaspar, sí; pero yo me sobrepuse.

Solícito, con la mano izquierda, el mesero vierte la crema con delicadeza en el café. Nuevas oleadas de felicidad lo invaden, y su sonrisa gana en esplendor. El hombre lo mira buscándole los ojos, y cuando acaba le pregunta que como cuántos pescados se consumen en el restaurant diariamente.

—Unos trescientos, quizás, don Gaspar. Y en los días festivos más.

- ¿Y las cabezas, Valerio?
- ¿Qué cabezas, don Gaspar?
- Las de los pescados...
- ¡Ah! Las tiramos, don Gaspar.
- ¿Siempre?
- Sí, don Gaspar.

El hombre queda pensativo un largo rato. El mesero está inmóvil. Lo han vuelto a atrapar los oros; lelo, mira las argollas. Armado como está de ambas manos con las jarras del café y la crema, y por tenerlas en el aire, semeja un penitente. El hombre, tamborilero, comienza a golpear la mesa con los dedos de la diestra, que galopan pisando migajas y manchas de grasa, pero sin avanzar, como en un sueño. Crece, se intensifica el redoble; al mesero lo hieren en el pecho, en las pupilas, multitud de dorados dardos. Gime en él un ladrón frustrado. Encaguecido, deja en la mesa las jarras y se frota los ojos. Siente que así gana tiempo, aunque no sabe todavía para qué. Pero entonces se hace el silencio. Y el hombre vuelve a hablar.

—Júnteme las cabezas de hoy, Valerio. Todas.

Por orden del jefe Américo Sarabia, Rufo Sanblás —de sus confianzas— acompaña a Jacobo Prim a buscar la daga. Jacobo Prim cojea ostentosamente y demora la marcha pese a lo tórrido de la hora. Rufo Sanblás no se abochorna. Bebe tranquilo la sombra que le da el sombrero. Va recordando las instrucciones: que Prim haga el trayecto a la casa del incendio, pegándose a las paredes, y nunca por el lado de la calle, porque ésta incita. En las bocacalles, la escolta anula la distancia que lo separa de Jacobo Prim y le echa un brazo cordial a la espalda. Jacobo Prim aprovecha el gesto y se mete bajo el ala del sombrero. Pronto se le coagula el sudor. Siente en el rostro una máscara de sal que se lo refresca. La máscara le ahoga la voz a Jacobo Prim, pero de todas maneras dice:

—Rufo, amigo.

Rufo Sanblás monta guardia ante la puerta de la casa quemada; no deberá, al mismo tiempo, perder de vista a Jacobo Prim, que adentro revuelve cenizas, escombros, con un palo. A veces Jacobo Prim, en su tarea, va y queda en un rayo de sol, iluminado como

por un reflector. En cuclillas, tal y como lo ve Rufo Sanblás, es como un niño jugando en un fanal a los tesoros. Rufo Sanblás se siente tentado a abandonar su puesto e ir a ayudarlo, y más cuando le enseña, levantando en alto, el palo que se le ha roto por la mitad. Pero Jacobo Prim no lo lamenta, se ríe, y trata infructuosamente de unir los dos pedazos. Y Rufo Sanblás también ríe: y tres veces más corpulento que Jacobo Prim hace bailar la luz del mediodía en sus hombros. Es la cara que puso Jacobo Prim lo que hizo reír así. Piensa en una cara de ratón. “Las orejas y la afilada trompa lo favorecen”, piensa. Todavía divertido se acerca a la puerta y le grita a Jacobo Prim que busque mejor una varilla y no cosas endebles. Jacobo Prim sale entonces del claro donde estaba y se dirige hacia la puerta. Atraviesa lunares de luz como si caminara por un bosque. Rufo Sanblás lo ve venir y se acomoda —sin que tenga para qué— el sombrero. Jacobo Prim está tiznado.

—Mire —le dice a Rufo Sanblás— cómo me he puesto.

Rufo Sanblás lo examina detenidamente. Calla, pero piensa en que Prim no ha encontrado aún la daga.

—Prim —le recuerda—, el tiempo...

Jacobo Prim asiente con un movimiento de cabeza, y vuelve a entrar.

Jacobo Prim ahora no escarba; vagabundea entre los escombros, deteniéndose de cuando en cuando a ver el aspecto de algún cascote grande. Siente sobre sí la mirada tranquila de Rufo Sanblás.

—Demasiado llamativa, la daga no podía durar tanto allí —dice Jacobo Prim a Rufo Sanblás en la calle, de regreso a la casa del jefe.

Para caminar, Jacobo Prim se apoya en el hombro de Rufo Sanblas.

—Dos cosas necesito, Rufo, amigo.

—Usted dirá.

—La primera, una pomada.

—¿La segunda, Prim?

—Lavarme estas manos.

—Haga como usted quiera. Yo no soy su jefe.

—Se lo digo por el tiempo, Rufo. Porque también pienso aplicarme la pomada.

—En casa de Sarabia, Prim.

—Silvina, o los otros, se burlarían, Rufo.

—En el baño, sin que nadie lo sepa; contaría usted con mi discreción.

—No, Rufo. Américo cree que si yo no tiré en realidad la daga, entonces es que me quedé con ella. Alguien iría conmigo al baño a ver si no la llevo encima.

El baño es angosto. Un foco en el techo lo alumbraba; no tiene apagador. Es como un sol lejano y orgulloso. Las paredes, pintadas con esmalte azul, brillan como un profundo cielo de estío, sin estrellas. Encima del lavabo, puesto en una repisa, hay un espejo infiel, roto de una esquina. Después del lavabo está el mingitorio, y después, al fondo del baño, el excusado. Para aquel que quiera lavarse las manos, al pie del espejo puede conseguir, en una taza, jabón en polvo. El baño está frío, pero no huele mal: a la garganta del mingitorio la han atiborrado de bolitas de alcanfor. Pica su aroma en la nariz de los clientes, cuando entran; los hace estornudar. Jacobo Prim no fue la excepción. Con el aire del estornudo, el espejo tiembla en su clavito y se llena de saliva. Jacobo Prim, apretando los labios, ahoga el siguiente estornudo y abre la llave, que al girar, rechina. Deja correr el agua. Sospecha de Rufo Sanblás, que posiblemente se halle del otro lado de la puerta con el oído atento. Se cerciora de que la aldaba está echada. Vacía luego el resto de jabón que queda en la taza en el cuenco de su mano izquierda, y comienza a lavarse. Debe oírlo Rufo Sanblás. Parece el bañito, entonces, una guarida de ruidosos maniacos de la pulcritud, hundidos hasta el cuello en la espuma jabonosa. Jacobo Prim se seca las manos en su camisa, despacio. La llave sigue abierta. Jacobo Prim se vuelve de espaldas a la puerta —tiene a un paso el excusado— y saca, de entre su ropa, la daga. La esconderá en el depósito del agua del excusado, satisfecho de haber burlado la vigilancia de su escolta.

El jefe Américo Sarabia come papas fritas de una bolsa para engañar el hambre. Está solo. Los otros, y la mujer llainada Silvina, han ido a comer. La bolsa la tiene agarrada el jefe con la tijera de las piernas, sentado en el piso, en un cojín. Descansa la espalda

contra un baúl arrimado a la pared; no ve la flor que hay sobre el baúl, pero está pensando en ella. Es una rosa de alambre, con pétalos y color de artefacto, que la mujer robó de una tienda esa mañana. Él se la recibió fríamente y le dijo que ellos no eran ladrones. Le dijo más:

—No me entiendes; nosotros no vamos a tejer nuestra historia usando del falso hilo de la bagatela; sacrifica, sacrifica lo baladí.

—La mujer bajó los ojos y él le regresó la flor. Américo Sarabia se chupa la sal de los dedos con los que toma las papas. Piensa que no debe permitir que la rosa se haga vieja ahí a la vista de todos. Sus hombres, la mujer, están por la guerra, por la acción; contemplativos no quiere. En su reloj son las cuatro de la tarde. Las papas se le han acabado. Tira la bolsa. Vuelve a llevarse los dedos a la boca y a consultar la hora.

“Alguien debería encontrarse ya aquí”, piensa. Siente entumidas las nalgas escasas, la cintura, la espalda, en la que horas después descubrirá la marca de uno de los herrajes del baúl. Pero no se levanta, sino que rueda su cuerpo por el piso, fresco, blanco y rojo, a cuadros. La frialdad del mosaico lo tonifica, le aclara el ánimo, como una ducha. Y rueda hasta sentir de nuevo suyas las nalgas. Entonces se oyen voces en la calle, y luego un silencio constante, y luego una voz que dice el santo y seña:

—Oro que clama.

—Oro que clama —contesta y abre la puerta.

Son Jacobo Prim y Rufo Sanblás.

—La dilación: el motivo —le inquiera el jefe al custodio, adentro todavía de sombrero.

—Culpa fue de Prim. Renqueó cuando íbamos y renqueó cuando veníamos. Además, quiso detenerse a comprar medicina para su matadura. Se la untó en el privado de una cantina. Prim no halló el arma, Sarabia.

El jefe mira el sombrero de Rufo Sanblás.

—Quítatelo —le ordena.

Rufo Sanblás obedece.

—Ven conmigo, acá —le dice.

Rufo Sanblás va, lleva el sombrero en la mano.

—Cometiste un error, Sanblás. El baño...

—No, Sarabia. En el camino pude palpar a Prim. Lo abracé como a un hijo. Pero no le sentí nada de daga. Segurísimo. Por eso lo dejé entrar solito al privado.

—Prim es farsante, Prim es astuto, Sanblás.

Rufo Sanblás aparta a un lado la rosa de papel y se sienta en el baúl. El jefe vuelve a donde quedó Jacobo Prim:

—En alguna parte de este mundo debe estar la daga ésa —le dice.

—Rufo vio lo que removí de escombros, Américo.

—Yo no lo dudo. Prim, tienes el día de mañana para recuperarla. Es una arma fina, cara; querrán venderla.

—Más días, Américo.

—No, Prim, y si ya te vas, llévate la flor de Silvina y avientala por ahí como a la daga.

Jacobo Prim se llevó la rosa, pero no la tiró. Prefirió destrozarla, arrancarle uno a uno los pétalos y romperle el tallo de alambre.

El mesero Valerio le entrega a don Gaspar Otelo las cabecitas de pescado que quería. Es temprano, dos meseros conversan sentados en una mesa; fuman. Don Gaspar Otelo, al entrar, los ha saludado. Llevan con él una caja de cartón.

—Es todo lo que pude conseguirle —le dice Valerio, mostrándole un paquete grasoso, de papel periódico.

—No te preocupes, Valerio; échalo aquí en la caja.

Los meseros apagan sus cigarros.

—Son de los pescados de la tarde exclusivamente. Después de que usted se fue me puse a juntarlas, don Gaspar. Van unas grandes.

—El dueño, ¿qué te dijo, Valerio?

—Nada. Se rio de mí.

—Te las voy a pagar. ¿Cuánto crees tú que valen?

El mesero mira con sorpresa a don Gaspar Otelo.

—¿Cuánto? —repite.

—No, don Gaspar. Ayer le dije a usted que son desperdicio.

—Te compro el desperdicio, pues.

Sin esperar respuesta, don Gaspar Otelo mete la mano fúlgida

de anillos en el bolsillo del pantalón y saca un billete que con arte esconde en la palma de la mano. De la cocina llega, confusa, la música de un radio.

—Ese que sintoniza juega, más bien, Valerio, ¿verdad? Adiós, y hasta la tarde.

Al despedirse de mano, don Gaspar Otelo le da el billete al mesero, y éste le dice, asustado:

—No, don Gaspar. Nos están mirando los compañeros.

Jacobo Prim recorre los puestos de “segundas” que se encuentran fuera de la barda del camposanto. Son las once de la mañana. De la callecita de tierra por donde él camina, la de los puestos, se desprende una nube de polvo que sube hasta las narices de los transeúntes: compradores y curiosos. Es sábado. Se camina como tortuga, eludiendo cuerpos sin cesar, mojado por un sudor de fragua. Jacobo Prim procura mantenerse al margen de la corriente general, no se distancia de los puestos, de la sombra de sus tejamanes. Observa a cada uno de los comerciantes y lo que ofrecen. Hacía años que no andaba por ahí. Apenas recuerda caras, cosas. Dentro de los puestos, no obstante la luz destemplada que inunda el aire y el polvo que se respiran en la callecita, hay, al fondo, mucha oscuridad. Jacobo Prim recuerda a sus amigos niños de entonces. En el invierno, sus padres los hacían bajar de la barda —donde estaban recibiendo el calor del sol del mediodía— para encargarles el puesto, mientras que ellos, con otros comerciantes, iban en busca también del sol. Jacobo Prim vuelve a ver los padres, en el centro de la calle: magros, barbudos la mayoría. No recuerda haberlos oído hablar nunca. Muchas de las caras de los hombres que ahora atienden los puestos no le parecen completamente ajenas: ojos, frentes y facciones, alumbrados por una vieja luz de vigilia que ha triunfado del sueño, del olvido. Pero a Jacobo Prim le interesan los cuchillos. Se detiene donde los encuentra y los examina.

—Mi daga es superior —piensa Jacobo Prim. Está al cabo de la calle, a la sombra del último puesto. Lo nebuloso, la algarabía, llegan ya hasta el cielo. Jacobo Prim se quita los lentes azules con los que se protege la vista. Son grandes para su cara. Lo cansan como

si llevara puesta una máscara de piedra. Comprende que es la falta de costumbre y vuelve a calárselos, reprimiendo un gesto de dolor. Luego toca, a través de la camisa, la empuñadura de la daga y su pomito en forma de cubo, de esquinas truncas. Enumera los posibles compradores: siete; los evoca; por la apariencia sólo tres, quizás, sepan apreciar debidamente el arma. Jacobo Prim decide ir con estos últimos primero.

Don Gaspar Otelo pasa de un puesto a otro:

—Necesito un mortero y un pistilo —dice.

Le preguntan de qué tamaño.

Y él responde, haciendo un círculo con sus brazos:

—Así, como una cazuela.

—¿Y el pistilo?

—Proporcionado. Cabezón. Demolador de veras.

—De eso ya no existe en la época, señor.

—Sí. Yo los he visto. No hace mucho.

—¿Aquí?

—No.

—¿Entonces?

Don Gaspar Otelo hala las comisuras de los labios hacia abajo.

—Es que aquí puedo encontrarlo barato —dice.

—Sí. Si lo tuviéramos...

Don Gaspar Otelo se desespera.

—¿Por qué no va y mira en la trastienda? —sugiere.

—Porque no tengo cosas descomunales como esa que usted desea. Pero puede entrar, si quiere.

Es la penúltima oportunidad que don Gaspar Otelo tiene de encontrar el mortero. Mira para adentro del puesto. La penumbra que hay le impone. El hombre que lo ha invitado a pasar no lo alienta con su actitud: permanece sentado en su banco ruin de lámina, contemplando al mundo de la calle. Don Gaspar Otelo duda.

—¿Tiene perro usted en lo oscuro? —pregunta.

—Uno. Viejo y ciego. No lo sentirá.

—Entro, pues —dice.

Mientras don Gaspar Otelo se orienta en la trastienda, llega al

puesto Jacobo Prim. Don Gaspar Otelo oye con indiferencia las palabras que el cliente cruza con el hombre. Con la punta de un pie trata de localizar al perro. Lo compadece. Piensa que él lo mataría, mejor. Vuelve a oír las palabras del cliente: mienta una daga.

—Usted es conocedor —le dice Jacobo Prim al hombre—. Advierta usted el diseño, nada común, del pomo. Ochavado.

—Sí. Novedoso —acepta el hombre.

—No —dice Jacobo Prim—, por sus características, el pomo, la daga, pertenecen a otra categoría. No asevero que el arma sea eterna; pero tampoco la juzgue usted efímera; de moda. Y vea la hoja.

El hombre toma de manos de Jacobo Prim el arma. Don Gaspar Otelo se olvida del mortero y regresa de la trastienda. El hombre está probando la daga en un bloqucito de madera.

—Bastante menos novedad hay en el acero, en la forma de tratarlo —observa al terminar la prueba—. Lo templaron como a cualquier cuchilla. Su daga tiene el alma de un tranchete. Tenga.

Entonces, don Gaspar Otelo, que ha vuelto a la luz, dice:

—A ver, permítanme el arma.

Jacobo Prim lo reconoce; se lleva una mano al bigote postizo y lo aplasta contra el labio. Es denso, tupido. Jacobo Prim le recortó las guías que eran volutas y que le cubrían, como una vegetación, las mejillas.

—Admírela por partes, señor —le recomienda Jacobo Prim a don Gaspar Otelo.

El comerciante vuelve a su banco de lámina jugando en las manos el bloqucito sufrido de las pruebas. Jacobo Prim lo ve; piensa: "Es un aparente, su indiferencia es falsa y lleva las orejas más abiertas que este día de sol".

—Es bella. La endurecieron con arte —dice don Gaspar Otelo—. ¿Dónde la consiguió, amigo?

Jacobo Prim aprieta los ojos detrás de los lentes como si le hubieran dado, por sorpresa, un golpe.

—¿Dónde? En un baldío, señor —responde todavía con los ojos cerrados.

—Y Silvina, ¿quién es?, la de la hoja...

—Será el amor del que perdió la daga, señor. O nadie. Puro nombre.

Don Gaspar Otelo llega a su automóvil estacionado cerca de los puestos. Le compró la daga a Jacobo Prim; compró también un molino de mano para carne. Don Gaspar se mete al infierno del auto. Pone las cosas en el asiento delantero. Se está asando, pero no baja los vidrios. No los bajará hasta no haberse enjoyado de nuevo los dedos con los anillos, que llevaba en la bolsa de la camisa, arrojados con un fieltro.

Jacobo Prim y el comerciante se quedan solos. El comerciante simula que acomoda su arsenal, expuesto sobre una mesa; unos treinta cuchillos de casi todos los tamaños, y un marrazo.

—Para mí —le dice a Jacobo Prim— que tú eres policia.

Jacobo Prim se echa a reír.

—¿Por qué lo piensa?

—Por tus bigotes. Muy rubios, si uno los compara con el color de tu cara; en un blanco, apenas.

—Así fue como me brotaron. Usted no ha visto mundo.

—Lo he visto. Y por eso te digo que tus bigotazos son de mentiras, como tus lentes. Tú le robaste la daga a un hombre y seguro tienes a tu cargo este sector y temes que te reconozcan. Pero no disfrazado.

—Lo que pasa es que usted está despechado porque no le vendí nada.

El comerciante, con rapidez extraordinaria, ataca con el marrazo a Jacobo Prim. Éste palidece, pero reacciona en seguida huyendo entre la gente. El comerciante no hace el intento de alcanzarlo; con el marrazo se rasca una pierna y murmura:

—Cuando menos, que se le enreden la satisfacción de haber vendido bien la daga y el temor, de animal, a morir aquí.

El dinero de don Gaspar Otelo le pesa como frío plomo a Jacobo Prim. Ha gastado unos pesos para saciar la sed en una cantina. Y ha salido de allí sin bigote y sin lentes, pero no se siente mejor. Sufre todavía por el ademán inmenso del hombre que lo amenazó. El dinero está muerto en el fondo de su bolsillo. Decide gastarlo pronto, sin juicio, en lo que le salga al paso, como uno que va

soñando. Al grupo no se reintegrará. Américo Sarabia, ni con lupa podrá encontrarlo en la ciudad. “Nunca”, piensa Jacobo Prim.

En una explanada terrosa hay un ruido de juegos mecánicos. Varios hombres los están probando simultáneamente. No son muchos los juegos: una rueda de la fortuna, un tiiovivo de caballitos tiesos, otro de cisnes también con riendas, y unas sillas que vuelan. Están, o estuvieron, pintadas de color plata y verde, y hierven bajo el sol de las doce. Los que los manejan se hallan protegidos por toldos mínimos de manta; al de la rueda le muerde el sol los antebrazos y las manos. Los hombres bostezan por turno. Los niños que andaban por ahí a esa hora, escasos, se han multiplicado. Rodean las máquinas en silencio, se emboban con ellas. Los hombres les dicen, encaramados en sus troncos:

—Esperen que sean las cuatro, entonces vuelvan; ahorita es imposible pasearlos, tenemos cerrado.

Los bostezos de los hombres abren en la brillante cortina de luz de la mañana ovalados agujeros negros: más negros que el manchón de las sombritas. Los niños esperan a que desaparezcan, y piden:

—Una vuelta nada más y nos vamos.

Pero los entronizados repiten:

—Hijitos, esto está cerrado. Ya lo vamos a parar. Aquí nos vemos en la tarde.

Un hombre se acerca al tiiovivo de los caballitos. Por encima de las cabezas de los niños le pregunta al otro que cuánto le cobra por dejarlo subir. El otro lo mira, serio.

—No puede usted subir. Usted es grande —le dice.

—Y qué, si no pienso montar. Parado iría. Le doy veinte pesos por cinco despaciosas vueltas.

El del tiiovivo detiene la máquina. Los niños aprovechan para tocarle el cuerpo a los caballitos.

—Bueno. Suba, pues. Pero deme el dinero.

El hombre se lo da y le recuerda:

—Espacio...

—Hijos, retírense. Voy a pasear al dueño...

Sólo los caballitos están girando ahora. El hombre no se ha

agarrado a nada, gira con el tiovivo guardando el equilibrio. Los niños lo miran, lo siguen. A la cuarta vuelta levanta una mano y saluda a alguien que ha entrado a la explanada. La quinta vuelta la hace el hombre sonriendo. Se para el tiovivo y baja, y entonces se encamina rumbo a la rueda de la fortuna: al que saludó es Jacobo Prim.

Jacobo Prim vuelve a lucir, intempestiva, tardíamente, sus grandes lentes; pues Rufo Sanblas —el hombre de los caballitos— de todas maneras llega hasta él.

—Lo vi desde allá, Prim. No me contestó el saludo.

—Cegatón estoy por tanto sol, amigo Rufo, ¿no ve cómo defiendo mis ojos débiles?

—No traía vidrios cuando lo saludé.

—Les estaría limpiando el polvo.

—Verdes, no azules, los hubiera comprado, Prim.

—El azul es mi color.

—Mal color para estos soles, Prim. Me da gusto encontrarlo.

—¿Por qué, amigo Rufo?

—Sarabia me mandó seguirlo a usted. Desde ayer.

—¿Y lo ha obedecido usted?

—No está el clima para andar trotando por las calles. Buena parte de la mañana me la pasé en la cantina de enfrente, tomando cerveza; hace un rato que salí de ahí.

—Yo también. Una brizna faltó para que nos topáramos.

—Oí el ruido de los jueguitos, Prim, y me entraron unas ganas incontenibles de venir a pasearme. Usted no tiene encima los años que tengo yo; todavía se acordará perfectamente de diversiones como éstas, Prim.

—Todavía, Rufo, sí.

—Vamos buscando la sombrita, Prim.

—Vamos. Yo también quería pasearme, Rufo, pero en la rueda; y el hombre no quiso. Le ofrecía yo casi todo el oro del mundo.

Fueron a refugiarse debajo de un árbol.

—¿Y el sombrero?, Rufo.

—En mi casa. Idea del jefe. Estratagema, como él dijo, para que usted no me reconociera.

—Sarabia es un estratega aficionado. Porque a usted, Rufo, yo lo hubiera reconocido entre mil. La parte monda de su cabeza, la que lleva eternamente tapada con el sombrero, sin él, refulge a distancia como un casquete de plata pura. Pero si no pensaba usted espíarme...

—Sí lo pensaba, Prim. Sólo que a los primeros quemones, desistí.

—¿En qué punto, amigo Rufo?

—Cuando enfiló usted hacia el panteón.

—Hoy desperté piadoso, Rufo; rememorando muertos principales, aunque no llevara conmigo ofrendas.

—Llorar como cielo nublado en la tumba satisface igual a los ausentes: ésa habrá sido su ofrenda.

—Cierto. Mas no fue llanto, sino gemidos a granel.

Rufo Sanblás cortó una ramita del árbol y la deshojó. Los juegos estaban solos ya; Rufo Sanblás suspiró.

—¿Y qué razón tiene del arma perdida? —dijo.

—Ninguna, amigo Rufo.

—Al jefe Sarabia no le va a gustar. Puede que arda de ira, Prim.

—Pues arderá también por causa de usted, Rufo, que no quiso seguirme la pista.

—No lo sabrá. Y si usted se lo revela, le diré que paralela a la estrategia de él crié yo la mía. Y no va dudarle.

—Despreocúpese, Rufo. No pienso volver con ustedes.

Rufo Sanblás cortó otra ramita.

—Considero que es una lástima —dijo, olisqueando las hojas pardas.

—Quedan todavía dos, sin contarlos ni a usted ni a Silvina.

—Ella es la luz rijosa en las tinieblas que a veces ofuscan al jefe. Ella no cuenta, Prim. Usted sí. A usted lo tenía destinado Sarabia para una tarea extraordinaria, brillante, dentro del movimiento. La misión a la que se le destinó ayer era para que usted se familiarizara con la figura del enemigo, para que de algún modo...

—El gordo ese se ve pacífico.

—Es enemigo de clase, Prim.

—Yo diría que particular de Américo, amigo Rufo.

—Nos desviamos, Prim. Le decía que usted era el privilegiado del movimiento, pero luego todo lo echó a rodar cuando no pudo sufrir la daga. Y aún le digo esto más: el legítimo dueño de la daga es, precisamente, el gordo tragador de mariscos; el nombre de la muchacha no lo mandó grabar Sarabia. Lo mandó grabar el gordo: Silvina fue su amante apenas hace unos cuantos meses. Sarabia le robó la daga del automóvil.

—Ya ve usted cómo no hay tal movimiento, tal enemigo de clase, Rufo.

—Vuelve a desviarse usted, Prim.

—Y yo quiero decirle lo que pienso acerca de las verdaderas intenciones de Américo Sarabia, Rufo.

—Es peligroso. Recuerde que yo soy el segundo del jefe.

—Todo lo que le he dicho lo fui viendo, comprendiendo mientras le daba vueltas y más vueltas a la manzana del restaurante. Américo prometió pagarnos buen dinero, en una semana; lo sé, Rufo...

—¿No es suficiente el dinero, Prim?

—Demasiado, Rufo. No es por dinero.

—Tampoco es por lo que usted pretende haber descubierto: un movimiento y un Américo Sarabia irreales. Usted deserta porque desea a la muchacha y porque columbra que nunca la podrá tener.

—Usted anda errado, amigo Rufo.

—Como sea, Prim. De cualquier modo usted no nos perjudicará; tenemos más gente. El gordo es un rico estafalario, ridículo. Inicia negocios que en muchas ocasiones lindan con la locura, con la aberración. Tiene, por ese motivo, no pocos contactos con tipos oscuros que sirven a sus propósitos; de entre ellos reclutamos ya uno. El jefe es previsor. El jefe no se va a olvidar de usted, Prim; huya de su ira destemplada.

—La ciudad es inmensa, y el jueguito de ustedes efímero, Rufo. Adiós, pues...

—Adiós, Prim.

Don Gaspar Otelo le da instrucciones a Valerio, el ex mesero del restaurante —ahora empleado suyo—, de cómo manejar el molino. Valerio lo escucha atentamente, con la boca algo abierta.

—No lo forces. Deberás echarle las cabecitas de pescado, una por una, y girar la manivela muy despacio, como si te encontraras actuando en una ceremonia. A tu derecha, Valerio, hay un botecito con agua y un cepillo cerdoso y bravo; es para que laves energicamente los discos del molino. ¿Cuándo? Cuando los sientas embotados. Lo sabrás porque la resistencia de la manivela al girar, baja. Tú esto ya te lo sabes: yo no lo sabía el sábado, antier, que compré el molino; ese mismo día vine a probarlo aquí al galerón este, incipiente fábrica de harina, Valerio. Mis competidores en otros ramos me juzgan loco y hasta malvado; varios se han tenido que retirar del campo y dejármelo libre, pero te juro, Valerio, que no es culpa mía; son ellos, cortísimos de visión e incapaces de mantenerse jóvenes para aventuras como esta nuestra de las cabecitas.

Don Gaspar Otelo no acabó de hablar. Estaban tocando a la puerta del galerón.

—¿Quién será, Valerio?

—Un amigo suyo, quizás, don Gaspar...

—Ve a abrir.

El ex mesero abrió la puerta: era Rufo Sanblás.

—Oro que clama —murmura el santo y seña.

—Oro que clama —contesta el ex mesero.

—¿Listo? —le pregunta Rufo Sanblás en voz queda.

—Sí, jefe; pero no se le olvide: los anillos son para mí...

SOLILOQUIO DEL AMARGO

MIRO LAS PELADURAS que tiene el techo de estuco. La tristeza me invade. Pienso en los años de vida que acabo de cumplir. Una vida que se me ha ido a contrapelo del amor. No es que me falte o que me haya faltado nunca mujer. No. No es eso. La sábana con la que me tapo hasta la barbilla, huele a jabón. Es un olor bueno porque le quita a la cama su siniestra realidad nocturna. Los sentidos, la carne, se alegran indeciblemente a causa del olor; pero sólo por un momento: el horizonte inmenso que habían creído descubrir, se cierra, como una puerta oscura, en sus narices. Por debajo del olor a limpio hay el de un cuerpo recién salido del agua. Y todos los caminos llevan a Roma. A su catedral de nave húmeda y rosada. Allí yo he copulado y copulado, como un macho, y nada más. Estos días iguales. Cómo quisiera no salir, pasármela aquí tumbado, haciendo gorgoritos como un orate, tocándome las heridas frescas de anoche. (Uno se hiere al tratar de jugar en el amor. Uno arde entonces en su fuego mezquino sin haber desplegado jamás las alas.) Pero no hay modo, digo, de quedarse en cama la mañana entera. Otro día será.

Según avanza la luz del sol en mi cuarto, yo calculo la hora. Hoy me desperté más temprano que de costumbre; ahorita no pueden ser más de las siete y media. Cuántos hombres, me pregunto, no están condenados, como yo, a mirar las peladuras del cielo de sus cuartos cuando abren los ojos: pura desolación que lo enjuta a uno. De anoche: aquí estamos para deshacer el amor, y arrasarlo y darle otro nombre al paraíso. Y a los animales; y a la fruta. Previamente mutilados mi tacto y mi invención de enamorado, yo abro a Laura. Yo, el avezado copulador, y no tardo en caer, en hundirme, en chisporrotear como un cable eléctrico en el abismo. Amén. Orgasmo. Me devuelven lentamente las olas a la playa donde todo empezó. Laura se ha dado vuelta sobre su costado derecho.

Duerme. Ella es un guante de veinte dedos, tirado en la arena, con el cual acabo de masturbarme. Y yo encuentro, alrededor de su cuerpo apetecible, la fruta y los animales del paraíso, pudriéndose ya. Y ésa es la cuestión. Mientras, la luz sigue avanzando hacia la cama, hacia mí. El amanecer debería ser un fenómeno total: debería amanecer también en nosotros, para que no nos perdiésemos —como nos perdemos— en noches tan largas. Bueno, la cosa es que el amor no debería dejar, nunca, detrás de sí, semejante rastro de muerte. En la playa sopla un aire triste de veras. Y anoche, como otras noches.

Laura —es legión— se voltea boca arriba. Aún parece dormir. Columbro sus pezones aplastados. Pezones que han resistido, por años, el asalto febril de mi lengua, de mis dedos. Hay un ojo interior en Laura; y lo creo como si lo viera, como si él me viera. Gracias a él, ella percibe el lúdico abismo, sin asideros de ninguna clase, en el que habrá de caer conmigo, en mí fundida de cabo a rabo: y recula. Su aplastamiento es absoluto. En la multitud de caminos reales que cruzan su cuerpo en todas direcciones crece, de golpe, una noche de espinas. Si al menos pudiera yo conciliar el sueño y ahogar los pensamientos...

A la luz se han añadido ahora los ruidos de la ciudad, sus olores. Comienza el calor. Aparto la sábana de un lado, ¿por qué no persiste un poco más el fresco de las primeras horas? Cuando el sol me toque los pies, como un tizón ardiendo, tendré que levantarme y correr en seguida la cortina. Para vestirme y volver al mundo necesito de la penumbra. Laura se encuentra en la misma posición de anoche, boca arriba, respirando con los labios semiabiertos. Sus labios delgados. Envidio su sueño. (Laura recula a medias. Va a desprenderse de su sexo para que baje, como lúbrica araña, conmigo al vacío. Unos cuantos segundos dura el descenso. Después, igual que antes, lo que sigue, se repite. Me asombra la liviandad de Laura; su carencia de alegría y de peso suficientes en la sangre para ir más allá de ella misma. Hace ya mucho tiempo que yo rompí mis últimas palabras en su dura corteza. Sutil enemiga mía. Por desahogos como éste, se comprenderá que ya no tengo nada que decirle. Nada.) Sin duda, Laura siente que el fresco

ha cesado, pues se destapa y avienta la sábana al piso y abre los muslos. No ha abierto, sin embargo, los ojos: todo lo hizo anclada a su sueño perfecto. La luz del sol rebota en el piso y enciende la cal del estuco. El sol ya está a mis pies: es hora de levantarme. Me he hecho viejo frente a las viandas de un banquete, sin tocarlas.

Me pongo la ropa, sonámbulo. Me acerco a la cortina y, por una hendidura, miro hacia la calle, abajo. Son como las nueve. La calle me da la impresión de siempre, un lugar envejecido prematuramente, en el que las esperanzas ya no cuentan, ya no viven. Un día de éstos, Laura no me verá regresar. Voy a convertirme en un árbol de arena. Trabajo me cuesta tomarme el jugo de naranja en la cocina. Es como si se me hubiera coagulado la tristeza en la garganta y no quisiera salir de allí. No tendré ni siquiera voz para despedirme de ella como ayer: como hace siglos. Es raro que Laura me escuche cuando le digo adiós. No obstante, yo persisto en la costumbre, porque mi adiós es otra cosa; quizás el poro por donde la primavera sigue respirando en mí. Ya para abandonar el departamento, compruebo si traigo bastantes tarjetas de presentación en el portafolios de falsa piel.

En la calle, el calor hincha el aire y me aplasta y me sofoca. Es un sapo de lumbre. De nada vale pasarse a la sombra de los edificios. La incomodidad que siento en las axilas es creciente. Si no me quito el saco pronto voy a sentirme más infeliz; hasta las uñas. Y no quiero. No lo soportaría. Me repego pues a la pared buscando una puerta abierta donde meterme. Confusamente recuerdo que por el rumbo que llevo hay una tienda de abarrotes, y en la tienda, un ventilador. Hoy creo que es el día más caluroso en todo lo que va del verano. Ni quien sospechara tanto fuego cuando amaneció. Por la tienda he pasado mil veces de largo y he sentido su sabrosa bocanada húmeda. Compraré algo primero —me digo en el momento de entrar—. Un dependiente marca unas cajitas amarillas sobre el mostrador. Me le acerco y le pido cerillos: de los baratos. Sin quitar la vista de sus cajitas, el dependiente extiende un brazo hacia atrás y de un casillero toma lo que pedí. “Son cincuenta centavos, señor”, dice. Le hago un comentario del estado del tiem-

po. No me oye, o no tiene ganas de hablar. Él podría ser hermano de Laura, la boca como una cortada en la cara. Su mal humor me importa poco: yo procedo entonces a quitarme el saco para que el aire del establecimiento me envuelva y refrigere. El dependiente, levantando la cara, me mira por primera vez. “No —me detiene—, déjese mejor usted el saco.” Casi no mueve los labios al hablar. La voz le ha salido de adentro, como si fuera un autómata. “Es que me estoy asando”, le replico. El dependiente, con una mano, empieza a echar las cajitas amarillas en la bolsa que ha formado con su delantal levantándolo por sus dos puntas con la otra mano. Llena la bolsa, el dependiente desaparece con ella en la trastienda. Entonces entra otro cliente, y viene y se para junto a mí. Me pregunta si no hay quien despache. Yo le respondo que sí, que hay un muchacho, y le muestro —no sé por qué— los cerillos que acabo de comprar. Pero él no los ve: le ha llamado más la atención la moneda de a peso con que pagué y que el empleado se olvidó de recoger. “Es mi cambio”, le explico, y me apresuro a tomarlo. La moneda está fresca. Me la echo a la bolsa del saco —que al fin no me quitó— y vuelvo rápido a la calle.

El calor es terrible. Me deslumbra, dolorosamente, la luz intensa de la mañana. Camino unos pasos a ciegas, en el hervor general de todo lo que me rodea. Pero luego me detengo, y decido regresar al departamento. El departamento también tiene aire acondicionado, como la tienda. Laura lo disfruta andando desnuda la mayor parte del día, bajo la bata. Ella me lo ha dicho. Yo haré lo mismo en cuanto llegue. Le contaré que me he hallado un doble suyo; un hermanito, de pelo corto. De vuelta paso por enfrente de la tienda y en el hueco oscuro de la puerta distingo, como una mancha salpicada de amarillo, el delantal blanco del empleado: el muchacho sigue trajinando con sus cajitas. Tal vez ni se acuerde ya de mí. Laura no me espera. Excepto los fines de semana, nunca como en el departamento. Le sorprenderá verme volver tan pronto. Le diré que no quise exponerme a una insolación, segura muerte de perro. Laura me va a oír sin escucharme, fingiendo que está atenta y que mis palabras le interesan inmensamente. Pero ya me da lo mismo. En cierto modo, lo que llamo mis palabras, no me pertene-

cen: son mis delegadas en la muerte que a diario padezco en el alma árida de Laura. Yo me escapo.

El portafolios comienza a dorarse como un pan metido al horno. Me quemaba cuando me roza la pierna. Lo separo de mi cuerpo, pero no por mucho rato. La papelería y otros objetos que traigo en él, pesan igual que piedras. Escurre azogue el edificio. Los vidrios de las ventanas se han fundido. Veo todavía corrida la cortina del apartamento, como si Laura estuviera aún allí. El calor anda también por las escaleras. Mi salvación es el departamento, la recámara oscurecida, la cortina, el clima artificial. Laura salió. Me desnudo y voy y me tumbo en la cama. El aire que sopla desde las ventilas, me arrulla. Vuelve el sueño atrasado. Pero no deseo dormir: pienso en mi vida, que se me ha ido a contrapelo del amor y sus juegos.

DE OTRO LADO

NUESTROS PLEITOS TERMINARON poco después de la llegada de los nuevos vecinos al apartamento de al lado. No quiero decir con esto que ellos, los vecinos, hubieran venido un buen día a poner la paz entre mi mujer y yo; empresa, a mi modo de ver, temeraria. No. Nada hubo de una intervención semejante. Era imposible. Al filo de la guerra íntima, cerrábamos puertas y ventanas para que ninguno de los dos pudiera huir o recibir ayuda del exterior.

La cosa sucedió así. Una mañana, temprano, oímos un ruido como de pequeños tambores en el apartamento de los vecinos, del que estábamos separados por una pared tan delgada como un suspiro. Lo que nos despertó —pienso— no fue el redoble de los supuestos tamborcitos, sino más bien su insistencia, que quién sabe desde qué horas duraba. Mi mujer se enderezó y se sentó en la cama, resollando fuerte en la penumbra. Su resuello era atroz y fácil a un tiempo. De ahí a comenzar a exigir, a gritos, que los del ruido se callaran, no le quedaba ni un segundo. Pero sus explosiones eran de temerse, por su largueza, así que me apresuré a calmarla, diciéndole que tuviera en cuenta a los demás inquilinos que aún dormían. Mi mujer se calmó. Sin duda que entonces recordó las consecuencias de su último desbordamiento, el castigo de insultos a que la sometieron por casi un mes las otras mujeres del piso. Le dije que se acostara y que mejor tratáramos de escuchar qué era lo que producía aquel ruido pero en el momento de hacerlo, el ruido cesó por completo. Volteamos a vernos, sorprendidos. “Parece que nos oyeron”, murmuré. Mi mujer se pasó por encima de mí, quería que me corriera hacia el lado de la pared. Acepté el cambio: yo tenía ocho años insistiendo en ello, ocho años de pleitear nocturno por esa causa.

El ruido no volvió. Pero mi mujer y yo, ante la amenaza latente, discutimos la posibilidad de mover de sitio la cama, de ponerla

contra la pared opuesta. La idea fue de mi mujer y yo le encontré, entre otras limitaciones, la falla de que nos crearía otro problema según yo, tan grave como el que tratábamos de resolver: cómo abriríamos entonces la puerta del cuarto, clausurada por la cama misma. Mi mujer, en señal de que consideraba mi objeción, se mordió una uña, una uña roja. Y yo, por millonésima vez, y para permitirle a ella madurar una respuesta, me di a la tarea de contemplar con ojos desdichados nuestra pizca de recámara. Sea por el humo y el polvo que subía de la calle o por el color gris oscuro de las paredes, el interior del cuartito parecía estar eternamente lleno de niebla, turbio como el agua vieja que se pudre. Metidos en esta atmósfera, los muebles habían acabado por volverse siniestros. Yo los odiaba. En la flor de mi vida, soñaba noche a noche con su aniquilamiento.

Mi mujer, sacándose su uña roja de la boca, me dijo que yo tenía razón y que qué íbamos a hacer. Le contesté que nada, pero luego, pescándola de la muñeca, le pregunté el motivo por el cual se había pintado las uñas con pintura fosforescente, como puta.

Ahora pienso que nuestra reacción al ruido de los tamborcitos —que no se repitió más— fue exagerada. Vivíamos a merced de los ruidos, cogidos en su pinza anónima, y no teníamos por qué habernos molestado por lo que oímos aquella mañana. A menos que nuestras pobres orejas nos hubieran engañado y hubiéramos estado escuchando, en realidad, otra cosa distinta. El reto que lancé a mi mujer llamándola puta, no prosperó. La fui soltando poco a poco de la muñeca al notar que no estaba dispuesta a pelearse conmigo. ¿De dónde sacaba ella ese amor maduro por la paz, así, sorprendentemente, dejándome solo con mis agujones? Pero, ¿de dónde también había brotado en mí la iniciativa —ni una vez en ocho años había empezado la camorra— a emprender el camino a los infiernos? Éste es mi punto de vista, parcial, no aceptado por mi mujer. Según ella yo era el verdadero belicoso, el demonio que se refrenaba mientras estuvieran la puerta y las ventanas del apartamento a medio cerrar. “Te encapotas, simulas”, me decía. Si uno es de la idea de que vivir es como estar metido en los espejos olvidados de una casa que no es la nuestra, entonces, tan-

to mi mujer como yo teníamos razón en acusarnos mutuamente: los espejos que había a nuestras espaldas y que nos reflejaban desde diversos ángulos, nos traicionaban.

Almorzamos la mayor parte del tiempo, callados. Mi mujer comía atenta a la música del radio. No estaba mal la música. Nunca estaba mal la música del radio a esas horas. Sin darme cuenta, yo había adquirido la costumbre de llevar el ritmo de la música con mis pies, bajo la mesa. Al principio lo hice sólo por aburrimiento —ver a mi mujer era como estar sentado frente a un paisaje árido—, pero después ya no, lo hacía con toda intención. Lo estaba haciendo con toda intención esa mañana: ritmear con los pies debajo de la mesa equivalía a una fuga afortunada de los espejos de que hablé antes. La casa ajena quedaba atrás. A mi mujer le chocaba lo que para ella era una manía de jovencito. “¿Qué no puedes estarte quieto, Graciano?”, me preguntó apagando el radio. “¿Qué no tuviste con lo de la mañana?” Le dije a mi mujer que sí; pero la verdad es que no volví a conciliar el sueño. Pegué, como una ventosa, mi oído derecho a la pared. Un escalofrío me hizo temblar profundamente y estuve tentado a desistir de mi curiosidad. El odio que yo sentía también por las paredes se recrudeció. Las paredes de nuestro departamento siempre sudan agua, día y noche, mes tras mes, bajo una lluvia invisible que me agriaba la existencia. Nada podíamos colgar de ellas, porque todo —fotografías de nuestra boda y de los parientes, los almanaques con muchachas desnudas para deleitarme de cuando en cuando la vista— se deterioraba en unos cuantos días. Reconocía que era absurdo disputarle a mi mujer el lugar en la cama junto a la pared. La victoria obtenida, sin proponérmelo, sobre ella, me comenzaba a pesar. “Imagínate —me dijo mi mujer— lo que será si el día de mañana esa gente dobla el número de sus tamborcitos. Tenemos que pararles el alto.” Mis pies, debajo de la mesa, continuaban moviéndose como en sueños por la falta de música. “Sí, hay que hablarles”, asentí. Mi mujer encendió de nuevo el radio: el locutor estaba anunciando el título de una canción.

ENTRE LADRONES

—AQUÍ NO HAY LADRONES —dijo la vieja Perla. Luego levantó una de sus piernas y la dejó caer, de tacón, sobre el piso. El efecto del golpe no se hizo esperar: la parentela puso las caras largas. Los parientes más cercanos al cuerpo de la vieja Perla, con temor, bajaron la frente; y eso que eran varones. La vieja notó el gesto. Sus ojillos, duros y venenosos, se clavaron entonces en los humildes. “¿Por qué desvían la vista? —les gritó, envolviéndolos en su aliento terrible—. Así como ahora están, deberían estar siempre, no andar de bandidos, no andar midiéndome con las miradas.” Cuando la vieja Perla hablaba, el tiempo de todos parecía detenerse. “Pero no les hace mella mis regaños —continuó—. Hace años, ¿oyen?, que les repito la misma canción...” Su aliento, al cabo de las frases, lejos de perder la fuerza pestilencial, volvía más repulsivo. Sin embargo, la parentela no osaba atajarlo, y se lo bebía, de frente, por las narices heroicas: todos estaban de acuerdo que a la vieja se le pudría, como perro muerto, el alma. Habían de soportarla.

Los varones, los pilares calvitos de la familia a pesar de que eran batidos por la lengua de la vieja Perla, nada le contestaban; tampoco se movían.

La vieja comenzó, porque sí, de flatulenta, a llenar el paréntesis abierto por ella en el sermón. Cerró los ojos. Todavía por unos segundos la parentela guardó compostura. Mas luego, cuando la actividad de la vieja alcanzó la cúspide, la parentela sacó a relucir bolsas de plástico, que aplicaron en seguida a las bocas. Allí fueron echados, en un momento, los frutos de la náusea y las arcadas. De modo que al volver la vieja Perla al mundo, halló el mundo tal y como ella lo había dejado: grave, y en el fondo, moldeado por su verbo.

“Bien —reinició, astillando las palabras—; quedamos en que

repito idéntica canción, siglo tras siglo, sobrinos, tristes sobrinos míos sin descendencia.” Las astillas volaron más allá de los varones, hasta el cuerpo de las mujeres. La vieja percibió el alcance involuntario de lo dicho. Esta vez no levantó la pierna sino un dedo casi de oro. “Aunque a ustedes también les va el saco —les dijo a las mujeres, hermanas de los varones—, hoy no es el caso que se lo pongan. Disimulen. Aprovechen, que son éstos quienes atrajeron el rayo de mi ira.” El rayo de la vieja Perla era un rayo que con bastante frecuencia se materializaba. “¿No me miran, pues, a los ojos?”, preguntó a los varones. La calva de los hombres relumbraba como los anillos de la vieja Perla. La calva de los sobrinos relumbraba con las salpicaduras de la saliva de la vieja Perla. “¿No me responden?” La vieja arrastró ostensiblemente, por encima del escritorio junto al cual estaba parada, un tintero como una peña. Las mujeres lanzaron entonces una ahogada exclamación. Les picaron luego las costillas a los hermanos; les dieron palmadas en las nalgas de mono y, por último, les susurraron frases propias del redil.

El tintero, al filo ya del escritorio, amenazador, proyectaba su sombra sobre la cabeza de los varones. A la vieja Perla le corría el sudor, o el veneno, por la rica red de sus arrugas. Le temblaba el labio inferior y el mentón. Y las enaguas. “¿Como que me llamo Perla Cravioto, que ustedes de mí no se burlan —exclamó— y que han de hablar!” Todo el silencio y toda la muerte del mundo se concentraron en el tintero. La vieja Perla lo aferró con ambas manos, y se dispuso a levantarlo. Entonces, hasta entonces, hablaron los varones.

“Es que tenemos muchísima vergüenza, tiita”, dijeron, los ojos puestos en aquella mole de fierro. La vieja Perla sintió agudo desconcierto en su maldad. “¿Cómo dicen?”, dijo, muy firme el protuberante mentón. Los varones posaron la vista, después del tintero, en las joyas perpetuas de la vieja, en las del cuello, luminosas. “Dijimos, tiita, de la gran vergüenza que nos abochorna y nos quita ojos para usted.” Detrás de los varones, hacia ellos, sopló un viento de sonrisas y otro de cariñosa aprobación. Los varones se esponjaron entonces, a causa de sus hermanas. “¡Tiita!”, exclamaron mirando a la vieja Perla a los ojos. A la vieja la ator-

mentaba su siniestro impulso reprimido en los albores. A tarasca-da viva la trafa por dentro. No se veía sino a sí misma, frustrada y hecha una lástima. “No, señores, no”, dijo.

La sentencia fatal, encubierta por estas palabras, congeló el entusiasmo de las mujeres. “No me vengan ahora con escrúpulos morales —siguió diciendo la vieja. Golpeaba el escritorio con la diestra ensortijada—. ¿Cuántas veces les tengo dicho que está prohibido, sin mi consentimiento, sacar ni un alfiler del almacén? A ver tú, Ubaldino, dime qué hicieron del paquete con pastas.” En el almacén, que era la trastienda, la vieja Perla encasillaba, clasificaba, atesoraba su abarrote. La mayor parte de su vida diaria allí transcurría, entre números y secretos trabajos del gorgojo. “No aparece en la venta de hoy, Ubaldino.” El varón Ubaldino era el más viejo de los sobrinos empleados del negocio; pero también el más compasivo. “Las pastas, tiita, las regalamos a un pobre”, dijo.

Un pájaro de luto entró graznando al almacén. Solamente Ubaldino, entre todos, lo vio y lo oyó. “Así que era un pobre, mi buen sobrino...”, dijo la vieja. “El celofán de la envoltura estaba roto, tiita.” “¿Y qué?” La hedentina de la vieja Perla era fuerte como nunca. “No servían ya, de tantos años, las pastas, tiita.” “¿Y qué?”, repitió la vieja. Sobrinos y sobrinas sentían que iban a quedar a los pies de la vieja Perla, asfixiados, sus narices y pulmones devorados por la peste. Comenzaban a tener las visiones de los que van a morir de espaldas al aire.

El compasivo Ubaldino no sabía qué responderle a la vieja. La lengua la sentía como un trapo ardiendo y la vieja, siempre apuntándole con el índice de oro, se le perdía en la rueda de sus visiones. “Lo que sucede —dijo la vieja— es que están minando, Ubaldino, el patrimonio que con tanto trabajo yo les he formado; hago de cuenta que ustedes me asesinan a mansalva y lentamente. De una vez por todas necesitan, sí, de un escarmiento. Y yo se los voy a dar, sobrinos: Ubaldino, acércate.”

A los ojos de Ubaldino, las palabras que estaba escuchando, eran como unas flores negras, lustrosas y peludas, que le infundían miedo.

“¡Ubaldino!” La vieja Perla, tras de gritarle, fúrica, a su sobri-

no, tomó y levantó, con mucho esfuerzo, el tintero del escritorio. Ubaldino la vio llevárselo a la altura del pecho y apretar los labios y curvarse con el peso hacia atrás, igual que ciprés tocado por el viento.

Ubaldino, cuando pensaba que su fin estaba próximo, oyó un leve crujir de ramas, y luego, un golpe contra el piso, un planazo, y después, otro crujido. Silencio.

La vieja Perla yacía —los sobrinos (incluso el varón Ubaldino) la vieron al volver ellos del desmayo y las visiones— en el suelo, boca arriba, en medio de un charco de tinta azul, con el pesado tintero incrustado en su pecho.

FUGA MAYOR

...ENTONCES, UN SOLITARIO que en un rincón desenrollaba planos secretos, les dijo a los que pensaban fugarse que por sus pasos serían reconocidos por las autoridades que no se andan con juegos. Fue mucho más que ver al diablo fornicando moscas en el aire. Cada quien solapó su probable desertión bajo un parloteo súbito. La sala hervía como cazuela de hombres no acordes ante el único malora que atrajo la nube y la tormenta, dejándolas vagar en el mar de camisones hinchados. La mano del jefe redondeó la metáfora concebida valiéndose del látigo de chasquido tonante. Quiso probar el oro del repentino silencio, pobló el ámbito de tonales mentadas de madre, luego dijo cuantos defectos simulan ahí peores defectos, y finalmente, ordenó al dibujante solitario fundamentar su aseveración derrotista.

Éste avanzó caminando como plantígrado, pero menos corpulento y peludo, al centro no de la pieza, sino del círculo trazado a gis por un viejo maestro rural. Cuando estuvo adentro y a lo largo de la línea blanca se levantaron tolvaneras a escala, de yeso, los aprendices aplaudieron. Y mientras los aplacaba, con gesto muy ambiguo empezó: dijo que los precursores cirnieron el plan once mil veces durante el siglo dieciocho. La noche de los engrasamientos de las etapas uno los delató al derrumbársele el puente de los pies en la piedra y soledad del patio. Creyeron que el estrépito no había sido escuchado, pues las sombras giratorias no vomitaron blandidores de garrote. Pero cuando arriba de sus cabezas hubo fanales obsesos, entonces, mansos ennucaron los brazos. Y el siglo siguiente fue trifulcoso de continuo. De múltiples prodigios mecánicos en la rama verde de la aeronáutica civil; de invenciones prematuras respecto al tiempo; de marchas y de contramarchas en el foro del auditorio de la institución, de una banda de albos trombonistas y espirituosos flauteros, y de otra, la

del cuerpo de guardias vestidos de azul e insignes; de las nunca artilladas construcciones extramuros hechas para infringir, psicológicamente, el reverso de la victoria. Fue siglo también de duros oficios; era uno el de capitán pregonero. Vitalicio mlite, mientras vivió no dejó de anunciar el vuelo del avión aspado de índole rotatoria en sentido vertical, que no necesitaba pistas clásicas para tocar tierra y así humanizarse; que liberaría a todos conforme el método angelical impropriadamente etiquetado levitación de los querubes. Porque éstos eran devueltos a Dios mediante obuses y arcabuces, cargados y disparados por padres de la iglesia, varones hediondos a pólvora de claustro, a pirotecnias exclusivas. Durante los plenilunios de agobio del mes de julio, el capitán pimentaba su cantilena con más cosas que amaneciendo surcarían la luz como naves de corsario caídas en desgracia: las catapultas accionadas por templadísimos resortes y sostenidas en vilo por simples alas de paloma genealógicamente archiilustre, pues fue de su ascendencia la buchona que dio ámbito y pico al espíritu santo una mañana.

Y el dibujante decía: los globos del probable señor Cantoya, cuando lo interrumpieron los odores, cruzados de piernas. Y uno exigió, en nombre de confabulados, la médula del acontecer, por no decir los sedimentos de aquellos polvos, porque la luz se anocheceía azulándose sobre la latitud. Otro, nada solitario, con egoísmo rayado de obsceno movimiento limitó la duración de la exigencia a dos minutos, sintiéndose reventar de aguas viscerales. Inmediatamente después, seccionando los murmullos para recrear el silencio, habló el muy sagaz jefe, maduro de técnicas. Era dolencia de artista la ingenuidad de suponer calor en el mecánico suscitarse de una salva de aplausos; de ahí el extralimitarse añadiendo capítulos del magín, que luego devenían trampas del laberinto de la palabra ante las cuales razonablemente ellos retrocedían. Sin embargo —continuó— las fallas del hombre, si le es fiel a la vida, aún contribuirán misteriosamente a su destino cuspidéo. Que el dibujante, por tanto, retomara su hilo boludo de errores, hasta que la paciencia en desequilibrio cubriera el rostro de todos.

Cuando el sumo jefe terminó, el maestro, acercándose a gatas a

donde estaba el dibujante, circunscribió el primitivo círculo con otro, lejanamente ceñido, ya que la desolación entre ambos era galáctica. "Cuando yo vuelva —susurró— no borraré estas marcas; mas serás precipitado, pájaro." Las primeras frases del dibujante cabalgaron una armazón de inminentes huesos de volanti-nero. Y no resonaron tímpanos ni caracolearon en cabezas a mano devastadas y oscilantes como péndulos invertidos batiendo el crepúsculo. Lo inaudible era un llamado a la cordura manual, rico en experiencia, conducente al lucimiento del que quisiera escuchar: la prístina aventura del homo posparadisiaco estaba viciada por prejuicios enormes que lo acabaron en el extravío en arenas más antiguas que él. Seguía atacando el hierro con hierro, hecho instrumento de torpe y fatigosa conquista; de modo que no fueron artes de guerra, fue la tozudez de una mano nada hábil, poco enamorada, la que logró hendir, quebrar y separar tan oscurecido reino. Anclado y ciego en este menester no miraba en torno suyo para correr los telones, socavar el escenario. Y, con el pensamiento, ayudar al advenimiento de una coreografía cordial; todo con el fin de provocar la fulguración de los signos, a pesar de óxidos y ajena flora. Cuando el chirriar de las limas decreció, quedándose en parecida música retornante, el dibujante oyó decir que con hebras sedeñas muere estrangulado cualquier barrote de enrejados carcelarios. Pero ni esto, cabo nítido del discurso, pudieron percibir, embobados en la faena musicada los que la cumplían, mientras sus camisones de algodón eran ampulados por el aire del patio. El circunscrito dos veces pensó cómo suelen los compañeros entregarse a crueles iniciativas que sin más trámite abandonan sólo para actualizar otras, pestíferas, incluso olvidadas por mozos zopilotes voraces. Quizás lo dejaran volver a su rincón de tintas chinas, en el cambio iniciativo. Pero alguien no pendulante lo observaba, burlándose. Era el hombre de tiza sastreril, adiposo, de cara de ojiva. Acabando el trajín de nuestros serradores o limeros —le dijo— has de completar la trunca relación de los oficios. Y cuando cesaron los laboriosos el dibujante continuó.

Había también un actuuario de rubia presencia maculada por el portafolio contra su pecho, valle de zarzas canas. Lo de actuuario

venía de otros que a sí mismos se titulaban jueces de cándida toga, solemnemente paseándose en la sala pública. De nombre Mimbela, el falso actuuario comportábase como vivo delator (con microscópicas grabadoras del Japón) de la falta de fe en los avisos y presagios cantables del capitán. Iba de sala en sala, zigzagueando, escurridizo, espía a sueldo de panes blancos y postrera sopa sabatina de lentejas, pagado por quienes un día lo solicitaron, pensando en redondeces de secreta tabla. Y es que Mimbela tenía talentos estívalos. Una estación de sol perenne en ambos hemisferios cerebrales lo ensoleció de tal modo que al llegar engendraba eliotropismos violentos en las flores de artesanía, fama del establecimiento. Se dignó, lujosamente astral, luciérnaga macho que daba gusto verla, lumbrera entre la fronda de ceniza de los cuerpos, sentarse para opinar acerca de la conveniencia de un nuevo oficio, muy imprescindible, como se lo harían ver. Afuera proliferaban, encrespándose, las construcciones, a propósito simulando farallones, y con miradores y almenas habitadas acaso por pelícanos. Ayer nadie desconocía la disposición de las moles en un radio de tres hectáreas, otrora y a su tiempo engavilladas. Empero hoy, ni el poderoso actuuario podría retener la densidad del paisaje de hormigón adolescente. No pecarían de incuria teniendo en mente la imagen de un homúnculo fácilmente elevable, con dotes de cartógrafo aquilino, una especie de jockey que no cansara al viento mientras se mecía y elaboraba sus cartas bajo el rocío. De casi meridiano, Mimbela pasó a crudo cenital, disparador de alabanzas a los reunidos. Luego recorrieron los espacios muertos en busca del ya concebido. Y los espacios vivos, y ahí lo hallaron, varado en su camita, enrojecidas de mercurio como las plantas de los pies. Innominado, se apresuraron a llamarlo Mimbelino, padre espiritual de los dibujantes del panorama. Vencieron con ofertas laudables su resistencia de carbón diamantino a ser esculpido por las soñadoras puntas de los que entraron revoloteando con indicios de querer prosternarse. En el transcurso de aquel bautismo sobrentendido y la tarea de convencimiento, lavaron los pies del postrado evitando espoletas y fósforos de su risa, y cuando estuvieron limpios, porcelanizados, los orfebres y los exquisitos modistos de pul-

gas fueron garigoleando, churriguerescos, la piel con pinceles de mondadura de cabeza, embadurnados en violeta de genciana. Y al volver a la mesa no incurrieron en la falta de los laureles asiastados, no abrieron paréntesis para glosar el triunfo recién. Se abocaron al problema de cómo proveer de lo necesario al dibujante, porque amaneciendo sería sustentado por la más segura visión del capitán. Descuartizaron entonces a muchos animales fantásticos e inolvidables que a esa hora paseaban barroquismos por bulevares de la conciencia, en la esperanza de encontrar una solución. Sentíanse aurispices imbuidos de voces acuciantes. Pero cuando sólo tuvieron nimias lombrices de su caletre cotidiano entre las manos, comprendieron lo estéril de lo furibundo que arrasa metódicamente los ontanares. Sin embargo, el rubio de coraza cocodrilícea se desdijo diciendo no ser ése el meollo, por cuanto ellos no supieron amamantar pródigamente con las tetas corticales a los varios animales luminiscentes. Se incorporaron, remordiéndose, al claro de luna que los palideció hasta platinizarlos, envolviéndolos en abundantes halos. No tenían una hora en su baño cuando oyeron, trasfondadas en su campo visual, hojas repiqueteantes, castañuelas, de nervadura en un ramaje. Era la mora hembra, cabe la pared del sur, la que así se movía.

Hizo muecas terribles Mimbelino, manifiesto repudiador de lo rudimentario y natural de los objetos que para el desempeño oficioso le mostraron sus patrocinadores, hipertróficos de cresta a causa de las inspiraciones. Cubriéndose los ojos con unas gafas de aros que eran bastidores de un telar de arácnidos, se encegueció en el indiferentismo. Más que a nadie dolió la indiferencia al actuario, pero extrajo del portafolio una ganga de artículos de caballero volador, la desparramó con tres ademanes de judío babilonio sobre la cama de Mimbelino, diciendo que eran cosas de un as de la aviación de la guerra —última, cuando los contendientes anticiparon la inauguración de sus invernaderos al caer—. Lanzó una pitillera con reverberancias contra un vasito de latón que tañó, uno de esos vasitos en que nadie bebe jugo de pomas, exceptuando el muerto desposeído. Ignaros de toda ley que ya una vez derruyó los perímetros cobertores de Jericó, los otros no adi-

vinaron la intención acústica subversiva de Mimbela, en ese momento enzarzando el índice derecho como quien se enzarza para esperar. Se mordían los labios, se unguían de sudores de mano el cráneo en la zona libre, donde prosperaba la sombra de un gorro ceremonial recamado de piedrecitas comunes. Ansiaban irse ya, penantes, a languidecer el patio cuando Mimbelino, dirigiéndose al actuario, aceptó.

El tiempo de las ascenciones y trabajos de Mimbelino duró menos de un siglo. Poco antes de morir o desaparecer en una tormenta de verano sin pronóstico Mimbelino auguró un súbito otoño de ocre extemporáneos dentro de las salas y pasillos y en el patio, que se convertiría en paraje y estancia de crujidos. Así aconteció porque Mimbelino nunca dejó de usar las hojas de la morera para servir a los designios de la evasión general... Y por segunda vez hicieron pausar al dibujante su hilván de falsa historia —como todos pensaban— el salto de orina rumoreando en un tamiz continuo y la voz simultánea, brisa del torrente que decía que hasta los nombres propios eran verbo exudado por una lengua ociosa. La tradición no mencionaba ningún Mimbela, ni su derivación disminuida y encantadora: Mimbelino: pura decantación de sonidos labiolinguales. Del mingitorio, que apenas contenía la putrefacción de los prismas, la voz venía de más en más cargada de placer de la micción diferida en aras de una sensualidad bizantina en curso. La opinión del orinador fluvial ganó adeptos en unos instantes y por encima de los arcos góticos la orden del jefe anubló la voz libidinosa: que los hombres inunden la penúltima casa del circunscrito artista. Apuntaron sus tripas, las precisaron sobre el blanco manivelándolas con pulgares y sus opuestos dedos, mucho muy peritos. Entonces bombearon los pujantes cuanto pudieron. Pero no agua, sino esferoidales piedras rodaron del meato de cada uno a las rayuelas. Pronto los montículos tuvieron altura de la grava dispuesta a ambos lados de una carretera en ciernes. La luna, para esto, ya los nevaba. Y los cuarzos fueron encandilamiento. Y el estupor de los colores nunca vistos originó emigración libelular, que tenía a las bocas abiertas como arranque o gruta de divergencia. Calculó el dibujante la densidad de las iniciadas en la

transhumancia aquella noche, y vio lo factible: mimético en el éxodo, no lo distinguirían. Comenzó a aspar sus vientos particulares, que dieron voces cuando menos debían hacerlo. De lo postrero de la caravana alguien, estribándose, evidenció al que procuró inmiscuirse, entoldando a la tez de revoloteante. El otro, todavía con deslumbres, agregó: acampará en el cielo camino de su casa. La siguiente orden era: conducta de asedio si el solitario se aleonaba en su aprehensión. Partiendo de los extremos el maestro y ahora un vero discípulo suyo, tiza compartida en mano, dibujaron el círculo mayor para en seguida ser atravesado por aquél en menesteres de alguacil, con visible placa de *sheriff* faldero. Usó en el preámbulo de la captura cortesanías redes de rala urdimbre que, como buen pescador, las dejó estar. La superficie la rizaba su aliento; en los rizos éste cabrileaba cuando de par en par se abrió el tigre que nadie creyó. Y toda forma de lo fulmíneo abatióse sobre el alguacil. Aldabonazos de centella inflamaron el hierbazal de su testa, retumbaron en los veinte confines cuticulares desgajando las medias lunas, carbonizándolas a la vista de los demás que rebordeaban la lucha. La piltrafa de capiteles desmoronados, cornisas enloquecidas y fracturado fuste que arrojó la tempestad aquella atemorizó a los espectadores que se aprestaron al sitio. Merodearon, arriscando la punta de los pies según se ha visto hacerlo a ciertos merodeadores sobre barras de hielo, sobre polvorines más tarde, para curarse de esa frialdad de cuño circense. Los ojos del dibujante encontraron redoblillos minuciosos de tamborileros en las miradas de sus sitiadores. Cuál era el son no lo supo, porque sorpresivamente pasaron del regodearse en el merodeo a la ofensiva balística. Perillas periformes describieron un ciento de parábolas. Y parabólicamente, continuó el asedio, variando los proyectiles, hasta que agonizó el dibujante.

SEPTIEMBRE Y LOS OTROS DÍAS

A JOSÉ LUIS GONZÁLEZ
y a doña FRANCISCA GARDEA

Primera edición, Joaquín Mortiz, 1980

SEGÚN EVARISTO

LOS AÑOS NO HAN LOGRADO gastarme el recuerdo de Evaristo. Ahora andaré en el polvo, con el sol sobre los ojos para siempre. Hoy se levanta en los míos. Baja suavemente a mi alma, como buscando la penumbra de un alero. No ha cambiado un ápice. Ya lo dije. Es el mismo. De donde llega trae el perfume de las fuertes soledades; le brota de todo el cuerpo esbelto al menor movimiento que hace. Cuando habla, acompaña sus palabras y sus gestos, como un viento de aguas escondidas.

Mi padre era su amigo. Lo conoció y comenzó a tratar en otro pueblo, cuando era un joven herbolario. Mi padre lo conoció en el negocio, detrás de un cajoncito para el dinero de la venta: allí se pasaba el día de la mañana a la tarde, a las últimas horas de la tarde. No dejaba el cajoncito ni para ir a comer. Hacia el mediodía, la mujer salía del negocio para traerle comida de un restaurant en una cacerola. El herbolario despachaba rápido el revoltijo y luego volvía, con un eructo final, a su mutismo.

Mi padre nunca supo bien cómo fue que pudo arrancarle las palabras y que se convirtieron en amigos.

La mujer lo doblaba en edad. Perdida en los diversos olores de las hierbas lo celaba, lo cuidaba a distancia, sentada al fondo del local. La mujer se levantaba sólo para atender a los clientes; para lo del restaurant; y para recoger la venta y cerrar. La primera vez que mi padre se puso a conversar con el herbolario, la mujer no cesó de moverse, intranquila, en su asiento, ni de mirarlo con atención. Mi padre apenas la había visto un par de veces en su vida y no le gustaba. Era extraordinariamente delgada, cetrina, sin brillo: más alta que su hombre. Después de cerrar el negocio, los esposos caminaban a la placita cercana. Nunca se miraban entre sí. Preferían contemplar el quiosco y a los niños que jugaban en él. Duraban hasta el crepúsculo y luego seguían el camino a la casa.

Cuando mi padre llegó al pueblo, hacía siete años que estaban casados; que el hombre se había convertido en cajero, en herbolario. Muy al principio, en los días posteriores a la boda, el pueblo volcó sus lástimas sobre el joven esposo mientras que, a un mismo tiempo, censuraba el apetito de la mujer. Esto le contaron a mi padre. Pero él halló nada más indiferencia perfecta por la pareja: un tesón de ciegos y de sordos.

Con un ramito de hierba en la mano izquierda, despachado por la mujer en el fondo del local, mi padre se presentó al herbolario, ofreciéndole su diestra saludadora, abierta como un sol:

—¡Onésimo Sanjurjo! —le dijo.

Evaristo, que había extendido la mano para recibir el dinero, se desconcertó de pronto; pero luego, dándole un giro rápido, la aprestó para el saludo.

Faltaba todavía un par de horas para que empezara a caer la tarde. Mi padre y su nuevo amigo conversaron todo ese tiempo sin pausa, como dos que se han reencontrado. Mi padre tenía apoyada la mano del ramito en el mostrador, casi junto a la caja de los centavos, y su fragancia lo deleitaba; ponía en su lengua las mismas intensas luces del verano.

—Mire usted, Sanjurjo —le decía Evaristo—, lo que son las cosas. No tienen orilla. Hasta ahora es que huelo realmente la yerbabuena; hasta ahora que la pone usted debajo de mis narices.

—Yo la llamo menta, Evaristo —le contestaba mi padre, y alzaba el ramito a la altura de sus ojos y lo movía como una sonaja. Cundía el aroma entonces por todo el aire e iba a morir afuera, en la desierta playa de la calle. Mi padre gozaba provocando estas olitas. Nos aseguraba ser cierto que las oía romper y que las veía luego desbaratarse en una espuma verde y traslúcida. Pero el amigo acababa por detenerlo:

—Sanjurjo, ya no repique más, por favor. La mujer puede incomodarse. Los olores la tienen sin cuidado; pero la molestan si se agudizan y se vuelven impertinentes.

Mi padre, obediente, favorecía al amigo. Y bajaba el ramito.

Y a esa primera tarde se sucedieron otras. Evaristo dejó el

mostrador y salió a conversar al umbral de la puerta. Mi padre, en las postrimerías de la tarde, comenzaba a consultar con regularidad la hora: sabía que hacia las seis y cuarto, la mujer de Evaristo se ponía de pie, seca y larga, en la penumbra de su rincón, para atravesar, de un extremo al otro, el mundo aquel de todos los días. Así que mi padre, dando las seis y cuarto, estaba ya despidiéndose del amigo, con la promesa de regresar al día siguiente. Evaristo aceptaba, rencoroso con su mujer.

Mi padre en la calle volteaba a mirar a la pareja: Evaristo permanecía parado aún en la puerta, pero mirando hacia adentro. La mujer, como un pájaro de las sombras, había caído sobre el cajoncito de los centavos y los estaba contando. Mi padre oía, en la quietud de la hora, el choque de las monedas al ser apiladas en el mostrador. Evaristo, dejando la puerta, de pronto había ido a colocarse cerca de la mujer, con un bolso abierto entre las manos. Allí caía el dinero; volvía a sonar, pero muy apenas, casi como si fueran guijarros. Después, mi padre veía a la mujer quitarle el bolso al amigo y colgárselo a la bandolera, la correa por encima de los pechos sin gracia.

Y era la primera en salir.

La doblaba el peso del bolso hacia un lado.

Evaristo, mientras tanto, afuera ya también, comenzaba a bajar, lentamente, la cortina metálica. El chirrido ponía de punta el aire, y la mujer se desesperaba:

—De un jalón, de un jalón —decía—, no es de seda.

Evaristo se detenía entonces un momento:

—Yo no tengo sus pocos nervios —le contestaba, metiendo todos los rencores de siempre en la voz—: ya lo sabe usted.

Ninguno de los dos se daba cuenta de que mi padre los estaba observando, oyendo. Se miraban, desafiantes. Mi padre sentía que el sol de la tarde no llegaba hasta la pareja. Huía de ellos como de un amargo nudo de sombras.

—Lo que usted no tiene, es cabeza —le decía la mujer, y procuraba enderezarse, no hacer en el mundo el lastre del bolso. Mi padre la veía entonces ganar tamaño, como una larga vara que hubiera estado bajo la mano del viento y recién recuperara su libertad.

Evaristo volteó a mirarla a la cara: el coraje le cubría de ceniza la piel muerta de las mejillas, los párpados, la frente. Respiraba, como una endiablada, el aire oscuro. Pero Evaristo no se amilanó: en una de sus manos tenía el candado de la cortina.

—Un animal —continuaba la mujer— me hubiera entendido mucho mejor. Usted no. Usted, no. Máteme a iras. Eso es lo que usted anda buscando.

—Siempre es lo mismo —se quejaba Evaristo con fastidio.

—Usted es un pobre de espíritu.

Evaristo, al oír esto, se volteaba de plano hacia la mujer y le decía:

—Esos pobres, a veces son pájaros, son águilas que nadie sospecha. También se lo he dicho ya. Lo que yo ando buscando no es su muerte, que usted está muerta, sino un cielo...

—Usted habla así porque no tiene experiencia en la vida; porque es un simple.

—Sueño con un valle. Con un cielo en la tierra.

La noche de esa tarde, le fue imposible a mi padre dormir.

Había luna. Mi padre salió a la calle y paseó por la desierta placita hasta cansarse.

Otro día, se levantó pensando en el amigo. Dejó para después los negocios que lo habían llevado al pueblo y fue a visitarlo. Y era por la mañana. A Evaristo le sorprendió verlo llegar. Pero mi padre no se detuvo a saludarlo; se dirigió al fondo del local, con la mujer. Nos contaba que se había encontrado con una casi distinta a la de las tardes. La mujer estaba sentada en su silla y miraba para la calle, todavía sin sol, pero ya clara como el día. Al acercársele mi padre, se puso de pie y rápidamente abarcó, de una sola mirada, su mundo de hierbas. De las mesas vino a mi padre, entonces, una rica oleada de perfumes que lo hizo trastabillar. Se apoyó en el borde de una mesa. La mujer lo miró con curiosidad. Habló. Le dijo que tras una noche de encierro, y en verano, las hierbas, como las hembras, amanecen potentes, como nuevas; pero que andando las horas, el aire, y la luz, se encargan de desgastarlas. Mi padre oyó la voz aquella como un hilo de agua corriendo

por las mentas. Y ya no siguió adelante. Y regresó adonde Evaristo, que lo estaba esperando. Mucho rato estuvieron sin hablar. El sol entró por fin a la calle y se deslizó por las blancas fachadas de cal. Mi padre suspiró. En su cara, como en la de Evaristo, la tinta del sol se fue apaciguando. Ruidos de cortinas metálicas rompieron el silencio; pero luego, la calle volvió a la calma.

—No se engañe con la mujer, Sanjurjo —le advirtió Evaristo a mi padre.

—Yo venía dispuesto a hablar con ella.

—No se engañe... —repitió Evaristo.

Una semana después, Evaristo se presentaba en nuestra casa. Mi padre lo recibió con verdadero gusto. Los niños lo rodeamos para mirarlo. Yo toqué el veliz que traía en una mano, y le pregunté dónde había venido. Pero Evaristo no me oyó: mi padre lo arrastramos jugando. No sé cuántas veces más volvió Evaristo a visitarnos, pero fueron muchas.

Un día dejé de jugar para siempre en la tierra de la calle y me convertí en ayudante de mi padre. Aunque ya entonces sólo veíamos a Evaristo de vez en cuando, mi padre hablaba sin embargo de él continuamente, como si acabara de estar en su compañía. Evaristo se había vuelto a casar en nuestro pueblo al poco tiempo de haber llegado, finalizando un verano. Según mi padre, todos en la casa, incluso los perros que la cuidaban, fuimos a la boda. Quizás lo único que yo recuerdo, y no muy bien, sea la música y a los músicos, que sudaban tocando un vals bajo el sol. Pero mi padre entraba, con emoción, en los detalles; en el detalle.

Como padrino de Evaristo le correspondía bailar la primera pieza, el vals, con la novia, una muchachita en comparación a la herbolaria. La música mecía en la sombra a los dos bailarines. Afuera, destellaban vivamente los instrumentos de latón y se apiñaban los curiosos a la puerta del saloncito. En las vueltas que daba, mi padre miraba la cara feliz de Evaristo y las de los bobos asomados y sentía que ése era el mejor día de su vida, de sus años. Pero la música se terminó. Entonces, mi padre soltó a la mucha-

chita y se la devolvió al novio, que se había adelantado a encontrarlos.

—Todavía no, Sanjurjo —les dijo Evaristo—, todavía no.

Dos veces más bailó mi padre.

Evaristo no se había regresado a la mesa, en la que se hallaban los padres de la novia, mi madre, otros invitados y el pastel de bodas, una torta con dos monitos señoreándola. Evaristo fue a pararse delante de los curiosos, en la puerta. Lucía bien en su traje negro; alto, entre los descamisados. Mi padre, viéndolo así, lo recordó como era en sus tiempos de herbolario: flaco como la mujer; modesta, sin fuerzas, la llamita de su vida; como sofocada. Pero había cambiado: estaba crecido, ardiendo a la perfección, como un fuego en el camino más ancho del aire.

El calor del saloncito y el que generaba la presencia de Evaristo, se habían comunicado a la novia para ablandarla como cera en los brazos de mi padre. Mi padre notó la diferencia, la falta total de la rigidez primera que le impedía moldearla por la cintura. Y, con desenfado y alegría, empezó a acercársela. Se tocaba ya por segunda vez el vals cuando mi padre sintió como una ventana abierta en el pecho, por la que le estaban entrando, caudalosos, los perfumes y el sol del otro cuerpo.

Evaristo lo miraba sólo a él, como si la muchacha no existiera o como si quisiera dejarla a la sombra intencionalmente.

Las últimas vueltas por el saloncito le parecieron a mi padre eternas. Que para darlas había tenido que consumir, que valerse de la vida de todos los allí presentes. En el silencio que siguió después de la música, mi padre escuchó, distante, la voz del amigo pidiendo a los curiosos se retiraran para que pudieran entrar el aire y los músicos. Entraron éstos y buscaron acomodo en unas sillas repegadas a la pared, y mi padre, Evaristo, y la novia, fueron a sentarse a la mesa, en los desocupados lugares de honor.

La felicidad resonaba, sin mengua, en el corazón de mi padre, que atacaba, con una cucharita y verdaderas ganas, un enorme pedazo de pastel. Los perros amarillos de nuestra casa entraron a la pista y dieron unas cuantas vueltas, husmeando el piso y las piernas de los músicos y sus instrumentos. Mi padre tenía la boca

llena, dulce. Y contaba que el inusitado paseo de los perros, uno detrás del otro, le había causado muchísima gracia; lo había hecho, también, muy feliz. Y en su recuerdo seguía viéndolos: se iban campantemente del lugar, al sol de nuevo, al calor y al ilimitado espacio de afuera, el lomo encendido, brillándoles como el filo de un cuchillo. Y nosotros corríamos a encontrarlos, y mi padre nos veía a todos, perros y niños, como metidos en una pantalla de cine.

Mi padre, los novios y los invitados, habían terminado con su pastel y lo reposaban, echándole encima, de cuando en cuando, traguitos de refresco. Los músicos, también ya con los platos vacíos, conversaban a media voz y lo hacían de un modo grave, anclados sus gestos y ademanes a la importancia que sabían tenía su arte para ésa y otras bodas.

Evaristo los interrumpió para llamar a su director a la mesa:

—Acacio —le dijo—, quiero puros valsos. Quedito. Porque ya no van a salir ni usted ni sus hombres. Que no está el sol para tentarlo.

Mi padre jamás había visto bailar al amigo. Lo suponía torpe. Enmohecido por los años de noches dadas a la herbolaria. Pero no; Evaristo resultó que era un bailarín de los buenos y, por lo tanto, de los que no se fatigan. Se levantó como a las tres de la tarde de la mesa, tomando la mano de la novia y haciendo una leve caravana a mi padre. Se dirigió luego, como los bailarines de todo el mundo, al centro del saloncito y adoptó la postura de un valsante. Los curiosos habían vuelto a la puerta, como abejas a la flor de la música que entonces recomenzaba, suave, discreta. Evaristo los advirtió —estaba de espaldas a la puerta— por la vaga oscuridad que proyectaron sobre el blanco mantel de la mesa; sobre el islote del pastel que había sobrado y el par de monitos, encaramados allí. Mi padre creyó que Evaristo iría, sin dilatarse nada, a despejar la puerta de nuevo, sensible a la falta de aire. Pero Evaristo no movió ni un solo dedo con esa intención. Y empezó a bailar. Mi padre entendió que el amigo delegaba en él el asunto y antes de que el vals finalizara, se levantó a resolverlo. Despejada la puerta, mi padre hizo el descubrimiento de nosotros jugando en la calle con los perros. Nos llamó:

—Ustedes —nos dijo—, ¿ya comieron pastel?
—No —le respondimos.
—¡Válgame! —exclamó, y desapareció, aprisa, de nuestra vista.

Los novios bailaron durante dos horas. Hasta pasadas las cinco. En la mesa no quedaban más que mi padre y mi madre; los demás se habían ido retirando a intervalos regulares y previo apretón de mano a mis padres, a manera de adiós y de disculpa. Porque era un día entre semana y de trabajo. Y porque estaban allí a causa de mi padre, principalmente, el único que conocía, en el pueblo, al novio. Pero mi madre también se fue, después del último de los invitados y en el momento en que Evaristo y la muchacha regresaban a la mesa.

Mi padre los recordaba apenas cansados.

—¿Contento? —le preguntó Evaristo a mi padre. Y luego, dirigiéndose a los músicos:

—Vengan, tómense con nosotros un refresco.

Los músicos bebieron de pie el refresco, como centinelas de los novios. Después, volvieron a sus instrumentos y se sentaron en las sillas, despatarrados. Mi padre se le quedó viendo a Acacio:

—Tocaste muy bien —le dijo—, como siempre, como si para ti todos fueran buenos tiempos.

—No —negó el músico—. Fueron los valsés, Sanjurjo.

Mi padre, junto con estas palabras, sintió un olor a menta. Y pensó en Acacio, en su espíritu melodioso escapándosele por la boca.

—Un vals sólo es un vals —le arguyó mi padre, que quería más perfume en el aire. Pero el músico ya no habló.

El perfume venía de abajo de la mesa. A soplos, el músico lo había impulsado, como a un barco de vela, hacia mi padre. Mi padre recordaba la gran sonoridad del aire. Había hablado con Acacio como en secreto, como si lo hubiera tenido a varios metros de distancia. Y Acacio, lo mismo. Y mi padre buscó, entonces, la fuente del perfume, y miró a la novia y a Evaristo. Evaristo, al sentirse mirado, se volvió y le preguntó a mi padre otra vez:

—¿Contento, pues, Sanjurjo, porque bailó usted como Dios manda?

El ramito de la menta estaba entre las manos de la muchacha, reposando en su falda, oculto por el mantel: mi padre lo vio levantarse de allí, subir por el aire en la mano que lo sostenía y detenerse, como un sol, frente a su cara. El deslumbramiento lo dejó sin habla, confuso, parpadeante.

—Para usted —le dijo la novia y le acercó el ramito al pecho—; para usted, de nosotros.

Éste fue el detalle. Y a mi padre le gustaba, en sus recuerdos, ponerlo por encima de las bodas mismas para que se las iluminara hasta el fin.

Lo de Evaristo se acabó al atardecer. Los novios abandonaron el saloncito primero que mi padre y que los músicos. Mi padre salió a despedirlos a la puerta. En la calle había un poco de polvo suspendido a ras del suelo y los novios hundieron en él sus pies. Mi padre regresó al saloncito; llevaba oliendo la menta en la mano izquierda. Se detuvo frente a los músicos:

—Acacio —dijo—, ¿pueden tocarme otro vals?

—Los que usted quiera, Sanjurjo.

Evaristo enviudó tres años después. Yo acompañé a mi padre al panteón. Tenía mucho sol la tarde, pero tibio, y era como una paloma mecida en el cielo por el viento. El viento se oía en las hojas secas de los árboles. Yo tenía ya casi el tamaño de mi padre. Parado detrás de él, por encima de su hombro, vi cómo la pena doblaba a Evaristo, recia y silenciosa, hacia la tierra. Evaristo se encontraba delante de nosotros, como una desolación, como en el otro extremo del mundo. El viento que descendía de los árboles, daba sobre él, en sus espaldas, y le arrancaba, como si lo estuviera deshojando, las envolturas de las dos últimas noches: el olor a crisantemos y el de la cera y el de la vigilia ardiente. A medio camino entre Evaristo y nosotros, el viento hacía una cabriola, una vuelta completa de campana para desprenderse aquellas esencias y volcarlas en la tierra abierta. De ahí, de la oscura herida con el cuerpo de mujer, recogíamos mi padre y yo lo que el viento había dejado, y nos volvíamos a mirar a Evaristo con renovada compasión. Mi padre me dijo:

—Evaristo luce el mismo traje de la boda. Y eso es malo porque es como si le echara nudo a su dolor.

Evaristo no quiso que nadie lo acompañara cuando abandonamos el panteón. Mi padre, sin embargo, insistió:

—Los amigos para estos trances son los amigos de veras.

Evaristo me miró a mí, luego a mi padre, y luego a su muerta, que no se había quedado allá sino que se había venido siguiéndolo, imitando el rumor del viento en las hojas de los árboles:

—Es verdad lo que usted dice, Sanjurjo —aceptó.

Mi padre se animó entonces y le puso una mano en el hombro:

—Vámonos, pues —le dijo—; andando, las penas pierden.

—No, Sanjurjo. Se lo agradezco, pero debo regresar solo a la casa.

—Como usted mande, Evaristo. En la casa lo estaremos esperando cuando ya se sienta usted mejor. Adiós.

—Adiós, Sanjurjo.

Eso dijo mi padre. Pero Evaristo nunca volvió a pisar nuestra casa. Tampoco mi padre fue a buscarlo a la suya. Todos entendíamos que la amistad se había acabado. Pasaron los días. Mi padre, yo, esperábamos, siempre, toparnos con Evaristo y reiniciar así, como por un azar, la amistad. A veces durábamos más de lo necesario en la calle, como para favorecer el encuentro y como si anduviéramos llamando a voces al viudo. Pero se acabaron los días de otoño y el invierno limitó nuestras salidas. Entonces fue cuando alguien le dijo a mi padre una tarde que él estaba de confianzas:

—No se preocupe, Sanjurjo. Evaristo ya no es amigo de nadie. Ni siquiera sale, y si lo hace, no hay poder que le arranque un saludo, una mirada para los otros.

Mi padre quedó pensativo. Yo leí en sus ojos los recuerdos de la boda y todavía más atrás: los del tiempo en que conoció al amigo.

—Es que esa mujer —dijo—, esa muchacha suya era de las que saben echar hondas raíces. Semilla de Dios. Milagro de Dios.

Ya solos, mi padre se volvió a mí:

—Hay que buscarlo —dijo.

Evaristo recibió a mi padre cordialmente. Disipó las sombras de los largos meses en que no nos vimos cuando dijo:

—Discúlpeme usted, Sanjurjo.

Y luego comenzó a hablarnos de la muerta. La voz yo no se la oí igual a como la recordaba, sonando en nuestra casa, en la tarde aquella del panteón. Había perdido su tono medio por uno grave, de un instrumento de cuerdas. Para pulsar el instrumento con fortuna, Evaristo cerraba los ojos y movía acompasadamente las manos delante de nosotros.

La noche nos sorprendió escuchándolo.

Nos despedimos como ciegos de él, hundido y callado, como una piedra en la oscuridad del cuarto.

Camino a la casa, mi padre dijo que no pensaba volver más a visitarlo.

—El hombre trae de nuevo a mi presencia a la muchacha. Por eso. Pero tú —añadió—, tú sí vas a volver para que me mantengas informado de su salud, de sus semblantes. Porque Evaristo se está acabando y no tardará en morirse también.

Pero mi padre se equivocaba. Él murió primero. El día que por mi boca lo supo Evaristo, no habló para nada de la mujer. Sentado, el mentón de barbitas disparejas caído sobre la tristeza de su pecho, comenzó a darle vueltas al torno de los recuerdos. Algunos eran similares a los que me contó mi padre. Otros, incontables, no. Evaristo parecía estarlos inventando. El día se nos fue. Evaristo dejó su silla y encendió una luz.

Pero Evaristo, como si no me hubiera oído, volvió a sentarse; volvió otra vez a su memoria. La luz del foco le llenaba la cara como el sol al mediodía llena un patio: era ya demasiado el estrago de la soledad y de las constantes evocaciones.

—Evaristo —lo invité—, venga usted conmigo mañana. Voy a ir al panteón. La tumba de su mujer está muy descuidada, usted podría arreglarla. Hace cinco años. Un día de éstos usted no va a encontrar nada.

—Mercedes no está en el panteón, joven Sanjurjo —me respondió, y luego, sacando su cara de la luz, la bajó al pecho y cerró los ojos.

—De todos modos acompañeme. Visitaría usted la de mi padre, Evaristo.

—Tampoco su padre está ahí...

Ya no quise insistir. Y Evaristo retomó el hilo de sus recuerdos. Pero no pasó mucho rato cuando, de pronto, la lengua, el torno, se detuvo con un largo suspiro. Entonces fue lo del perfume. Empezó a brotar de todo el cuerpo de Evaristo; de su boca semiabierta, como de una fuente. Subió por mí como una marea, y yo veía, a través del agua que era verde, las manos de Evaristo reposando sobre sus piernas. Las sombras de su cara tenían reflejos de este mismo color. Evaristo levantó una mano y se la puso en el pecho; luego se lo golpeó con ella, con la yema de los dedos, ligeramente, como si tocara un tambor por encima del agua.

—Ellos están aquí —dijo, y aplanó la mano contra el pecho.

El agua del perfume nos rodeaba ya por todas partes. El foco era como un sol vegetal.

—Huelen a menta —murmuré.

—Sí. Huelen a menta —dijo Evaristo.

ACUÉRDENSE DEL SILENCIO

EL ALCALDE LLAMÓ AL POLICÍA parado debajo del farol. Al policía se le trepaban, se le untaban sombras en las piernas. Frunció el entrecejo. Y salió de la luz.

—Mande usted —le dijo al alcalde, cuadrándose apenas.

—Cabo Anzures, hágame usted el favor de dotar a estos hombres de lo necesario.

El cabo volvió a cuadrarse.

—Como usted mande señor —dijo, y dando la media vuelta desapareció luego en lo oscuro, más allá del farol. El alcalde lo siguió con la vista: caminaba como todos los viejos soldados de caballería. Un momento después, el alcalde les habló a los hombres. Les dijo:

—Ya sé bien que ustedes no son gente de pelea. Belicosos no me los imagino. Pero eso no importa, porque nadie va a ir en verdad a ninguna guerra. El municipio los ha contratado a ustedes para esta noche, no por su arrojo, caso de que lo tuvieran, sino únicamente por su presencia física. El cabo Anzures, que es toda mi policía, no podía desempeñar tan sólo su comisión. Le era menester un respaldo. Pero tampoco se asusten. Ya les dije: ni un tiro. Sólo vamos como de paseo, a echar fuera a unas gentes que han invadido terrenos de la municipalidad. Nosotros, las autoridades, no podemos permitirles quedarse ahí hasta que ellos quieran. Pero otra cosa también les digo: si alguno de ustedes, cuando esto termine, desea darse de alta en la policía, los recibiré con gusto.

El cabo Anzures regresó con un cargamento de rifles en la cuna de sus brazos. Traía, también, una bolsa de cuero atada al cinto. Se paró delante de los hombres y dejó la carga en el suelo.

—Bueno, ahí están —les dijo—. Agarre cada quien el suyo.

Los hombres comenzaron a armarse lentamente, como con rece-lo. Un ruido de correas, de madera y de metales, se levantó en el portal.

—Están medio oxidados los máuseres —observó el cabo cuando todo el mundo estuvo armado—, pero funcionan.

—Cabo, se nos hace tarde. Las balas —pidió el alcalde—. Siete por cabeza.

—¿Siete, nada más?

—Sí, cabo.

—Dispense, pero me parecen pocas.

—No vamos a la guerra.

—Usted ordena, señor —dijo el cabo y metió la mano a la bolsa que traía en la cintura—. Seis al cargador y una a la recámara —agregó, dirigiéndose a los hombres—, ahorita les digo cómo.

Mientras el cabo Saturnino repartía los cartuchos, el alcalde fue a asomarse al cielo por uno de los portales.

—La luna está brotando —dijo—. Tendremos luz por el camino.

En la penumbra, se abrieron las boquitas secas de los cerrojos, como si le contestaran.

Se volvió hacia el cabo:

—¿Me oyó usted? —le dijo.

El cabo Anzures se cubre el rostro con un pañuelo. Camina a un lado del alcalde. El ruido que vienen haciendo los hombres con las armas, le molesta. Y los detiene.

—Con el permiso, señor —le dice al alcalde— voy a silenciar la compañía.

El cabo recorre la fila de hombres. La luna, todavía baja en el horizonte, los ilumina por detrás. Ven con temor al cabo y a su fusil ametralladora, colgado de un hombro, relumbrando, más que los rifles, a la luz de la luna. El cabo se planta a la mitad de la fila, sus piernas zambas, bien abiertas; la mirada oscura y cortante saltando por el borde del pañuelo.

—Van a despertar a los perros —les dice, los golpea con voz contenida—. La mano en la culata siempre, mientras caminan. La

mano en la culata como el muslo de una mujer. Cariñosa, cariciosa; con ganas de calentar. Y la culata pegada al cuerpo. Quiero verlo.

Los hombres obedecen de inmediato. Y en la pulida madera de las culatas aparecen entonces las manos, como flores nocturnas. El cabo mira satisfecho la floración que acaba de provocar y pone otros ojos, y otro tono en la voz:

—Así, nada digo. El silencio nocturno tiene tantas alcobas y tan juntas como la casa de un rico: aquí nos ladra un perro, pero allá, en los terrenos de la municipalidad, despertamos a los pobrecitos que vamos a echar. Y eso no nos conviene; ni a ustedes, ni a mí, ni, menos, al señor alcalde.

El camino, de tierra suelta, con la luna parece de cal. Los hombres caminan por una orilla, más distanciados entre sí que cuando salieron del pueblo. Cada uno va con su pensamiento, batiendo la nube blanquísima que el compañero desprende del suelo al andar. Recuerdan al alcalde, tal como lo vieron y como los recibió ese mismo día por la mañana temprano, en los portales. De pantalón de montar y botas claras, de chamarra rabona, sin sombrero. En las botas no advirtieron acicate alguno. Y sin embargo, con un movimiento rápido de la vista, buscaron la bestia, el caballo que debía tener aquel jinete a la mano. Pero en los portales no había nada más que la luz rosa del amanecer. El alcalde iba, también, armado. Una pistola impecable, fajada al cuadril derecho. En el cinto, la sarta de balas, mondas y doradas. El alcalde, antes que de palabra, los saludó de mano. En los portales, en los rincones, todavía quedaban sombras remisas. Esto lo notaron mejor los hombres después de estrechar la mano del alcalde. Mano blanda, fría, como culebra en la oscuridad de un agua estancada. Nadie aceptó en su corazón el saludo; ni siquiera en la piel: todos, durante la entrevista, se acercaron, disimuladamente, a restregar las manos en la áspera piedra de los portales.

El alcalde les habló de dinero. Les hizo ver el alto sueldo que se les ofrecía sólo por su ayuda de una noche, esa noche. Pero no les dijo gran cosa de en qué consistiría la ayuda. Luego se calló y los invitó a pasar a su oficina. Fue a pararse detrás de su escrito-

rio. Y al cabo de un rato de silencio, continuó hablando. Lo oyeron decir que él no era hombre de a caballo, tampoco amigo de zafarranchos, a pesar de las apariencias. Que se vestía así por diferentes razones. Volvió a callarse, como para escuchar los ruidos de la calle o al sol, que ya estaba entrando a los portales. Ellos lo imitaron, pero con otro fin: el de tratar de oírle sus secretas intenciones, cómo sonaban. El alcalde sintió las orejas de los foráneos como ventosas en las puertas de su alma y dobló el recato de su actitud y preguntó, alrevesado, que qué era lo que tanto le veían. Y ellos, consecuentes y viéndolo, entonces sí, de verdad, le contestaron que nada en particular; que sólo era el asombro que les causaba el tenerlo en el aire que respiraban, de un modo natural, como a cualquier prójimo. El alcalde abandonó el escritorio. Dio tres vueltas, lucidoras, delante de ellos y regresó de nuevo a su lugar. La pistola, se fijaron, tenía nácar en las cachas, y ahí, cuatro iniciales de plata, con hartos lacitos y curvas; muy enredadas. El alcalde miró su reloj y dijo que había que terminar con el asunto, y entonces abrió uno de los cajones del escritorio y sacó una paquita de billetes. Con diez billetes en la mano, les explicó que les iba a hacer un regalo para compensarlos de las molestias que habían tenido al trasladarse al pueblo. Pero cuando ya estaban afuera otra vez, en el sol de la mañana, el alcalde, desde la puerta de la oficina, les dijo que los esperaba a la noche. A las nueve.

El no acostumbrado peso del arma, y la cansona tierra del suelo, los fatiga, los aflojera.

El cabo Anzures, por el olfato, porque está en el aire, repara en el cansancio de los hombres. La cólera contra su jefe retorna y le mueve pensamientos. Murmura de la autoridad consigo mismo, sin medirse, detrás de su pañuelo. Resiente que su experiencia de viejo soldado no se haya tomado en cuenta para nada a la hora de urdir el asunto. Sus recomendaciones, sus justas observaciones, ocuparon un segundo la atención del alcalde para caer, luego, en el olvido total. Y él, con la limitada confianza que le tenía al civil, se había permitido sugerirle que en vez de contratar diez hombres

de esos que el fin del temporal siempre deja ociosos, era más acertado buscarse cinco y entre otro tipo de gente y prepararlos bien. Un programa de marchas forzadas y prácticas de tiro. Meterles, a los cinco, por el ejemplo y la disciplina, y las palabras de un soldado, la hombría en la sangre. Si no, el fracaso. Porque para defender la propia vida, y quitar la ajena, con éxito, se necesita arte y conocimientos. Pero el alcalde ya no lo estaba oyendo y le pedía, en cambio, su opinión en cuestiones que no eran de su competencia: como lo de que cuánto era lo que convenía pagarles a los guerreros hechizos... Y él...

—Cabo —lo interrumpe el alcalde—, ¿qué alegato se trae usted entre ese trazo y los dientes? Déjeme oírsele claro.

—Ninguno, señor. Vengo pensando, en voz alta, de los hombres.

—¿Qué hay con los hombres?

—¿No los siente usted que ya vienen cansados? Si usted no ordena otra cosa...

—Haga como usted quiera, pero que no se alargue el descanso.

El cabo Anzures se volvió entonces a la fila y le mandó hacer alto. La luna era como una corona sobre la cabeza de todos. Había sombras en las caras; círculos de sombra más honda en los ojos. El cabo sentía calor en la boca. Y se levantó la punta del pañuelo para hablar:

—Tomen aliento y descansen el arma —les dijo a los hombres.

Las culatas de los rifles se hundieron en la tierra sin ruido. El cabo siguió con el pañuelo levantado: se estaba oreando la boca de gruesos, redondos y sombríos labios. Pero miraba, de soslayo, al alcalde. Nada se había extinguido en su alma. Bajó la punta del pañuelo. Veló la voz:

—Si quieren, pueden sentarse —dijo a los hombres—, en unos cinco minutos nos vamos.

Los hombres se sentaron, pero el cabo Anzures permaneció de pie, soportando él solo el peso de la corona de la luna. Seguía mirando, como si no, hacia el alcalde que, al igual que los demás, se había tumbado en el camino. Los hombres miraban a las piernas torcidas del cabo, tensas como un arco.

—Pongan atención —les dijo de pronto—. Oigan esto.

Los hombres enderezaron sus caras. En algunas, llenas y sudorosas, la luna brilló como en una bandeja de plata. El alcalde se incorporó:

—¿Qué va usted a decirles? —le preguntó al cabo mientras daba unos pasos para acercársele. El alcalde vio la mano del otro deslizarse hacia el llamador del fusil ametralladora, y se detuvo.

—Del oficio les voy a hablar, señor.

—Breve. No estamos para lecciones. Ni es academia el camino.

El cabo Anzures volvió el pecho y el negro cañón de su arma a donde se encontraba el alcalde parado. El alcalde sintió como un pedazo de hielo la luna en la boca del estómago. La pistola se esfumó de la memoria con el temblor que lo sacudió.

—No necesita usted decirme, señor —dijo el cabo, y luego se volvió a los hombres:

—Esto, pues, a ustedes —continuó—: se me separan demasiado uno del otro en la marcha. Y abren así la columna, que es un orden cerrado; la debilitan. Supongamos un enemigo, y que los sorprende: si ustedes le presentan una sola cortina de fuego, su ventaja inicial desaparece. No si vienen como venían. Aislados, sin el apoyo y el poder del fuego del compañero, ustedes son como cucarachas fáciles de aplastar. Ya lo saben ahora. Firmes. Y juntos como hermanitos.

El cabo Anzures no regresó al lado del alcalde.

El alcalde iba solito, a la cabeza de la columna; nada capitán: lo venían empujando los de atrás y el cabo, burbujeante de resentimientos. Los punitivos se habían convertido de pronto en una silenciosa procesión que lo llevaba a la muerte. Las primeras balas, las más ávidas, le tocarían a él, y él tendría que aposentarlas, fatalmente; dejarles franca la alacena de su cuerpo para que comieran de su vida. Y sentía amor por la tierra suelta del camino, que retardaba sus pasos; y se arrepentía de la luna en el cielo como si fuera suya, y él la hubiera puesto. Ahora lo único que deseaba era oscuridad; pero el cielo, tan puro, tan azul en el fondo, ni tenía una sola estrella. Menos la nube, por donde empezaran las sombras. Y había el gran peligro del ex soldado, marchando a retaguardia.

Llegado el momento, la procesión a su destino, el cabo podía sumar sus tiros a los del enemigo, y él, alcalde y todo, quedar preso en una red de balitas. Para la eternidad. La red, por el lado del cabo, sería tejida con insólita rapidez, y bien, y apretadamente. Si los otros no lo mataban... Pero faltaba camino, y el trecho en que la tierra era como un mar casi innavegable. La procesión, en la brega de avanzar, de lidiar con lo arenoso, en las ondas, tendría que perder empuje y olvidarse de la víctima. Y más el cabo, que nunca había sido infante y que para triunfar de lo que al paso le salía, usó, durante treinta años, las yeguas y caballos gordos de la federación. Hombre últimamente pedestre, iba, pues, a encontrar sobremanera ardua la marcha en aquel punto. Quemaría energías. Acaso hasta las sobrantes; las que venía acumulando para volcarlas en su obra de tejedor. Y si esto sucedía... El cabo lo dijo, recién entrado al cuerpo de la fantasmal policía: manejar el fusil ametralladora con éxito era como hacer el amor. Requerían ambas cosas pleno entusiasmo, exclusivas energías. Entusiasmo por la muerte, en una; y en la otra, en el amor, por la vida. Y luego, a una orden suya, de alcalde y jefe absoluto, el cabo pasó al patio de la cárcel. Se plantó de cara a la barda, unos veinte metros más allá, las piernas montadoras abiertas, la culata del fusil fundida al costado derecho del cuerpo, y comenzó a disparar. La primera ráfaga respunteó vanamente el cielo de la mañana; pero ya no la segunda, que alzó una polvareda de caballerías a lo largo del filo de la barda. Se nubló algo el sol, por ahí. El cabo esperó diez segundos que el polvo se aplacara, y volvió a tirar.

Cinco ráfagas contaron sus oídos de jefe aparte de que sus ojos perdieron, entre el polvo de los adobes, el sol temprano. Pero después fue aclarándose el trabajo de las balas. La barda presentaba una escotadura; tenía el espinazo vencido. Y el cabo, mientras el arma se enfriaba y miraba con indiferencia lo que acababa de hacer, dijo que eran cosas muy distintas rebanar una simple barda a trabajar el cuerpo de un hombre.

—Cabo Anzures —le dice el alcalde al policía—, no se me reza-gue usted.

Estaba la columna entrando a lo más difícil del camino. Volvieron a sonar anillas, correajes y culatas. Los hombres se atascaban. La compostura y el orden impuestos por el cabo, se habían perdido. El alcalde hundía los tacones de las botas en la arena hasta los tobillos. Repitió:

—Cabo, no se me rezague...

—Señor, nunca me he rezagado —contestó—, vengo de ojo avizor.

—Lo quiero aquí conmigo.

—Señor, en cuanto apague tanto ruido, voy. No quiero delaciones de ninguna especie en el aire.

El alcalde, las veces que le habló el cabo, no volteó a verlo sino que lo hizo con la mirada fija en el resplandeciente camino. Oyó su voz como si trajera ya la arena al cuello:

—Como les dije. La mano en la culata. Parece como si fuéramos todo un ejército. La impedimenta de un ejército.

Las palabras del cabo silenciaron de inmediato las anillas, que era lo que mejor sonaba bajo la luna. Luego, agregó:

—Están verdecitos. Traemos idéntico camino y sin embargo yo no confundo el trabajo de las piernas con el destino de mis manos, arriba y superiores. Y si yo se los permitiera, sí, seguro que sí, saldrían de este berenjenal gateando...

—¡Cabo! —lo interrumpió el alcalde.

—Voy, señor. Y ustedes: acuérdense, acuérdense del silencio.

—¿Cansado? —le preguntó el alcalde al policía.

—No estoy nuevo, señor, y andanzas como ésta, no son de mi estilo.

El alcalde y el cabo iban juntos, como al principio, pero con la luna ya por delante. Acababan de dejar el arenal.

—Usted, con ese pañuelo atravesado en la cara, me parece un bandido. ¿Por qué se disfrazó, cabo? —dijo el alcalde.

—No es disfraz, señor.

—Y entonces, ¿qué significa?

—Lo mismo que sus botas lindas para usted, señor...

Resonaron estas palabras del cabo permeadas de hostilidad y

recubiertas de espinas como un rosal. El alcalde, que lo comprendió en seguida, tuvo mucho cuidado de tocarlas, de no punzarse con ellas, y se apartó un poco hacia la izquierda del otro. De cuando en cuando, volteaba a mirarlo. A la boquita del fusil, que husmeaba el aire tibio de la noche, en la paz del camino. El cabo transpiraba como todas las bestias, juntas, que había montado durante toda su vida. Olor a cuero viejo embebido de sudores. Enriquecido, potenciado por el que se desprendía de la columna, ni por asomo castrense: a hierba seca, a campos solitarios... El alcalde, mirando hacia el camino, con indiferencia, y como si las espinas no fueran y sólo fuera la rosa, dijo:

—¿Y qué tienen mis botas, cabo Anzures?

—Nada, señor. Que usted se las ha puesto para que esta noche no le entrara tierra al zapato. Usted lo dijo hoy en la mañana. Y yo me oculto así el rostro por razones que emparejan a las suyas. Porque si usted no tolera la tierra, yo no tolero el polvo.

El alcalde adivinó la jeta del cabo. Esponjada como un gallo de pelea, tragándose su propio aliento enardecido. Adivinó también que, a pesar del cansancio, del sudor cercano a lo torrencial, el cabo se hallaba entero: todavía, como siempre, entusiasmado por el arma que llevaba en las manos.

—¿Y falta mucho para llegar a donde vamos? —le preguntó abruptamente el cabo al alcalde.

—Un kilómetro —le respondió el alcalde, reseco, como si a la luz de la luna hubiera hecho chocar dos piedras.

Los hombres llevaban la luna a la altura de los ojos, como un espejo. El terreno había adquirido, en una inesperada transición, dureza. El aire comenzaba a correr fresco, a pasar su secante por los cuerpos empapados. Los hombres se dejaban deslumbrar por el espejo. Se imaginaban reflejados en él, caminando por él en los cielos, lejos del mundo. Pero no tomaban en cuenta a las autoridades, al alcalde. Y a su ayudante. Su trompa les hubiera ensuciado la luna. Y sentían que iban por la sombra del alcalde como por una herida abierta en el camino. La del otro, a un lado, se arrastraba como un negro caracol. Levantaban, hacia el espejo, las narices, en un afán inútil de evadir el olor de sus guías. Mínima ayuda era

el aire en esto. Los humores de ambos, como que tenían una densidad mayor, de aceites, de cosa material, que burlaba, yéndose al fondo, la presencia del aire. Y desde allí, la hiedra pestilente subía por sus cuerpos, y era muy oscura, y la luz de la luna nada podía tampoco contra ella. Y empezaron a echar de menos sus casas y los demás sitios que no eran sus casas. Intensa, dolorosamente. Del alcalde, la culpa. También del cabo. Del alcalde, por su saludo de la mañana como un soplo de almas, como una secreta presentación de muertos. Y del otro, porque hablaba, porque ladraba muy destemplado frente a sus corazones; porque era como una víbora de terrible hocico silbando en el camino. Y ya se encontraban cerca de las gentes. Y endurecían la quijada por si el cabo volteaba a verlos no los fuera a tachar de nostálgicos. Y el cabo volteó, pero fue para ordenarles hacer alto.

—Estamos por llegar —les dijo, caminando pausadamente a lo largo de la fila—, no creo necesario recordarles las palabras del alcalde en los portales. Pero les repito: sólo queremos que los otros nos vean. Las palabras, exigiéndoles que abandonen el terreno, se las va a dirigir el señor alcalde. Yo y ustedes, callamos. Pero acuérdense todavía del silencio. Hay que procurarlo hasta lo último.

El cabo volvió al lado del alcalde. Delante suyo, le quitó el seguro al arma y luego le alisó el cañoncito con ternura. El alcalde vio a la mano repetir la caricia tres veces seguidas y detenerse, después, sobre el llamador.

—Estoy listo, señor —dijo.

—Vamos pues, cabo.

La refriega fue corta. Pero profunda. En el bando opuesto al del alcalde había otra voz cantante como la del cabo Anzures. Si los máuseres sonaron, nadie lo supo, nadie alcanzó a oírlos. La noche era para el diálogo feroz de los fusiles ametralladoras y su enroscamiento a la vida de los que allí andaban. Tal vez ni siquiera hubo tiempo para meter al pecho ni una pizca de aliento. Porque las balitas cargaban sobre la hilera de corazones a ambos lados. El cabo, en el ardor del diálogo, se había arrancado el pañuelo de la

cara y enseñaba los dientes, apretados. Detrás suyo y de sus hombros, los tiros frustrados levantaron una cortina de polvo como una sábana tendida a la luz de la luna. El alcalde, no obstante encontrarse de rodillas en el suelo —encogido disparaba con las dos manos su pistola—, vio en un momento que sus ojos desesperados buscaron una salida a retaguardia, a su sombra, como si estuviera de pie, reflejada en aquella pantalla. E inmediata a la del cabo, grande y cuadrada, y con un claro luminoso, en forma de arco, entre las piernas. Y nada más. El miedo acabó por paralizarlo. El diálogo subió de tono. El cabo concentró el fuego y todo su poder de persuasión en el contendiente inaplacable. Y lo machacó. Al alcalde esto se le antojó que duraba un siglo. Después sobrevino el silencio total. El alcalde, en lugar de pararse, se sentó en el suelo, por las piernas, por lo débiles que las sentía. El cabo seguía sin moverse. En todo el campo, ellos dos eran los únicos que quedaban para respirar las vagas flores de la pólvora, y la pena, todavía grande, de las almas al garete. El alcalde puso la pistola en el suelo. Volteó a mirar al cabo:

—¿No está usted herido, cabo Anzures? —le preguntó.

—No, señor. Uno es de respeto. Por eso la muerte se sesga.

—¿Y los otros?

—Bien muertos, señor.

—Bueno. No importa. En el fondo era gente sin oficio ni beneficio.

—Lo serían, señor. Pero yo me quedé aún con ganas... y usted, pese a que salió vivo, no es de los de respeto...

La última ráfaga que disparó el cabo Anzures hizo saltar por los aires, por la luna, la pistola del alcalde.

TRINITARIO

LLEGARON UN SÁBADO POR LA MAÑANA. Una mujer les abrió la puerta. Entraron uno tras de otro, sacándose el sombrero de la cabeza y volviéndoselo a poner luego. La mujer cerró la puerta; ahogó la luz que venía de la calle tranquila. Los hombres se quedaron parados, en fila, esperándola a que los precediera. Cuando pasó a su lado, en la penumbra del cuarto, los acarició con perfume de azahares. Ellos abiertamente lo aspiraron y se dispusieron a seguirla. Del cuarto en donde estaban, una salita con muebles de madera y un linóleo viejo, como pudieron ver, pasaron a otro que tenía una ventana llena de sol, y que era la fuente del perfume de la mujer. Había allí una cama grande, nada más, con una cenefa azul en la colcha de seda. La mujer dilató ostensiblemente el paso, como si fuera un cicero mostrando a turistas una habitación histórica. Pero los hombres, que al penetrar allí ya habían visto todo lo que había que ver, dedicaron sus miradas mejor a la clara estampa de la mujer, hundida y como navegando en la luz que se colaba del exterior. Su nuca descubierta y sus orejas con pelusilla de oro en los lóbulos, fueron las dos cosas que de inmediato los cautivaron. Una corriente de aire fresco los atravesó a los tres, como a un campo muy atosigado por un verano terrible. Y el que iba a la cabeza hizo un movimiento de apropiación con una mano... pero luego se arrepintió. Pero para entonces, ya estaban entrando a una tercera pieza, y los encantos de la mujer se habían eclipsado. Pieza penumbrosa, como la salita. Y fría. Los hombres, a un mismo tiempo, se arrebujaron en sus capas y miraron a diestra y siniestra. En aquello, que les pareció ser una bodega, columbraron altos rimeros de costales, cuyo remate se perdía en la total tiniebla del techo; y cajas, también estibadas, y otros objetos, tirados en el suelo. Para aliviar sus almas, todos a una volvieron sus ojos interiores al esplendor que acababan de contemplar. La mujer, cono-

cedora del camino les había tomado ventaja, de manera que cuando ellos mediaban la pieza, ella estaba esperándolos ya en la puerta siguiente, de espaldas. Otra recámara, igual de iluminada que la primera, pero muy descuidada, un camastro desnudo, una perchera de dos clavos en la pared, y un piso de polvo. Los hombres pensaron que allí no dormiría nadie, pero luego, fijándose bien, advirtieron las señas recientes de un cuerpo sobre la sábana sucia. Volvían a pisar casi los talones de la mujer, y a beberse su perfume y su imagen: se sintieron protegidos contra la sordidez del lugar, como a salvo de las potencias que en su atmósfera pululaban. La recámara tenía, más o menos, las mismas dimensiones que los otros cuartos, pero a los hombres les pareció mucho mayor. Y cuando al fin salieron a un patio y recobraron el cielo y el aire, lanzaron un tan ruidoso suspiro, que la mujer volteó a mirarlos.

En el patio, los hombres avanzaron de frente. La mujer se rezagó entonces. Quería contemplar a su gusto las capas rojas de los visitantes, que desde la entrada le habían llamado la atención. Aunque no soplaban ni pizca de viento, ni los hombres caminaban de prisa, sus capas, sin embargo, ondeaban como estandartes, como banderas de guerra. El patio era grande, bordeado, y la mujer caminó un buen trecho detrás de los trapos, como un niño que sigue el convite de un circo. Al fondo del patio se veía un automóvil, y enmarcándolo un zaguán de alto dintel. Conforme los hombres se aproximaban al auto, cerraban la formación que traían. Pronto sus capas, al estorbarse entre sí, cuando ellos iban ya codo con codo, dejaron de zarandearse. A la mujer se le esfumó el contento del rostro, y comenzó a andar con reposo. Llevaba la mirada alzada, alojada en el vacío. Los hombres, a unos cuantos metros del auto, se detuvieron a esperarla. La mujer llegó y fue a pararse junto al cofre.

—Trinitario... —dijo inclinándose levemente.

Transcurrieron largos segundos sin que nadie le respondiera. Los hombres la miraban. Les pareció graciosa, y joven en extremo. Pero algo en el ámbito del patio no tardó en levantarse para deslucirla y aventajarla. Los hombres miraron la barda. Y la mujer repitió su llamado:

—Trinitario: lo buscan.

Un ruido, debajo del auto, y, un segundo después, la cara grasienta de un viejo asomándose.

—Servidor —les dijo a los hombres. Y acabó de salir.

Corto de estatura. Recio de cuerpo. Sólo la cara no encajaba en su persona. Con un movimiento vigoroso de sus anchas manos, se sacudió la tierra de los riñones y las nalgas. Mientras, miró a la mujer, todavía frente al cofre, pero las nubecitas de polvo que se le corrieron por detrás y a la derecha, se le nublaron. Entonces volvió los ojos a la pechera del pantalón. Bizqueando, se dio a la tarea de examinar las manchas recién descubiertas. Los hombres le vieron así la mollera, con facilidad: hundido y pálido redondel sin pelos a la luz del sol. El viejo debió sentir las indiscretas miradas, porque en seguida enderezó la cabeza y le pasó una mano por encima. Luego, con la misma mano le hizo señas a la mujer para que se acercara. La mujer obedeció al instante. Parada entre el viejo y ellos, los hombres sintieron que ya no olía a nada. Les estaba dando la espalda y el viejo apenas le llegaba a los pechos, de manera que cuando él habló les pareció que su voz tropezaba y se rompía allí, al subir. Como en las paredes de una cañada. Nada pudieron entenderle. La mujer, después de oír hasta la última palabra, partió al trote rumbo a la casa. Recargado en una puerta del auto, el tacón del zapato en el estribo, el viejo se había quedado esperándola. Tenía la cara ligeramente vuelta en dirección a la casa, y los ojos entornados y pariendo arrugas; el sol lo bañaba de lleno. Los hombres estaban incómodos. No sabían qué pensar. Y tampoco sentían muchas ganas de ser ellos quienes abatieran el prolongado silencio si el viaje no les prestaba verdadera atención primero. La mujer regresó con una estopa y una botella. El viejo se apartó del auto. Luego, parsimonioso, abrió sus manazas con desmesura, como si estuviera por recibir un don del cielo en la apacible mañana. Pero ya estaba la mujer poniéndole la estopa en las manos y se preparaba a verter el líquido de la botella. El choque surgió claro como el agua y mojó la estopa. La mujer hizo un poco la cara hacia atrás, como para evitar los

vapores de la gasolina, el tufó. Había destapado la botella con la boca y se le veía entre los dientes el corcho oscuro: los hombres se quedaron admirados de tan blancos y parejos dientes, y se imaginaron, en lugar del corcho, la secreta carne de ellos, mordida dulcemente. Con una especie de gruñido, el viejo le indicó a la mujer que enderezara ya el pico de la botella y la volviera a tapar. La mujer lo hizo y luego se dispuso a observarlo cómo comenzó a restregarse las manos y los antebrazos, con furor. La estopa rezumaba gasolina y la pestilencia era inaguantable. Sin aspavientos, recatados, los hombres se embozaron, y entonces el reflejo del sol en las capas arreboló a la mujer y al viejo. Ella se sonrió y hubo un relámpago de felicidad en su cara, como si un amor le hubiera entrado en el cuerpo, al atardecer. Los brazos del viejo, como los émbolos de una máquina fatigada, se detuvieron en medio de un resoplido. La mujer dejó la botella en el suelo. Los hombres bajaron sus capas. El viejo miraba el aire de la mañana con ojos de briago; sudaba negro en la frente, por la grasa. Sin que hubiera habido ninguna orden previa, los hombres vieron avanzar un paso a la mujer y limpiarle con el mandil la cara al viejo, que cerró dócilmente los ojos. En tanto terminaba, los hombres se pusieron a ver más detenidamente el patio, las cosas que tenía. Cuando no pudieron abarcarlo todo y sus cuellos se hallaban en el máximo grado de torsión, empezaron a girar sobre sí mismos. Emitían, en la silenciosa mañana, un ruido de engranajes, como de muñecos montados en sendas plataformas mecánicas. En su vuelta, con el sol prendido a las capas de seda, incendiaron con sordo fuego rojo la región sombría del patio: la parte trasera de la casa. La mujer estaba recogiendo la botella del suelo cuando ellos retornaron al punto de partida; se sacaron —dibujando un saludo en el aire— los sombreros de nuevo, como para despedirla. Y la mujer regresó a la casa.

El viejo miró a los tres hombres de arriba abajo.

—Me gusta la gente perspicaz —les dijo—. Hay asuntos que no toleran la presencia del mundo, y la mujer es el mundo. Díganme.

Los hombres se humedecieron los labios con la lengua. Com-

probaron si el moñito del cordón con el que se ataban las capas estaba bien, y luego dijeron:

—El automóvil, ¿en cuánto lo está usted vendiendo?

El viejo se puso a sobarse un antebrazo, como si acariciara a un animal al sol. Los hombres volvieron a humedecerse los labios. Notaron que el viejo comenzaba a oler de nuevo a gasolina. Se miraron entre sí. E insistieron:

—¿Qué nos dice usted?

El viejo terminó de sobarse, y dijo, mal velada la burla:

—Que no saben mucho de negocios. Vénganse conmigo a la sombra. Antes de los pesos, algunas palabras, o muchas; es una regla.

Los hombres lo siguieron hasta un rincón del patio.

—Aquí —señaló el viejo—. Ni mundo, ni aire indiscreto. Conque les interesa el auto...

—Sí.

—Pues habrá necesidad de probarlo primero.

—Eso íbamos a pedirle...

—Ustedes me preguntaron por el precio.

—De alguna manera...

El viejo los miró hacia arriba, a los ojos.

—Bueno. Regresemos —dijo.

Los cuatro volvieron otra vez al sol. El viejo por delante, llamando a gritos a la mujer:

—¡Salga! ¡Venga a abrirnos el zaguán!

Los tres hombres llegaron al auto antes que el viejo, que se había desviado para llamar a la mujer desde la puerta de la casa. Se asomaron al interior, aplastando las narices contra los vidrios cerrados. El lujo del tablero y los asientos los sorprendió: felpa por dondequiera, de color blanco, inmaculada. Sin dejar de asomarse, fueron dando la vuelta alrededor del auto, golpeando con sus nudillos la lámina verde mate. Pero no lo hacían por intención alguna de indagar la dureza del material; pegaban por pegar, por nervios. Quizás por eso los toquidos se apagaban y morían luego sobre la lámina caliente, como las palabras cuando nacen al mun-

do privadas del poderío y la clarividencia de la voluntad. Terminada su inspección, los hombres se recargaron en un guardafango a esperar al viejo. El viejo salió de la casa con la mujer, que a los pocos pasos se apartó de él. Limpísimo divisaron los hombres al viejo. De overol azul con cremallera radiante que lo partía por el centro; de zapatos tenis, también azules.

—Dispénsenme ustedes —les dijo al llegar—, pero no me acordaba que tenía que cambiarme de ropa. Habrán mirado ustedes la tapicería...

El viejo abrió la puerta del lado del volante y se metió al auto y se corrió en el asiento para quitar el seguro a las demás puertas.

—Suban —invitó a los hombres mientras bajaba rápidamente el vidrio de su ventanilla.

Los hombres subieron y se acomodaron: uno enfrente, los otros dos atrás. Envolvieron las piernas en la capa y se quedaron profundamente quietos. La blancura los rodeaba; estaban intimidados, como adolescentes ante una mujer rijosa. El viejo, por el contrario, se movía con absoluta naturalidad y sacaba y metía botones en el tablero de control. Indicaba a los hieráticos, sin ningún fruto, para qué era todo. Le brillaban de placer los ojos de mico. A la boca de sus arrugas afloraba una luz de entusiasmo que le cundía por el rostro, anulando el desdichado espesor del tiempo. Les mostró también, y por último, la cajuelita. Entonces se oyó el zaguán. Un chirrido de bisagras renuentes hizo a los tres hombres girar la cabeza a la derecha y mirar. La mujer lo estaba abriendo ya. Con mucho trabajo: como si al mismo tiempo que el zaguán, estuviera empujando el inmenso cielo azul que se extendía al fondo. Los tres hombres sintieron lástima por la mujer y odiaron al viejo. Cuando el camino estuvo libre y el llano desnudo a la vista, el viejo echó a andar el auto. Primero de reversa, hasta ponerlo de trompa apuntándolo a la soledad de afuera, y luego hacia adelante. Pasaron rozando a la mujer. Los tres hombres tuvieron repetida, inesperada y fugaz, la visión del principio: oro en los lóbulos velluditos de las orejas. El auto entró al llano buscando un camino practicable. Lenta, perezosamente, como un verde escarabajo

aturdido por el sol. Al viejo el volante le quedaba grande. Para maniobrarlo se colgaba de él y sudaba y fruncía el rostro peor que un alma en tormento. Los hombres lo miraban con sorna y ceñían más sus capas al cuerpo. Pero no sentían ganas de refr. Era el odio lo que les estaba creciendo adentro. Por fin, el auto empezó a rodar por un camino vecinal, de tierra maciza, recto. El viejo, aliviado, respiró y descansó la húmeda frente en una manga del overol.

—Nunca me había sucedido esto —se quejó a los hombres—, se encabritó la máquina como un caballo. Como queriendo regre-sarse al patio. Ustedes no saben lo entumidos que traigo ahora los brazos.

Los tres hombres siguieron callados. El sol entraba por la ventanilla de atrás; a los dos hombres que venían allí sentados la capa se les incendiaba por los hombros y les inventaba un resplandor en torno a la cabeza. El motor del auto casi no se oía. Las llantas sí: un susurro que se elevaba del camino y rompía apenas el silencio de la mañana. El viejo traía sólo una mano en el volante. La otra, fuera de la ventanilla, en el aire, se le iba desentumiendo y despertando por los dedos. Los hombres pensaron en un pulsador de arpa. Entonces, el viejo, la vista en el camino, les preguntó que por qué no bajaban los vidrios.

—No hace falta —dijeron— tenemos esta mañana clima benigno. Primavera. Un tan excelente clima, don, que hasta su fatigada mano revive.

El viejo sonrió, miró de soslayo la mano y dijo:

—Y qué les parece, pues, el auto.

El hombre de adelante volteó a mirar a los de atrás, iluminados como santos en su hornacina; luego miró a sus sombreros, sobre el asiento blanco; como un par de huellas elefantinas en la nieve.

—Ostentoso —respondieron los hombres— para este pueblo.

El viejo metió la mano, tibia de sol y despabilada, y la cerró en torno al volante. Los ojitos de mono se le hundieron flechados por mil arrugas. Las palabras le salieron aplanadas, como navajas, por entre las mandíbulas trabadas por una musculatura potente:

—No me gusta la franqueza en bocas no amigas. No me gusta. Yo les pregunto a ustedes por la máquina, cómo la sienten...

Los hombres hicieron una mueca de fastidio.

—No entendemos de máquinas —dijeron—; pero parece que ésta camina perfectamente.

El viejo aminoró la velocidad. Cerca había un grupo de casas a ambos lados del camino. El viejo se echó a su derecha y se estacionó junto a unos arbolitos frente a una casa de fachada azul, una tienda. No acababa de detenerse el auto, cuando ya los tres hombres habían escondido la cabeza por debajo de las ventanillas; en el caparazón verde, como tortugas temerosas. Pero el viejo ni siquiera se dio cuenta; abrió la puerta con energía y bajó. En el suelo, se dirigió al aire para anunciarle que tenía sed, mucha sed. Los hombres lo oyeron. Todavía vibraba en su voz el coraje. El viejo rodeó el auto por detrás y entró a la tienda. Su cuerpo escaso movió, sin embargo, al pasar por los arbolitos, las ramas con una corriente de aire. El viejo sintió la racha y volteó a mirar a los arbolitos, cuyas ramas seguían meciéndose y lloviendo polvo; y tuvo miedo. La tienda estaba sola; en el mostrador unas moscas se paseaban por un queso y se encaramaban al cuchillo medio enterrado en él. Otras se habían precipitado al abismo de unas botellas vacías, encontrando la muerte. El hombre las contempló un segundo. Luego buscó la hielera y sacó un refresco. Lo destapó y comenzó a tomárselo, recorriendo, mientras tanto, los casilleros con la vista. Allí, la desolación era peor aún: las tablas, pintadas de azul como la fachada, se hallaban desiertas y habían venido a parar en polvosas terrazas a donde otras moscas iban a pasear. El viejo cerró los ojos, acabó de beberse el refresco, y puso luego la botella vacía sobre el mostrador. Después, volviendo a ver la desolación de las terrazas, preguntó si no había nadie en la tienda que viniera a despacharlo. Una mosca voló del queso a la nueva botella, al pico. Se columpió, atraída por el dulce fondo amarillo, por las heces tranquilas. El viejo la había visto, y entonces, con un rapidísimo movimiento de su mano, tapó el pico, despeñándola. Cayó la mosca en lo amarillo. Navegó, sin fortuna apreciable, unos cuantos segundos... Pero el viejo quiso, como un dios impaciente, rematar la peripecia de la mosca, y tomó otra vez la botella por el cuello y

empezó a agitar vivamente las heces. Una voz sonó a sus espaldas. Dejó la botella y se volvió: era el dueño de la tienda.

—¡Cómo le va!... —lo saludó.

—Bien —le dijo el otro—, qué anda haciendo usted por acá. Vi su auto estacionado en la calle.

El dueño se fue directo al queso, a espantar a las moscas.

—Nada en especial —contestó el viejo—, pasaba, nada más. Pero traía sed.

Las moscas volaron hasta los casilleros. El dueño miró a las botellas vacías:

—¿Y tomó usted algo? —preguntó.

—Un refresco de naranja. Pero el naranja no es un sabor de mi predilección. De fresa, ¿tiene?

—No sé. En la hielera...

—No hay. No había más que el de naranja. En otro lado, tal vez, aunque sea al tiempo.

—No. Hace días y días que no me surten. Usted tuvo suerte.

El dueño se le quedó viendo fijamente a la cara al viejo. Algunas moscas regresaron al queso y al pomo del cuchillo. Y el dueño dijo:

—¡Qué cara la de usted esta mañana!...

—¿Qué cara?

—Mitades iguales de diablo y de congoja.

—Me voy. Cuánto le debo...

—Nada. Que le vaya bien...

—Bueno. Gracias y adiós.

El viejo trepó al auto. Pensó en mirarse la cara en el espejo retrovisor del parabrisas, pero se arrepintió en seguida. Encendió el motor. Pero no arrancó sino que se apoyó en el volante a mirar el camino, el cielo límpido y el camino que se unía a lo lejos; confundidos por el brillo del sol. La tierra no conocía montes allí, nada que atajara las soledades, los vientos, los silencios. El sol se tendía siempre a morir en pleno llano, como una bestia reventada; la hierba recibía su cuerpo, y no había el beneficio de las sombras refrescantes, piadosas, que preceden el fin de otros soles en otros

lugares. El viejo se mordió los labios; la congoja le ganó el resto de la cara. Metió el cambio y arrancó. Ya en el camino y a distancia de las casas, los tres hombres emergieron. El viejo los sintió, sobre todo por el reflejo de sus capas que la luz del sol volvía a herir. Miró al que traía a un lado, endurecidos los ojitos. Rencoroso, le dijo:

—Así que ustedes no entienden de máquinas.

—Ni pizca, don —respondieron.

El viejo comenzó a acelerar.

—Correré un poco, unos cinco kilómetros, y luego regresamos —dijo, las palabras como partidas, como partida el alma que las había proferido. Los hombres repitieron su gesto de fastidio y afirmaron sus pies en el piso del auto. El tiempo que duró la carrera los hombres tuvieron el sentimiento de no haberse movido para nada y de haber sólo empañado el monótono paisaje con una espesa nube de polvo.

Cuando el viejo sacó el acelerador y dio la vuelta para el regreso, los hombres se aflojaron y volvieron a mirarse entre sí. El viejo tosió.

—¿De qué entienden ustedes, pues? —dijo.

—Somos actores.

El viejo se burló, maligno como cuando la mosca.

—¿Por eso traen tan ridículos trapos, esa hojarasca de risa?... ¿Por eso hablan como quien les está pidiendo la lección: al mismo tiempo, como tres niños benditos?

—Exacto, don. Estábamos ensayando cuando nos pidieron ir a su casa a ver el auto. Nuestro patrón. Ensayamos siempre así, vestidos, según nuestro papel...

—Hace años tuve dificultades con un carpero —dijo el viejo cortándoles la palabra, ¿cómo se llama el patrón de ustedes?

—La nuestra no es carpa. Es compañía. El patrón se apellida Santiago.

—Entonces no es. Aquél era un tal Martín.

—Santiago es éste.

—Sí, ya les oí. No ha de saber tampoco nada de autos, puesto que confía en ustedes.

El auto cruzó de nuevo entre las casas, por la tienda de los arbolitos. Los tres hombres sólo doblaron la cabeza para adelante, escondiéndola. El viejo se burló de ellos.

—Ya, don... no se sobrepase —le advirtieron, volteando sus boquitas hacia arriba, hacia la región de luz más clara, la que comenzaba a partir del marco inferior de las ventanillas.

—Así se me figuran ustedes peces: con su trompita abierta, como una flor, en las aguas de un río.

El viejo manejaba, como al principio, despacio. Los hombres se habían recargado en las portezuelas, la cabeza descansando en los vidrios cerrados, en los rostros un reflejo de insuperable fastidio, de cansancio. El que iba al lado del viejo, despegando la cabeza del vidrio, dijo:

—¿Quisiera detenerse usted un rato, don?, queremos estirar las piernas. La inmovilidad no es buena, y menos para nosotros. Un rato. Unos pasos.

El viejo no contestó nada, pero luego detuvo el auto. Los hombres, entonces, abrieron las portezuelas y bajaron. Pero no se fueron caminando juntos, sino que se repartieron el horizonte; uno, rumbo al norte, por la orilla de la terracería, como si el cofre del auto le hubiera indicado la dirección; el otro, por el poniente; y el tercero, al oriente: ambos por el llano. El viejo sólo siguió con la vista al que sus ojos encuadraban de una manera natural y sin esfuerzo, y por un momento tuvo la tentación de echarle el auto encima.

No habían transcurrido cinco minutos cuando los tres hombres estaban ya de regreso. El viejo puso la mano en la palanca de las velocidades, listo para embragar.

¡Qué rápidos!, pensó.

El hombre del norte se quedó parado delante del auto, y llamó a los otros dos; y luego al viejo, con una mano y voz de alarma:

—¡Don, venga, vea...!

Los hombres miraban algo debajo de la coraza del auto y se agarraban a los bordes de sus capas, como si temieran resbalar y caer. El viejo llegó manoteando, todas sus arrugas exaltadas. Se

colocó en medio de los hombres, su overol más azul por efecto de los rayos del sol que rebotaban en el cromo abundante de la coraza. Se volvió al que lo había llamado y le dijo:

—¡Qué!, ¿qué hay?

El otro advirtió:

—Allí, fíjese... el agua, el radiador...

El viejo se inclinó. Pero entonces, los hombres, sin soltar el borde de sus capas, abrieron los brazos como alas y lo cubrieron.

—¿Y esta carpa...? —fue todo lo que alcanzó a decir el viejo bajo la sombra roja, y antes de las balas.

Los hombres lo arrastraron al llano sin destaparlo, hacia el poniente; como una araña a su víctima, así se lo llevaron.

De vuelta, uno de ellos dejó oír su voz solitaria:

—Y "Trinitario", ¿qué será: nombre o apellido?

—¿Quién va a saberlo? —dijeron los otros—, habría que preguntárselo a don Martín.

—¿Y la mujer...? —tornó a preguntar la voz solitaria.

MÁS FRÍO QUE EL VIENTO

ES GRANDE EL CERRO. De color violeta, con vagas sombras azules. En su falda el viento frío de la tarde mece hierbas secas, papeles. La atención de Laurich, desatendiendo estos detalles, salta a las escarpas profundas y dentadas. Piensa que con cielo bajo las nubes deben sufrir allí fieros dolores, desolladuras sin fin. De pronto, el viento abandona la falda y se encarama por el cerro, levantando a su paso el polvo azul de las sombras. Se lleva detrás suyo papeles, ramitas, y luego, a medio camino, deja todo; a las ramitas, como amante indigno. Y Laurich, a pesar de la ventana cerrada, lo oye silbar.

Laurich siente entrar a la enfermera. La cofia que corona su cabeza tiene dos pequeñas alas bañadas en agua de almidón. Laurich cree que la enfermera se vale de esos apéndices para navegar en silencio por el cuarto. Viene siempre cuatro veces al día. Por la mañana temprano: temperatura y presión, y una píldora verde como una hoja. Al mediodía lo mismo, sólo con la novedad de que la píldora es de otro color. Pero esta segunda píldora a Laurich le da lástima tragársela: es como una perla. A las dos de la tarde la enfermera regresa de nuevo. Lo inyecta. Y a las cinco vuelve por última vez.

Para ya no verla más, Laurich finge dormir.

Laurich, vuelto de cara a la ventana, sigue mirando el cerro. La enfermera seguramente se lo imagina dormido. Como todas las tardes. De esto saca ventaja Laurich para sus contemplaciones. Ramitas y papeles comienzan a descender. Los papeles son restos de periódico. Laurich alcanza a leer algunos titulares como si los tuviera delante de la nariz y se sorprende. Por un segundo se siente tentado a decírselo a la enfermera, pero en seguida reca-

pacita: se descubriría, perdiendo así la relativa ventaja que tiene sobre ella, que lo supone dormido. Y aunque tampoco sabe precisamente de qué pudiera servirle tal ventaja, decide mantenerla. De modo que emite, luego, unas cuantas palabras ininteligibles y se remueve en la cama. Y vuelve a mirar los papeles ya en el suelo.

La tarde es alta y espaciosa. La soledad del cerro le infunde miedo a Laurich. En su cumbre no silba más el viento. Apaciguado, acaricia las aristas y los filos de los pedruscos. El frío de la tarde se acentúa y en los vidrios de la ventana hay un rosa pálido naciente. Laurich, buscando una defensa contra el frío dobla las piernas, se encoge.

Laurich se tapa con el cobertor la oreja que tiene al aire. El cerro flota en un mar apacible de polvo, como un barco; y no se le ve ya la falda. A través de la ventana le llegan ruidos; ruidos del monte, del viento que loquea cerca de la clínica. Como el miedo que le ha inspirado la soledad del cerro crece, hace un esfuerzo por neutralizarlo. Recobra la imagen de la enfermera. Un olor a pesados muebles viejos invade el cuarto. Oye cómo la enfermera abre y cierra con estrépito la puerta de una cómoda. Retumba el aire en torno suyo y en los vidrios rosas. Laurich piensa en quejarse inmediatamente a su médico, pero entonces recuerda que tendrá que esperar. porque él, el médico, no viene sino hasta otro día, a la hora de la comida: es un hombre que brilla de pies a cabeza. Es como un gran instrumento quirúrgico andante. Siempre lo saluda sin mirarlo y se acerca a la cama y recoge de encima de sus piernas la charola con el resto de los alimentos.

—¿Cómo amaneció usted, señor Laurich? —le pregunta.

Laurich se traga rápido la gelatina que tiene en la boca:

—Esta gelatina no sabe a nada, médico —protesta.

La charola queda en el buró, mal puesta. Laurich la ve, calcula que el peso de una mosca puede derribarla. Se lo advierte al médico. Le dice que la quite de allí.

—Usted no va a darme órdenes a mí, señor Laurich.

—Se romperán los trastes, médico.

—Son irrompibles.

El médico se va. Y Laurich se alza de hombros.

Laurich posee, desde hace días, una nueva sensibilidad al frío, que lo hace sufrir y desear que el verano vuelva pronto. Tiene miedo de morir congelado durante la noche, en las crudas horas. Piensa que sus cabellos flotan más allá de lo invisible, y que en alguna parte se juntan en un solo haz, como un cable, para conectarlo al corazón del invierno. Mira con desconsuelo los vidrios de la ventana: recuerda cuánto ha insistido para que los cambien por unos dobles. Cuando se lo dijo a la enfermera ésta lo miró burlona:

—Con esa melena —le dijo— era para que usted estuviera muriéndose de calor, no de frío.

Ya no hay color rosa en los vidrios. Cada uno se ha convertido en un oscuro campo de violetas que arden, sin fuego, contra la tarde. Como antes el viento, el polvo se encarama por el cerro, y avanza, al mismo tiempo, rumbo a la clínica. La enfermera desliza el cajón de una cómoda; suenan desabridos metales. Laurich, apretando los dientes, cubre su alma con un negro velo de odio. Y ésta es la hora en que a Laurich suele encenderse una como brasa en la frente. Ve cómo se refleja la brasa en los vidrios, y la confunde con una estrella. Pero la confusión lo hace feliz: piensa que gracias a eso su frente es como un cielo. Detrás del cerro surge una claridad azul. El polvo comienza a envolver la clínica. Laurich, con dos finos dedos, se aprieta las narices. La claridad cunde. Hay algunas estrellas asomadas apenas. Laurich retira sus dedos de las narices y recuerda otra vez al médico:

—Nuestro principal problema es el polvo —dice— que sube de la ciudad. Parecido a la niebla. Pero usted, señor, desquicia nuestra atención... el peor de los defectos es la impertinencia.

—Eso es un insulto.

—La verdad.

—Médico, un insulto.

El polvo se pega poco a poco a los vidrios. No se ve el llano. Ha desaparecido. Un gran silencio se cierne en el aire: viene de las estrellas. Laurich lo escucha y tiritita. Sobre la capa blancuzca del

polvo planea un pájaro pardo. El resplandor azul, generalizado, del cielo, lo ilumina, le arranca una leve sombra. Laurich sigue al pájaro con la vista hasta que desaparece, cobrando altura, por un ángulo de la ventana. En el cuarto la enfermera vuelve a dar signos de vida. Triza, con las alitas almidonadas de su cofia, el silencio: se mueve muy cerca de Laurich, que siente su olor a desinfectante y a perfume discreto. Laurich se voltea boca arriba de repente.

—¿Qué quiere? —le pregunta.

La enfermera se ha detenido a un lado de la cama. Tiene los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Laurich busca, en vano, en la penumbra, el brillo de una aguja. Luego mira en los ojos a la enfermera que no lo ve, que no lo está viendo: está como ausente. Pero Laurich siente el calor de su cuerpo a través del cobertor y se regocija, como si ya estuviera allí el verano. Todo en el cuarto naufraga en sombras azules y retintas. Laurich se toca la frente baldía, sin pensamientos, sin el menor rastro de brasa. Entonces vuelve a hablar a la enfermera:

—Ayer el médico me insultó. No debiera hacerlo. Dígaselo.

La enfermera sigue callada. Su uniforme, ya no blanco, añil, se defiende de las sombras. Las alitas de su cofia no se distinguen bien; están como nubladas. Laurich, que no ha dejado de mirarla a los ojos, recoge de ellos el último fulgor de la tarde. Piensa en una gota de agua caída en la arena, en el desierto.

—Dígaselo —le repite.

La enfermera se aparta de la cama.

—¡Óigame!... —insiste Laurich.

—Lo estoy oyendo...

Laurich siente la falta del calor del cuerpo que se retiró, y se corre hacia la orilla de la cama, buscándolo.

—No soy feliz aquí, entre ustedes —confiesa.

No puede ver a la enfermera, que se ríe; pero la oye.

—No se ría de mí —le dice.

—Usted no es feliz en ningún lado. Pero es hora de cenar. Voy a encender la luz.

La luz del cuarto es anémica. Cuando la enfermera abandona el cuarto, Laurich vuelve los ojos a la ventana, a la noche. Encuentra allí su cara reflejada: una cara de altos pómulos y hundidas mejillas. No se reconoce. Nunca ha creído que esa cara que ve sea la suya. Vuelve a mirar la puerta. Ahí está, colgado de un gancho, el abrigo de cuando lo internaron en la clínica. Lo mira con ternura. Se ve metido en él, caminando por las calles; nada le hace el frío; nada el tiempo. No entiende cómo es que no ha desaparecido todavía, como el resto de la ropa.

No es la enfermera la que le trae la cena al señor Laurich, sino otra mujer, de gris. Por ésta Laurich sí experimenta simpatía. Ella es también la de las otras comidas. Viene siempre empujando un carrito cromado, con charolas. Laurich lo oye perfectamente cuando rueda por el pasillo como un automóvil sobre el asfalto un día de lluvia. Recibe a la mujer todos los días con una sonrisa. Pero ella nunca responde al saludo: sólo sabe descargar la charola del carrito y ponerla en las piernas de Laurich y preguntarle qué va a tomar: si agua o té.

—Agua —contesta siempre Laurich.

La mujer le sirve el agua de una jarra de plástico con la misma seriedad con que el médico lo examina. Laurich la observa. Hace rato que a él la sonrisa se le murió en los labios, que el mediodía le parece oscuro. Sin embargo hace un esfuerzo:

—Ese uniforme no le hace justicia —le dice a la mujer—, usted debería vestir de blanco, como los demás.

La mujer lo mira como a un niño y le dice:

—En media hora regreso por la charola.

En la noche las ruedas del carrito se oyen mejor. Laurich sabe, entonces, con precisión, cuándo el carrito entra al largo pasillo, desde la cocina. El corazón le da un vuelco, a pesar suyo y de los infinitos fracasos con la mujer. Y la sonrisa tenaz empieza a abrirse en el pecho, como una semilla. Aún tiene puesta su vista en el abrigo. Piensa que cuando lo vuelva a usar le quedará demasiado grande; tanto, que quizás ya no le sirva. Se fija también en la capa de polvo que los días han ido acumulando sobre la prenda. Y sufre, y murmura que el polvo es un devorador mortal. El carrito

con la cena llega. Laurich le dice a la mujer que abra la puerta, que pase. Pero comprende que ha dicho una cosa innecesaria porque la mujer entrará de todos modos. Pero lo que él quiere es verla de nuevo, repentina, dolorosamente urgido de su presencia.

—Adelante —dice.

Laurich jamás cena. Pero la mujer, como si no lo supiera, le pone, como en la mañana, como en la tarde, la charola en las piernas y le pregunta:

—¿Café o leche?

Laurich ve la cena cubierta de polvo; luego, a la mujer:

—Yo quiero lo que usted quiera.

—Le serviré leche.

Laurich busca retener a la mujer:

—No sé qué piense usted —le dice—, pero esta tarde, mucho más que otras, me ha parecido eterna, inacabable. Y algo debe haber tenido esta tarde. Porque yo he girado en el centro de ella, como una veleta.

—¿Una veleta?

—Una pluma en el aire y que el viento mueve según su humor.

La mujer empuja el carrito.

—¿Se va? —pregunta Laurich.

La mujer, de espaldas, le contesta:

—Sí. Y en media hora vuelvo por la charola...

Laurich se queda solo. Mira el foquito del techo con odio: el foquito que aumenta el frío y la desolación del cuarto. Hunde el cuerpo en la cama, cuidando de no volcar la charola. El frío de la charola le cala en los muslos flacos. Laurich gime; siente de golpe abrumadora tristeza, y mira en redondo, sus ojos por el cuarto, como si estuviera buscando a alguien en el aire. Y entonces, contra su voluntad, levanta una pierna y la charola cae al piso. Se asusta. Mira hacia la puerta: escucha el silencio helado del pasillo, las suaves y abundantes corrientes del polvo que ha penetrado a la clínica y que la inundan. A la memoria le vienen las escarpas del cerro; lo que contempló, oyó y vio esa tarde.

Laurich no sabe cuánto tiempo lleva internado; sus recuerdos a

este respecto se le esfuman, pero tiene el sentimiento, la imagen borrosa, de otras tardes. Cuando ve que nadie viene por lo de la charola, que nadie ha oído nada, se siente liberado de un inminente, terrible peligro. Pero su tristeza persiste. Se voltea de cara a la puerta. Siente la frente de hielo, los largos cabellos, tiesos. El frío lo cerca, le asesta tarascadas hasta el hueso, y se encocha aún más, las manos entre los muslos, las rodillas, por el mentón. Tiembla desmesuradamente. Mira al abrigo, allá, colgado de la puerta; a la lluvia de polvo, que lo desfigura...

Del nudo apretado que forman sus manos y muslos le irradia un calorcito que no esperaba y que le gana, en seguida, el cuerpo entero. Lentamente siente que las otras tardes se le aclaran. Hay mucho sol en ellas. El sol le revela cosas: una bicicleta. Comienza a verse vivir en una de esas tardes, y se acerca a donde está tumbada la bicicleta. La revisa, sin atreverse a tocarla. Pudiera aparecer su dueño y reclamarle, y él no hallaría qué contestar. El cuadro, los rines y los manubrios, son como de aluminio. Una vez que ha acabado de revisar la bicicleta, levanta la vista y mira alrededor. Como a media cuadra de allí estalla un macizo de flores rojas, en una jardinera, junto a un muro. El muro sólo tiene sombra en las grietas que el viento le ha hecho. Pero el rojo resplandor de las flores lo tñe, así que es como si la tarde se estuviera muriendo en él.

Laurich afloja un poco el nudo; baja las rodillas. El sol le está calentando ya la espalda, el pellejo de los hombros, la nuca... Vuelve a mirar el abrigo. Nota entonces que el lodo de los faldones, una plasta por obra del sol fuerte, se resquebraja y cae al piso. La mujer de gris —piensa— tendrá doble trabajo: recoger el lodo y la charola. Y piensa también que el muro, en caso de necesidad, puede servirle de escondite. De un salto brinca la bicicleta. Se encamina al muro. Por la ganchuda nariz le entra el aire limpio de la tarde. Lo siente como una fruta y lo muerde y lo saborea. No, no es como el aire confinado de la vieja clínica —dice en voz alta—, húmedo de desinfectantes, roñoso de polvo. Las grietas del muro son rendijas. Se asoma por una de ellas. Descubre del otro lado una casa que el sol desnuda. La reconoce:

allí vivió una parte de su vida. Rodea el muro. Comienza a andar por el llano. El trecho que hay hasta la casa es largo. Pero Laurich se siente animoso, y lleva, además, el perfume de las flores del muro en su corazón.

Unos pasos hacen que se detenga. Levanta la cabeza de la almohada, tratando de percibirlos mejor. Se oyen en el pasillo, débiles. Son como dos hojas secas que arrastrara un vientecito de otoño. Y cuando pasan por delante del cuarto, Laurich se endereza en la cama y pregunta:

—¿Quién es?

Los pasos dejan de oírse.

—¿Quién es? —vuelve a preguntar, con la voz angustiada que sólo se aprende en los sueños.

Pero contra lo que él espera, no le contestan del pasillo, sino de la casa:

—Somos nosotros...

Laurich encuentra vacía su casa. Nadie la ocupa ya. Han pasado muchos años. Ve sus propias huellas que va dejando en el polvo del piso. Está descalzo. Sigue andando por la casa, por todos los cuartos, blancos de sol. Sale después al patio. Encuentra arrumbados algunos muebles: el aire y el sol los han destruido. Los mira con pena y se muerde los secos labios. Y regresa.

—Hermanos, ¿dónde están? —pregunta.

Su voz resuena en la casa como en una bóveda.

—¡Vengan!

Los pasos vuelven a oírse detrás de la puerta. Se alejan. Laurich los sigue con los ojos, sentado todavía en la cama, con una expresión astuta en el rostro.

—Esos pasos son de la mujer: venía por la charola, pero se ha arrepentido —piensa, y se acuesta otra vez. Y entonces oye que lo llaman:

—¡Rosendo!

La voz viene de afuera de la casa. El perfume de las flores se le agolpa en el pecho a Laurich y lo turba.

—¡Rosendo!

—¡Voy!... Ya voy —dice.

Es uno de sus hermanos. Laurich, al verlo, exclama:

—¡Baudilio!

El hermano monta la bicicleta plateada que Laurich halló antes en el llano. El hermano no se ha bajado de ella y apoya una pierna en el suelo.

—¿Qué haces aquí, Rosendo?

Laurich, parado en la puerta de la casa, mira al hermano, como deslumbrado:

—¡Baudilio! —repite.

El resplandor de la máquina que el hermano tiene entre las piernas ilumina sus facciones.

—No has cambiado nada, Baudilio —le dice—, tampoco tu bicicleta. Ya la había visto pero no la reconocí.

Al hermano se le ve el perfil duro, hosco, como el de una moneda. Ignora a Laurich. Laurich se alisa los largos cabellos y remueve con un pie el polvo del umbral. Ve más allá del hermano, el muro; adivina las flores. Entonces recuerda que el muro que al principio le pareció absurdo, como la bicicleta, lo construyeron un día los hermanos para romper el viento. Y para paliar su desnudez le añadieron una jardinera a la que trasplantaron flores traídas de quién sabe dónde. Las flores eran rojas. Y no duraron sino unos cuantos días.

—¿Y Crescencio? —pregunta Laurich.

La bicicleta relumbra ahora bastante menos. Un viento ligero ha comenzado a oxidarla. El hermano, medio oscurecido también, se aparta un mechón de la frente.

—Crescencio no quiso venir —contesta—. Él me mandó echarte, igual que hace años.

—El otoño ya ha comenzado. Es un otoño severo, Baudilio. Una semana de frío... una eternidad...

—Pero, ¿cuál otoño? Calor y sol, y esta mañana apenas, el viento, y leve.

—Yo no te estoy hablando de aquí. Del otro lado del muro te hablo, Baudilio...

El hermano, siempre de perfil, dice:

—Eso a mí ¿qué me importa?

—Nada. Pero si ustedes me vuelven a echar no tendré que caminar mucho para morirme, Baudilio.

—Exageras...

—El mundo es un desierto.

—Lo mismo dijiste la vez pasada.

—¡Baudilio!...

—¡Acábate de ir ya, Rosendo!...

La mujer de gris regresó y recogió la charola.

Laurich estaba tapado hasta la coronilla, más frío que el viento de afuera.

ÁNGEL DE LOS VERANOS

I

SIGUE NUBLADO EL CIELO. Un pájaro pasa y lo raya de negro. La nieve de ayer se extiende hasta donde mi vista alcanza. Su resplandor helado invade el cuarto, destempera las cosas. Cierro el libro que estoy leyendo. Acercó mis manos a la lámpara. El pequeño calor del foco me hace bien. Ya no me parece tan desolado afuera. Retiro las manos de la lámpara y las meto en las bolsas del saco. Voy a la cocina. Tengo hambre y ganas de café. Prendo una hornilla de la estufa para calentarlo. Luego busco el pan. Ayer se fue Nebde. Todavía hay migajas nuestras en la mesa; todavía dobleces suyos en el mantel. Me dijo que quería partir antes de la nieve. Yo le respondí que sí, que eso era lo mejor; pero las lágrimas ya me estaban golpeando el pecho. Levantó su plato de la mesa y fue a asomarse a la ventana. Allí se estuvo parada mucho rato, recorriendo con la mirada el llano gris y el camino que lleva a la estación. Yo permanecí sentado, mirándola. Evoqué las formas desnudas de su cuerpo. Ella volvió finalmente a la mesa.

—Bueno —me dijo—, ¿qué vas a hacer?

Me alcé de hombros. Por encima de su cabeza miré al cielo de la ventana, más plomizo y amenazador que antes.

—La nieve no tarda —le advertí, y con perfecta indiferencia simulé jugar con el tenedor.

Oigo cómo hierve el café en el traste y lo aparto de la lumbre; pero no apago la hornilla. Me sirvo, tomo el pan que he encontrado y me siento a la mesa, en el mismo sitio de ayer en la tarde. Y vuelvo a ver a Nebde, sus ojos...

—Aunque se viniera la nieve —me dijo— yo alcanzaría a llegar. No entiendas al pie de la letra lo de “antes de que empiece la nieve”.

Puse el tenedor de punta en la mesa. El llanto andaba loco dentro de mí, pugnando por brotar. Así que apreté, hasta el dolor, las mandíbulas, los párpados... pero el llanto comenzó a fluir. Nebde comprendió pero no me interrumpió. No sé cuánto tiempo permanecí así; pero cuando alcé la cara, seco y ardiente el cauce de mis ojos, Nebde ya no estaba en la mesa. Puse atención a ver si lo oía en el cuarto, y de allá no me llegó sino el tic tac de su reloj de buró (de su propiedad) y que también debió haberse llevado junto con sus otras pertenencias. Entonces, como un viento fresco, renovador, la esperanza de que siempre no se hubiera ido se levantó del fondo de mí y corrí, aventando la silla, al cuarto. Pero no había nadie. Unas fotografías, seis o siete tamaño postal, se veían desparramadas sobre la cama. Todas eran mías; todas, recientes. Las recogí como si fueran barajas y las eché en el cajoncito del buró: yo había ido a retratarme; al pueblo cercano, un domingo, en el mercado, sólo para complacer un deseo de la mujer. La hornilla, poco a poco va calentando la cocina y llenándola de olor a petróleo. El aire inmediato al quemador es de un color azul claro por el efecto de la flama que lo ilumina y lo dilata, y a mí me recuerda un atardecer en un amanecer puros: tierra y cielo, nada más; una frente al otro, solos en el mundo. Bebo a grandes sorbos el café y la lengua se me escalda. Los ojos de Nebde eran del color de la miel, las pestañas sombrosas como un bosque: mirarlos era como estar mirando oblicuamente las cosas; uno las rescataba de su pesada trivialidad, las enzalzaba, las colocaba en la mano misma de Dios. Pero Nebde ni siquiera lo sospechaba.

—Tú a mí me quieres por mi cuerpo —me decía—, por las vespertinas fiestas que preparo en él para ti, en tu honor.

Y yo le respondía:

—No, Nebde, no tienes razón...

Parto el pan por la mitad y comienzo a comérmelo. Se ha endurecido. No soporté el ruido ni la vista del reloj y volví a abrir el cajoncito del buró y lo metí con las fotos. Luego me tumbé en la cama. Allí me oí llorar de nuevo, pero al principio como si no fuera yo: era una multitud, a la que yo sentía perdida llamando a alguien. Boca arriba, el llanto me ahogaba, de modo que me volví

de lado, con la cara hacia la ventana y al hosco cielo. Bajo uno distinto yo había conocido a Nebde años atrás, en su casa, una mañana de julio. Me abrió la puerta, estaba descalza y sus pies eran finos y blancos, como hechos por un imaginero. Me invitó a entrar. Pasé. El trigo de su pelo, en la sombra, seguía deslumbrándome igual que cuando le dio el sol de la calle. El deslumbramiento entonces no lo entendí cabalmente. Iba a permanecer, para siempre, en mi sangre, en la médula última, alimentándome. Nebde era como un trival, de maduras, de soleadas espigas. Cuando conversábamos por las tardes, por las mañanas, yo no hacía otra cosa, por debajo de mis palabras, que contemplarla: la mecía, ondulaba el viento amoroso de Dios; el viento que me había empujado hasta ella. Pero ya ni siquiera podía estar tumbado de lado, me estaba faltando el aire: feroces bestias me lo quitaban con avidez. Me incorporé y abrí la ventana, y comencé a respirar... La hoja cortante del invierno me entró en el pecho e hirió de muerte la ceguera de mis fuerzas, que se malgastaban en el llanto, en un llanto levantado como un enemigo, contra Nebde. Resolví todavía un rato más la hoja dentro de mí, y luego cerré la ventana. Tenía que buscar y encontrar a Nebde, allí, en el cuarto. Recordé las fotos. Las saqué del cajoncito, las desparramé otra vez en la cama. Nebde me había dicho, dulce y asombrada: ni la distancia ni el artificio de una cámara logran desterrarme de tus ojos; allí estoy yo también, en esas fotos tuyas, querida, mecida, como tú dices. El pan me atascaba la garganta y volví a servirme café. El verano que encontré a Nebde fue el principio de mis verdaderos veranos. Aún la veo caminando por el piso rojo de su casa. Habla. Las paredes blancas reflejan su voz, acogen nuestra presencia. Poco a poco una luz empieza a abrir mi cielo nublado de años: la alegría. Mientras mastico el duro pan y lo ablando con tragos de café miro por la ventana de la cocina el cielo, una plancha de plomo, pálida por el reflejo de la nieve. Nebde estará llegando ya a su destino. Respirará ahora el invierno lejos de mí. Este invierno. Nebde, en su casa me dice que va a prestarme algo para que yo lo lea y le diga mi opinión. Se acerca a un estante. Veo cómo toma un librito, cómo me lo ofrece luego, con una sonrisa. Regresamos

hacia la puerta. El verano canta en mí con toda su potencia. Nebde va a mi lado, silenciosa: ambos caminamos sobre el piso rojo iluminados por una claridad que no es común. Ayer a estas horas ella estaba conmigo. Lefamos metidos en las cobijas. La lámpara iluminaba el cabello revuelto de Nebde; aparté a un lado el libro y me puse a mirarla. Ella me sintió, me miró a su vez, sonrió: amanezco sólo para ti, como en el principio, me dijo. Y luego, con una voz donde andaban tigres y palomas enamorándose:

—Pero tú amanece siempre en mí mucho primero que el sol en el mundo.

Ataco la segunda mitad del pan, pongo más café en la taza, es un café helado que me sabe a tierra, a soledad, a trigo seco, a desgajamientos. Me percato de que continuo, a pesar de la ausencia de Nebde, con mis hábitos de vida, como si nada hubiera sucedido: levantarme al cabo de una o dos horas de lectura —Nebde ha vuelto a acurrucarse y duerme—, vestirme, desayunar una taza de café y pan, y ponerme a trabajar. ¿Nada ha sucedido? Sí. Todo: ella no está, ¡ay!, no está. ¿Entonces? Hasta antier apenas habíamos tenido un invierno benigno, atrozmente desnudo pero soleado. Bello. Nebde y yo salíamos a caminar después de la comida. Nebde se cubría con un saco corto, peludito; yo con un suéter viejo. Atravesábamos el campo enfrente de la casa; llegábamos a un camino vecinal, flanqueado de grandes álamos dormidos, ausentes... Nebde me tomaba de una mano, me la apretaba. Entonces yo le buscaba los ojos para decirle cuánto la quería. El camino era largo, solitario. Cuando las sombras de los árboles nos velaban, Nebde se pegaba a mí estrechamente, temblando como si sobre su cuerpo abrigado —trigo candeal— hubiera soplado repentino cierzo. El ejercicio, la suma brillantez de la tarde, aquellos intermitentes contactos de Nebde conmigo, acababan por despertarnos la sangre, la apetencia de sus júbilos...

—Volvamos —le pedía yo, deteniéndome.

—Sí —asentía ella.

Pero antier añadió lo de las fiestas vespertinas...

—No tienes ninguna razón para pensar que sea así —le dije y callé.

Volvímos. Nebde caminaba ya bajo densas nubes. La luz que una mañana nos había unido profundamente en su casa, se había eclipsado. Pero no para mí. Nebde enmudeció el resto de la tarde. No hicimos el amor. Y con la noche, Nebde rompió el silencio para decirme sólo esto:

—Se terminaron casi las provisiones, el pan. No hay ni una migaja de pan.

La noche fue amarga. No dormí. Amaneció: yo había regresado, yo estaba en el desierto de nuevo, como antes de encontrar a Nebde. Comprendí entonces, aunque no muy claramente, que la única salvación posible para mí —no, no para mí: para aquella mañana privilegiada de julio en que Nebde me reveló una rosa en las soledades— radicaba en aferrarme a mi trabajo, a mis hábitos. El pan y el café se agotaron. Las fotos me parecieron insuficientes. Otro rastro, otros cajones, pensé. Pero nada: Nebde se había arrancado de la casa de cuajo. Comenzó a nevar. Una extrema debilidad me había vaciado. Levanté las cobijas y me metí en ellas, vestido como estaba. Nevaba con viento. El cuarto se hundió en un crepúsculo precoz, que me llegaba hasta los confines del alma, mucho más allá del corazón del destrozo. El viento, envuelto en plumas blanquísimas, azotaba con rabia los vidrios de la ventana, andaba con su hocico por las hendiduras. Mis pretensiones de la mañana de aferrarme a mi trabajo para combatir el mal de la ausencia de Nebde estaban olvidadas; doblegada la voluntad, se abandonaba a la devastación total. Afuera arreció la tormenta, y antes de quedarme dormido, volví a gemir. A medianoche desperté. A medianoche o en la médula fosforescente y fría de lo oscuro: había dejado de nevar, de soplar el viento. Lo primero en que pensé fue en la contradictoria conducta de Nebde por la mañana: encendida la luz, Nebde, como si ya hubiera estado despierta y nada me hubiera dicho ni nada hubiera pasado la noche, la tarde anteriores, tomó del buró su libro y se puso a leer. Yo la miré. Entonces ella me dijo lo del sol en el mundo... Pero al recordar esto, aparté las cobijas y de un salto llegué hasta la ventana. Allí aspiré a más no poder todo el frío que se colaba desde el campo nevado, todo su silencio, que era enorme. Y empecé a

repetir, como un estribillo, como una clave feliz: primero que el sol... primero que el sol... primero que el sol... Delante de la ventana oí cómo dentro de mí una primavera irrumpía en las ruinas con un canto de hierbas altas, nuevas y, un momento después, me encontré inmerso en el perfume de Nebde. Una semana tuve en mi poder su librito. Lo leí mal: su invisible presencia saboteaba el texto, el sentido. Cada página, cada frase subrayada, eran un llamado... Me volvía a ver en la casa de las blancas paredes, del piso rojo, reencontrado, recibiendo de los ojos de miel de Nebde, la gracia. El aroma de Nebde era el de la luz que vive en las flores, al atardecer. Regresé a la cama. Me desvestí. Me acosté. Una espiga, murmuré...

II

Tocan a la puerta. Miro la hora: son pasadas las doce del día. Hace cuatro que estoy trabajando. El calentador de petróleo mantiene a raya el frío, que en el transcurso de la mañana ha subido de intensidad. No me he quitado sin embargo el saco, ni el viejo suéter, como si esperara tener que salir de un momento a otro. El café y el pan de esta mañana temprano los siento distantes en el tiempo. Vuelven a tocar a la puerta. Los disparos de los nudillos contra la madera resuenan magníficamente; convierten mi casa en una catedral de amplias, desoladas naves. Me resisto a levantarme y a frenar el impulso adquirido. Pero en la puerta insisten. No tengo escape. Debo ir. Me separo con pena de la hoja en que estaba escribiendo, y le doy un golpecito con los dedos a la máquina, como a un animalito muy querido: ya vengo, le digo. Cuando cruzo por la cocina para abrir la puerta vuelvo a ver en el mantel los dobleces que Nebde hizo: son como las señas que el viento o las olas dejan sobre la arena. Nebde es parte de mi mundo —pienso— y mi mundo es rico en playas. Abro. Es mi vecino, de cuya existencia me había olvidado; viste abrigo, una boina de estambre y botas de hule; también trae guantes: bueno, uno, en su mano izquierda. Con la derecha, desnuda y aterida, me saluda mientras da un paso adentro.

—¿Qué hay? —le pregunto, y el tono de mi voz es brusco. El hombre acaba de entrar y cierra él mismo la puerta detrás de sí. El calorcito de la cocina le arranca una sonrisa suave de su cara endurecida por la intemperie, por el frío. La nieve que trae adherida a las botas se disuelve y moja el piso. Él se da cuenta. Algo va a decirme pero yo lo detengo:

—No, no hay cuidado, ningún pendiente —le digo, y lo invito a que pase a mi cuarto, a una temperatura que está todavía mucho mejor. Pero no acepta, y en seguida me dice:

—Vengo a ver si usted me quiere ayudar.

El hombre es más o menos de mi talla, pero más viejo que yo. Fuera de mí a nadie más puede recurrir como no sea el empleado de la estación. La casa del vecino y la mía son las únicas en varios kilómetros a la redonda; el empleado vive en la estación y quizás ya ni se acuerde de que existimos: al ver a Nebde ayer por la tarde en su feudo, debe haber pensado en un bello heraldo de la nevasca.

—Mis palomas —dijo apesadumbrado el hombre—, se vino abajo el tejaván con el peso de la nieve, con la zarandeada del viento. Las oigo cómo se quejan, atrapadas.

El hombre está parado en un charco de agua, tiembla de las quijadas después de comunicarme la desgracia. El temblor repentino no sé a qué se deba: de nervios o de sufrimiento.

—Necesito —me sigue diciendo— apartar el escombro, tres, cuatro especies de vigas, pesadas; yo solo nunca podré.

Sin hablar entro a mi cuarto por una bufanda y unos guantes, y luego regreso a mi vecino y le digo:

—Vamos, pues...

La nieve es más alta que nuestros tobillos; el hombre me propone pisar donde él pisa para no dejar mis zapatos hechos una sopa y enfriarme demasiado. La huella de sus botas en la nieve es amplia y profunda como un foso. Entro y salgo con facilidad de las pisadas de mi vecino, que va delante de mí haciendo un camino distinto al que trajo de venida. Un largo rizo de vapor se desprende de su boca cuando me habla. Pienso en una locomotora; yo me veo como una góndola vacía, en un lento arrastre. El hombre dice:

—Por aquí rodeamos, pero por allá —y señala el anterior

camino negro de sus botas, no muy lejos— el suelo está hoyudo, reblandecido, aunque sea más corto. Casi me rompo una pierna y no llego a la casa de usted.

La bufanda que me tapa nariz y boca huele a Nebde furiosamente; a ella, cuando en la intimidad se abría dócil para mí. Siento que la pena me amenaza de nuevo. Miro hacia un lado al llano blanco, a los álamos de nuestros paseos de la tarde, ardidios por el viento helado; tan solos, como yo ahora. ¡Nebde!, me quejo, todavía los árboles en mis ojos, en mi alma reflejados. La queja traspasa la gruesa bufanda. El hombre me oye y se detiene. Vaporoso, tocándose para nada la boina, una vez que me encara me pregunta qué ha sucedido, con qué he tropezado. Está de verdad preocupado por mí. Me descubro la boca para contestarle. Entre los dos producimos un gran nuberto efímero.

—Vecino —le digo—, es que me vienen doliendo ya sus animalitos. De los ocho, ¿cuántos cree usted que estén con vida?

El hombre desliza el labio inferior por debajo del superior y expone la totalidad del bermellón al frío y al cielo gris.

—Ojalá todos —dice, y emite un sonido de burbuja que revienta al separar sus labios. Y se pone a caminar de nuevo, a trancos, los brazos por el aire, para conservar el equilibrio. Lo sigo. Pero ya no me tapo la boca con la bufanda. Tampoco me fijo mucho dónde meto los pies y acabo por trazar un camino paralelo al que mi vecino me va marcando. ¡Nebde!, repito, quedo.

Llegamos al patio de la casa de mi vecino; sin bardas, uno con el llano. Hay un montón de madera informe que aquí y allá perfora oscura, humedecida la capa de nieve que la cubre. Nos acercamos al montón, cautelosos, bebiéndonos nuestro propio vapor. Nos acercamos como si quisiéramos sorprender el fino trabajo de la muerte en las palomas; sus modos. Vamos como caminando mi vecino y yo por el filo frío del silencio; yo oigo cómo resuena mi corazón en el aire estático y tengo, entonces, la repentina intuición de que él está llamando a Nebde. Mi vecino se detiene ante el café tejaván, me espera a que llegue y me dice, casi me susurra:

—El viento lo empujó por detrás, como un muchacho prepotente a otro, débil y zancudo.

Luego se agacha y se vuelve a apoyar en un tubo metido entre dos vigas, y carga todo el peso de su cuerpo en él; el extremo comienza a bajar despacio hacia el suelo; clavos y maderas crujen; la viga que está montando a la de abajo cede, se abre a regañadientes, pero el hombre está rojo ya por el esfuerzo, y no puede más y deja de apalancarse.

—¿Ve usted? —me dice con la respiración entrecortada.

Le pregunto al vecino dónde han quedado exactamente las palomas.

—Donde han estado siempre —me contesta—, en su nido, en la parte inferior y media de la viga que acabo de mover.

Veo el cielo. Claro ahora, muy claro. Se presiente al sol luchando arriba, en el espacio abierto, por rasgar el toldo de nubes. La nieve, de un blancor extremado, me deslumbra. Cuando salga finalmente el sol de seguro nos va a cegar. Me pongo en cuclillas. Quiero oír si las palomas dan señas de vida, si se quejan, como el hombre dijo. Éste, mientras tanto, se aparta de mi lado y trae una barra que clava en la nieve, junto a mí. Ya de pie le digo que en los escombros ni un zureo, nada; pero tomo, sin embargo, la barra y la pulso: alguna estará quizás mortalmente herida, pienso; por esa sola... El vecino me indica que debo hacer palanca en el mismo punto que él. El sufrimiento mudo, pero que le alimenta el deseo de acción, le descompone la cara, le arrebató toda cordialidad a sus gestos. Vuelvo a mirar el cielo. Luego veo al hombre que se inclina sobre el tubo, que lo aprieta... Entonces pido: una sola... una sola de las palomas... La barra ha perdido su frialdad entre mis manos. Está tibia, como el cuerpo de Nebde. La paloma tiembla, ilesa, en las manos del hombre. Tiene manchada de rojo un ala. El hombre le acaricia la cabecita gris. En los ojos la ternura más grande del mundo. A nuestros pies están seis palomas muertas; su sangre no alcanza ya a teñir la nieve: se les ha coagulado en los piquitos. Mi vecino echa de menos una: la mejor de las ocho, dice. Quizás velaba y voló, desafiando al viento. En el confín del llano la nieve, tocada por los rayos de sol triunfante, alumbró el aire, lo hace vibrar. De allá nos llega una oleada de luz brillantísima. La paloma viva de mi vecino arde en sus manos como una

lámpara. La ola nos deja y va y se estrella en las paredes, enjalgebadas, de la casa; refluye, nos envuelve de nuevo y luego se pierde en el llano. Enceguecidos como estamos, el hombre y yo nos encaminamos a su casa; hace rato ya que los dedos de los pies no los sienta. La alegría de mi vecino es patente: va arrullando al animal, le zurea como si fuera su palomo. Otros ruidos percibo, antes de entrar a la tibieza y la penumbra: un hundimiento de pequeños cristales, el rodar del agua que se libera... Mi vecino me ofrece asiento frente a un calentador como el mío. Me descalzo en seguida y me enredo, quitándomela del cuello, la bufanda en los pies. El hombre pone la paloma en una caja de cartón y se sienta con la caja sobre las piernas. Mira mis pies enredados y me dice:

—Es dañino lo que usted acaba de hacer.

Yo lo veo de reojo pero no a la cara sino a las botas, que tiene puestas aún. Después cierro los ojos y evoco la casa de Nebde. Era un día domingo. Yo lo iniciaba aplastado, como mis otros días, por una vieja melancolía. Desayuné y fui a su casa. Un asunto me llevaba allá. La mañana era hermosa: un espacio nítido y azul, amplio como salón de fiestas. Mi respiración de hombre creció entonces como nunca; alguien cantó para mí en el cielo del verano. Comencé a respirar árboles: todos los árboles del verano y todos los otros que yo había visto y amado antes en mi vida. Respiré la hierba completa de la tierra y no sé cuántos siglos de sol intenso. Un domingo. Un día de Dios. Y cuando llegué a Nebde, ríos de cálida savia, soltándose de mi mano corrieron a encontrarla. Nebde dijo buenos días, y me sonrió. Abro los ojos. El vecino me está viendo y acaricia la paloma.

—La dilatación brusca de las arterias —me dice— las degenera. Lo aconsejable es vaciarlas del frío, frotándose.

Estamos rodeados por la luz de afuera, que entra a la casa como el agua a un barco que se hunde. Las llamas del calentador palidecen, se les va el prestigio. La cal de adentro del cuarto se enciende, albea como un trapo de cara a la resolana. Mi vecino en torno suyo, divertido, contento; es un hombre que ha salido a una plaza a contemplar la gloria de los fuegos artificiales.

—Yo no sé qué piense usted de esto —me dice—, pero son va-

rios ya los inviernos que terminan así, por un golpe profundo de sol. Mañana, pasado, en una semana, usted me dará la razón: hasta aquí las nieves y los fríos. Es como si Dios quisiera inviernos cada vez más cortos para nosotros. Él ve en qué triste estado tenemos el corazón. El corazón, ángel de los veranos.

El calor vuelve a mis pies. Muevo los dedos. Miro el cielo por la ventana del cuarto, anegada de luz. El limpio azul me reconforta.

—Ahora se le ve a usted mejor —me dice el vecino. Baja la vista antes de que yo se la encuentre—. Se le fue la mujer, ¿verdad? —agrega, y entonces sí me ve derecho.

—¿La vio usted? —le pregunto. El hombre, detrás de su mirada tiene un invierno olvidado por Dios; unos árboles viejos, dementes de tanta y tan continua soledad y desnudez. Cuando me responde es como si me respondieran sus seis palomas muertas.

—En el camino me la encontré. Pero no llevaba signos de borrasca, se lo aseguro...

Me desenredo la bufanda de los pies y comienzo a ponerme los zapatos. Los colores, a rayas, de la bufanda están singularmente vivos. Parece nueva. El hombre sigue con curiosidad los movimientos con que le hago el moño a las cintas. Se chupa los dientes...

—Las mujeres... —inicia.

Pero no lo dejo terminar. Lo atajo. Le impido que se levante contra la luz que nos envuelve entonces y que nos abre, en algún lado, las puertas.

—No. No hable usted nada de las mujeres. No de Nebde...

El hombre me mira. En sus ojos bien abiertos vuelvo a ver los viejos árboles...

La pena por él, por mí, por no sé cuántos más me clava al asiento. El calentador flota como una boya en medio del cuarto iluminado. La paloma, en su caja navega dormida bajo la tierna mano del otro.

—Yo lo entiendo —le digo, y cada palabra me despelleja— pero no, no de Nebde...

A duras penas me incorporo, me cruzo la bufanda sobre el pecho, y me acerco a la puerta. La abro. Otra vez el deslum-

bramiento. La luz no cabe en la mañana, tampoco encima de la tierra, olorosa a humedad, a sol. En la puerta alcanzo a oír que el vecino asiente:

—No. Y de nadie. Usted tiene razón...

Entonces me detengo y volteo. El vecino está en el fondo de la luz, sentado, la paloma de nuevo entre sus manos, de nuevo como una lámpara. Sonríe con fatiga.

—Nebde volverá —le digo—, adiós...

UN VIAJERO EN LA FLORIDA

LA ENTRADA AL CABARET ESTABA OSCURA. Me puse a esperar una luz. La luz vino de abajo. No pude distinguir al principio quién me auxiliaba. Pero luego la luz —una llama de encendedor a gas— creció: un enano, impecablemente peinado, sonreía debajo de ella.

—¿Quiere mesa? —me preguntó y levantó aún más el encendedor.

—No —dije.

El enano apagó entonces su lucecilla. Y yo volví afuera.

En la calle un perro estaba orinando la llanta de un automóvil estacionado en la acera del cabaret. Me encaminé hacia el perro, y cuando lo tuve a mi alcance le di una patada.

Esa noche yo me aburría; como siempre.

Busqué otro cabaret.

Había uno casi enfrente al del enano.

Un portero de uniforme hacía guardia en la puerta.

—Aquí nadie entra sin llevar corbata y saco, amigo —me advirtió.

Sus guantes eran blancos y le quedaban cortos: al marcarme el alto le alcancé a ver en la palma de la mano buena parte de la línea de la vida.

—Me orino —le dije—, permítame el baño. Un chisguete.

El portero se frotó la nariz con un índice enguantado, miró al cuello abierto de mi camisa sport:

—Está bien —dijo—, pero abróchese, cuando menos, el botón del cuello.

Caminé al baño por un pasillo alfombrado en rojo, con lámparas en la pared. La alfombra se tragaba mis pasos.

La puerta del baño estaba cerrada. Comprendí que lo único que me quedaba era la alfombra. Pero entonces sentí que alguien me agarraba fuertemente por un brazo.

—¡Desgraciado! —susurró la voz del portero a mis espaldas.

El portero dirigía mis pasos hacia la salida valiéndose de mi brazo doblado como de un timón. Avanzábamos despacio. El pasillo era como una senda de hierbas dificultosas. Mi brazo iba adormecido y con una fuerte punzada en el hombro.

—Abuso de confianza —me dijo de pronto el portero—, y confundir, perversamente, ocasiones y lugares.

Su voz se había enriquecido en el trayecto: en su fondo resonaban secretas, poderosas influencias. Tuve miedo.

—Yo tengo un primo en las patrullas. Hombre estricto. Él se encargará de usted.

La patrulla vino sin aspavientos, rodando con calma. Muy probablemente se encontraba estacionada a la vuelta de la esquina del cabaret cuando el portero la llamó. Los patrulleros no parecían tener mucha prisa en bajar a aprehenderme. Yo miraba la cara de uno de ellos, pálida, inmóvil, afilada, quizás, por la falta de sueño. Si tal era la cara del primo del portero —pensé—, no había qué temer.

Las luces y el motor de la patrulla se apagaron.

La calle estaba sola. Del cabaret del enano salía, lánguida, una música de saxofones. El portero me había soltado ya el brazo y me tenía por la camisa. Empujándome con el puño en la espalda me hizo andar hacia la patrulla. El patrullero pálido nos sintió y volteó a mirarnos. Había frialdad de pez en sus ojos, y la rajada de su boca era color violeta. Fijándose más en mí que en el portero, que me sacaba dos cabezas de estatura, escupió, con un movimiento fino de los labios, el camino que traíamos. El escupitajo sonó en la banqueta, por debajo del fondo musical de los saxofones. El portero murmuró algo, al tiempo que hacía que me desviara bruscamente a la izquierda. Tres botones saltaron de mi camisa. Mi pecho lampiño y medio hundido quedó expuesto al aire de la madrugada. Sentí miedo de nuevo.

La calle seguía igual de solitaria. Me acordé del perro. El portero se había puesto a hablar con el patrullero del volante, sin soltarme. Los saxofones me impedían oír de qué hablaba. Finalmente se calló y me abrió la portezuela trasera de la patrulla.

La patrulla se puso en marcha, despacio. El patrullero del volante encendió un cigarro. Echaba la bocanada de humo en dirección a su pareja.

La patrulla dio vuelta en U y tornó a rodar por la calle del cabaret.

Pasamos por el cabaret del enano. Éste se encontraba afuera y saludó. Vestía un traje negro de anchas solapas de seda. El del volante tocó el claxon un par de veces. Se rio.

—Enano farsante —dijo.

La patrulla rodó unas cuantas cuadras más y luego entró a una calle oscura, una sola sombra toda. Sentí frío en el estómago, y más abajo, y en las piernas. Un paseo —pensé— puede terminar de muchos modos.

Las luces altas de la patrulla iluminaban los árboles de ambos lados de la calle.

—Él se defiende como Dios le da a entender —dijo de pronto el pálido, amargo.

La sangre se me fue a los talones. Ya había adivinado que la oscura calle no tenía fin y que sus árboles sofocarían mis gritos.

—¿Quién? —preguntó el del volante.

—El enano digo —contestó el pálido.

—Es un payaso. Te lo repito.

—Así se defiende...

—Además está loco. Nadie se viste como él para vivir en las tinieblas entre putas y borrachos.

El del volante bajó las luces y prendió el faro que llevaba a su lado. Luego alumbró con pericia las casas. Detrás de las ventanas descubrí un mundo de gente insomne. De ese modo recuerdo a una mujer de largos cabellos agitados por el soplo intermitente de un ventilador; se notaban pesados como una bandera.

El del volante apagó el faro, suspiró:

—¡Qué alivio, Arístides! Ni una escena de guerra. Nada de lobos y destrozos. Ni una sola vez el infierno.

—¿Por qué alivio? —dijo el pálido—. Eso es lo que a ti te encanta. Esperas a que ralee el murallón de árboles para echar la luz.

Abandonamos la oscura calle y enfilamos rumbo a una placita iluminada como el día. Ahí se detuvo la patrulla. El del volante medio giró su cuerpo en el asiento; me miró:

—Bueno. Ahora dinos, según tú, qué pasó en La Florida —dijo.

—¿La Florida?

—El cabaret. No te finjas desmemoriado —terció el pálido.

—No estoy fingiendo. En La Florida no pasó nada.

—¿Entonces? —dijo el del volante.

—Fueron puras invenciones del primo.

—¿Qué primo?

—El portero. Él se dijo primo de uno de ustedes.

El del volante estalló en una carcajada.

—¿Oíste eso, Arístides? —le dijo al pálido, y todavía le resonaba el pecho,

—Sí —contestó el pálido con una risita fría.

—Ese portero tampoco está en sus cabales, igual que el enano —me dijo el del volante.

El pálido volvió la cara y lo miró.

—Ya déjalos en paz, Saucedo.

—¡Ok! Paz a tus amigos, Arístides.

Quedé solo en la placita, pisando mi sombra y desorientado.

La placita era como una isla lejanamente festiva. En sus árboles había pájaros con sueño intranquilo. Cuando me sintieron me lanzaron su caca a la cabeza y se agitaron en las ramas como ancianos malhumorados. Pero llegué indemne al quiosco, mitad para esconderme en él y mitad para observar. Porque resultaba que los de la patrulla, después de soltarme, no se habían ido y se habían puesto a dar morosas vueltas a la placita.

La patrulla se detuvo al cabo de cinco o seis vueltas, en frente a uno de los corredores. Me escondí entonces en el tupido barandal del quiosco. Una de las portezuelas de la patrulla se abrió. El pálido apareció calándose la gorra, lento, como si los huesos le pesaran, debajo el uniforme, toneladas. Luego escupió y miró al quiosco, echando la cabeza hacia adelante, como los miopes. Esta-

ba armado de una macana negra y larga. En las insignias metálicas de su gorra, de sus hombros y de su pecho, destellaban las luces de la placita. Yo no cesaba de espiarlo.

Después de escupir y de mirar al quiosco, se había quedado inmóvil y como sin alma.

Debía tener el cerebro atiborrado de sueño, porque en aquella postura duró infinitos minutos, siglos para mí, que acabé por pararme de nuevo.

Eso estaba esperando el pálido, con un resorte en el brazo armado:

—¡Quieto ahí! —me gritó, apuntándome con la macana.

Su grito despertó completamente a los pájaros. Los árboles de la placita se agitaron como zarandeados por el viento. Los pájaros se echaron al aire chillando y pronto nublaron con su turbulencia la luz.

El pálido vaciló antes de empezar a caminar. Miró atrás, a la patrulla, como buscando en el compañero oculto ánimos, inspiración.

La oscuridad producida por el vuelo enmarañado y loco de los pájaros era casi nocturna. Del pálido, que ya venía andando por el corredor, era bien poco lo que yo podía apreciar una vez eclipsados sus brillos y su negra macana: la mitad inferior de su cara: una especie de luna menguante.

El pálido, de tres zancadas, subió al quiosco. Apeataba a gallinero. En los pómulos la piel se le veía satinada y tensa. Sus ojos ardían con una luz remota que me dio miedo. Yo me hallaba apoyado en el barandal. Pensé que el primer golpe del pálido partiría desde abajo, buscando la boca de mi estómago.

El pálido estaba tomándose su tiempo. Respiraba como haciendo reserva de aire. Yo no le quitaba la vista a la macana ni a las manos que la empuñaban por los extremos, blancas, sin sangre.

Oía cómo los pájaros iban calmándose y regresaban a los árboles. Al cielo de la placita volvían la luz y el silencio. El pálido, para mi sorpresa, habló:

—Estoy hecho un asco, por tu culpa —dijo.

Pero yo no lo miré. La macana seguía en su sitio.

—¿No quieres mirarme?

—Ya lo vi cuando usted subía.

El pálido soltó de un extremo la macana. Yo sumé entonces el estómago y me apreté lo más que pude contra el barandal. Pero el pálido volvió a hablar:

—Mi palpito nunca me falla —dijo.

—Eso decimos siempre de nuestras corazonadas.

—Tú eres un gran deudor.

—Yo no debo nada a nadie. No soy ni siquiera de aquí...

—No importa de dónde seas.

—Me está usted confundiendo, pues.

—No. Nunca me confundo.

—Sí.

—Flaminio, el enano, también tuvo el palpito, y el portero.

El pálido enderezó la macana.

—Nosotros sabemos —dijo.

Recibí el macanazo en un hombro, no en el estómago, como lo esperaba.

Caí al suelo aturdido por el dolor, protegiéndome la cabeza con una mano. El pálido me golpeó rápido otras dos veces, y luego se fue.

Los lagrimones volvieron a brotarme. Dentro de mí algo, también magullado, hacía inútiles esfuerzos por odiar al pálido. Pero yo sólo deseaba regresar al hotel y tenderme en la cama.

El pálido me había levantado un chichón y aplastado la mano con la que traté de cubrirme la cabeza. El otro golpe estaba en las costillas. Y ahí paraba la cosa. El silencio de los pájaros llenaba la placita y la penumbra del quiosco, circulaba cargado de fresco nocturno. Cerré los ojos. Y, en medio de mis dolencias, pensé que el pálido era realmente sabio en el uso de la macana. Pudo haberme matado esa noche de verano, como a una rata.

A mis espaldas escuché el motor pausado de un auto. El auto parecía estar rodeando la placita. Si era así tendría que pasar entonces por enfrente de mí; lo vería. El motor no perdía su ritmo. Se acercaba por mi izquierda. El silencio se quebró en chillidos aislados, en momentáneo batir de alas. Me incorporé. El auto seguía avanzando. No tardé en verlo: era la patrulla.

El del volante, estacionando la patrulla, encendió el faro y lo dirigió al quiosco. Yo lo hubiera evadido, pero tenía como paralizada la voluntad. Y me dejé iluminar como un insecto.

El faro se apagó. Yo quedé deslumbrado. Círculos y manchas de colores me impidieron ver que el del volante venía rumbo al quiosco.

Su voz, a quemarropa, me quitó el aliento:

—¿Cómo estás? —dijo.

Lo miré a la cara, pero no vi más que las manchas vagando en el aire de mi visión.

Manoteé para dispersarlas. El del volante dijo entonces:

—No vengo a atacarte. Y tampoco es ésa la manera de defenderse, llegado el caso. Mejor es que bajes la guardia.

La voz me recordó a la del saxofón.

No presentaba un solo filo. Era blanda, humosa.

—Su reflector... —dije.

—Debiste cerrar los ojos. ¿Cómo estás?

—Bien, creo.

El del volante se aproximó más a mí:

—Aristides. Son cosas de Aristides —dijo.

—¿Dónde está él?

—Aristides duerme como piedra en la patrulla. No te preocupes. Aristides me dijo que tú no eres de aquí.

—No.

—¿Negocios?

—Negocios.

—¿Vendedor?

—Baratijas.

—¿Y dónde paras?

No respondí. Sospeché que quizás el del volante me estaba poniendo una trampa. Había vuelto para despertar mi confianza y llevarme hasta el pálido, que me remataría fuera de la ciudad, en el llano oscuro. Pero los ojos del del volante tenían una sombra... una sombra que, a pesar mío, me impulsó a contestar.

—¿Conoce usted el Asturias? —le pregunté.

—Es un hotel.

—Pues ahí paro.

—Vamos allá, si quieres.

El pálido dormía en el asiento delantero de la patrulla. Roncaba ligeramente. Las manos las había metido en el interior de su gorra, vuelta de revés en sus piernas, como en un nido, como si tuviera frío. El del volante las contempló durante un largo rato. Luego subió la vista y la fijó en la cara del pálido.

—Siempre sucede así —dijo.

El del volante echó a andar la patrulla. Miró en su reloj pulsera la hora y luego se volvió a mí.

—¿Te llevo, pues? —dijo.

La sombra aquella seguía estando en sus ojos.

—Sí.

Y arrancamos.

El del volante me ofreció un cigarro.

—¿Fumas? —dijo.

—No.

—Te distraerías.

—Mejor quisiera estar ya en el hotel.

—¿Te duelen mucho los golpes?

—Uno que tengo en el hombro. El de la cabeza no; pero empiezo a sentirla adormecida.

—No podré llevarte rápido. Lo único capaz de despertar a Aristides son los movimientos bruscos.

Entramos a la oscura calle de los árboles. Sentí miedo y me acordé de nuevo del perro. Me toqué el chichón como un globo lleno de agua: se había extendido.

El del volante continuaba fumando, alumbrándose la cara con la brasita roja. Las luces de la patrulla iban bajas y se veían mal los árboles, pero yo sentía como una opresión el silencioso peso de sus frondas. Me aplanaban en el asiento. Apenas si respiraba. El aire de la patrulla, no obstante las ventanillas abiertas, estaba viciado por nuestros humores. Pensé que yo no llegaría vivo al hotel, y se lo dije al del volante. Pero no me hizo caso. Sólo se rio de mi aprehensión. Insistí, sin embargo. Y el del volante volvió a reír y a chupar profundamente su cigarro, y dijo:

—Pero si Arístides no es de los que matan.

—Esta calle es interminable...

Las palabras del del volante me hicieron bien: era lo mismo que yo me había dicho antes, en el quiosco, de otra manera. Recosté la cabeza en el respaldo del asiento. Yo también aprovecharía la delicadeza con la que era tratado el pálido. Caminábamos sobre nubes: uno podía dormir aun trayendo el cuerpo partido en mil pedazos. De cuando en cuando sorprendía, en el claro que dejaban entre sí los árboles, una estrella, alta, dura y brillante. Bostecé.

El del volante me advirtió:

—No te duermas. Es peligroso.

Enderecé la cabeza. El agua o lo que fuera, que traía dentro de ella, chocó con las paredes del chichón. La oí retumbar como una ola que rompe.

—¿Qué es peligroso? —dije.

—Dormirse. En tus condiciones.

—No lo sabía.

—Fuma, para que te mantengas despierto.

—No es necesario. Con sentarme derecho basta.

Pero me costó trabajo mantenerme despierto. El dolor del hombro se había amortiguado sin darme cuenta. Y el peso de mi crecida cabeza me tiraba hacia el respaldo sabroso del asiento.

En el asiento delantero columbré la cabeza abarquillada del pálido y tuve envidia de su sueño.

Estábamos ya casi al final de la calle oscura. Algunas ventanas estaban iluminadas. El del volante dijo:

—Los eternos madrugadores.

Desembocamos en la calle de La Florida. Se oían, lejos, los saxofones. El del volante consultó su reloj otra vez acercándolo a las luces del tablero. Luego aceleró un poco y suavemente.

El anuncio de La Florida estaba apagado.

—¿Por qué lo apagan si la noche no ha terminado? —pregunté.

—Nunca estuvo prendido —dijo—. Entre semana esto está muerto. Los dueños piensan que con los focos que hay a la entrada, alrededor de la puerta, es suficiente.

Mi hotel se hallaba en un callecita cerrada, al fondo. La patrulla, para dejarme, entró de reversa. El del volante se detuvo en la puerta; apagó las luces, pero no el motor.

—Llegamos —dijo.

Cuando entré al hotel vi al administrador, hombre robusto, y al enano Flaminio, conversando.

LA PAGA

POR LAS AMPLIAS VENTANAS DEL SALÓN entra la luz del sol. En el salón hay un grupo de hombres. Están en mangas de camisa y sudan. Es un día domingo. El sol aplasta los autos parqueados afuera. Del grupo se desprende un mesero que ha recibido la orden de asomarse a la calle. Atraviesa el salón. La chaqueta le baila en torno a la delgada cintura. Llega a una ventana, pero no mira a la calle sino al cielo, hondo y tranquilo. La luz del mediodía le incendia el semblante. Los olores del verano lo penetran. Escucha: mesas y sillas portátiles son desdobladas y arrastradas.

Resuenan risas.

Luego, lo llaman.

Otra vez sus pasos por el mosaico, alejándose de la ventana.

Los del grupo están hablando fuerte.

El mesero apenas puede oír lo que le pregunta el que lo contrató:

—¿Qué hay?

El mesero mira en dirección a la calle. Dos hombres dejan de hablar y lo miran. Descansan un brazo en el respaldo de la silla; el otro lo tienen echado sobre la mesa.

—Los autos arden —responde el mesero.

El de la pregunta da un respingo en su asiento:

—¡Qué...!

—Que los autos están ardiendo con tanto sol, señor.

Los hombres, que se habían puesto a mirarlo, giran con harta lentitud hacia la mesa y se hunden en las palabras de los otros.

El que contrató al mesero, le pregunta después:

—¿Cómo me dijiste que te llamabas?

—Walterio.

—¿Te acuerdas a qué horas quedaron de traernos la cerveza?

—Prometieron a la una.

—Pues ya es. Y pasada. Ve a ver si vienen. Éstos comienzan a hablar demasiado.

El mesero vuelve a cruzar el salón. Algo en el aire le avisa que el bochorno no será perpetuo; que ya para la tarde habrá cedido.

Conoce el camión de la cervecería. Caja revestida de aluminio, letras en rojo, con un filete amarillo, como una sombra de sol.

Al fondo de la calle, de pronto, una furia de espejos remueve el aire luminoso. El mesero comprende que es el camión, y sin esperarlo a que llegue y se estacione, regresa, con rapidez, a las mesas.

Cuando lo anuncia a todos, un silencio como un hueco recibe sus palabras. No dura mucho. Pero el mesero tiene tiempo de observar, en las bocas abiertas, la saliva blanca, coagulada en las comisuras y en el dorso de las lenguas.

El hombre que lo contrató es el primero en rellenar el silencio y en levantarse.

—Pongan dos mesas más —ordena—, y saquen los vasos. Y otros que vengan conmigo.

Durante varios segundos el mesero se siente envuelto por un torbellino húmedo de malos olores. Pero luego, el que lo contrató lo rescata:

—Ven a ayudarnos tú también, Walterio —le dice.

Los barriles de cerveza entran al salón tocados, profundamente, por el sol del verano. Los que los cargan caminan como ciegos. Iluminados como nunca se les había visto de la cara y el pecho. La chaqueta del mesero resplandece. Una voz va dirigiendo a los deslumbrados. Los alienta.

—No se desvíen. Mantengan su oreja junto a mi voz que no para de sonar. Ustedes pueden. Ahora se fabrican así los barriles: se les bruñe hasta la desesperación. Pero no importa. Ustedes pueden. Yo sé que escapan de sus manos como resbalosos animales de mar. Y que brillan sin contemplaciones. No importa. Ustedes, atentos a mi voz.

Los hombres se precipitan con los vasos a los barriles. Cubren sus pulidas, claras superficies, con sombras que se atropellan entre sí.

No aciertan a abrir los grifos, a hacer que corra la cerveza.

Se empujan.

Chillan, pegajosos y ajados.

El mesero ve al hombre que lo contrató —el guía— acercarse a una mesa y golpearla con la palma de la mano abierta. El trueno que se produce en seguida en la lámina, aplaca la algarabía, frena el desafuero.

—¡Ya! ¡Siéntense! —grita—. Para eso conseguí quién nos sirviera... ¡Walterio!

El mesero, como si hubiera recibido un mensaje cifrado, se mete en medio de los hombres y pone las manos en los grifos.

—Bueno. Sírvales, Walterio —le ordena el hombre, que comienza a sentarse.

La mayoría regresa a sus lugares.

Los que quedan le dan su vaso al mesero, como si fuera una flor, para que se los llene. El mesero lo mete debajo de la dorada lluvia que escapa del grifo. Estando alta ya la espuma, lo retira y lo devuelve. Cuando acaba con estos vasos, surte una charola con otros, vacíos, y los lleva también al grifo, a colmarlos por turno.

Y mientras, piensa en el verano; en las últimas horas de la tarde de ese domingo, que no serán de calor. Las mejores. Suspira. Luego se ríe de sí mismo. Su amigo de la cervecería lo recomendó como un tipo excepcional. A él, que nunca había hecho nada parecido...

—La cuestión es que trabajes, Walterio —le dijo el amigo.

Pero las mesas lo están llamando, apurando. Y cierra el grifo. De los vasos servidos se desprende una frescura reconfortante y sabrosa.

Poco después, los hombres hunden sus trompas en la espuma, lanzando ahogadas exclamaciones de júbilo.

—Walterio, échale una miradita a los autos —le dice al mesero el hombre que lo contrató.

El mesero deja la charola en una silla. Se le nota fastidiado. Su

airosa chaqueta del principio cuelga ahora de sus hombros. Siente un oscuro horror latir en el tiempo que lleva de estar allí. En los hombres mismos, convertidos en una sola jeta insaciable.

Son las seis de la tarde.

El bochorno persiste.

Debajo de la lengua, el mesero siente el sabor de la cerveza que acaba de tomarse, extraordinariamente amargo. Y escupe. La chaqueta es una camisa de fuerza, una marca sofocante que le consume la vida frente a los borrachos. Por ella lo identifican, en la noche de la cerveza en sus cabezas. Piensa en quitársela, y la sola posibilidad de poder hacerlo, lo aviva; y recorre —con la pres-tancia de la primera hora— con rapidez el trecho que le falta para llegar a las ventanas.

El mesero mira los autos, humeando débilmente a la orilla de la banqueta. El sol los alumbrade lado. Es un sol blando, al que comienza a escapársele de la mano el aire caliente de la tarde. El mesero lo ve. Hace un bultito con la chaqueta que acaba de quitarse, y lo avienta debajo de un auto, y sonrío: siente que ha recuperado los sueños del mediodía, de cuando miraba al cielo, y al verano, que ahora sigue, como un acólito perfumado y tibio, de cerca al sol que se muere.

Cuando el mesero vuelve, los que lo estaban llamando se han mustiado, y cada uno está hablando ya para su santo. Entonces se dirige al que lo contrató; de todos, el que aún tiene una punta de lucidez:

—¿Sirvo más cerveza? —le pregunta.

Al oírlo, el hombre voltea y lo mira como a un desconocido.

—¿Qué? —le dice, sin lograr fijar sus ojos, de arborescentes y encarnadas venitas, en él.

—Que si les pongo más cerveza a sus amigos.

—¿Dónde te metiste, Walterio? Éstos se angustian si no te ven por aquí.

—En los autos.

—¿Y los autos?

—Enteros y descalentándose.

—Walterio: mis amigos son primero. Sí, atiéndelos.

El mesero recoge los vasos rotos y luego limpia, tan aprisa como puede, las mesas con un trapo. El aire que se respira allí no participa del que circula en el resto del salón; lo han acorralado hábitos pestilenciales.

El mesero echa los vasos en una bolsa de papel y monta unos nuevos en la charola. Y se encamina a los barriles.

—Tráenos algo de comer —le dice uno de los hombres al mesero y toma un vaso de la charola y se le queda viendo—. Está espumando como loco el barrilito. Mala señal, Walterio. Cuánto necesitas, tú nomás di...

Pero el mesero, en lugar de responder, le busca la cara al que lo contrató. Éste, que ha oído lo que el otro quiere, tercia:

—Ya no son horas. ¿Quién te dijo, Michel?

—Nadie me dijo. Pero tenemos hambre.

—Walterio está ocupado. Ve tú.

—Tenemos hambre.

—Pues ve tú.

—No. Walterio.

—Tú.

—Walterio.

Los dos hombres se desafían como en el aire. Los dos están de pie y se han retirado un poco de la mesa. Pero ninguno se encuentra con la mirada del otro. Más bien parecen estar lidiando cada uno con su propia sombra, que se columpia delante de ellos.

El del vaso lo mantiene a la altura de su pecho, consumida ya su espuma, y su cerveza, se mueve igual que aquellas sombras, suavemente dorada como la tarde.

El mesero, entre los hombres, espera.

Uno y otro, como alternándose, le oscurecen el cuerpo y la baldía charola.

Los tres están como aislados: nadie los ve ni los escucha: las mesas son otro mundo, a la deriva. Un mundo de niños. Pero, por fin, una sombra se esfuma hacia abajo, a la izquierda del mesero:

—Correcto. Walterio no; pero tampoco yo —dice la sombra.

—Yo los invité. Conseguí el salón, Michel. La bebida. A Walterio. ¿Qué más quieres? A ver, Walterio, la cerveza del amigo debe estar caliente ya; cámbiasela.

El mesero regresa al barril y llena otro vaso. Sabe que más de la mitad es espuma y que el apaciguado renegará por eso.

El hombre está cabizbajo, las manos entrelazadas encima de la mesa; está murmurando. El mesero le pone la cerveza por un lado. El hombre lo advierte:

—No te vayas, Walterio —le pide—, quiero hablar contigo.

El rostro del hombre brilla de sudor nuevo.

—Tú crees que le tuve miedo a Martínez, ¿verdad? —agrega. Y tiene los ojos tristes. De perro acosado. De perro solitario.

—...

—No, Walterio. Yo, con un dedo lo hago polvo, lo parto como si lo visitara un rayo y él fuera un pobre arbolito. No, Walterio, no fue miedo; fue cansancio. Y fíjate: aquí todos estamos cansados, por eso aceptamos la invitación. Pero yo soy el más cansado de todos. A mí qué me costaba, Walterio... nada. Pero, ¿para qué? Tú me conoces apenas de esta tarde. Nunca me habías visto. Y a lo mejor nunca me vuelves a ver. Pero yo te voy a recordar para siempre... Walterio. En el lado oscuro de la vida, todos somos de la misma familia. ¿Me estás oyendo, Martínez?

—Sí, Michel. Pero aburres a Walterio con tus filosofías. Déjalo. Debe ir afuera.

—¿Otra vez los autos, Martínez? ¿Cuándo les han robado nada? Nomás por fastidiar lo mandas, porque le pagaste la tarde, Martínez. Porque sí.

El salón está rojo de sol.

Los borrachos abren la boca, embobados con el espectáculo del aire. Nadie se mueve. Manos y vasos proyectan, en las mesas, sombras más rojas que el aire.

En el espejo de los barriles se presiente el crepúsculo, el lento crepúsculo del verano.

El mesero llega a la puerta y se asoma. La calle brilla como la piel dorada de una mujer. El mesero sale a la banqueta. Observa

los árboles de enfrente y el cielo también dorados. La paz última del día domingo entra a su corazón como el agua de un río. Sus sueños están cantando otra vez.

Del cielo baja su vista a los autos de capacetes, cristales y molduras de oro, y recuerda lo de la inspección minuciosa. Pero no la intenta siquiera, y vuelve su vista al cielo, un segundo; y luego, a los árboles.

Los árboles, en la espesura de sus ramas anidan la noche; la entronizan, ocultándola en el centro de la tarde que declina.

El mesero repara en esto. Goza mirando la cáscara de hojas iluminadas. Las hojas son de color de la mandarina. O de una mandarina vieja. Al mesero, entonces, lo asalta el deseo de atravesar la calle y ponerse bajo los árboles y dejar que el relente que despide la entronizada, lo alivie del calor de tantas horas. Pero antes de hacerlo mira al interior del salón, a las mesas, casi perdidas en una niebla rojiza con todo y ocupantes; al par de barriles, torres abombadas pálidamente azules, al margen del ocaso.

Nadie parece llamarlo, solicitarlo. Sus orejas recogen el rumor del silencio, liberado por fin de la garrulería. Trata, sin embargo, de localizar al hombre que lo contrató y avanza unos cuantos pasos en el salón. Entrevé su silla, pero el otro no está ahí; quizás ha ido al baño. Decide esperarlo un momento, a ver si aparece batiendo torpemente la niebla rumbo a su sitio.

El calor, adentro, sofoca, aplasta, con más rigor que al mediodía.

El mesero se hace aire con una mano cerca de la cara; pero lo que mueve es aire caliente, y, desesperado, regresa a la calle.

El incendio de la tarde está muy alto en el cielo; los árboles, dejados ya por el fuego, se van apagando solos; y verdes, despacio, pasan hasta el color negro, como tizones.

Al mesero no le llaman más la atención: del lado opuesto al sol, la noche se está levantando.

El mesero se recarga en el marco de la puerta del salón. A lo largo de la calle el aire comienza a ponerse azul, a ser penetrado, a ser coloreado por la tinta del otro aire, el nocturno.

La detonación suena como si fuera el primer ruido del mundo.

El mesero la escucha a sus espaldas y se da la vuelta violentamente. Siente su corazón asustado.

En el salón ahora se puede ver mejor todo. Dos o tres tonos de azul envuelven las figuras, y las mesas; los barriles.

El mesero duda si ha escuchado en verdad el disparo porque el ánimo contemplativo, la calma, siguen reinando en el grupo. Pero luego, cuando se fija bien, ve cómo una nubecita blanca flota sobre las cabezas, y cómo la ven los otros, con las caras de gis, desencajadas.

El hombre que lo contrató aún no ha vuelto a su lugar. La nubecita pasa por su silla, desbaratándose lentamente como la nube de un fumador.

Pero al mesero le huele a pólvora el aire, y entonces echa a andar hacia las mesas. Siente como de plumas el piso. La paz del domingo desemboca en su pecho, en un desolamiento sorpresivo y atroz. Y se arrepiente de haber aceptado el trabajo; de haber venido.

Es como si en las mesas, los del grupo, sólo hubieran estado esperando al mesero para dar signos de vida.

Ahora lo miran a él.

Todos tienen los ojos como paralizados y llenos de abismo.

—¿Qué pasó, Walterio? —le preguntan.

Al mesero le parece una locura la pregunta. Un mal sueño, del que no logra despertar.

—Yo qué sé —responde, pero le tiemblan la voz y el alma—, yo andaba allá afuera, revisando... revisando los autos...

Los hombres se miran. Aparecen en sus rostros sonrisas bobaliconas, desarticuladas del mundo. Zafios y como somnolientos, dicen:

—Entonces, ¿no oíste nada, Walterio?

El crepúsculo se extiende por el piso del salón, como una densa capa de sombras que llega ya casi al borde de las mesas.

El azul se ha vuelto monótono, una sola franja.

Los hombres y el mesero hablan metidos en ella.

—Sí, sí of: un balazo —dice el mesero.

—¡Es Michel! —exclama otro hombre, que entra manoteando en el azul, es el que contrató al mesero—. ¡Ayúdenme!

Pero nadie se acomide.

El mesero ve para el piso. Descubre allí una mancha blanca, poderosa, que destaca del fondo sombrío.

—Tú, Walterio. Éstos no pueden ya ni con el alma.

El mesero y el hombre se agachan, y se hunden en el crepúsculo rampante.

Sus respiraciones llegan, afanosas y entrecortadas, a la superficie, en donde los demás las escuchan con desasosiego, mirándose unos a otros.

Comienzan a revolverse en las sillas. A destruir los vasos de cartón que tienen en las manos. Y parpadean incontinentemente, y dicen, y corren la voz:

—¡Vámonos!...

Encorvados, vacilantes, van abandonando sus lugares, dominados por la anarquía y el miedo.

En el camino a la calle, pretenden comunicarse, justificar su desbandada, pero sus voces son voces de perdidos:

—El amargoso.

—Antes no nos tiró.

—Muy capaz.

—Que se muera solo.

—Para Martínez.

—Martínez andaba en el baño.

—Para qué lo invita.

—Quiso comprometernos.

—¡Vámonos!

Los autos hace rato que se han ido. Las luces del salón están encendidas. El mesero sale a buscar un teléfono. Hablará, sí; pero ya no va a volver. No volverá, aunque el hombre que lo contrató nunca jamás le pague el día.

DESPUÉS DE LA LLUVIA

EL HOMBRE VA CAMINANDO calle arriba. En dirección contraria a las nubes. Lleva en la mano un periódico. Lo balancea discretamente. Un taxi le da alcance y sus pasajeros lo saludan. La música del radio del taxi queda suspendida en el aire, en confusos remolinos. El hombre se detiene. Los remolinos crecen y le atormentan el alma. Mira al taxi que se aleja; piensa en el chofer. Echa a andar de nuevo. Piensa también en los pasajeros, ajenos, en rigor, a él, y que no tenían por qué saludarlo. Un par de veces los vio en la administración del hotel, recogiendo correspondencia o llaves. Un saludo como una mariposa loca posándose en una flor de papel.

El hombre siente que su alma se recupera. La observa: sabe que si está desarbolada difícilmente podrá volver a puerto. Acorta el paso: entonces oye el golpe de fieles vientos en el velamen. Comprende que reacciona demasiado a las cosas del mundo. Que hay más resistencia en una tela de araña que en sus sentidos. Busca dónde desayunar: un lugar solitario.

El restaurante es modesto. El hombre escoge la mesa que está más apartada de la puerta. Cuando se sienta y apoya los codos en la mesa, la tabla gime. Levanta en seguida los codos y se cruza de brazos. Se oye, en otra parte, el ruido de un chorro de agua. El hombre trata de localizarlo; pero en ese momento cesa. En el vano de una puerta disimulada en la pared aparece la figura de otro hombre. Comienza a caminar, el tronco erguido, adelantando en la penumbra la barbilla. El trecho hasta la mesa donde está el cliente se le antoja inmenso.

Llega, por fin, y deja lo que trae en la mano: un vaso con agua.

—Tenemos —anuncia— café con leche y pan. Nada más.

El hombre ve que el mesero no tiene ya ninguna prestancia. Está encorvado y su barbilla apunta al piso.

—Café y pan —le pide—, pero llévase el agua; no la acostumbro por las mañanas.

El mesero recoge el vaso de mal humor. Y vuelve a la cocina. Y a la mitad de su camino, con una voz destemplada, grita:

—Café y pan, para la cuatro...

Pero la puerta de la cocina se encuentra cerrada, y el grito rebota y se revuelve, como un animal herido, en la jaula del restaurancito. El hombre se levanta entonces violentamente y se lanza sobre el mesero. Cae al piso el periódico. El hombre sacude al mesero, derrama el agua pero no suelta el vaso. El grito, el animal herido, como un eco los envuelve a ambos.

En la cocina se oyen otros gritos y la puerta se abre bruscamente.

El mesero y el hombre son separados por un viejo y una mujer. La mujer se lleva al mesero, mimosa, a la cocina. El viejo enfrenta al hombre. Le reclama:

—Salustio tiene infinitas penas y no duerme; ¿por qué lo atacó usted?

El hombre, aturdido, sólo sabe mirar. Retrocede. Como sonámbulo va a donde ha caído el periódico y lo recoge. Y antes de salir se lo da al viejo.

El hombre olfatea el aire. Vagas chispas de agua se le estrellan en la frente y en las mejillas. Se las limpia, despacio, con la manga del impermeable. Siente que lo espían de la vidriera del restaurant. Busca unos ojos: es el viejo.

Comienzan a caer gruesas gotas en la vidriera.

El hombre se acerca a la vidriera y aparta con una mano los hilos de las gotas que corren, como si apartara los hilos de una cortina. Pero del otro lado ya no hay nadie. El viejo se ha ido.

Las gotas se hacen más frecuentes.

El hombre se retira de la vidriera, se levanta el cuello del impermeable y echa a andar.

En la calle, la gente camina pegándose a las paredes. El hombre la mira, divertido. Piensa en conejos y madrigueras. Fogonazos de luz cruda iluminan el pavimento.

El hombre abre y voltea una mano, pero pronto la cierra: las gotas le provocan intenso escalofrío.

La puerta de una tienda lo recibe. Allí se encuentra con gente que está mirando cómo llueve y que apenas repara en él.

La lluvia, con el peso del viento en sus espaldas, como una turba procesión, se inclina hacia adelante.

Pero el cielo retumba. Y el viento huye. Y deja de llover.

El pavimento negro resplandece. Por la calle bajan arroyos arrasando basura. El hombre evita los charcos de la banqueta. Ha alcanzado a ver, en la esquina del hotel, un grupo de gente rodeando el puesto de periódicos.

El de los periódicos yace en el suelo, boca arriba. De la ropa, del pelo y de la cara, le escurre agua. Un resplandor de vapor azul lo circunda. Su banco, volteado en la acera, le apunta con las cuatro patas a la cabeza. En el alambre, las revistas se han echado a perder con la lluvia. Directamente debajo de las revistas hay una pila de periódicos, tapados con un plástico. Ahí descargan su gotera las revistas. Los curiosos miran todo esto, y al hombre que se ha arrodillado junto al de los periódicos.

Alguien dice:

—Está muerto. Ni siquiera tuvo tiempo de guardar sus cosas.

El cielo, que aún sigue igual de encapotado, rezonga. Los curiosos voltean a verlo y se aprietan unos contra otros. Se abre una sombrilla, más oscura que el cielo, en el grupo.

El hombre hunde una oreja en el vapor azul que despide el cuerpo, y la pone en el pecho, sobre el corazón. Escucha atentamente. Los curiosos se acercan. No falta quien haga el gesto de estar también escuchando. Hay mucho silencio. El ruido de los automóviles que pasan no logra penetrarlo. Pero nadie se da cuenta de eso. Sólo oyen el lento goteo de las revistas.

Sopla un chiflón de viento helado. La sombrilla se bambolea y silba el viento en la antena que la remata.

El hombre se pone de pie. Tiene en la cara como un resplandor.

—¿Muerto? —le preguntan.

No contesta. Mira la sombrilla. Piensa: es membranosa como las alas de un murciélago, tendido al sol del mediodía.

—No. No está muerto —contesta—, coros le están cantando adentro.

Nadie le entiende. La mujer de la sombrilla la cierra, la baja, y con la antena pica el cuerpo dos, tres veces. Otro trata de moverlo con la punta del pie.

—Qué coros ni qué nada... —dice.

Pero el hombre ya no lo oye. Camina rumbo al hotel. Ahora no se preocupa de los charcos de la banqueteta; los pisa alegremente. La lluvia ha recommenzado, pero menuda, festiva, como si descendiera del cielo en unas andas de viento, y entre relámpagos.

El hombre se descalza y deja los zapatos en una silla. Luego se acerca a la ventana: no puede ver el edificio de enfrente; tampoco la calle, cinco pisos más abajo. Los fuegos del cielo son continuos y no revelan más que la íntima y gris soledad del agua. Los truenos hacen vibrar los objetos del cuarto y al aire confinado. El hombre siente el piso frío en los pies y una desolación, de golpe, inmensa. Se apoya en el marco de la ventana, la mirada perdida en la lluvia, la memoria en el hombre de la esquina del hotel. Se pregunta si lo habrán levantado a tiempo, antes de que el trueno dispersara sus voces, arrasara sus espigas. Vuelve a mirar hacia la calle y hace un esfuerzo por penetrar su oscuridad. La desolación crece en su pecho, se lo vacía de todo, menos de la imagen del muerto, que persiste. Piensa que también pudiera llevárselo el agua, si sube mucho en las calles y las calles se tornan frías. Un trueno de espanto sacude de arriba abajo al edificio y a un florero sin flores que cae, rompiéndose. El trueno se aleja después, como un viejo por solitarias habitaciones. Y luego sobrevienen rápidos fogonazos, embestidas de un viento alumbrado y del agua densa, contra la ventana donde está parado el hombre. Éste recula hacia la cama. Le brilla el impermeable, húmedo aún. Cuando siente que ha topado con la cama, se trepa y se recuesta. Tiembla de frío y de miedo. El frío le entra por los pies. Enderezándose un poco se los cubre con la colcha y los empalma debajo. Suspira, confortado. Los vientos se retiran con la misma brusquedad con que vinieron.

Y vuelve el sordo, profundo rumor de la tormenta. El hombre se tranquiliza y se acomoda mejor en la cama. Entonces comienza a tararear una melodía. De un modo inseguro, al principio, como si estuviera oyéndola lejos y no consiguiera captarla con entera claridad. Pero después, un poco después, cobra aplomo y la domina, virtuoso. Es bella: la ha escuchado ya antes. Es la que cantaban los coros en el pecho del muerto. La melodía va adueñándose de la atmósfera del cuarto, de los objetos, de los turbios rincones. Anda por el aire, combatiendo. Abandonándose a su arte, el hombre cierra los ojos. Y mueve, rítmico, su cabeza.

La lluvia rueda por los vidrios de la ventana. El hombre duerme. Tiene la boca abierta, la cabeza doblada sobre un hombro. Debajo de la colcha se adivinan sus pies, separados, divergentes. Son largos y puntiagudos. Hay bastante más luz que antes en el cuarto. Los restos del florero la reflejan, verdes como la lluvia. Los zapatos del hombre miran hacia la ventana, pero están ciegos: son botas de una sola pieza y de media caña, sin agujeritos para las cintas. Poseen la forma que les ha dado el pie, pero como el agua les arriscó las puntas semejan los zapatos de un duende. Al respirar, el hombre emite un vago murmullo. Grande placidez reina en sus facciones. Deja de llover. El rumor de la calle sube hasta la ventana. Y entonces el hombre abre los ojos y mira en torno suyo. Junta y vuelve a empalmar los pies debajo de la colcha. Siente frío de nuevo. Por la ventana entra un débil rayo de sol. El hombre se sobresalta; consulta su reloj:

—Las cinco —dice.

Se sienta a la orilla de la cama. Recuerda que algo se rompió durante la tormenta. Mira al piso, al florero, hecho pedazos. Desde la cama alcanza los zapatos. Se los pone con trabajos: los calcetines, húmedos, se resisten al cuero crudo de la caña. Cuando termina está sudando y maldiciendo los días borrascosos; pero se levanta y se acerca de nuevo a la ventana, y comprueba otra vez la hora:

—Cinco con treinta —dice.

Tiene el gesto agrio. En el edificio de enfrente hay varias ven-

tanas abiertas. En una, una mujer está contemplando la tarde. Se le ven iluminados los ojos, avivada su luz por el fresco venticito vespertino. Con una mano se cierra el cuello del abrigo, mientras que la otra reposa sobre el marco de la ventana. El hombre la mira; mira a sus manos y a su rostro demacrados; al confortable abrigo que la defiende del tiempo; luego a su peinado, liso, restirado hacia la nuca. El hombre da unos golpecitos con los nudillos en el vidrio de la ventana, para llamar la atención de la mujer. Parece su llamado cosa de loco, por el ruido intenso de la calle. Y, sin embargo, espera. La luz se va apagando en los ojos de la mujer. El tono del abrigo azul se ha vuelto más oscuro, marino. El hombre sigue esperando, con las manos metidas en las bolsas del impermeable. Siente el frío del cuarto y de sus zapatos mojados. Piensa que debió haberse quitado cuando menos el impermeable y no dormirse con él puesto: no estaría tiritando hasta los huesos.

—Pero no pude —dice—, entre tantos cantos el sueño venció al espíritu.

Habla en voz alta, como dirigiéndose a alguien más en el cuarto y a quien tuviera que rendirle cuentas. La luz se apaga en los ojos de la mujer. El hombre aguza su atención y saca las manos de las bolsas. La espaciosa frente femenina se ensombrece de pronto, como una blanca pared al paso de una nube. El hombre, levantando una mano, la apoya, abierta, en la superficie del vidrio. La mujer baja, entonces, los ojos, y lo ve. De la cara del hombre se borra toda acritud, y la placidez de la pasada siesta reaparece. Lentamente comienza a cerrar la mano apoyada en el vidrio hasta convertirla en un puño.

—Las cosas están en mi mano —dice—. Pero necesito del cielo para retenerlas.

Cuando baja la mano, la mujer ya no se halla en la ventana.

—Vámonos, pues, nosotros también —dice.

En las escaleras, el hombre recuerda que no ha comido nada en todo el día. Vuelve a mirar su reloj, las manecillas luminosas, la del segundero que avanza como tropezándose, y dice:

—Ya no hay tiempo.

Pero reflexiona un momento:

—Sólo que en el camino algo encontrara —añade.

No obstante que tiene prisa, baja lentamente las escaleras, casi nocturnas, húmedas y estrechas. Siente las desportilladuras tremendas del filo de los escalones, y para evitar una caída tantea primero el paso. Los descansos de la escalera son breves. Esto lo fatiga. Con ansia mira hacia adelante, en cada vuelta de la escalera, esperando ver vencida, por la luz de la administración, la penumbra. Pero como después de cada recodo no hay ni señas de luz, el hombre piensa si acaso la escalera no se habrá hundido en la tierra, como una espada, y él se encuentre caminando por el ajeno reino de los muertos. La idea no le gusta. Y comienza a buscar, en la pared, un apagador, con mano ávida. Y da con uno. Pero cuando va a prenderlo escucha voces y el raspar de un fósforo en la lija de una cajita. Distingue en seguida una sombra que se le acerca y le pregunta quién es.

—Soy el huésped que tomó el 17. Me voy —responde.

—¿Se va usted? Soy el administrador. No tenemos luz y la tarde ha vuelto a nublarse. Quizás siga lloviendo.

El hombre no ve ni un alma en el andén. Nadie ha venido a esperarlo. Ocho horas de caminar en un vagón atestado de gente, de murmullos y de voces, le han dejado los nervios de punta. Pero cuando el tren ya va lejos, vuelve la cara al cielo, a las estrellas de la madrugada. Esto lo reanima. Y esto, a poco, le borra la pesadilla del viaje: siente que se hunde, que retoza en el luminoso hervidero que tiene a la vista.

—Debo esperar —murmura.

La noche es tibia. En la estación la luz es escasa. El hombre procura asiento en una banca de hierro puesta contra la pared. Allí, el último de los foquitos del techo del andén apenas puede contra la luz de las estrellas. El hombre está sentado con las piernas cruzadas y la mirada ausente, y con su actitud refuerza y enriquece el silencio. En nada piensa. Con los ojos, como movidos por una voluntad ajena a él, sigue el vuelo de las pequeñas palomas nocturnas alrededor del foquito. De cuando en cuando cambia

de posición las piernas, enfundadas en un pantalón claro, de bordes irregulares. A veces, también abandonando en su trajín a las palomas, se contempla las manos, blancas, grandes y huesudas, y luego vuelve a ensimismarse. El silencio, enriquecido, comienza a derramarse del vaso de esa hora, sobre el hombre, como un aceite de unción. Despega los labios muy lentamente, y murmura:

—Un siglo...

Su cara brilla, así como su impermeable, por los que resbala la lluvia de otro cielo. Ve, sin ver, cómo las palomitas de pronto son diezmadas como por un tirador furtivo. Caen a sus pies. Blancas y aterciopeladas: parecen flores brotadas milagrosamente del duro piso del andén. Una cae en su mano y lo despierta, como el canto del gallo.

—No vienen... —dice, mirando hacia el andén solitario.

Y toma la palomita por un ala.

—Demasiado silencio para ellas —dice.

La palomita está en el aire, entre los dedos del hombre. A la luz de las estrellas, del lado de las estrellas, parece de plata.

—Demasiado —repite el hombre.

Han entendido. Han oído.

—¿El doctor? —le preguntan de pronto.

—Sí —responde, y suelta la palomita.

Luego toma de su lado un maletín negro, de médico, y levantándolo repite:

—Sí. Vea usted.

Los dos hombres salen de la estación. A unos cuantos metros está el llano débilmente iluminado. Los hombres se detienen.

—Feo camino vamos a hacer, doctor.

—¿Por qué?

—Espinass.

—No importa. Vine preparado.

—Sígame, pues.

El hombre lleva el maletín a su pierna derecha, como protección.

Siente en torno a la cintura el faldón del impermeable que hizo rollo para defenderlo de desgarraduras. El plástico le viene que-

mando, desde hace rato, la cintura, a través de la camisa. Incómodo, le pregunta al otro:

—¿Falta mucho?

—No.

Y luego:

—Las noticias que tenemos por acá es que en todo el país llueve a cántaros, doctor.

—Idénticas las tengo yo.

—Pues aquí no. Por eso se endurecen en extremo las espinas.

El hombre se cambia de mano el maletín y trata de separar el rollo de plástico de su cuerpo. Entonces, el otro vuelve a hablar:

—Aparte de lo que usted ya trae, doctor, ¿qué más necesita?

El hombre alza la cara a las estrellas como cuando llegó, y pide:

—Dios, y mucho silencio. Y que saquen a la mujer al llano.

—Sí, doctor.

—Y que le quiten el abrigo y le desbaraten el pelo.

El otro, cuando oye esto, detiene en seco su sombra:

—¿Cómo sabe usted...?

El hombre lo mira a los oscuros ojos, donde arde el cielo, y le dice:

—Así la vi yo ayer en la ciudad; después de la lluvia.

EL FUEGO EN EL ÁRBOL

LA LUZ DEL COMEDOR está encendida. Ellos se encuentran ahí, oigo sus voces. Parece que no me han sentido entrar. Yo los esperaba, sin embargo, en mi cuarto, porque éste es el lugar que prefieren, que siempre escogen para hacerse presentes. Cuando vienen yo me encuentro trabajando, inclinado sobre mi escritorio. Es de noche. Entran siempre agitados, sudando, como si vinieran de batir metal en el infierno. Sus voces son acres y envenenan, de raíz, el silencio que me rodea. No obstante el desorden que traen, en un santiamén forman su coro. Me asombran, igual que casi todas las noches. Es suya la virtud de la disciplina. Las manos abruptas, velludas de los grandes, reposan en los hombros de los pequeños, que se hallan en primera fila, cruzados de brazos. Ellos saben cuánto me impresiona su vigor de artistas como grupo. Lo saben, y crean, previa a su actuación, una atmósfera muy cargada de expectativa: una vez que se han callado, lo que hacen es arrebañar laboriosamente el silencio como si estuvieran juntando animalitos para matarlos. Estoy frente a ellos, no me he levantado, y les doy la cara. La lámpara del escritorio me ilumina la espalda como un sol. Alguno de los artistas carraspea. Luego, una mano desde el hombro en que estaba posada, levanta vuelo hacia la luz. Un vuelo torpe... El olor de la tormenta. Esta casa es una casa alrevesada. El comedor es el último de una larga sarta de cuartos. El corredor apesta a lodo. Siento como sapos emboscados los muebles de la casa. Principalmente los de la sala. Conozco bien su polvo y el camino que sigue, por las mañanas, para meterse en mis huesos después de que la mayor de las artistas lo ha despertado de las fundas de cretona, de los brazos y respaldos. La mayor nunca huye el polvo. Lo sorbe con gula, adelantando la trompa; pero no la agota. El polvo entra a mi cuarto y se remansa como en un golfo. En el relente que despide la sala, escucho pausadas respiraciones.

Hundo la vista en lo oscuro tratando de descubrir de dónde parten. Por el miedo, mi pelambreira está como en pie de guerra. No consigo ver nada. Sin embargo, avanzo en la oscuridad... Algo cae delante de mí. El ruido se apaga de inmediato. Como si hubiera dado en el corazón de plumas del polvo. Recuerdo la columnita de madera que se halla a la entrada, y al *bibelot* que la corona: un angelito arpa. Es a éste a quien precipité, estoy seguro, en el abismo. Para no pisarlo, me agacho y lo procuro a tientas. Topo con el fuste de la columnita. Reconozco sus labrados tallos y hojas, y sus frutos, entre las hojas, perfectamente redondos, como canicas. Nunca he sabido qué son. Siempre que se lo pregunto a los artistas, se niegan a decirme. La mayor es de la opinión de que eso no debía importarme. Me dice que en lo que yo más bien debía fijarme es en la inacabable dulzura y madurez de los frutos. Y luego se paladea. Y los otros la imitan. Las respiraciones siguen produciéndose con regularidad, y siento que los tallos del fuste se comienzan a enredar en mis dedos. Pero los arranco del serpentino abrazo. Y van a dar al cuerpo del angelito. Somos viejos amigos esta criatura de Dios y yo. Lo primero que investigo es si no tiene rotas las alas. Luego, la cabeza. Compruebo que no; que, al menos, esas partes están intactas. Mata mi alegría al miedo. Adivino qué puedan ser las respiraciones. Rodeado por toda la oscuridad, me siento en el suelo con el cuerpo del amigo en las manos. Pesa. No parece celestial. Yo tenía la idea de que era de yeso y que después lo habían dorado, como a tantas otras figuras de su especie. Los artistas toda la vida me prohibieron tocarlo. Principalmente cuando me encerraban, por castigo, en la sala. Encaramado en un armatoste, yo contemplaba cómo los soles del día entraban, por turno, a visitar al angelito, y como él, para agradecerles la visita, ponía, con gracia, su diestra regordeta en las tres cuerdas del arpa. Los soles escuchaban atentos aquel silencio. Pero luego, tras de unos segundos, se volvían contra su propia actitud y comenzaban a reírse y a menear su plumaje de rayos. Algunos de éstos, desprendiéndose, iban a clavarse en la columnita y dejaban, en tallos y hojas, una marca negra. De ahí que los artistas llegaran a pensar que yo fumaba en mi enclaustramiento y que achicharraba

bárbaramente a la madera en desquite. Yo les di mi explicación, pero ellos, incapaces de creer que el sol no es uno y nada más; sino que son varios y como personas muy jubilosas, determinaron que era mejor el cateo de mi persona. A veces, ya por la tarde, al despertar, después de haberme dormido de aburrimiento, me encontraba con que uno de los visitantes, el postrero, estaba dándole, esponja en mano, un baño de oro al angelito. El angelito me miraba como un niño acariciado por las ondas. El placer lo embellecía. Yo dejaba entonces mi asiento y me acercaba a la luz del invitado. Una luz como capa de cardenal. Le pasaba la mano a la capa por encima y luego la hundía allí donde aún quedaban los aromas de la tarde y el eco de la vida de afuera. Pero el invitado, sintiéndose tocado por mí a través de su prenda, se replegaba hacia la columnita y empezaba a treparla. Esta huida era benéfica para el angelito. Porque, del baño de esponja, pasaba así a uno de fuego; y en el fuego, su belleza no tenía comparación. Al primer amago de sombras nocturnas, y mirando al angelito como un espantajo de cenizas, me apresuraba a regresar a mi lugar. Escucho las respiraciones con mayor claridad. Pongo a mi amigo en el piso, de pie. Me levanto. Inesperadamente ha llegado a mí un olor que pronto reconozco: a plantas silvestres. Y comprendo: la ventana de la sala al jardín no quedó bien cerrada. Por ahí está respirando la casa el aire tormentoso de la noche. Debe haber entrado agua también. A las cretonas, a las maderas. No cerraré la ventana: quiero que el daño que sufran unas y otras sea memorable; tan grande que mañana, los artistas, no lo puedan remediar con sacar a asolear las floreadas cubiertas ni con untar de aceite a los muebles. Madura nube el horizonte. De madrugada —antes quizás— se desprenderán y rodarán sobre nosotros. Vuelvo al corredor. Si apesta a lodo es a causa de los artistas: esta noche, mientras yo no estaba aquí, han acarreado bastante con sus zapatones. Y estuvieron trajinantes. Saliendo y entrando, de las tinieblas del pasillo a la mediatinta del adelantado crepúsculo. Y viceversa. Una hora. Me dijeron: te esperamos para dentro de una hora, todos, reloj a la vista. Pero desde luego que no fueron todos. Uno debió encargarse del tiempo y en región iluminada. Y pienso en la

mayor, afecta a los cronometradores. La oigo cacarear cada cinco minutos la hora tomándose con una mano la muñeca del reloj. Veo a los pequeños, de ojitos saltones, que acaban de entrar del crepúsculo, cómo se detienen un segundo para admirarla como a la gran cosa. Para ellos, la mayor, no es una simple tomadora de tiempo: de ojitos también saltones, pero envejecidos, sin pizca de pestañas; pero con una orla de polvo en su lugar, ella es, vive, en la encrucijada del tiempo. Por su reloj cruzan todos los caminos que las horas dibujan, escarban o borran sobre la difícil superficie del mundo. Éstas son casi las palabras con las que la mayor se da importancia a sí misma y rescata, para llevarla al lado de la gloria y de la grandeza, su debilidad, su manía. Y vuelvo a oírla, al final del cacareo, cuando levanta la vista de la carátula y contempla, de veras triste, a la diversa multitud de los tiempos: No hay otro tiempo que el del amor, pregona. Los demás, infinitos en número, son sólo su parodia; dibujitos. Pero nadie la escucha: sus admiradores, como perros falderos, siguen ya a los otros, abundando su huella de lodo. Entonces va a gemir de desencanto: siempre sucede así, como adrede: la indiferencia plena por la levadura de sus palabras. Y cuando oiga a los afanosos cerrar la puerta de la calle y venir hacia el comedor, dirá: Y ese pan; y ese pan tendremos mañana. —Luego ellos irrumpirán, y agregaré, pero pública ya la voz: Cabal: una hora. —Y allá están esperándome. La luz del comedor, la claridad que derrama al fondo del pasillo, debían bastarme para saber, más o menos, por dónde camino; pero esta noche no hay casi tal luz; la han velado. La puerta de mi cuarto, en seguida de la sala, está abierta. Parece que los artistas lo visitaron en mi ausencia. Me gustaría ver para qué. Entro, voy al escritorio; hasta la lámpara. En la oscuridad, le doy vueltas a la llavita interruptora. Inútilmente: no hay foco. Con mis manos ciegas, palpo la superficie del escritorio. Todo se encuentra igual. Como lo dejé. Pero luego bajo a los cajones, donde sí espero rastro de los artistas. Y nada. También allí respetaron. Recuerdo a los pequeños, y auxilián mi desconcierto que no es poco. Suelen ser tan solemnes como los grandes. Como ellos, olvidan a veces las brumas de su condición y parlotean, y ríen, y se balancean sobre sus zapatones.

Pero también, y por su cuenta, gustan de olvidar la disciplina: los he visto romper la formación que llevaban, por un lindo y despacioso juego con las piedras y las sombras del camino. Algo así debió suceder anoche. Desertaron del trajín general, simplemente; sin ninguna intención. Pero ahora habfan colmado su indisciplina hurtando un foco. Esto era, en ellos, una actitud inusitada. Vuelvo al pasillo. Me esperan. Cuando entro al comedor, no veo nada que vele a la luz. Los artistas están en el centro de la pieza. Los alumbraba, desde arriba, un foco, que reconozco como de la lámpara.

—Buenas noches —me saludan.

Pero no son gente de saludo. Les desconfío. Las manos de los grandes, además, no parecen querer iniciar el vuelo de otras veces; se hallan metidas en las bolsas de los pantalones. Abultan demasiado. Se mueven como si estuvieran amasando la más oscura recriminación. Los pequeños, al frente, embarrados de lodo hasta las verijas, por primera vez en su vida no tienen los brazos cruzados. Como soldaditos, me reciben en la posición de descanso. Las sombras que su arrimo proyecta sobre ellos, los torna casi indistinguibles. Para poder ser alcanzados e iluminados por la distante, pálida luz, tendrían que desampararse y salir —valientemente— a la planicie, y no lo harán. En el cuadro gris, advierto sólo un brillo: el del reloj de la mayor, tosco, redondo como una caja de pomada.

—Dijimos buenas noches —me dicen, me repiten los grandes.

—Sí —les respondo.

Los pequeños, sin venir al caso, se ponen firmes. Sus zapatos truenan y hacen brotar, en el choque de uno con el otro, negras chispas de lodo. Varias saltan a la falda de la mayor. La mayor las mira y luego se inclina y comienza a quitárselas con la uña. Comienza también a murmurar, los ojos fijos en los imprudentes. Va más allá de cada chispa: acongojada, ávida, escarba en la trama. El ruido del trabajo de la uña, me llena los oídos: es como el susurro de un roedor. Quizás por eso, en un principio no advierto sino los vacíos gestos de los grandes, que le están hablando. Pero aún alcanzo a oír frases completas. Duras, para abatir, sin contemplaciones, a la despreciable quisquilla. La mayor no osa respon-

der. Tiene escondida la uña en un pliegue de la falda. La retahila decrece, se acaba. Siento pesado el aire.

—La hora —le piden los grandes a la mayor.

Las nubes de vientre rechoncho, aplastan el aire contra la tierra y la casa. Lo comprimen. De querer, yo podría desgajarlo como a una fruta; abrirle una brecha en el cuerpo compacto. La mayor levanta el brazo del reloj y anuncia:

—La hora, y veinte.

Entonces, los grandes sacan las manos de las bolsas a la triste realidad de la luz y forman, delante de mí, una empalizada de índices retorcidos.

—Llegas remiso a la cita. Y llegas como si nada.

—¿Por qué? —inquieren los pequeños desde su firmeza.

Si yo empujara el aire hacia ellos, los quebrantaría, los callaría para siempre. Sin embargo, les contesto:

—Las condiciones del pasillo no permiten formalidades.

—Es nuestra casa. Hay derecho —me dice la mayor, y en la voz le noto, a leguas, la muerte de tanto espíritu de pulcritud. No volverá a sacudir el polvo de la sala. Ni tampoco se alimentará más de él. Va a ser una carga.

—Si hay derecho, no me exijan, pues, puntualidad —arguyó.

Los artistas cambian de posición. Se desplazan, se alejan de la puerta hasta casi tocar las sillas, la mesa, del comedor.

—Es novedoso el tono de su voz —me dicen—, le falta la sustancia del respeto.

Tienen razón. Lo han advertido bien. Yo mismo no comprendo, enteramente, por qué. Esta noche, mientras caminaba y hacía tiempo, tuve el sentimiento vivo, agudo, de encontrarme de pronto, a boca de jarro, bajo el patrocinio de otras leyes. Desvanecido el sentimiento, volví a quedar a oscuras. Pero en cuanto entré a la casa...

—Es por el foco —miento.

—Qué tiene el foco.

—Ustedes lo tomaron de mi cuarto. Y eso nunca había sucedido.

—El de acá se fundió.

—El lodazal...

—El lodazal es punto y aparte. Ya se te mencionó que ésta es nuestra casa...

Interrumpiéndose, los artistas viran los ojitos de anfibio en dirección al techo.

El cielo se alborota. Por encima de todos nosotros dispone el campo para la tormenta. Me lo imagino arrastrando asistido por sus propias luces, que el viento hace oscilar, como por un escenario, a las mostrencas nubes. Me acuerdo de las ventanas abiertas de la sala. Y formulo el deseo de que llueva, en esta segunda vuelta del agua en el día, desafortadamente. Los artistas siguen mirando el techo. Me han olvidado. Sólo con verles los ojos, sé cuáles son los movimientos del cielo, sus retrocesos, sus cambios de rumbo. En qué región de la rosa de los vientos acumula todo su poderío, todas sus ganas. Y los artistas acaban deteniendo su vista en el sur. Contrariado, comprendo que la tormenta pasó de largo. La mayor baja la vista entonces y me dice:

—En realidad, así está la cosa mejor. La luz de su cuarto nos sobraba, condescendíamos por interés. La única y sola luz que se justifica entre nosotros es la del comedor: usted sabe cómo cenar éstos —y señaló a los grandes—. Y no es, como según se cuenta, que lo que no queremos es gastar...

Los grandes levantan las manos y le imponen silencio:

—Cállate —le dicen.

La enorme sombra de las manos cae sobre ella como un nublar. Se estremece. Busca apoyo en el hombro de un pequeño. Pronto no tiene su cuerpo ni rastros de la sombra, pero sigue temblando igual. Los grandes le ordenan que se detenga:

—Nos distraes: sentirte conmoviendo el aire nos crispa.

La mayor cierra los ojos. El silencio del comedor se agolpa en torno suyo y vuelve audible, para todos, el recóndito lamento de su corazón, sus quejas graves. Pero ninguno, al parecer, la entiende. Tienen pintado en las caras un claro gesto de impaciencia. El pequeño se sacude del hombro la mano, y entonces la mayor abre los ojos y me mira:

—Usted sí entiende lo que estoy cantando, ¿verdad? —me dice. No es la voz de ella, llena de grietas, donde se aposenta el polvo

de los muebles; es como la mía propia, ésa que siempre me resuena adentro cuando más desterrado me encuentro. Es como la voz de todos los animales, que nunca logran hacerse escuchar de Dios. Ésta es una noche distinta. Hay rabia. Hay como un viejo dolor que se cansó de ser dolor. La mayor extiende los brazos y busca de apoyarse en el vacío. Pero luego, poco a poco, los pliega a los costados.

—Está bien. Ya no tiemblo —dice.

Otro silencio. Los pequeños han vuelto a adoptar la posición de firmes. El coro, menos la abatida, simula respirar plácidamente. Sus narices se dilatan con un supuesto aire de abril. Los ojos saltones me miran, me reflejan. Me veo multiplicado en ellos, y me hundo en sus pupilas como en un remolino negro. Pero luego torno a la superficie, a la luz del foco. Esto dura una fracción de segundo apenas. La mayor tiene los brazos cruzados sobre el pecho. Desnudos, como de palmas secas. Dos palmas clavadas a una puerta vieja.

—No había necesidad de la cita —digo, como si dividiera, rajándolo, el mar de aceite calmo, en el que el coro pretende navegar—. Ni tampoco del preámbulo, del compás de espera. Ustedes, como siempre, de noche, pudieron ir a mi cuarto.

Mis palabras hacen efecto. Los grandes rompen su ecuanimidad de papel, y, haciendo una mueca feroz, me responden:

—No es usted quien va a decirnos de qué hay o no hay necesidad en esta casa.

Y ahora son sólo los pequeños los que giran sus ojos hacia arriba, hacia donde acaban de tronar las lenguas y lanzar su rayo. Lo siguen, la mirada triunfal, casi con banderas, en su camino descendente hasta mí. Pero yo lo evado. No por temor. Por impaciencia, y porque quiero del aire una veta más respirable. Mi instinto no me falla: por las rendijas de la puerta del pasillo han empezado a filtrarse corrientes de fresco, que se unen, como ríos amorosos, en la oscuridad, y desembocan en la puerta del comedor: allí pongo mi cuerpo, hincho mis pulmones. Pero frustró la alegría y la sonrisa, que despuntaba, de unos, y la prepotencia de los otros. Y vuelvo a ver el relampagueo en la boca de los grandes.

—No se vaya usted todavía —me gritan.

Como si una violencia llamara a la otra, el cielo comienza a retumbar de nuevo. Yo les contesto a los grandes. Pero no me oyen. Los ríos del pasillo crecen. Arramblan con todo lo que encuentran. Y en un momento, llenan el comedor con una muchedumbre de olores. Reconozco el de las cretonas. El del cuerpo de mi amigo el ángel. El de las manos sarmentosas de la mujer. El de su plumero. El de antiguas lluvias. El de los muebles y su unto de pino. El del cuero de los zapatones del coro. El mío... Pero hay otros...

—Es la misma que iba para el Sur —oigo, con dificultad, que comentan entre sí, refiriéndose a la tormenta, los grandes—. Idénticos timbales, trompetas y matracas. Idéntica, la torva intención de anegarnos. De convertirnos en peces y una sirena.

Afuera, muy cerca, cae un rayo. La casa entera gime con la sacudida. Se desprenden cáscaras de cal de los muros. Los artistas aprietan los dientes, aturcidos, espantados. El rayo a mí me ha cortado la respiración; me ha aventado a un rincón del cuerpo el alma. Pero luego disimulo lo soledoso con estas palabras, altas, para que se me oiga:

—Le pegó al encino.

Para mi sorpresa, los grandes me responden, pero desde la esfera de su miedo:

—Espadón de mucha lumbre y harto filo tuvo que ser.

La mayor está temblando por segunda vez. Es parafina su cara, los labios. El pavor que le provocó el estampido, la tiene como alelada. Cuando el eco del trueno se extinga, yo no sé si la mayor se derrumbará con palmas y todo.

La corriente del pasillo trae, ahora, un olor a quemado. Y la mayor resucita. Y dice:

—Por fuego del cielo había de acabar ese árbol. Yo saldría a apagarlo, pero no: en casos así el mismo que hiere es el mismo que cura.

—Te prohibimos que salgas —dicen los grandes, de todas maneras.

—No por mí.

—No por ti. Por las centellas, que al abrir tú la puerta, pueden

entrar y fulminarnos. ¿Qué no sabes que las centellas son los puñales de una noche como ésta?

Los artistas se recobran. Sigue metiendo ruido el cielo, pero levemente. El olor a quemado vuela un rato entre nosotros y luego se va. Quizás para regresar adonde arde el solitario encino, y esperar ahí a la lluvia. Y la lluvia no tarda en comenzar. Suena tal y como si estuviera volcándose el vaso del mar sobre la casa. Los grandes desbaratan el coro y corren a asegurar los postigos de las ventanas del corredor: revisan el herraje abundante con mano febril, temerosa. Uno solo, además de los pestillos, revisa también las bisagras. Éste descubre que por algunos resquicios está entrando el agua, y llama a los otros. Yo veo al agua bajar por la pared y hacer camino por el piso. Los pequeños tratan de atajarla con el canto de la mano, y no pueden. Se desesperan. Brincan de un lado para otro. La aplastan y enturbian con sus zapatones.

—¡Así no, así no! —les gritan los grandes cuando los ven. Los pequeños se detienen. Están anhelantes. Su desproporcionada cabeza oscila hacia los lados, sin el menor gobierno, el cráneo sudoroso, como pulido. Algo dicen, pero el penduleo les quita sentido a las palabras al esparcirlas y no permitir que cuajen en frases.

—¡Así no, así no! —tornan a gritar los grandes—. Alto a las cabezas. Se van a enfermar. —Los pequeños, aunque parece que no han escuchado, levantan luego los bracitos y frenan, con verdadero esfuerzo, el loco rebote.

—Así no —repiten los grandes—. Dejen el agua libre, que tome el cauce del corredor. Todavía no terminamos y ya están haciendo de esto un franco lodazal. Y en un franco lodazal, malamente podemos tratar el asunto para el que nos hemos reunido aquí.

—Nos habíamos olvidado... —se disculpan los pequeños.

—Nosotros también. Nosotros también. Por momentos, esta noche.

Después del inicial envión al cielo, que no duró mucho, la lluvia cae suavemente pareja. Persuasiva.

—Es que esta noche —dicen los pequeños— se ha estado apartando del camino que nosotros teníamos trazado, del designio.

—Pero nosotros sentimos que ya no.

—Estaba tensa... la noche.

—Como haciendo causa común...

El coro de los artistas vuelve a formarse. Y como en las otras noches, cuando entran a mi cuarto, los grandes descansan sus manos abruptas en los hombros de los pequeños. Pero la mayor queda al margen. Retirada del grupo. No ha descruzado los brazos. A través del poquito pelo que tiene, como a los pequeños, le brilla la cabeza de sudor. El lodo de su falda está seco, claro. Los grandes me dicen:

—Apaciguada la que nos interfería, aboquémonos al asunto. Una parte de él la hemos resuelto en lo que usted andaba caminando por ahí: ya se dio usted cuenta de cómo dejamos el corredor.

Yo veo la falda de la mayor: las salpicaduras de lodo están tan secas como si hubieran estado expuestas al sol.

—Pero —continúan los grandes—, una parte, nomás; la otra, le atañe a usted directamente. Y usted nos va a contestar, ahora, lo que vamos a preguntarle.

Los grandes están decididos a algo. Tras la bambalina de sus voces, yo no siento ni el aire ni la luz para alimentar y vestir más discurso. Van a callarse. Y pronto.

La lluvia se me convierte en un ruido de mi propio cuerpo.

—Adelaida —dicen los grandes— nos confesó que usted le hizo el amor ayer mientras nosotros estábamos en la ciudad. ¿Es cierto?

No hay nada que contestarles. Es absurdo lo que me preguntan.

—¿Es cierto eso? —insisten.

Miro en los ojos a la mayor. Y entonces la pregunta pierde toda su miseria, toda la pesadilla que la embaraza. Miro también cómo la mayor descruza los brazos y se acaricia la cara tristemente. Pero ya estoy contestando:

—Sí. Es cierto.

Los grandes levantan las manos.

Y yo calculo que la lluvia debe estar cubriendo al mundo entero.

SEPTIEMBRE Y LOS OTROS DÍAS

I

ERA EL MES DE SEPTIEMBRE. En el cielo de la mañana quedaban restos de nubes de la tormenta de la última noche. El taxi que me llevaba a la casa donde iba yo a vivir corría lentamente por las calles. Yo lo miraba todo. El chofer me pidió que le repitiera el número del domicilio. Yo se lo dije, apoyándome un poco en el borde del asiento delantero: 337.

—Por aquí debe ya estar —murmuró.

El chofer traía puesta una gorra azul y por encima de las orejas se le asomaban unos cabellos grises. No habíamos caminado una cuadra cuando finalmente nos detuvimos. Bajé y fui a la parte de atrás del taxi para que el chofer me diera el veliz que venía en la cajuela. Mientras él la abría yo me puse a examinar la fachada de la casa. Era de color ocre y tenía, estrecha y alta, una puerta de dos hojas y una ventana con balcón en el primer piso. Le pagué al chofer y entré a la casa.

La primera impresión que recibí fue desagradable. Delante de mí se extendía un pasillito largo, crepuscular, flanqueado a mi izquierda por una escalera de madera. Durante no sé cuánto tiempo estuve ahí parado, hasta que una voz de mujer que se oyó en el fondo del pasillito, me hizo avanzar.

El pasillito terminaba en una reja y en un patio con hierbas. Una mujer joven, mandada por otra, vieja, estaba escarbando en una maceta, en el centro del patio. La vieja se encontraba a espaldas de mí, las manos puestas en sus caderas estrechas. Por debajo de la falda asomaban las piernas, delgadas y curvas, como las de un jinete. Y, a causa de que la mañana estaba fresca y el cielo no acababa de despejarse, vestía en los hombros un trapo de lana cubridor. La llamé. La mujer joven levantó y volvió su cara hacia donde yo estaba y, sin quitarme la vista, algo le dijo a la otra.

La vieja resultó ser la dueña de la casa. Se llamaba Imelda Gil.

La señora Gil y yo fuimos hasta el comedor, en el extremo del patio. Hablamos de dinero, de alimentos y horarios. Yo ocuparía un cuarto, en altos, en el segundo patio. Tendría para mi uso personal, además de la cama, un escritorio, un ropero, un buró y una lámpara de noche. La señora Gil me pidió que la siguiera. Al cuarto se llegaba por una escalera exterior con barandal de fierro. La señora no quiso subir conmigo, pero me dijo que viera si todo estaba en orden y limpio. Adentro me encontré con la joven de la maceta sacudiendo el escritorio. Coloqué mi veliz en la cama y luego le pregunté que si todavía le faltaba mucho. Me respondió que no, y un momento después abandonó el cuarto. Cuando bajó la oí hablar y reírse con la señora Gil. El nombre de esta mujer era Olga. Nunca supe su apellido. A la semana de estar viviendo yo en la casa, desapareció de repente. No la volvería a ver sino al cabo de cuatro años y medio. En el segundo patio estaban también la cocina, el baño y el cuarto de lavado y el pozo, que tenía un motorcito para subir el agua a los tinacos. La cocina quedaba abajo de mi cuarto, de manera que sus olores y un cierto humo celeste azul lo llenaban, siempre, a ciertas horas del día.

Una vez que estuve solo abrí el veliz y me puse a sacar mi ropa y a acomodarla en los cajones del ropero. Pero en medio de la tarea me vino de pronto una tristeza inmensa y me quedé inmóvil. Me derrumbé en la cama. Vi el cielo por la ventana, muy oscuro.

Lloverá de nuevo, pensé.

La señora Gil me despertó gritándome. Llovía recio. No me explico cómo la pude escuchar. Me llamaba a comer. Me levanté y cerré la ventana. La lluvia, cambiando de dirección, había comenzado a entrar al cuarto.

El comedor constaba de dos mesas y un mueble largo, de cedro. La señora Gil ya estaba sentada a una de las mesas, en compañía de otras personas, un hombre y una mujer. Saludé a todos y fui a sentarme a la otra mesa, donde no había ni un alma. El hombre que acompañaba a la señora Gil estaba leyendo una revista de fútbol. Embebido en ella, no hacía caso de nada. La mujer, a su lado, de lentes negros redondos, masticaba con dureza la comida, los

ojos invisibles fijos en algún punto del comedor. Nadie me contestó el saludo. La luz de los relámpagos iluminaba de azul las plantas del primer patio y las cabezas de las tres personas sentadas frente a mí. El hambre comenzaba a apretarme y yo no veía que vinieran a servirme. En la mesa había unos granos de sal entera en un platito. Empecé a comérmelos. La señora Gil me vio.

—Espérese —me dijo—, ahora lo atienden. Olga anda haciendo un mandado en la calle, ya no tarda en regresar.

No acababan de decirme esto cuando Olga entró al comedor sin que yo la hubiera visto atravesar el patio. Venía cubriéndose con un pedazo de plástico que a mí se me antojó un ala enorme y transparente. De la bolsa del mandil sacó una cajetilla de cigarros y la puso sobre la mesa, junto a la señora de los lentes negros. Fue hasta entonces que el hombre apartó de su cara la revista de fútbol. Acabé de comer solo. De postre me dieron una naranja de cáscara reseca. Pero no la probé siquiera.

Abandoné el comedor a las cinco de la tarde. Lloviznaba. De paso a mi cuarto vi parado, en el umbral de la puerta de la cocina, al quinto habitante de la casa, otra vieja, de faldas largas. Casi al mismo tiempo nos saludamos. Ella era Natalia Rosas, la cocinera, amiga de juventud de la señora Gil. En honor a una amistad de más de medio siglo, Natalia Rosas debió haber tenido más libertad y atribuciones que las mínimas que se le concedían entonces. Tenía tanto acceso a la despensa como yo, y si necesitaba sal o azúcar, un gramo que fuera, debía ir a pedírselo a la señora Gil a su pieza. Sin embargo, esta humillación diaria nunca cerró bien su círculo en torno al alma de Natalia, que escapaba de él, comprando sus propias cosas. Hacía su café todas las tardes y se sentaba a saborearlo recogiendo en la penumbra de la cocina tranquila. Y fue una tarde de esas, semanas después, cuando nació la amistad entre ella y yo.

Ya en mi cuarto, encendí la lámpara del buró. Estaba oscuro como la noche. Y frío. Afuera el cielo no cesaba de gruñir y revolverse. Mi ropa se había quedado dispersa sobre la cama, pero yo me sentía flojo y sin ánimos de seguir acomodándola. Volví a tumbarme en la cama. Un trueno sacudió la casa hasta los cimientos,

e inmediatamente comenzó a caer el agua a cántaros. La luz de la lámpara se apagó.

El resto de la semana el cielo estuvo despejado. Fui a inscribirme a la universidad, a las oficinas, que estaban en una casona de una sola planta, en una calle de escaso tráfico. Entré cargado de papeles, fotografías y copias fotostáticas. Adentro hervía de estudiantes, arracimados ante tres o cuatro ventanillas, que hablaban y discutían como mujeres en un mercado. Las voces y los gestos inflamados por un entusiasmo común. Yo no supe integrarme a aquella atmósfera. Igual a otros, permanecí aparte y sin saber a cuál de las ventanillas dirigirme, pues todas mostraban únicamente un número arriba. Recuerdo que para aliviar el desconcierto y la extrañeza que me invadían, me di a revisar, falsamente interesado, mis papeles. Dos horas después, ya estaba yo de vuelta en la calle. Caminé bajo un sol sabroso las muchas cuadras que me separaban de la casa.

Esa mañana la señora había recibido a los demás huéspedes que esperaba. De ellos (seis), un tal doctor Romero me llegó a parecer, andando los días, el más singular. Tenía veintitantos años de conocer a la señora Gil. Al término de su carrera se ausentó de la casa unos pocos meses, nada más, y luego volvió y ocupó otra vez su cuarto de siempre. Esa mañana de septiembre acababa de regresar de vacaciones con su gente, que vivía en un pueblo en la costa del Pacífico. Le había traído a la señora Gil fruta y quesos. La señora Gil se llevó todo a su pieza. Pero a la hora de la comida la vi, en el postre, atacar un mango enorme; lo mismo que a su yerno —el hombre de la revista de fútbol— y que a su hija —la mujer de los lentes negros—. El doctor Romero estaba con nosotros, los huéspedes. Entre bocado y bocado, platicaba con el yerno. El doctor dijo que había ido al mar y que una ola le había hecho tragarse una tonelada de agua verde, arrojándolo después a la playa, a una playa desierta. El yerno —José Merinos se llamaba—, desde la otra mesa, miraba incrédulo al doctor, y no paraba de chuparle al mango las finales barbitas de oro. Todos notamos que estaba dándole tiempo al doctor para que se metiera en honduras y caerle en una mentira de la cual no le fuera posible

zafarse. Pero el doctor Romero sospechó la intención de Merinos, y cortando por lo sano su historia, se recluyó en el silencio. El yerno sintió que se le iba la oportunidad, de modo que dejando en el plato los restos de la fruta, se apresuró a seguir al doctor a su retiro. Y le dijo:

—Usted nos había dicho que no sabe nadar, doctor. ¿Cómo está eso, pues, que se le va adentro tanta agua y no se hunde?

El doctor agachó la cabeza, los de la mesa le vimos cerrar los ojos y apretar la mandíbula. Merinos sonreía. También la esposa, pero con discreción.

—Mire usted, Merinos —dijo por fin el doctor—, una ola puede levantar a un barco y ponerlo en tierra como si se tratara de una basura.

Al yerno se le borró la sonrisa de la cara. Las barbitas del mango le habían dorado la piel alrededor de los labios. No se quedaría callado aunque lo mataran.

—Usted lo ha dicho, doctor —dijo—: a un barco, pero usted no es un barco.

Alguien, mientras comíamos, había subido a mi cuarto un botellón con agua y un vaso. El botellón era verde, como la ola del doctor, y tenía el vaso embrocado en el largo cuello.

Dormí mucho. Hasta las siete de la noche. Cuando desperté, no supe dónde me encontraba ni qué era lo que estaba haciendo yo en aquel lugar. Fue instantáneo. Luego se oyeron abajo las voces de Olga, de Natalia Rosas y de la señora Gil. El aire olía a café. Las tres mujeres hablaban del doctor Romero. La dueña dirigía, encauzaba, la lengua de las otras dos. Su voz era aguda, temerariamente exaltada. Si el doctor Romero hubiese entrado entonces de la calle habría asistido a su propio descuartizamiento. Sin duda, la hija de la señora Gil advirtió el peligro, porque, encendiendo el foco del patio, les ordenó a las mujeres que se callaran. Magdalena Gil de Merinos tenía fama de violenta y amarga entre los huéspedes. El grito que echó a la puerta de la cocina, arrancó de las gargantas una exclamación de auténtico espanto. Hay gritos que sacuden de raíz el aire; incluso, que abaten el olor a café.

Nunca probé el agua del botellón. Vinieron los meses de invierno y al agua se le formó una capa de limo que brillaba a la luz del día, y de noche, a la luz de la lámpara, que yo había trasladado del buró al escritorio. A mí esta visión submarina me ayudaba en las noches a descansar los ojos, irritados por la blancura de las páginas de los libros. Tal vez por eso me resistía a que le cambiaran de agua al botellón. La noticia de su existencia llegó a oídos de la señora Gil una mañana de marzo. La nueva muchacha que aseaba mi cuarto, Amanda, se había cansado de pedirme el botellón para lavarlo y asolearlo. Sentía por él un asco insuperable. Pero en marzo empezó a volver el calor y Amanda, imaginándose no sé qué del limo, decidió recurrir a la máxima autoridad de la casa. Y acertó. La señora Gil le mandó bajar inmediatamente el botellón y que me dejara nada más el vaso. Amanda hizo lo que tenía que hacer, en ausencia mía. Yo no me di cuenta luego. Fue un sábado, y los sábados yo no abría para nada los libros sino que iba al cine o a platicar y reír con los otros huéspedes al cuarto del balcón a la calle. El doctor vivía en el cuarto contiguo a éste, solo, así que no era raro que yo me lo encontrara de visita en el de sus vecinos. El doctor tenía un repertorio de anécdotas de algunos de los huéspedes que habían pasado por la casa a lo largo de veinte años. Nos las contaba parado en el centro de la pieza, con rigurosa y secreta secuencia. Las resurrecciones obradas me producían gran malestar. Pero una noche el doctor ya no fue (la noche del sábado que Amanda se salió con la suya). Contra la costumbre, el grupo se deshizo temprano. Yo bajé a la calle. El tráfico estaba muy lejos de morir. La noche de marzo, su atmósfera tibia me invitaban a caminar. El doctor Romero me alcanzó en la esquina de la casa. Iba a la farmacia. Caminamos bastante rato en silencio. Luego le pregunté por qué no había estado con nosotros esa noche. Me respondió que no iría más.

—Cuento esas cosas porque me hacen daño acá adentro —me dijo—, imagínese usted: ni una sola de las personas a que hago referencia en las anécdotas vive ya. Ustedes se ríen. Y es porque no entienden.

Llegando a la farmacia me despedí del doctor. Entonces busqué calles sin ruido, las solitarias y apartadas. No era la primera vez que yo caminaba por ellas. Y no sería, tampoco, la última.

La biblioteca del Consulado de los Estados Unidos tenía amplios ventanales a la calle y se hallaba al fondo de una placita pública. Durante el primer año de escuela la visité cinco o seis veces, siempre para preparar exámenes. Pero en el segundo año, recuerdo que una tarde de viento en los árboles de la placita sentí ganas de entrar sin libros y sin las hojas sueltas de papel donde anotaba tanta cosa caediza. Los muebles y estantes estaban hechos de una madera punto menos que blanca. Eran luminosos. Tomé una novela cuyo título me llamó la atención. Leí hasta que se metió el sol y vinieron a avisarme que iban a cerrar. Afuera, la noche había caído. No quise ir luego a la casa, a una cuadra de distancia, y me senté en una de las bancas, mirando hacia la biblioteca. Las luces del local permanecían encendidas. Las dos mujeres encargadas, empujando sendos carritos zancos, iban de mesa en mesa clara recogiendo libros y revistas. Uno podía tomar el libro que se le antojara de un anaquel, pero no volverlo a su sitio. A mí aquellos carritos me parecieron, a los pocos minutos, máquinas de guerra o de fiesta —según se les viera—, por sus torres trucas, y nada derechas, de libros de todos colores y dimensiones: algo de la intensa claridad reinante en el local los envolvía, los incendiaba sin consumirlos, de manera que nada tardé en tenerlos por cosas ajenas al mundo. Fue breve mi visión. Luego, las mujeres comenzaron a acomodarlos. Un hombre de bata azul vino a ayudarlas. Era una cruz de portero y celoso policía (delgado como una espiga) que ejercía su oficio sentado detrás de un alto pupitre, a la entrada de la biblioteca. Llegáramos a ser buenos amigos. Se le conocía por Franco. El rumor del tráfico de la calle próxima era constante. Franco y las mujeres, como peces, desaparecieron silenciosamente de mi vista. Me levanté. Pensé en las clases del día

siguiente. El año escolar estaba por acabarse. Un mes más y tendrfa los exámenes encima. Sin embargo, esa noche no toqué los libros ni estudié mis apuntes. Cené con el doctor Romero y otro huésped, y luego volví a la calle, a caminar.

En la semana, por sugerencia de Franco, me convertí en socio de la biblioteca. Mediante una tarjeta podía llevarme a la casa hasta tres libros y tenerlos conmigo un mes. No usé de inmediato este privilegio: continué yendo por las tardes, cuando las tenía libres. Terminé pronto la novela. Di con otras, y con otros libros.

Una tarde de grandes nubarrones, la biblioteca quedó como en tinieblas; las páginas de los libros abiertos en las mesas, despidiendo una especie de luz fosfórica que iluminaba los rostros de los lectores. Por qué no encendía Franco las luces, me pregunté contrariado. Pero Franco sí había tratado de hacerlo. Al alcance de su mano tenía los interruptores, nada más que sucedía que no había corriente eléctrica. El aguacero que luego se desató era torrencial, y la luz de los relámpagos entraba a herir al animal que llevamos adentro. La placita de enfrente era un borrón. Volví a mi silla, me senté y cerré el libro. Había poca gente en la biblioteca. Los que eran viejos amigos de Franco, fueron a la puerta de entrada a platicar con él. En las mesas nos quedamos el resto, profundamente tranquilos. En medio de esta tranquilidad percibí, entonces, el olor de los miles de volúmenes que me rodeaban. Al cabo de veinte minutos tuvimos luz, pero en la biblioteca determinaron que lo mejor era echarnos afuera y cerrar: generalmente, cuando estaba así de tormentosa la tarde, no una, sino varias veces se cortaba la luz. Franco, el policía, tras de comprobar —¿cómo?— que no llevábamos con nosotros ni la sombra de un volumen, nos abrió la puerta. Y entramos a la lluvia.

El periodo de exámenes finales duraba entre dos y tres semanas. Sólo me faltaba de presentar uno cuando la víspera me llegó un citatorio del departamento escolar. Recibí el papelito por la mañana, y en la tarde del mismo día fui a las oficinas a ver de qué se trataba. Las oficinas estaban cerradas pero un conserje, a quien enseñé el papelito adornado con una firma selvática y negra, me dio el paso. Allí no había más estudiante que yo. De una de las

ventanillas, desierta, salía el ruido, como de picotazos, de una máquina de escribir. Yo debía entenderme con el jefe del departamento escolar, Fontes. Acercándome a la ventanilla donde se oía la máquina, pregunté por él. Me dijeron que estaba en una junta con otras personas y que tenía que esperarlo. Lo esperé dos horas y luego me llamaron a su despacho. Hallé a Fontes bebiéndose una coca cola, sentado en su escritorio desbordante de papeles. Fontes terminó finalmente con el refresco, y, poniendo la botella en el piso, me pidió que me sentara. Fontes era un funcionario de bigotes extremadamente lacios, que llevaba poco tiempo en el desempeño de su cargo. Me miró unos momentos, y casi a quemarropa, esto fue lo que me dijo:

—El problema suyo es que toda la documentación en base a la cual usted ha hecho con nosotros dos años, se ha extraviado.

Fontes, pequeño, encanijado, irguió el tórax después de sus palabras iniciales. Entonces descubrí que tenía un tic nervioso bajo el bigote, en la comisura izquierda. Pidió otra coca y cigarros a un proveedor invisible que debía encontrarse por allí, fuera de la oficina. Pensé que la cosa iba a ser larga. Pero no; el secretario en seguida se lanzó a la segunda parte.

—Lógicamente, pues —dijo tratando de domeñar su encabritado tic—, ese par de años quedan en el aire, como si usted no los hubiera cursado jamás.

Y luego vino la promesa de que ellos harían lo posible por solucionar mi problema si yo lograba conseguir, diez días máximo, una copia de todos los papeles que entregara yo casi dos años antes, en septiembre.

—¿Y el examen que tengo para mañana? —pregunté.

—Preséntelo usted si quiere. A lo mejor con suerte le sirve.

La coca cola y los cigarros llegaron cuando ya me iba. Yo recuerdo que el mozo que los traía, al entrar, se cuadró como un mlite.

Junio. Las lluvias. El día del citatorio, por la mañana, había yo sacado de la biblioteca un libro grueso, empastado en rojo. El primer libro que me llevaba a la casa. Esperaba empezar a leerlo y dejarlo algo avanzado después de terminados los exámenes, en la

semana que nos quedaba libre, pero la entrevista con Fontes precipitó, esa misma noche, la lectura.

Regularmente, para las nueve de la noche, el silencio en el segundo patio de la casa era total. Uno podía levantar el muro de su propia soledad tan alto como el cielo y más si llovía. Traté de leer el libro en mi cama y me fue imposible. Pesado y voluminoso, me cansó luego los brazos. Entonces opté por levantarme y sentarme al escritorio, llevándome conmigo la lámpara del buró. Las primeras hojas las leí como aturdido, en medio del estruendo de mi odio por el secretario. Lesía mal, como un hombre que nada contra una corriente furiosa que amenaza con ahogarlo. Pasaron unas dos horas así. Luego, el íntimo estruendo cedió. Comencé a oír de nuevo la lluvia en el patio. Iban a ser las doce de la noche. Mientras oía caer el agua, recuerdo que me sentí duro y transparente como un cristal; despojado de mi carne en la que el secretario había mordido esa tarde. Las palabras del libro resonaban al fin. A las cuatro de la mañana lo dejé y me eché en la cama, vestido como estaba.

IV

A Natalia Rosas yo la llamaba Rosas. Después de tres años de estar viviendo en la casa de la señora Gil, la amistad de Rosas y yo había cuajado. Rosas me invitaba por las tardes, cuando yo no tenía clases, y ella se daba cuenta, a tomar café negro. Reservaba para mí la parte menos oscura de la cocina y la silla más cómoda de las dos que allí había. Yo aceptaba gustoso estas distinciones: Rosas hacía de la cocina su casa, y yo era su huésped de honor. Nos sentábamos en silencio a beber nuestro café, vuelto cada uno a sus pensamientos. Sentado junto a la puerta me tocó ver morir muchas tardes en el patio. Pero a veces la señora Gil venía y nos acompañaba de modo transitorio, y entonces esta gracia que me era concedida —ver morir la tarde— se esfumaba. La señora Gil venía a espiarnos. Se asomaba a nuestras tazas preguntando qué era lo que estábamos tomando. Yo nunca le contesté. Era Rosas la que se encargaba de hacerlo, con un tono de desnudo fastidio en

la voz. La señora Gil —Rosas me hizo reparar en el detalle— tenía meses que no entraba a platicar con ella a la cocina.

—Estamos peleadas —me confesaba.

Las fugaces visitas de la dueña de la casa tenían su lado bueno: rompían nuestro silencio. Apenas se salía la señora Gil de la cocina empezábamos a hablar. Me contaba Rosas de su hijo Pedro, que venía a visitarla los sábados montando una bicicleta. Pedro trabajaba en un expendio de carbón. El diablo lucía más limpio que él, tiznado hasta los dientes y el blanco de su ojo único. Había tomado la costumbre de lavarse la cara y los brazos en la llave del patio, lanzando resoplidos al aire y sacudiéndose el agua como un perro, y esto, según Rosas, molestaba mucho al matrimonio Merinos. Pero no eran ellos los que lo decían, sino la señora Gil, llegando a pedirle, últimamente, que recibiera a Pedro afuera o en el pasillo. Rosas lloró de rabia y sentimiento. La señora Gil se asustó de la reacción de su amiga y trató de calmarla. Le dijo algo de Merinos. Algo, también, de Magdalena, la hija. Mas Rosas nada que dejaba de llorar: al contrario, su aflicción cobraba mayor hondura, renovada intensidad. A la dueña le asomaron las lágrimas a los ojos. Y transigió: que Pedro continuara lavándose en el patio, pero sin escándalo, sin anunciarlo a nadie. Una cosa nos chocaba a todos —y quizás por eso no se le quería— de Pedro Rosas: era un fanfarrón. No había semana que no tuviera uno o dos pleitos fuertes, de los que comprometen la vida, y de los que siempre salía limpio, como un muchacho. Se los relataba a su madre con pelos y señales, y Rosas se acongojaba de veras.

—No le crea usted —le decía yo.

Pero ella movía negativamente la cabeza: yo no sabía que Pedro había sido casado con una mujer hermana de unos hermanos terribles que casi lo matan una noche. Pedro en la refriega perdió el ojo, y fue a dar al hospital, donde estuvo treinta días.

—De eso hace unos seis años —me decía Rosas, que se paraba a servirse otra taza de café.

A la segunda taza ya no la acompañaba. Le mentía que tenía mucho que estudiar. La tarde se estaba yendo y yo tenía que aprovecharla en la biblioteca.

De la biblioteca salía cerca de las nueve de la noche. Pero antes me detenía a conversar un poco con Franco. Aunque él nunca leía ni le importaban los libros, siempre mostró por mis lecturas interés sincero. Me confiaba, en secreto, los títulos nuevos que había adquirido la biblioteca para una colección a la que no tenía acceso directo el público. Los libros de esta colección eran caros, la mayoría bellamente encuadernados en piel. Eran para el uso exclusivo de los socios, bajo ciertas condiciones. Por miedo de no ir a dañar alguno —que tendría que pagar— y porque Franco no sintiera que sus secretos los aventaba al aire, en tres años me llevé a la casa sólo dos. Franco comprendió mis motivos, pero me siguió informando igual de las novedades. La única cosa que no me gustaba de Franco era que, a veces, me hiciera preguntas de mi vida en la escuela, de mis estudios. Creía halagarme con esto. Yo tenía ya tiempo de sentirme extraño en aquella atmósfera y entre mis compañeros de clases. La idea de que la realidad que había encontrado yo tres años atrás, en un septiembre lluvioso, se había convertido en un sueño turbio, en una galería circular que me estaba asfixiando, se me hincaba más y más, con los días, en el alma. Mi resistencia —por todos los caminos— a que ese sueño invadiera la región de mis vigiliias, era creciente. Por eso le respondía a Franco con monosílabos, a duras penas.

—¿Y le falta mucho para terminar? —me decía Franco, mirándome desde su pupitre con sus ojos desteñidos. La pregunta era como una piedra de tropiezo para Franco. La había topado en su camino hacia mí no menos de quince veces.

—Este año y el siguiente, Franco —le contestaba yo.

—Este año y el siguiente —repetía él.

Yo tenía cenando solo bastante tiempo. No era raro que a mi regreso encontrara la cocina y el patio a oscuras. Pero no me preocupaba. Rosas no se acostaba sin dejarme, en el mueble de cedro del comedor, un vaso de leche y pan. Cenaba lentamente. A mis oídos llegaban las voces y la música del televisor encendido en el cuarto —sala y recámara a la vez— de los Merinos, en el primer patio. El ruido del aparato me resultaba benéfico después de las horas de silencio en la biblioteca. Me ayudaba a disipar la

humareda de tantas letras. Me imaginaba a José Merinos y a su mujer sentados, como todas las noches, frente al televisor, comiendo, como todas las noches, las papas fritas con salsa picante que la señora Gil les preparaba desde la tarde. La antipatía que Magdalena Merinos despertaba en los huéspedes se hacía extensiva a su esposo, pero ellos la olvidaban cuando había buenas peleas de box y el propio Merinos los invitaba a verlas. Al doctor Romero, este doblez de los huéspedes lo sacaba de sus casillas. Decía:

—Por lo que éstos hacen, valen lo mismo que el futbolista (Merinos), que ya sabemos no vale nada.

Al doctor le constaba que Merinos no era hombre dado a la práctica del deporte, de ningún deporte. Y, sin embargo, insistía en llamarlo futbolista.

—Ya sé —me atajaba, previendo la objeción— que el yerno no le pega una patada ni al mundo. Lo apodo como lo apodo, por otra causa.

Me enteraba entonces de que José Merinos tenía en la cabeza goles y no sesos; goles podridos. Y era este acervo, precisamente, lo que le daba, a juicio del doctor, su ser de futbolista.

—Pero usted concibe a los goles como si fueran naranjas —le decía yo al doctor.

—Nada importa, mientras usted me entienda —me contestaba.

El doctor llevaba varias semanas sin pararse en la casa. Por la señora Gil supe que se había ido a vivir a su consultorio.

—No hará allá sus alimentos —me aclaró la dueña—, ni en ninguna otra parte. Él seguirá asistiendo aquí. Es probable que no se halle en la ciudad. Ahora, que yo creo que el doctor nos ha medio abandonado porque tiene un amor con el que pasa, de seguro, las noches.

José Merinos era como Pedro Rosas en un aspecto: los programas de televisión que lo entusiasmaban, también lo hacían resoplar y echar jubilosos gritos que llegaban hasta la calle. Me apresuré a acabar de cenar: el yerno feliz era un hombre al que le encantaba explayarse sin medida.

El bosque.

Un día de noviembre, fuera de la ciudad, descubrí un bosque. Los árboles eran altos, de tronco liso, descortezado. Por ese tiempo estaban desnudos y sus hojas se acumulaban en el suelo, formando espesa capa. Subían por la pendiente suave de una loma hasta una casa que había allí abandonada. Del otro lado de la loma los árboles se acababan de pronto y sólo se veía pasto apretado y seco. Más allá había otras lomas, con hierbas y ruidos de monte. Aquella tarde el sol se estaba muriendo. Aunque los árboles ardían de arriba, abajo, entre ellos, nacía ya la enorme sombra del crepúsculo. Quise, antes de que la noche cayera, acabar de recorrer el bosque. Mis pasos sonaban poco sobre las hojas que la lluvia del día anterior había mojado, y en algunos sitios me hundía en ellas hasta los tobillos. En un suelo submarino, apenas alumbrado, buscaba yo la vereda que me permitiera caminar más de prisa y no la encontraba: temía romperme un hueso y tener que hacer así el camino de regreso. Este camino, unos cuantos kilómetros, desembocaba en la carretera que, en veinte minutos y en camión, me ponía en la ciudad. El camino, cuando salí del bosque sombrío, no estaba oscuro sino luminoso, como si hubiera guardado, para el último momento, toda la luz del sol recibida. En su mayor parte era recto, de modo que al ir andando por él uno podía seguir viendo los árboles con sólo voltear la cara. Desde allá me llegaba su relente y un aroma tenue de hojas que yo, deteniéndome, respiraba con placer. Me sentía extraordinariamente feliz. Hubiera deseado quedarme para siempre y que nada de lo que me rodeaba entonces sufriera el menor cambio. Sin embargo, apresuré el paso: traía la noche encima.

Entre el bosque y yo había surgido un reconocimiento, como si fuéramos dos viejos amigos que se vuelven a encontrar.

Esa misma noche pensé mucho en el encuentro. Yo debía volver otra vez, y pronto. Yo había dado con algo: una de las fronteras, quizás, de mi verdadero país. No se me ocultaba que esta forma de hablar estaba gastada como una moneda. Pero yo debía usarla, servirme de ella con entera confianza. Los únicos días libres de los

que podía disponer a mi antojo, para regresar al bosque, eran los sábados y los domingos. Me inclinaba yo mejor por los primeros, pues simbolizaban para mí, sobre todo si amanecían soleados, la libertad. Cinco días de niebla continua y de aulas como prisiones, terminaban siempre con el advenimiento del sábado. El domingo era otra cosa: reposo, calma reflexiva y aprovisionamiento apasionado de lecturas. En todo el día sólo una vez bajaba a la calle a caminar por una ciudad desierta, después de comer. No caminaba a mi manera habitual, pausadamente, sino dando grandes zancadas, como uno que lleva mucha prisa. El ejercicio vigoroso acababa por sacar de su jaula de papel y abstracciones a mi espíritu entumecido. Y él se fundía, autónomo, volátil, del modo más perfecto, con una realidad que nada tenía que ver con los libros: el cielo espléndido y la admirable luz del sol. No quiero decir con esto que yo dilapidara el otro tiempo, el del sábado. No. Entonces también leía, y mis ojos casi no conocían el descanso, pero en mí había, a la vez, un animal que celebraba alegremente el fin de semana, de clases. La idea de una frontera a cruzar, y la de un animal gozoso, se complementaban bien, según yo. El retorno al bosque sería una fiesta.

Pero no tardé en sentir lo poco que era visitar una vez por semana al bosque. Nada importaba que me fuera yo a él desde temprano los sábados, y que siguiera, a la sombra alta de sus maderas y en la paz del campo que lo rodeaba, el curso silencioso del sol hasta la tarde: yo sentía lo mismo: una sed de estar allí, de no regresar a mis otros intereses. Y comencé a ir también los domingos. Y después todos los días que me dejaba tiempo la escuela. La piel del bosque olía a resina. Al mediodía más que nunca. Pero en la piel del bosque estaban también sus árboles; y el clamor difuso, de punta roma, que llegaba desde afuera, apenas si lo penetraba. Del aroma de esta envoltura que las estaciones periódicamente arruinaban, volvía yo saturado a la casa: pero en él no radicaba ni mi sed, ni su alivio.

El bosque era otra cosa para mí. No sé, ahora, todavía qué. Acaso jamás lo sepa. Cuando quería pensar en ello me encontraba siguiéndolo, sin proponérmelo, con deleite, la línea viva de sus

dibujos superficiales, el movimiento de su cuerpo de animal silencioso. Hubo tardes en el verano que me sorprendió ahí el viento. Entonces el bosque se levantaba y se ponía a cuatro patas y subía hasta el filo de la colina. El viento ya no se aplacaba. Y detrás de él, sobre el monte, en medio de remolinos de tierra y del vago rumor de las hierbas, avanzada la tarde, comenzaba a irse el sol. Los árboles temblaban, encendidos con un fuego rojo que cundía lento por sus agujas y que a mí me deslumbraba sin quemarme, revelándome de paso la clave para ser feliz. Pero este secreto era una ficción, como tantos otros que procedían de idéntica fuente. Y sin embargo, el deslumbramiento era efectivo, algo con lo que yo podía contar durante meses. De una estación a otra. De un año a otro.

v

Mi soledad, a principio de mi quinto año de escuela, era honda. Mi vida regular de estudiante me parecía un mal sueño, un tristísimo ir y venir por caminos que no eran los míos. Pensaba yo en los libros de texto como en piedras de esmeril que me desollaban. Entre clase y clase, buscaba de estar solo con avidez, y la mayoría de las veces lo lograba. Había un desconsuelo radical en mí: de aquel sueño no saldría yo —pensaba—, caso de que saliera, indemne. Su huella permanecería, y andando el tiempo, en otros lugares, atraería sobre mí, como una llamada, la sombra de otros sueños de igual linaje. A veces, este apartarme no bastaba, y abandonando las clases volvía a la casa. Me encerraba entonces en el cuarto. Sosiego absoluto. Oscuridad en pleno día gracias a que había cerrado la ventana. Tendido boca arriba, en la cama, oía de cuando en cuando, como si fueran perdidas gotas de agua que se estrellaran contra una piedra en mi oído, las transparentes voces de los habitantes en el segundo patio. Pedía Rosas una cabeza de cebolla a su amiga. Luego el silencio de nuevo, en el patio. A la pobre Rosas se le cargaban los achaques: los pies planos le hacían sufrir: una reuma le partía su cuerpo breve por la espalda... El doctor Romero quería a Rosas, y se lo decía:

—Mira, vieja: nadie en este mundo te tiene tan adentro como yo. Ella le sonreía, no sé si escéptica o halagada. Pero el doctor unía a las palabras los hechos:

—Toma —le daba un billete—, para tu café, para lo que te haga falta.

Que la voz de la señora Merinos —Magdalena— sonara, era una especie de desgracia para todos. El doctor me decía que oírlo era asistir a la muerte del alma. Muerte que se nos manifestaba en el aire, volando como un pájaro histérico. Interferido el mensaje de Rosas a la señora Gil por Magdalena, el silencio se redoblaba y se volvía penosa su presencia. La cocinera se estaba tragando lo que había dicho. Comenzaba yo a imaginarme la cebolla más grande que una cúpula de oro macizo, una joya. Tanta miseria en el patio me enfermaba también. Mi mal sueño, del que había huido esa mañana, tenía profundas raíces de insospechada extensión: las dos mujeres Gil, cicateras hasta el tuétano, tan ajenas a mi verdadera vida, cooperaban a oscurecerla. Aprendía a identificar al enemigo. Metía la cabeza debajo de la almohada y me apretaba con ella los oídos. Obraba como si las voces fueran a ser eternas y no las ocasionales, las perdidas gotas que en realidad eran. Pero es que yo me sentía herido, rajado por un sol que no se ponía nunca. Con todo, esta manera de querer despertar, en nada me remediaba ni mejoraba: igual pudiera haberlo hecho un niño. Sólo dos o tres veces de las seis o siete que así huí, llevé la cosa al extremo. No bajé a comer, tampoco a cenar: las caras me habrían también causado daño. Pero me quedaba la noche.

En el comedor me esperaban el pan y la leche de Rosas. La luz del primer patio alcanzaba a iluminar, con una claridad dudosa, a través de los vidrios de colores de la puerta del comedor, los alimentos. Pero yo los encontraba, en parte por la costumbre y en parte porque me guiaba la blancura del trapo que los cubría. Recargándome en el trinchador, comenzaba a comérmelos. El pan, de costra morena, si yo lo soltaba un momento de mi mano, se me perdía en la penumbra como si tuviera vida propia y nada quisiera conmigo. El vaso de leche no. Ése era como un cilindro lleno de luz blanca. Destapararlo y contemplarlo, por breve que fuera el

tiempo, varias veces me provocó un temor indefinido: Rosas había traído al comedor, al mueble de cedro, un objeto muy distinto al que ella pensó para mí. Podía no beberme entonces la leche como el sentimiento de temor se me presentara fuerte: pero al otro día era de rigor darle una explicación a Rosas.

—Yo corro un riesgo que usted no se imagina —decía—. Imelda se da cuenta que yo le dejo a usted de cenar y de que la mitad de esa cena, para colmo, se pierde...

En una ocasión la oyó el doctor.

—¿Y de qué te preocupas? Total, te botan estas gentes y tú te vas a la casa donde tengo el consultorio: allí hay donde te acomodes. Nada más no te vayas a ir con Pedro, vieja.

Parecía que aún no tenía yo bastante soledad. Eran las once y media de la noche. Terminé con las últimas virutas de pan y salí a la calle. ¡Qué existencia tan desnuda la mía! Siempre las mismas puertas cerradas que no lograba abrir. La terca ronda de mis pasos frente a ellas. La única y sola calle. Así me lo figuraba yo, que caminé durante cinco años. Calle cuyos diferentes trechos reales mi alucinado sentido de orientación seguía e hilvanaba secretamente. Yo esperaba encontrar en su desembocadura una plaza, un espacio abierto...

Prácticamente vivía yo en la biblioteca del Consulado. Los tres libros que tenía derecho a sacar no me bastaban sino para llenar las horas de la noche y las primeras de la mañana. Para el resto del día sentía la necesidad de otras lecturas. En el quinto año de escuela yo estudiaba poco. Había comprendido que los libros de texto eran una trampa y trataba de evitarla. Eran como una pocilga donde se me acababan el aire y la luz. Y detrás de estos libros estaba el mundo atroz, estéril, de los profesores; de la universidad, Franco me recibía con una sonrisa. Extendía su mano huesuda por encima del pupitre para saludarme. La biblioteca se encontraba vacía. Franco y yo nos poníamos a platicar de cualquier cosa. De adentro de la sala de lectura nos llegaba el olor a desinfectante. Volvíamos entonces, simultáneamente, la cabeza hacia allá, y nuestra mirada se topaba con la empleada que cambiaba los periódicos de la víspera por los del día, de unos listones de madera.

—Ella es la del desinfectante —la acusaba Franco conmigo.

Franco era hombre triste y su figura, envuelta por la bata, ayudaba (por lo menos a mí) a reforzar esta impresión. Pero hablando con él mi sueño cedía, como casa de paja embestida por el viento. Yo, en un mes más dejaría la ciudad y la escuela y la vida que había vivido. Franco me dijo esa mañana:

—Usted se va, ¿y quién lo vuelve a ver?

Nada tenía que responderle. Acabé de entrar a la biblioteca. El olor del desinfectante se había esfumado. Busqué un lugar cerca de la vidriera y comencé a leer. Más o menos tal era mi forma de actuar dentro de la sala casi todos los días. Pero este automatismo, a veces también se me manifestaba arbitrario, seco, haciendo de mí una especie de muñeco que anduviera sobre rieles silenciosos al pie de las estanterías. Esta súbita reflexión podía herirme a fondo; paralizarme, como un veneno, el corazón y la voluntad. Quedaba atolondrado, solo: la tierra firme de los libros se había hundido, porque era ficticia. ¿Cuánto tiempo duraba así? Horas, si nadie acudía a rescatarme; por ejemplo, Franco; si no, la visión de los árboles de la placita de enfrente: de las jacarandas. Yo conocí tantas y tan bellas y distintas encarnaciones como fueron las veces que ellas me salvaron. Pero también, un cielo amurallado, al norte, de nubes y visto a través de la vidriera, a falta de lo anterior me producía igual efecto. Recobrado, tardaba aún en ponerme de pie, pero mientras tanto hacía memoria de mis días y noches de mayor fortuna. Comenzaba por aquella noche de tres años atrás. La noche de la tarde que hablé con el secretario Fontes, el odio por él, el librote denso entre mis manos, sus primeras páginas desperdiciadas, la lluvia sonando afuera... Pero luego, la paz y la certeza de haber dado con una verdad. Yo medía la fortuna según era la distancia que me separaba de esa verdad; de la que tampoco sabía nada; un puro asedio todo: el día de ayer, la hora presente, los minutos —uno a uno— desfondándose, yéndose a pique en mi propia soledad. Aquí, mi memoria se eclipsaba y yo volvía a abrir el libro, preguntándome si tendría tiempo para terminarlo. La muralla de nubes en el cielo se había derrumbado y la espuma de sus escombros era aventada por el viento en dirección a la placita,

a nosotros. Franco, parado en la puerta de la biblioteca, con las manos en las bolsas de su bata azul, que el viento hacía volar de los faldones, me decía, mirando al cielo:

—Ya no tendremos agua hoy. ¡Qué bueno! No me gusta que llueva como llueve. ¿Regresa usted después de comer?

Se cerraba el círculo. Los extremos estaban a punto de tocarse. En un extremo veía, en la luz coloreada del comedor, la figura de José Merinos leyendo su imprescindible revista. Todo terminaba y todo comenzaba a la vez. En cualquier momento, sin pensarlo, podía encontrarme en el comienzo de mi sueño, como si nunca lo hubiese vivido. Merinos era como un llamado a no despertar. Su sólida quijada me aseguraba que la marcha de las cosas era perfecta y que yo podía gastarme otros cinco años de mi vida en celebrarlo. Recuerdo que la mujer de Merinos acostumbraba buscar en los ojos de los huéspedes miradas de reprobación hacia su marido. Jamás las encontró; pero lo que sí había en ellas no atinó, creo, a leerlo. No participaba yo del desprecio general por Merinos, nacido de la impresión de suficiencia que daba al opinar de materias ajenas al fútbol. Su actitud me dejaba frío. Pero no fue así la tarde de entonces. La estupidez de Merinos me resultó evidente. Merinos destruía la inteligencia, enredaba, confundía su ejercicio de por sí anémico en el comedor. En esto, como en otras cosas, yo era un remiso con respecto a los demás huéspedes: mi visión del yerno florecía última, pero alcanzaba, quizás, mayor virulencia. Casi me sofocó la violenta antipatía que experimenté por el hombre. Un silencio grande se abrió dentro de mí como un cielo muy limpio para respirar y recuperarme. Las armas de buena calidad de uno de los huéspedes se mellaban al pegar contra la piedra parlante de Merinos. Las mujeres asistían al duelo con la cabeza baja. Por turno cuchareaban, con afán marcado, la sopa de sus platos, de modo que producían en su campo un ruido pertinaz que estorbaba el discurso del yerno. Merinos, irritado, acabó callándolas, inútilmente. El huésped, atendiendo a una señal del doctor Romero, se retiraba ya. Cuando el yerno volvía a la carga y vio cómo lo ignorábamos en la mesa, la reacción que tuvo me llenó de asombro.

Dirigiéndose a mí me preguntó que por qué estaba tan callado. El doctor arrugó el entrecejo como si no acabara de entender bien lo que había oído. Con su pregunta, lo que hacía José Merinos era defenderse de mí, convertido sorprendentemente en su enemigo. De mí, que si hablaba tres palabras durante las comidas, eran muchas. Merinos, sin esperar la respuesta, cogió su revista y se puso a verla de nuevo. El círculo se había cerrado. Y yo sólo esperaba, para irme de la ciudad, el resultado de los exámenes.

DE ALBA SOMBRÍA

BAZÚA

I

—LOS GASTOS.

—¿Y al regreso?

—Sus honorarios.

Dejó caer la tapa del veliz sobre la cama. Bazúa, metido en un makinof, fumando me miraba.

—¿En qué piensa? —me dijo.

—En el veliz.

—Maletita, ¿no tiene usted?

Me envolvían el humo y el tufo a alcanfor del abrigo.

—Nada —respondí—. Es un préstamo la lámina.

Bazúa chupó el cigarro como si fuera un tubito de miel. Y después del humo:

—Yo hubiera podido ayudarlo —me dijo.

Yo esperaba. Las vergüenzas no son cosa de exhibición. Me puse a mirar el papel de colores del interior del veliz. Los colores estaban muertos.

—¿A qué hora se va usted? —me preguntó Bazúa.

—A las cinco.

—Entonces, allá nos vemos.

Bazúa tiró el cigarro.

—Oiga —le dije cuando se iba—, necesita usted orear ese makinof.

Bazúa volteó a mirarme:

—¿Por qué lo dice?

—Pica en las narices.

Me acerqué a la ventana. El cielo oscurecía la calle. Aún no teníamos el soplo de los aires helados. Le eché vaho a mis manos. También la maletita, pensé, hubiera sido grande. Volví al veliz. De abajo del colchón saqué mi ropa: una camisa, marcada por los alambres del esprín. La olí. No me gustó su aroma; pero, cuando menos, no era como el del abrigo de Bazúa. Acomodé la camisa al fondo del veliz. Había que ir por el papel. Miré de nuevo al cielo plomizo a través de la ventana y temblé, como si me encontrara ya en pleno frío, camino a la casa de Moloy.

Moloy me abrió la puerta.

—Entre —me dijo.

Entré. Moloy cerró y se fue directo a una estufa. Había allí un traste en la flor del fuego. De espaldas a mí, Moloy me preguntó qué andaba yo haciendo.

—Vengo por los periódicos —dije.

Moloy retiró el traste de la lumbre. El aire del cuarto se llenó de luz muy azul.

—¿Trae usted en qué llevarlos?

—No, Moloy. ¿Son muchos?

Moloy destapó un frasco. El frasco, en su mano, arriba del fuego, tenía un color azul.

—¿Le sienta el anís, Ciriza?

—Es bueno.

Moloy lo echó al traste.

—¿Son muchos? —volví a preguntarle.

Moloy se asoma a la boca del traste. Sin mirarme, dijo:

—Véalos usted. En el rincón.

Caminé al rincón. Los periódicos, tres montones, llegaban al techo.

—No quiero tantos —dije.

—Una mina de oro. Pagan bien el kilo —me dijo Moloy.

Los montones se apoyaban entre sí.

—Quién sabe —dije nomás por contrariar el optimismo del otro.

—¿No lo cree?

—Son viejos. Son torres amarillas, Moloy.

—De cualquier modo, Ciriza; hay quien los compra.

Busqué con los ojos dónde encaramarme para quitarle sólo el copete a una torre. No se veían sillas en el cuarto de Moloy. Pero luego descubrí, debajo de la mesa, un cajón. Me disponía a tomarlo, cuando el otro me dijo:

—No, Ciriza. Si no va a llevárselos todos, mejor no le regalo nada.

—Moloy —le dije—, mi línea no es la venta de papel.

—¿Para qué me lo pidió, pues?

Moloy había dispuesto en la mesa un par de tazas y el traste con el anís. El vapor del anís, el perfume del anís, los dos, eran azules, como el aire y la llama de la hornilla. Moloy sacó el cajón de abajo de la mesa. Luego volvió a mirarme.

—Para empacar una mercancía —le dije.

Moloy se sentó en el cajón. La llama a sus espaldas le iluminaba la cabeza.

—¿Sabe usted cuánto tiempo me llevó juntar ese papel, Ciriza?

Levanté las cejas.

—No; cómo voy a saberlo —respondí—. Usted y yo somos amigos recientes.

—De antier.

—De antier.

Moloy se rio a medias. Pero sin ponzofña. Le divertía encontrarse con el eco de su propia voz.

—¿Cuánto tiempo, Ciriza?

—Ya le dije, Moloy.

—Quince años.

Moloy me miró como si de pronto hubieran encarnado en mí esos años.

—¿Y por qué no lo ha vendido? —le pregunté.

—Perdí el interés.
—¿Quince años después, Moley?
—Catorce, Ciriza. Pura inercia lo demás.
—Yo no hubiera durado tanto.
—Porque usted no sueña, Ciriza.
El que se rio entonces fui yo.
—¿Usted sueña con papeles, Moley?
Moley no me contestó.
—Tómese un anís conmigo —dijo.

IV

Bendición para mi estómago vacó la bebida. Moley lo advirtió y me invitó otra taza. El cuarto de Moley no tenía ventanas.

—Aquí está y no está oscuro —le dije.
—Por la luz del verano, Ciriza. Sigue viva.
—Y por la de la llama...
—No; aunque la apagara...

Sorbimos en silencio el resto de la bebida. Yo me encontraba de pie; Moley, sentado. Moley miraba la mesa. En aquel cuarto tampoco había reloj. La cita con Bazúa me venía una y otra vez a la memoria. Desayuno topaba yo al azar; pero el desayuno estaba, convirtiéndose en visitación. Ni la mañana ni la tarde de ese día eran para los amigos. Un negocio, centavitos, el traslado, me llamaban primero. Le pregunté a Moley la hora. Moley, que me había estado hablando al estómago como si yo llevara ahí la cara, enderezó la suya, me miró un momento, y luego, bajándola, desvió la mirada hacia la bolsa de la camisa para sacar de ahí un reloj. Sus dedos índice y pulgar de la mano derecha lo pescaron con la habilidad del muy carterista. El reloj salió girando colgado de una gruesa cadena con varios nudos. Moley esperó a que se desbarataran solos. Yo miraba al reloj ir entrando a la calma como un pez a la muerte del aire. En su agonía, el reflejo azul de sus escamas nos acribillaba a los dos; más a Moley. Algo ciego quedé cuando al fin se detuvo. Quieto y frío, como una luna. Su dueño me dijo la hora.

Lo abandonó luego en la mesa, con los números para arriba. Para que yo los viera, entendí. Las gracias al otro, por eso fueron; no tanto por la información. En menos de una hora podía, desahogadamente, terminar de hacer lo que me faltaba.

—¿Hay urgencia? —me preguntó Moley.
—Ninguna, por ahora.

Moley volvió de nuevo la mano a la bolsa de la camisa, sacó dos picadientes:

—¿Quiere? —me ofreció.

Los picadientes aprisionados entre los dedos, tenían la forma de una v.

—No, Moley. Gracias —dije.

—Yo sí. Es como estar en los postres de un festín, Ciriza.

Moley, escarbándose las muelas era harto cuidadoso. De codos en la tabla, se apoyaba. Tardó en embotarle la punta al primer picadientes; lo rompió y pasó al segundo, de reserva en la otra mano.

—¿Y cuál es su línea? —me preguntó en el corto espacio del cambio.

Algo se tardaba en esmerarse.

—Cuando acabe usted —le respondí.

Moley abrió la boca como si fuera a bostezar, se escarbó un poco las muelas superiores, y después, quebrándolo como al anterior, tiró el picadientes al piso.

—Bueno —dijo.

—Bueno —dije.

Y miré al reloj en la mesa, y a Moley, que también lo estaba viendo. El segundero avanzaba por el campo de la carátula, por encima de los números romanos, como el vuelo de una sombra flaca. Volví a pensar en Bazúa, en mi viaje de esa tarde.

—Mi línea, Moley, no es el comercio.

—Ya me lo había dicho usted.

La voz de Moley se reflejó en la tabla; hizo temblar la sombra del segundero, las sombras azules que nos rodeaban.

—El comercio de nada, Moley.

De regreso en mi cuarto, cargando los periódicos regalo de Moloy, me dediqué a llenar con ellos el veliz. Cuando lo pulsé, estaba más pesado que mil velices juntos. Volví a abrirlo para aliviarle la carga. Pero no mejoró mucho. Parecía haberse tragado todo el papel de una torre. Lo bajé al piso, y luego me recosté en la cama. Por la ventana entraba el resplandor gris de la tarde; el frío y el silencio de las calles. Allí me estuve, pensando, yendo de un mundo a otro; yendo hasta que tocaron a la puerta. Me levanté. Debía ser Moloy.

—Las cuatro y media, Ciriza —me anunció al entrar.

vi

Moloy me ayudó con el veliz. Lo llevábamos entre los dos como a una caja de angelito; como a un baúl. Yo por delante. Moloy, detrás, no paraba de hablar y de quejarse del clima.

—Déjeme a mí solo el veliz —le dije a Moloy cuando llegábamos ya a los autobuses—, no quiero que nadie se forme una mala idea de mí.

Moloy descansó el extremo del veliz en la banqueta.

—¿Cómo dijo que se llama el hombre, Ciriza?

Yo no sabía cómo se llamaba. Eso no era lo importante.

—El apellido es Bazúa —respondí.

—Bazúa —dijo Moloy, mirando al bajo cielo de invierno—, es un apellido de la costa.

vii

Bazúa se encontraba sentado en la sala de espera. Cruzado de piernas, leía un periódico. Supe que era él por el abrigo; por las mangas visibles a cuadros grandes del makinof. Me fijé en su calzado, limpio; en el rebote, en las puntas negras, de la escasa

luz de la tarde. Balanceaba un poco el pie de la pierna montada. Pegaban los brillos del zapato en el aire ruidoso de la sala. Había una mezcla de impaciencia y de calma en el hombre. Descansé el veliz en el umbral de la puerta. De la sala se nos venía a la cara un aire con mucho calor de humores. Así era en el cine, los domingos. Moloy se ofreció a ayudarme nuevamente. No, ni un centímetro, fueron mis palabras. Y luego, girando mi cabeza hacia un lado busqué el aire de la calle, el espacio. Me lo bebí como al agua de un estanque. El frío de diciembre me recorrió como una ventisca el cuerpo, la red de sus arroyos, los túneles de sus cañutos. Moloy no hizo igual. Se apresuró a entrar y a acabar de hundir las narices en el sofoco, donde yo veía, como en el sexo de una hembra, un prieto resplandor de pelos. Tomé el veliz y avancé, tan derecho y fuerte como podía aparentar. Moloy caminaba de pareja mía, con las manos en las bolsas del saco; libre, quitado de la pena, como un patrón. La gente me estaba estorbando la visión de Bazúa. Entre las nubes sólo alcanzaba a ver fragmentos de él; alguna ala de su diario. Moloy me preguntó cuál era Bazúa de todos los que andaban en aquel mundo revuelto. Volví a descansar. Sólo unos cuantos metros me separaban ya de Bazúa. El tufo a alcanfor de su makinof comenzó a llegarme entonces. No lo sentí ofensivo como en la mañana. Tal vez porque los demás olores reinantes en la sala lo embotaban. Pero yo le había sugerido que orea el trapo. Y quizás eso fuera. Le dije a Moloy que el hombre no andaba caminando. Que lo teníamos, estacionado, casi frente a nosotros, en la primera fila de sillas.

Fíjese usted —le dije— en el que trae una lentejuela de zapatos.

A mi indicación, Moloy bajó la vista y encorvó el cuerpo. Comenzó después a mover la cabeza y los ojos, como haciendo finitas. Una brecha quería, en el bosque de las piernas. La encontró por fin: escampaba; la sala estaba volviendo a la calma. Moloy miró, despacio, de abajo a arriba, a Bazúa. Bazúa seguía meneando el pie. Las abiertas hojas del periódico le seguían tapando el rostro. Moloy me dijo, en el transcurso de su inspección:

—El calzado de Bazúa es un calzado caro. El abrigo no. Está pasado de moda. Lo usan los pobres.

Nos paramos delante de Bazúa. Bazúa frenó el pie, se apartó el diario de la cara, y me saludó. Otro, cambiado, cuando ya no hubo cortina y él dejó verse. Le devolví el saludo no sin recelo. En la soledad de mi cuarto yo no le recordaba pizca de bigotes; tampoco corbata; ni goma ni ondas en el pelo. El único punto de referencia para convencerme yo de que no estaba bizqueando, era el makinof, era el espíritu del alcanfor. La voz me sonó distinta también. Como si Bazúa, al hablar, no pensara más que en sus zapatos de rico. Lentamente desmontó la pierna. Luego dobló y enrolló el periódico. Daba señales de no tener ninguna prisa en levantarse, como si no fuera ya la hora de mi salida y el momento de ver lo de mis gastos de viaje y estancia.

—Son casi las cinco —me dijo.

—Sí, Bazúa —le dije, temiendo no sé qué desbarajuste en el negocio que traíamos entre manos.

Se dio con el periódico en el muslo. Entonces advertí el anillo, y la piedra: el vidrito alumbrado, que él llevaba en un meñique. Moley volteó a mirarme. Sus ojos eran duros, de envidia.

—Ya no hay asiento para usted —dijo Bazúa.

Me mordí los labios, le miré el bigote al hombre, negro, como dibujado.

—El veliz —dije— pesa toneladas.

Bazúa, me di cuenta luego, no hizo el menor caso de la disculpa. Se levantó. Era tan flaco como nosotros, pero más alto. Las abultadas hombreras del makinof le daban un aire de vuelo, de águila en los cielos que, sin aquella prenda, nunca hubiera tenido.

—No se preocupe —me dijo, no con un graznido sino con la misma voz de por la mañana—. Le compré boleto para el autobús de las seis.

—Gracias, es usted previsor.

Bazúa miró a lo ancho la sala.

—¿Comió? —me preguntó.

El agua de anís no es alimento para nadie, pensé para mí.

—Lo haré en el camino —dije.

—No. Lo invito.

Bazúa no parecía reparar en Moley. Moley me había regalado los periódicos y el desayuno.

—Bazúa —dije—, le presento a un amigo.

—Herminio Moley —dijo Moley.

Bazúa no replicó con su nombre.

—Venga usted también, Moley —invitó.

Bazúa comió en silencio hasta el momento en que nos sirvieron el postre. Moley lo había estado observando todo el tiempo. La joya era lo que más lo atraía. Un par de veces lo sorprendí mirándola desde muy lejos de la envidia. Lejos de esa oscuridad, la piedra se convertía en una fruta de agua, y Moley, en un bobo. Pero las recaídas de Moley fueron una poda; más frondosa, más tupida que antes, allá en la sala, sentí su codicia. Acariciaba con la mirada la superficie de la piedra con una lengua temblona de serpiente. El dulce de leche comenzó a saberme mal, y la compañía de Moley. El daño debió alcanzar mis orejas, después del paladar, porque Bazúa dijo:

—¿No me oye usted, Ciriza?

Levanté rápidamente la mirada del platito del postre, y miré al hombre.

—Dispense, Bazúa —le dije—, estaba yo pensando. Dígame...

A un lado del platito de Bazúa, a su izquierda, había un sobre de correo, con mi apellido manuscrito. Bazúa le echó encima la mano abierta al sobre, la del anillo.

—Sus gastos —me dijo.

En el sobre, billetes, dinero. Pero Bazúa lo mantenía bajo la palma de la mano como a un sapo vivo. Mentira que Bazúa y yo no nos halláramos entonces en aquella fonda, la tarde de un día de invierno, compartiendo la mesa con un tipo como Moley. Me vi con el otro, y con su animal recién atrapado, a la orilla de una acequia. Mes de agosto, mes de sol. Verano, pues. Chispeaban las miradas,

latía el preso. Las palabras que Bazúa me dirigió nada encajaban en lo que acababa yo de oírle. Ciriza, yo, Bazúa, le digo a usted que este sapo se desprendió de los aguaceros de junio, de las tierras de arriba. Dos meses tienen viajando. Y Bazúa levantó la mano.

—Tómelos —me dijo.

La lengüeta de Moly se me adelantó, arañando el sobre.

—Tómelos —repitió Bazúa—. No pican.

Moly sonrió.

—Tómelos, Ciriza —me dijo—. El señor se los da.

Bazúa replicó, mirándolo.

—No es dádiva, Moly.

A Moly se le hizo una mueca la sonrisa. Miró el cabello embadurnado del otro, y a su vez le replicó:

—Un decir, no más.

El dulce de Bazúa estaba intacto. Bazúa lo empujó hacia el platito de Moly.

—Para usted —le dijo.

Como imantado por el dulce de leche, como un sauce bajo el aire, Moly se inclinó. Un rato. Pero luego, con un gesto de triunfo, vencida la debilidad, se enderezó y le dijo a Bazúa:

—No. Dos veces es mucho.

El sobre, en la bolsa interior de mi saco, me calentaba el cuerpo. Gordo lo había sentido al tomarlo.

—En los viáticos —me dijo Bazúa— hay la dirección de un hotel.

—¿Qué hotel? —pregunté.

Bazúa torció el bigote. No miraba a Moly, pero yo vi a Moly en sus ojos.

—Bueno —enmendé—, habrá escrito usted el nombre también.

—Y un croquis, Ciriza. Fácil el caminito.

x

Los tres nos pusimos de pie al mismo tiempo. Se apoyó Bazúa con la punta de los dedos de las manos en el borde de la mesa. Moly no quitaba la vista del anillo. Moly era como un gato atento.

—No lo acompañaré —me dijo Bazúa.

—Ni yo, Ciriza —dijo Moly.

Lo miramos Bazúa y yo. Moly, ¿a qué se quedaba? Ninguna amistad con el otro lo retenía allí.

—Necesito ayuda —le dije.

Moly sacudió la cabeza, las manos, la venenosa lengua.

—Usted ya sabe que puede solo, Ciriza.

Medí a Moly, le medí las intenciones. De toda su persona comenzaba a despedir un vaho helado, como el de un fierro bajo una luna de invierno. En el fondo de los ojos le vi unas sombras creciendo. Moly se apartó de la mesa.

—Es que quiero tratar un negocio con el señor —dijo, y miró de lleno a Bazúa.

Aquello apestaba a nudo. A trampa. Pensé en Bazúa, en que era tan flaco como nosotros, y en que no era de por el rumbo. Pero Bazúa, despegando los dedos del borde de la mesa, cortó de raíz, le dijo a Moly, con las palabras más tranquilas del mundo:

—No se apresure usted tanto, amigo. La piedra es falsa, como mis bigotes: todo es un disfraz.

Moly no se inmutó. Sonrió, al contrario, burlescamente.

—No se ría usted —le dijo Bazúa. Y luego, desabrochándose los cuatro botones del makinof, le dejó ver una pistola.

—De su baba y la mía —le dijo—, la suya es mucho peor.

Moly se fue.

Entonces, Bazúa, volviéndose, me dijo:

—Lo acompaño, Ciriza.

TODOS LOS AÑOS DE NIEVE

LORENZO CORBALA PUSO AL VIEJO EN LA CARRETILLA. Lo tapó, luego, con una manta y comenzó a andar, empujando. Rechinaba la rueda, como nunca. Por el frío. La descubierta cabeza del viejo apuntaba a Corbala; se mecía como la de un niño en su cuna. Todos los ruidos que había en la tierra esa mañana, menos el de la rueda, morían aplastados por la plancha gris del cielo. Atravesó Corbala la tristeza de las calles, la desolación de las esquinas, hasta llegar al llano. Ahí se detuvo. Quitó sus manos ateridas de los mangos de la carretilla y se las metió en las bolsas del saco. Delante tenía la boca del camino que se perdía entre los mezquites. La miró largo, con desesperanza. Estaba dura del hielo la noche anterior. También vio que las espinas, heladas, brillaban como cuchillos. Se le acercó al viejo. El viejo tenía los ojos cerrados. Corbala le contempló el matorral de pelos de la oreja a la intemperie. Eran como raíces chupando el aire. El viejo lo sintió. Abrió los ojos. Luego, enderezando la cara, le preguntó:

—¿Peso, Lorenzo?

Corbala se tragó la lástima. Más duro le pegó el frío en el cuerpo.

—Casi no.

El viejo apartó la vista del rostro de Corbala y miró al cielo.

—Me hubiera gustado morir con sol —dijo.

Corbala tomó de nuevo la carretilla. El frío del metal de los mangos le quemó la carne, le abrió los huesos. Y despacio, empezó otra vez el rechinido de la rueda. Cuando Corbala se metió ya en el llano, el rechinido, le pareció, se hacía más punzante. Culpó a las espinas; a su eco. Miró a la oreja del viejo. Allí el ruido se iba a enredar; se iba a perder. Menos mal. Pero el frío era de los cundidores. De los que ganan terreno finamente. Y, de los primeros huesos de Corbala, subió a los de sus brazos, y luego a los de sus hombros. Corbala pensó en sus manos como en dos cosas lejanas.

como en dos animalitos en la nieve. Les tuvo lástima, como al otro. Entonces paró de empujar la carretilla. Pensando todavía en sus manos, las rescató y las echó luego al calorcito de las bolsas. Temblaba de arriba a abajo. En el solitario camino, con su saco negro que apenas le cubría las nalgas, Corbala era como el desdichado fantasma de un pájaro; el último en aquellos llanos. Pegó al pecho los pelos escuetos de la barba. Después, se quedó quieto, tieso, despidiendo un fulgor helado. Hacía cuentas de lo que aún le faltaba de caminar. Pensaba en las condiciones del viejo, en el frío duro, y en las atrancadas puertas del cielo. Había como el tufo de un castigo flotando en el silencio de la mañana de enero. No estaba resultando como él creía: que el ejercicio iba a traerle el calor necesario para irse, de un hilo, hasta allá. Y ni modo de regresarse. No contra la voluntad de nadie. Corbala levantó la barba del pecho y miró en torno, y al cielo. Encima de ellos, el cielo tenía poco menos que el color del saco, como si estuviera juntando todos los infortunios. La nieve de muchos años. La de los muchos inviernos secos que habían tenido. Miró al viejo en su cuna de lámina. Al matorral de su oído, tan blanco y luminoso de pronto con un borbotón de plata. Corbala, inclinándose hacia él le tocó el hombro. Lo llamó tres veces seguidas, como si se encontrara en el fondo de una noria. El viejo abrió los ojos al fin y los giró adonde sonaba la voz.

—¿Qué, Lorenzo?

Corbala cerró los ojos un momento, antes de contestar.

—Vamos a tardarnos.

La cara del viejo se estrelló como el hielo, como una capa de hielo. Las arrugas de la frente se le abrieron como zanjas, y las de las mejillas sombrías. Corbala se arrepintió de su aviso. Y más cuando vio brillar las oscuras lágrimas. Se acordó entonces de las piernas del viejo colgando fuera de la carretilla. Debía tenerlas ya medio muertas.

—¿Viene calándole mucho el frío?

—¿En la piernas, dices, Lorenzo?

—En las piernas digo.

El viejo recorrió el cielo con la vista.

—Estoy curtido —contestó—. No es mi primer invierno en el mundo.

—Si le corro la manta a las piernas se va a trampar con la rueda.

—No es eso.

Corbala volvió a pegar las barbitas al pecho. Él también tenía ganas de llorar. El viejo lo había despertado al amanecer, si es que hay amanecer cuando falta el sol. Encendió la lámpara y alumbró las palabras, el susurro. El susurro, negro como la noche, una serpiente de humo elevándose hacia las vigas del cuarto. Creyó Corbala que el viejo se moría y que soltaba su alma. Con la vista buscó un trapo en la penumbra, para sujetarle la quijada en el momento de acabar. Morirse con la boca abierta nunca fue de gentes. Costumbre sí, de animales. De infinidad de perros. Pero el viejo le sospechó la intención.

—Qué buscas, Lorenzo.

Corbala no se sorprendió por la brusca lucidez de estas palabras, la locura de todos los moribundos.

—Algo con qué amarrarle las mandíbulas.

—Todavía no, Lorenzo.

Corbala le miró a los ojos. La luz de lámpara, al reflejarse en ellos, se enturbiaba.

—Luego se van ustedes de aquí como carcajeándose.

—No es el tiempo, Lorenzo.

Corbala movió la cabeza. Retiró la luz de la cara del viejo.

—No lo tomarán en serio ni el diablo ni Dios —le advirtió.

—No me importa, Lorenzo.

—Bueno, usted sabe.

Corbala se acercó la lámpara al pecho. Comenzaba a sentir frío de nuevo, sueño. Pero no se levantaría de la cama hasta que el viejo no diera su último hálito. Estaba pendiente del susurro, del restablecimiento de la agonía. La espera de Corbala duró nada. La mano del otro, en su muñeca, lo estremeció.

—Lorenzo, llévame hoy con Trinidad.

La mano lo apretaba.

—Para qué. Trinidad ya no se acuerda de usted.

El viejo aflojó la mano. Cerró los ojos despacio, como para

apartarse del mundo y mirarse por dentro. Corbala apagó la lámpara y la dejó en el piso. La luz del día nublado estaba entrando, hueca, por la ventana del cuarto.

—Quiero que Trinidad sepa.

Corbala se levantó de la cama. El viejo andaba con la idea de ventear cenizas. De incomodar almas.

—¿Ahorita?

—Sí, Lorenzo.

Corbala sentía el hielo en la planta de los pies como un fuego, como si el invierno fuera un suelo de espinas.

—No es eso —repitió el viejo—. Es que puedo tocar ya la raya. Con la punta de los dedos.

—Bueno. Vamos. Es el frío el que viene impidiéndome.

Corbala zapateó la tierra destemplada. Luego sacó sus manos de las bolsas y les echó el calorcito de su boca. Como movido por un caprichoso soplo de ánimo hizo estas cosas. Pero al colocarse entre los mangos de la carretilla, volvió, alzó sus ojos a la mancha de arriba. La muerte. Estaba observándolos la muerte, con su ojo de tinieblas, sin párpados, como el de las víboras. La voz del viejo le llegó medio confusa, como salida de un agujero en el llano:

—El nudo de la tormenta, Lorenzo.

Corbala, entonces, bajó la vista y lo miró. El viejo, con un brazo fuera de la manta, apuntaba al cielo. El brazo describía un círculo en el aire, como para señalarle a Corbala los límites del nudo, la extensión del mal.

—Viento y nieve, Lorenzo, desafortunados, haciéndose el amor, llenos de resuellos, Lorenzo. Toda la nieve que no ha caído desde que tú eras un niño.

A Corbala se le empalmaron, en el espinazo, el frío del invierno y el frío del miedo. Pescó los mangos de la carretilla y empezó a empujarla. La rueda lanzó un alarido, como el de una chicharra cogida entre los dientes del verano. El viejo metió el brazo bajo la manta pero ya no recostó la cara en la lámina. Miraba, como olfateándolos, el aire quieto, el eco de la rueda.

—No pediste ayuda, Lorenzo.

—Usted sabe cómo soy.

En la memoria del viejo crecía el recuerdo de otras nevadas, junto con el de Trinidad. La nieve era peor que julio y agosto. Diez o veinte veces peor. Era como si Dios lo echara a uno de su propia casa y se quedara Él, además, con el sol.

—Va a costarnos, Lorenzo.

Corbala refunfuñó:

—Usted quiso venir.

—La nieve borra los caminos, Lorenzo. Y el frío, con viento, no es igual al frío sin viento.

Corbala entró a un trote, espantado, como un animal. Los huesos del viejo empezaron a sonar como cañas sueltas. El viejo, aferrándose con las manos a los bordes de la carretilla, le ordenó a Corbala detenerse y volver al paso. Corbala, con el chirrido de la rueda, la sonaja, y el temor, no oyó la orden. Entonces, viendo que no le obedecían y que iba perdiendo fuerzas en las manos, el viejo rompió a llorar. No porque a Corbala lo hubieran detenido mejor las lágrimas que las palabras fue que se paró. No. Fue por cansancio, por falta de aire. Mientras lo recuperaba, el otro, todavía agarrado a la carretilla, le dijo:

—Me habrías matado, Lorenzo.

Corbala, abierta de par en par la boca, metía y sacaba el pecho. El aire del invierno le entraba al cuerpo crujéndole como hojas de otoño.

—Adrede la carrera, Lorenzo.

Miró con furia al viejo y su calumnia. Aspiró algunas bocanadas más de aire.

—Usted me asustó —le reclamó—. Yo casi vi la tanta nieve, el montón de viento. Desde esta mañana a mí me viene pareciendo que usted desvaría. Qué andamos haciendo. Ya le dije que para Trinidad, usted es un fantasma. Ni siquiera va a recibirlo. Son muchos años. Estamos aquí, como perros, cumpliendo la voluntad de usted. Olvídese de la mujer y vamos a devolvernos.

El viejo metió los brazos a la manta. De todo su cuerpo se desprendía un silencio, enorme como el del cielo. En el silencio estaba la esperanza de Corbala; en las palabras juiciosas, quizás madurando. El viejo dejó crecer el silencio, y luego, de pronto, con una calma que impresionó a Corbala, replicó:

—No son muchos años, Lorenzo. Tú no sabes nada. La raya alumbra. La vida es una noche perpetua. Quién te dijo que de noche se pueden contar los años; las flores de un campo. Síguele.

Corbala despegó del suelo las patas de la carretilla. Las palmas y las plantas de los pies los sentía una sola llaga ardiente.

Oscura, como al anochecer, la tierra del camino. Corbala cogió una cantinela. De trecho en trecho, decía:

—Vamos aquí por su voluntad. Por su voluntad.

El viejo callaba, atento al cielo, al ruido de la carretilla, al olor de la luz en el aire.

—Por su voluntad, congelándonos.

El viejo levantó un brazo.

—Por su voluntad.

El viejo hizo un movimiento perentorio con la mano, de hombre montado, al frente de una columna. El rencor de Corbala envolvió la mano que estaba dándole la orden de detenerse. La voz.

—Lorenzo, escucha.

Corbala soltó la carretilla. Le dolían las manos. Metiéndolas a las bolsas del pantalón miró con miedo a la maraña que lo rodeaba. Las espinas y las ramas tenían un color negro, opaco, venenoso. Los mezquites estaban a la orilla del camino como tarántulas. Hervía el llano de cuerpos peludos.

—Qué —dijo Corbala.

El viejo permanecía con su mano en el aire, señalando el norte.

—El viento. Ya comenzó.

Corbala miró al cielo de allá; luego a los mezquites.

—Aquí no se oye, no se mueve nada.

—Lorenzo...

El viejo había doblado el brazo y lo tenía en el pecho, sobre la manta. Corbala le pidió que lo quitara del frío.

—¿Hueles, Lorenzo...?

—La mano —insiste Corbala— va a helársele.

—¿Hueles, Lorenzo?

—Tampoco huelo nada. El sol es el que levanta los olores.

—La nieve se nos viene encima.

Corbala levantó la vista. De un golpe dejó de sentir frío, como si

ya se hubiera muerto: el cielo, todo el horizonte, delante de él, estaba blanco, como lleno de luz. Y entonces sí, empezó a oír el rumor, el choque de unas ramas con otras, el aullido de las espinas lejanas. Sin pensarlo, tomó aprisa los mangos de la carretilla para darle vuelta y ponerse de regreso. Pero el viejo lo detuvo:

—No, Lorenzo. Yo ya no llego a ninguna parte. Déjame quieto.

—Es mucha nieve.

—La raya está quemándome el pecho.

Corbala apretaba los mangos de la carretilla.

—Si me apuro...

El viejo cerró los ojos. Luego, murmuró sus palabras finales para siempre:

—Ve y dile a Trinidad...

En unos cuantos segundos, entre remolinos deslumbrantes y bramidos del aire, desaparecieron el llano y los mezquites. Corbala se inclinó sobre el viejo. El viento y la nieve le quemaban las lágrimas.

NADA SE PERDIÓ

I

NOS PARAMOS DEBAJO DE UN ÁRBOL. Recio, el viejo; lleno de la dureza del clima. Viste playera blanca y pantalón azul. Un azul arruinado. Él tiene defensa en lo sombrío, lumbre en los ojos. Lo conozco apenas de esta mañana. Cuando me abrió la puerta de su casa me miró como se mira a las espinas ardientes de un mezquite. Llevaba una mancha de sudor en la playera. Siguió mirándome, sin hablar. La mancha le bajaba hasta el ombligo. Tensa, la cuerda del silencio entre los dos.

—Hace cinco días... —comencé.

La mirada del viejo soltó una bocanada de chispas.

—Los tiempos de la caridad se acabaron, amigo —me atajó.

—Quiero trabajar.

Revolaban las chispas en lo oscuro; desaparecían arriba, atrás del cráneo.

—Cualquier cosa —dije.

—Hasta eso se acabó, mi amigo.

Las aguas del sudor me caminaban lentas. Me envolvían en su espiral. El viejo se despegó la humedad de la playera.

—¿Qué sabe usted hacer? —me preguntó.

—Todo.

El viejo pellizcó otra parte de la tela.

—¿Ya vio usted el cielo? —me dijo.

—Sí.

—Es blanco. Como el infierno.

Busco la sombra de las ramas del árbol. El otro ya la tiene.

—Escombren ustedes aquí —me dice.

Miro, despacio, el solar. Es como un derrumbe. Piedras. Botes y cascacos de botella. Pedazos de madera. De fierro. De trapo. Las botellas brillan. Me punzan la mirada. El viejo me advierte:

—No vaya usted a revolver nada.

Aquel mundo estará hirviendo.

—No entiendo.

—Las piedras con las piedras, amigo.

Miro al viejo.

—Vidrio y vidrio —añade.

Me prometo cobrarle más de lo que él me dé. Extra es el clasificar desbarajustes.

—¿Dónde los montones?

El viejo pasea la mirada por el desastre.

—A juicio suyo, amigo.

—¿Para cuándo?

El viejo mira al cielo.

—Para cuando usted termine.

Yo he levantado también la vista. No hay aire encima de nosotros. Se lo comió el sol.

—A las seis —prometo.

—Conforme. Lo espero en mi casa. Vendremos a ver.

El viejo comienza a irse. Pero lo detengo.

—¿Puede abonarme?

El viejo me semblantea; me echa la lumbre de su interior. No le huyo al fuego ni me brota a la cara el desconcierto.

—¿Cuánto, amigo?

—Cigarros. Un refresco. No más.

El viejo me da un papel estropeado. Lo deja caer en mi mano abierta que lo recibe como el llano a una gota de agua. Y luego, cuando ya está al otro lado del árbol, me avisa:

—A las ocho todavía tenemos luz. Acuérdesse.

—Me acordaré.

—Sólo hasta entonces vuelve a crecer el aire. La hierba azul, amigo. Es la hora propicia para mejor deslomarse sin peligros.

Se va. Se pierde. Me pego al árbol, al nacimiento de sus ramas. Desde él veo, a mi izquierda, no muy retirada, una tienda. Salgo de la flaca sombra.

El dueño de la tienda está durmiendo. Tiene la cabeza en la cuna de los brazos, sobre el mostrador. Lo despierto, llamándolo muy quedo.

—Diga —me dice, húmedos los párpados.

—Un refresco.

—Los refrescos están alineados a lo largo de un casillero.

—¿Cuál?

Todas las botellas son iguales. Todos los sabores.

—Ése —digo, apuntando con un dedo al centro de la hilera.

El dueño se levanta. Coge la botella. Con una mano le quita el polvo.

—¿Se lo va a tomar aquí?

—Sí.

El dueño lo pone en el mostrador. Y luego, al cabo de un bostezo, me dice:

—De su lado, el abridor.

El refresco está caliente. El trago que le doy no sabe a ninguna fruta.

—¿Cigarros?

El dueño mete la mano a un paquete también en el casillero.

—Son de los únicos que tengo —aclara, y me enseña la marca.

—Démelos.

—¿Cerillos?

—No. Gracias.

Pago. Apenas si me regresan cambio: tres monedas muy sucias del águila. El dueño vuelve a sentarse en su banco detrás del mostrador pero ya no se duerme. Comienzo a fumar, de espaldas a él,

mirando yo también la calle, el solar. Combino despacio, como si el cigarro y el líquido de la botella fueran eternos, las chupadas con los tragos. Entre los escombros del terreno, como fuego entre los montes, refulgen, están refulgiendo, más que antes, los cascós. Se encabrita el vidrio porque ahora tiene, en su mero centro, prendido el sol. Y los fulgores juntos forman, por encima de la basura, una neblina brillante, una leche que humea; el peligro que me dijo el hombre. El dueño da con la punta de los dedos en la tabla del mostrador. Pero no lo hace con impaciencia. Tal vez sienta que conmigo se ha endurecido el silencio; tal vez él piense en una nuez, y en el modo de romperla.

—¿Duran mucho las doce aquí?

Cesa el tamborileo. Le sacudo la ceniza al cigarro. Cae entera. Se estrella en el piso, como un pilar. Un dedo vuelve, y luego los otros, a la tabla. La pican de nuevo, los pollitos. El dueño no me oyó bien o no quiere contestarme. Chupo. Huele a uña quemada el aire. ¿Por qué dejaron morir el árbol del solar? ¿No hubo quién pensara en la neblina? Aviento la colita del cigarro a la calle y, en seguida, tomo otro de la cajetilla sobre el mostrador. Tampoco los cigarros saben a nada. El tabaco está secón, sin alma. Tendrá, de seguro, la edad del árbol; y puede que hasta la del viejo. Esa marca de cigarros no se ve ya por ninguna parte. Ni los peores y más atrasados abarrotos la tienen. Fumo, y parece que estoy fumándome el hueserío de los años.

IV

—El árbol aquel de enfrente —le digo al dueño— se les murió de sed.

El dueño detiene los dedos.

—Se le murió al que lo plantó.

Bebo un trago. Doy una chupada.

—No. A todos.

—Es igual.

Agito el líquido de la botella. Se calienta cada vez más, por el

calor de mi mano, que casi no ha soltado el envase. Echo de menos las moscas. Un verano sin ellas es como el árbol de afuera. Las busco en el aire, en la región de la penumbra; en los anuncios de cartón colgados del techo, y en el piso. Los cartones tienen rastros, viruela.

—¿Cómo hizo usted —le pregunto al dueño— para ahuyentar al mosquito?

—Nada. Vienen oleadas, de pronto. Varios, muchos días duran. Pero luego, la muerte comienza a escasearlas. No respeta ni a las hijitas. Lo que sí hago es barrer los cadáveres.

Le disparo un chorro de humo a uno de los cartones. El anuncio se bambolea.

—En esa propaganda —me dice el dueño— se apeñuzcan, se mantienen. Una vez vi a unos en una islita, a la mitad de un río crecido. Las estacionadas en los cartones me los recuerdan.

V

El fulgor de los cascós en el solar se adelgaza.

—Duran cuánto las doce del día —vuelvo a preguntarle al dueño.

—Sí; ya le había oído. Estaba pensando. Duran hasta las tres o cuatro de la tarde. En agosto, fácilmente hasta las seis.

—Estamos en agosto.

—A principios.

Economizo el refresco. Son traguitos los míos, por no decir pura humedad para la lengua y el humo. Andan lejos las seis. Si no fuera el tiempo de agosto...

—¿Es usted amigo de Bayona? —me pregunta el dueño.

—¿Bayona?

—Ustedes dos estaban debajo del árbol. Los divisé.

—No. Acabamos de conocernos. El nombre no lo sabía.

Me doy la media vuelta en el mostrador. El dueño se fija en el refresco.

—Los asientos son como una purga. ¿No quiere otro?

Mirando a la botella y al líquido de color turbio, respondo:

—Para mí, los asientos no son purga. Son como un concentrado, un jarabe.

Dejo la botella en la tabla. Luego le pregunto al dueño:

—¿Dónde consiguió los cigarros?

—Me los vendió Bayona.

—Están pasados.

—Me lo dijo Bayona.

El tabaco viejo arde como la pólvora. No serán aún las seis cuando yo me encuentre ya sin qué fumar. Debo apartar un cigarro para después. Para quemarlo al atardecer.

—Bayona es derecho —le digo al dueño.

—Es de todo.

Saco el cigarro de la cajetilla y lo echo a la bolsa de la camisa. Sorprendo en los ojos del otro una burla, una zumba suave.

—¿Un recuerdo?

Yo me río.

—Un guardadito.

El dueño también se ríe. Con desgana. Y yo vuelvo a ponerme de espaldas a él. Y sigo fumando. Si la capa de neblina se desvanece antes de las seis, a las cinco, a las cuatro, saldré a escombrar.

—Bayona es de todo —repite el dueño—. Vende. Compra. Pero no está establecido como yo. ¿Anda usted vendiéndole algo?

—Nada.

El sol camina por los cascotes como un sonámbulo. No se imagina el incendio. Cuando él se caiga en el pozo del llano, ¿renacerá el arbolito?

VI

Miro al dueño por encima del hombro:

—¿Hace cuánto que se secó?

Él me busca la mirada en la esquina del hombro.

—¿Bayona?

—El arbolito.

—Atínele usted. No hay quien feche aquí esas muertes. Y ni las de los vivos. Se nos escapan. Pregúntele a Bayona por la de la mujer. Verá. Pregúnteme usted por la de la mfa. Por acá, los años, el tiempo, no tienen agarraderas por dónde pescarlos.

Vuelvo a mirar el solar. La sombra del árbol se alarga hacia nosotros. Viene como dando traspiés, como herida, como huyendo. Podrían dejarle un bote con agua a media calle. El dueño de la tienda. Ya no me queda refresco sino para un trago. Le hubiera pedido al viejo unos centavos más.

—¿No lo quiere usted?

—¿A Bayona?

Muevo la cabeza y la cabeza suelta el humo del cigarro.

—Bayona —me contesta el dueño— es un jodido.

Luego se levanta. Abre y cierra un cajón. Me dice:

—Se nos pasó el tiempo volando. Me voy.

Volteo a verlo como si estuviera mandándome al martirio.

Sigue:

—La siesta no la perdono.

Sale del mostrador. Lleva un candado en la mano. Me recuerda el cambio.

—No se le olvide. No me hago responsable.

Pepeno las monedas.

—Bueno —le digo—, de cualquier modo, ya estaba yo pensando en salir a escombrar lo de Bayona.

El dueño alcanza a oírme.

—¿Lo de Bayona?

—Ese terreno del arbolito. El basural.

—Eso no es de Bayona. ¿Quién le dijo?

—Él. Me contrató.

El dueño me mira con ojos de diablo.

—Le estoy diciendo —recalca— que Juan Bayona es un jodido. El solar es del municipio.

—¿De las autoridades?

—Del municipio, y si usted lo escampa, será de gratis.

Las palabras del dueño me dejan zonzos.

El diablo continúa mirándome, divertido. Nos hallamos parados

en la puerta. Miro al mostrador, al casco, y a la cajetilla vacía. Pero luego, sacándome el guardadito, le digo al dueño:

—Bueno...

Y enciendo el cigarro.

LA ORILLA DEL VIENTO

—LA MUCHACHA LARGA; una vara —dije.

Nos hallábamos a la orilla del viento. Cobos no me oyó. Miraba al cielo. A las nubes; a las silenciosas, lejanas luces de los últimos relámpagos. Siempre le tuvo miedo a los truenos. Un resplandor final nos iluminó.

—Ya no hay peligro.

—No sé —dijo Cobos.

Apartó sus ojos del cielo, luego miró al piso, al polvo de sus zapatos.

—¿Qué es lo que usted no sabe, Cobos?

Cuando alzó la cara para contestarme, vi que tenía ceño. Me apuntó con él.

—¿Qué sea preferible, Gutiérrez: si morir quemado por el azufre de los truenos o por el del sol?

—Para el de los truenos ningún amparo se conoce. Los rayos, una vez que caen, son como las víboras.

Cobos se encogió de hombros. El ceño, brillante como el acero.

—¿Y para lo otro? —me preguntó.

Yo también me encogí de hombros.

—La defensa de los techos —dije.

—El sol mete el azufre en el aire, Gutiérrez; en la luz que respiramos ¿No se ha dado usted cuenta?

El cielo se abrió encima del llano. Todo empezó a arder de nuevo. Entonces, nos retiramos de la puerta. Las moscas, en lo alto de las sillas, seguían como espantadas.

—Las nubecitas —dijo Cobos al sentarse— podan el sol. Le devuelven la juventud. Las putas.

Me ref sin verdadera risa. Nos quedamos mirándonos.

—¿Y la muchacha, Gutiérrez? —me preguntó Cobos, como si acabara yo de llegar.

—Larga.

Adiviné su pensamiento.

—¿Mucho, Gutiérrez?

Volví a mirar las moscas. Nos oían, pegadas a las puertas ca-
lientes del aire.

—No más que usted, Cobos.

—Respete la vida las proporciones, Gutiérrez.

Cobos me dijo esto para disimular que estaba a la espera de los
detalles esenciales. Hice silencio. Me puse a templarlo como a las
cuerdas de una guitarra. Afuera, ya no había señales de nada, de
la pasada amenaza de tormenta.

—Gutiérrez...

La palabra vibró en mi silencio, pulsado por la uña, por la voz
del otro. Pero yo esperaba, para exhibir la flor de las visiones que
había traído conmigo, que Cobos abandonara su tono sombrío. La
flor necesitaba de la luz del corazón.

—Gutiérrez... —repitió Cobos, buscándome con una lucecita,
en medio de sus soledades.

Estaba atinando. Lo miré.

—Las gracias por esperarme —le dije. Y luego, como al principi-
pio—: La muchacha, larga, como una vara...

—Gutiérrez, yo la rebaso...

—Una rama. Con brotes.

Sonrió Cobos. Se enderezaban mis palabras a la médula del
asunto.

—¿Grandes, Gutiérrez?

Negué con la cabeza.

—Pichoncitos eran, pero de pico parado.

Cobos me enseñó una mano, la palma.

—Y soñé con ellos; que bajaban a comer aquí, Gutiérrez. Pero
los sueños me duelen.

La mano del hombre estaba enormemente vacía. Un abismo. Me
llamaba. Todos llevábamos, idénticas, las mismas desolaciones.

—Dios nos colma sólo si estamos despiertos —dije.

Cobos volvió a mirarse los zapatos.

—A mí no. He estado despierto la vida entera.

—Lo sé, Cobos.

—Rastrillando nada.

Había que callar. La visión de la muchacha se alimentaba de
hierba, no de espinero amargo.

—Hay que renacer. Siempre —dije, dispuesto a hundirme en
mi silencio.

Pero el otro vio adonde enfilaba yo. Me salió al paso con un
suspiro, con un breve quejido del alma.

—Gutiérrez. Tres semanas. Pensé que usted ya no vendría.
Pensé en un fracaso.

—Tuve que caminar mundos.

—¿Dónde la encontró, Gutiérrez?

El fuego del llano comenzó a aplacarse. En el aire flotaba la ce-
niza de los mezquites, revuelta con las primeras sombras de la
atardecida. Las moscas brillaban como joyas en el respaldo de
las sillas. Me inquietaba su inmovilidad; sus negras orejas.

—¿Cómo le hace usted, Cobos, para mantenerlas así?

—¿Qué cosa, Gutiérrez?

—Las moscas.

El hombre me miró que parecía que acababa yo de perder la
razón.

—Están muertas —me contestó—. Brillan sus momias porque
les doy aceite para los muebles; por el calor.

Yo no estaba muy seguro de lo que Cobos me decía. La flor
necesita luz pero también la absoluta ausencia de informantes.
Vivíamos rodeados de ellos.

—A ver —le dije a Cobos.

Cobos, volviéndose hacia el respaldo de la silla, con la uña de
una mano y como desconchando una pared, arrancó al hilo varias
moscas. Que eran, efectivamente, cuerpos sin alma, lo vi luego;
caían, bajaban al piso tan lejos como plumas.

—Cadáveres.

—De su lado, Gutiérrez, tiene usted el resto del panteón. Escarbe.
No me imaginaba yo removiendo el estiércol de huesitos.

—No hace falta, Cobos.

Se sopló la uña. Después, mirándome despacio, me dijo:

—Los que entienden de misterios, desconfían demasiado.

—El mundo nos oye por orejas increíbles, Cobos.

Cobos suspiró. El cielo se había puesto rojo. Se calmaba el bochorno. La amenaza de lluvia era ya como un sueño del aire.

—¿Dónde, Gutiérrez?

—No conoce usted el lugar.

Con la mano señalé el horizonte.

—¿Lejos, Gutiérrez?

Los grillos cantaban en las brasas del incendio.

—Tres días y cuatro noches —respondí.

El hombre me miró con hartazgo desconsuelo.

—Eso queda al comienzo del mundo —dijo—. Costará buen dinero llegar.

Recordé a la muchacha. Recordé nuestros tristes llanos. El rojo del cielo iba volviéndose del color del vino.

—Vale la pena —repliqué.

—No le digo lo contrario. Usted que la vio, ha de saberlo; pero yo no tengo los centavos para el viaje.

En estas soledades, a la gente se le rompían los muelles de un día para otro; de pronto, sin el menor aviso, como si les pulverizara un rayo el alma. Estaba desconociendo a Eufrasio Cobos. Ni sombra ya de su entusiasmo de hacía tres semanas; de la alegría de fiarse a mis conocimientos. Yo no ignoraba que vivíamos en lo más duro y sofocante del mundo; que aquí, los hombres, a la larga o a la corta, acababan siempre por quebrarse; pero yo, a Cobos, le guardaba un particular aprecio y no podía abandonarlo; dejarlo fuera de mi visión.

—Me tardé tanto tiempo —le dije— porque cada vez me resulta más difícil.

—Nunca sabemos cómo vamos a amanecer, Gutiérrez. Con el vinagre del sol, nunca.

—Alrededor de nosotros, Cobos; y en los alrededores de este alrededor, no vi, no hallé nada que valiera la pena.

—Somos pobres, Gutiérrez. Fue usted a encontrarla muy lejos.

—La muchacha es un regalo, Cobos. De Dios. No es como esos arenales sin fin de la mujer de usted.

Cobos me miró fijamente. Él estaba de espaldas a la luz morosa del atardecer, al canto de los grillos. Dos puntitos se encendieron en la oscuridad de sus ojos.

—¿Cómo es, Gutiérrez?

Aspiré el aire del cuarto. Lo sentí en el pecho como una llamada. Evoqué luego el agua y sus mundos. La flor que yo había descubierto para el amigo.

—Linda, Cobos.

—¿Cómo, Gutiérrez?

La voz de Cobos era una voz anónima. No lograba acercarla a la luz de los ojos.

—Tiene una trenza de trigo macizo —respondí—. La lleva delante. Le cruza por los montecitos como un río de oro. Y el río baja y va y se embebe en el ombligo. Pero no todo. Algo de sus aguas se derrama y alcanza los pinos rubios y la honda cañada. La muchacha conoce la lluvia; las humedades que salvan. La tarde en que la conocí, llovía sobre sus hombros. Pero había sol. Y viento fresco. Y sonaba el bosque.

—Usted también la ha soñado como yo, Gutiérrez.

—No. Lo que veo en el agua no son sueños. Es la verdad. La verdad. No lo iba yo a engañar, Cobos.

—Usted no, pero sí sus pesares.

Un trago de amargura me subió a la boca. Cobos estaba desgraciándose. Era casi como un fantasma. Escupí en la tierra del piso. Me miré las canillas, secas como tasajos.

—El agua me arrastra los pesares, Cobos. Soy el más limpio, el más cristalino de por aquí.

—Y yo le parezco ruín, Gutiérrez; una de esas vaquitas que se tumban para no levantarse más.

Los grillos pararon de cantar. A la luz, iba rodeándola, tiñéndola, la lenta noche del llano.

—Usted, había resistido —le dije a Cobos—. De todos, usted era el admirable. De sus tentativas, de sus afanes por la sombra y el agua nadie supo mejor que yo. Buscaba usted. Pero la trampa era tan ancha como el mundo. En secreto lo seguíamos mis poderes y yo.

—Me siguieron mal, Gutiérrez. Éramos dos; el de las esperanzas, uno; el otro, el que caminaba en círculos cada vez más cerrados, rumbo al centro de la sequía, el nudo de los arenales. Detrás del primero anduvo usted, Gutiérrez.

—Nunca fui bizco. Tampoco un despistado. Al que realmente cuenta, de esos dos, seguíamos. Pero Dios es quien manda. Dice cuándo. Marca el tiempo. Y el tiempo llegó. Hace tres semanas. Por eso vine a hablar con usted, y a ofrecerle mi ayuda.

Cobos se levantó de la silla. Volvió a la puerta. Estuvo mirando el llano y los hundidos restos del incendio en el crepúsculo.

—Es tarde, Gutiérrez, del nudo nadie regresa.

Miré de nuevo mis canillas, y luego mis brazos oscuros.

—Caminar mundos en busca de una salida, desgasta, Cobos: Atravesar soledades, tolveneras de almas secas, voces y voces que nos desorientan...

Los grillos recomenzaron su canto, pero ya no tan agrio y metálico como antes; más coros se habían sumado a los primeros; por orden iban entrando al aire, izando su canción al cielo. La silueta del hombre parado en la puerta ardía en la tristeza.

—...Tres semanas trabajé para usted, Cobos.

—Es tarde. Es lejos. Es que ya morí en los arenales, Gutiérrez.

Cobos me decía esto cabeceando hacia los lados como en las calenturas.

—Venga conmigo —le dije.

—Es lejos.

—Dios esconde sus regalos en la distancia.

—Muy tarde.

—Dios no entiende de eso.

—Domitila Cuevas, Gutiérrez.

Me levanté. Fui hasta el hombre. La claridad azul del crepúsculo abarcaba el horizonte, el llano.

—Domitila Cuevas —murmuré, y luego, con voz un poco más alta—. Pero no sólo, ni para siempre.

El hombre se volvió a verme. Otra luz en los ojos que la del cielo turbio no tenía.

—Venga conmigo —insistí.

La esperanza estaba toda en mí. Como un mandato.

—Mañana, al amanecer. Nos iremos, Cobos, caminando.

Un grillo empezó a cantar en el cuarto. Entonces, el hombre me dijo:

—Domitila Cuevas mata también las moscas. Ayer, Gutiérrez, les pasó la sombra de la mano.

VÁMONOS YA

YO ESTABA MIRANDO EL AUTO cubierto de polvo.

El hombre giró los ojos hacia el Ford.

—¿Qué tanto le ve? —me preguntó.

—Nada.

El hombre miró fugazmente a su compañero y se inclinó de nuevo sobre el papel.

Algo se movió en el interior del Ford. Algo cortó el silencio. El Ford se había quedado con el cofre apuntando a nosotros. No había otro modo de ver su interior más que por el cristal del parabrisas; pero el cristal estaba sucio de tierra. Se oyó el embrague, en frío, varias veces, como si lo estuvieran probando. Oí cómo le daba vuelta el hombre al papel. Despacio, muy despacio, comenzó a abrirse una puerta del Ford; del lado del volante. Una mano como una flor muerta de sed, apareció al borde de la ventanilla. A la mano siguió un brazo en una manga blanca. Era la manga como un tallo, y después vi un hombro; y luego una cara, que se fruncía con el sol. El chofer acabó de salir del auto. No cerró la puerta. Le pasó, luego, una mano al parabrisas. El cristal reflejó las soledades. El chofer, extendiendo el brazo, hizo una seña. Fue para alguien, una silueta, una mancha inmóvil metida en el Ford.

—La mujer —dije.

—Las mujeres no aguantan los calorones —replicó el hombre. El chofer se limpió el polvo de la mano en la pierna. En el mundo ni siquiera nos hacía. Ignoraba la sombra, la única en toda la calle. Miraba al auto con lástima; como a una bestia reventada. Y miraba a la mancha, detrás del parabrisas. Le podíamos ver la camisa, completamente empapada y untada al cuerpo largo, plano como cuchillo. Con la punta de un zapato le pegó, apenas, a una llanta. De la llanta, y del zapato, escapó una nube de polvo. Tosió el chofer. Se restregó la nariz y un ojo. El ojo, para quitarse las

ascuas. Y así, medio tuerto, comenzó su viaje alrededor del Ford. Al cruzar delante de la otra ventanilla, se paró. De espaldas a nosotros estaba. Mirando, no sabíamos qué; no mucho, desde luego: el fin de la calle esfumada en la bruma del sol. Se había detenido a hablarle a su acompañante. Quizás le daba informes acerca del clima y la luz. Una sola vez levantó una mano y la abrió arriba de su cabeza, como un paraguas. La sombra de los dedos le cayó en el cuerpo como una araña; la de la palma, en los pelos, como una corona de alivio. Sonó su voz un rato más; luego bajó la mano y siguió andando. El alma, en el cristal, no vi que se moviera. El chofer desapareció detrás del auto.

—Antolín —me dijo el hombre.

Me volví.

—Diga.

—Su segundo apellido.

—Está al principio.

—Sí, de un modo, pero al final, cambia.

Miré al papel.

—Aquí —me señaló el hombre.

Plantaba su índice en el surco de un renglón.

—¿Cómo dice? —pregunté.

El hombre leyó:

—S-o-r-i-a-n-o.

—¿Y en la primera línea?

—Boves... Gracia Boves.

El compañero del hombre terció.

—El chofer —dijo.

El chofer regresaba de la parte posterior del auto. Entonces hubiera podido encontrarnos con la mirada, pero volvió a negarnos.

—Nos trata como a fantasmas —dije.

—Es el sol —dijo el hombre.

El chofer se apoyó en la abierta puerta del Ford, en la ventanilla, con los brazos como en la barra de una cantina. Que pidiera algo de beber faltaba. Debajo de la puerta talló el suelo con un zapato. Su cara, metida en el cuadro de la ventanilla, me recordó a

la de un deudo cualquiera, fotografiado el verano en que comenzó el llano. Los años y años de luz, de destempladas claridades, habían hecho de sus rasgos paisaje de polvo.

—No —dije—, es demasiado güero.

—Perdió los tornillos —dijo el hombre—. Nos estaba haciendo falta ya un loco.

El chofer se enderezó y sacó su cara de la fotografía; su cuerpo, de la barrera de la puerta. Alientos había juntado. Iniciaba la segunda vuelta. Pero ahora, rayando con un dedo la carrocería. El hombre se rio. Con la vista de nuevo en el papel, dijo:

—El mundo de los chiflados es infinito, como el cielo.

El chofer, al herir el polvo, reveló lo negro del auto.

—¿Boves, pues? —me preguntó el hombre.

Yo miraba cómo la cáscara de polvo se iba enroscando, como la de una fruta, al dedo del chofer.

—No —dije.

La herida crecía. El aire, en el punto donde la tocaba, se volvía negro también; aura, resplandor siniestro.

—¿Soriano?

—Tampoco.

Sentí sorprendido al hombre. El miedo a que él se llevara mi hielera, había muerto. Había procurado mantenerlo invisible. La cáscara era una espiral de humo en el dedo del chofer.

—¿Entonces, Antolín?

—Nada.

El otro se me acercó; tanto, que olí su sed, sus ganas de cerveza.

—No es juego —me advirtió.

Palpé la dura caja de mis huesos.

—Ya lo sé —dije—. Tendrán que arreglar ustedes eso.

—No esperarlo más —amenazó el hombre— es la orden que traemos, Antolín.

La viruta viva de la espiral subía por el brazo del chofer.

—No casa un apellido —dije.

El hombre, el papel en la mano, como un tubo, golpeaba el filo de la hielera.

—Tendrán que arreglar eso —repetí.

El chofer llevaba el brazo en una nube de polvo. El compañero del hombre se retiró y se puso a mirar mi bote de cerveza vacío tirado en el suelo. Le ofrecí una. Él alzó la vista y la fijó en el hombre, y el hombre le dijo:

—El alcohol y las diligencias son como el agua y el aceite, Compián.

—Tiene sed —dije.

—Los dos la tenemos, Antolín.

El chofer despegó el dedo de la lámina. Lo eclipsaba el Ford, la sombra imagen del parabrisas.

—Alguien alteró los apellidos —se queja el hombre.

—Algún Soriano. Algún Boves —dije.

—Lo malo es que yo no lo sepa —dijo el hombre.

—Mañana, quizás —dije.

El hombre, de una patada, mandó el bote al sol.

El chofer había reaparecido al otro lado del auto. Sentí que nos estaba mirando. Delante de él, la brecha en el polvo, ardía.

—Se fundió el loco —dijo Compián detenido en la orilla de la sombra.

—Mañana nos vemos, Antolín —dijo el hombre.

El chofer nos estaba mirando; siguió con la vista a los que se retiraban. El silencio se apoderó de la calle. El bote, el Ford, y el calor se hundieron en él. Lo oí penetrar en la luz. Llenar el cielo; mi respiración. Los otros doblaron en una esquina. El silencio creció enorme. El chofer volvió a meterse al auto, cerró sin estrépito la puerta, y encendió el motor. El silencio se desbarató como una nube de verano y la luz entonces recobró su brillo. Embragó el chofer. Luego, el Ford comenzó a andar, y era como un viejo. En línea recta seguía en dirección a la sombra. Porque se hallaban en el corazón del resistero, las caras atrás del parabrisas me resultaban invisibles. Como manejada por nadie, por un soplo, la máquina. Desde la orilla de la sombra, donde yo había quedado cuando los otros se fueron, reulé hacia la hielera. Las ruedas aplastaron el bote. Para la trompa, para la defensa y la placa manchadas de barro, miraba yo. Una mano, una flor lánguida por el bochorno, apareció al borde de la ventanilla del volante. Después,

el resto. Volví a mis terrenos y esperé. El chofer, igual que la vez anterior, dejó abierta la puerta; pero ahora caminaba a mi encuentro. De cerca era mucho más flaco todavía. Delgado como un rayo de luz. Deslumbrante, la blancura de su camisa. Removía, con sus reflejos como cuchilladas, el apretado montón de sombras del tejaván. Abrí la hielera y saqué dos cervezas, una para él y la otra para mí. El chofer entró a la sombra. Como un fuego en el agua, la camisa se le apagó, en medio de los humitos de un sudor de varios días. No adelantó su mano para saludarme.

—Sus amigos —preguntó— ¿van a volver?

Dios le había puesto los ojos separados como a las gallinas. Mirando a distintos mundos. En lugar de responderle en seguida, desvié mi vista al parabrisas. La oscuridad del cristal no había ganado nada en claridad. Peor de retinta estaba.

—No —le dije al chofer—. Y no son mis amigos.

Como antenas, como perros husmeantes, las miradas del chofer comenzaron a registrar el sitio.

—Nunca sabemos —dijo.

El chofer me clavó la mirada de uno de sus ojos de gallina. Ojo solitario; parecía el único que le quedara en el mundo.

—Me refiero al corazón —dijo.

—Al de los enemigos.

El chofer tenía párpados lentos. Bajándolos dijo:

—Y al de los amigos.

El chofer había reparado en el bote de cerveza. El ojo solitario, como un zopilote, planeó sobre él.

—¿Quiere?

Su ojo volvió a elevarse hasta los míos.

—Dos —dijo.

Me sonreí.

—Tómelas.

El chofer abrió la hielera.

—¿Y su acompañante? —le pregunté.

Dejó el bote vacío en la hielera.

—Duerme —me respondió.

—Despiértelo. Se va a deshidratar.

—No cuando duerme.

La segunda cerveza el del Ford la bebió a pausas. Yo había sacado otra y me la bebía también. Se le iba yendo el sudor de la camisa al chofer. El tufo.

—¿Por qué no se acercó usted antes? —le pregunté.

Miró a la esquina donde habían desaparecido los cobradores.

—Por los otros —me dijo.

—¿Qué tienen los otros?

Hizo un gesto de desesperanza.

—Tiempo todavía —me dijo.

Me terminé la cerveza. Volví a mirar al parabrisas.

—¿Tiempo? —pregunté.

—Sí. Los años.

La voz del chofer sonó hueca.

Miró al parabrisas también; primero con un ojo, y luego con el otro.

—Está muy sucio —dijo.

—Sí, mucho. ¿Más cerveza?

—Ya no.

No apartaba la vista del auto. Le pregunté entonces si su compañero vestía de negro.

—No —me contestó.

—No he logrado verle la cara.

—Se la cubre un velo, una especie de mosquitero.

—Aquí los moscos salen de noche.

—El mosco no es la causa.

Diciendo esto, el chofer volvió al Ford. De nuevo le pasó la mano al cristal del parabrisas, pero nada más del lado suyo. Luego volteó la palma hacia mí y me la enseñó.

—¿De dónde vienen? —le pregunté.

La palma estaba sucia como la planta de un pie. El chofer se la restregó en una nalga y regresó.

—Venimos de muchas partes —me dijo.

—¿Anda de viaje?

El chofer movió tristemente la cabeza.

—La señora dice que no. Por los sufrimientos.

Miré al chofer como se mira a un loco, a un insolado.

—¿Qué señora? —le pregunté.

Y él, rencoroso:

—Mi clienta.

La seriedad del chofer era grande.

—¿Está enferma? —le pregunté.

—No del cuerpo.

El chofer me mostró en seguida los puños abrochados de la camisa.

—Ella me trae así —agregó.

—¿Adónde la lleva usted?

El chofer alzó los hombros. Miró al desierto de la calle, hacia el lado opuesto al Ford. Por allá, también, la bruma del sol. Se quebró su voz. Volaron astillas por el silencio; en la sombrita del tejaván.

—Ella dice que busca la paz.

—Todos la buscamos —dije—. Quizás la encuentre.

—¿Con este calor y este sol?

—Este sol madura, y luego se desprende del cielo.

El chofer negó con la cabeza lo que yo acababa de decirle. Me pareció que sus ojos de gallina se habían separado más. Como los de alguien que no tolerara ver las cosas de frente. A las cosas ardiendo, sin remedio, solitarias, en la luz del verano. El chofer cerró los ojos. Sus párpados lentos temblaban, como los de un niño que camina al llanto; solitario como las cosas. Lo llamé. Por acá las lágrimas no son el estilo que escoge un hombre cansado. Las lágrimas suponen jugo; que en alguna parte, todavía, está lloviendo. El chofer abrió los ojos.

—Les presto, para que descansen, la sombrita —le ofrecí.

Él movió, de nuevo negando, la cabeza:

—No a mi clienta —dijo.

—A usted, entonces.

El chofer suspiró.

—Aunque estoy hartó —dijo— tendría que pensarlo.

Sentí algo oscuro, como ala de zopilote en el reflejo del sol en el cristal del parabrisas. Giré bruscamente la cabeza. No vi nada.

—Me llaman —dijo el chofer.

El chofer entró al horno del Ford. A través del parabrisas su ojo izquierdo brillaba como el de un pez. Hablaban él y su clienta. El rumor de la voces me llegaba al tejaván. El olor a ceniza y a ropa trasminada por el agua de los cuerpos. Por espacio de varios minutos hablaron. Luego el chofer, abandonando de espaldas el auto, volvió al sol. Y a la sombra, después.

—La señora es terca —dijo.

—La canícula...

—No —interrumpió el chofer agitando sus manos de flor—, mire: tengo que enseñarle algo. Lo he traído todo el tiempo conmigo; pero como usted dice, la canícula...

El papel estaba húmedo y sucio.

—Ábralo —me pidió el chofer.

—Está deshaciéndose.

—Ábralo con cuidado.

Lo leí, tres, cuatro veces... Miré al chofer.

—¿Conoce al tipo? —me preguntó.

Yo tenía atoradas las palabras, mi vida entera, el sol, en la garganta. Miré al parabrisas. Y otra vez al chofer. Entonces él me dijo, tomándome de un brazo, con su mano de flor:

—Bueno, Antolín; venga, vámonos ya.

LOS ABANICOS

EL CALOR LES QUEMA LAS PALABRAS. Arden en los labios apenas tocan el aire. De poco valen los abanicos de cartón, los resoplidos, el recuerdo de otros veranos mejores. Uno de los hombres escupe a la calle. Está escupiendo unas plumas de ceniza. Los demás no; se las quitan de la boca, con los dedos. Por aquello de que la saliva y el agua hay que ahorrarlas. Eso piensa. Y voltean a mirar el ventilador en el piso. Y a su cordón enchufado, para nada al tomacorriente. Muy al principio intentaron reanimar el aparato, haciéndole girar las aspas, con la mano, por turno. Alrededor de él, más de media hora luchando. Como con un ahogado. En el creciente bochorno llamaron varias veces al dueño de la casa y del inservible; pero él se negaba. Y entonces ellos reiniciaban, más desesperados, los auxilios. Uno por uno fueron quitándose la camisa, apartándose del ventilador. El dueño los miró por el rabillo del ojo. Echó más plumas negras al aire y se levantó.

Pasó entre los vencidos como una sombra; siguió hasta un rincón y después volvió de allá llevando unos abanicos.

Comenzaron los cartones a remover despacio el fuego prendido a los cuerpos y las caras. En seguida, dos cartones se doblaron; en el mango, las banderas sin viento. El dueño hizo un ademán por encima de la calamidad.

—Déjenlos —dijo.

Fue de nuevo al rincón y regresó con los repuestos.

—Cuídenlos. No tengo bodega —dijo.

Los interesados los tomaron de mala gana. Pero fueron más cautos al usarlos. Los abanicos se hundían en el aire como remos en una agua muy densa.

—Creo que esto es peor —dijo uno. Y se detuvo.

El dueño había vuelto a sentarse en una silla, mirando a la calle. Esperaba a que los otros se calmaran para tratar el asunto. A él no

le afectaba tanto el infierno. Podía soportarlo aun sin el aire artificial. El ventilador era, como quien dice, cosa de última hora. Las ganas de un confort.

—Usted nos llama, señor presidente —oyó quejarse a todos—, y resulta que el eléctrico no funciona.

Sopló con fuerza un chorro de plumitas.

—Ahora —dijo—. Anoche me procuró las mayores delicias.

Sintió cómo lo miraban, envidiosos, enflaquecidos del alma, flotando en su propio sudor como en una salsa.

—Y antenoche también —añadió.

Los otros gimieron como si acabaran de hundirles hasta la empuñadura una daga.

El dueño de la casa soltó una risa. El reguero de pólvora, sonando cundió por la habitación; iluminó los rostros congestionados por el calor. Marcó, como un latigazo, los pechos. Uno de los citados se puso de pie unos segundos, y luego volvió a sentarse. La ola que provocó hizo que se menearan, como en un sueño, las hojas secas de los abanicos, quietos, abandonados ya sobre los muslos.

—Una circular, señor presidente —dijo el que se había levantado como un líder.

El dueño giró lentamente la cabeza hacia el grupo. Miró al de las palabras, metido de lleno en el suplicio. Los demás lo apoyaban con las miradas; le arrimaban esos puntales a su lengua. El dueño comprendió. Necesario era tirarles a todos como en un boliche; no dejar títere; tumbarles el andamio.

—¿Para qué, señores? —preguntó en un revuelo de plumitas negras.

Se alzaron los abanicos tarde. No pudieron desviar los perdigones.

—Un papel, una atención de usted, señor presidente —contestaron mientras simulaban ventilarse—, darnos aviso del desperfecto.

—¿Para qué, señores?

Los perdigones eran de bronce y venían hirviendo. Picaban, tábanos furiosos. Los hombres se rascaron con la izquierda el pecho. Sólo uno, también la verija.

—Podimos haber conseguido otro ventilador, señor presi-

dente— dijeron sin pizca de entusiasmo, dolientes, desfondados por los impactos.

Él frunció las cejas. Miró más malamente.

—¿Otro mejor que el mío? —preguntó.

—No, nunca. Pero sí para que cuando menos nos aventara poca brisa, señor.

—A ustedes, de parafina.

Él volvió de nuevo la mirada a la calle.

En sus glorias, el sol. Le había pegado fuego a los abismos del aire. Desde su lugar, él veía el destrozo; el azogue goteando del fondo azul del cielo. Escupió su desprecio por el clima de perros. Por los hombres, sus empleados, que no habían aprendido a superarlo todavía.

—Acaban de mentar ustedes la brisa —comenzó a decir Patrocinio...

—Sí, señor.

—Patrocinio, ¿la conoce usted?

El hombre hundió la mirada en sus recuerdos, bizqueando. Luego volteó el labio inferior para afuera, lustroso y punteado de negro. Se rascó una tetilla.

—No, señor presidente. ¿De dónde quiere usted que yo conozca las brisas? ¿Cuál mar, cuáles bosques tenemos por aquí?

Nadie pretendía ya estar echándose aire; reposaban, como antes, los abanicos.

El dueño oyó, por debajo de las palabras del otro, del silencio propio, cómo las gotas de azogue empezaban a perforar la tierra, el fondo de la tina. Se dilatarían.

—Ningunos, Patrocinio —respondió—, pero ustedes hablan por hablar.

Esto lo decía él de cara a la calle. Con su mirada atravesaba, esperanzado y tranquilo, la tempestad del fogón. Abierta la ventana, aparecerían las rojas flores del atardecer, las primeras flores vivas en la longitud del llano. Una voz, como una celada, lo hizo voltear:

—¿Y cómo es la brisa señor? ¿Dónde la ha visto usted? —uno estaba preguntándole.

El dueño puso la mirada encima al de la insidia. Humeó su

hierro encendido al tocar las aguas ajenas. Los vapores cubrieron al resto del grupo. Los abanicos se sacudieron en los muslos, como mariposas heridas de muerte.

—En mi eléctrico, Gervasio —dijo—, en su hélice están los mares, los bosques y los escombros de la lluvia que empuja el viento.

De la envidia era el lazo. Reculó el que lo había tendido, pero luego, en su lugar, aturdido por el calor, lo tomó otro.

—¿Y cómo es? Díganos, señor —pidió.

Él cambió el hierro por la vasta comprensión de jefe. Sonrió. Y con la punta de un pie hizo a un lado la trampa.

—Lo que sucede es que los encocora tanto infierno —dijo, sonriendo por segunda vez—. Sería como contarle una historia a unos sordos, Quirino.

El hombre bajó la vista a la maraña del lazo.

—No es el infierno, señor presidente —dijo—; es lo sofocado de este cuarto. Una ventanita no tiene. Ni agua.

—Quirino —dijo el dueño, igual que si estampara un sello—, lo construí especialmente para tratar asuntos de mucha importancia. En mi casa, es un lugar secreto. Y el agua, y la comida, no pueden entrar aquí.

Los hombres miraron al dueño como si se encontraran delante de un pelotón de fusilamiento. Dos o tres se llevaron una mano al pecho.

—Razones de seguridad —dijo el dueño—. Todos los gobiernos del mundo las practican; no son letra muerta. Los presidentes nos escribimos. Ustedes sufren.

Las manos que estaban sobre los pechos se alzaron como ampolas. Y un hombre dijo:

—Ya no una circular; un papelito cualquiera, señor. Nos hubiéramos preparado para el estreno.

Él puso en el aire plumas finas y apacibles. Lentamente se fueron navegando hacia el grupo.

—Yo hubiera dormido en el patio, señor —habló otro, más dolido—. De madrugada, el rocío baja a cántaros. Baja al hueso. Yo hubiera tenido reservas para esto.

La sonrisa del dueño cruzó por su cara como un misterio.

—Ustedes qué saben —dijo—. Las medidas que toma un gobierno son infinitas. Por otra parte, Quirino, dormir en los patios es malo. Te vuelves lunático.

Los recorrió a todos con la mirada. Las ampollas reventaron entonces.

—¿Por qué no piensan mejor en mis cortesías?: los abanicos, y el que yo les permita estar en mi presencia medio desnudos.

Los cuerpos se doblaron por la cintura hacia enfrente. El dueño vio gotear las cabezas como árboles después de una tormenta de verano. El sudor se estrellaba sin ruido en el piso de tierra; iba humedeciéndolo, abriéndole poros, unas boquitas de volcán. Entre los que allí se consumían esa tarde, uno era enemigo del gobierno. Pero pagaban justos por pecadores. Imposible ablandar a unos y a los otros. A los inocentes, no.

El dueño estiró las piernas hasta el marco de la puerta. Desatendiéndose de los sudorosos, volvió a fijar su vista y sus pensamientos en la luz de la calle.

De la brillantez azogada, la luz, como de la furia a la calma, pasaría al resplandor de la plata en la penumbra de las vitrinas y trasteros lejanos. Pero luego, de la fulgencia de mercurio frío, como de la calma al sueño, la luz pasaba a la floración roja del atardecer. Y la noche era el reino. Y la hora de la cosecha.

—Pensamos en la brisa, señor presidente.

El dueño se sobresaltó al oír la voz.

—¿Qué brisa, Patrocinio? —dijo.

—La de su ventilador, señor. Yo no sé qué es, de verdad.

Él cerró los ojos.

—Ya vendrá usted, Patrocinio —dijo—. Hoy mismo voy a mandar que compongan el aparato.

El hombre se enderezó; levantó el abanico y comenzó a echarse a la cara aire caliente.

—¿Y nosotros? —preguntaron los demás.

El dueño seguía con sus ojos cerrados. Miraba las explosiones silenciosas de luz dentro de él; todos sus colores, como en una feria. Descansos que se tomaba. Retirados distanciamientos necesarios para entender el fuego de la calle.

—¿Y nosotros, señor presidente?

Abrió los ojos. De su boca escaparon unas plumas.

—Patrocinio —dijo—, sólo usted vendrá, pero después de que yo haya hecho las averiguaciones.

El hombre paró de abanicarse. Los otros volvieron a verse delante del pelotón de fusilamiento.

—Señor...

El dueño les mostró un índice curvo, una uña de gavilán.

—Les prometo —dijo, y el tono de sus discursos le temblaba en la voz— que los salvos conocerán las delicias del ventilador.

—Señor, ¿de qué averiguaciones habla usted?

El dueño no respondió luego. Se levantó y colocó la silla mirando al grupo. Volvió a sentarse. La luz de afuera estaba pegándole de lado. Cabalgando entre la claridad y las sombras parecía otro.

—Con nosotros tenemos un listo —dijo.

—No entendemos, señor.

Gervasio —contestó él—: uno que roba al gobierno. La plata que usted y Patrocinio me traen de sus viajes.

—Nosotros siempre le hacemos entrega de todo. Hasta noticia le damos de los lugares visitados; del origen de cada cosa, señor presidente.

—Nada digno de eso, Gervasio. El caco se mete a la bodeguita. Yo puse ahí casilleros, como en una platería, y vitrinas. La mercancía no está arrumbada. De una sola mirada puedo darme cuenta de lo que falta. Hoy les menciono cómo arreglé aquello, para que no crean ustedes que estoy inventando.

—Usted es el único que tiene llave de los candados.

—Ya no.

Los dedos de la derecha del dueño tamborilearon sobre un muslo.

—Ya no —repitió.

Entonces, otro le preguntó:

—¿Y el mercurio?

—Todos los días lo peso. No lo han tocado, Quirino.

El dueño cruzó las piernas.

—Casi el domingo entero —dijo—. Hay tiempo.

El calor y el silencio se habían fundido en uno. Aplastaban los cuerpos y las respiraciones, como una piedra.

—¿Y qué es lo que le falta, señor? —dijo una voz ahogada.

—Una jarra. Y una charola.

—¿Grandes?

—Grandes, Patrocinio. Es mucho.

—Es mucho. Sí.

—Pero no me faltan. Las recuperaré.

Hablaban como aplastados. El dueño echando por la boca una ventisca de plumitas más negras que nunca. El otro, apenas si lo distinguía.

—Patrocinio, el lunes de esta semana vino un hombre a la Presidencia a ofrecerme la charola, arropada en un trapo blanco. Cuando me dijo que era de plata, salto de mi corazón. Era la mía. ¿Por qué me la llevaba a mí y no a otra parte, a otro tipo cualquiera? ¿Me sabían algo? Disimulé, Patrocinio. Dije que a mí no me gustaban estas vanidades. Pero que a un amigo mío en el gobierno, más arriba, sí. Para él la compraría. Un regalo. Espinita; eso fue lo que el hombre me dejó esa mañana. Y la jarra apareció el sábado. Ayer. Distinto era el vendedor.

—No se fastidie, señor. No se nuble. Por nada no. Si fueron a ofrecerle los trastes es porque usted es quien tiene más posibilidades aquí.

—Supongamos, Patrocinio. ¿Y el bandido? ¿Y la lengua del bandido?

La voz del dueño quedó vibrando, amenazadora. Como si volaran moscas.

—Eusebio, Melquisedes... —dijo.

—Sí, señor presidente.

—No hablan. Ustedes no son así.

—No, señor.

—Algo confabulan contra el gobierno.

—No, señor; ni lo diga —dijo el par, alarmados como gallinas—, asómese usted a nuestros pensamientos.

El dueño movió la cabeza despacio.

—A sus calaveras —dijo— es a donde voy a asomarme.

—Es el bochorno, señor. Deje usted que caiga la tardecita y salgamos.

El dueño miró para la calle. Apoyaba una mano en el borde de la silla y la otra tenía, tamborileando, sobre un muslo. Los hombres veían el brillo, las agudas llamaradas de sus ojos.

—Usted supone, Patrocinio —dijo—, pero el de la jarra llegó con malicias. Con desvergüenzas de viejo socio. Para mis pulgas, y poderes, lo aguanté lo que es un siglo de paciencias. Un siglo. Y en la superficie limpia de la jarra, como en un espejo de mano, enidaba yo las facciones, que no se me alteraran. La pistola estaba en el cajón del escritorio. Me llamaba para que saliera a defender la imagen de la autoridad. Mi disciplina férrea desconcertó por fin al otro. Comenzó a retirarse. Volvió la jarra al costal en el que la había traído. Agarró el costal, como a un pollo muerto, y luego se lo echó a la espalda. Y ya me decía adiós cuando le mencioné la historia del amigo mío de altos vuelos. Indigna de mí la experiencia que tuve entonces, Patrocinio. Recuperada por un pelo la plata, juré cobrarme, no en el hombre que se iba, sino al que lo había enviado conmigo.

—Señor. Quizás el del sábado era tan inocente como el del lunes. No sabría cómo vender.

El dueño dejó en paz los palitos de sus dedos. Fue luego, desde la luz de la calle, regresando la mirada al interior del cuarto:

—Bueno —dijo, suspirando, como acatando una orden muy a su pesar—, uno de ustedes cinco traicionó mi confianza, Melquisedes...

—Señor presidente. Yo ni siquiera veo nunca la mercancía...

—Eusebio...

—Melquisedes, y yo, señor, desempeñamos la misma comisión. ¿Le hemos fallado?

El dueño se restregó las palmas en el pantalón húmedo.

—Gervasio —continuó.

—Una vida trabajando para usted. Ahora, como mi hermano, ando de mercurial. Qué desempeñé antes de esto no lo recuerdo, señor.

El dueño volteó una palma hacia arriba. Se la acercó a la cara. La examinó con detenimiento; las líneas. Después, la recorre con

el índice de la otra mano. Sobre los ríos volaban plumas, unos pájaros de ceniza.

—¡Quirino!... —dijo.

—Gervasio responde por mí, señor. Del que compramos bajo el agua yo jamás he tomado gota...

—Quirino —repetió el dueño—. En la mano derecha tenemos todo. La cizaña y, marcado, el momento en que debemos arrancarla sin contemplaciones. La hermosa hierba también; a la orilla de la curva de la prosperidad. La cizaña y la hierba no deben ir juntas. Mi vida es la política. De esta mano ya he cortado otras cizañas que quisieron asfixiarme. En esos puntos hoy la lozanía de las hierbas es incomparable. Si ustedes tuvieran mis ojos, podrían verla. No es el robo de la plata. La bodeguita sigue engordando, de todas maneras. Al ladrón se le fue la lengua, habló de nuestra sociedad, del gobierno. Por fortuna, hace muy poco de esto; menos de una semana. Tengo olfato. Lo que el otro, uno de ustedes, no previó, fue que sus primeros compradores, atarantados por el calor y el sol, y las ganas de unos centavitos, corrieran a meterse en la boca del lobo. En la boca del lobo y llevando el secreto. La cizaña, pues, está tierna todavía. No me arruine nadie.

Entre las palabras y los disparos, hubo un inmenso, pesado silencio. Los hombres, porque el ruido caminó por el aire lleno de sudor con grande pachorra, lo primero que advirtieron fueron los saltos de la escuadra, como aquejada de hipo, de un telelele. Después oyeron, estuvieron oyendo, con los abanicos pegados al pecho, los últimos tiros de la carga. El dueño había disparado sin levantarse de la silla, cruzado de piernas como estaba. En el hueco que dejaron los balazos, él ya no soltó más plumas sino un hálito a medias, revolcado por la luz del sol.

—Gervasio —llamó, sacando a relucir otra pistola...

El hombre, al pararse, reprimió los temblores, dejó el abanico en la silla. Cruzó a zancadas la habitación.

—Mande usted, señor.

—Póngale esto en la mano a Patrocinio.

Y luego, al mismo tiempo que se incorporaba y fajaba la escuadra:

—Melquifades, hágame el favor: vaya por el comandante Benjamín y traigan dónde echar al muerto.

Y en seguida, a todos, sin darles un respiro:

—Patrocinio empezó.

DE ALBA SOMBRÍA

NO PARA EL AGUA. Por las tardes, los truenos hacen temblar los vidrios de la ventana. Ellas corren a protegerlos, con las manos abiertas. Miro el vuelo de estas flores; se posan, se pegan a los trémulos. Y allí se quedan, grandemente quietas, y oscurecen aún más el cuarto. Retengo mi aliento. Una insignificancia mando al aire, incandecido por tanto relámpago. El golpe de los rayos en el cuerpo de la lluvia lo siento yo en el mío, árbol. Me aprieto el estómago; defiendo del retumbo el corazón. Los repiques aturden. Cañonea la campana loca del cielo con ganas. Yo me doblo sobre mi puño incrustado en el estómago; brasa, huesos febriles. Las muchachas en la ventana han vuelto, como todas estas tardes, su cara a un lado, y cerrados los ojos. Las luces las encandilan. La ventana tiene la altura de un día de sol. Pero Alba y Palmira la alcanzan bien. La húmeda claridad que baja del toldo ruidoso ilumina sus brazos desnudos, sus hombros y su pelo rubio, sombría borrasca de espigas. Alba es la menor. Se cansa pronto. Entre fogonazo y fogonazo, abre los ojos para mirarme y solicitar de mis prevenciones una tregua, pero yo me niego, muevo los labios: imposible —digo—, si todavía hay trifulca. Y Alba cierra de nuevo los ojos, y yo abato los míos. El piso se pone prieto. Las paredes. Aliviada, Palmira suspira al mismo tiempo. La oigo como cuando una flor nos llama desde algún lugar secreto en la hierba.

Se comienzan a apaciguar los truenos. Saco el puño de la boca de mi estómago. Me enderezo. Las muchachas retiran sus manos de los vidrios. Como palomas entumecidas. Luego vendrán a sentarse junto a mí; Palmira desgranando todavía suspiros; Alba, triste a causa de mi desconsideración.

Apagado el cielo, las voces del agua, intensas, recobradas, resbotan en los vidrios y en la puerta. Entonces tomo una mano de Alba. Le envío recuerdos de su infancia. De aquel azul. Ella me

entiende, lectora capaz de la sangre de mis pulsos, como ya antes lo había sido del murmullo frente al resplandor.

Ya no es visible la ventana. Alba y yo nos soltamos las manos; ponemos fin.

Y en eso, el viento. Sonador de aldabas.

Palmira me toca la ropa, pide los cerillos. Se los doy. Nos atemoriza la oscuridad.

El pelo de Palmira, el hebrerfo de esponjado oro, arde, fosforece con la llamita de la lámpara acabada de encender. Palmira alza la vista a la ventana, otra vez visible. Afuera, al viento se le oye trenzar la lluvia. Restallan puntas en las superficies rugosas de los vidrios. Como absorbida por este culebrear del agua, Palmira empieza a alisarse las crenchas, a dos manos. La contemplamos en silencio; Alba como si la otra estuviera haciendo magias. Pero Palmira se detiene. Sin dejarse el pelo ni voltear tampoco, llama. Alba se levanta. Va.

—Aquí estoy, ¿qué quieres?

Y como todas las noches, las de lluvia, la otra responde:

—El peine, hermana.

Ambas están de espaldas a mí. No veo cuando se lo entregan a Palmira. Pero la miro hundirlo después en el caudal. Ladeando el fuego contenido de su cabeza, Palmira concentra su mimo en una sola crencha.

El viento sigue aporreando nuestro cascarón. Cabalga por la azotea, se mete con el agua. Se muere por quebrarnos. Se llevaría a las muchachas si yo, abriéndole la puerta, lo dejara entrar. Alba lo sabe. Anoche me lo confió en la madrugada; dormían ya la hermana y el aire. Dijo, y el pelo suelto le oscurecía las cubiertas frías del pecho, que el viento tenía fuerza para todo: para las casas y los montes. Le desahijaba los árboles a la tierra. Transportaba piños de un pueblo a otro. Mujeres. Circos de animales. Alba temblaba, como el agua en los vidrios, al estarme enumerando los trajes del rondador.

El oro que Palmira peina se torna cada vez más claro; ilumina, reverbera por su cuenta. La otra mitad, la otra crencha, parece ya en comparación estopa, hilaza triste. La cadencia del rastrillar se

espacia. El peine negro abandona la corriente abajo, en el fleco irregular, lleno de luces. A menudo lo confundo con una diadema y sus piedras, que Palmira fuera a plantarse en la coronilla. Alba me ha dicho que a ella le pasa igual. Palmira termina.

El viento redobla en las tablas de la puerta. Jadean las aldabas de las pezuñas. Se está cansando y yo recuerdo a Palmira y a Alba jugando a levantarse las faldas en lo más recio del verano.

—Ahora tú —dice Palmira.

Alba toma el peine.

—Sin prisa —le recomienda Palmira.

—No me lo repitas.

Palmira se ríe.

—No —dice—, dispénsame.

Alba comienza con calma, con el pelo de Palmira.

El viento se frota ahora como un sarnoso en las esquinas de la casa. Su cansancio es grande. Todas las sonajas se le han muerto, perdieron la fiereza. Se ahila.

Las voces ya están volviendo; vuelven sus coros dispersos a la ventana, a nosotros.

Palmira, mientras la otra la peina, me dice, delante del rumor: —Don Efraín, yo no entiendo.

A Palmira le gusta hablar. No es como su hermana, subterránea. Bajo los árboles, o bajo el desnudo sol del llano, la que invariablemente me saludaba era Palmira. Alba no. Casi nunca. La hermana tal vez la cohibía. Palmira, la de los saludos, la del agua chispeante en la superficie, sí; pero Alba, la de las breves llamadas en la sombra.

—¿Qué es lo que no entiendes, Palmira?

Las dos muchachas se aburren en este encierro de las tardes y las noches lluviosas; mucho Palmira.

—El agua, luego los truenos, y después el viento, don Efraín.

—El agua se queda.

—Sí. Pero es ella la primera. Jamás los otros.

Alba se halla ausente de lo que hablamos. Bruñe la crencha de perfil a mí, caídos los párpados.

—Ése es el orden, desde el cielo.

—¿Siempre, don Efraín?

—No siempre. Estos días ha sido así, Palmira.

—Bueno. También yo digo eso. El año pasado las tres cosas brotaban revueltas; a veces nos faltaba una. Usted no estaba aquí, no lo supo.

Me divierte la plática.

Alba sigue al margen. Palmira me pregunta, tras un instante de silencio:

—Y, ¿por dónde andaba usted, don Efraín?

Alba se prende el peine en su propio pelo y comienza a acariciar el de la hermana. Las manos de Alba son tan bellas como sus ojos; lustran la corriente del oro.

—Por el mundo, Palmira.

—Si, eso nos dijo la abuela, ¿verdad, Alba?

Alba parpadea, suelta la crencha. Sus largas pestañas baten la penumbra, los fulgores del otro pelo. Voltea y me mira, y es como si los coros de afuera se hubieran aposentado en ella y le presantaran su gracia.

—Sí —responde.

Palmira se da la vuelta; Alba también. Con la luz de la lámpara a sus espaldas, semejan apariciones.

El aire del cuarto se torna inmenso entonces. Retrocede el círculo de la lluvia y sus cantantes.

Palmira se echa el pelo para enfrente.

—¿Es muy redondo el mundo, don Efraín? —me pregunta.

—No, Palmira. No, Alba. Tiene hondonadas; lugares sumidos, y ahí se pudre el agua o se junta el polvo.

Las miradas de Alba siguen habitando las mías. Se quita el peine de la cabeza y se lo guarda en una bolsita del vestido. Adivino que algo va a decirme.

—La abuela cuenta que usted regresó de allá tristísimo, don Efraín.

Las palabras de la muchacha son como rayos del sol. Hacen que salte el polvo de los agujeros; que vivan de nuevo las aguas estancadas. El olor de la lluvia, adentro.

Debería callar. Pero Alba espera.

—Eduwiges —le digo— es la exageración.

Con el día de hoy son ya tres que las hermanas me acompañan. Llegan en la tarde, duermen aquí y se van por la mañana, en la lluvia, tapadas con un hule. Alba sólo hasta ayer habló conmigo. Por miedo al viento.

Después de haberle contestado, Alba desvía de mí su mirada. Ahoga las voces que la socorrieron.

—Más cosas no entiendo —me dice Palmira, enredando sus dedos en el pelo. Yo ya no quisiera que hablara. Deseo fundirme al silencio de Alba. Sin embargo, me oigo preguntar:

—¿Como cuáles, Palmira?

—Como la de que usted tenga terror a los truenos, don Efraín. Como los niños.

—A los truenos no, Palmira, pero sí a que los vidrios se rompan.

Infinitamente leve, la muchacha sonrío por lo que acabo de decirle.

—En el pueblo, don Efraín, el cielo nunca ha roto un solo vidrio.

La lluvia terca; los desvarfos del viento, sus embestidas y bufidos. Estas cuatro paredes, el fastidio de las horas y horas sin sol, nos empujan a hablarnos así.

Palmira tiene una jaula de palomas latiendo debajo de la blusa. Le miro con fijeza el pecho. Ella me siente. Y desbaratando un rizo me voltea a ver. Nos encontramos en el aire, una fracción de segundo; sólo un tiempito, porque luego, asustados por la memoria de Alba, mis ojos huyen.

—Son las piedras las que los dañan, don Efraín —me dice Palmira.

—Jamás había llovido tanto, creo.

—Don Efraín, ¿y eso qué relación hace con los vidrios?

Alba se mueve en su silencio. La oigo. La invito a que vaya a dormirse ya. Palmira me secunda. Pero Alba está sorda y sin ojos para nosotros. La dejo y le contesto a la otra:

—La lluvia los adelgaza. Los gasta, como gasta el agua la orilla de los ríos, Palmira.

—No es verdad, don Efraín.

Me levanto.

—Es verdad, Palmira —replico—. Y el peligro está en que, por el golpe del trueno, salgan volando en pedazos por el cuarto y nos hieran.

Palmira niega; agita las puntas doradas de su pelo.

—Don Efraín, usted se lo imagina. La abuela dice que usted volvió enfermo. Lloroso. Malo del corazón.

Me acerco a Alba.

Palmira sigue con la vista mi mano que se posa en el hombro de su hermana.

—Alba —le pido a la muchacha— vete a acostar, no dormiste anoche.

Alba alza los párpados.

—¿Y Palmira?

—También ella —le respondo—, también ella.

Los coros de la lluvia se tumban después de las hermanas, pero no se callan; cuchichean delante de nuestra ventana. Así van a durar toda la madrugada. Así, hasta que amanezca. Reiniciarán el canto, entonces.

Contemplo el sueño de las muchachas, el revoltijo de sus cabelleras, confundidas las mansas corrientes sobre la almohada.

Yo no duermo. Me desvela Alba. Eduwiges, la abuela, a pedido mío las mandó para que cuidaran mi sueño, de mi corazón, en la tormenta, y ahora resulta que soy yo quien se preocupa por ellas.

De Alba.

La lámpara en el centro del cuarto, su llama, que de cuando en cuando ondula como una bandera, nos ilumina a los tres apenas. Mi rostro. Las colinas y los montes de los otros cuerpos.

Una imagen del trigo que crece en la sombra de los valles me asalta con mucha crueldad. Es un hierro candente. Me quema los huesos. El hervor de mi sangre, agrandándose en alguna cúpula que no veo, opaca el murmullo de afuera, me inunda de vapores y de una fragancia de hierbas.

Palmira me despierta.

—Se acabó el agua, don Efraín —me dice, y se sonrío, como cuando nos saludábamos en el llano. En los árboles.

Miro al cielo a través de la ventana: profundo, cristalino.
Miro a la muchacha. Advierto que ha juntado sus crenchas en una sola, y que trae otro vestido.

—Paró desde temprano. A nosotras nos despertaron las ranas, don Efraín.

Palmira tiene la puerta de par en par.

La mañana huele inmensamente a agua. A la pólvora de los relámpagos, a fulminaciones.

Palmira anda descalza, sus pies relumbran en el piso como cucharas de plata. Le pregunto por los zapatos. Se ríe otra vez y me enseña la planta de un pie, oscura de lodo.

—El llano amaneció debajo del agua. Ésta su casa no, porque es altita, como la de la abuela.

He estado oyendo a Palmira no muy bien despierto, pero cuando ella menciona a Eduwiges, sufro una sacudida.

Busco en torno mío a la muchacha. No la veo.

—¿Y tu hermana? —le pregunto a Palmira.

—Se fue, don Efraín.

Un dolor de lado a lado me desgracia la luz de la mañana. El aire, en el fondo del corazón, se retuerce. Me araña el pecho.

Mis palabras, gimiendo, no hallan camino, caen mucho antes de poder llegar a mi garganta.

Palmira se va a la puerta. Allí la reciben los reflejos del agua y le acarician las partes más dulces del cuerpo. Se enredan a sus tobillos.

—Alba y yo nos fuimos juntas —me dice Palmira—, pero yo volví, por la abuela. Quiere saber si no se le ofrece a usted nada.

La muchacha sale. La luz del sol resuena en sus caderas.

De pronto, se da la vuelta y agrega:

—Bueno, también volví para darle un recado. De Alba, don Efraín.

LATITUDES DE HABACUC

1

LA BICICLETA DE HABACUC ES ROJA como el corazón de las sandías. Habacuc vive montado en ella. Hay otros ciclistas aquí, pero al verlos yo siempre pienso en Habacuc, como si él pudiera estar en varias partes a la vez. Lo que no es posible. Pues Habacuc maneja tan lentamente su máquina, que parece un caracol. Le dan lo mismo los climas. Ni las lluvias, ni el sol torrencial, logran precipitarlo en la velocidad. Es admirable cómo se mantiene tranquilo en el sillín mientras la tormenta, en torno suyo, ilumina y arrebata. Digo las tormentas de verano. Los rápidos chubascos. En el loco prenderse y apagarse de las zarandeadas lámparas del cielo, yo he visto echar llamitas a los manubrios de la bicicleta. Brillos.

Hubo días que tuve miedo de que un rayo lo alcanzara como una lanza.

Pero no se crea nadie que Habacuc desafíe los elementos para hacerse notar. Yo y los demás, y los otros ciclistas, lo tenemos sin cuidado. Sentado en el trono de su sillín, sólo él sabe cómo ve al mundo. Y con el sol, sucede igual. Habacuc tampoco le huye. Cuando veo arder el cuadro de su máquina roja en la luz, en el calorón, invariablemente me imagino que él también va a encenderse. Dura un pestañeo esto.

Es entonces que le grito a Habacuc desde la sombra.

No lo ha entontecido el mazo del sol.

Voltea luego y me sonrío. Sus ojos tienen el color de los atardeceres del verano.

—¿Qué quieres, Lilo? —me dice.

—Nada. Saludarte, Habacuc.

—Ya lo has hecho, Lilo.

—Ya.

—Adiós, pues.

—Hasta luego, Habacuc.

II

Mi tranquilidad viene en seguida. El mismo Habacuc me apacigua. Lo miro dar vuelta en la esquina, con su eterno rodar de caracol. Es nueva su manía esa de la bicicleta. Menos de un año. A partir de una mañana del invierno pasado. Vino a mi casa. Me dijo que deseaba comprarme la bicicleta que tenía yo arrumbada al fondo del patio. Sorprendido de que supiera de ella, le pregunté:

—¿Cuándo la viste, Habacuc?

Habacuc no me respondió.

La bicicleta la había comprado yo hacía unos quince años, a un hombre que no era de aquí. Hombre en apuros económicos. Y yo, otro hombre para ayudarlo. El negocio lo llevamos a cabo a puerta cerrada, por petición mía. Para que nadie nos viera, si luego resultaba latrocinio. El hombre volvió a la calle con un resplandor que no traía y con mi dinero en la mano.

Me apresuré, entonces, a acabar de ocultar la bicicleta y dejarla en lugar seguro. Me fijé un plazo de un mes para estrenarla. Y queriendo procurarle una buena sombra mientras tanto, le hice sitio entre las cosas arrumbadas en el tejaván del patio. Y eso fue lo malo; porque allí, como escondida que había quedado, de no verla claramente, la olvidé. Pero no con desmemoria total. Porque a los seis meses, de pronto, la recordé. Fui hasta el tejaván. Animoso iba de no seguirla desperdiciando. Aún era tiempo de desquitar su precio. Todo eso me propuse. Pero nomás.

Habacuc me miró a los ojos. No me contestaría, estaba esperando mis palabras.

—Tendrás que sacarla de abajo de un mar de cosas —le dije.

Habacuc no se inmutó, pese al tono de mi voz que le prometía una dura tarea.

—Y tendrás también que pintarla, Habacuc.

—Bueno, Lilo. ¿Podemos ir ahora?

—Habacuc, no te voy a ayudar.

Salimos juntos al patio.

Habacuc se detuvo frente al tejaván. Las olas del mar que yo le había dicho, eran bastante más altas que su cabeza; más intrincadas y oscuras que una selva.

—Habacuc —le dije—, no lo pienses. Si logras desentrañarla te la regalo.

—Está bien, Lilo, está bien eso.

Serán las diez de la mañana. Calentaba ya el sol. Habacuc acometió, resuelto. Trepó por el montón, buscándole la cresta, la clave quizás. Desde arriba, me preguntó, como un equilibrista que se dirigiera al público:

—¿Para dónde echo las cosas, Lilo?

—Adonde tú quieras —le dije divertido—. El patio es tuyo.

Y así lo hizo. La cresta parecía el filón de una miscelánea. Vi volar, y caer, objetos irreconocibles. De otro mundo. De un yo que ni siquiera se acordaba ya de cuando los había botado en aquel arrumbadero. Habacuc, en la cresta que iba desbastando con tanta efectividad, sudaba como si estuviera paleando arena. Llegó un momento en que pensé si lo que él buscaba no era perforar la maraña hacia el centro, y sacar la bicicleta. La semilla. Se lo dije. Siguió en su afán. Pero luego, tras de lanzar un traste al sol del patio, se detuvo, y se enderezó. Los ritmos de su respiración los tenía alterados. Metía más aire al cuerpo que el que sacaba. Sentí pena por él, por no haber querido ayudarlo.

—Habacuc —le dije—, no importa. Tómate los días necesarios. Poquito a poco. De todos modos, te la regalo.

Habacuc se sentó al borde del escombro. Respiraba mejor. Y sonreía.

—Acabé con la cresta —dijo—. Pero no estoy cansado, Lilo. Todavía no.

La sonrisa se le tornó brillante; mucho; como el sol de la mañana.

—Lo que sucede, Lilo —dijo—, es que la bicicleta me pone de nervios.

La ruta de Habacuc es rígida. La misma siempre. Dicen, y lo afirmo yo también, que lleva dibujado un mapa en las niñas de sus ojos; pero un mapa de un pueblo de sólo tres o cuatro calles, y sin ningún alrededor. Sin plaza tampoco. Y yo agrego: sin estaciones del año. Durante la primavera, varias veces seguí a Habacuc en su recorrido, retirando, discretamente, mi persona de la suya. En sus ojos, el mapa debe de ser una especie de cuadrado perfecto, que contiene nueve manzanas, tres por lado. Además, tirado con minucia; a cordel. Y el cordel, encima, blanco de cal, de una cal indeleble. Porque Habacuc, nada de desviarse jamás. Un riel su camino. Él ve la línea a través del polvo, de la lluvia, del pardear.

Pero yéndose abril, mayo caloriento a las puertas, dejé de andar traspisteano al monótono.

Entonces regresé a mi casa, al porche largo, abierto al aire.

De todo servicio me proveí. Mecedora, que puesta a funcionar, tiene vuelos de campana; una mesita al alcance; luego, un balde con agua, y pocillo. Apartaba las contaminaciones; las aparto aún, tapando el balde. Pero estas comodidades, desde un principio las pensé y las dispuse sólo para las tardes, a partir de las tres o las cuatro.

En las primeras, tuve la idea de contar las vueltas de mi amigo, cuantas ajustaba hasta el crepúsculo. Pero ahora me parece ocio inútil de la atención.

Habacuc la requiere en otro terreno.

En el aire que lo envuelve. Una atmósfera como cuando un hombre se viste de abrigo. Un pez, Habacuc, con un mundo particular de agua; pero sonsacada del río.

Antes de esto, dos semanas apenas, Habacuc le daba en silencio al pedal del caracol. Sólo cuando era saludado, iba en contra del callar así. En las mofas, no. Nunca. Pero ya, para estas últimas tardes, su comportarse es distinto. Hablantín de secretos, murmurante, pasa por el porche, frente a mí, que paro de meceme para no bambolear en mi pupila su imagen. El oírle hablar como los locos o los viudos, también me intranquiliza. Sarta de tardes llevo

echándome sobre el barandal de mi divisadero, acercando mis orejas a los sonidos de su boca en esa nacida atmósfera. Y no logro entender ni un cabito de frase. Pero por el tono del murmullo, y por la cara que él hace, yo digo que Habacuc discípulo se siente. Porque él no dice por decir; responsivo va de las preguntas llegadas desde el aire. Del de allí luego; del inmediato, del que parece provoca todo el disturbio. No es el hablar a solas. Dondequiera es costumbre de apesadumbrados, entretenimiento de loquitos, como dije; pero ninguno de ellos usa más aire para su lengua que el común. Habacuc, no. Habacuc se dispensa de esto. En su aire porta los maestros que lo interrogan a fuego graneado. Pero de algún modo el mundo de afuera, nada remiso, ha captado que Habacuc lo excluye y que toma airecitos de otras partes. Lo grave; porque así, a mí, me resulta más difícil defenderlo.

—Monta el infantil y holgazán a cabalgar sin medida, sin importarle de casa ni de hijos —me dicen.

Y yo, en la sombrita, en mi porche, en la campana de la mecedora, combato los cargos:

—Por enfermedad, señores —digo—. Ciclista forzado.

Bebo un poco de agua, y sigo:

—Y no deja ni casa ni hijos al tantún, él tiene mujer.

Los otros, de nalgas en el barandal del porche, revuelven, me relucen otra observación:

—¿Y eso de andar últimamente creyéndose rey?

—Enfermedad.

Bebo más agua.

—¿Y eso de no querer respirar los aires de nosotros?

—Enfermedad, señores.

Tres veces me les escapo. Pero no me creen. Comienzan a abandonar el porche. El ruido de la mecedora, sobre los pasos en las tablas del piso. Cuando han acabado de irse, pienso que nada saben de que yo fui quien le proporcionó la bicicleta a Habacuc. Y me río.

Habacuc no debe tardar en cruzar de nuevo por aquí. Falta aún para el crepúsculo. El día que Habacuc se harte de rodar, lo único que habrá logrado será tener estos enemigos.

Los ciclistas, añadidos, y torvos con él, durante la primavera, por las mañanas. Tropa de puros capitanes. Cada uno poniéndose de ejemplo, de superior, en las entradas contra Habacuc. Por los clamores en la calle como en un estadio, lo sabe uno. Las voces de los ufanos espolvorean todo. Es hollín lloviendo; al menos, tal lo experimento. Y todas, reconocibles, se oyen y tapan, si acaso sonara, que no, la de Habacuc. Embebido en mi trabajo pensé, allá en el trasfondo de mi atención, que la chacota, y el dale dale al nombre de Habacuc, sería sólo una muestra, inofensiva, de lo savioso que andaban los vagos por entonces. Rebozantes como los árboles. Y de filo hubiera continuado yo con esta creencia si no viene uno y me dice:

—¿Ya vio usted, Lilo, que los de máquina guerrear de fijo con Habacuc?

El neutral se va.

Es por la tarde cuando me gusta salir en seguimiento de Habacuc; ni modo de constatar la noticia. Habré de dejarlo para la mañana. De raíz sorprender qué esconden los gritos. Pero, por lo pronto, si es posible: observar el trato del combate en el cuerpo de Habacuc; en su máquina roja. Salgo, pues. Me aposto en el porche. Habacuc y yo, coincidimos. Pero él está entero. Y la otra. Rasguños, cardenales, por lo bajito, me esperaba yo. Lo saludo. Quiero que ofrezca, a mi visión, el otro lado de su cara. Nada, tampoco, allí. Nada, de no ser la sonrisa de extremo a extremo, la buena compañía de las palabras con las que me devuelve él el saludo. ¿De qué guerra me habrán hablado?, me pregunto. ¿Camino de pájaros?

Y llega la mañana del siguiente día. Desde el alba, la declaro hermana de las dominicales, esclava de nadie.

En el patio, debajo de su aire resonante, espero.

Y es a las diez el término.

Parado en la esquina de la casa, viendo para donde se recuesta el sol veo, veo la guerra, las bocas, lanzando alaridos.

Habacuc, caracol, es el núcleo del torbellino. El enemigo lo enmadeja. Los capitanes son excelentes ciclistas; hacen primores, sin desmontar, y sin tocar, ni un roce, el suelo, la tierra de la calle.

Habacuc, que siempre va muy derecho en el sillón, lleva ahora el cuerpo inclinado hacia adelante, todo su peso cargado en los manubrios. Enconchado lo miro. Pero no corta su pedaleo. Tampoco levanta los ojos hacia la caballería hostil. Por fortuna, a nadie le da por detenerlo, tumbarlo. Ya me va pareciendo que en esta guerra de comienzos, de calentamiento, hay fiesta. Pero lo que no distingue es lo que cada combatiente vomita o empuña. ¿Dónde están las piedras y los palos? Me habrá mentido el neutral. ¿Miope, el pobre?

Me desprendo de la esquina.

Avanzo en la calle.

Habacuc desplaza al ejército. Como es mañana de ocio gracias a un secreto mío, aunque de aquí no pasan ya las belicosidades, decido verles el fin. La templanza del aire, convida. Las piruetas, los gritos de los otros. Algo, en el indiferente Habacuc.

Curioseando voy, como una mujer. Avanzamos, pues, caracoles todos, los metros restantes de cuadra. Hasta los cuatro vientos, y las cinco luces de la bocacalle próxima. Lo efectivo se anuncia con un silencio repentino, con un secarse de los gritos en el aire. Las bicicletas no han cesado de rodar en torno a la de Habacuc; la envuelven en círculos; vueltas cada vez más amplias. Un minuto no dura este movimiento. Las bicicletas se detienen. El sol, yo, los capitanes, miramos avanzar a Habacuc hacia el centro de la bocacalle. Y no sé qué va a pasar. Pero los capitanes sí. Es el principio de la auténtica guerra. Entra en acción el primer capitán. Grita, aúlla, embiste, y lleva en la mano un objeto que relumbra. Habacuc, que no es una tapia, no se inmuta, sus piernas siguen subiendo y bajando, morosas como los remos de un caracol. El iniciativo, ya para llegar a Habacuc, tuerce de sopetón. La máquina sobre su izquierda de manera que el otro le quede enfrente. Rapidez en el tiempo del ataque. Cuando los dos hombres casi se encuentran, en ese momento, se levanta de ellos un resplandor como de agua, un arco iris con todas sus bandas de color. Los gritos, y las carcajadas, y la alegría estallan en el cerco enemigo. Y arranca el segundo capitán. Brillador de una mano, como el anterior. Pero distinta estrategia. Pescador, como luego veré. Porque él no enfrenta a

nadie. Se coloca a la par de Habacuc, adopta su mismo ritmo, lo observa. Y ataca. De lo brillante de su mano brota la extensión azul de una red que va y cae sobre Habacuc.

—Lo mojan. Lo tiñen —le digo a alguien junto a mí, que también está mirando.

—No señor —me contesta—, lo adornan.

Volví contrariado a la casa. Aunque aquélla era una guerra líquida, sin riesgos de mención, yo pensaba que Habacuc, aun así, debía urdir defensa y practicarla. Arriscarse; y no al chubasco sólo. Que el vuelo, la sombra de una gota le bastara. De fuerza no estaba privado. El coraje lo alumbraba como a cualquiera en topándose a oscuridades de mundo. Pero, por las apariencias, esto se lo había cambiado a lo bovino. Tenía que ir a hablar con él. Decirle qué presencié. Esperé, pues, el transcurrir de la sobrante mañana. El de la tarde, sentado en el porche, espectador de Habacuc, y, por último, el del crepúsculo. Siendo noche, dejé de mecarme y bajé a la calle.

IV

Habacuc estaba cenando cuando llegué. Varios niños, del otro lado de la mesa, lo veían con admiración. Él, entre bocado y bocado, sonrisas, cariños de palabras les enviaba. Me advirtió.

—En lo que canta un gallo, termino —dijo—; siéntate.

Habacuc, limpio de ropa y cuerpo, perfumaba el aire de la cena. Le doblaba la luz al cuarto.

Habacuc paseó una sonrisa por todos nosotros, y luego dijo:

—Son mis hijos, y los amigos de mis hijos, Lilo.

—Sí; los conozco, Habacuc.

Habacuc los despachó fuera.

—Crean que estoy entrenándome para una carrera muy larga, Lilo —dijo—. Larga.

Fui yo el que sonreí entonces. Él me secundó.

—Invento de la mujer —dijo—. Y luego: —Bueno, Lilo...

—Hoy en la mañana te vi, Habacuc.

—¿En la guerrita?

—Sí. Nada hiciste.

—Lilo, era agua.

—La flor de los vagos, Habacuc.

—Ni tiros, ni piedras, Lilo.

—Vagos, Habacuc.

Habacuc, acontecido por la incompetencia de un amigo para comprender, dijo:

—Lilo, mientras sea agua...

Enredo peor. No me destantié, sin embargo. En el interior, procuré luces para no irme tan mal; y las tuve.

—Habacuc —le dije—, tú piensas que el agua no es prueba para hombre, ¿verdad?

—Sí, Lilo.

V

El verano le puso orilla a la guerra. Los ciclistas no la trasladaron de una estación a otra. En el sol verdadero vinieron a frenar sus máquinas, a olvidarse de los botes con agua.

La tarde es menos tarde cada vez. Me asomo por encima del barandal a ver si diviso al caracol. Pero las soledades no me lo muestran. Y en alguna parte ha comenzado ya lo sombrío.

Vuelvo la vista a la cúspide del aire, calculo la luz que aún queda. Reconozco un margen para Habacuc.

La calma, anticipo del crepúsculo, invade el porche. Me digo las razones del retardo. La resolución de no moverme del barandal en tanto haya todavía una posibilidad, me clava al piso. Pero se siente la noche, anda andando, rondando, en la vecindad del llano. Durará, pues, mi espera.

Un temor serio tengo. Cuidado de ciertos hombres. De los que suelen venir a quejarse conmigo de Habacuc. Cómplices, relevos, resultarán de los ciclistas. Por turno, caballerías e infanterías, haciéndole la guerra al solitario. Peligrosos los de a pie. Emboscados. Usando el alba de esta tarde, las esquinas, el periscopio de un ojo. Cazando al otro. Venadeando al otro, caerá porque no es agua lo que le mandan. Sacudo mi cabeza. Imaginaciones, no

debería yo fomentar; Habacuc no vive en la punta del mundo: qué fue, lo alcanzo bien con la mano.

VI

La mujer de Habacuc se echa aire en la cara con un cartoncito. Está parada en la puerta de la casa. Tranquila me ve acercarme. Pienso que Habacuc estará cenando, en compañía de los niños. Respiro alivio.

—¿Y Habacuc? —le pregunto como quien pide permiso para entrar.

Ella arruga la frente.

—¿Habacuc? —me dice—. ¿No estaba con usted?

—No —atino a decir; el desconcierto todo en mí por la actitud de la mujer. Las arrugas le han desaparecido. Me mira por detrás del aire.

—¿No?

—No.

—Entonces, Habacuc, Lilo, ya se fue.

El cartoncito se mueve como un postigo suelto al viento.

—¿Que se fue? ¿Adónde? —pregunto.

La mujer me mira como si supiera yo más cosas de las que sé, y luego me responde, con estas palabras del propio Habacuc:

—A sus latitudes, Lilo.

ARRIBA DEL AGUA

EL RUIDO SE MUEVE, se aproxima. Las piedras revientan de sol. La sequía no va a dejarnos nada; ni el juicio siquiera. Dicen que en el llano andan almas resucitadas de animales. Que llevan en orden sus huesos pisando firmes la tierra. Tantos años sin agua dan para todo. Espantos y fantasmas. Suena, acompasadamente, el ruido: dos golpes, y luego, vuelta a empezar. Qué bochorno. Y, de pronto, una ola de cálido silencio. No es el de todos los días, y la ola ha arrastrado una sombra hasta mi puerta. Me oscurece el aire.

—Buenas tardes —me saluda, desde la sombra, una mujer. La miro. Las mujeres enloquecen al último.

Ésta viene vestida de largo, color blanco. Usa lentes negros, de mica, que casi le llenan la cara. Del cuello de su vestido, como del pico de una cerveza abierta, le escapa un borbollón de olanes que luego se le seca en el pecho. Abajo de los olanes, descubro un botecito colgando del cuello; parece el tambor de un niño. La mujer lo toca con un palito. La mujer apoya el palillo en la lámina, de punta, como un cuchillo.

—Buenas tardes —contesto.

Grande, la potencia del resplandor de la calle. La mujer está como parada en un viento luminoso.

—Entra.

Ella levanta el palito y se rasca una oreja con él.

—Entra. Una sombra; un lugar para que te sientes.

La mujer me está mirando con sus lentes como alas de murciélago.

—He caminado —se queja—. Como los animales que penan por el llano.

La mujer es una muchacha; y las muchachas son campos de alfalfa. Fuera de la resolana, recobra su centro; se aprieta.

—La permanencia es voluntaria.

Sentada ya, se encaja el palito en el peinado. El tamborcito queda entre los muslos, sepultado a medias. Los brazos, cruzados al frente, aplastan la espuma de los olanes. La boca de la muchacha es como la de un ciego. Sus labios, aunque mordidos por la codicia del sol, siguen siendo hermosos.

—Oí tu pregón —le digo.

Ella abre, despacio, la boca.

—No pregono nada.

Corrijo entonces.

—Tu botecito. La gotera.

La muchacha baja los brazos y pone las manos en los muslos.

—Una sombra —dice—. ¿Y la sed?

Sin contestarle, voy a la tinaja. Lleno allí un vaso con agua y regreso.

—Está echándose a perder.

—¿Qué tiene?

Miro el agua, después el calor infeccioso de afuera.

—Apesta —respondo.

—¿Mucho?

—No mucho.

—¿Nada más?

—Bichos también.

—¿Lodo?

—No. Eso no.

La muchacha levanta una mano.

—Bueno.

Le doy el vaso y la espero a que termine de beber.

—Siempre me ofrecen agua fangosa, ¿sabe? Me van a enfermar.

Su aspecto es ahora el de una niña, el de un vivo desconsuelo. Le paso la sombra de una mano por los olanes, el botecito y la falda.

—No —le digo.

Los trastornados van y vienen; ninguno permanece. Son como nosotros recordamos eran las nubes aquí. Unas horas en las rabias del sol, y luego, nada.

—La voz de tu botecito me interrumpió.

—¿Qué hacía usted?

—Soñaba con un río.

Algunos trastornados regresan a sus casas, de mano de sus familiares; pero otros, la mayoría, se meten al llano, nadie los vuelve a ver. La muchacha comienza a temblar como un junco.

—Los ríos son peligrosos —me dice.

Por el rumor y el jadeo del agua, no la oigo bien.

—¿Qué?

—Hay otras cosas.

Crece el río. Se mecen los tules. En los remolinos, caracolitos, arena. Tal vez los caracolitos vengan del mar, o del fondo mismo de las aguas despiertas. Los caracolitos son blancos como la muchacha.

—Es un encargo —murmuro.

—¿Es un río de mayo?

—De mayo, sí.

—Peor entonces.

En los remolinos, brilla y truena el sol. Me deslumbra; me ensordece. Los tules, el junco, tiemblan en medio de la canícula. Hundo una mano en la tinaja. Por su boca sale no el olor a podrido, sino el del agua y los relámpagos. Mi mano resbala como un pez por las paredes lamosas; siento los caracolitos. La visita ha parado de temblar; está serena. Como esperando. Me dice:

—Nadie puede cambiar de lugar un río sin secarlo; ¿para qué acepta usted esos encargos?

Saco la mano de la tinaja.

—Le agradezco el agua —me dice la muchacha.

—¿Y la sombra?

—No. Mis lentes me la procuran.

—A tus ojos. ¿Y tu cuerpo?

—A los dos.

La muchacha se alisa el adorno. Luego hace el ademán de coger una brizna. Ojalá y cuando ella se vaya la encuentren sus parientes. No es para las soledades del llano.

—El sudor me pica —dice.

La muchacha tiene su cara levantada hacia mí; me reflejan las oscuras micas. Se abre el vestido y mete una mano bajo los olanes.

—Yo también sueño —me dice.

El borbollón de los olanes me impide ver; pero la mano se mueve en círculos.

—¿Qué sueñas?

—Caracoles; un venado, que se los bebe como si fueran gotas de agua en la hierba.

—Sueñas cosas dulces.

—A medias.

—¿Cómo te llamas?

—Jimena.

La mano de la muchacha vuelve a la falda. La mano debe de conservar el perfume de la fruta.

—Me tenían muy guardada. Hasta el día de hoy. Me dijeron, Jimena, vete al llano, necesitas el aire. Me arreglé los olanes. Me puse los lentes. Después, el botecito. Pero ya en el llano, tuve miedo. De los mezquites salían fantasmas muertos de sed.

—Eso cuentan, Jimena, que hay fantasmas allá.

La muchacha levanta una mano y extiende los dedos.

—Cinco. Todos tenían cuernos. Ninguno como los del venado que hay en el calendario de mi cuarto.

La mano me deslumbra; su forma es perfecta; irradia, como una aparición. La imagino acariciando, envolviendo... Es un terciopelo profundo.

—Jimena, no me gustan tus lentes.

La mano baja; se desmorona el gesto.

—No sé si me estás mirando. No sé si de verdad sentiste el miedo o el agradecimiento que dices.

La muchacha se para.

—No te vayas, Jimena.

—No.

—Ven.

La muchacha se acerca. Vuelvo a soñar con el río, con los caracoles y la frescura. Los olanes de la blusa ceden al ímpetu de la corriente; se abren como las alas de una paloma volando arriba del agua, de las frutas.

EN EL ESPEJO

FULGENCIO SE ME ACERCABA SONRIENDO. Sólo sonriendo. Su saludo, su palabra, nomás para Clelia, de pie, junto a mí. Fulgencio ponía el maletín en la tarima, lo abría y sacaba las tijeras. El peine largo y el salero de cocina donde venía el fragante. Para los goznes del maletín, Clelia le recomendaba, invariablemente, aceite para máquina. El peluquero prometía que terminando conmigo, iría a comprarlo. La marca del aceite fue dicha, repetida muchas veces, en el patio. Pero Clelia también de eso llegó a cansarse, como se cansó del espejo que reproducía su figura. Una tarde lo echó al patio, a reflejar los gastados adobes de la barda, los lentos pasos del tiempo. Y otra tarde lo descubrió Fulgencio. Se hizo Clelia la desentendida. Fulgencio continuó trasquilándome a su gusto, pero echándole ya ojos y deseos al azogado. Daban las tijeras graznidos de espanto cerca de mis orejas. Crecen los pajonales. Las hierbas. Los rencores. Casi todo. Pero no la carne que cortamos. Le advertí a Clelia del peligro que estaba yo corriendo. No podía verla, pero sentía su olor a lecha agria, viniendo a mí desde atrás como un brazo, como una mano. El olor y su silencio. Hablé de nuevo. Las alas del refulgente cuervo batían el aire de la tarde en mis oídos.

—Clelia —insistí.

El cabello tronchado se me metía en la boca. Me cegaba.

—Clelia...

Me daba yo por perdido cuando, de pronto, el olor me dio de lleno en la nariz. A través de mis pestañas y de los pedazos de cabello, vi entonces a Clelia.

—¿Qué quieres? —me dijo—. No escandalices...

Su rostro me era invisible, pero no sus manos, enlazadas sobre el vientre flaco. Parecían de papel de china. No me explicaba yo cómo era que lograban pasar por los veranos sin arder.

—Fulgencio me va a cortar —me quejé.

Quizás por eso y por haber puesto, en consecuencia, en tela de duda su habilidad de peluquero, Fulgencio, con su cuervo ruidoso, me picó la nuca. El alfilerazo alcanzó los ojos; agujeró allí el saquito de las lágrimas.

—Maestro —dijo entonces Clelia, con una voz de señora y dueña del tiempo del otro—, repórtese. No quiero sangre gratis. Ni matanceros. Ni sanguijuelas.

Las tijeras dejaron de moverse como locas alrededor de mis orejas,

—Señora —se disculpa Fulgencio—, son mis ojos, me los jala aquella luna.

—¿Qué luna, maestro?

Las tijeras se aplacaron totalmente. Fui levantando, poco a poco, la cara, la mirada, hasta el rostro de Clelia. Fulgencio contestó:

—La luna contra la barda.

El pedernal de las miradas de Clelia relumbra en la luz de agosto.

—¿Cómo sabe usted que es una luna? —dijo.

Fulgencio se guardó el peine y las tijeras en la bolsa de su bata.

—Señora —dijo—, las conozco.

La mirada de Clelia se deslizó por el patio.

—No esté usted tan seguro, maestro. Pudiera ser otra cosa.

Comencé a limpiarme los pelos de la cara, los hombros y el pecho. Clelia había separado sus manos y apuntaba con el dedo a los moñetes del peluquero. Vibraba la uña de Clelia.

—Dejemos eso —dijo—. Lo que me importa es advertirle que no toleraré mutilaciones.

Fulgencio se defendió: volvió a tomar el peine. Lo cruzó con la uña de Clelia. No saltaron chispas. Sí pelos míos como lluvia. Clelia se indignó. Retirando la uña del aire, conteniéndose, dijo:

—No me toque, maestro.

La presencia de la luna se cernía sobre Fulgencio.

—Perdóneme, señora —dijo—. Y descuide usted y no piense más en la sangre.

Fulgencio fue al maletín. Metió la herramienta, y después sacó el talco. Clelia se había quedado de espaldas a Fulgencio y me miraba con desprecio.

—Pareces mujer como gritas, Florentino —me dijo.

Entonces se acercó el peluquero; usó conmigo navaja. Fulgencio era generoso para espolvorearme. Cejas, bigotito de seda y hombros, me quedaban blancos como la nieve.

—Casoso —se burlaba Clelia—, lástima que no puedas salir a la calle a exhibirte.

Pero a Fulgencio no le gustaba que su producto fuera confundido.

—El perfume —aclaró— la capa no lo conoce.

Clelia levantó los hombros.

—Venga, maestro —ordenó.

Y luego, a mí:

—Sacude la silla, Florentino.

Se iban. Clelia se distanciaba del hombre. Desaparecieron en la puerta de la casa. Entonces comencé mi tarea. La invitación de Clelia a Fulgencio para que la acompañara, no tenía precedente. Si se desconcertó Fulgencio, no dio muestras; lo tomó del modo más natural. Aunque, yo lo sé, él llevaba temblores por dentro, los de no volver, quizás, nunca más, al patio.

Terminé con la silla y me senté en la orilla de la tarima a esperar a Clelia. Faltaba todavía barrer la tabla. Pero Clelia no regresó sola, venía con el peluquero. Me puse de pie. En los moñetes de Fulgencio había un resplandor de triunfo.

—¿Con permiso de quién te sientas? —me regañó Clelia.

—No hay escoba —reliqué.

Clelia entornó los ojos.

—¿Es motivo? —dijo—. Ve por ella. Desde ahora, cada vez que te pelen la traerás junto con la silla; la escoba, ya no será obligación mía.

Fulgencio me miraba como un cordero.

—Vuelve pronto —me dijo Clelia—. Tienes que ayudarle todavía al maestro.

Un minuto después comencé a barrer la tarima. Clelia y Fulgencio se echaron para atrás, lejos de la nube de pelos y polvo. De cuando en cuando levantaba la vista de la tabla para mirarlos, quietos, en los destemplados rayos del sol.

—Date prisa —me acicateaba Clelia.

Y el peluquero rabioso, con un cierto temor en la voz, aconsejaba:
—Florentino debería protegerse. Respirar tantos pelos no es saludable.

Clelia se sonreía hacia un lado.

—¿Qué puede pasarle? —preguntaba.

—Yo no lo sé. No soy médico, señora.

—No hable pues, maestro.

Disipada la nube, echaba yo el montoncito de pelos al suelo y lo empujaba luego debajo de la tarima. Así lo quería Clelia.

—Que el tiempo los confunda con la tierra —decía ella.

Como a los huesos de un muerto.

Los temblores míos con estas palabras. Esa tarde, volvió a ellas, según las acostumbraba al acabar yo. Y después me dijo:

—Le ayudarás al maestro con la luna. Hasta la puerta de la casa, nomás.

Fulgencio la miró.

—Señora —le dijo—, mejor con la herramienta.

Clelia nada contestó. Pero entendimos que le era indiferente cómo íbamos a repararnos la carga el otro y yo.

—Toma —me dijo el peluquero, dándome su maletín, y comenzó a acercarse al espejo.

Clelia le advirtió:

—Si lo encuentra usted algo roto, de todos modos se lo lleva. Tratos son tratos.

Fulgencio se detuvo. Clelia añadió:

—Acuérdese, maestro.

—Sí —contestó Fulgencio.

Fulgencio, en las cercanías del espejo, volvió a detenerse; refrenó, claramente, su entusiasmo. Mirábamos, Clelia y yo, brillar al sol la bata blanca; mucho, como si en el patio hubiera fiesta.

—Es un indeciso —murmuró Clelia.

—Estará pensando cómo tomarlo. No es pequeña la luna —dije.

—La antigüedad y los biseles, cuando se les revelen al maestro, lo sacarán de quicio; pero ahora parece que se arrepiente, y que su amor se enfría. Un año de trabajo, gratis, en tu cabeza, Florentino;

eso le costará salirse con la suya. Y si no carga con la prenda, peor; ya no me interesarán sus servicios.

Fulgencio se volvió de pronto. Cref que iba a darle la razón a Clelia. Pero lo que dijo fue otra cosa. Dijo:

—Señora, algo para cubrir la luna. No vaya a despertar yo envidias, o me juzguen caco.

Clelia parpadeó.

—¿Qué, maestro? —dijo.

Un ademán de Fulgencio.

—Una funda, señora.

Clelia, entonces, le sonrió.

—¿Una sábana? —preguntó.

—Bueno, señora, la sábana.

Clelia mostró la uña de antes.

—Es aparte —aclaró.

—¿Cuánto?

Clelia escribió con el dedo un garabato en la luz.

—Seis meses de tijera, maestro —dijo.

Otorgó Fulgencio. Se quedó callado.

—Allá en la casa —dijo Clelia.

Llegó Fulgencio, de tres pasitos, al espejo, y lo giró hacia nosotros.

Estalló el sol en el azogue. Las llamaradas envolvieron al peluquero; un segundo lo perdimos de vista, deslumbrados. Pero luego, reapareció sofocándose la lumbre en el cuerpo.

—Vámonos —dijo Clelia—. Que el maestro nos siga. Lo esperraremos en la casa.

En la casa Clelia abrió el ropero, un fuerte olor a jabón invadió el cuarto. Clelia puso la sábana sobre el respaldo de una silla.

—No es tonto el hombre —dijo—. Hace bien en disimular lo que se lleva. Pues arrumbado, aún así, el espejo es mucha cosa para él.

La sábana se oscureció. Por Fulgencio, que tapaba, en la puerta, con su cuerpo y con el escudo, el resplandor. Por encima de la curva superior del marco del espejo, preguntó por el maletín.

—Aquí lo tengo —le dije...

—Pase maestro —le pidió Clelia.

Fulgencio acabó de entrar. Miró a ver donde descansaba la luna. Y Clelia:

—Contra el ropero. Ahorita lo envolvemos.

Fulgencio no movió ni un dedo. Y cuando el espejo estuvo listo y amarrado —un cordón grueso lo cruzaba en todas direcciones— Clelia dijo:

—Si usted me regresa la sábana, maestro, yo le perdono los seis meses; serfan tres.

Fulgencio toma el espejo.

—Mañana, señora —prometió.

Yo no había soltado el maletín. Lo miró Clelia.

—¿Y la herramienta? —preguntó.

Los mofletes de Fulgencio coronaban el envoltorio.

—No puedo con tanto —respondió—. Guárdemela, señora.

—¿Hasta cuándo?

—Hoy.

Miró de nuevo Clelia el maletín.

—Florentino, en la silla —me dijo, y después, al otro:

—La herramienta estará allí; pero no todo el tiempo que siga, yo no le respondo a usted.

—Hoy mismo —repitió Fulgencio.

—Ábrele la puerta —me ordenó Clelia.

Fulgencio se echó a andar detrás de mí. El camino a la puerta no es breve. No es fácil, por las sombras que lo habitan. Fulgencio lo conoce tan bien como yo; lo transita más o menos, cada quince días, pero él, esta tarde, va muy cargado; muy impedido del movimiento de sus piernas, por la falda de madera. Temo se tropiece con los hoyos del mosaico. Le recomiendo constantemente que tenga cuidado con sus pasos.

—La oscuridad no es la de costumbre —me dijo.

—Clelia mandó tapar ayer las ventanas del cuarto que da al pasillo, Fulgencio.

Son distinguibles la mancha ovalada y blanca de la sábana y los mofletes del peluquero. Él flota; ésa es la sensación que tengo.

—Florentino —me dijo—, nunca pensé en herirte.

Hablamos susurrando. Clelia se hallaba al principio del pasillo. Su imagen, allá.

—¿Y el revoloteo? ¿Y el picotazo, Fulgencio? —pregunté.

Forzó el flotante un acercamiento.

—Fue ella —me dijo.

Me detuve frente a Fulgencio, frente a su escudo como un alba en aquella casa.

—Como un viento furioso a una hoja. Como un viento, Florentino, me enloqueció la mano —me dijo.

Un grito destemplado de Clelia, que rebota en las paredes del pasillo, nos alcanza, nos sacude. Clelia nos ordena seguir. Fulgencio me empuja en silencio. La luna tiembla. Reiniciamos la marcha. Fulgencio ya no flota como antes. Camina lo más que puede, pegado a mí. El turbado aliento nos vuelve, poco a poco, al alma. Y al alma, como fruto de las tinieblas por las que vamos, le susurro.

—Caro el espejo, Fulgencio —dije—. Año y medio...

La voz de Fulgencio, cuando él me contesta, tiene la misma alegría que su cara, hace rato, en el patio.

—No lo es, Florentino. Ganga increíble, sí. Estábamos esperándola.

A través de las sombras y desde la calle, nos llega el olor a polvo seco, soleado y silencioso.

—¿Es para sus clientes la luna? —le pregunté a Fulgencio.

—No —me respondió.

—¿Es para usted, Fulgencio?

—Tampoco. Mi clientela, mi casa, son pobres, Florentino.

En el extremo del pasillo, veo un hilo de luz tendido a lo ancho del piso; es el sol que deja pasar, a duras penas, por debajo, la puerta. Le aviso al peluquero que estamos ya por salir de las oscuridades de la casa.

—¿Entonces, Fulgencio? —le pregunté en seguida.

—¿Entonces qué, Florentino?

—El espejo.

—Nada.

—¿Para qué lo quiere usted?

—En la puerta te lo digo, Florentino.

—El espejo no es tan fino ni tan antiguo como le dijo Clelia, Fulgencio. No había para qué arrojárselo como a un nene.

Llegamos a la puerta. El hilo de la luz nos hace brillar el polvo de los zapatos. Cuando voy a abrirle la puerta a Fulgencio, me detiene:

—Todavía no —me pidió.

—Clelia está esperando ver la bocanada de sol, Fulgencio. Debe calcular que estamos ya aquí.

Fulgencio entonces me dijo:

—Ella está en el espejo. No se nos podrá escapar.

Tal y como yo lo temía, Clelia lanza otro grito diciéndome que acabe de abrirle al peluquero la puerta. Abro. En medio del turbión cegador de la luz, escucho a Fulgencio.

—Vámonos, Florentino —me dijo—, vámonos. Clelia ya comenzó a tapiar las ventanas...

PÁLIDO COMO EL POLVO

PRIMERO VIMOS EL POLVO levantándose del camino.

El tío Ramiro tenía en la cabeza una corona de moscos.

Habíamos salido temprano de la casa. Montamos en la camioneta y fuimos por un amigo del tío. Vivía lejos; allá por donde empieza el sol. El amigo se trepó en la cabina. Era menos viejo que el tío. Y al sentarse hundió los resortes. Largo espacio tardaron en hablar él y mi tío Ramiro. Dio pie el tío. Círculo su pregunta hasta la oreja, gorda, del amigo. El amigo apartó la vista del camino para fijarla en el tablero, blanco de polvo. Escribió allí dos números.

—Quince —dijo, y luego los borró con todos los dedos de la mano. El tío lo miró por encima de mí.

—Pensaba que eran menos —le dijo.

El hombre no respondió. Miraba de nuevo al frente. Algo estaba apretando con las quijadas. Volvió a pasarle la misma mano de antes al tablero. El sol de la mañana por las curvas, por las vueltas que dábamos, entraba a la cabina y ponía fuego a aquella mano. La mano tenía más venas, y más abultadas, que las dos manos del tío juntas. Y un anillo sin color, sin adornos. Miraba yo el sol chocar en la argolla como el agua en una piedra. Me salpicaban las gotas los ojos. Me dejaban ardiendo las pestañas y los párpados. Y sin duda alcanzaban también la cara del tío Ramiro. Porque luego, terminado el deslumbramiento, volteaba yo a mirar al tío, a su mano frotándose fuerte un ojo. Después, era doble el calor. Comencé a sentirme como si anduviera por un incendio de matorrales. Por delante y por atrás de la oreja del otro, como rodeando una flor de carne, bajaban opacas corrientes hasta las llanuras del pecho. Pero el tío venía humedeciéndose igual. Y yo. Con las caricias la lámina del tablero fue quedando lisita, como recién estrenada. Para el cielo que se abría en el parabrisas, era toda la atención del hombre.

—No tenía por qué pensar usted eso —dijo, y su voz resonó afuera, en el aire.

Mi tío alzó una mano del volante.

—¿Por qué no, Candelaria?

—Porque no, Milán.

Mi tío cerró un segundo los ojos. El otro, empuñando la mano de las ternuras, la dejó quieta sobre el tablero. Piedra pisapapeles era.

—Milán, le he contado cien veces mi vida —dijo—. Por eso.

Apretó aún más la mano como a una máquina de exprimir limones. La sonrisa del tío, leve, sombra en el extremo torcido de la boca.

—Infinidad, desde que soy quien soy, me han contado aquí sus vidas. ¿Cómo quiere usted que me acuerde de la suya ahora? Hay de vidas a vidas, Candelaria.

La piel de los huesos de la mano del hombre estaba pálida y brillante. Las esquinas de los huesos se habían afilado; se veían más duras que la argolla. Mi tío no reparaba en esto. Él venía mirando por la ventanilla los mezquites, las soledades del llano. El otro no aflojaba la fuerza de su puño ni lo que trababa en las quijadas. Las veces que se dirigió al tío nunca vi que separara los dientes para hablar. Sus palabras ganaban, rompían la luz de la cabina como un latigazo. Y de esto tampoco el tío Ramiro se daba cuenta. Iba atento a los ruidos del llano. Esa mañana me había dicho en la casa:

—Si las chicharras se despiertan antes de que el sol se encumbre, tendremos suerte.

Quién sabe las horas que eran ya entonces, pero el único ruido que veníamos oyendo era el de la marcha del motor. Y no nos llegaba del cielo ni de la maraña, ni de los arbolitos solitarios que de cuando en cuando nos topábamos en el camino. Como el ruido de la tierra y primero nos entraba por los pies. El tío, girando la cabeza hacia mí, me preguntó:

—¿Oyes algo?

Miré la mano de fierro en el tablero.

—No —respondí.

Mi tío Ramiro insistió:

—¿Nada?

—Nada de animalitos.

Mi tío, pensativo, dijo:

—Fin de semana...

Y luego, en seguida:

—Candelaria, ¿no se ha fijado usted si los domingos cantan las chicharras también?

El hombre golpeó suavemente con el puño del tablero. Luego abrió la mano, la bajó y la puso sobre el muslo. La seguí hasta allí. Los dedos chatos y el anillo se oscurecieron sobre la tela. Habían vuelto a aparecer las venas, su red de montes. La respuesta del hombre sonó clara, seca; los dientes la dejaron pasar apenas.

—No —dijo.

El tío se limpió con la mano que llevaba al volante el sudor que le escurría por el cuello.

—Deben de conocer el descanso, Candelaria —dijo—. No es posible vivir siempre como un histérico.

En las quijadas del otro se había desbaratado la tormenta. Sus palabras siguieron con tanta calma a las del tío Ramiro, que yo no supe cuándo empezó él a hablar; por dónde.

—Malo que usted olvide quién soy, Milán —dijo—. La vida mía, comparada con la suya, peor que una selva. Así de intrincada. Así de víboras. Así de sombras. Milán: yo vi muchas cosas. He visto, en el cine, esos paisajes de arbolones. En la selva me fueron saliendo colmillos, mañanas a flote, pelos y más pelos. Si usted me hubiera mirado entonces, por un rey, por un monarca me hubiera tomado; por un tipo a quien no se le puede faltar, sin consecuencias, al respeto. Pero ahora no; usted acaba de decirlo. Usted me encuentra aquí, y yo ya no tengo más la luz de mi buena estrella. Es la facilidad que a todos, por turno, en el caer y el subir nos va dando la vida para falsificar a los demás. Milán, a mí. Las ciudades, Milán, por las que yo anduve, cuándo las vio usted, cuándo las verá. Nunca. Las principales, digo; y para nada cuento las segundonas. Y la principal de las principales, Milán. Cuánto. Y yo sí. Y ellas, y ésta es la dicha de la gloria, me vieron a mí como lo hace una mujer, echándome encima la labia de sus ojos. Y yo,

a arrullarme y a disimular al mañoso muerto de miedo que me había nacido adentro. Llegaba yo y al otro día la epidemia en el lugar, mis fotos cubrían las paredes, los periódicos. En las paredes, las fotos, Milán, se llaman carteles. ¿Cuándo ha salido usted en uno? Jamás. Ni por pienso. Y qué señas presenta usted. Muéstremelas.

El tío le buscó la cara, la mirada al hombre, pero éste siguió contra el parabrisas hablando, y repitió:

—Muéstremelas, Milán. No le estoy diciendo de los rastros del oficio; cualquiera los tiene después de una vida. Arrugas, Milán. Cierta clase de arrugas, las que nos marcan las aguas de mero al último; las que mueven desde el fondo el río. ¿Me oyó, Milán?

El tío Ramiro asintió con la cabeza nomás; para el silencio recomenzado, y para la luz de la mañana caminando ya rumbo a mediodía. Quizás para mí también. El aire que entraba por las ventanillas y cruzaba por delante de mis narices, olía a sudor y a tierra y hierbas tatemadas por el sol de agosto. Yo no podía ver casi el camino; las llamas del cofre. Se untaban los vidrios del parabrisas como una cortina de agua. Yo volteaba hacia el tío, por mi pensamiento de que cómo le iría haciendo él para orientarse. Nada del otro mundo, me pareció. A su memoria se confiaba. La mano del volante venía como durmiendo, como dueña de ella misma.

—¿Cómo son, Candelaria? —dijo de pronto el tío, sin entusiasmo, aburrido de las soledades, de las presunciones ajenas, esperando el canto de la suerte.

El hombre, al oír al tío, sonrió triunfal. Arrimó la mano del anillo a mi cara, la sacudió, sacudió los reflejos. El brillo del sudor le abrasaba la oreja iluminándosela de las orillas.

—No —le contestó al tío—. No se lo diré.

El tío volvió a su sonrisa de antes.

—Porque no existen, Candelaria —dijo—. Usted acaba de inventarlas.

El otro regresó su mano, que ya bajaba al muslo. Agitándola y echándome el calor de la cabina a la cara, y con una voz de fondos muy oscuros, respondió:

—Vaya, vaya a los espejos, Milán. Solito encuentre usted en ellos la estampa de su desgracia. A sus sesenta años, el mapa es blanco.

—¿Qué desgracia? ¿Qué mapa, Candelaria? ¿Más mentiras? La mano del hombre descendió lentamente.

—¿Qué desgracia, Milán? La de no tener usted, en su cara, rastros de Dios ni del diablo. El arado de Dios. Las zarpas del diablo. Las ácidas meadas del enemigo.

Mi tío no replicó. Pero su desdén por el amigo siguió vagando todavía largo rato por su boca.

Sentí que él no había dejado de estar pendiente del llano. Del silencio de los mezquites. Sentí inútiles las palabras del otro.

—Llegamos —añadió el tío Ramiro.

Nos detuvimos en el árbol de la casa. Mi tío bajó y se puso a respirar la sombra.

—Salga; deje salir al muchachito, Candelaria —ordenó. El hombre abrió la puerta, y mientras bajaba me dijo:

—Pudiste salir por aquel lado.

Al tío se le estaba formando la corona de mosquitos.

—Consígueme la hora —me dijo.

Entonces fui a la casa y miré el reloj. Volví con el martillito de la máquina sonándome en los oídos.

—Las doce —dije.

El tío miraba por el llano.

—Está bien —me dijo—. Han empezado ya a cantar. ¿Las oyes?

Avancé hasta el final de la sombra. Algo zumbaba en los mezquites; pero no eran chicharras. De tres puntos distintos venía el ruido. El del verano, el del silencio y el aire, pulsados por el sol. El tío me llamó.

—Son tres —le dije.

Él aspiró hondo.

—Sí —dijo—, aunque una sea suficiente para el augurio. Pero las otras dos no sobran; refuerzan.

El otro esperó a que termináramos de hablar, y luego preguntó:

—¿A qué horas, Milán?

El tío chupó los dientes. Esperaba su tranquilidad. Las alas de los moscos arriba de su cabeza movían despacio el aire.

—No las dieron exactas, Candelaria.

—¿Cuántos vienen, Milán?

—Los interesados, Candelaria.

—¿Cuántos?

—Tres.

El hombre miró al tío con recelo.

—No me parecen pocos —dijo.

—Lo son para uno que sabe pegar, Candelaria.

Muy distintas miradas tuvo para el tío el hombre entonces.

—Eso sí, Milán —dijo.

El tío Ramiro se acercó a la camioneta, también yo. El tío estaba apoyándose en el filo de la cajuela con los brazos. En sus manos enlazadas había luz; la que se filtraba a través del árbol. Miraba el interior de la cajuela. Como si fuera un vaquero en el recuento de sus animales. De la corona como de los pensamientos del tío, se desprendía el silencio incendiado por los rayos, por los lunares del sol. Se enredaba a mi pequeña corona a una cabeza. Después de no sé cuánto de estar así asomándonos como a la boca de un pozo, mi tío le habló al hombre.

—¿Qué necesita, Candelaria?

Yo tenía casi la estatura del amigo. Los calores me habían estirado; me empujaban para el cielo.

—Nada, Milán. Vine preparado. Présteme nada más al muchachito.

El hombre buscó un pedazo de suelo parejo bajo la sombra del árbol.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Isaac.

Y luego, con los puños, golpeó, rápidamente, dos veces al aire. Mi corona tembló. La oí zumbar como si fuera viento. Después de los primeros puñetazos, el hombre tiró otros, brincando con la barbilla encajada en el cuerpo. El tío los ignoraba con la vista en el camino. El hombre dio un giro como un trompo y en seguida se detuvo, sin descubrirse. Los moscos de mi corona volaron lejos de mí.

—¿Qué voy a hacer? —pregunté.

El hombre bajó la guardia.

—Vamos por partes —dijo.

Pensé que iba a volver su contrincante del aire. Pero no.

—Me faltan las vendas —dijo.

Las sacó de una bolsa del pantalón. Dos rollitos gruesos. Me dio uno mientras él desbarataba el otro. Manejaba con extremo cuidado la tela sucia.

—¿Para qué? —le pregunté.

—¿Las vendas, Isaac?

—Sí.

Movió los dedos que salían de la mano vendada.

—Evitan lastimaduras —respondió—, dislocaciones. Amacizan los huesos. Y un marro es el puño. Pero la muñeca también gana lo suyo; absorbe los impactos sin el peligro de cuartearse o astillarse. Pero estas vendas, Isaac, no son de las buenas; se aflojan pronto, como la carne de una mujer. Cuando yo estaba en la gloria, eran las de marcas americanas las de mi preferencia y gusto. Conservé dos juegos al retirarme; pero, en quince años, es un mundo de cosas el que se nos pierde. Éstas las compré cuando Milán fue a solicitar mis servicios profesionales. Dame la otra.

Le puse el rollito en la mano derecha.

—¿Te fijaste cómo le hice, Isaac? —me dijo.

—Sí me fijé.

—Bueno. Ahora tú me vas a ayudar.

Comenzó él, por la muñeca, con tres vueltas; luego me dio la venda.

—Yo te iré guiando —me dijo.

El tío Ramiro nos interrumpió.

—Candelaria, ¿y si fueran más de tres? —dijo.

El hombre me miró.

—¿Más de tres, Milán?

El tío no contestó. Tenía vueltas a nosotros sus espaldas enjutas. Parecía haber hablado el llano, no él. Preguntaba por preguntar. Desde una seguridad. Desde la fuerza del sol.

—Y sé pegar —continuó el otro—; son palabras de usted. Si son más de tres entonces le cobraré doble. Doble, Milán.

Con una ligera sacudida de su mano, el hombre me indicó que siguiera adelante. Crucé la venda por la palma, hacia arriba, entre el índice y el dedo gordo.

—Aprieta, Isaac —me dijo el hombre, y luego—: mis poderes, todos los mortíferos, los decisivos, los llevo en la izquierda. Nunca permití a nadie vendarme. Menos que tocaran siquiera. Hija y señorita, decían en el gimnasio, era mi mano izquierda, y un padre celoso yo, jodido, vergüenza de victoriosos. Me lo decían hasta aquellos que habían sido campeones y que estaban obligados a comprenderme mejor que nadie. Porque cuando uno llega a eso, Isaac, a rey de fajadores, lo primerito que se reconoce, son las cosas y las manías que nos trajeron suerte; alzaba yo el puño terrible, y haz de cuenta que alzaba un monstruo: el auditorio se callaba alrededor de mí. Pero de tanta maravilla no hay quien se acuerde, Isaac. Dicen que yo nunca pasé de encuentros locales. Mis gallos tenían escasa pluma; por enfermos, por viejos o mal comidos. Total, contrincantes pichoncitos. ¿Y las fotos más a todo color en la prensa y las revistas? ¿Y los carteles? ¿Y mi enjambre de admiradores? ¿Y yo, que lo viví? En casa, en un veliz, guardo papeles. Un día regresaré a enseñárselos a Milán y a ti. Van a quedarse pasmados, Isaac.

Terminé de vendar en el sitio de los pulsos. El hombre por último prendió el broche. Y volvió a su guardia, y a los brinquitos.

—Coloca —me dijo— la palma de tus manos vueltas hacia mí, y no las muevas para nada. Te pegaré apenas en ellas, Isaac. Se enconchó después, y empezó a disparar los puños; el izquierdo, sobre todo. En eso el tío Ramiro lo llamó. Para las instrucciones lo quería.

—Candelaria —le avisó—, los tipos tardan; trataré de resolver el problema. Usted se ha de disimular. Allí en la casa, en el cuarto de la entrada. Allí, en una silla. El asiento está dispuesto, esperándolo. Úselo. No se canse. Pero fallando mis palabras, usted entrará en acción inmediatamente. El muchacho correrá a llamarlo.

—Milán, supongamos que al fin de cuentas no haya trifulca...

—Los centavos, Candelaria, pero como si se hubiera usted boxeado nada más con uno.

Se metió el hombre a la casa. Entonces vimos el polvo. Suspiró el tío.

—Son ellos —dijo.

Brillaba la nube, inmóvil como la hoja de un árbol en la calma del verano.

—Vienen muy despacio —dijo el tío Ramiro—. Acumulan el polvo como piedras para una muralla. Pensarán tapar el sol; que nadie los vea desde el aire; desde el aire de aquel lado. Una cortina para confundirnos; pero no se imaginan la sorpresa.

La nube crecía en el horizonte, delante de nosotros, de izquierda a derecha, como la espuma de una ola buscando la tierra. Mi tío coronado y yo, la seguíamos, en silencio, con la vista.

—Vienen rodando despacio —repitió el tío.

—Parece que nunca fueran a llegar.

—No, Isaac; el camino luego hace una curva, tuerce para acá. Ya verás.

Bajo la corona de moscos, la cara del tío comenzó a ser de preocupación. Perdían rápidamente sus rasgos la tranquilidad que había tenido toda la mañana.

—Eso no me gusta —dijo—. Vienen, avanzan despacio porque algo traman.

La polvareda cambió de rumbo. Y mi tío agregó:

—Ojalá no espanten a las chicharras.

Fue dejándose oír el motor. Nos llegaba el ruido por encima de los mezquites y por la boca del camino. Ahora veíamos el polvo de frente, no de perfil. Era como una columna sosteniendo el cielo azul. El tío se replegó hacia la casa; a unos cuantos pasos de ella se plantó. De allí podríamos ver mejor. El ruido se hizo más claro. Resonaba en la sombra del árbol, contra las paredes. Enmascaraba al zumbido del verano. Y de pronto, los fulgores. Los vidrios y la coraza de la otra camioneta, ardiendo en la raíz del polvo. El brilladero se nos acercaba rápido. En el silencio del tío, en el calor que estábamos respirando, yo sentí el miedo.

—Háblale a Candelaria. Dile que tengo un nuevo plan —me ordenó mi tío.

Entré a la casa. Vi al hombre en la silla. Le hablé dos veces, y no me contestó. Asomándome a la puerta, le dije al tío:

—Candelaria se quedó dormido.

—Despiértalo.

—No quiere despertar.
Los otros estaban ya deteniéndose, en pleno sol. Mi tío los miró un segundo.

—Voy, Isaac —dijo.

El tío Ramiro entró al cuarto llamando con urgencia al hombre. Se puso en cuclillas para sacudirlo. Entonces se dio cuenta.

—Isaac, está muerto —me dijo, y estaba pálido como el polvo. Los del sol, empezaron a llamarlo.

LA GUITARRA

EL HOMBRE DESCOLGÓ LA GUITARRA de la pared. Luego buscó dónde sentarse. Había sólo una silla, junto a la ventana. El hombre se sentó. La luz del sol chocó contra sus espaldas. El hombre se inclinó sobre la guitarra. La mano del mástil permaneció quieta, como ajena al resto del cuerpo. Era como un pájaro de uñas crecidas y sucias. Las cuerdas sonaron entonces. Espacio. El ojo de la guitarra no parpadeó siquiera: seguía dormido. La mano que pulsaba, lucía una ceñida cadenita de metal en la muñeca. Cuando la última cuerda se apagó, el hombre enderezó la cabeza y me dijo:

—¡Cuánto se olvidan ustedes de las cosas!...

Yo miré la huella de la guitarra en la pared. En medio de la blanca cal, era de un blanco extremo. Mis ojos recorrieron la pared hasta la ventana. Yo no veía al hombre, pero sabía que estaba abrazando la guitarra con ambos brazos.

—Como unos diez años de olvido —murmuró.

Por la ventana podían verse las casas desperdigadas por el llano, recortados sus pretiles limpiamente por la redonda tijera del sol. Donde se juntan los muros con la tierra escurría ya la sombra. La sombra: como el agua de una tinaja. Era la una, el tiempo de mi siesta. Esa tarde, sin embargo, yo no iba a dormir. No con la sorpresa de una visita. Mis ojos dejaron el claro de la ventana y la soledad punteada de casas. Una olita de sopor me acarició. La guitarra volvió a sonar. Las cuerdas fueron rasgueadas enérgicamente un par de veces. Luego se hizo el silencio. Miré al hombre, que me estaba mirando.

—Me han contratado para que lo entretenga a usted —me dijo.

Yo no le noté nada; pero tenía sal en los labios; un páramo de sal en la voz. Descansaba la guitarra sobre sus piernas cruzadas. Después de hablar se había quedado quieto: sin duda esperaba que yo dijera algo. Volví a fijarme en su pulserita barata y el luto de las uñas, y continué callado. Él se impacientó. Cambió de pos-

tura. Puso vertical la guitarra apoyándola en un muslo. Luego me advirtió:

—Pero no sirvo para eso, ¿sabe?

El listón del que colgaba la guitarra en la pared, y que estaba atado a la parte terminal del mástil, era azul. Reparé en él cuando el otro tornó a llevar el instrumento a la misma posición de antes. El listón, con su doble vuelta, se meció levemente. A mí se me antojó entonces de terciopelo, por la forma en que se había movido en la luz del cuarto, como lo hacen las telas pesadas. Una cinta de bramante hubiera esbozado distinto movimiento: el de una brizna. El hombre, después de su advertencia y después de un corto silencio, me lanzó a la cara estas palabras:

—Y a usted, ¿dónde se le olvidó la lengua?

Entendí por qué lo decía. Por lo de la guitarra. Apoyé las palmas de las manos en la cama y me enderecé un poco.

—¿Quién es usted? —le pregunté, y traté de endurecer la voz y de que reflejara otro páramo.

—No entró aquí un perro, ¿sabe? —me respondió.

—Yo no esperaba a nadie —le dije.

Él, a modo de contestación, tañó una de las cuerdas graves.

—Y ésta es, además, la hora de mi siesta —añadió.

El hombre volvió a la misma cuerda gruesa. Yo aparté los ojos de él y miré de nuevo a las casas, a las sombras que crecían hacia nosotros. La soledad del llano no es silenciosa. Si uno sabe oírla, se queja como un corazón sediento lejos del agua.

—¿Oyó usted? —me preguntó el hombre.

—¿Qué?

—La cuerda. Totalmente desafinada. Agria. Así no es posible tocar nada.

—No. No es posible —asentí, cerniendo la vista en la soledad de afuera, en la del cielo más allá de las casas y del llano. Pero entonces, de repente, el hombre se levantó de la silla y se paró delante de mí, a los pies de la cama. Agarraba la guitarra por el mástil. Me la mostró.

—Hay que afinarla —dijo, y el ojo del instrumento me miró sin mirarme, todavía dormido—. Tendré que llevármela.

Luego salió del cuarto con la guitarra. Lo oí hablar después con la gente de la casa. No por mucho rato, porque en seguida comencé a hundirlos en mi sueño a todos.

Al día siguiente, el hombre no regresó. Lo esperé toda la mañana. Toda la tarde. No dormí la siesta. La huella de la guitarra en la pared me estaba como llamando, y hacia allí llevaba mi vista constantemente. Pero miraba también la silla donde el hombre se había sentado con el cuerpo de la guitarra entre sus brazos. A través de unos agujeritos en el respaldo se filtraba, con un susurro de líquidos mansos, el sol de la mañana. Llenaban el lustroso asiento de pequeños lunares. No recordaba yo los agujeritos. Quizás los habían practicado para favorecer la circulación de la luz y del silencio. Y dio la una de la tarde. Y comenzaron a sonar entonces voces detrás de la puerta. No entendí qué decían, pero estaban destruyendo la gran tranquilidad de la casa. Al cabo de una hora se callaron. Creí que era porque el hombre había vuelto. Y pensé que pronto vendría de nuevo al cuarto. Pero no: en su lugar apareció uno de la casa. Vino hasta los pies de la cama y se apoyó con las manos, como en un barandal, en el tubo de latón. Mirándome, se puso a morder el bigote izquierdo.

—¿Qué te dijo? —me preguntó luego, soltándose las cerdas.

La huella de la guitarra era una huella de mujer. Su grupa estaba resplandeciente.

—¿Qué te dijo quién? —pregunté yo a mi vez.

—El hombre.

—Nada.

—Ustedes dos hablaron.

—Bueno. Dijo que la guitarra se moría.

—¿La guitarra?

—Por la incuria de ustedes. El hombre no me lo dijo, pero a la boca le brotó la pena del alma por las condiciones en que encontró el instrumento. Lo pulsó, su oído enamorado pegado a ella.

—Es un hombre con ventoleras. ¿Qué más te dijo?

—Que se iba a llevar la guitarra.

—¿Adónde?

—No sé. A su casa, tal vez.

—¡Su casa! No tiene casa aquí.

Miré de nuevo la huella de la guitarra en la pared. El otro retomó su bigote. Se apartó de la cama y se puso a caminar por el cuarto. Le recordé la silla, el obstáculo. No me hizo ningún caso. Continuó caminando y escupiendo pedacitos negros de cerda. Luego, de pronto, se detuvo:

—Resulta que esa guitarra es una auténtica joya, Miguel —me dijo—. El hombre nos lo reveló en el momento que cruzaba la puerta para irse. Jamás lo hubiéramos imaginado. Reaccionamos algo tarde. Debimos haberlo detenido. Que afinara aquí, entre nosotros, rodeado de nuestro vasto arrepentimiento, de nuestro naciente amor por la música. Pero salimos a buscarlo de todos modos. Un martirio el pueblo. La soledad, el sol, no son compañía, Miguel.

—A ustedes es raro verlos en la calle. Por eso los tortura el sol.

—Pero al hombre lo buscamos también en las sombras.

—¿Y entonces?

—Aun así.

—Las sombras suelen ser otra cosa, dicen. Un reverso del sol, mil veces peor que el sol mismo.

—Sí. O vericuetos de harta soledad. Pero déjame decirte a lo que vengo. Queremos que digas, en caso de necesidad, que el hombre entró a robar y que te amenazó. Que fue violento contigo. Nos hemos propuesto encontrarlo y quitarle la guitarra a como dé lugar. Sabás piensa que el instrumento vale miles, miles de pesos.

—Todavía pudiera volver el hombre, Saltiel.

—Desde luego, Miguel. Son apenas las tres, y falta que caiga la tarde.

—Si ustedes quieren...

—Uno de nosotros se va a quedar aquí para recibirlo si acaso regresa.

Pasaron dos días. El hombre no volvía. El silencio en la casa era total. Se habían olvidado de mí, de traerme de comer y de beber. Cuando me acabé las sobras del último plato que me habían llevado y la última gota de agua, hice un esfuerzo y me levanté. La huella de la guitarra bailó unos momentos delante de mí. Como

Saltiel, busqué el tubo de latón, para no caer. Miré por la ventana las borrosas casas del llano. El aire del cuarto zumbaba en mis orejas. Estuve tentado de volver a echarme. Respiraba mal. Respiraba un hilito de aire iluminado por el sol de las primeras horas de la mañana. Apoyé, como en sueños, todo el peso del cuerpo en el tubo de latón, y esperé. Poco a poco fui recobrando las cosas, el aire, como un pan. Miré la huella de la guitarra. Las caderas, los hombros, el esbelto cuello de una mujer, me llamaban. Pero yo tenía que procurarme comida. Saqué del cuarto trastabillando. Afuera, en el pasillo, el silencio casi me asfixió de tan hondo como lo habían cavado los otros. Para romperlo de algún modo di una palmada débil a la pared, pronuncié el nombre de Nemesio y seguí rumbo a la cocina. En la cocina encontré moscas y platos sucios. Cerrada la ventana que daba al exterior. Pero en el desorden de la mesa entreví un pedazo de pan y galletas. Salté como un tigre sin carnes, aéreo, sobre lo que había descubierto. Las moscas huyeron. Me senté y empecé a devorar el pedazo de pan, mirando con ojos de codicia las galletas, los restos de comida en los platos. Estaba ya con las migajas cuando oí abrir y cerrarse la puerta de la calle. Las moscas, como si nomás esto hubieran estado esperando, volvieron a tomar posesión de la mesa. En lo primero que pensé fue en el hombre de la guitarra. Oí otras puertas también. Una mosca pasó volando hacia el pasillo. Los ruidos de la casa habían cesado. Me imaginé al hombre sentado en la silla; su cadenita y sus uñas negras. Pensé que me gustaría oírle tocar; pero no se me ocurrió nada. Alguien irrumpió de pronto en el pasillo, los pasos lentos. Se dirigía, al parecer, a la cocina. Probablemente el hombre, fastidiado de esperarme, cansado de estar sentado, salía en mi busca, se aventuraba por la casa. Pero conforme los pasos iban acercándose, comprendí. Los reconocí. Nemesio estaba parado en la puerta de la cocina. Llevaba un velicito en la mano, su viejo saco de casimir echado al hombro.

—¿Por qué te levantaste? —me preguntó.

—Tenía hambre —respondí.

—Me voy, Miguel.

—¿Y los demás?

—Me dejaron de guardia, por si regresaba el de la guitarra. Me dijeron que no me fuera a distraer para nada. Aquí me estuve, sentado a la mesa, comiendo en la mesa, durmiendo en la mesa... Estoy molido. Está claro que el hombre ese ya no vino. Sí. Eso está claro; pero ¿y Saltiel, y Sabás, y Braulio? Hoy salí temprano a recorrer las calles a ver si me los topaba. Y nada.

—Andarán tras del hombre. ¿Viste, te metiste en las sombras, Nemesio?

—Te digo que fue temprano.

—Allí pudieras encontrarlos, entonces; cuando salga el sol y aparezca la sombra.

—No. Para mí que huyeron del pueblo. Me engañaron. Recobraron la famosa guitarra y la han vendido.

—Espera a mañana.

—No puedo, Miguel. Ya no hay qué comer. Excepto esas galletas. Pero te las dejo a ti. Eres un convaleciente. Te sabrán a gloria.

Nemesio no dijo más. Hizo un movimiento con el velicito como si lo sopesara. Dio media vuelta y se fue.

No lo oí cerrar la puerta. Al quedar solo sentí frío en el corazón. Nemesio me había quitado el hambre. Las ganas hasta de levantarme para volver al cuarto. Las moscas andaban por encima de las galletas como por un montón de ruinas. Dos habían descendido al fondo de un plato como a un valle y parecían estar reposando. Las espanté a todas. Luego, estiré la mano y tomé las galletas. Numerosas de las espantadas, en el aire, dieron una vuelta completa y se revolieron contra mí a disputarme el botín. Entonces me levanté. Me siguieron. Me mordían y daban de topecitos en la mano. Pero yo no soltaba prenda. El pasillo, su hondo silencio, recogía el fragor del desesperado ataque. Las galletas comenzaron a reblanquearse por el sudor. No podía utilizar la otra mano porque con ella me iba sosteniendo en la pared. Sentía ondulado el piso. La puerta de mi cuarto no quedaba ya lejos; la distinguía abierta, clara como un cuadro de luz... La cerré detrás de mí. Ni una mosca había logrado colarse conmigo al cuarto: diezmadas, llenas de terror, zumbaban afuera. Apoyado de espaldas en la puerta las estuve escuchando un buen rato. El sol en mi cama incendiaba de blanca

las sábanas. El latón tenía un brillo caliente. Me separé de la puerta y, acercándome a la cama, dejé caer el botín. Las sábanas se mancharon de oscuro, de festoneados medallones color chocolate. La silla se encontraba también bajo el imperio del sol. Decidí que era mejor sentarme que acostarme. La moví de modo de quedar yo de frente, mirando la huella de la guitarra, un lado mío en sombra. No pensaba dormir, pero en cuanto me senté, el sueño me ganó. En mi ausencia, el sol bajó de la cama, resbaló por el latón, caminó pasito por el piso, por mi cuerpo, hasta alcanzar la ventana y saltar a la calle.

Desperté a media tarde. Con hambre. Me acordé de las galletas. Fui por ellas. El sueño me había fortalecido. Las galletas conservaban el calor del sol todavía y me pareció que éste las había oscurecido aún más. Pensando en el hombre de la guitarra y en los locos, empecé a comérmelas, cuidándome de hacerlas rendir. Roía la última —eran unas ocho— cuando alguien entró a la casa. Unos segundos después vi cómo se abría la puerta del cuarto para dar paso a Sabás. Me sorprendió verlo. Sabás me miró y luego miró la huella de la guitarra en la pared.

—¿Y Nemesio? —me preguntó—, no está en la cocina. ¿Adónde se fue?

—A buscarlos a ustedes.

—¿A nosotros?

—Dijo que lo habían engañado y que habían huido con la guitarra, lejos, a venderla.

—No es cierto, Miguel.

—A mí me sonó razonable, Sabás.

—Yo ando solo, Miguel.

—¿Y los otros?

—Cada uno por su rumbo, Miguel. Pero aquí, en el pueblo. Sabás me vio la boca, la mano con el pedacito de galleta.

—¿Qué es lo que comes? —me preguntó.

—Galletas.

—Las galletas son más. ¿Quién te las trajo?

—Nadie.

—¿Nemesio?

—Yo fui por ellas.

—¿Tú?, ¿te levantaste?

Sabás adelantó un paso hacia mí. Sabás tenía unas cejas pro- pensas a endiablárseles a la menor contrariedad. Aquella tarde estaban sucias de polvo. Me amenazaban:

—Contratamos al tipo para diversión tuya —me dijo, cruda la voz—, por tu mucha debilidad.

Sabás dio otro paso más hacia mí. Me puse en guardia casi como una sombra. Pero Sabás no me tocó, sino que pasó de largo hasta la huella de la guitarra en la pared. Con un dedo extendido fue siguiendo su contorno. Lo hizo muy lentamente, y cuando terminó, me dijo sin voltear a mirarme:

—Pero no me importa. Es tu salud. Tu vida, Miguel.

—Sí —respondí entre dientes.

—Las galletas tendrás que reponérmelas una vez que te hayas aliviado, Miguel.

Me senté al borde de la cama. Sabás y yo mirábamos a un mismo tiempo la pared. Entonces él, tan desolado como el guitarrista, me dijo:

—¡Qué tristeza, Miguel, la que nos anda por dentro!

Sabás volvió a seguir con el dedo el contorno de la huella. Yo miré para afuera. Las casas del llano me resultaron ajenas, como si nunca hubieran existido, como si hubieran descendido, mientras hablábamos Sabás y yo, del cielo de la tarde. Lucían un color amarillento, de huesos viejos, recomidos por el sol y el aire. Vi una figura humana doblando una esquina. Llevaba el sol a la espalda.

—El sol está perdiendo sus fuerzas —le dije a Sabás—, señal de que estamos próximos a otra estación.

Sabás quitó su dedo de la pared y se contempló la yema, blanca de cal. Caminó a la puerta, y antes de salir, me dijo:

—Si regresa Nemesio, dile lo enojado que estoy con él. Abandonó su puesto. Libró mis galletas a tu apetito. Me llevaré mi ropa. Parece que tendremos que buscar por toda una eternidad a ese hombre, Miguel.

Apenas cerró la puerta Sabás, me puse a pepear migajas de galleta de encima de la cama. No lo hice con avidez. Ni por ham-

bre. Recogía una por una como si las estuviera sacando, a través de una agua rodada, del lecho de un río. Las muy pequeñas se me escapaban y eran arrastradas por la corriente silenciosa. No sé cuánto permanecí en la pesca, pero cuando terminé y volví los ojos afuera, vi que estaba pardeando la tarde y que la tierra tenía el color de la ceniza. Las sombras estaban coagulándose rápidamente en el horizonte. Asomé las narices al aire de la calle, y entonces, desde alguna parte del cielo, me llegó el olor a luna. No me gustó nada eso: iluminado el pueblo, la búsqueda del de la guitarra continuaría y quizás dieran, al cabo, con él. Era gente temible la de la casa. De amarga sangre. La luna estaba hinchándose en el cielo como una semilla. Yo no la podía ver, pero la sentía. Se encendieron luces en el llano. Nuestra única fuente de luz en la casa era una lámpara de petróleo. Pero la lámpara nunca salía de la cocina. Los locos la habían pegado para siempre a la tabla de la mesa. Procuré, en la penumbra, la silla, y me senté. Con trabajo se alcanzaba a distinguir la huella de la guitarra en la pared: podía ser una mancha cualquiera, de agua, de tiempo, en la cal. Pensé también que tal vez Sabás, con su índice moroso, habría esfumado el contorno de la huella. Entonces me levanté de la silla y fui a la pared: nada: de cerca tampoco mejoraba el aspecto de la huella.

La luna me despertó. Estaba mirándome por la ventana, suspendida del dintel. Interpuse una mano entre su cara brillante y la mía. Bajo la sombrita de la mano revisé el cielo. Unas cuantas estrellas y una claridad como de alba. Me levanté. Tomé mi ropa, doblada bajo la almohada, y comencé a vestirme. La dura luz de la luna en el piso se reflejaba en las paredes y en la huella de la guitarra, entonces sí harto visible. Yo no iba a quedarme en la casa. Yo iría también por el resto de mi ropa al armario común. Vestido ya me alisé el pelo y caminé rumbo a la pared de la guitarra. El corazón me daba saltos en el pecho. La luz de la luna me enfriaba las piernas a través del pantalón; pero los muslos, en penumbra, estaban calientes. Antes de llegar, abrí la mano derecha, con la palma hacia adelante. La luna había comenzado a bajar por el cielo y se hundía más hondo en las sombras del cuarto. Puse la palma de la mano en el centro de la huella de la guitarra. La pared,

LAS LUCES DEL MUNDO

en ese lugar, tenía la consistencia de la carne. No me pareció absurdo esto. Era como si yo hubiera estado esperando encontrarme con una cosa así. Sé que Sabás pensó en hacer lo mismo que yo estaba haciendo entonces, pero no se atrevió. Retiré la mano de la pared. El corazón me latía suavemente, aplacado de pronto. Me volví hacia la ventana: no pude ver ninguna estrella. La luna se las había comido. Y no tardaría en zozobrar. De modo que, pensando que no me quedaba mucha luz para ir también en busca del hombre, me apresuré a salir del cuarto para recoger mi ropa del armario, en el cuarto vecino. El pasillo estaba como iluminado con una luz propia, bastante más sutil y penetrante que la de la luna y que lo embellecía sobremanera. Quise tocar la cal de sus paredes, batir con mis manos su aire. Y entonces oí la guitarra. Creí que era en mi cuarto. La guitarra lloraba por su oscuro ojo como una mujer afligida. Regresé allá. El hombre había vuelto, había burlado a los de la casa, había logrado afinar la guitarra... Yo iba con el corazón dándome de saltos otra vez... Pero en el cuarto no encontré a nadie. Y la guitarra había dejado de sonar. La desolación me aplastó. Sentí resurgir mis males. Me eché en la cama, que flotaba en la luz de la luna, con su cabecera y sus pies de latón que parecían de oro.

Cerré los ojos.

La luna pronto rodaría a otro lado del cielo.

Nunca hallarían al hombre. Y yo me iba a dormir para siempre; para siempre, en este pueblo sin mujeres.

A JOSÉ LUIS GONZÁLEZ
otra vez

SEÑOR COLUNGA

I

—VAMOS.

Los hombres se levantaron. Miraron el reloj de la pared. Colunga lo miró también y luego se acercó. Unos segundos estuvo siguiendo el movimiento del péndulo detrás del cristal. Fumaban los otros en silencio. Tenían el aire del cuarto plagado de nubes azules, redondas como borregos. Colunga se volvió.

—Este reloj nunca marca como debe ser el tiempo.

Los hombres soltaron sus cigarros y los apagaron en el mosaico, con el pie.

—¿Dónde vio usted la hora?

Colunga se tocó por encima de una bolsa del abrigo.

—Aquí.

La bolsa estaba muy abultada. Otro de los hombres, que la observaba desconfiado:

—A mí me parece que usted trae ahí animal buchón.

—Las maquinarias antiguas eran así de grandes.

Los hombres se rascaron la nariz. Colunga los miró rápido, hondo, a los ojos, algo sombreados por el nuberrío del tabaco.

—¿No quieren ir?

Una onda de suave relente pegó en sus cuerpos; les rizó el ánimo. Por una ventana, arrimada al techo, entraba despacio la luz del invierno. Los hombres se encontraban debajo de ella, parpadeando. Con ganas de sacar otro cigarro; de no tener orejas, ni boca.

—¿Quieren o no quieren ir?

El desconfiado apartó su zapato del cigarro que había aplastado. De alguna manera entendió que a él le correspondía contestar.

—Sí queremos. Para eso venimos.

Colunga se adelantó y abrió la puerta.

El sol de la mañana iluminaba apenas el pretil de las casas. En algunas partes, en el suelo, había plaquitas de hielo que lloraban al ser pisadas. No era mañana de viento. Pero el frío cortaba igual. Los hombres caminaban juntándose a las paredes, en fila. Erizado el espinazo. Todos pensaban lo mismo, en la humareda de los vahos: que aquella caminata para más tarde era. De la casa del viejo Colunga, en una punta del pueblo, hasta la otra casa, mucho más allá de la otra punta, en el pleno llano. Como atravesar el polo norte. Pero él les venía leyendo el libro escueto de sus pensamientos. Lanzó un enorme cúmulo de vapor.

—No retoben. Porque ustedes no son del trópico. Y porque tampoco van conmigo de gratis.

El sol, envuelto todavía en un ráfido fulgor rojo, les ganaba ya la cal a las paredes, caía ya sobre las bocacalles. Más alto y azul voló el cielo. Arreció el frío. Los hombres sintieron el peligro de que los diezmará así como iban. Y rompieron la formación. Y junto a Colunga, a su derecha, invadiendo la calle, comenzaron entonces a caminar. Conocida era la resistencia del viejo al invierno. El calor que le llegaba desde sus propios huesos como desde una estufa, calor verdadero, capaz de desbaratar la nieve si él metía una mano en ella. Soplo de agosto. Cuando Colunga vio que sus acompañantes se apretaban a su diestra, semejantes a hijitos suyos, desamparados, sonrió. Y les dijo, echándoles el vaho a la cara:

—Eso debieron hacer ustedes desde un principio. Pero no.

—Usted, Colunga, usted dudó de nosotros. Nos resentimos.

El hombre volvió la cara y miró al sol. Pasaban por un llanito, entre dos casas. Colunga bajó la vista; en medio del terreno vio a un perro y su sombra sentados.

—Como aquél iban ustedes detrás de mí. La próxima vez que alguien los ofenda, conviértanse mejor en gallos.

—Sí, Colunga. Pero por usted hay respeto.

Por los oídos, a Colunga le atizaron el fuego de sus huesos; agradeció mudo; pero alejándose luego del corazón, salió con advertencia:

—Nada de cigarro a donde vamos. El humo molesta a las gentes.

Los hombres dijeron sí con la cabeza. El frío se les templaba en el cuerpo; el perpetuo verano del otro les había alisado las jorobas, los picos de los nervios.

—Anoche heló duro, Colunga. Oí cómo se cuarteaba el agua de una tina.

—Es el tiempo.

Silencio. Todos caminando, humeando, parecían anunciantes de algo. Imponía el vigor de su andadura, Colunga y la extensión de las expiraciones de sus vapores.

—El perro estaba muerto, Colunga.

Abundantes las nubes de las bocas.

—¿Por qué lo piensas?

—Los brillos. Por las escamitas blancas que le cubrían el cuerpo.

—No las alcancé a ver. Puede que tengas razón.

Volvieron a callar. Dos de los hombres caminaban por la banqueta, por el sol; mientras que el resto lo hacía por la calle. El dueño del calor era uno de los del lado de la sombra. En la bolsa del abrigo venía sintiendo como una piedra radiante el reloj. En el muslo, sus latidos. Como los de alguien que estuviera tocando a una puerta para que lo sacaran a la luz del día. Colunga divisó el llano al final de la calle. Reflejaba al sol como un patio de cemento. La helada le había quemado las hierbas. El polvo. El hombre sacó el reloj de la bolsa y se lo enseñó a los otros. La máquina los deslumbró. Quisieron detenerse.

—Sigán andando. Cinco minutos de retraso llevamos.

—¿Oro?

Lo sopesó Colunga.

—Oro.

Luego, volvió a guardarlo.

—No, Colunga. Es muy pronto.

—El frío lo atasca. Después.

—Su reloj es de ricos. Usted es envidioso.

Colunga no contestó. El muerto olor de llano le estaba llegando ya. Y también el sol.

—Si ustedes me ayudan como se debe yo les regalo un reloj igualito.

III

Los hombres le dijeron a Colunga que iban a fumarse un cigarro antes de entrar a la casa ajena. Brillaron simultáneas llamas de cerillos en el aire, dando fuego. Los hombres chuparon con avidez las brasas, el humo denso y fragante. Lo retuvieron un poco; después, y sin parar mucho las trompas, comenzaron a echarlo. Dos veces así.

—¿Y qué es lo que nosotros vamos a hacer, Colunga?

Con los ojos entornados porque el humo azul de los cigarros se le había venido a la cara:

—Allá se los digo. Adentro.

IV

La casa se encontraba sola en el llano. Lancha vieja varada en una playa. Los hombres y Colunga se detuvieron. Entre vaharada y vaharada, la miraban con recelo. De esa casita en los puros huesos, pensaban, ni quien se acordara nunca.

—Colunga, vamos a regresarnos.

—Nos esperan.

—¿Quiénes son?

—No los conozco. Nuevos en el llano. Hace una semana recibí recado de ellos.

V

En la casa les abrieron sin que tuvieran que llamar. Pero no entró Colunga primero; fueron los otros. Había dos lámparas de petróleo alumbrando en una mesa, separadas entre sí apenas por el grueso de un dedo. Las bombillas eran altas, sin barriga y limpias. Y la llama que les lamía el entresijo, recortada, contenida; sabía en su caricia. Otra cosa más advirtieron Colunga y los hombres, el depó-

sito de ambas lámparas: opaco, como puesto al esmeril, como si le hubieran echado niebla.

La puerta que les había sido abierta se cerró a sus espaldas.

—Buenos días.

—Buenos días.

Del otro lado de las lámparas se paró el dueño de la casa. Tornó a saludar. Colunga adelante ya de los otros, jefe, cabeza visible, se presentó.

—Natividad Colunga, y éstos, mis ayudantes. Usted dirá.

El dueño de la casa tapó con una mano la luz de las lámparas que le quitaban fuerza a sus ojos y miró con calma y cuidado a todos; uno por uno; pero no empezando por el jefe sino terminando en él.

—Han venido ustedes con mucho frío.

Colunga alzó una mano, la meneó frente a las luces:

—Es que éste es el mero tiempo. Por nosotros no importa.

—Aquí es una hielera.

El dueño no había quitado la mano de encima de las lámparas, y ahora ponía también la otra, y se las calentaba. Y Colunga:

—Su casa es tan helada como la mía, amigo. Pero eso es bueno para el cuerpo. Le crecen las resistencias.

El dueño le dio vueltas a sus manos en la boquita de las chimeneas.

—¿Qué hora tienen?

Colunga tentó el reloj pero no lo sacó. Estaba como adormecido, tibio.

—Serán como las nueve de la mañana.

El dueño puso otra vez las manos sobre las bombillas.

—Todavía no despierta. Les invito un café.

Colunga miró a sus acompañantes. La prohibición de fumar los había enturbiado.

—Si comenzamos cuando empiece a calentarse el sol, ya no se podrá nada, amigo. Yo tengo esperando esta helada una semana. Usted dirá.

El dueño entrelazó las manos y les echó aire caliente con la boca. Miraba de nuevo a todos.

—Háganme ustedes el favor de esperar otro poco. Se alebresta si se le suspende el sueño. Yo sufro entonces peor.

La voz del dueño les sonó a Colunga y a sus acompañantes a lo que suena la del llano cuando lo amenazaban las tolvaneras. A la de las hierbitas secas cuando las va a arrancar el viento. A Los fumadores se les atoró un nudo en la garganta; se arrepintieron de su anterior mirada de pedernal. Fueron invadiendo a Colunga las dulzuras de la compasión, las ganas de comportarse mejor que el sol de afuera. De no dejar rincón oscuro en el pecho del dueño.

—No, amigo.

Despreocúpese. Que el que ahora está en sueños, sueñe en paz. Mis ayudantes y yo vamos a probar su café.

El dueño desenlazó las manos. Una sonrisa le derretía la cara. En sus ojos había un movimiento, un rumor de caminos de agua, empujados por un sol de verano. Se volvió de espaldas. En seguida, la penumbra se llenó de un escaso ruido de trastes, del de una llama que nadie su resplandor pudo ver. El dueño se agachó; la chamarra que traía, muy rabona, se le subió a los riñones. Colunga y los hombres buscaron la orilla de la mesa. Atentos, esperaban. El dueño se había quedado quieto. El cuarto olía, más que antes, a petróleo. El aroma del café tardaba.

—Tiene usted dos bonitas lámparas. Las consiguió dónde.

El dueño hizo sonar unos trastes; peltre, no loza, pensaron todos.

—Me las regalaron por un trabajo. Unas señoras.

—Nunca vi unas así.

—Las señoras eran del Sur.

Colunga guardó silencio. Tocó con la mano del reloj el vidrio anieblado de las lámparas. No estaba completamente liso; tenía poritos. Luego, los demás, por turno, lo imitaron. Entonces comenzó a bullir el café. Sus olores. En la nariz le dio a Colunga idea que al café le habían revuelto demasiado garbanzo. El dueño lo apagó. Con dos pocillos en una mano y una jarra en la otra, se volvió.

—No hay más que dos tazas.

—Las compartimos, amigo.

Los pocillos fueron puestos en la tabla. Y el dueño sirvió el café.

—Tengo azúcar. Pero no quisiera gastarla. Es para la enferma.

—Tampoco de eso se preocupe. No la acostumbramos.

Humeaban los pocillos del lado de los cinco hombres. El dueño se calentaba ahora las manos en el vapor de la jarra. No veía a nadie. Sólo a sus manos; como un encantado. Por las mangas de la chamarra, también cortas, le asomaban las muñecas. Colunga tomó el pocillo. Meneó el café. El traguito que le dio le quemó la lengua. Había que esperar a que el café se tibiara. Y el tiempo estaba corriendo. Miró al dueño.

—¿El nombre de usted?

—Pablo.

—¿Y el de la mujer?

—Maura.

—¿Seguirá soñando?

—No sé. ¿Qué horas son?

—Casi las diez.

El dueño los miró despacio, como al principio.

—Voy a ver.

Abrió una puerta. Pero Colunga lo detuvo.

—Si ella no ha despertado, cuando usted regrese véngase acá con nosotros. Entre nosotros. Entre nosotros no se siente tanto el frío.

El dueño acabó de entrar al cuarto de la enferma y cerró la puerta. Después, se le oyó soterrando las palabras hasta volverlas susurro. Piso de suaves hierbas le tendía a la mujer para que sin daño pasara, como de unos brazos a otros brazos, de su sueño a la vigilia. Colunga agitó por segunda vez el café. El susurro sonaba, a ratos, a canción; Colunga y los otros se estremecían. Colunga dejó el pocillo.

—Ya no quiero. Lo de ese amigo es llanto.

—De qué está enferma la mujer.

Colunga miró al cuarto. Esperó antes de contestar.

—Tiricia.

—Si la mujer tritea para qué lo hemos acompañado. Nosotros no sabemos nada de esos males, Colunga.

—No los traje por sus conocimientos. Esa harina aquí no nos

sirve. Pero ustedes son robustos. La mujer tiene tiricia, pero también ataques; con los extraños le dan. El recado lo decía claro.

—¿Fueres, Colunga?

—Según el recado.

El susurro se interrumpió. El dueño arrastraba lentamente un mueble en el otro cuarto; lo alejaba en dirección opuesta a los hombres, a la mesa. Los hombres seguían el ruido con los ojos. Colunga sintió el miedo en los cuatro. Y el dueño no se detenía. Como si tratara de sacar la cosa al llano y plantarla allí. En la memoria de todos brillaban sus blancas canillitas.

—Como que jala una petaca. Grande como un barco.

—Va a reventar. No tiene alma ni para su cuerpo.

Pero entonces, en ese momento, fue el silencio, el detenerse en seco, del dueño.

—Necesito quieta a la mujer mientras la curo. A una señal mía ustedes la agarran; la traban firme.

La puerta del otro cuarto se abrió. El dueño apareció en el vano, recortada su figura sobre un fondo luminoso. Vio Colunga que aquella claridad era luz natural. El dueño había dejado entrar la mañana a la casa, y él mismo estaba como envuelto por ella. Y en el aire de las lámparas había ya fuerzas combatiendo el olor a petróleo.

—¿Despertó la mujer?

El dueño frunció los labios.

—No. Está muerta. En el sol. Frente a la ventana, señor Colunga.

ESTA MISMA TARDE

I

AGOSTO, MES DE ISABEL. Dalia y Rosa iban a esperarla a la estación. Me llamaban:

—Las cuatro, Jerónimo.

—Oían a perfume y a polvos para la cara. Se habían pintado la boca; se habían dibujado las cejas. Dalia, la menor. Dalia llevaba al cuello dos hilos de perlas falsas. Cuando se adornaba así, Dalia buscaba la luz de las ventanas. Flechada por los rayos agregaba:

—Vamos por ella. En lo que volvemos, preparanos unas limonadas. Grande para Isabel.

La voz de Dalia ganaba con los reflejos del collar.

—El agua, ¿con azúcar?

Terciaba la otra:

—Sólo para Isabel. Vendrá cansada.

Rosa no sabía ponerse los polvos ni la pintura. Por el camino, bajo el sol tremendo, le irían apareciendo las viejas cuarteaduras, las verdaderas mejillas, la auténtica boca.

—¿Cuánto de azúcar?

Rosa achicaba los ojos.

—Déjame ver.

Y luego:

—Un almíbar.

II

Hacían a pie el camino a la estación. Antes de salir a la calle, al solitario infierno, volteaban a verme como si no creyeran en su regreso. Pero me apresuraba a recomendarles:

—Aprovechen las sombras. Allí tomen respiro. Si no se meten demasiado con el sol, él las respetará.

Con una mano en la perilla de la puerta, Dalia me recordaba:

—No es por el sol, Jerónimo, usted lo sabe.

Sus palabras dejaban resaca de silencio.

Y, antes de cerrar:

—Jerónimo, a las cinco debemos encontrarnos aquí. Si no volviéramos para esa hora, salga a buscarnos. Le encargo ni colguije.

III

Usaban Dalia y Rosa zapatones como pedruscos. Resonaban afuera, en las soledades, en el aire resplandeciente de la tarde. Me acercaba a oírlos a la puerta. No dilataba el fuego en desmoronarlos, convertirlos en un eco quemado. Volvía la tranquilidad a la calle. Entonces me retiraba al centro de la sala, hundido en la penumbra. Buscaba en el cristalero el vasito y el licor de almendras. Rosa lo tomaba cuando la desolaba la conciencia. Copeteaba yo el vasito y me sentaba en el viejo sillón familiar. Antes de empezar a sorber, levantaba el vasito y miraba a través de él. El alcohol en mi cuerpo combatiría bien aquel silencio de nieve en pleno verano. Dalia me había hablado casi como una muerta.

Yo sentía en el sillón, además de la presencia de las dos mujeres, otras muchas. Rosa me aseguraba que allí había estado sentado Onofre. Él paladeaba la existencia en los pechos de una muchacha, las tardes en que la casa estaba sola y en paz, como ahora. Alzaba yo el vasito y murmuraba un brindis a salud del muerto, sobre todo porque se había gastado así las tardes.

Al primer sorbito de licor, las almendras me hacían ver, como en el fondo de una caja iluminada, a las mujeres caminando contra el calor y los puyazos del sol. Dalia abría la marcha. Rosa, atrás, iba siguiéndola como una bestia llena de mataduras. En las bocacalles, Dalia hacía un alto prolongado igual que si se encontrara a la orilla de un tráfico intenso. Rosa venía a pararse luego a su lado. Entonces, una a la otra, se revisaban, en silencio, el esta-

do del maquillaje. El de Rosa había comenzado a ser, a menos de medio camino a la estación, una lástima. Trataba de componérselo Dalia con un pañuelito, el mismo de todas las veces. Intentaba tapar algunas de las cuarteaduras en la capa de polvo.

—No llores, Rosa. El llanto produce más grietas.

Rosa apartaba su cara del pañuelito.

—El dolor, Dalia.

Dalia se guardaba el pañuelito y sacaba una pastilla.

—Mastícala.

Rosa se introducía la pastilla en la boca.

Terminaba Rosa con un gesto que estropeaba aún más la obra del maquillaje.

—Es amarga, Dalia. Una hiel.

Dalia la miraba a los ojos, adornados por sendos abanicos de arrugas como plumas.

—¿Cuándo has probado la hiel?

Rosa miraba la luz derretida en el aire.

—Nunca.

IV

Cruzaban la calle. Los zapatones aplastaban, haciéndola crujir como a nieve de sol, la tierra. Sumamente lenta, la travesía. Me imaginaba a Rosa agónica del corazón, angustiada; remota en sus pupilas, como en otro mundo, la acera de enfrente. Dalia la vigilaba.

Y el segundo sorbito lo daba yo a salud de las heroicas; de Rosa, la más sacrificada.

Trabajaba ya el licor. Sus almendras estaban acabando con rapidez el frío silencio. Detrás de mí comenzaba a oír gemidos. Sonaban en la parte oscura de la casa. En el pasillo y dormitorios. Dulces y apaciguados, en el cuarto que Dalia destinaba cada año a Isabel. Yo tenía la sensación de que la casa despertaba de una gran siesta. No duraban los gemidos. Los continuaban risas y un rechinar de camas apagado. En las delgadas copas del cristalero, cuya puerta había dejado yo medio abierta, resonaba todo. El cristalero parecía encantado. Las risas del fondo de la casa des-

pertaban en las copas otras risas; como de muchachas apenas salidas del cascarón, gozando las fiestas de un estreno.

Disolvía, como a una pizca de azúcar, muy calmadamente, el nuevo sorbo en mi saliva.

La botella del licor, de pico estirado, algo aplastada de la panza, como una de brandy, de bolsillo. Una pintura adornaba lo chato. Dos estaban haciendo el amor ahí sobre una lomita. Cuando Rosa o Dalia echaban mano de su alivio, se llevaban la botella al sillón para contemplar, mientras atendían al vasito, la escena. Decía Dalia que desde el tiempo de los reyes, el júbilo de Dios no había cambiado un ápice. Pero Dalia no se conformaba sólo con el papel de espectadora; sobaba la carne desnuda de los enamorados. Estos tautos, decía Rosa, eran exagerados, malsanos. Pero Dalia se defendía:

—La pintura está como realzada.

Rosa, metálica:

—Peor. Así te imaginas, sin mucho estorbo, las cosas.

Se encendía el alma de Dalia.

—Eso es lo que quiero.

Rosa miraba la botella.

—Es un callejón sin salida.

Me levantaba a cerrar bien el cristalero. Las risas perdían fuerza y acababan como los demás ruidos, en nada. Volvía a tumbarme en el sillón. A mis sorbitos.

v

Dalia y Rosa estaban ya a la vista de la estación. Acogotado el dolor por el calmante, Rosa, siempre atrás de Dalia, trataba de recomponerse la cara. Como en el agosto pasado, y en los otros, se lamentaba de no llevar un espejito. Cosméticos. Era Dalia la que siempre iba preparada. Bajo el techo del andén, frente a su espejito, Dalia se daba la segunda mano de maquillaje. Rosa tomaba asiento en una banca. Se dedicaba a mirar con envidia a la otra, a seguir el lápiz de labios en el bermellón ajeno, deseando verlo convertido en un cauterio. Advertía Dalia, en la superficie del azogue, las terribles miradas, silbando como víboras en la sombra.

Pero lejos de ella, el pensar en algún apaciguamiento. Al contrario obraba. Una vuelta entera y quedaba, cara a cara, mirando a Rosa. Entonces, caminaba hasta la orilla del andén.

—No te acerques a los rieles.

Rosa volteaba a mirarla.

—Pudieras caerte. Pudiera venir el tren, Rosa.

Lamento, una voz de cosas perdidas, el pitido del tren. Me bebía, de una sola vez, el resto del licor.

El fuego almendrado ayudaba. Rodeaba al corazón; lo defendía. Y volvía a anunciarse el tren.

—Los finales eran felices, Jerónimo.

—Cómo, Dalia.

—Cuando partía el tren y ellos, Onofre y la muchacha, se calmaban, en la sala quedaban flotando hasta la noche unos cantos. Rosa y yo los escuchamos durante años, Jerónimo; pero ya no se oyen.

vi

Dalia y Rosa huían del vapor de la máquina. Se retiraban a la salida de estación. Paradas en la puerta esperaban a Isabel. Aparecía Isabel. Dalia y Rosa la reconocían de inmediato. Dalia la recibía con un abrazo. Rosa no. Rosa le repetía lo de siempre.

—No te haces nada.

Isabel cargaba un veliz. Con la mano libre se tocaba una mejilla y el pelo rubio, recogido en la nuca.

—No, Rosa. Pero me llegará también el tiempo.

Dalia, saliendo al andén, le pedía a Isabel el veliz. Sonaban mucho los rieles. Esperaba Dalia el silencio, y luego, la vista en los ojos iluminados de Isabel:

—Sí. Pero eso tardará bastante todavía.

Echaba a andar Dalia, seguida por Isabel y Rosa. Isabel, emparejándose con Dalia, le rogaba dejarle el veliz. Dalia se lo cambiaba de mano.

—No. Desde aquí empezamos ya a cuidarte. Así es año tras año, Isabel.

Por el camino de vuelta a la casa, poco a poco, las tres se iban distanciando una de la otra. Isabel, en medio de sus anfitrionas, reconocía las calles, las casas. Yo las estaba viendo venir. De oro, Isabel. Los pitidos finales del tren yo no los había oído por atender las palabras con las que Dalia coronaba la historia:

—Pero luego aquellos cantos, como una lluvia fina y sabrosa empezaban a bajar y a calarnos los vestidos y la carne. Yo me quitaba la blusa, el sostén. Me tiraba en el piso. Menos apasionada que yo, Rosa, a lo más que llegaba su entusiasmo, era a levantarse las faldas para que el agua resbalara por sus piernas perfectas. Como las de Isabel.

VII

Aún no había preparado las limonadas. Abandonaba el sillón y me dirigía a la cocina. Con el vasito vacío. De una alacena tomaba los vasos, la cazuelita del azúcar, las cucharas, el cuchillo y los limones. Viejo todo. La fruta no; apenas de esa mañana, un lujo, la ocasión. Isabel merecía este gasto extra y más. La luz de Isabel con nada podría pagarla nadie nunca. Mucho menos yo. Endulzaba, arremolinándola despacio, el agua del vaso. La cucharita pegaba a ratos contra el vidrio como una mosca dando topes en el cristal de una ventana. En alguno de los agostos, Isabel, cansada de los retornos, nos faltaría para siempre. Quizás el próximo año. La mayor parte de los limones eran para el vaso de Isabel. Cerca ya de la casa, las tres mujeres volvían a juntarse.

—¿Cómo encuentra el mundo Isabel?

—Igual, Dalia.

Dalia sonreía un momento.

—Es como si en nosotras, Isabel, descansaran todas las cosas. Tal vez por eso no cambian.

Isabel sentía el calor de la tarde en la cara como un viento. Le venía a la memoria la limonada de Jerónimo, la sala penumbrosa, el sillón.

Rosa oía sus pasos en la banqueta de lumbre. Oía su propia

respiración. Después atajándola un poco, para el vigor mínimo con que habían de sonar sus palabras:

—Dalia, Isabel no acostumbra el maquillaje.

Las palabras de Rosa azotaban a Dalia más fuertes que el bochorno. Dalia levantaba el pecho, el collar.

—Es joven. No lo necesita.

Rosa había visto esponjarse, tocada en lo vivo, a Dalia. No perdía tiempo.

—Tú siempre lo has usado, Dalia.

—Mi gusto.

—No, Dalia.

Chispeaban los ojos de Dalia. El polvo en sus mejillas había adquirido de pronto un color gris. Ya no podía detener a Rosa.

—No, Dalia. Es que Isabel es bonita. Tú nunca lo fuiste.

Montaba yo las limonadas y el vasito en una charola y volvía a la sala. Me sentaba a la orilla del sillón a esperar a las mujeres, la charola sobre las rodillas. Hondo, el silencio en la casa.

VIII

La voz de Isabel, en la calle, me hacía levantarme.

—No deben pelear entre ustedes por mi causa, Dalia.

Su voz era tersa como ella. Como el oro. La empañaba Rosa.

—No, Isabel; nadie pelea, es la verdad sonando.

La puerta se abría despacio. Luego aparecían Isabel y las otras dos; Dalia dejaba el veliz en el piso y Rosa cerraba la puerta.

—Saluda, Jerónimo.

Isabel había empezado a sonreír.

—Buenas tardes, Isabel.

—Buenas tardes, Jerónimo.

Dalia ofrecía el sillón a la visita.

—Las limonadas.

Yo entonces me acercaba a Isabel. Ponía la charola a su alcance. Me deslumbraba su pelo. Su cuerpo olía a sábanas limpias, como si no hubiera viajado. Por el escote de la blusa, blancos

y llenos, medio asomaban sus pechos a la penumbra de la sala. Ellos, solitos, frutas y mundos resplandecientes, hubieran hecho felices a Onofre. A mí, para siempre.

—El vaso alto, Isabel.

Ella volvía a sonreírme.

—Como todos los años, Jerónimo.

Dalia y Rosa tomaban también los suyos. Los alzaban como a copas.

—Salud. Por tu regreso.

Dalia y Rosa empinaban los vasos sin ningún comedimiento, ahogadas de calor y de sed. Isabel nunca atropellaba nada; entre sorbito y otro, y mientras se lamía con la lengua el dulce de los labios:

—Yo he conocido bonitas que se pintaban.

Dalia la estaba mirando. Y Rosa. Y yo. Los tres, como deslumbrados por el brillo del sol. Dalia, reconfortada por Isabel, empujaba a acariciarse las perlas de su collar. Miraba triunfalmente a Rosa. Rosa dejaba su vaso en la charola.

—¿Tan viejas como nosotras?

Dalia soltaba las perlas. Las perlas rebotaban en su pecho como canicas en una tabla. Me miraba con encono a mí como si yo hubiera hecho la pregunta. Pero no era eso. Porque luego, el ordenarme:

—Jerónimo, recuérdale a Rosa quién de las dos es menor. Los abismos de tiempo.

Pero Isabel, volteando al cristalero:

—¿Y el licor?

Dalia, entonces, me hacía una seña y yo volvía a acercarme a la charola al cuerpo de Isabel.

—Isabel, hazme el favor, coge el vasito —decía Dalia.

Ponía yo la charola en manos de Rosa y me encaminaba al cristalero. Lo abría. Sacaba la botella y luego volvía a las mujeres. Dalia me pedía:

—Antes de que sirvas, préstame la botella.

Se la daba yo por lo aplastado. Dalia la agarraba del pico y comenzaba a agitarla a un lado de la oreja como a una sonaja. Yo

no oía nada, pero tampoco, creo, Rosa, ni la visita. De una oreja. Dalia se pasaba la botella a la otra y allí, la meneaba con más energía. Después, como un danzante agotado, paraba y se quedaba quieta.

—Está acabándose muy rápido.

Miraba yo la botella, los enamorados en la lomita, y pensaba en que Isabel no dilataría en colocar sus labios donde había puesto yo los míos. Mis ojos iban derecho a los de Rosa y Dalia.

—La canícula evapora.

Dalia me regresaba la botella. Yo le quitaba el tapón de corcho y porcelana. Como alborotado por las sacudidas, el aroma de las almendras escapaba incontenible, potente. Nos llenaba el aire.

—No las cosas tapadas, Jerónimo.

Isabel había levantado el vasito.

—La mitad.

La obedecía, sonriente. El chorrillo de licor se iluminaba. Más intenso, el aroma. Y el resplandor de los pechos de Isabel.

—Salud. Por ustedes.

—Gracias —contestaban Dalia y Rosa.

Isabel bebía paladeando. Quemaba con su fuego mis huellas en el vidrio del vasito. De pronto sentía hondo el silencio. Dalia me estaba mirando.

—Dalia, éste es un licor especial.

Dalia movía los ojos. En la botella los fijaba.

—Tápela.

Rechinaba el corcho en el pico.

—No lo atornille; no hace falta.

Con un golpe de la palma de la mano acababa de hundir el tapón.

—Es como si se hubiese puesto usted a arañar un vidrio con otro vidrio.

Volvía yo al cristalero a guardar la botella. Dalia, a mis espaldas.

—¿Por qué dijo usted *especial*, Jerónimo?

Me quedaba unos segundos mirando la puertita del cristal, pensando una contestación, inventándola. Dalia quizás empezaba a sospechar de mí más de la cuenta. Me volteaba hacia ella.

—Dalia, porque es de los licores que aun estando tapados, se evaporan.

Las miradas de Dalia me clavaban a mi mentira como en una cruz. Comenzaba a humedecerse los labios como quien va a ensalivar la punta de un hierro. Dalia recogía la charola de manos de Rosa, la pasaba por delante de Isabel para que Isabel dejara el vasito, y luego, más húmedos los labios todavía, venía a entregármela.

Y a rematarme.

—Este licor no es para usted.

Dalia me traspasaba con todo y charola. Tintineaban los vasos y el vasito. Dalia me veía temblar con el hierro adentro. Pero Rosa, compadeciéndose de mí, su voz como medicina, como un restaurador.

—Jerónimo, recuerde, aquí no hay abundancia de nada.

Isabel estaba en pie. Algo en el aire le había ensuciado el oro del pelo, el resplandor del cuerpo. La blancura. La voz.

—Dalia, estoy cansada.

Dalia asentía con la cabeza.

—Bueno; Jerónimo, vaya y deje la charola y vuelva por el veliz. Pasaba la charola a un lado de Rosa y ella me preguntaba:

—¿Me ha entendido usted?

En el pasillo. oía a Isabel, tersa como siempre, increíble:

—Dalia, quiero comenzar por Jerónimo.

Dalia se quejaba de algo. Pero Isabel:

—Esta misma tarde.

PUENTE DE SOMBRA

I

MEDIODÍA. El sol se hunde, se ensucia en el agua del canal. Corre lentamente el agua. No tiene fin. Con los ojos la sigo hasta el fondo de la luz, en el llano. La luz, una polvareda. No conozco sino estas soledades. Esta corteza seca. Oigo chicharras lejos. Debajo mío llevo sombra. Oigo también mis propios pasos y los de los otros. Me abrumba la claridad del cielo. Su infierno blanco. A mi lado, nada rompe el silencio del agua. Hace rato que siento sed y ganas de tumbarme. Quisiera cerrar los ojos y abrirlos cuando ya hubiera caído la tarde.

Los otros me ordenan que me detenga. Lo hago en seguida. Nos falta todavía camino. Los otros se han parado a orinar. Aunque no los veo, adivino que lo hacen desde el borde del talud. Vuelvo a mirar la soledad de la tierra desnuda, el aire, inmóvil como ojo de muerto. Los otros terminan. Uno se me acerca.

—Ora, tú.

Su voz suena a piedra contra piedra dura. Sé que está apuntándose con el arma. No veo el cañón, pero debe brillar como un riel. Me imagino caliente la sombra del cañón en el suelo; delgado como una víbora. Como si me tocara, vuelvo a sentir miedo.

—No tengo ganas.

La voz se endurece aún más.

—Pues que te vayan dando.

Escucho los pasos del otro.

—¿No quiere?

—No, Reyes.

El silencio del agua sube, ahora más intenso. El agua y la rueda del sol en el agua. Dónde morirá el agua.

—Déjalo.

El otro bufa, se chupa los dientes.

—¿Él va a mandar?

—No. Aquí mando yo. Puede ir orinando sobre la marcha,

Jiménez.

Adivino un movimiento de armas.

—Quiero agua.

Jiménez me pega en la espalda con el cañón del arma.

—Camínale.

Doy el paso, pero el otro, Reyes, me frena.

—Todavía no.

Y luego:

—Baje. Espéralo allá, Jiménez.

Jiménez se resiste a obedecer.

—Conoce bien el canal. Nos exponemos.

Suenan palmadas en una espalda. Después, las palabras de

Reyes.

—No te apures. A tus balas y a las mías, eso no les importa. De la rociada, no quedarían vivos ni los pececitos.

Jiménez comienza a bajar. Oigo cómo hunde sus tacones en la tierra empinada y hace rodar las piedras. Me lo imagino equilibrándose con el arma, tragando polvo, sudando más de la cuenta. Incapaz de detenerse, me lo imagino caído en la corriente traicionera; me lo imagino ahogado. Durante unos segundos, no hay noticia suya en el aire. Vuelvo a escuchar las lejanas chicharras, del otro lado del canal. Luego, un grito a medias:

—Ya estuvo. Échemelo, Reyes.

Reyes ordena:

—Baje.

Me acerco al borde del talud. El que se halla junto a la corriente, en cuanto me ve aparecer, me apunta desde el cuadril. El sol se encarniza en el cañón del arma. Jiménez y yo nos miramos a los ojos. Agita su mano libre con impaciencia. Reyes ha venido a pararse a mi lado.

—Baje.

Lo veo de reojo; su rifle, en la izquierda, apunta el abuelo. No despide brillo. Es como un arma de madera. Verlo me saca el

miedo. Ligero, como si estuviéramos jugando, inicio la bajada. Pero, a poco, advierto que el de abajo se pone tenso; que agarra con ambas manos el arma. Me grita como rabiando:

—No tan aprisa.

Le hago caso. Me detengo, en medio de una nube de polvo. Siento, otra vez, miedo; su peso muerto. Miro al de arriba. Pensé que iba a estar encañonándome, pero no. Conserva su posición. Y ni siquiera me mira. Tiene los ojos clavados en la soledad donde cantan las chicharras. Tiene la cara silenciosa, atenta. Jiménez me llama. La voz no deja de sonarle a piedra.

—Tampoco te quedes ahí.

Encima de nosotros, el cielo es como una ventolera de luz. Siento que me zarandea, como a un descarnado, los huesos. No logra desparramármelos por el llano sólo porque se lo impide el plomo de mi miedo. Jiménez levanta el arma a la altura del pecho.

—No te quedes ahí.

Recomienzo. La cautela dirige mis pasos. Procuro que sean claros para Jiménez. Me cuido mucho de atropellar las piedras. Jiménez hace ya rato que trae fuerte la ventolera en su cabeza. Anda buscando un motivo. Quiere adelantarse a las cosas. Acaba de una vez con mi mediodía. Según me muevo, Jiménez sigue mi figura, con la boquita del arma. La boquita, como un ojo turbio, no se aparta del centro de mi pecho. Si llegara a escupir su bala me rajaría en dos. Casi estoy al pie del agua. Deteniéndome, miro en los ojos a Jiménez. En el cielo, como en una tronera, oigo las lejanas chicharras.

—No vayas a meter las manos para nada.

—No.

Entonces me acuerdo de Reyes. Volteo a verlo. Y Jiménez también. Ahora sí, Reyes ya no es un indiferente. Me tiene en la mira de su arma como uno que va a tirar al blanco.

—Si no es él, soy yo. No dures las horas bebiendo.

Me pongo de rodillas, me agacho. Jiménez da unos pasos, y luego me toca con el arma.

—¿Entiendes?

Arde el metal.

—Sí.

Se retira, recula adonde estaba antes. Vuelve a marcar la orilla lodosa con sus botas de monte. Hasta que no se detienen, pego la boca a la corriente. El silencio del agua me llena los oídos despacio. Va sofocando la voz de Jiménez en mí. Siento la frescura del agua, honda en el calor del pecho y de los huesos. Como si ya estuviera yo al cabo del día, en el atardecer. Solo, mirando la anchura de la luz. Solo, sin las brasas del sol y de los que me llevan. Para entonces se ha apagado ya el canto de las chicharras, y el aire tiene otro color. Y el agua del canal, y las soledades del llano. Deshago el camino andado por la mañana y la tarde. De cuando en cuando oigo un grillo y uno como cuchicheo. Son las ánimas de por acá que renacen al acercarse la noche. Nunca los grillos se espantan con ellas, como les sucede con los vivos. El camino de regreso me parece un sueño, y mi sed, y el que haya tenido que calmarla con la muerte a un lado mío.

—Te estás dilatando.

La voz de Jiménez rebota en la superficie del agua como una piedra laja. Quiebra el silencio en mis oídos. La imaginada paz.

—Parece que no entendiste.

Dejo de beber. Me enderezo. De rodillas, me limpio la boca.

—Levántate.

Me pongo en pie como un lisiado. Siento entumecidas las piernas.

—¿Te cayó de peso el agua?

—No.

—Tienes estómago. Esa agua, la mitad lodo, la mitad porquería.

Le miro apenas a los ojos. Desvío la vista arriba. Reyes ya no me apunta con el arma, pero sé que está listo a disparar al menor intento de huida mío. En el brazo armado se lo veo, tenso como un muelle. A mi espalda, oigo deslizarse el silencio inacabable de la corriente. Dicen que el tino es malo cuando se hace fuego desde un lugar elevado. Pero es seguro a quemarropa. Quizás el silencio ha recogido y comunicado a Jiménez mi pensamiento. Me dice:

—No urdas una tarugada. Reyes te pega así estés en el hoyo más hondo. Sube.

Aquí no hay que cortar cartucho. Basta el gatillo para echar a volar, de una sola vez, toda la muerte. Jalándolo, ni Dios escuda. El dedo que Jiménez no aparta del gatillo lleva la uña pálida y larga. Uña de muerto. Más llena de silencio que nada en el llano. Es mi miedo. Comienzo a trepar el talud. Desprendo algunas piedras. Me detengo. Suenan las piedras mucho. Suenan como si la cuesta no conociera fin. Acabado el ruido, Jiménez me advierte:

—Cuidado, si quieres llegar arriba.

Reviso el terreno; busco sus claros, una vereda.

—Hay piedras sueltas.

Reyes, a señas me ordena que acabe de subir.

—Hay piedras sueltas.

Con una mano él me dice que no importa. Y repite la orden. Jiménez ha oído y visto todo. No desafía a Reyes.

—Nomás no levantes polvo.

Echo mis pasos por la vereda que me he inventado. Subo haciendo curvas, esquivando, de todas maneras, las piedras; cuando menos, las grandes. La uña es mi miedo; una piedra que alcanzara a Jiménez, abajo, podría alebrestarle el dedo. Pero la traza de mi camino, no les gusta. A Reyes, el primero. Pone vertical una mano, plana como una tabla. Me marca el rumbo. La mano le divide en dos la cara, el aire de la boca. Jiménez usa la voz para corregirme. Truena como un chicote.

—Una bala te enseñaría el camino.

Entre la mano y la voz, en pleno sol, corre un hilo como el de una plomada. Un hilo fino. No tiene sombra. No debo más que seguirlo. Ir por él como una arañita. Detrás mío oigo rodar piedras. Es Jiménez. Ha empezado a subir también. Veleta sin brizna de viento, la mano fija, como oxidada de Reyes me hace sentir miedo. Es como la hoja de una ventana abierta para siempre en la casa de un muerto. Nadie la cerrará nunca. La casa está sola. Y Reyes es como un ánima. Mira a lo lejos. Respira contra el filo anterior de la mano. No soy yo sino las chicharras el punto de su atención. Tengo ya un pie en el llano. Hasta entonces, Reyes quita la señal, y me mira. Y me dice, y acompaña sus palabras con un ademán invitador:

—Acabe de trepar. Ha comenzado la tarde.

Planto el otro pie en el llano. Miro el horizonte, el cielo, ardiendo blancos detrás de Reyes. Me consuelan. Si antes pensé en una ventana ahora pienso en una puerta abierta. Reyes me semblantea.

—Para su desgracia, todo está tan pelón como una calavera.

Lo miro. Los dos estamos oyendo las chicharras. Compartimos el canto. Reyes habla de nuevo:

—Entre mezquites, hubiera usted podido intentarlo.

De la cara de Reyes paso a sus pies. En sus talones, una pestaña de sombra. Es como un doblez de cartoncito, un apoyo para mantenerlo derecho. Algo igual, en la punta de mis pies. Me los miro. Y Reyes:

—Malo que comience la tarde. Allí comienza también nuestra última sombra. La del que va a morir jamás debe tocarnos.

Aparece Jiménez. Se planta a un lado de Reyes. Cuando ve que Reyes tiene el arma apuntando al suelo, él, inmediatamente, levanta la suya. Me encañona.

—Se confía usted demasiado, Reyes.

Reyes parpadea; hace que no con la cabeza. Pero Jiménez, que me devora con el ojo de su rifle, no advierte nada.

—No está baldado.

Reyes baja los párpados y los mantiene largo rato así. Luego los sube, y empieza a hablar despacio, escogiendo palabras. Como teniéndolas que dirigir a un niño. No mira a Jiménez. Tampoco a mí. Mira al cielo. Entre nosotros tres, el silencio es pesado. Nubla el rechinado de las chicharras. Reyes dice:

—Es tarde, Jiménez. Pero vamos a tomarnos un tiempcito. Lo necesito.

—Usted viene al mando.

Reyes se cambia de mano el rifle.

—Ningún peligro corro. El hombre, Jiménez, trae mucho miedo. Ni él mismo sabe cuánto. A su hora lo sabrá.

Jiménez sonrío como los diablos.

Yo, que estoy al pendiente de los ojos de Reyes, veo que la son-

risa le molesta. Veo encenderse y apagarse un brillo negro en sus pupilas. Luego, nada; sólo luz del cielo en ellas.

—Cosas que enseña la rutina.

Pero Jiménez no queda muy convencido. Se siente en su silencio.

—La rutina. Tú empezaste hoy. No la tienes todavía.

Con nada replica Jiménez. Vuelve a mirarme. La uña, en el gatillo, lanza resplandores como la punta de una navaja.

Tiene razón Reyes. Traigo encapotado el miedo; como un murmullo sordo adentro. Los resplandores llaman la atención de Reyes. Voltea a ver de dónde salen, y cuando se entera, con voz cargada de fastidio ordena:

—Quita ya el dedo de ahí. Una tropezadita, y acabamos mal el asunto. Sin madurarlo. Como borrachos.

Tuerce la jeta Jiménez. Entonces, Reyes vuelve a su mano derecha el arma.

—Camine.

Antes de dar la media vuelta y comenzar a andar, me fijo por último en sus ojos. Su mirar, como si midiera, calculara, se concentra en algún punto del horizonte. Mientras camino pienso qué puede él calcular en un rincón del cielo. No el sitio de mi muerte. A ése, lo ocultan las intenciones de Reyes, la distancia. Pienso en el sol, en la sombra. En el reguero de sombra que voy dejando como un rastro y que los otros borran. Y pienso en lo que Reyes dijo. Mi sombra, puente en el llano, no debe llegar hasta ellos y tocarlos. La razón no la dijo Reyes. Tal vez él crea que por los puentes se escapa el alma de los muertos. La mía. La voz de Jiménez me corta los pensamientos. Introduce el lejano zumbido de las chicharras en mi cabeza. De todos modos, oigo cómo se queja.

—Usted manda. Nadie yo para discutirlo. Pero si la sed nos aprieta, ¿qué vamos a hacer?

Reyes ha de venir escuchando el animalero. No contesta.

—Usted no quiso las cantimploras.

Seguimos andando. No hay contestación de Reyes. Tal vez no vaya a contestar nunca. Vuelve a Jiménez a quejarse:

—Ni cantimploras, ni agua de verdad por ninguna parte. Las palabras de Jiménez como que escarban en el silencio del mudo y

se lo hacen cada vez más grande. Terminan ahogándose en él. Pero Jiménez adivina lo mismo que yo. Le pone límite a la indiferencia de Reyes.

—Clima de discordia entre compañeros, no debe ser.

Algo en el aire y en el silencio de la tarde que venimos compartiendo me dice que Reyes al fin hablará. Y habla, y dice:

—A tu lado izquierdo, corre caudal de agua.

Jiménez estalla en una carcajada agria. La carcajada llega adonde cantan las chicharras. Las silencia. Un momento. Reyes pregunta luego:

—¿De qué te ríes?

Y Jiménez:

—Usted me confunde con una vaca.

—No te confundo. Nosotros no podemos confundirnos con nada.

—Esa agua no es para cristianos.

—La bebió el hombre.

—Casi un muerto.

—Casi.

Siento como si esta palabra de Reyes fuera autorización para que Jiménez vuelva su dedo al gatillo. Me imagino la uña, más blanca, más de muerto. Reviso el camino que tenemos por delante, limpio, parejo. Jiménez no debe tropezarse.

—Jiménez, deja en paz el dedo. Te viene comiendo la prisa.

—Mucho paseo.

—Mi estilo.

Jiménez, cuando yo daba por seguro que iba a contestar con algún retobo, se queda callado. Como llevamos el sol por delante, el aire me deslumbra fuerte. Vamos pachorrudos; vamos por un desierto convertido en cal. La tarde se concentra en mis orejas. Escucho las chicharras como si las trajera paradas en mi hombro. Cerquita de mí. Aturden, sofocan el murmullo de mi miedo.

—¿Hasta dónde? —oigo preguntar a Jiménez; su voz como perdida en el fondo del zumbido y el deslumbramiento.

La de Reyes, también desde allá, contesta:

—Donde madure el fruto.

—¿Qué fruto?

—El hombre.

—¿Espera usted que empiece a rajarse?

Apenas oigo el no de Reyes. El torbellino del canto lo chupa luego. Piedrita en un remolino de agua. La negativa de Reyes deja en el aire de la tarde un vacío, como si le faltara algo. No se cierra el silencio como otras veces. Jiménez siente el hueco; le echa sus palabras:

—¿Quiere cansarlo?

—No. Tampoco.

Vuelve entero, igual de intenso a mi hombro, el zumbido de las chicharras. Quién sabe si Reyes venga oyéndolo como yo; si una parte de las cantantes no haya volado, también a su hombro. La lumbre del sol inclinado se estrella en mi frente, en mis párpados. En mí primero, porque soy el que abro el paso. No he visto mi sombra, pero debo llevarla ya como una cola. Pronto Reyes tendrá que cuidarse de pisarla. El sol, un trecho más y asomará a mis ojos. Completo entonces el encandilamiento; iremos todos como ciegos, como huérfanos.

—Debimos haber traído sombrero.

Las palabras de Jiménez suenan como un punto negro en la luz. Son como un reproche.

—¿Sombrero?

—Para defendernos de este sol.

—¿Defenderse, Jiménez?

—La vista. Uno está en desventaja si dispara a contrapelo del sol.

—Muchas ventajas las nuestras. La misma luz del sol. Imagínate si ahora fuera de noche y viniéramos alumbrándonos con linternas.

—Con una sombrita en los ojos hubiera yo disparado más a gusto.

—No somos tiradores al blanco. Aquí, la puntería es cosa secundaria.

Callan. Las interrupciones alebrestan más, en mis orejas, el

zumbido de las chicharras. Multiplicadas por cien, por mil. Del murmullo ya no oigo nada. Tengo la sensación de ir caminando solo y de que Reyes y Jiménez han sido aventados por la fuerza de la luz, a la orilla del llano. La luz es como el tiempo de la tarde. A través de mis párpados entrecerrados veo el cielo; pálido, como cuando va a amanecer. Es harta la soledad. Dios no habrá por estos rumbos. La orden de detenerme sonará de un momento a otro. Y luego los balazos, rompiendo la calma; echándola abajo como el vidrio de una ventana.

—¡Alto!

La dureza se impone al zumbido de las chicharras. Hago alto a tres pasos. En el silencio siento miedo de que el murmullo vuelva a levantarse en mí. No quiero que nada me ablande. Pero el murmullo está mudo. Me acuerdo de la uña blanca de Jiménez como en un sueño. Y como en un sueño me parece verla asentándose, liviana como una pluma, sobre el gatillo. Abro bien los ojos y miro cara a cara al sol. Entonces, las armas hacen un ruido de brasas.

LA CIZAÑA

1

EL HOMBRE ESTÁ EN LA ESQUINA. Como aturdido por el sol. Lleva un portafolios. Fulguran sus hebillas. Termino la cerveza y salgo a la calle. El sol es terrible. Le ha chupado su color al cielo. Todo se ve blanco. Antes de atravesar la calle vuelvo a mirar al hombre. Sigue sin moverse. Sin dar señas de vida.

Entro ardiendo a la casa de Rojas, me apago en la sombra. Rojas, tumbado en una silla, aguanoso, me pregunta qué ando haciendo allí a esas horas.

—Levántese, asómese.

Rojas me mira con la boca abierta como los gordos con borchorno.

—¿Qué hay?

—Un hombre a la mitad del sol.

Rojas se ríe con su papada de señora. Yo me ríe. Rojas se calma.

—Pomares, el tipo se va a achicharrar. ¿Eso es lo que usted quiere que yo me levante a ver?

—No.

Rojas cierra y abre los ojos.

—¿Entonces, Pomares? Con el calor que se ha soltado en estos días, más vale estarse quieto.

Me le acerco. El sudor de Rojas es penetrante como un perfume barato.

—No digo lo contrario, Rojas.

—Menos lo entiendo.

El perfume del gordo me marea. Me retiro. El aire caliente del cuarto me sabe a llano. Lo aspiro varias veces. Hasta sentirme bien. Sospecha Rojas que algo grave estoy por decirle. Muy serio apoya su cara de niño en la papada.

—Es el maestro Santillana, Rojas.

Rojas, la boca enormemente abierta, azorado me mira sin mirarme.

Rojas, resoplando como si cargara el mundo en los brazos, se pone en pie. Camina a la puerta, para asomarse. Cuando saca la cabeza, el sol le arremolina los pelitos de la calva. Se los enciende.

—¿Es o no es?, Rojas.

No me contesta. Pero después me dice:

—El portafolio, cómo le brilla.

II

Rojas y yo nos preparamos para salir. Rojas ha traído de un cuarto interior tres sombreros de ala ancha, de palma. Los moja con el agua de la jarra. Me da el que voy a usar. Luego él, Rojas, con un pañuelo, que también ha mojado, se humedece brazos y cuello. En seguida, me pide que haga yo lo mismo, y me pasa el pañuelo. Rojas, luego de estas medidas, sirve dos vasos con el agua sobrante de la jarra. No bebe la suya de inmediato. Primero se encasqueta el sombrero. La cara casi se le pierde bajo el ala. Durante unos segundos, yo soy para Rojas un espejo. Luego, toma el vaso, y antes de beber:

—Ahora usted, Pomares.

III

Ya en la puerta, Rojas, con un pie en el horno, se detiene:

—El otro sombrero, para Santillana.

Y en seguida:

—Los nuestros nos protegerán, además del sol, de las miradas. Nuestra cara en tanta sombra, quién la va a reconocer, Pomares. Ni siquiera la mía. Rojas, en esta tierra, no es el único gordo.

—Rojas, Santillana puede irse o desplomarse.

IV

Salimos, por fin, a la furia. Respiramos lumbre. Yo camino detrás de Rojas, disimulándome detrás de su cuerpo. No estoy seguro de que nadie sea capaz de reconocernos como él ha dicho. Rojas bufa como las calderas. Es más alto que yo. Le pregunto por el maestro, al que no puedo ver.

—Aún está allí, Pomares.

—¿Telele?

—Normalito.

A un metro de Santillana, nos paramos. Se voltea Rojas hacia mí, hecho un caldo. Tiene descompuesta su cara de niño. Jadea.

—Vigile, Pomares.

Rojas se planta frente a Santillana. Y yo inicio la vigilancia. De las otras esquinas, de las calles, de las casas; hasta del aire. Estamos, parece, los tres, solitos. Nada, nadie, en ninguna parte. Las últimas casas, como unas sombras, se deshacen en la luz.

Rojas le está hablando a Santillana. A pesar del fuego que nos rodea, Rojas usa su mejor voz de gordo. Le dice a Santillana, como pidiéndole permiso, que va a cubrirlo.

—Santillana, pesca usted una insolación. Y ni la persona de Dios le salva.

Coloca el sombrero en la cabeza de Santillana. Santillana parpadea. Idéntica, la estatura de ambos. Busca Rojas la sombreada mirada de Santillana. La encuentra, pero la mirada no le mira. Los ojos de una calavera mirarían más. Rojas me lanza una mirada rápida.

—Vigile.

V

De camposanto al mediodía, se me figuran las calles. En la luz también hay miedo. En la luz, hay sombras que no se justifican. Cuando Rojas cubría al maestro, vi una. Cruzó entre dos esquinas. Ninguno la echaba.

—Santillana... —oigo la voz sofocada de Rojas.

Y luego, la de Santillana. Como a través de un tubo; de un tubo muy largo.

—La casa de huéspedes.

Rojas mira con intensidad los labios reseco de Santillana.

—¿Casa de qué?

—De huéspedes, Rojas. Perdí la dirección.

La boquita de Rojas se abre como el pico de un pollo y ríe. La risa se ahoga en la papada.

—Santillana, ¿cuál dirección?; aquí todavía no conocemos esas casas.

Santillana aprieta el ceño.

—¿Todavía no?

Y Rojas le contesta:

—Cuartitos, sí; y tejavanos y rincones. A veces los alquilan.

Vuelvo a ver la sombra de antes. Siento que nos mira. Ahora cruza más despacio.

—Rojas.

Rojas me ve por el rabillo del ojo.

—Rojas, creo que los vigilados somos nosotros. Aparte Rojas, entonces, revisa las calles desiertas, la infinita y deslumbrante claridad.

—No veo el alma, Pomares. ¿Gente de Capistrán?

La tierra traga la sombra a media calle.

—Pudiera ser.

—Húndase más el sombrero, Pomares.

Rojas encara otra vez a Santillana. Tomándolo de un brazo, le dice:

—Vamos a mi casa.

VI

Ya en la casa de Rojas, aventamos los sombreros a un rincón. Rojas se deja caer en la silla, silbando como globo que se desinfla. Yo me quito los zapatos y la camisa. Afuera, pisábamos lava. Consigo en donde sentarme. La jarra vacía, desde la mesa, me hace señas. Rojas la mira.

—Pomares, salga al patio y llénela.

El cemento del piso es como una caricia en mis pies ardidos. Es una bendición, como la cerveza. Lleno pronto la jarra y regreso al cuarto. Rojas me pide que le sirva agua. Se la doy en el vaso.

—Otro, Pomares.

Cuatro vasos se bebe Rojas al hilo. Luego, le sigo yo. Apaciguada nuestra sed, caigo en la cuenta de que se nos olvidó el maestro.

—¿Y Santillana?

En los ojos de Rojas hay mucha paz.

—No se preocupe, Pomares.

—Necesitaré también agua.

La papada de Rojas se mueve como si barrera, despacio, el bochorno.

—Ahorita, no, Pomares. Debemos esperar a que se le enfríe bien el cuerpo.

Observo a Santillana. La verdad, nadie, al verle, pensaría en un hombre atribulado por el calor. Mira el patio luminoso.

—Acérquele algo —me dice Rojas.

Le pongo un cajón detrás de las piernas.

—Siéntese, maestro.

Santillana obedece. Él sí parece haberse olvidado de nosotros.

—Cómo ve el patio —le susurro a Rojas cuando vuelvo a mi lugar.

Rojas como que lo estudia. No le despega la mirada de la cara, de los ojos brillantes de resolana. Rojas está como recordando todo.

—Pregúntele, Pomares.

—¿Qué?

—Si quiere agua.

Hago la pregunta pensando que Santillana no contesta. Pero Santillana, con su voz remota que le oí en la calle:

—Poquita. Para los labios.

Sorprendido, miro a Rojas. Rojas mueve los párpados como el sapo fatigado de mirar una mosca.

—Sírvale.

Santillana hace como dijo. Una sola gota no pasa a su paladar. Después de un buen rato de estarse humedeciendo los labios, me regresa el vaso.

—Gracias, Pomares.

No sé los pensamientos, las ideas, el trabajo de la mente de Rojas. Tras la pequeña falla de atención que tuvo, vuelve a clavarle la vista el maestro. Santillana, todavía como ausente. El patio, el sol, son su negocio. No los desatiende. Rojas no repara en esto. No le importa. Me pide más agua. Escurro la jarra para completarle el vaso. Pero a éste, ya no se lo empina como a los otros. Casi lo saborea, como a un alcohol fuerte. Vuelven sus ojos a ser blandos. Vuelve a ser el aguanoso de los veranos.

—Bueno, vamos a ver, Santillana.

VII

Algo nota Santillana en estas palabras porque, desviando la vista del patio, la fija un momento en Rojas. Lo mira con la mirada que un hombre tendría para un niño. Luego, la desliza hacia mí. Yo me estremezco. Y, de mí, la regresa al patio. Bebe un traguito de agua Rojas y, en seguida, en la brusquedad, le pregunta a Santillana:

—¿Ya no se acuerda usted de lo que le hizo Fito Capistrán?

El maestro, blanco de por sí, palidece al escuchar a Rojas. Ni la tarde, ni la repentina aparición de Santillana, es para andarse con contemplaciones. Tal vez ésta, una de las ideas incubadas por Rojas en su pasado silencio. Lleva los filos de lo pensado. Me apena el recuerdo del Santillana de entonces. Empezando, malamente, le daña Rojas. No debo quedarme callado. Las durezas del gordo, no las comparto. Le digo:

—Capistrán vive en la memoria de todos.

Pero Rojas no me entiende. Niega mis palabras moviendo, a derecha e izquierda, la cabeza. La papada le relumbra como una bolsa de veneno.

—No, Pomares; en la de Santillana, no.

Rojas trae en el interior puntas. Cambia. Tiene rachas sorprendentes. Me mira con sus ojillos zambutidos en la grasa de la cara y le da otro traguito al agua. El maestro ha cerrado los suyos, como lastimados de tanta luz. Entonces, Rojas bajita la voz:

—¿Por qué volví, Santillana?

La pregunta de Rojas levanta un silencio negro entre los tres. Un silencio de pájaros muertos. Cada uno de nosotros, en su palo, las plumas en un mundo de polvo. De años. Como el día de claras, las razones de Rojas. Santillana, mudo. El resplandor del patio, atroz, la desgracia. Insiste Rojas:

—¿Por qué?

Santillana agacha la cabeza.

—Ella —dice. Pero no a modo de contestación. Como llamando.

Rojas y yo volteamos a vernos. Tristones los ojos de él. Sé qué piensa con ellos; qué reencuentra en el viejo recodo del tiempo. Grande el peso de su tristeza. Rojas no me sostiene la mirada.

—Capistrán es fiel a sus tirrias.

No sé a quién le ha hablado Rojas; si a mí o a Santillana. Yo prefiero imaginar que al maestro. Pero Rojas me desengaña:

—Los fieles son tremendos, Pomares.

Miro a Santillana, a su barbilla fina, pegada al pecho.

—Vino a meterse en la boca del lobo.

Rojas alza la vista y lo mira también. Bebe agua.

—Santillana no se desprende del portafolio.

Resuena, nuevamente, la animosidad en la voz de Rojas.

Para nada.

Y Rojas, como engallado, vuelve a dirigirse al maestro:

—Yo frené a Capistrán. Pero hubo condiciones.

Santillana frunce, apenas, la boca. Sube, luego, el portafolio a las piernas y le encima las manos. Tapa las hebillas.

—Viene usted a comprometerme.

—No —dice, como muriéndose, Santillana.

—Me pone en un brete.

Santillana endereza el portafolio. Lo abraza contra el pecho.

—No, Rojas, Elia no fue alumna mía.

Rojas se ríe. El maestro abre los ojos; no mira más porque aún no había visto a la muchacha.

Rojas bebe los asientos del vaso. Su arma tiene dos puntas: una de ellas, le ha removido la memoria insatisfecha, dolorosa, de Elia Capistrán. Los ojillos reflejan el dolor. Veo a Santillana, a Rojas:

nos hemos ido hundiendo poco a poco, como en los sueños de un muerto. Como si otro, lejos, nos estuvieran soñando.

—Eso era todo, Santillana. Recordatorio.

Santillana levanta lentamente la cara y mira en los ojos a Rojas. La mirada de Santillana hierve de rencor.

—Usted envenenó a Capistrán contra nosotros.

Rojas se defiende.

—No es ningún santo Capistrán.

—Cuando usted vio que la cizaña había crecido como el mar, entonces quiso intervenir.

—Intervine, Santillana, creí que le mataban.

Siento que los sueños comienzan a asfixiarme. Las malas voluntades y los rencores, están en el aire.

—Maestro Santillana...

Santillana no voltea a verme, pero me dice:

—Sí, Pomares.

—No discutan. Elia Capistrán murió.

La noticia deja impávido a Santillana. Como si ya la supiera de antes.

—Las noticias vuelvan.

—Sí, Rojas —dice Santillana.

Y Rojas, luego.

—Pero usted volvió.

Santillana comienza a abrir el portafolio. La hebilla que está manejando, vuelve a relumbrar. Santillana sigue mirando a Rojas.

—La cizaña debe arrancarse de cuajo.

Rojas no se espera. Con un bufido gris de miedo la cara, se levanta de la silla y se lanza contra el maestro. No ha soltado el vaso. Como una piedra, lo lleva empuñado. Como en un sueño, sus movimientos son increíblemente ágiles. Le estrellará el vaso a Santillana.

—¡Rojas!

Pero Rojas, de pronto, a un metro de Santillana, da una vuelta sobre sí mismo y luego, con otro bufido, se derrumba. Hecho añicos, el vaso salta por el aire, en el silencio final que comienza.

EL PERRO

I

VIENE DESPACIO. Hace rodar su silla. El patio está abierto al llano, a las tolvaneras. Turbio entonces; revuelto; un diablo. Pega la silla a la sombra. Enfrente, tiene la casa. Silenciosa, como si durmiera. Igual, todas las tardes. Se apoya en un brazo de la silla. Ve la tela de alambre de la puerta, abombada, panzona. Detrás, un hueco negro. Ve, después, el otro hueco, el de la ventana, redondo como parche de tuerto. El sudor en el cuerpo, en las piernas. En medio del calorón, su miedo de siempre: una repentina desmemoria los otros. Los de la caridad, que se fastidian. Mira las soledades del patio, las de su camino diario, y luego, las del llano. Vuelve, poco a poco, la vista. Trae amargos los rincones de la boca. Están como encapsulados en los globitos de su saliva brillante. Apenas tiene de nuevo en su mirada la casa, escupe. El escupitajo vuela furioso. Llega lejos de la silla. Azota, levanta del suelo el polvo. Con la manga de la camisa, se limpia el sudor de la cara. El añil de la manga recobra su tono original, la fuerza. Pero la fuerza ha brotado también en otras partes de la camisa, en las axilas, el pecho, la espalda. Comprueba lo que lleva andando la sombra. La oscura manecilla.

II

Relumbra la pareja. Es como si el sol los iluminara en plena noche. Un reflector. Como cegados vienen, conteniendo los pasos. Parece que llevan en su sombra, piedras. Vuelve a secarse el sudor de la cara; se humedece los labios; traga saliva. Sonríe; luego se endereza, se pone tieso. Puede ver ya, claramente, las manos de los otros. Las cosas.

—Nemesio...

Alza los brazos. Figura suya de amenazado por arma o de uno que van a fajar. Las manchas de sudor debajo de los brazos, enormes lagunas. Para los otros, el nombre es el salado. Él se los contesta.

—Olegario... Quirino.

Olegario atraviesa una tabla sobre los brazos de la silla. La tabla está caliente. Las manos fijas en el aire, no descienden.

—Gracias, Olegario.

Pues la mesa portátil, el turno es de Quirino. Olegario se echa a un lado. A Quirino, como que le humean las manos. Siempre así: Quirino, como poniéndole fuego a la tabla, a la silla, a todo. Deja los platos en la tabla; el hondo, el de la sopa, encima del extendido, que lleva la cuchara.

—Gracias, Quirino.

Las que estaban como colgando del aire, bajan. Una directamente al mango de la cuchara.

—Nemesio, todavía no.

Levanta la cara y mira a las de la pareja. Duras y refulgentes.

—Queremos decirle algo, Nemesio.

Se siente el aroma de la sopa.

—Quirino, Olegario... después.

Los otros, más endurecidos, repiten:

—Todavía no.

En las palabras, una amenaza; en los oídos. El hueco del estómago está lleno de miedo. Con la sombra a la espalda y la pareja que le cierra el paso, se halla como en una trampa. Como al borde de un empinado barranco. Quiere hablar; pero el miedo lo tiene también en la garganta. Y en los ojos.

—El perro. Nemesio.

—No nos gusta aquí.

No entiende qué, pero siente ya mucho menos miedo que antes.

—Por una razón.

Defiende al animal. No está solo.

—Es mi amigo.

El otro aparenta no oír. El cielo de arriba de la sombra se refleja

en su mirada como una gran calma azul; recoge sus pasadas palabras.

—Por una razón, Nemesio.

El sudor corre libremente por la cara y el cuello de los otros.

—Quirino...

El otro deja de mirar el horizonte y le busca los ojos.

—Aquí no podemos asistir a dos.

—Jamás, Nemesio.

Mira la tierra del patio pelado. Piensa que con estas palabras, el asunto llega a su fin. Pone los ojos en la cuchara. Pero los otros le adivinan la intención.

—Todavía no.

La amenaza disipada, vuelve. Es un tormento.

Los hemos estado observando.

—Nada le inventamos.

Asombrado por lo que oye, pregunta:

—¿Todo el tiempo?

El otro, el cuerpo de canto, con el brazo extendido señala la casa.

—Por la ventanita.

—Nos turnábamos.

La sopa ya no huele. Ya no se antoja. Está como pintada en el plato.

—Los perros también comen.

—No somos dados a la injusticia. No la cometeremos.

Aprieta la boca. Tiene echado para atrás el cuerpo.

—Díganos usted si las cosas no son así...

—Llega el perro.

—Como escondiéndose.

—De nuestros oídos, primero.

—De nuestra vista, después.

—Inútil.

—El aire de aquí es delicado.

—La pata de una mosca lo hace sonar.

—La parada luz del mediodía.

—Los huesos que trotan.

- Pero el perro entra al campo de la ventanita.
- Es como pasar de una jaula a otra.
- Lleva untado el rabo a las patas.
- Si lo mueve, lo delata el ruido.
- Como si estuviera abanicándose.
- Manejando una vara.
- Cerca ya de usted, lo despliega.
- Negro, triste, un tizón.
- Bandera de por acá.
- Baja la mirada de usted, el rabo se convierte en un rehilete.
- Tizna y reboruja el aire.
- Usted comienza a hablarle.
- Nunca hemos podido escuchar cómo. La ventanita.
- ¿Se llama el perro, Nemesio?
- No sé.
- Usted le habla.
- Y entonces...
- El resto.
- Ahora, óiganos bien.

III

Se van. Espera a verlos desaparecer en la puerta de la casa. Toma la cuchara. Como sopesándola, no la quita del aire, ni tampoco la hunde en la sopa. Mira a la ventanita. A la entrada del patio. El miedo otra vez en el estómago, nudo de los que matan. Él, agua sucia por fuera; desolaciones y resolanas adentro. Pienso en el perro, deseando que falte. Que nunca vuelva. Será difícil; cumplido, puntual, todo el verano, el perro. El nudo pesa. Hunde la respiración. Y el silencio y la luz del patio. Como aturdido, mete la cuchara a la sopa. Como si aún estuviera caliente, comienza a agitarla.

Sorbe. Hace ruido. Espera que la sopa le vaya disolviéndose como el agua al terrón, el nudo. Gotas de sudor, desprendiéndose de la frente, caen y se ahogan en la sopa. Alguna alcanza la cuchara. Para nada toma en cuenta éstos como amagos de la lluvia. Suenan, nítidos, en la tarde, el líquido y el metal.

En la ventanita, en la penumbra, los otros deben estar recogiendo los sonidos. Hasta ayer, había sido pulcro; había mantenido a raya los sudores. No se despega del plato. El brazo, la cuchara, suben y bajan. La cuchara rasguña ya el fondo del plato. Los de la ventanita, avivan su atención, la cuerda de sus energías. Entonces, de repente, para, como roto de los tendones. Ni un pelo de la coronilla se le mueve. Como los de allá, es todo orejas. El silencio crece más que la luz. Sigue con la vista agachada.

Por el silencio, afelpaditos, nada marcados, avanzan, van llegando, acercándose, unos pasos. Quisiera borrarlos del aire. Del alma de los otros. Pero los pasos ganan claridad. En su oreja, por añadidura, comienza a oírse también un jadeo. Pide al cielo el esfumamiento del perro, de la casa.

El perro ya está ahí. Lo sabe sentado, mirándolo desde el sol. Esperando, como todas las tardes. Levanta la cara y mira en los ojos al perro. El animal azota el rabo en la tierra. Él le sonrfe a medias. Luego, durante unos segundos, revisa la puerta de la casa. Invita después:

—Ven a la sombrita. Descansa del calorón.

El perro obedece. Vuelve a sentarse, ahora mucho más cerca de la silla. El silencio de la casa apesta. Es como si los otros anduvieran removiéndose, en el pecho, un muladar.

—No debiste venir.

El perro levanta las cejas; la camisa, de un azul intenso, es como un reflejo del cielo.

—Esto se acabó.

El perro gime. Mira, con la lengua de fuera, el plato.

—Tienen corazón aparente.

Gime más largo el perro.

—Nos están viendo. Como demonios, cuidan mis gestos. La plática.

El perro se levanta, y va y se sienta junto a la tabla.

—Espérate.

El perro contesta gimiendo; bordea el aullido.

—Estoy calculando.

La puerta de la casa parece una tumba. Ni el avance repentino del animal cambió el silencio de los otros.

—Ya no tengo miedo. El sudor me lo sacó del cuerpo.

El perro, entonces, con una pata, le rasguña una pierna.

—Me atemorizaron.

El perro se tumba sobre sus cuatro patas.

—Así es mejor. Los despistamos.

Pone las manos en la tabla, a los lados del plato. Se mira las uñas, los dedos torcidos. Es grande la soledad de la tarde. El perro está como durmiendo. El aire de su respiración se le atora en el cuerpo flaco. Se inclina por encima del plato; mira al perro como a un niño; lo llama con un susurro. El perro alza las cejas.

—Levántate; pero no te sientes.

Vuelve a su posición anterior. Rodea el plato con las manos.

El perro para las orejas.

—Vas a comer, de todos modos.

El perro vuelve a rasguñarlo.

—Mañana ya no nos veremos.

Afianza el plato. Entonces, bruscamente, lo voltea.

Vuelve el pedazo de carne, el perro lo pepena del aire. Corre. Pero en la puerta de la casa, al mismo tiempo, aparecen los otros, gritando y agitando palos. Se lanzan a cortarle la retirada al animal.

En el patio, la luz se descompone en torbellinos; el silencio, en carreras, jadeos, maldiciones. Los huesos del perro son livianos como los de una paloma. Los otros no consiguen atraparlo, asestarle golpe. Pasa entre sus piernas y la lluvia silbante de sus armas. En la refriega, en medio de los torbellinos, y del polvo que han despertado, los tres llegan a la entrada del patio.

Tira la tabla, los platos y la cuchara al suelo. Comienza a rodar la silla. Los otros, cuando ven que el perseguido está en un tris de burlarlos, en la entrada cierran filas. Enconchan el cuerpo como los boxeadores. Mueven despacio los palos amenazadores. Están medio ciegos de sudor, de polvo. De rabia. El animal ha soltado la carne. Les gruñe, el lomo erizado, los ojos centelleando al sol. Si los de la casa recobran el aliento, un minuto más, no se salva.

Un grito sacude a los otros. Los enconchados se descuidan. Es la oportunidad del perro. Doblando las patas como un resorte, se

impulsa y brinca. Los otros, que no le esperaban, en lugar de atacar, se protegen con los palos. No duran casi nada confusos. Luego, dan una vuelta completa; quedan mirando al llano. Pero el animal ya está entrando a la maraña de los mezquites. Las caras destempladas se vuelven hacia el gritón.

LAS LUCES DEL MUNDO

1

LA MUJER MIRA por la ventana el cielo.

—Tiene usted el aire a su favor.

El hombre, detrás de ella, sonríe.

—S e qu e estoy diciéndole.

Afuera, nubes blancas, jironeadas.

El hombre comienza a ponerse la camisa. A causa de las nubes, la luz del cuarto se mueve y cambia de color como una arboleda al viento.

—No me cree.

El hombre menea la cabeza. La mujer lo llama con una mano plateada como la hoja de un  lamo.

—Venga. Vea usted mismo la caravana all  arriba.

El hombre se acerca a la mujer; se asoma también al cielo. Iba el nuber o de norte a sur.

— Tengo o no tengo razón?

El hombre no contesta. Pero después de unos segundos ordena:

—Abra.

La mujer voltea a mirarlo.

—No. Para qu e. Entraría tierra.

El hombre extiende una mano hacia la mujer.

—Si no abre usted, lo har  yo.

—La tierra ensucia.

—La ventana...

—No recibo  rdenes.

La cara del hombre, en un cambio de la luz, se vuelve gris. Se endurece.

—Nunca.

El hombre descorre el pasador y abre la ventana. Una bocanada de aire tibio penetra al cuarto. La mujer lo siente en el pecho y entre las piernas, sin rastros de tierra.

—Bueno. Ya lo hizo usted.

Impasible, el hombre contemplando las nubes.

—Es raro —dice la mujer—, aquí el aire jams  se levanta solo. El hombre parece no haberla escuchado.

—Jamás.

Entonces, el hombre le pregunta:

— Qu e compañeros trae él cuando se levanta?

La mujer hace un ruido con los labios.

—Diga. No tengo por qué saberlo.

La caricia del soplo en los muslos le est  floreciendo en los pechos y la garganta a la mujer. Le hubiera gustado encontrarse desnuda. Para el aire. Para el sol.

Se desabrocha la blusa. Enceguece al hombre el súbito esplendor de la carne.

—Anoche no estaba usted así de blanca.

—Compa a de muertos.

El hombre voltea a verla.

—No comprendo.

— Qu e no comprende?

—Eso: muertos andando por el aire.

—Es así.

—Donde yo vivo, no. All  los muertos tienen lámparas negras. Pero al amanecer suben a beberse las luces del mundo.

—La mujer mira con desconfianza al hombre. Se aparta de él.

—Espere —dice el hombre.

La mujer se sacude la melena.

—Usted prometió que hoy se irá temprano si había aire soplando en el llano. Y lo hay.

—Por decir algo lo dije.

—No importa. Yo ya no lo quiero más aquí.

—Aún tengo dinero.

El hombre, despacio, cierra la ventana.

—Váyase.

—Esta noche regresar .

—No. Nadie va a recibirlo.

Despejado, el cielo. De rato en rato, el hombre evoca los albeantes pechos. Todas las lámparas, todas las luciérnagas juntas, no darían tanta luz como la mujer esa mañana. Encuentra el restaurante a un costado de una placita. Entra y se sienta a una mesa próxima a la puerta. Huele bien el lugar. A pan y a café recién hechos. Una mujer viene a atenderlo. Él le pide el desayuno. Cuando se retira, él se le queda mirando las caderas. Con ellas golpea dulcemente el aire y los aromas del lugar. Mientras le traen lo pedido, el hombre se pone a contemplar la placita. De repente descubre en los rayos del sol niños jugando. Son dos. La mujer vuelve trayendo un plato coronado de pan. Lo pone en la mesa.

—Ya le traigo el resto.

—Bueno.

El hombre mira a los ojos de la mujer. La mujer los desvía al pan.

—Es de esta mañana.

Las caderas de la mujer, nota el hombre al mirárselas por segunda vez, se mueven con ritmo profundo, acentuado. Son como un centro poderoso. Allí están mezclándose todos los ríos de la tierra. Turbios, caudalosos, pesados de murmullos y de hojas. Y encima de ellos, hay gran sombra, revuelo de confite y de serpentinatas.

El hombre vuelve a mirar a los niños. A gis dibujan algo en el piso de la placita. El hombre trata de adivinar qué. Pero los niños enmarañan las líneas. Sin dejar de verlos, el hombre toma un pan, lo parte y empieza a comerse el pedazo. Uno de los niños se ha puesto de pie y contempla con aire desvalido los garabatos. El otro, al parecer, da ya los toques finales. Cuando termina, no se para, sino que sigue sentado en la misma postura: en cuclillas. El hombre hace crujir entre los dientes el pan. Se imagina qué pueda ser el dibujo. Carreteras. Una guerra. Suenan trastes y cubiertos.

—El resto.

—Sí.

—¿Algo más?

El hombre levanta despacio la mirada, se topa la de la mujer.

—No. Gracias.

Vistas por enfrente, las caderas de la mujer tienen mayor amplitud. Encierran un vientre plano; un valle hasta donde llega, apagado, el rumor de los ríos.

La mujer se va. El hombre endulza el café y le da un sorbo. En la placita, el niño que está en cuclillas, alzando la cara se pone a mirar en dirección al hombre. Éste para de comer. Junto al niño, el gis, en el suelo, brilla como el agua. El otro niño se acerca al gis y lo levanta. La mujer, que sale de la cocina a sentarse a una mesa, distrae al hombre un segundo. Cuando él mira otra vez afuera, son ya los dos niños los que lo están mirando.

Los niños comienzan a acercarse a la puerta del restaurante. El hombre parte otro pan y les ofrece sendos pedazos. Los niños siguen andando. El hombre no quita los panes del aire. Llegan por fin los niños al umbral. El que estuvo sentado en cuclillas, desafiando el convite, le pregunta:

—¿Sabes dibujar?

El hombre se desconcierta.

—Sí.

—¿Quieres ayudarnos?

Como si le hubieran dado una orden, el hombre se levanta y deja por la paz el desayuno. El sol se halla en medio de la placita; cae directo desde el cielo azul.

El hombre y los niños llegan a la orilla del dibujo. Frunce el ceño el hombre.

—¿Qué es eso?

Los niños se rascan la cabeza.

—Queremos unas alas.

La mujer aparece en la puerta del restaurante. Llama al hombre. El hombre hace un gesto de fastidio.

—Regreso —les dice a los niños.

—No me ha pagado usted —dice la mujer.

—¿Cuánto le debo?

Ella saca un block de notas de la bolsa del delantal y un lápiz. Dobla luego tres hojas y en una en blanco garrapatea la cantidad.

—Esto.

El hombre paga. Entonces, la mujer habitada por una voz distinta, emparentada con la luz del día y con la savia, propone:

—Puedo guardarle el desayuno.

El hombre la mira. A lo largo de los ríos, hay palomas.

—Para cuando usted termine.

—Bueno. Sí.

El hombre vuelve a la placita. Comienza a andar alrededor del dibujo. En busca de un punto débil. Lo siguen los niños. Su estado mayor. Algunas vueltas completan los tres y, por fin, se detienen.

—¿Dónde las alas?

—Donde sirvan para volar.

El hombre mira las copas de los árboles, sombrías y verdes. Se pone luego en cuclillas. Le brinca el sol a la espalda.

La mujer ha recogido el desayuno para llevarlo a la cocina, y ya está parada de nuevo en la puerta del restaurante. Ve al hombre. A los niños. Serios, atentos. Imagina qué pudiera estar trazando el otro. Por el esfuerzo y el cuidado, una torre. Y alta. De terrazas más allá del aire. No hace calor, pero la mujer comienza a sentirlo, como si se encontrara delante del fuego.

—Me pica el sol —se queja el hombre.

Los niños miran el cielo azul.

—Hay una nube.

El hombre levanta la cara y parpadea.

Hasta la mujer llegan estas palabras como flotando en la rápida corriente de un río, y ella también mira arriba. Tras la primera nube ve que vienen otras.

Agachándose, el hombre tira la última raya. Y luego se endereza.

—Listo.

Los niños fruncen la boca.

—No nos gustan.

Las nubes que ha visto la mujer tapan el sol. El hombre siente helado el gis entre los dedos, la voz de los niños.

—No sabes dibujar.

El hombre mira en torno. Se encuentra con la mirada de la mujer. Va hacia ella.

Ella despega la cadera del marco de la puerta.

Un viento suave agita las copas de los árboles. El piso de la placita se hace gris, lejano.

—Los niños...

La mujer mira por arriba del hombro de él.

—¿Cuáles niños?

El hombre mira un instante más a los ojos de la mujer y luego atrás. Busca a los niños entre los árboles, en la creciente oscuridad.

—Viene la tormenta.

—Se fueron.

Un soplo de viento levanta la orilla del mandil de la mujer, el olán que lleva allí como un fleco de mar.

—Entre.

El hombre vuelve a mirar la desierta placita. El cielo, detrás de los árboles negros, está ardiendo. Las hojas más altas. El hombre recuerda la mujer de la noche anterior, cuando las nubes, en la ventana abierta.

—Bueno. Pero venga usted primero conmigo.

Un perfume de agua los envuelve. Ella siente de pronto sus caderas como una fruta. Una naranja de contenidos jugos.

—Vamos.

Llegan al centro de la placita. Hay viento. El hombre habla.

—¿Qué dice?

El hombre levanta una mano y se la pega a la boca.

—Yo dibujé aquí unas alas.

La mujer imita el gesto del hombre.

—¿Unas alas?

Su pelo flota y le llena de sombras la cara.

Mira el dibujo, las líneas embrolladas.

Los árboles aletean locamente.

La mujer, apartándose el pelo de la cara, dice:

—Regresamos.

Y echa a correr.

El hombre la sigue.

La lluvia, desjarretado el cielo, es torrencial. El hombre entra empapado al restaurante. La mujer se apresura a cerrar la puerta.

Luego, prende una luz.

El hombre queda bajo la luz.

—Esto puede durar.

—¿El agua?

El hombre busca una silla. Se sienta cerca de la mujer. El rumor de la lluvia parece el de las ruedas del mar.

—Hoy no tengo quién me ayude.

El hombre mira a la mujer.

—¿Es de usted el negocio?

—Sí.

—¿Y su ayudante?

—Enferma.

—La mujer se frota los desnudos brazos.

El hombre se desabrocha la camisa para quitársela. Luego la cuelga en el respaldo de la silla.

—Huele usted a nardos.

—¿Le desagrada?

—No. Sólo que no me gusta que el hombre huelga a flores.

El hombre sonrío.

—¿Y el dibujo?

—¿Las alas?

—Sí.

—Como una torre.

Ella siente que el agua de la lluvia la abre en gajos. Gime imperceptiblemente.

—Usted no es de aquí.

El hombre se pone una mano en el pecho.

—No. No soy.

—¿Tiene frío?

—No.

—Le traeré más café.

—Déjelo.

La lluvia es un redoble continuo en la puerta. La mujer extiende los brazos en la mesa suspirando, como desalentada.

—Tampoco los niños.

—Tampoco qué.

—Tampoco ellos son de por aquí. Nunca los había visto.

El hombre se quita la mano del pecho.

La mujer voltea las palmas de las manos hacia la luz. El agua se detiene.

—Estamos locos todos.

La mujer niega con la cabeza.

—Yo no estoy loca. Mis caderas se esponjan.

Afuera se oyen gotear las hojas de los árboles.

—Ha llovido mucho en mis sueños —dice el hombre.

Y luego:

—Donde yo vivo, los muertos tienen unas lámparas negras.

—Sí —dice la mujer, y toca, con una mano tibia, el pecho del hombre.

LOS AMIGOS

I

UN CINE DE COSAS PASADAS está viendo Guzmán. Apretados recuerdos. Los ruidos del domingo atraviesan la cortina de algodón. Los identifica Guzmán. Los amigos deben estar ya preparándose para venir. Ellos aportan los limones para la cerveza. Los parten, y perfuman la tienda. Saca Guzmán, entonces, de la hielera, las primeras cervezas. Todo el mundo bautiza su trago. Empinan, luego, las botellas. Es el propio Guzmán quien, por costumbre, hace el gasto de la plástica. Rodeado de los otros, Guzmán, sorbo a sorbo va levantando el andamio de su vida remota. Guzmán alcanza la máxima altura de su fábrica hacia la una de la tarde. Las plumas de colores brillantes con que ha ido adornándose la coronilla, le pesan, lo inclinan para adelante. Harto serio se les antoja a los amigos. Guzmán se cansa. Amarga siente la lengua. Recargados en la hielera y el mostrador, lacios como árboles en canícula, los amigos llevan bastante sin escuchar al hablantín. Guzmán señala los limones vacíos, los cascotes; después la calle.

—Mi siesta.

Los amigos se enderezan. Empiezan a salir. No se despiden de Guzmán. Delante de él, como sombras. Guzmán bosteza, húmedos los ojos de sueño.

—Nos vemos el próximo domingo.

II

Guzmán se da vuelta en la cama. Apoya una oreja en las plumas del cojín. Queda dándoles la cara al buró y a los papeles tirados en el piso. Aúllan y ladran unos perros. Rumor de voces. Guzmán

echa una mano fuera de la cama y rastrea una revista. Sabe cómo matar el tiempo mientras llegan los amigos. Sacude la revista en una pierna. La polvosa desprende verdaderas nubes. Velan la luz y Guzmán estornuda. Abre a la mitad la revista y comienza a hojearla. Vuelve a estornudar. El perrerío se ha asilenciado. Y las voces. Guzmán siente gruesas las yemas de los dedos, se las mira; están como tiznadas. Avienta la revista al piso y se restriega los dedos en el pantalón.

III

El foco de la trastienda parece girasol enfermo. Un lagrimón de llanto seco. Es infinito el tiempo que hay que esperar a los amigos. Pudiera ser el tiempo de todos los domingos de una vida. Guzmán se incorpora de la cama. Ve la cortina. Piensa en la cerveza. No debe desperdiciarse. En caso de ausencias definitivas, él sabrá juntar las chispas de su corazón y crear el fuego. Ardiendo, beberá por todos.

IV

De regreso en la tienda, Guzmán se sorprende del sol en las casas de enfrente; de lo tarde que es ya. Debió dormirse sin sentirlo. Abre una bolsita con cacahuates, toma unos cuantos. Se los zampa. Hace un gesto como si tuviera buche de agua salada. Pero luego comienza a masticar. Despacio. Guzmán oye en sus oídos la molienda. Sus amigos, tontos al no venir. Va a la hielera. Saca una cerveza, la abre. Le da un par de traguitos. Afuera, vivo el resplandor de la tarde.

—Se olvidaron de mí como de un muerto. Me dejaron solo adrede.

Las historias de ese día, condenadas a podrirse. La cerveza no quita por completo la sal de la boca de Guzmán, de manera que destapa otra botella. Guzmán imagina a los perros, en la sombra, cansados de tanto mediodía. Para ellos, la paz del domingo comienza.

Guzmán escucha una voz en la puerta de la tienda:

—¿Tiene cerillos?

Guzmán se vuelve y se encuentra con dos hombres. En la luz desvanecida de la tarde, no los ve muy reales. Los mira fastidiados. Del rumbo no son.

—Los domingos, yo no le vendo ni a Cristo.

Las palabras de Guzmán suenan airadas. El hombre que no preguntó nada sonríe, exhibe unos dientes malos. En cambio, el otro está serio. Guzmán aprieta la botella con la mano. No se atreve a empuñarla.

—Espero a unos amigos.

El de la sonrisa esconde la dentadura. Abulta las quijadas. De menor talla que su compañero, viene trepado en altos tacones.

—Los amigos no existen.

—¿Qué?

Y el otro:

—Él dice que usted miente.

Guzmán mira al de los tacones.

—No, mis amigos vienen todos los fines de semana.

El serio voltea a ver al compañero. El de los tacones, entonces, como si acabara de comer, se chupa los dientes.

—¿Todas las semanas?

Guzmán parpadea. El serio recorre con la vista los anaqueles de la tienda. Simula no darle ninguna importancia a la pregunta que acaba de oír. Pero a Guzmán no le está gustando la cosa. El de los tacones, en el umbral de la puerta, tiene hueca la mirada. Eso le da todavía más miedo a Guzmán.

—Sí, todas las semanas.

El serio fija la vista en el casco de la cerveza.

—Usted sigue en la mentira.

Guzmán mira la luz de la tarde en la calle solitaria. Va menguando. El tiempo. Los otros dos se lo roen como ratas. En un entendimiento, piensa Guzmán en regalarles los cerillos. El aire de la tienda huele intensamente a trampa.

—Mis amigos me avisaron que vendrían tarde.

Cambia, se llena, la mirada del de los tacones. De una luz negra, advierte, con claridad, Guzmán. El de los tacones pela sus dientes miserables.

—Hemos estado vigilándolo.

Ahí, el serio pregunta:

—¿A qué horas cierra usted?

Guzmán piensa ya no en una cajita sino en un paquete de cerillos.

—¿Los domingos?

—Los domingos.

—A las seis.

—Y sus amigos, ¿a qué horas vienen?

—Antes.

El de los tacones vuelve a chuparse los dientes.

—Nuestra vigilancia fue larga.

Luego, avanza hasta su compañero.

—Cabrera.

El serio saca un reloj y lo consulta.

—Ya va a ser la hora, Gaytán.

La voz de Guzmán suena de nuevo:

—Los cerillos. Un paquete completo.

—Vamos a esperar.

Guzmán se afloja. Busca un apoyo en la hielera. Ninguno de los otros dos lo mira para nada. Como si se hallaran solos en la tienda.

—Un paquete completo.

El serio estira el cuello, se rasca. Guzmán oye el ruido de las uñas, el único ruido en el mundo. Intenta, aún, zafarse.

—Ya vienen mis amigos.

VIII

Pegados los labios, el de los tacones sonrío. Mira, por primera vez, el casco y la botella, en la mano de Guzmán. Mira, luego, al serio.

—Nadie se ha bebido las cervezas.

—Nadie, Gaytán.

IX

Los dientes del de los tacones, al hablar, brillan como un filo. A Guzmán ya no le parecen arruinados. Como si el tipo los hubiera mudado por unos de acero. Guzmán siente de trapo la botella.

—Dígalo, Cabrera, desde cuándo somos vigilantes. Que no insista más en mentirnos.

El serio mira a Guzmán.

—Hace varios días.

—¿Cuántos?

—Muchísimos.

—¿Tenemos memoria de ellos?

—No hay memoria, Gaytán.

Guzmán se siente muerto. Son sus deudos los otros dos, hablando de él. Guzmán quiere mover la mano de la botella como una mano armada; pero su cuerpo es plomo; saco de plomo. Mira con desesperación la soledad de afuera, la luz, sin fuerzas, del sol. El serio y el de los tacones se han quedado callados. Como en un funeral, contienen el aliento.

X

El de los tacones mira el reloj de su compañero.

—Cabrera.

El serio baja la vista calmadamente. Tiene el reloj metido en el

huevo de una mano. Se la ilumina como uno de carátula fosfórica. Guzmán, al ver el pequeño resplandor, advierte que el crepúsculo está comenzando.

—Todavía no, Gaytán.

Y el de los tacones:

—El relojito parece de arena. Y la arena, la de un siglo.

XI

El plomo se convierte en sal. Toda la sal del cuerpo le sube a la boca a Guzmán. Guzmán escupe blanco, amargo, espumoso.

La mueca de Guzmán es como la de un condenado. El serio ve dónde cae la escupitina hirviente.

—Cuidado.

Y luego, el de los tacones, como recordándoselos a Guzmán:

—Mis zapatos.

XII

Guzmán suelta la botella y se limpia la boca. El oscuro vidrio de la botella vuelve a llamar la atención del de los tacones.

—La espuma no viene de la cerveza.

El movimiento que ha hecho Guzmán, le abre una vía. Pero habla como alucinado:

—Con el paquete de cerillos, uno de cigarros.

Su ofrecimiento no cuaja. Se pierde en las sombras del crepúsculo, en la indiferencia de los otros dos. El serio mira el reloj.

—Las seis, Gaytán.

—¿En punto?

El serio se guarda el reloj.

—En punto.

—Bueno, Cabrera. Cierre la puerta. Encienda la luz. Los amigos ya no vinieron.

NADIE MUERE LA VÍSPERA

DESPIERTO. Miro las vigas del techo. Me despierto y es como si mis ojos hubieran ahuyentado y callado voces. Recorro las paredes con la vista. Vuelvo a ver las manchas y cuarteaduras. Las manchas tienen el color amarillo de los orines. En tiempo de agua, el cielo es como un perro. Gruñe, ladra. Alza la pata y nos mea. Nos desgracia según son sus fuerzas. Va cayendo mi vista sobre las otras cosas. Sobre las que puedo ver. Entonces me acuerdo del reloj en la mesa. No ha sonado todavía. No tardará en hacerlo. Me levanto. No quiero oír su timbre endemoniado. Me le acerco como a un animal de veneno al que hay que aplastar. Le hundo su cabeza hasta el fondo. Oigo cómo algo truena adentro de la máquina. No sé si la he descompuesto. Agacho una oreja en el silencio, la pongo junto a la carátula del reloj. Escucho. Los ruiditos no terminaron, siguen ahí, desmenuzando el tiempo. Regreso a la cama. Toco a la mujer.

—Levántese.

La mujer reniega. Con la mano entera la meneo. La sacudo. Abre los ojos y me mira como si la hubiera lastimado grandemente. Vuelve a cerrar los ojos.

—Levántese, levántese.

Me retiro de su lado a ponerme los zapatos. Pesan como fierro. Están metidos en una camisa de lodo seco. Volteo a ver a la mujer.

—Usted ya no duerme. No trate de reconciliar el sueño contra mi voluntad.

Pienso en el cuchillo de la mesa.

—Un rato y empezamos.

Sentado en una silla, raspo los zapatos. El polvo y las costras de lodo van formando montecitos en el piso. Hay partes en que el lodo se pegó tanto al cuero que debo usar de punta el cuchillo. De cuando en cuando, miro a la mujer. No tiene trazas de nada. Como si no me hubiera escuchado jamás. La luz del amanecer crece en el cuarto, ilumina la hoja del cuchillo. Doy las últimas raspadas; luego, limpio el filo del cuchillo en el filo de la mesa; después en mi pantalón. Miro a la mujer.

—¿Qué pasó?

Creo que no me va a contestar. Miro, fugazmente, la punta encendida del cuchillo y el aire, también encendido, que flota encima de la cabeza de la mujer. Me remuevo en mi asiento.

Entonces, me llega la voz.

—Ya voy. No tendrá usted necesidad de extremos.

La mujer se endereza, se sienta en la cama. Está deshilachada. Durmió vestida, como yo. Tiene arremangada la falda, descubiertas las piernas, flacas y nervudas como las de un tísico. Cuando advierte que se las estoy viendo, se baja la falda.

—Creí que iba a emperrarse.

La mujer se levanta. A dos manos como cucharas de palo, se alisa la greña. Luego, sin mirar siquiera al piso, busca sus zapatos y se los calza. Es como si hubiera metido los pies en unos zóquetes de barro. Le ofrezco el cuchillo por el mango. Los remaches del mango brillan como el oro. La luz del cuarto es cada vez más clara. Mira la mujer el cuchillo.

—Ráspelos. Si quiere.

Los ojos de la mujer son redondos como hechos con un sacabocados en un cartón. Apenas les quedan cejas y pestañas. Me mira como lo haría alguien muy castigado por las inclemencias. Y como si yo las encarnara.

—No quiero.

Dejo el cuchillo en la mesa. La mujer comienza a acercarse. Yo me levanto de la silla, espero. La mujer llega y se para junto a mí. No es más grande que un chamaco de doce años. Sus ojos me ven al pecho.

—No sonó el reloj, ¿verdad?

—No sonó. Me le adelanté.

—Si usted lo hubiera dejado timbrar, yo me habría puesto muy luego en pie.

—No lo dejé.

La mujer mira por la ventana el aire soleado de la calle.

—Se quitó el frío.

—Hay que terminar temprano. A la una de la tarde vienen.

La mujer mira en torno.

—No son tantas las cosas.

—No. Pero es largo el trecho.

La mujer vuelve a mirar el cuarto.

—¿Por dónde va a querer que empecemos?

También yo miro el cuarto. Las cosas no tienen orilla. Puede uno tomarlas por cualquier parte. Eso es lo que pienso. Y sin embargo respondo.

—Por los cajones.

La mujer oye y luego camina hasta el ropero. Llega allá, y planta sus miserias delante del espejo. Se contempla. Después, saliéndose del espejo me dice:

—Necesitamos una tina.

Me acuerdo de la arrumbada afuera.

—Ahorita la traigo.

A mi regreso, la mujer ya le está sacando los cajones al ropero, encimándolos. Pongo la tina a un lado de los cajones. Cuando la mujer la ve tan vieja me pregunta si aguantará ha carga.

—El fondo está bueno.

La mujer comienza a vaciar el cajón de mero arriba. La ayudo. Vamos poniendo las cosas en la tina. Desocupamos el cajón y pasamos a otro.

—La llave del ropero. No se le olvide.

—La perdí. Hay que jalar la puerta.

—La perdió. Hunde unos trapos en la tina.

—Suyos.

Seguimos acomodando. Miro la hora en el reloj. Calculo que estamos trabajando bien; con consistencia. A este ritmo, hacia el

mediodía habremos terminado. Las manos de la mujer se han ablandado y aclarado. Será el calor del trajín. Los recuerdos. La mujer se detiene. Oigo su respiración; su ruido. El aire entra, sale, por mil agujeritos.

—Me canso.

Consulto el reloj. La mujer, hincada, se agarra con las manos del borde de la tina. Parece que los agujeritos los tuviera atrás del vestido. Le suda la greña, el cuello lacio, de pollo.

—Tenemos tiempo.

La mujer no se suelta de la tina. Ha cerrado los ojos.

—Hay tiempo —repito. Y luego—: Son borracheras de estómago vacío.

III

Pasan unos minutos. La mujer comienza a componerse. Abre los ojos. Me mira. Con los sudores, los ojos se le fueron más adentro.

—¿Para qué me traje?

Miro la tina, los cajones, el ropero; vuelvo a mirar a la mujer.

—Ya lo está viendo.

La mujer reinicia la tarea. Y yo también. En el último cajón, me dice:

—No se le olvide el cajoncito de la mesa de la cocina. Hay campo todavía.

Voy a pepenar las cosas que la mujer me ha recordado. En el cajoncito, poco encuentro de valor; unas tijeras, unos carretes con hilo. Quizás podridos. Hace no sé cuántos años que yo no me asomaba al cajoncito. Dejo todo en la mesa. Lo que la mujer me recordó son mis trastes. Regreso cargando con ellos y con lo otro, todo en una olla. Pongo la olla en el piso. La mujer descubre unas tijeras metidas, como una cuchara, en un vaso.

—Suyas.

Las tijeras brillan como el cuchillo. No las toca la mujer.

—Usted no quiso llevarse nada.

La mujer acomoda el vaso con las tijeras en la tina.

Con algunas cosas, se demora. Sólo falta que les hable.

—No quiso llevarse nada.

La mujer termina de vaciar la olla. Yo la dejo hacer.

—El cuchillo, se le está olvidando.

Me levanto a traérselo. Se lo doy por el mango. Pero ella, antes de tomarlo, mirándome con sus ojos sin pelos, me dice:

—Usted está muy mal.

—Conmigo, otros.

Agitó el cuchillo. Los remaches del mango lanzan reflejos dorados al rostro de la mujer.

—Muy ruin de costumbres, usted. Los cuchillos no son para arrimarlos al lodo.

Miro rencoroso a la mujer. La mujer recuesta el cuchillo en un trapo.

—Para eso, un fierro cualquiera.

Vuelvo a levantarme. Abro la puerta del ropero. El espejo llena de reflejos el cuarto. Los reflejos me alumbran.

—Todavía no ha visto usted aquí.

Ella voltea y mira. De un gancho para ropa, cuelga un vestido.

—El de los domingos.

—Sáquelo.

Se incorpora la mujer. Su cuerpo, como fichitas de dominó empalmadas que se van a derrumbar. Descuelga el gancho. Contempla el vestido. Le sopla el polvo a los adornos del pecho. Busca que al vestido le dé la luz. Pero sus colores, ni así reviven.

—Yo misma lo hice. ¿Recuerda?

La miro fastidiado.

—No.

La mujer se ríe con una mueca.

—Conoció días mejores.

Cierro la puerta del ropero. El espejo nos refleja.

—No me acuerdo.

La mujer dobla el vestido por el talle y lo pone encima de todas las cosas. Se sienta en el piso después, las piernas extendidas. Me mira a los ojos. lee en ellos.

—Usted dijo que teníamos tiempo.

Consulto por tercera vez el reloj. La mañana camina lenta. No

hay que ver la hora para sentirla. Pero la mujer me adivinó el pensamiento.

—Falta todavía. Levántese.

IV

La mujer se mira los zapatos enlodados. Como hablando consigo misma:

—Ya es época de lluvias. Las aguas traen el frío. El batidero del suelo.

No me gusta la actitud que toma la mujer. Es como una venganza porque me negué a recordar nada. Echa sus huesos a tierra, como una vaca; habla ignorándome, como una loca. Cuando voy a hablar, me interrumpe. Aprieto los pedazos de dientes que me quedan.

—Ya copeteamos la tina, Eusebio.

Me sorprende que la mujer me llame por mi nombre. Los nombres están al fondo de nuestra vida; se pudren junto con nosotros.

—La copeteamos. Pero tenemos que cargarla. Levántese.

La mujer mira la calle. Tiene blandos los ojos, y al mismo tiempo, muy vidriosos.

—Usted.

Lleno de coraje miro el cuerpo destartado.

—Yo no puedo solo. Yo también estoy viejo. Levántese.

—No puedo.

—Voy a demostrarle que sí.

Me inclino para obligarla a pararse. Entonces me mira hondo. Agua el vidrio que le vi en los ojos, que se está desbaratando. Me quedo como atontado.

—¿Para qué me trajiste? El mero día de mi muerte, Eusebio.

Me recobro, me enderezo. La mujer sigue mirándome. Vuelvo a inclinarme, tomo de una oreja la tina.

—Voy a acercarla a la puerta.

Comienzo a arrastrar la tina. Hace ruido. Hace trizas el silencio. Y pienso que hasta a la misma luz del cuarto. La tina pesa lo que yo no me imaginaba. Como un carro cargado con todas las cosas de la vida. El esfuerzo pronto me agota. Me aparta de la luz unos instantes. Me siento. Me tumbo. Sudo. Escucho, agudo, silbante, el pito de mi respiración. Como en la mañanita, cuando desperté, miro las vigas. Me recuerdan el alma de las mujeres. Mi respiración vuelve a su modo normal. Enderezo el cuerpo. No tengo ya una sola sombra atravesada en los ojos. Veo a la mujer, sentada todavía; sus manos como abandonadas en las piernas; me mira. Le devuelvo violentamente la mirada. No me gusta que nadie me compezca. Y menos, por una falla de las fuerzas. Vuelvo a la oreja de la tina. Comienzo de nuevo. Pero ahora, apenas puedo moverla. Sé que la mujer no cesa de mirarme. Utilizo la otra mano para seguir jalando. Me resulta. La carga camina como al principio. Miro a la mujer; pero la mujer ya no está en el aire. Se ha acostado en el piso. Se ha enconchado como si estuviera en pleno frío. Viéndola, me voy llenando del mismo coraje de antes.

—No se duerma.

La mujer, en un ovillo de silencio, simula no haberme oído.

—No se duerma. Y tampoco me venga con muertes. Nadie muere la víspera.

Es grande, espeso, el silencio. Crece, yo no sé cómo.

ESTÁ VIVO

I

HOMBRE DE HUESO, MI TÍO. Esta mañana, de negro; de traje y corbata. Lleva aterrados los zapatos como todos los días. Pero hoy tiene el cabello muy peinado y le brilla como una mica. Amigo del silencio mi tío y del quedarse mirando el aire las horas enteras. Busca las ventanas para hacerlo. Y las horas que mira, las que pasan por el cielo. Pero el cielo ha de estar claro. Si hay nubes, mi tío ya no mira, cierra la ventana, se pone a silbar. Siempre la misma tonada. Él la ha inventado. Dicen que silbar mucho una canción es verdadera señal de tristeza. El tío silba como se rascan los perros la sarna.

II

Voy hacia él. No me espera. Viene a encontrarme. Viene apestando. Dos favores quiere de mí. Después de decírmelos y de sonreírse, le sigo. Entramos al cuarto de donde salió a llamarme. En un principio, no distingo nada. Todavía arde la luz del sol en mis ojos. Voy detrás del tío como una sombra tras de su cuerpo. Huele ahí a flores. A velas, y a trapos penetrados de sudor. Finalmente llegamos. El tío me pide que tome asiento y luego se sienta junto a mí. El deslumbramiento se acabó. Nos hallamos junto al cajón del muerto. A la sombra de un ramo de crisantemos; en la luz de una vela gruesa como canilla, alta como torre. Disimuladamente, miro al tío. Agarrotado, serio como un centinela. Pienso que debería despedir al muerto, ahora que aún puede oírlo, silbándole bajito, con dulzura, la tonada. Quizás el tío siente que estoy mirándolo, pensando lo que estoy pensando porque, luego, me encima una mano suya en la pierna. Mano abanico de huesos. Con un murmullo, el tío me sugiere:

—Mejor observa.

Y después retira la mano. Los deudos están sentados en una hilera de sillas frente a nosotros. Mujeres y hombres, en partes iguales. Amarillos; todos afilados de la cara. No visten de negro, como el tío. De pardo. No hablan para nada. Una de las mujeres tiene un rosario enroscado en las manos. Cuentas grandes. Canicas. Les gana en lo amarillo a los demás.

III

El tío se levanta de pronto. Mueve el aire estancado en la penumbra. Camina a la puerta, regresa de allá con un recién llegado. La visita, de negro también. Avanzan como si no quisieran llegar nunca a ninguna parte. Pero llegan; y van y se detienen a los pies del cajón. La vela de ahí, les derrama su luz en las cabezas y en los hombros. Les hace parecer más altos; de otro mundo. La visita toca la tapa del cajón. Los dedos de su mano están llenos de nudos y uñas largas. Los dedos frotan la madera y luego ya no los veo. El tío comienza a hablar con la visita. Ambos doblan el cuello, jorobados como pájaros. Por el invierno que son todos los muertos, tal vez. El tío acompaña sus palabras moviendo arriba y abajo una mano. Pero el tío dura así casi nada. Luego, se aparta de la otra oreja. Se desengarabita. Queda la visita medio sola, a medias abandonada. En la claridad que la transfigura, levanta los ojos y mira al tío. De tan profundas, silenciosas, las sombras descomponen su cara. Las cuchilladas van más allá de la sangre. El tío se acerca a la mirada. Palmea. Vuelve a murmurar. Después, la visita, como impulsada por un soplo de viento, se va. Mis ojos la siguen hasta la puerta. El sol, como a tantos, la devora en la calle.

IV

El tío, de nuevo, a mi lado. Tieso, igual. Siento que la del rosario me mira como si el velorio fuera una fiesta, ella la organizadora y yo un invitado no deseado. No quiero comprobar nada. Hago como

que miro, como que cuido las vacilantes llamitas. Yo he venido a alimentar las luces del navegante en el cajón.

—Oye —murmura el tío.

Me pega su hombro.

—Diga.

—Vamos.

V

Atravesamos el cuarto. Nos paramos delante de la mujer del rosario.

—Mi sobrino.

La mujer hace un gesto desdeñoso.

—Se llama Samuel.

—Samuel qué.

—Leyva. Como yo.

La mujer comienza a sobar una cuenta.

—Está bien.

El tío y yo vemos el rosario.

—El muchacho no me gusta, Porfirio.

—Enedina...

—Es un figón.

El tío me defiende.

—No conoce aquí a nadie.

La mujer contesta:

—A los velorios, a pedir por el otro, Porfirio. Ferias no son.

El tío me mira como avergonzado de su amiga. Volvemos a nuestros lugares.

—Tiene muchas noches sin dormir.

—Está amarilla por eso.

—Y por el duelo.

El tío la mira.

—Fíjate.

Ya no es visible el rosario. Como si le hiciera casita, la mujer lo tapa con las manos.

—Escondió el rosario —le digo al tío.

El tío, con la mirada al frente. Ha comenzado a hablarme usando sólo un lado de la boca. Niega, desaprueba mi observación, mueve la cabeza.

—No. La piel. Su transparencia.

Vuelvo a fijar mi atención. Después de concentrarla, oigo al tío preguntarme si yo veo lo mismo que él.

—No sé.

—Lo transparente.

Miro la vela del otro extremo del cajón. Su lucecita.

—Más, tío.

—¿Qué?

La lucecita se estremece como si la hubiera amenazado de penumbra.

—Debajo de la piel, los huesos.

Olvidándose de su disimulo, el tío me mira, como alarmado, de plano a los ojos.

—Y por debajo de los huesos, el rosario.

Es enorme la palidez del tío.

—¿Tanto has visto?

—Los ojos de usted vieron primero.

Parpadea el tío; baja la vista como si fuera a llorar sobre sus piernas.

VI

La mujer quizás ha sospechado que hemos estado hablando de ella el último rato. Se pone en pie. Empuña el rosario en la mano derecha; el rosario se bambolea como un pesado cordón de nudos. Se me ocurre pensar que la mujer va a venir a castigarnos. Camina hacia nosotros. Pero con una lentitud igual a cuando uno lleva el viento en contra. Las cuentas del rosario golpean en el muslo flaco. La falda del vestido le llega a los tobillos. Lame unos zapatos sueltos; sin bolear, como los del tío. Ha perdido su transparencia la mujer. Como el agua quieta cuando se la rebota. La mujer me ignora. Viene mirando nomás al tío. Sus ojos no me gustan nada; están como destemplados, como muertos. El tío no la siente.

—Tío.

El tío oye el aviso. Rápidamente voltea y clava su mirada en la mujer, como pretendiendo detenerla, paralizarla.

—Trae enojo.

—Por la falta de sueño. Por la luz del día.

Yo ya no tengo ojos más que para el rosario. El azote de tan grandes cuentas, donde caiga, romperá el hueso. Temo por el tío; por sus canillas, canutos de azúcar. Si él ataja el golpe con el brazo, el brazo le quedará hecho polvo. Si no se adelanta y lo desvía, entonces, su cara, volará en pedacitos, como de vidrio.

—No pierda de vista el rosario.

El tío sonrío como si tuviera cubiertos los labios de escarcha.

—Eso es lo de menos. Es de mentiras.

Las palabras del tío no me tranquilizan. Nada de mentiras, sueña. Se lo digo en seguida al tío. Él me mira:

—¿Nunca oyes cosas en los sueños?

Reviso la revoltura de mis noches.

—No sé.

VII

Llega la mujer junto a nosotros y se para entre el cajón y el tío. Encima de su cabeza, en el aire, brilla la luz de la vela como la de un solecito en ruinas.

—Porfirio...

El tío no la mira. Yo veo el perfil del tío y detrás, como una mampara, el vestido pardo de la mujer; colgante, quieto, el rosario.

—Porfirio, la cal.

Los nervios de la mandíbula del tío están abultados. Se mueven debajo de la piel.

—¿Qué tiene la cal?

Yo no descuido el rosario. La mujer puede contestar con un chicotazo. Puede, la colita del azote, alcanzarme. Pero la mujer sigue usando palabras:

—Ya es hora de procurarla.

—La hora yo la sé, Enedina.

Un temblor sacude el rosario, los pliegues del vestido.

—Tío.

Y luego, la mujer, la voz ahogada, como metida en la tierra:

—No, usted no sabe nada.

El tío me mira de nuevo. Hay temor en sus ojos de que vaya yo a enterarme de algo por boca de la mujer.

—El calor abotaga rápido. Velia necesita ser blanqueada antes de que eso suceda. No después. El cuerpo, entonces, rechaza todo. Nadie debe entrar a la muerte rechazando, Porfirio.

—A su tiempo la cal.

—Nosotros no podemos traerla.

—Tampoco yo. No quiero dejar sola a Velia. El muchacho, Enedina.

La mujer recoge el rosario y lo echa en su otra mano como en una vasija.

—Un kilo es suficiente, Porfirio.

VIII

La mujer se va. Despacito como vino. Respiro a gusto. Le pregunto al tío el porqué la pachorra en los caminados de su amiga.

—Todos ellos caminan de ese modo. Dicen que sienten como un viento la luz.

—La van resistiendo.

—Para no desmoronarse.

El tío vuelve a ponerme el abanico de su mano en una pierna.

—Ya oíste.

El tío me da un par de monedas. Veo cuánto es.

—Te basta y te sobra.

Guardo las monedas.

—¿Dónde venden la cal?

El tío se alza de hombros.

—Quién sabe.

Señalo con una mirada a la mujer, que acaba de sentarse en la silla.

—¿Y su amiga?

El tío repite el movimiento anterior.

—Menos. Pero mucho menos.

—Ella dijo la cantidad.

—Eso no tiene que ver. Ella sale muy poco al mundo. Hasta creo que hoy es la primera vez.

Me levanto.

—Afuera pregunta dónde. No batalles.

Cruzo por delante de la hilera de deudos. Gano la calle.

IX

Ha de ser como la una de la tarde. El sol está moliendo todo. Me amparo en una lila. Se ven solas las calles. Me recuerdan huesos pelones y olvidados. Metido en la sombrita del árbol, no remediaré nada. No es hora para personas. Salgo, pues, a buscar dónde venden la cal, el polvo que necesita la muerta. Camino como un perro. Aprovecho los arbolitos que encuentro para tomar un respiro. Desde uno, finalmente, descubro el lugar.

X

El hombre de la cal está enharinado como los panaderos. Es gordo. Su ombligo saltón y húmedo, ojo de una vaca. Me despacha. Vacía la cal en una cajita de cartón.

—No tengo alcatraces.

Tomo, por el fondo, la cajita. No me parece mucha la cal. Si faltara, tendría que regresar por más. Le pregunto al gordo:

—¿Basta para un muerto?

—Una muerta.

—¿Para cubrirla?

Pienso en el tío y en la mujer. No dijeron el empleo de la cal. Pero yo le contesto al gordo:

—Toda.

El gordo piensa un momento.

—¿Velia Santoscoy?

—La muerta.

El tío y la mujer así la llamaron.

—Ése es su nombre. No sé su apellido.

—No tenemos más Velia ni otra Santoscoy.

El gordo da unos pasitos.

—Me llegaron rumores de que estaba muriéndose. ¿Tú eres Santoscoy?

Cerca de mí tengo el mostrador, la báscula donde me pesaron la cal. Pongo en el mostrador la cajita cansona.

—No. Soy pariente de mi tío.

El gordo mira la cajita.

—¿Quién es?

Yo no sé si contestar. El tío no vive aquí. En desconfianzas va a entrar el gordo. Si me quedo callado, quizás decida no venderme nada.

—Porfirio Leyva. Él me mandó llevar la cal.

El gordo, cuando oye el nombre, desorbita los ojos.

—¡Leyva! ¡Leyva murió!

—No. Está vivo. Es mi tío.

Vuelvo a tomar la cajita. Y vuelvo a la calle.

DIFÍCIL DE ATRAPAR

LIVIA Y LOS SUEÑOS

LAS TRES DE LA TARDE. Santos acababa de despertar. La siesta le había papujado los párpados. Tenía brillante la cara. Restos de lo soñado le desfiguraban las cosas del cuarto, los ruidos que subían de la calle. Otro mundo, todo aquello. Como en un callejón sin salida se sentía Santos. Perdido entre dos orillas de bruma. Cerró los ojos. La luz del sol en la ventana le quedó flotando adentro. Hundida la luz llamó:

—Livia.

En seguida se escucharon pasos. Livia entraba después a donde estaba Santos, recostado en un sillón. El cuarto olía a sueños acumulados. A sótano. Durante un trecho, Livia contuvo el aliento. Luego, lo dejó en libertad.

—¿Qué ordena, Santos?

Santos movió los ojos bajo los párpados cerrados. Levantó una mano, señaló la ventana.

—La planta, Livia.

Livia, lento el mirar, vio lo que le pedían. Burlona, hizo un gesto con su cabeza.

—La planta, Santos, hace tiempo que está seca. Comienza a dañarle la siesta.

Sacudió Santos su mano todavía levantada. No había moscas, pero Santos la había meneado como quien las espanta. Volvió a mover los ojos, en dirección a Livia. Apaciguaba su mano sobre el brazo del sillón.

—No me entiendes, Livia.

Aceptó esto con otro movimiento de cabeza Livia. Miraba el cielo descolorido de la tarde.

—Ni usted a mí, Santos. Perdimos la ocasión. Pero hubo días. Santos pidió de nuevo la planta.

Livia se apartó de Santos y caminó a la ventana. Sus pies des-

calzos apenas tocaban el mosaico. Ya en la ventana, fue quedarse quieta. Como ausente. Miraba a la luz, aplastada por el sol en las lejanías del aire. Miraba la cuenta de los años. Oyó a Santos escupir sin ganas. Lo oyó reacomodarse en el sillón. Casi oyó, también, su voz. Pero Santos no habló, nada dijo. Livia antes de que le hablaran de verdad, tomó la maceta con la planta y se dio la media vuelta. Santos permanecía cerrado de ojos. Le brillaba menos la cara. Livia, igual de leve, regresó a él.

—Así la mime, bien muerta está, Santos.

Santos cogió la maceta. Se la llevó al pecho.

—Soñé que renacía entre mis manos, Livia.

Agachó la cabeza Livia. El copete le bajó a la frente. Se la oscureció. Miraba a la cara de Santos, la sondeaba. Los ojos se habían detenido detrás de los párpados. De loco, de muerto, fijos eran. Livia enderezó la cabeza, se recogió el copete.

—¿No va a mirarla, Santos?

Los labios de Santos se despegaron, chuparon un poco de aire.

—Sería yo un imprudente.

A Livia le rebulló un calor en el cuerpo. Paseó la vista por el cuarto, por el techo iluminado por el resplandor de la luz en el piso.

—Santos, son mentirosos los sueños. Mucho más los de la tarde.

La maceta y la plantita echaban sombras suaves al pecho de Santos. Santos las disfrutaba. Levantaba su cara de falso ciego.

—Yo no creo en eso, Livia. Todo depende del suelo del que brotan los sueños.

Sacudió violentamente la cabeza y una mano Livia. El copete le volvió a la frente. Una ceniza le cubrió la cara.

—No es cierto. Yo me cansé de soñar que me abrían.

En las palabras de Livia había raíces de pena. De la lloradera a solas. Santos las sintió. Por debajo de la vida todo se junta, una misma cosa es. Pero por arriba el silencio nos alivia. Santos lo dejó correr. Santos, despacio, empezó a acariciar la maceta. Nada torpes se movían sus dedos. El cuerpo de Livia se había aflojado. Livia vio el pasatiempo de Santos, sus manos, revestidas de luz. El silencio de Santos llenó, poco a poco, el aire de los dos. El de Livia, escueto. Livia se miró los pies desnudos, los pechos metidos

en la blusita. Las caricias de Santos a la maceta se habían acabado. Las sosiegas manos saboreaban.

—Pero también depende de algo más, Livia.

Livia se aplastó un pecho. Entrecerró los ojos.

—¿De qué, Santos?

—Si tenemos un sueño bueno al amanecer, o en pleno día, no hay que abrir los ojos nunca. Hasta que él nos dé señales.

Tornó Livia a levantarse el copete. Se rio por dentro.

—Otro sueño, Santos. No ve usted la mentira. La dobla.

Santos aspiró. Después soltó el aire empujándolo todo con su cuerpo.

—No me entiendes, Livia.

Hizo Livia un silencio de claro asentimiento. Se alejó de Santos. Fue a sentarse a una silla. La silla, cerca de la ventana, miraba al sillón, atajaba la luz el alto respaldo de la silla. Desviaba el aire. A excepción de las noches sin luna, la silla siempre daba sombra. Sombra larga, de torre. Sentada Livia, su cabeza y su cuerpo quedaron como tallados en la madera del respaldo. Santos la llamó.

—Livia.

En la penumbra donde estaba, Livia apenas dio muestras de oír.

—Dígame, Santos.

Santos regresó su encubierta mirada a la maceta. Frunció la boca como en el disgusto.

—Nada de ruido haces, Livia.

Livia respiraba mansamente la tibieza del cuarto. Sus pechos se encontraban a medias dormidos. Había abandonado las manos sobre las piernas.

—Como todas las tardes, Santos.

Las manos de Santos comenzaron de nueva cuenta las caricias. Profundas, más que la vez anterior. Las seguía Livia con los ojos. La mano derecha de Santos era intensa. Livia casi la sentía afanándose en su cuerpo. El gesto fruncido de Santos se había acentuado. Pensó Livia en el sufrimiento. En el placer. En la falsedad de los sueños. La mano de Santos estaba hecha para labrar los valles, iluminar lo oscuro. Se detuvieron las manos de Santos.

—No digo cuando andas, Livia.

Desprendió Livia su cabeza del respaldo. Santos había levantado la cara y miraba —sin mirar— hacia la ventana. La luz le iba aplacando el gesto. Livia esperó un rato.

—Santos, ¿qué quiere usted decir?

La luz abrazaba a Santos y al sillón. Lo sacaba del cuarto, se imaginaba Livia.

—Silencio interior. Antes, no, Livia.

Los pies descalzos de Livia se juntaron un momento, y uno se frotó en el otro.

—Santos, ¿qué quiere usted decir?

Santos y el sillón dejaron de flotar en la luz de la tarde. La maceta se había impregnado de claridad. Irradiaba luz. Su luz escapaba por entre los dedos de Santos. Volvía afuera. Livia oyó susurros en aquella luz. La llamaban. Livia despegó el cuerpo del respaldo, lo inclinó, ligeramente, a un lado.

—Santos, hable que yo le oiga bien. A murmullos, no.

Santos dirigió la cara a donde había sonado la voz. Se humedeció los labios en una saliva brillante.

—Así conviene. En parte. Un sueño es un sueño, Livia.

Contrariada, Livia levantó las manos. Luego, bajándolas, se pegó en las piernas.

—Santos, los sueños son mentira.

Livia extendió las piernas, se miró los pies. Los pies estaban iluminados como las manos de Santos. Parecían lámparas ardiendo en el piso. Mucho los había soñado así Livia. Pero en los sueños, los pies siempre alumbraban un hombre. Deslizó las nalgas Livia para adelante. Entreabrió las piernas. El cuerpo del hombre apagaba las luces. Como una tormenta. El mundo quedaba oscuro. El agua, llevada por el aire, mojaba la cara de Livia, su pelo. Un rayo la había clavado a la cama. Sentía Livia su ombligo círculo de llamas. Silbaba la fuerza en las colinas. Livia empezaba a gemir. La luz de la tarde en el cuarto animaba el color de las flores de la falda de Livia. Livia las miró como si acabara de descubrirlas. Rojas, blancas, amarillas. Más grandes las que se hallaban debajo del ombligo. Livia les puso una mano encima. Volvió a los gemidos. La oyó Santos.

—¿Duermes, Livia?

Quitó Livia la mano de las flores.

—Santos, yo no duermo siestas. Hace meses. Usted lo sabe. Las manos de Santos destellaron fuerte. Las comparó Livia con las hojas de un árbol en la luz. Regresaba Santos a las caricias. Livia había doblado las piernas, ocultando, bajo la silla, los pies. Estaba siguiendo, a su pesar, el ir y venir de las manos de Santos. Las rodeaba, las acompañaba concentrado silencio. Por momentos, tenía la ilusión Livia de que también gemían. Livia alzó la vista. Encontró la cara de Santos muy silenciosa. Le habló suavemente.

—Santos.

La voz de Livia sonó lejana. Demasiado, en el aire donde se hallaba Santos. Livia, entonces, sin subir nada el tono, abocinó una mano para hablar.

—Una pregunta, Santos.

Como si estuviera Livia al alcance de su aliento, contestó Santos.

—Sí, Livia.

Un soplo de aire caliente atravesó el silencio de Santos. Lo sintió Livia en la cara. Le quemó la seda de la blusa, los pechos. Livia se desabrochó un botón.

—Santos, en el sueño ¿acariciaba usted?

Santos dilató la contestación. Había llegado a él el aroma de las llamas.

—Muy despacio, Livia.

Livia sacó los pies de abajo de la silla. Volvió a separar las piernas, a tocarse las flores. Sentía fuego allí. Santos no había terminado de hablar.

—En el sueño, las caricias hacían renacer la planta, Livia.

Desabrochó el otro botón Livia. Sus pezones, endurecidos por el fuego, sufrían por la falta de aire.

—¿Y daba flores, Santos?

Sonreía Santos.

—Un campo lleno, Livia.

Cerró y abrió los ojos muy despacio Livia. La luz del cuarto estaba extendiéndose. Se recostaba. Tocaba las piernas y el sillón

de Santos como una orilla de agua. Livia se mojó un dedo en la boca y dio de beber a los pezones. En secreto, metiendo la mano debajo de la blusa.

—Santos, pierde usted el tiempo.

El dedo le había quedado a Livia seco.

Santos apretó más los ojos. Arrugó la frente.

—Todavía falta, Livia.

Livia volvió a mojar el dedo en la boca. Lo dejó luego parado en el aire, solo.

—Santos, ¿falta qué?

Santos alzó el mentón. Aspiró el aire tibio del cuarto. La mano derecha de Santos, apartándose de la maceta, voló un segundo en la luz. Regresó, después, a las caricias. Tuvo la sensación Livia de que la mano le había rozado los pechos. Los pezones, apaciguados, volvieron a templarse.

—La sangre de los sueños en el cuerpo de las cosas, Livia.

La mano de Santos le había alebrestado a Livia el aliento. Respiraba sofocada. Estaba desafiando una oscuridad y una tormenta invisibles. Había empuñado las manos. Se restregaba la falda.

—Tu mundo de todas las tardes, Livia.

Sorprendida por Santos, Livia disimuló más el sofoco. Abrió las manos.

—Santos, los sueños de la siesta se le van a juntar con los nocturnos.

Por segunda vez sonrió Santos en la tarde. Livia vio la sonrisa. La había enseñado Santos apenas, como una llave secreta. Livia pensó que Santos ningún secreto debía guardar para ella.

—Santos, usted no puede saber qué suceda si mezcla dos mundos.

La orilla de luz descendía poco a poco. Dejaba sombras en las piernas y sillón de Santos, pero no en sus manos.

—Livia, esta noche no pienso dormir.

En el cuarto habían comenzado las sombras. La silla de Livia, y Livia, se hundían. A los ojos de Livia, la sombra de la silla era muy larga. Como nunca, llegaba hasta la pared. Allí se ponía de pie. Resaltaba en la oscurecida. Livia, en calma, había entrelaza-

do los dedos de las manos. Oscurecían las manos las flores. Livia miraba a Santos, persistentemente iluminado.

—Santos, el reflejo en el piso no lo abandona a usted.

Santos volteó la cara hacia la voz. Se incendiaron en la luz las flores de la falda, las manos de Livia. La luz la sintió caliente Livia.

—No es un reflejo. Soy yo mismo, Livia.

Livia desató las manos, miró a la ventana. Sacó de la penumbra una mano a lo claro que aún se cernía en el aire.

—Santos, es el cielo.

—Pero, en el sueño, soy yo, Livia.

Livia se miró la mano como si fuera la mano de otro. Penetraba el reflejo la celosía de los dedos.

—Santos, pienso que no. Yo no estoy soñando y tengo alumbrada una mano.

Sin despegar los labios, Santos sonrió. Había dejado de echarle luz a Livia. Livia había vuelto la mano a la penumbra. Aplastaba, otra vez, las flores. Santos quitó de la maceta una mano, la puso en una pierna. La mano se esponjó como en celo.

—Santos, ¿cansado ya?

Contestó Santos con la cabeza. La negativa no la pasaba Livia.

—Santos, si usted se duerme...

Un corto murmullo de Santos hizo temblar el silencio que lo rodeaba. Otro, sacudió la mano en su pierna.

—Santos, se hundiría su sueño.

El piso de la ventana había tomado color azul. Le flotaba encima una niebla. Lo único en Santos que se resistía a ser anegado por la creciente crepuscular era la mano en la pierna. Había en ella una luz sorda. Livia veía mal a Santos. Era la maceta una mancha negra en el pecho de Santos. Pensó Livia en levantarse y dejarlo solo. Pero entonces, Santos, volviendo a la maceta la mano iluminada, la sacó de la oscuridad. Un tenue resplandor hizo brillar la otra mano y la cara de Santos. Al tallo seco de la planta se le había encendido una luz interior. Santos enderezaba el cuerpo, lo inclinaba. Un segundo después, Santos depositaba la maceta en el piso.

Esto inesperado de Santos despertó en Livia sus sueños. Un aire de tormenta comenzaba a moverle las ramas de la sangre. Santos estaba ya en su anterior postura. Deslizaba la mano iluminada a la entrepierna. Como si la mano le hubiera acercado fuego a Livia, sus ramas empezaban a arder. Para no sofocar el fuego, Livia separaba las piernas; y más la blusa. A través del revuelto aire de su sueño miraba la mano de Santos desaparecer en una oscura cueva. Había entrado allí como un animal a caza de otro. Livia estaba medio ahogada por el calor.

—Santos, su mano se esconde.

El tallo de la planta se había apagado. Santos había atrapado el animal. Fulguraba la cueva intensamente. La mano no soltaba la presa. Y subía el fulgor, y bañaba la cara, concentrada, de Santos. Livia, por debajo del aire, escuchaba la respiración de Santos, ruidos en el sillón. Santos tenía abiertos los ojos, miraba la boca de la cueva.

—Santos, ¿sueña usted todavía?

La voz llena de Livia no interrumpía a Santos. Pero Santos, de todos modos, contestaba.

—Mi sueño entra al mundo, Livia.

La mano de Santos comenzaba a retirarse. Hogar de una caldera, la cueva; dejaba escapar mucha luz. Desquiciaba la luz las penumbras de Livia. Livia se levantaba. La sentía Santos. Santos alzaba la vista. Se la clavaba a Livia en el cuerpo.

—Ven, Livia, toma.

EL TRONO

EL TRONO ESTABA ENCIMA DE UNA MESA. Adornaban las esquinas de la mesa sendos floreros de cristal. A Mercedes no le gustaba el aroma de las flores. Ninguna a de las flores era de verdad. Y nunca duraban allí hasta la noche. Hacia el crepúsculo, velas azules las sustituían. No plantadas en la tabla sino en botellas. Todas morían al amanecer. De los cabos, Mercedes se condolía mucho. Siempre le pedía a Muñoz no olvidarse de guardarlos.

—Muñoz, cuando yo ya no esté aquí, usted me fabrica un cirio con el pedacero. No quiero que por falta de luz Dios no me vaya a reconocer.

Se quedaba mirando los cabos Muñoz.

—Aun a oscuras, Dios reconoce.

Mercedes inclinaba el cuerpo. En la altura de su trono cabeceaba con pesadumbre.

—Quién sabe, Muñoz.

Una ventana, cortinas celestes, iluminaba el cuarto. Cuando el primer sol, Mercedes se retiraba. Entonces, Muñoz le ofrecía el apoyo de una mano; la ayudaba a bajar. No tenía peso Mercedes. Ya abajo, se restregaba la cara con las manos, bostezaba:

—Dios pone el ejemplo de la luz todos los días. Y no lo aprovechamos.

Muñoz comenzaba a recoger las botellas.

—Usted no puede aprovecharlo. Usted debe de dormir.

Le buscaba la mirada Mercedes a Muñoz.

—¿Y todos los años que dormí de noche, Muñoz?

Muñoz llevaba las botellas a un rincón. Después volvía a Mercedes.

—También bajo la luz hacemos cosas. Usted las hizo.

Mercedes miraba tristemente el trono.

—Torcidas, Muñoz. Como si me encontrara en plena oscuridad.

Delante de la mesa, varias sillas formaban una especie de luneta. Las sillas para el público. Muñoz las miraba.

—Parecen gente arrodillada.

Sonreía Mercedes.

—La franela. Que no les falte. Enemigo nuestro el polvo.

Muñoz tocaba una de las sillas.

—También la falta de uso otro enemigo, Mercedes.

Mercedes fruncía los labios.

—No.

Muñoz deslizaba los dedos por el borde del respaldo.

—La franela quita el polvo en la superficie. El polvo profundo, nomás el trajín de los cuerpos.

Mercedes se chupaba el labio inferior.

—Tal vez, Muñoz.

Volvía Mercedes a mirar el trono.

—Si yo no me sentara en el cajón, muy pronto, una ruina el mundo.

Muñoz miraba al techo.

—Es verdad.

Sonreía con suficiencia Mercedes. Examinaba las sillas.

—Muñoz, les da usted muy poco aceite.

Muñoz bajaba la cabeza.

—Nunca les doy.

Mercedes ponía cara de asombro.

—¿Nunca?

Muñoz, como si soplara un viento fuerte contra él, se echaba para atrás.

—No tenemos aceite. Alivio alguno para estos muebles.

Avanzaba Mercedes hacia Muñoz.

—Mentira.

Muñoz se mantenía firme.

—Fuera del dinero para las velas, cuál.

Las palabras de Muñoz detenían, aplacaban, a Mercedes. Muñoz añadía:

—Ni siquiera el de mis sueldos.

Se tambaleaba Mercedes. Se sentaba en una silla. Muñoz continuaba hasta el fin.

—Una injusticia.

Mercedes iba reviviendo. Desdeñosa, miraba a Muñoz.

—Yo lo salvo también a usted. Eso, con nada me lo paga.

Mercedes se ponía en pie.

—Lo salvo, Muñoz, de ser comido por la sarna de sus culpas y remordimientos.

Empezaba a irse Mercedes. El dormitorio de Mercedes quedaba enseguida de la pieza del trono. Al dormitorio se entraba por una puerta angosta. Muñoz la había pintado del mismo color de las velas y las cortinas. En letras doradas decía:

MERCEDES

SOSTÉN

DEL MUNDO

Mercedes entraba al cuarto. Como una moneda a una alcancía. Esfumada Mercedes, Muñoz comenzaba a organizarse la vida a su gusto. Se acercaba a la puerta azul y esperaba los ronquidos de Mercedes. Muñoz, entonces, se acercaba al trono para escupirlo. No paraba hasta no sentir seca la boca. Luego, iba por los floreros y sus flores de papel. Les soplabla el polvo nocturno, les hablaba en voz baja. Le dolía que no conocieran el perfume. Las consolaba. Las carencias podían convertirse, de un día para otro, en abundancia. La mesa pobre, en mesa de festín. Muñoz reacomodaba las flores y se quedaba contemplándolas. Tenían una ventaja sobre las flores reales. Dios las había puesto lejos del tiempo. Sobrevivirían a Mercedes. Muñoz daba la media vuelta, se dirigía a la puerta de la calle. La abría de par en par. La brillante luz de la mañana casi le cegaba. Muñoz, con una mano, cortaba el resplandor, se echaba una sombrita a los ojos. Distinguí, en la acera de enfrente, a la mujer. La contemplaba, igual que a las flores. La carne de la mujer parecía una luz. Muñoz la llamaba a señas. La mujer, sonriendo, cruzaba la calle. La recibía Muñoz alegre como un niño. Haciéndose a un lado, la pasaba al cuarto. Adentro, la mujer, con la luz que ella había traído de afuera, encendía las flores de papel. Muñoz, como todas las mañanas, se apresuraba a

ofrecérselas. Las sacaba de los floreros. La mujer recibía los rami-
tos sonriendo de nuevo. Se los acercaba a la nariz y hacía como si
los oliera.

—Una mañana de éstas, el milagro.

Crecía la sonrisa de la mujer. Sus dientes fulguraban como si
en ellos estuviera mirándose el sol. Muñoz tomaba de la mano de
la mujer las flores y las regresaba a los floreros. Se movía Muñoz
en la mirada de la mujer como en un rayo de luz. Claro, entonces,
el árbol de su vivir oscuro. Muñoz, adrede, se entretenía con las
flores. Volvía a soplarles el polvo, a dirigirles la palabra. Así, has-
ta que la mujer, acercándose a él, le llamaba. Escuchaba Muñoz
los pasos de la mujer. Esperaba a que dejaran de sonar. Esperaba
la mano de la mujer, en un hombro, como una paloma.

—Muñoz, ven.

Se daba la media vuelta Muñoz para seguirla. Rodeaba la mujer
las sillas. Caminaba, alumbrándolo todo, hacia un rincón del cuar-
to. Muñoz no escuchaba sus propios pasos sino un zumbar de lla-
mas. La mujer se volvía hacia Muñoz. Lo tomaba de una mano:

—Allí.

Muñoz la miraba a los ojos. La mujer, respirando por la boca,
atraía a Muñoz.

—En la mesa del trono nunca ardo bien.

Muñoz se soltaba de la mujer. La tendía en el piso.

—Muñoz, Mercedes nos tiene envidia.

Muñoz apenas oía. Clavaba; era devorado.

—Liliana.

A la una de la tarde, Muñoz y la mujer estaban en la puerta a la
calle. Muñoz se peinaba. La mujer, con un espejito en la mano, se
examinaba la cara. Muñoz guardaba el peine, lo ponía en la bolsa
de la camisa. La mujer se tocaba la frente. Miraba al sesgo a
Muñoz.

—Aquí es donde escucho las voces.

Muñoz le miraba la frente.

—Y también la llama, Muñoz.

Muñoz apartaba el espejito de la mujer.

—Liliana.

La mujer metía el espejito en una pequeña bolsa. Muñoz
le acariciaba el pelo. Después, una mejilla. La mujer sonreía
apenas.

—Pero todo al revés.

Muñoz miraba a derecha e izquierda la calle. La mujer abría
muy despacio la boca.

—Porque las voces me quemán, Muñoz.

La mirada de Muñoz seguía el lento moverse de los labios de la
mujer. Tenía la impresión de que la mujer había dicho más cosas.
Volvía a acariciarle el pelo. La mujer sacaba la punta de la lengua.

—La llama, un instrumento filoso.

De nuevo Muñoz miraba a los extremos de la calle.

—Ven, Liliana.

Muñoz tomaba de un brazo a la mujer, suavemente la regresaba
al cuarto. Adentro, Muñoz, ensayando una sonrisa, le buscaba la
mirada.

—Mercedes. Así es como ella te persigue.

La mujer le devolvía una mirada desconsolada a Muñoz. Dejaba
de sonreír.

—Quiere que caigas en el lado oscuro, Liliana. No te quiere
alegre.

La mujer cerraba los ojos. A ciegas, se llevaba una mano de
Muñoz a la frente.

—Ayúdame.

Muñoz esperaba, al atardecer, sentado en una silla, la reapari-
ción de Mercedes. Una claridad azul, que las cortinas acentuaban,
entraba por la ventana. En torno de las velas, todavía no encendi-
das, formaba un resplandor. Oía Muñoz ruidos en el dormitorio.
Volvía a ver Muñoz las velas. Entraba Mercedes al cuarto. Muñoz
no se levantaba a recibirla. Cruzaba los brazos sobre el pecho,
bajaba el mentón. Mercedes empujaba un airecito, con polvo.
Delante de Muñoz formaba un remolino, luego se desvanecía. No
tenía olor el polvo. Lo soltaban los gastados huesos de Mercedes.
Mercedes hacía alto donde empezaba la luneta.

—Las luces, Muñoz.

Muñoz se paraba a cumplir la orden. Caminando alrededor del

trono, iba encendiendo las velas. Luego, regresaba al mismo punto del que había partido. Mercedes daba un paso en la luneta.

—Muñoz, no vino usted a recibirme.

Muñoz miraba la llama de una vela. Ardía la llama como la hoja de una daga. Hacía recular sombras asustadas.

—No.

Mercedes respiraba violentamente. Temblaban las luces y el aire.

—Principios de rebeldía, Muñoz. No voy a tolerarlos.

Callado, Muñoz arrimaba una silla a la mesa. Le ofrecía una mano a Mercedes.

—Suba.

Mercedes miraba la silla.

—Desde mañana, la quiero también al bajar del trono.

Muñoz adelantaba un poco la mano. Mercedes daba los pasos que le faltaban para llegar a la silla. Miraba como un animal venenoso la mano solícita.

—Muñoz, las flores. Mañana las tira usted. Me cansan.

Muñoz, que sentía el peso de Mercedes, en un abrir y cerrar de ojos, la veía instalada en el trono. Se alisaba con las manos la falda del vestido. Luego, una seña a Muñoz.

—La puerta.

Retiraba Muñoz la silla. En seguida se dirigía a la puerta. Le quitaba el seguro a la chapa. Entonces pasaba a ocupar el sitio donde hacía las veces de guardián. A la derecha del trono y de la puertita del dormitorio. Las penumbras lo envolvían. Pero él podía ver, perfectamente, a Mercedes. La columna de Mercedes era como un palo. Ni un ápice se doblaba. Como una mariposa negra, la voz de Muñoz, volando:

—Mercedes.

Mercedes hacía un gesto feroz. Pero en las alturas del trono, la voz volvía a resonar.

—Mercedes, quiero decirle algo.

Mercedes levantaba las manos. Las entrelazaba. Parecían un nudo de espinas. La lengua asomaba un segundo. La punta le brillaba a la luz de las velas.

—Muñoz, cuando yo trabajo, nadie habla.

Muñoz echaba una larga mirada a las sillas.

—Esto no resulta. No viene gente, Mercedes.

El resoplido que daba Mercedes rompía el equilibrio del aire. Las llamas danzaban. Acuchillaban a diestra y siniestra. Un látigo de acero la voz de Mercedes.

—Dios no conoce la impaciencia, Muñoz.

Muñoz se protegía instintivamente con un brazo la cara. Volvía a mirar a Mercedes. Mercedes seguía resoplando, las espinas del nudo clavadas en su cuerpo. Y Muñoz, como aturdido, se acercaba entonces al trono.

—Está bien, Mercedes.

LA LOCA MARAVILLAS

I

LA LOCURA DE MARAVILLAS comenzó el día en que mi amigo Abued regresó a su país. Mansamente le fue entrando el mal, como el polvo a una casa. Maravillas apenas salía a la calle. Le molestaba el reverbero atroz del sol en las cosas. El estruendo del verano. Además, la irritaban mucho las almas del rumbo. Abued se fue un martes en el tren, y el miércoles Maravillas mandó llamarme. Maravillas era como un palo seco de sería. Maravillas, modista. Me recibió con aparente cordura. Me hizo pasar y sentarme en una silla junto al cajón de la retacería.

—¿Qué le pasa, Maravillas?

Ella seguía con su vista sin querer mirarme. Tenía el cutis como un cuero de tambor, gris como los terregales. No había manera, por eso, de saber qué luz o qué oscuridades le sacudían el alma. Pero luego, para mi sorpresa, su cara se le estrelló como un cristal y comenzó a llorar.

Todos los años que había logrado mantener a raya estaban escapándosele por los ojos, revueltos y turbios, como las aguas de un río crecido. El llanto resbalaba y le mojaba el pecho de niña y las manos abandonadas en la falda. Tembladera se le apoderó del cuerpo. Y luego, un hipo. Estaba desmoronándose.

Miré a la puerta de la calle con ánimos de irme. Pero entonces Maravillas entró en calma. De la caja de la retacería tomó un pedazo de tela y se limpió las lágrimas. Hipó todavía tres veces.

—Venga, Cardona.

La casa de Maravillas eran dos cuartos y un patio como un desierto. En el primer cuarto tenía el taller de la costura y en el segundo su dormitorio.

—Venga, acérquese, Cardona.

Me acerqué.

—Asómese.

Me señalaba el interior de la cazuela que estaba en el centro de una mesita. La cazuela tenía agua, y el agua, al fondo, el retrato de un hombre.

—¿Qué ve usted, Cardona?

Volteé a mirarla.

—Un buzo.

—No bromea.

—No se alcanza a ver.

—Insista.

—Imposible identificar al tipo; la humedad le había desfigurado el rostro.

—Imposible.

—Yo se lo diré.

Maravillas guardó silencio no sé cuánto tiempo antes de hablar.

Estábamos en pleno verano. Por la ventana entraban bocanadas de aire caliente del patio. El agua de la cazuela se veía fresca, bebible. Lamenté que le hubieran echado a aquel desconocido dentro.

Maravillas tenía la cara vuelta a la ventana. Sus pupilas recogidas brillaban con mucha intensidad. Sus arrugas, recién estrenadas esa tarde, cundían, seguían ramificándose por toda la cara.

—Es su amigo.

La mujer puso la boca amarga.

—Es el árabe.

Sentí que me quedaba mudo. Y que no debía haber ido jamás a la casa de Maravillas.

Y ella adivinó los pensamientos.

—Usted no fue leal conmigo, Cardona.

La miré a los ojos porque ella estaba mirándome y porque no había más que hacer.

—Pero ya no importa, Cardona.

Y luego:

—Sé que para llegar él a su tierra debe cruzar el océano. Yo aquí tengo el mar. Y él caerá allí como una fruta cuando sacuden

el árbol. Y sus partes se las comerán los peces. Y su lengua será cubierta por una lápida de sal.

Si habló de otras cosas Maravillas, yo ya no me enteré. Salí luego de la casa.

Afuera me pareció todo como un cementerio abandonado. Algunas cruces ardían en las esquinas. Topé con almas que me saludaron. Corría, despellejándome en la piedra del sol.

Finalmente, llegué a mi negocio y me encerré. Maravillas me había metido el miedo en los huesos.

II

Abued comenzó a buscarla cuando supo que ella cosía con mucho arte las camisas para hombre. Abued tenía lo suyo. Y procuraba ponerle buen marco. Un día se compró seda de la mejor y fue a la modista. La primera serie de camisas Abued las pagó a precio de oro. Pero las que vinieron después, y fueron muchas, ya no. Se las regaló Maravillas, con todo y material. Las camisas llegaron a tener increíbles adornos.

Abued se envolvía el cuerpo en unas selvas y unos animales como no se habían visto ni se verían jamás entre nosotros.

Todos juzgaban que estaba loco, que su presunción se había vuelto enfermiza, pero los niños lo seguían. O entraban a su negocio como a la carpa de un circo, a contemplarlo mientras él estaba atendiendo a los clientes.

En el invierno, el bordado se hizo más denso, más profunda la vegetación.

Abued visitaba los sábados por la noche a Maravillas. Y en la camita del dormitorio, y en el piso del taller, era donde él la rajaba hasta el amanecer del domingo.

Pero Abued nunca la amó de verdad.

—Maravillas tiene una piedra adentro, Cardona.

Maravillas no volvió a llamarme.

Pasó el verano. Y los meses de invierno. Olvidaba cada vez más a la modista, y si en medio de mis ocupaciones la recordaba, era

para desearle la cordura. Regresó la primavera. Y después otra vez el verano, y para este tiempo, las brujerías de Maravillas, que tanto me habían intimidado, me parecían un sueño. Me daban risa. Maravillas seguía en el mundo. Por clientas suyas lo sabía. Y Abued también se me había convertido en otro sueño, en una sombra, en un soplo de colores.

III

“Venga usted a visitarme. ¿Por qué se olvida usted de mí?”

Una hora después estaba yo tocando la puerta de la casa de Maravillas.

Sin pronunciar una sola palabra, Maravillas me hizo pasar al dormitorio. Busqué la cazuela, pero ni la cazuela ni la mesita se encontraban ya allí. Maravillas advirtió el gesto que hice.

—Hay tiempos de agua, y tiempos de fuego, Cardona.

Había puesto en la ventana unas cortinas oscuras. Se acercó a cerrarlas. El dormitorio quedó en tinieblas. Se eclipsó Maravillas.

—No tenga usted miedo, Cardona.

—¿Para qué cierra usted las cortinas?

—Para que usted vea, Cardona.

El fuego era una luminaria grande puesta sobre una repisa en un rincón del cuarto. Mis ojos recuperaron a Maravillas cuando entró al resplandor. Le vi brillar la platería de las canas. Y la mirada.

Mi amigo la había arruinado para siempre.

Me invitó a llegar a la luz. El rincón olía mucho a cera. El cristal de la luminaria tenía el color del vino. Detrás de la luminaria, apoyado contra la pared, estaba el retrato de un hombre.

Maravillas, silenciosa a mi lado, esperó a que yo lo descubriera y reconociera.

—El árabe se salvó del mar. Pero del fuego nadie escapa. Entra a las venas del mundo y alcanza aun al corazón más remoto, más desalmado.

Maravillas se rio. No supe de qué; pero su risa me causó espanto. Fue como un gazar de cuervos.

—Me voy.

—¿No le gustó, Cardona?

—Nada.

—Váyase, váyase pues, Cardona.

No volvería jamás a ver a Maravillas.

IV

Maravillas había dado en salir al patio de su casa los sábados por la tarde, vestida de novia. Se paseaba despacio, un brazo doblado, y murmurando. Si notaba que tenía público en la barda, volteaba y les sonreía. La cola de su vestido hacía un ruido de mar y piedritas. Y los espectadores se callaban para oírlo.

Maravillas regresaba a la casa al morir el sol. Le ardían el velo, los azahares y los encajes, con un fuego de oro.

De esta extravagancia se habló todo el verano. Y luego, se la echó al olvido.

V

Transcurrieron diez, quince años. Alguna vez pregunté por la loca Maravillas.

—Sigue trabajando, llena de manías.

Por ese tiempo mi amigo Abued volvió. No lo conocí al principio.

—¿No me recuerdas, Cardona?

Lo miré más detenidamente. No tenía pelo, y su calva estaba quemada y muy bruñida, como un vidrio. Vestía traje negro y camisa azul. La barba gris, con la punta blanca, la llevaba crecida. Y luego la cara: retinta, los años habían hecho de ella una ruina.

—Soy Abued.

Lo invité a quedarse.

—Será por poco tiempo, Cardona.

Abued duró dos semanas conmigo. En vísperas de irse, me preguntó:

—Y Maravillas, ¿vive todavía?

—Creo que sí, Abued.

—¿Dónde mismo?

—Dónde mismo.

Estábamos en mi negocio. El silencio y la claridad oscura del crepúsculo nos envolvían.

—Cierra ya. Quiero contarte algo, Cardona.

Abued se sentaba en el banquito para los clientes todas las tardes, todas las mañanas, ensimismado, lejano. Yo no lo molestaba ni le dirigía la palabra a menos que él lo hiciera primero.

Regresé a la puerta y me acomodé en el mostrador. Abued encaramado en el banquito. Un monito viejo y muy solo.

—Yo nunca fui feliz allá, Cardona.

—¿Enfermedades, Abued?

—No.

Su voz sonaba, en el negocio, en mis oídos a mueble desvencijado.

—Era una luz, Cardona, que no me dejaba tranquilo ni de día ni de noche. Como a los dos años de haber llegado comencé a verla. Una flanita. Una serpiente iluminada como una casa en llamas, cuyo silbido me despertaba en las noches. Al sol nunca la vi, pero todo era que yo pasara a la sombra para que ella, la víbora feroz, se manifestara, desgraciándome el día. Fui a consulta con doctores de ojos y de cabeza. Nunca me encontraron nada. La víbora, había veces, se levantaba en el horizonte, con hocico de perro. Era entonces cuando más el miedo me entraba. Cuando sufría mi corazón. Pero no me quebré. Comencé a urdir y a poner en práctica medios para contrarrestar el tábano.

Abued calló de repente. Yo no lo distinguía ya muy bien. Extendí la mano y le toqué un hombro. Me daba pena su soledad.

—¿Y sigues viendo la luz, Abued?

—No. Parece que se acabó.

Abued me dijo adiós para siempre.

Maravillas murió ayer.

Le sobrevivió a mi amigo varios años.

Abued de aquí salió a buscarla, pero antes llegó al mercado y le compró una bolsa con frutas.

Dicen que Maravillas lo reconoció inmediatamente. Los gritos de alegría de la mujer se oían hasta la calle. Y hacían temblar, como a una hoja, la luz de la mañana.

SENÉN

PASABA POR LA CALVA DE SENÉN el viento suave de la tarde. Le peinaba lo poco de la coronilla. Entre esos pelos había como plumas. Senén dejaba libre la voluntad del viento. Nada hacía para detenerlo o apartarlo.

—Senén necesita ir.

Tenía gusto Senén de mirar el piso. Lo miraba como si estuviera escrito. A mis palabras, no levantaba la vista. Estaba como párvulo sobre un cuaderno. Yo no entendía, nunca entendí, ese interés de Senén.

—El vientecito desgracia peor, Senén.

Senén adelantaba un pie. Su zapato era una bota como las que usan los soldados. La piel de la bota estaba muy agrietada. Cuando llovía, las grietas parecían agallas. Las botas de Senén atravesaban las lagunas de las calles sin ahogarse. Trombas, habían vivido ya. Estaban curtidas, como el alma de Senén.

—¿No quiere ir, Senén?

Senén, siempre mirando para abajo, levantaba una mano y se rascaba la barba escueta.

—Anímese.

Con la misma mano de la barba, Senén sacaba un pañuelo para limpiarse la saliva de los rincones de la boca. Gris, una pasta, la saliva. Pintaban el pañuelo muchos colores. Ardían en la luz y en la mano de Senén.

—No para después, Senén.

Devolvía el pañuelo Senén a la bolsa, hecho pelota.

—No hay después, Senén.

Sonreía destempladamente Senén. Alzaba un hombro como sacudiéndose una mano o un pájaro de mal agüero.

—Más largo el después que el ahora. La vida termina. La muerte, no.

—Senén, la muerte es un vidrio opaco.

Dejaba caer Senén saliva en la banqueta. Con el pie la borraba en seguida.

—Estoy pensando.

Por el rumbo, todo tranquilo, como ajeno al mundo. A la calle de Senén los ruidos de la gente y las cosas, apenas llegaban. Como las olitas de una pequeña laguna, lamfan nuestros pies. Desviando mis ojos de Senén, miraba su casa, un cuarto. Senén había dejado la puerta entreabierta. El vientecito, metiéndose por aquella brecha, mantenía en el cuarto las penas de Senén. Las penas de Senén apestaban a viejos dolores. Nadie, ni Dios, ni él mismo, las habían sacado nunca al sol. Su lumbre las hubiera purificado. Pero la casa de Senén también daba otro olor. Cerca de la cama, y frente al espejo, olía a rosas. Senén decía que era el aroma de la esperanza. Y agregaba: estoy vivo por él.

Senén notaba mi silencio.

—Estoy pensando.

Agitaba yo una mano.

—Cierran tarde, Senén.

Cuando le arreciaba el agobio, Senén buscaba el espejo. Parado allí, con los ojos siempre cerrados, comenzaba a aspirar. Para Senén, el acto, como iluminarse por dentro. No sufrir más. Senén podía pasarse las horas ante el espejo. Lo había instalado el aroma en un jardín.

—Ya.

Hasta entonces, Senén contrariaba al vientecito. Con una mano mantenía en su sitio los pelos castigados. Sin quitarse la mano de la coronilla, levantaba la cara, me veía:

—¿Dónde está?

Yo volteaba en dirección del brote del ruido, del trajín.

—En el centro.

Senén miraba también para allá.

—No es lugar.

—No.

Senén volvía a mirarme. Los ojos de Senén, como los de un perro perdido:

—Venga conmigo.

Seguía a Senén. Entrábamos a su casa. Senén dejaba la puerta como estaba y me ofrecía asiento entre la cama y el espejo.

—Iré bien vestido.

Descolgaba Senén de un clavo en la pared un gancho con ropa. Dos sacos pardos. Senén quitaba el de encima y volvía a colgar el gancho. En el cuello y la solapa del saco había una estola de polvo. Soplabla y manoteaba Senén para quitarla. El polvo alborotado comenzaba a envolverlo en una nube. Lo perdía de vista yo. La envoltura se reflejaba como un algodón en el espejo. Como nube en una ventana. Me inquietaba el esfumamiento de Senén.

—Ni las botas ni el pantalón hacen juego, Senén.

Esperaba que Senén saliera de su ovillo; verlo ya de nuevo. Pero Senén y su palabra no aparecían.

—Una corbata pudiera remediar algo, Senén.

Entonces vi, en el espejo, abrirse la nube como un cielo. Y, a Senén, en el corazón de la polvosa, medio trajeado. En lo oculto, se había puesto la corbata. Se la miraba.

—¿Tampoco?

—Tampoco.

Roja como una bandera. La corbata simulaba una herida. La herida le bajaba a Senén más allá del ombligo. Se miraba Senén al espejo.

—Corbata para un hombre alto, Senén.

Senén afirmaba con la cabeza. Luego se volvía a mirarme. En su mirada se habían agolpado, de pronto, todos los tristes del mundo. Me miraban como árboles mecidos por el viento. En el fondo de los ojos de Senén, un cielo se había nublado.

—No importa, nadie se va a fijar, Senén.

—Senén planchaba con la mano la corbata. Yo podía escuchar el viento desgarrándose en los árboles de la mirada de Senén.

—Para una fiesta.

—Sí, Senén.

Senén se abrochaba el saco.

—Vámonos.

Me levantaba. Me daba cuenta entonces de que los olores de la

casa se habían estado sosiegos. No habían salido al mundo de Senén.

—Vámonos.

Emparejaba Senén la puerta.

—Llegaremos después de meterse el sol.

Caminábamos yo y Senén echando sombra.

Buscábamos las calles menos transitadas. La corbata iba tan alegre, en la luz de la tarde, como una banda de música. Pero no lograba contagiar al alma de Senén. No era seriedad la de Senén. Senén traía un silencio atroz que lo clavaba por dentro. Silencio de los finales. O silencio de los principios. Yo caminaba al borde de un precipicio. Mis ruidos y voces revoloteaban espantados.

—Hable, Senén.

Los ojos de Senén no brillaban con el sol. Los pelos de su coronilla estaban otra vez en poder del viento.

—Senén, parece como si viniera usted muerto.

Senén volteaba a verme. Muy despacio.

—Recuerdo. Sólo eso.

—No se encierre así. Los recuerdos pueden ahogarlo.

Caminábamos. Continuaba Senén mirándome, igual de apagado.

—No tenga miedo.

Llevábamos caminado bastante. Ya no nos alumbraba el sol. Se había desprendido, llenaba el cielo de llamas. Me fatigaba el tráfico, la gente.

—Senén, vamos a tomarnos una copa.

Senén me aceptaba la invitación dudoso.

—Tenemos tiempo, Senén.

En el bar, nos sentábamos a una mesa en penumbras. El bar se veía desierto. Nada conocía Senén de bebidas. Ordenaba por él. Mientras el mesero nos servía, me ponía a mirar las luces de la barra. Iluminaban de azul las botellas de una repisa. El cantinero tomaba de allí una botella.

—El brandy, Senén, nos descansa. Da valor.

Senén veía al mesero venir.

—También los recuerdos.

El mesero dejaba las copas delante de nosotros. Levantaba yo la mía. En el cristal de la copa se concentraba la luz del bar. Me brillaba intensamente en la mano. Rescataba de las penumbras la corbata de Senén.

—Salud, Senén, porque al regresar usted de allá, vuelva claro como el agua.

En la mano de Senén, su copa, una gran oscuridad.

—Sí; sí desconoce los tormentos el agua.

Bebíamos como pajaritos el brandy. El mesero y el cantinero conversaban quedo en la barra. La botella de brandy estaba a un lado del mesero. La botella parecía un tercero escuchando.

—Senén, hoy, en su casa, no sentí ningún olor.

Alzando sus ojos de la copa, Senén me miraba.

—Se manifiestan cuando quieren.

La explicación de Senén no me bastaba. Había en ella evasión.

—¿El de las rosas?

La mirada de Senén cambiaba.

—Más que los otros.

Bebíamos alternadamente yo y Senén. Acababa de hablar Senén y le tocaba su turno. Senén no sabía paladear el licor.

—La esperanza no debe faltarnos, Senén.

Senén me veía levantar la copa y beber. Plantarla, luego, en la mesa.

—Olvídelo.

La petición de Senén iniciaba un largo silencio entre nosotros. Senén, después de cada traguito, miraba la copa como a una flor. Yo no. Yo volvía los ojos a los que tenían conversación en la barra. El cantinero había tomado la botella para servirse brandy en un vaso. La había acercado a ellos. Lo que estaban hablando se había ido enriqueciendo con gestos de las manos. Los gestos eran como palomas. Las del cantinero, blancas y grandes, volaban en la luz azul. En algún momento, Senén los había visto. Pero no le importaban. Comenzaba a molestarme su silencio.

—Nosotros deberíamos hacer como éstos, Senén.

Senén detenía la copa. Me miraba y luego miraba a los de la barra. Con la mirada los clavaba, como a libélulas.

—Cuando sufran de veras, tendrán que callarse.

Bebía Senén, pero no apartaba sus ojos de la barra. Ponía la copa en la mesa.

—Y ni las manos van a meter.

El mesero dejaba la barra, con la botella. Llegaba a nuestra mesa. Descorchaba la botella.

El mesero estaba en actitud de servir. Miraba mucho a Senén.

—No. Todavía no. Nosotros le llamamos.

Senén, a espaldas del mesero, murmuraba.

—Usted.

Decidía quedarme. No acompañar a Senén a donde iba. La idea me había nacido de ver la estampa de Senén. No se componía nada. No era allá un lugar de juego. Y Senén traía muy cargada el alma, como un nubarrón. No me consideraba yo un roble. Apenas una hojita. Volvía a sentir peligroso a Senén.

—Lo espero, Senén.

Senén levantaba la cara de estar mirando su copa como alelado. Me dirigía una mirada fría. Hacía una mueca.

—Miedo, como en la tarde.

Agitaba los asientos de mi brandy. Me los bebía.

—Sí, Senén.

Después, Senén me imitaba. Y como yo, tampoco él ponía su copa en la mesa. Los dos las mirábamos. A la de Senén no se le había quitado la oscuridad. La contenía en su centro como el cuerpo su alma. Con una uña Senén golpeaba el cristal. Se lo acercaba al oído. Hacía otra mueca.

—Aún está allí.

Me helaban las palabras de Senén. Las había dicho como no encontrándose en el mundo. Como si su copa hubiera estado flotando sola en el bar. En el aire.

—Senén.

Senén ponía la copa en la mesa. La copa sonaba a cristal que se raja. En la barra escuchaban el ruido. El mesero se volvía a mirarnos.

—Senén.

La mano de Senén empujaba la copa al centro de la mesa. La

copa estaba ilesa. Senén nos miraba alternativamente al mesero y a mí.

—¿A qué hora cierran?

—Diez de la noche.

Senén consultaba el reloj del bar. Marcaba las nueve. El segundo avanzaba a brincos como liebre por un campo iluminado. Bajaba sus ojos Senén a su copa vacía. La oscuridad continuaba empozada en ella. Senén prestaba toda su atención al silencio de la copa.

—Solo, pues.

Senén alzaba la mirada. Me miraba.

—Senén, cuentas así, se ajustan sin compañeros.

Se levantaba Senén. Volvía a rascarse la barba.

—Usted invitó.

Senén abandonaba el bar. Daba la impresión de cargar hierros. No habían sido las más palabras de amigo. Años llevaba Senén herido. Llamaba al mesero. El mesero se acercaba a servirme.

Caía licor en la mesa. El brandy perfumaba el aire como no lo hacía, ni aun moviéndolo, el de la copa. El mesero se apresuraba a limpiarlo. Yo lo paraba.

El mesero tapaba la botella y volvía a la barra. Entonces, humedeciendo los dedos de una mano en el brandy, yo comenzaba a jugar. Caminaba, seguro, Senén muy lento. Iría pensando en todo. Clavado de nuevo. Quizás el tiempo de la salvación de Senén era cosa pasada. No tenía Senén motivo para ir a ninguna parte, como yo se lo había hecho creer. La copa vacía de Senén me alebrestaba, más y más, mi mala conciencia. Como una planta seca, Senén había perdido, de muchos veranos atrás, sus derechos bajo el sol. Me había equivocado. Había equivocado a Senén. Apartaba los dedos de los garabatos de brandy, me los secaba en el pantalón y, de dos tragos, me acababa lo que me había servido. Luego me ponía en pie, la mirada en el reloj de la barra. Me sentía el mesero. Se bajaba de su banco y venía a encontrarme.

—¿Hace cuánto se fue mi amigo?

El mesero calculaba.

—Poco antes de la segunda copa de usted.

Le pagaba al mesero.

—Su amigo, ¿va derecho?

—Va derecho.

La sonrisa del mesero parecía que iba a ser un perpetuo relámpago.

—Si lo alcanza.

Le decía adiós al mesero. Pero en mí persistía, terca, la sensación de que Senén llevaba mucho más tiempo ausente del bar que cinco o diez minutos. En la puerta me volvía a mirar al mesero y al otro. La luz azul los aislaba del resto del bar. Me recordaban la vida de Senén.

A una cuadra del bar, columbrada la despaciosa figura de Senén. Evadía Senén la gente. Caminaba al filo de las paredes, la vista en el piso. Senén de cuando en cuando miraba atrás. Yo, entonces, me escondía en las puertas, o en los que caminaban en dirección de Senén. Se detenía a veces Senén como tentado a regresar. Lo miraba mirar el cielo oscuro. Miraba el cielo Senén como si de allá lo llamaran. Volvía luego a caminar. Seguía yo a Senén dos cuerdas más. Senén llegaba, por fin, a su destino. Esperaba a verlo entrar al local. Después, entraba yo.

Senén se había parado en la puerta del saloncito. El lugar olía a flores. En especial, a rosas. Había gente sentada en unas bancas y hablaba a susurros. Otra, mirando al frente como hipnotizada, guardaba todo el silencio del mundo. Senén miraba a unos y otros como buscando conocidos. Tocaba en el hombro a Senén.

—Aquí estoy, Senén.

Me colocaba junto a Senén. Senén me miraba por el rabillo del ojo. Una pizca de tiempo. Abarcaba, luego, de una mirada, el jardín ficticio que había en el saloncito. La mirada de Senén levantaba los colores de tanta flor. Los colores, como una nube tornasol, volaban por el aire. Torcía la boca Senén:

—No las merece.

La voz amarga de Senén disolvía la nube. Senén acentuaba el gesto:

—Tampoco a éstos.

Volvía mis ojos a los susurrantes y a los callados.

—Familia, amigos, Senén.

Senén me miraba de lleno a la cara. Brillaba mucho su mirada. Debajo de los ojos, y en las mejillas, Senén tenía señales de quemaduras de sal.

—Usted vino. Se lo agradezco.

Comenzaba a andar Senén. Sus pasos, por enmedio del saloncito, como por una brecha pedregosa. Senén hacía breves paradas. Miraba a uno y otro lado las bancas. Conforme avanzaba, se aproximaba al centro del jardín: las flores, claramente las rosas, empezaban a moverse como agitadas por una brisa. Las rosas rojas perdían con el soplo. Las desnudaba. Pero ya a un lado de la caja Senén, las flores dejaban de moverse. En el acto, todo mundo en el saloncito quedábamos como fuera del tiempo. La caja estaba abierta. Se inclinaba Senén...

TODOS

ESTABAN TODOS. El viento los había subido hasta el cuarto. Lemus, último en llegar, muy desgarrada la ropa. En un rincón, intentaba componérsela. Se pegaba los girones con saliva. Todos lo miraban. Todos tenían los ojos asustados. El viento seguía aullando, se les había colado por dentro. Hablaban a señas. Las cabezas se movían. Desaprobaban lo que Lemus hacía. Los cercanos a él le frenaban las manos. Lemus levantaba entonces la vista. Sus ojos se encontraban con sastres de aguja laboriosa. Un taller. Los de cara más blanca, los de los respuntes mejores. Miraba Lemus un rato el trabajo de las agujas en el aire, y luego, a gestos también, preguntaba a los remendones qué querían. Terminaban los otros su ficción. Desatendían a Lemus. Todavía los ojos igual, se ponían a mirar la ventana del cuarto. La cimbraba el endemoniado. Las bocas estaban secas. En algunas de bigote, los pelos, púas. Muy claro andaba por el aire el temor a un estallamiento de los vidrios en la ventana. Ser tomados por el violento y echados luego fuera, al abismo nocturno, angustiaba al grupo. Se veían ya vagando eternamente. Por eso el de la oscuridad comenzaba a darles frío. Y el foquito del cuarto, colgado como una araña, antes tranquilo, había comenzado a moverse. Agitaba las sombras de todo el mundo. Las llevaba de aquí para allá, y vuelta. Mareaba el vaivén. Uno, Rivera, más no lo soportaba. Sacudido por arcadas se levantaba mirando dónde vomitar. Escogía el pie de la ventana. Salpicaba de amarillo la pared, los zapatos de un compañero y el aire. Luego regresaba a su lugar. Bamboleándose como en la cubierta de un barco. Nadie le decía nada. Las miradas habían bajado de los vidrios a las manchas en la pared. Las manchas, flores. El de la vomitada se limpiaba la boca. Los demás miraban menos eso que los limpios zapatos de Rivera: la bocanada no les había tocado ni siquiera las puntas. Todos advertían también: los zapatos, lus-

trosos como si acabaran de salir de la bolería. Lemus ya no intentaba nada. Los pedazos de camisa pendían, tristes banderolas. El oscilante les meneaba la sombra. Vientecito después de un desfile. Pero Lemus había visto aún más. El color azul celeste, no verde, como obligaba el trance, de Rivera. De poca duración el color. Lemus, el pensamiento en una averiguación, se ponía en pie y, arrastrando su silla, se acercaba a Rivera. Éste, cuando lo veía venir y sentársele, luego, a un lado, recordaba sus momentos de sastre mentido. Entonces, encorvándose, retomaba la aguja y el hilo imaginarios. Creía que iba a tener que impartir lecciones particulares de zurcido. Pero en seguida, con un ademán, Lemus lo desengañaba. Lemus le pedía la desaparición de los utensilios. Esfumados éstos, Rivera se enderezaba. El juego del oscilante le desfiguraba las facciones como en una pesadilla. Las sombras del cuarto se movían dentro de sus ojos como en un purgatorio. Tragaba miedo Lemus. Por hacer algo y no descubrirse, se aplacaba las banderolas. Casi le paralizaba el aliento el añadido ulular. Pronto caía en la cuenta Lemus de la sordera de Rivera. En vano habría sido preguntarle nada. Pero un recurso quedaba. Dibujar con los labios las palabras: ¿qué pasó? Y Rivera, perspicaz lector, desde su cara de cambiantes sombras, respondía:

—Lo que está fuera, está adentro.

La contestación causaba pesadumbre a Lemus. Y decía, cuidando el dibujo:

—A mí, el viento me respeta el alma.

Lemus miraba los vidrios de la ventana; luego, las caras de los otros. Sordos como negras piedras. De nuevo dibujante, anunciaba:

—Yo los voy a curar.

Porque no le sabían competencia en nada, no le hacían gran caso. Pero él agregaba incorporándose:

—Uno, primero.

Entonces tomaba, con ambas manos, como a una fruta, la cabeza de Rivera.

—Voy a silenciar el viento.

Pegaba Lemus su boca a una oreja de Rivera. Vagamente buriones, miraban los demás. En las caras, tormenta de sombras que

no cesaba. Había encerrado en un torbellino a Lemus y su paciente. Las banderolas de la espalda de su camisa flameaban enloquecidas. Las sombras de todos, como locas igual giraban alrededor de las sillas. Todos, como en un temblor, se agarraban de los asientos como acosados por el vértigo. Les habían dejado de interesar los otros dos. Miraban al techo; al foco dando vueltas en círculo como un perro febril. Ninguna sombra en el cuarto tenía paz. Se atropellaban las sombras, huían del rabioso. Los ojos de los que seguían el movimiento del foco, ya casi sin gobierno en las órbitas. El foco, estaba comenzando otro torbellino, más grande que el de las tormentosas. Comenzaba a afectar los cuerpos. Los inclinaba hacia el centro de la turbulencia como a cipreses llamados. Se quejaba desconcertadamente la sillería. Temblaba como la paja a las puertas del fuego. Lemus se despegaba de la oreja de Rivera. Afianzándose en el respaldo de su silla como en un bandal:

—La luz. Ayúdeme.

Entonces, ligero, se trepaba en la silla, alargaba los brazos en dirección al foco. De inmediato, Rivera le abrazaba las piernas, lo afirmaba en el asiento. Pero luego oía, encima de él:

—Si ardo como una antorcha, me suelta.

Zarandeaba el torbellino al encaramado. Lo ceñía más Rivera. Y le decía, porque no le había parecido la idea de abandonarlo:

—Trataré de apagarlo. Puedo sofocar con mi camisa el fuego.

Bajaba la contestación.

—No. Ni lo piense. Como esté escrito, conmigo arderán todos. Menos usted.

En el recuperado silencio interior de Rivera, sonaba el pavor, el trájín de muchos espantos; buscando conjurarlos, negaba.

—Escrito no hay nada.

Lemus había detenido el foco. Quedaba el foco balanceándose apenas; como un hombre colgando. Con eso, todo volvía a la cordura. Las sombras sacadas de los rincones, volvían a ellos. Las expulsadas de las sillas. Dejaban las sombras de nublar, como tolvaneras de marzo, las caras. Despacio, todos, aflojando el cuerpo. A las sillas se les oía casi el resuello. Una tropilla, unos ca-

ballejos que, lanzados a un terrible galope, de pronto, porque sí, toman su paso de nuevo. En todos, gruesos cordones de sudor como trenzas. Les empapaban las camisas. Estaban de nuevo con la mirada puesta en los otros dos, de pie bajo la luz del foco. Hablaba el que había anunciado la curación. Le mostraba un dedo a Rivera:

—Ardió la yema. Fue allí el concentrarse del fuego. Lo escrito, sintetizado. Cuando se alivie la quemadura, me gustaría leerlo.

Lemus callaba, miraba a Rivera unos segundos.

—Chispa en un bosque. Pero el bosque no arde. Nada más, y fulminantemente, sólo un arbusto.

Rivera, mientras le hablaba, había estado mirando al resto de los compañeros. Sus semblantes, peor de torturados. Aquella especie de viento, la luz del foco, había alebrestado, como a grandes olas del mar, los vientos de todos. Y pedía a Lemus:

—No creyeron en mí. Esa falta de fe me salva; nadie se pudre gracias a quienes lo negaron.

El foco no acababa de detenerse. La espuela del chiflón de la calle no paraba de hostigarlo. Lemus miraba el foco. Su inestabilidad. Una amenaza. Lo miraba estudiándolo. Entonces decía:

—Por nada del mundo debe salirse de quicio otra vez.

Rivera repetía:

—Cúrelos. Yo vigilo la luz.

Sacudía la cabeza Lemus.

—No. Usted.

Sorprendía a Rivera la proposición. Le explicaba Lemus.

—No tiene ciencia.

Regresaba de nuevo la mirada de Rivera a los trastornados. En aumento, sus dolencias. Los veía también Lemus. Y decía, denso, cómo:

—La boca en la oreja. Para nada tocar su maleza. Si lo hacemos, estaremos perdidos. La maleza de las orejas, cancel del diablo.

Rivera juntaba y abría los dedos de una mano.

—¿Los pelitos brotantes?

Mudo, todo el vivo conocimiento, Lemus asentía. Pero a Rivera lo animaba voluntad de saber más.

—¿Del diablo?

Vagaba la sonrisa de Lemus. Miraba luego la luz.

—Por el ruido y las mentiras allí enzarzados.

Comenzaba Rivera a caminar. Había escogido ya paciente: a Gamio. Próximo a la ventana. El amarillo de las manchas en la pared tenía la intensidad, la brevedad no, de los relámpagos. Su potencia era alimentada por la del viento. Gamio, cercano a las manchas, las miraba como hechizado; ya no como a flores, sino como a cosas empujadas por la violenta noche. Las sombras de la silla y Gamio se mecían como aturcidas. Llegaba Rivera a Gamio. Le ponía una mano en la espalda.

—Vengo a curarlo.

Sabía que no lo habían escuchado. Cargaba, entonces, el peso de su brazo en la mano. Los demás lo veían, las bocas de azoro. La presión de la mano sacaba al absorto de su encantamiento. Rivera, en ese momento, apartaba la mano, tan húmeda como un secante. Empezaba el necesario dibujo, decía:

—De sus vientos filtrados.

Sin agregar más, Rivera tomaba la cabeza de Gamio en sus manos, se le acercaba. Todos se habían enderezado en sus asientos, esperando. Gamio, dócil, ofrecía la oreja. Cerraba, visiblemente consolado, los ojos. Comenzaban los labios de Rivera. Lemus y los demás, pese al viento, alcanzaban a oír el murmullo. Les parecía que la oreja alguna magia tenía. Que defendía, protegiéndolo con un profundo silencio, al murmullo. Lemus oía y cuidaba, a un tiempo, como a un mundo peligroso, el foco. No había en la luz señales de alebrestamiento. Se balanceaba como mecida por un hilito de aire. Recobraba el vigilante despacio la tranquilidad. Pensaba fantaseados sus temores. Pero otra cosa había comenzado a molestarlo, a incordiarle. El no sofocado murmullo de Rivera. Podía en murmullo de pronto perder su tono y, válido de la defensa que lo asistía, convertirse en voz dicha a los cuatro vientos. Traición, entonces, al secreto de la medicina. Pues el ensalmo pasaría luego, como fuego en un reguero de pólvora, a los oídos del viento que andaba fuera. El viento, con la clave en su poder de las fuerzas que lo desarmaban en la plaza de las almas, sería invenci-

ble. En cualquier parte, siempre, simiente de tolvaneras, raíz de remolinos y tardes tristes. Lemus abandonaba su puesto de observación debajo del foco y se le acercaba a Rivera.

—No murmure.

Lo hacía todavía Rivera antes de apartarse de la oreja y volverse a Lemus. De igual a igual:

—¿Por qué no?

Lemus miraba apenas la luz.

—Como se le salgan a usted de la jaula del murmullo las palabras y las oiga el viento, ninguno de estos se curará jamás.

Rivera sonreía.

—Acaba de inventárselo usted. No es persona el que nos zarandeo. Él no oye.

Lemus bajaba la frente.

—Bueno. Yo se lo dije.

Regresaba a la vigilancia Lemus. Ligeramente había aumentado el mecerse del foco. Lemus, después, miraba con atención las sombras del cuarto. Descubría tres o cuatro sospechosas, hinchadas como levadura de tormenta. No esperaba Lemus, subía de inmediato a su silla y refrenaba el incipiente juego del foco. Menos que la primera vez, pero volvía a quemarse. Con lástima pensaba en la yema. Le cambiaría de color. Lemus se había sentado. Y de pronto, Rivera concedía.

—Está bien. Pongo fin a los murmullos.

Lemus hacía a un lado el dedo dañado.

—Cúrelos pronto. La luz está en el centro de fuerzas, de maldades.

Rivera giraba los ojos. Miedoso de la luz, la miraba como a una araña resplandeciente de veneno. Socarrona, calculadora, se mecía. Y Lemus a Rivera:

—Empezaba ya. Pero la detuve. Presiento que si vuelve a desbocarse ni yo, nadie aquí, podrá frenarla.

En la mirada suma rapidez, Rivera contaba las cabezas que aún le faltaban de ensalmar. Topaba su vista a un Gamio airado. Éste le leía la mirada. Dejaba la silla. Mirando primero a Lemus, luego a Rivera, preguntaba:

—¿Qué hay?

Y Lemus:

—Usted me oyó.

Terciaba Rivera.

—Como los recuerdos, seremos barridos.

Sentado nuevamente en su silla, Lemus cuidaba el foco. Más estrecha la vigilancia.

—Vaya, cúrelos.

Rivera miraba a Lemus.

—Vaya.

No esperaba Rivera. Escogía a su segundo paciente de la noche, Dávila. Estaba ésta, como Gamio, cerca del viento en la ventana. Madera y vidrios sonaban peor. Los sacudía el feroz como a los barrotes de una cárcel. Temiendo un súbito estallamiento de la contención, cauteloso llegaba Rivera a la oreja. Mientras ensalmaba, con un ojo no perdía de vista los peligros. A unos cuantos pasos de él, los vidrios, ya convertidos en añicos, volarían. Se le clavarían, cuchillos. Por eso, el apresurar las secretas palabras; al no darles espacio, se apretujaban, se sofocaban en el vestíbulo de la oreja. Hermanas miedosas de la oscuridad, el pecho de una tocando la espalda de la otra, descendían a donde bramaba, en el alma enferma, el viento. Pero Lemus advertía la mala práctica. Descuidando la luz, bajaba la vista y miraba a Rivera.

—Tampoco.

Rivera lo escuchaba con un sobresalto. Sin terminar la curación, se volvía hacia Lemus. La cara de Lemus estaba amarilla como las manchas de la pared. Asustaba su semblante. Lemus agregaba:

—No son nuestras palabras medicinales briznas. Si usted las empalma, les mata el poder. Son cofrecitos especiales. Flores nuevas. Hay que darles tiempo y espacio para que se abran.

Incesante, el ruido de los vidrios. Miraba Rivera a la ventana; luego, otra vez, a Lemus:

—¿Qué, si no se abren?

Lemus contestaba:

—Todo.

A Gamio no le parecía la contestación.

—No, no todo.

Giraba su cabeza Lemus, a izquierda y derecha. Y, esparciendo las palabras:

—Todo, todo.

Y Rivera:

—No hable así. No está la noche para eso.

Nada contestaba Lemus.

Nuevo ruido en el cuarto. Las bisagras de las ventanas lo habían comenzado. La voz de sus desconcertados metales superaba, en intensidad, la de la madera y los vidrios. Rivera, plegando las orejas hacia atrás:

—Las bisagras. Es el viento. Empuja a fondo.

También Gamio se había puesto a escuchar. Fijaba su mirada, a través de los vidrios, en algún punto. Y como hablando para allá:

—Descuajada del marco la ventana, no habrá salvación.

Mariposas negras las bisagras.

Cuando Gamio se volvía a ver a Rivera, lo encontraba abocado a otra oreja. Estaba curando sin tocar al enfermo. Del que teme contagio, su actitud. Tenía los brazos echados atrás. No duraba casi el ensalmo. Acortaba Rivera el tratamiento. Se le había empapado de sudor la camisa. Andaba como a la intemperie. Medio agachado, como si lo estuviera doblando un aguacero. En la última oreja, obraba aún más rápido. Se enderezaba. Entonces, Gamio le miraba la cara, parecida a un cristal bajo la lluvia. Se le acercaba, llevaba un pañuelo.

—Séquese.

Y luego:

—No sé si los cura usted bien.

Devolviendo el pañuelo, Rivera:

—Me apresuré.

Gamio alzaba los hombros, miraba a sus compañeros.

—Dos, tres palabras.

Rivera escuchaba mal. El ruido de las bisagras, más crecido, era el que solicitaba, de verdad, su atención. Las bisagras estaban cediendo. También la madera de los marcos. Como una mano, la

madera estaba comenzando a soltar los tornillos, a abandonarlos a las fuerzas del que embestía. No solamente añicos de vidrio. Habría, combinándose con ellos, tornillos como esquirlas. De tanto fragmento volando endemoniado, quién escaparía. Nuevo sudor le remojaba la camisa a Rivera.

—El tiempo. La ventana está por echarse a volar.

Y Gamio:

—Tenemos tiempo.

Entonces, como empezar a jugar un juego de niños, Gamio pasaba, rápidamente, de una oreja a otra. Les decía las palabras como en secreto. El que las oía se incorporaba, se volvía de espalda a la ventana. Después de la última oreja, Gamio, a Rivera, acercándosele y bajando la voz:

—La ventana. Ábrala.

—¿Con tanto viento?

Gamio, tras de mirar un segundo a Lemus, al cuidado de la luz, respondía:

—Primero una hoja. Luego, la otra.

Las miradas de todos, pendientes. Rivera las ignoraba y veía a Lemus. Su color amarillo se había vuelto muy sombrío. En las mejillas y la frente la piel, opaca como el cartón. Volvía a hablar Gamio.

—Estamos esperando.

Rivera, de inmediato, entendía la insinuación. Estallados los vidrios, cuchillas homicidas. Rociada de pequeños puñales, los tornillos. El tiempo corría en favor del viento. Contra Rivera. Rivera, entonces, dando zancadas, pasando por delante de los ojos de todo el mundo como por delante de una galería de turbios espejos, se acercaba a la ventana y la abría. El viento caía de bruces en el piso del cuarto. Duraba así apenas. Se recuperaba. Se lanzaba sobre el foco. Pero los demás ya traían en brazos, sometido, a Lemus. El viento los despeinaba, los golpeaba. Los restos de la camisa de Lemus salían volando. Comenzaban la luz y las sombras un revoloteo enloquecido. Todos habían llegado con Lemus a la ventana. Todos ardían en el fuego negro de las sombras. En el infierno, frente a la noche. Un alarido paraba el tiempo y las sombras. Y Lemus, como un muñeco, era arrojado al vacío.

DIFÍCIL DE ATRAPAR

EL HOMBRE ESTABA EN EL SEGUNDO PISO. Ropa de color claro. Sin fajar, la camisa. Por los barrotes del barandal le asomaba la punta de un zapato. El hombre se había acodado en el barandal y me miraba. Su cara, muy trasijada. Me daba pena, y yo miraba a otra parte. Al resto del edificio. Sus dos pisos, abandonados. Como los muertos. Como un montón de basura en un solar. El tiempo había roto los vidrios de las ventanas. El hombre había desaparecido. El sol daba de lleno en todo. El sol me sacaba la sombra y me la ponía delante. La sombra me hacía pensar. Habíamos nacido todos sombras. El hombre había regresado al barandal. Llevaba ahora unos lentes negros. Los probaba viendo derecho al sol de la tarde. Luego, bajaba la vista a donde me encontraba yo. El sol se reflejaba en los lentes y en la botella de cerveza que el hombre traía en una mano. El hombre la destapaba con cuidado, de modo que la ficha quedara sombrero sobre el gollete. Después de guardarse en una bolsa el destapador, el hombre quitaba la ficha del gollete, la echaba al aire. La disparaba como a una canica. La ficha describía una amplia curva. Y venía a caer a mis pies. Pese a mi sombra, brillaba fuerte. La tentación de levantarla, contemplarla. El hombre no le había dado todavía ni un trago a la cerveza. Solamente me miraba. Los vidrios de sus lentes eran como hoyos siniestros. Se los había hecho el diablo. Sorprendía la sonrisa de burla en el hombre. Una florecilla ácida entre sus dientes. Se burlaba de que una ficha me hubiera deslumbrado. Yo había puesto cara de niño. Volvía a mirar la ficha. Le echaba saliva encima. Y, tierra con un pie, la tapaba. Comprobaba el efecto de esto en el hombre. La sonrisa se le había esfumado. Pero ya levantaba la botella para empezar a beber. La agarraba procurando dejar libre el oro de la etiqueta. El sol convertía la etiqueta en una ascua. Antes de que el pico de la botella llegara a la boca del hombre, yo

volvía a mirar de nuevo el edificio. Los cuartos de la planta baja habían perdido, además de los vidrios de las ventanas, también las puertas. En esos cuartos, los rayos del sol iluminaban gruesas alfombras de polvo. En alguna de las alfombras, evidentes las huellas del sol. Todos los bichos ponzoñosos de Dios debían de vivir en aquellas espesuras. La ruina entera, su hotel. De pensarlo me entraba miedo. Las alimañas nada han tenido que ver nunca con nosotros. Distraía el pensamiento calculando la edad de la construcción. Vieja de cuarenta o cincuenta años. Llamaban mi atención golpecitos en el barandal. Levantaba la vista. El hombre le estaba dando con el culo de la botella al fierro. La botella sonaba hueca. Las vibraciones de los golpecitos recorrían hasta el final el barandal. Seguía yo mirando al hombre. Entonces, se detenía. No había soltado la botella y la apoyaba sobre el barandal como un arma. En la luz de la tarde, ardía la etiqueta. La cerveza no había mejorado para nada la cara del hombre. Al contrario, le había acentuado la palidez. Escupía el hombre. La escupitina me mordía la sombra. Blanca, con tufo de alcohol. El hombre se había bebido, en toda la tarde, más de una cerveza. Y de repente:

—¿Qué busca usted aquí?

Yo bajaba la vista. Miraba a la escupitina. Y después, la hilera de cuartos miserables de la planta baja. Mi sombra había caminado. Pero como rehuyendo al hombre. Volvía a mirarlo.

—No busco nada.

El hombre levantaba del barandal la botella y luego, con un golpecito seco, la volvía a donde mismo. El oro de la etiqueta perdía luz. Igual que los vidrios de los lentes. El hombre pegaba su cuerpo al barandal. Lo hacía quejarse.

—¿Entonces?

El hombre había apoyado la otra mano en el barandal. Daba la impresión de que iba a volar o saltar. De acariciar un pensamiento: caer sobre mí. Yo, entonces, adelantaba una pierna, ladeaba el cuerpo.

—¿Es usted el dueño de esto?

Mi pregunta hacía que el hombre frunciera las cejas.

—No necesito serlo.

Se retiraba, un poco, del barandal el hombre. Cambiaba la posición de la botella. La había agarrado por el gollete como a un palo y con ella acariciaba el filo del barandal.

—¿Qué busca usted aquí?

En la mano del hombre la botella había oscurecido. Casi era tan siniestra como los lentes. Me la imaginaba rota, coronada de picos. Saltara o no el hombre, la botella, rota, se volvía un arma temible. Rápidamente, de una ojeada, miraba yo la entrada de la escalera al segundo piso. Hacía el cálculo del tiempo que el hombre podía tardarse en bajar. El hombre era alto, de apariencia fibrosa.

—Tengo una cita.

El hombre hacía ruido con la boca.

—Siempre el mismo pretexto.

Las palabras del hombre concentraron toda mi atención en la botella.

—Usted me confunde.

El hombre separaba del barandal la otra mano. La movía violentamente. La sacudía como a un guante grande de hueso.

—No. No lo estoy confundiendo. Es el pretexto de todos.

El aire que movía la mano dispersaba las palabras del hombre lanzándolas a los cuatro vientos. Yo las oía resonar alrededor mío como si hubieran sido pronunciadas por todas las bocas de la tarde. El eco me aturdía.

—¿Todos?

Frenaba su mano el hombre un instante como para reacomodarla y darle un respiro. Luego, otra vez, a zarandearla. Y yo comenzaba a esperar a que la violencia de una mano pasara a la otra. Levantaba la voz el hombre.

—Todos los otros. Ustedes, los vagos.

Las palabras del hombre habían atravesado la mano sin tocarla. Yo las sentía como puyazos. Entonces, juntando saliva, la escupía, gruesa, en dirección al hombre. La escupitina fulguraba mucho en el aire. La veía reflejarse, como una estrella fugaz, en los vidrios de los lentes. Con el dorso de la mano me limpiaba la boca.

—Usted vuelve a equivocarse.

Paraba de mover la mano el hombre; la dejaba demasiado quieta.

—No me equivoco. Y voy a echarlo a usted de aquí cuando haya caído el sol.

Pensaba que el hombre me había amenazado sólo para regresar después. Pero no. Parecía decidido a esperar. Se había metido la botella en una bolsa trasera del pantalón. Descansaba el peso de su cuerpo en una de sus largas piernas. Y, lo sabía, no dejaba de mirarme. Volvía yo a escupir, entonces, en sentido contrario al camino que seguía mi sombra. Acentuaba su actitud el hombre. Se apoyaba con ambas manos en el barandal y luego, a través de los barrotes, deslizaba una pierna. El faldón de la camisa se le abría en dos.

—Jamás pierdo los estribos. Y el alcohol me dobla las energías.

Recelaba del hombre. Continuaba hablando, no silencioso, al cabo de su amenaza. Quizás se le había ocurrido otra táctica y quería distraerme. Si él me tenía constantemente en la mirada, yo, en cambio, no le perdía de vista ni las manos ni las piernas.

—Las botellas llenas de arena, terribles.

El hombre se reía:

—Pregúntele a sus amigos.

Mi sombra, más larga cada vez. Se acercaba ya a una de las esquinas del edificio. Como husmeando. Y volvía a mi memoria el hombre con el que había hecho la cita. Habíamos acordado, desde la tarde anterior, lo medular del asunto. Nuestra cita, para redondear detalles. Todo iba, en las apariencias, bien. Pero el otro estaba tardándose, no llegaba. Él había fijado la hora de encontrarnos. El sol aún estaría encumbrado. Desde el barandal, el hombre escupía. Después, se acomodaba los lentes. La mano, sin transición, hasta la bolsa donde había enfundado la botella. Ladeaba yo rápidamente más el cuerpo. El hombre palmeaba la botella como a una pistola.

—Está vacía. Pero adentro, con arena, tengo varias.

Sonaban las palmadas un rato. Luego, la mano, volvía al barandal. El volver del pájaro a su rama me tranquilizaba. El hombre esbozaba una sonrisa burlona.

—Tiempo. Y luz. Cuando ambos se terminen, regresaré.

Sin agregar más, el hombre daba la media vuelta y entraba a su

cuarto. El faldón trasero de la camisa, largo, como si fuera la cola de un vestido de novia, le cubría la botella. El hombre cerraba suavemente la puerta. Su ausencia agudizaba la soledad del lugar, el deterioro del edificio. De los cuartos del primer piso empezaba a escapar un frío silencio. Al fondo de ellos, en algún oscuro rincón, la noche ponía ya su primera camada. Había empezado a caer la tarde. Miraba en torno mío. Buscaba al otro sin verlo por ninguna parte. En el horizonte, el sol se iba convirtiendo en moneda de cobre. Dobraba la luz el suelo de la explanada. Me fijaba a mí mismo cuánto esperar aún. De espaldas al edificio, cuidaba los pasos del sol; el progresivo acabamiento de la luz en el cielo. Entonces, una voz como un susurro y que reconocía luego, me hacía volverme. Me hablaba el de la cita.

—Estoy aquí desde el principio. Pero no podía acercarme.

Miraba en sus ojos. En ellos, la luz del atardecer era como una densa lluvia de oro. Su alma fulguraba detrás de la lluvia. Yo levantaba la vista y miraba al barandal solitario, sus barrotes encendidos.

—El de allá no está en sus cabales.

Apretaba la lluvia en los ojos del otro. Ahogaba al fulgor. Mi voz, frente a la repentina tormenta, sonaba calmada:

—Usted nada me advirtió.

El otro aspiraba hondo, cerraba los ojos.

—No, no se lo advertí. Sin embargo, Montiel no está tan loco que coma lumbre.

La palabra Montiel despertaba en mí un eco. Esperaba a que el otro volviera a abrir los ojos.

—¿Montiel es el apellido del hombre?

Yo volvía a mirar el barandal sin nadie.

—Montiel.

El hombre también miraba para arriba.

—Las camisas de Montiel.

De regreso del barandal, la mirada del otro buscaba la mía.

—¿Qué tienen esas camisas?

El otro miraba la roja bola del sol.

—Los faldones. Demasiado largos.

Los recordaba yo claramente. Pero sólo al final, en la última entrada del hombre a su cuarto, yo había visto el faldón posterior, largo de verdad. Como si el faldón hubiera crecido.

—El de atrás.

Al otro se le había endurecido la cara.

—Los dos. Montiel suele llevar escondida siempre un arma debajo de ellos.

Sentía que el otro había pensado sorprenderme con su revelación. Yo sonreía:

—El casco de una botella.

El hombre movía la cabeza.

—Es un engaño. Montiel carga pistola. Revólver.

Miraba al otro, escupía a un lado.

—Tampoco eso me lo advirtió usted.

Desviaba de mis ojos la vista el otro. Miraba las soledades de la explanada, abiertas hasta perderse en los bordes de la distante avenida.

—No convenía. Cualquiera le huye a un hombre armado.

Las últimas palabras del otro me ofendían.

—Yo no soy cualquiera. Hace tiempo sometí a un Montiel. Aquel estaba en su juicio. Era un tipo feroz.

El hombre levantaba una mano. La agitaba como en son de disculpa.

—No, usted no es cualquiera.

—Yo calé a Montiel. Por los riesgos añadidos, págume usted algo más.

Al otro se le desarrugaban la frente y el ceño:

—Escuché la amenaza de Montiel.

Yo volteaba a mirar de nuevo el barandal. El otro hablaba.

—No debemos darle oportunidad. Es en su cuarto donde hay que pescarlo.

Miraba al otro. No había acabado, al parecer, de decirme todo.

—Usted, ¿va a acompañarme?

El otro afirmaba con un leve movimiento de cabeza.

—Pero no meteré las manos. Montiel conoce mi voz. Me abrirá la puerta de su cuarto. Entonces...

Empezábamos a caminar rumbo a la escalera del edificio. El otro me precedía. Él no caminaba aprisa. Sus pasos eran cortos y ligeros. Andando así, su cuerpo parecía no pesar casi nada. Tenía un aspecto muy frágil. Él sólo no hubiera podido lidiar con Montiel jamás. Entendía yo perfectamente que le tuviera miedo. Un manazo de Montiel podía quebrarlo. Antes de entrar a la escalera, volteaba yo y miraba las soledades a mi espalda. Había sentido de pronto que el otro y yo no caminábamos solos en la tarde. Pero lo único que mis ojos veían era la explanada donde agonizaba la luz del sol. Y al sol, como una rueda de llamas apagándose abandonada en el horizonte. En los primeros peldaños, el otro se detenía. Hablaba sin voltear a verme:

—Una vez Montiel por poco me mata. Duré no sé cuántos días entre la vida y la muerte. Pero yo también alcancé a herirlo de gravedad. Después lo supe.

Callaba y empezaba a subir. Deslizaba una mano por la barandilla. Arrastraba la mano como a una flor enferma. En el rellano, volvía a detenerse. La luz que entraba por el segundo piso le doraba la frente. Volteaba, me miraba como si yo me encontrara muy lejos.

—Usted quiere vengarse.

Iniciaba el otro el segundo tramo de la escalera. Ya para llegar arriba, hacía alto:

—Sólo un escarmiento duro. Cada vez que ando por acá busco a Montiel.

Todo el segundo piso se hallaba iluminado de rojo. Desde allí, se veía mejor la lejana avenida, los autos. El cuarto de Montiel estaba a la izquierda de nosotros, al final del pasillo. El otro continuaba andando despacio. Para nada miraba ni a la tarde ni al cielo. Tal vez iba pensando en el próximo castigo a Montiel. Y tal vez se lo imaginaba ya caído, despostillado por mis golpes. Un traste viejo. Tres puertas antes de llegar a la de Montiel, el hombre daba la media vuelta:

—¿Viene preparado?

Desabrochaba yo dos botones de mi camisa y sacaba a relucir el arma. Una automática. Niquelada, inmediatamente adquiría

una tonalidad roja, de criatura viva. Esto y la sorpresa, nuestras únicas ventajas.

El hombre miraba como un ausente la pistola.

—Montiel me partió la cabeza con su revólver. Luego, disparó. Pero no sabía Montiel que yo iba también armado.

Nos estábamos tardando. Comenzaba a temer falta de luz a la hora de hacer el trabajo. En la automática habían comenzado a brotar pequeñas manchas de color azul.

—Es aventurado golpear en medio de las penumbras. Los últimos golpes deben ser precisos. De otro modo, Montiel pudiera levantarse, contraatacar.

Al otro no le habían importado mis razones.

—Fíjese en el sol. Fíjese en todo. Tendremos claridad bastante hasta el fin.

Hacía lo que me pedían. Y miraba al sol. Y al cielo. Y también a la ancha avenida corriendo por la orilla de la tarde. Entonces veía una cosa: todo estaba como fuera del tiempo. Como retratado en una inmensa foto. Sentía un aire frío escaparse de los cuartos abandonados del segundo piso. Miraba mi mano armada. La cara del otro. Esas cosas eran parte, imágenes en la foto.

—No importa. Quiero comenzar.

El hombre se volvía de espaldas a mí. Lo seguía de cerca. En unos cuantos segundos, llegábamos frente a la puerta de Montiel. Sin más, el otro empezaba a llamarlo:

—Montiel, Montiel. Abra.

Bajito respiraba yo. Empuñaba con todas mis fuerzas el arma. Insistía el otro:

—Montiel, abra, abra.

Pero Montiel no parecía escuchar. Me preguntaba si Montiel no nos habría sentido en el pasillo. Acercaba una oreja a la puerta, escuchaba, y mientras tanto, miraba a los ojos del otro. Su mirada era hueca. Un cuarto abandonado.

—Montiel no mueve ni un dedo.

Yo no me apartaba de la puerta. Empezaba a sentir húmeda la cacha de la automática. De reojo miraba al sol, estacionado en el inmóvil incendio de la tarde. El hombre repetía su llamada como

una cantinela. Pero la cantinela sonaba ya distinto. Venía de lugares eternamente sombríos.

—Montiel, Montiel, abra, abra.

Quedaba, al cabo de las palabras, un silencio helado. Entonces, en medio de aquel soplo de invierno, yo escuchaba ruidos en el cuarto.

—Montiel está junto a la puerta.

No avisaba de mis intenciones. Con una mano en la perilla, intentaba hacerla girar. La perilla cedía. Sin soltarla, le miraba en los ojos al otro.

—Voy a entrar.

Empujaba la puerta con todo mi cuerpo. Esperaba derribar así a Montiel o prensarlo contra la pared. De cualquier modo que fuera, empezaba llevándole ventaja. Pero del otro lado no había nadie. La puerta y yo fuimos a estrellarnos en seco. Me destanteaba la sorpresa. Pero luego, comenzaba a llamar y a buscar a Montiel. Descubría que el cuarto no tenía muebles. Sólo una gruesa alfombra de polvo, como la de los cuartos de abajo. A Montiel no lo veía por ninguna parte. Pensaba que quizás estaría escondido en el baño. La roja luz del sol me acompañaba; tal como me había dicho el otro, la claridad persistía. Cauteloso, me acercaba a la puerta del baño. Estaba abierta. En el baño había una ventanita al oriente por la que penetraba una luz azul. La luz alumbraba todo. Me había bastado una ligera ojeada: Montiel tampoco se encontraba allí. Caminando rumbo a la entrada, decidía pedirle el pago, completo, al otro. Por el tiempo gastado. Por el suicidio sufrido. Pero en la puerta, afuera, el otro, no estaba esperándome. En el pasillo, ni una alma. Miraba al cielo. El resplandor del incendio se había extinguido. Y ya no había sol. Con toda la prisa del mundo, arma aún en la mano, buscaba al otro en los demás cuartos. En ninguno lo hallaba. La primera oleada de sombras invadía el pasillo. Miraba los terrenos de más allá de la explanada, hundiéndose en el crepúsculo. Me imaginaba al otro cruzándolos, huyendo. De unas cuantas zancadas alcanzaba yo la escalera y comenzaba a bajarla; también a zancadas. Estaba tan oscura como un túnel. Por eso, como un ciego, después del rellano, perdía pisada. En la caí-

da, la luz de un fognazo me deslumbraba y aturdí. Apenas si duraban estas cosas. Luego, en torno mío, y dentro de mí, mucho silencio. Me ponía en pie. Había perdido el arma. No me dolía el cuerpo pero sabía que después iba a sentir como si me hubieran apaleado. Salía a la explanada. Las sombras del crepúsculo devoraban el suelo. En el aire, la luz de la tarde aún se debatía en la tiniebla que la iba envolviendo. Recordaba el sol de unas horas antes. La ficha, como un aerolito. Las palabras que habíamos cruzado Montiel y yo sonaban como si otros las pronunciaran, extraviados al fondo de los años. Y comenzaba a andar rumbo a la avenida. En el centro de la explanada, volteaba a ver al edificio, al barandal. El edificio se había convertido en una gran sombra negra, pero el barandal, la parte donde Montiel había estado, fosforecía tenuemente. Montiel nos había burlado al otro y a mí. El otro: tan sólo a mí. Pensar en esto ya no me indignaba. El haber dejado la automática en las escaleras tampoco tenía importancia. Y entonces escuchaba una voz al mismo tiempo que veía una silueta. Reconocía la voz:

—Montiel, difícil de atrapar.

La silueta del otro era una sombra helada. Su voz se oía como el susurro de los muertos vagando por el mundo.

—Pero mañana regresaremos a buscarlo. Mañana; todas las tardes.

PERO MI SOMBRA

HABLABA CALLANDO MUCHO BARTOLOMÉ. Nos repartíamos la luz del cuarto. La luz entraba a plomo por una claraboya. De vez en cuando yo miraba las telarañas de la claraboya. En algunas partes, los rayos del sol las habían acuchillado. Estaban llenas de oscuridad las heridas. Las manos de Bartolomé, empalmadas, descansaban sobre una mesa. Parecían tener orejas, estar escuchándolo. Del color del azufre era.

—Bartolomé, te guardas cosas.

Levantaba la cara Bartolomé. Bartolomé tenía opacos los ojos. Denso el aliento. La luz se le hundía en las mejillas. Su aliento, cuando atravesaba el aire, dejaba rastros de sombra. Bartolomé sacudía de la mano una sombra. La mano, entonces, recobraba su color. Bartolomé le daba varias veces vueltas.

—Gamio, ¿tiene usted las manos como yo?

Bartolomé había detenido la mano, me la enseñaba. De forma alargada y plana recordaba una espátula. Doblaba los dedos Bartolomé. Hacía brillar el bisel de las uñas. Pegando allí, la luz de la claraboya me iluminaba la frente. Helado sentía yo el reflejo. Para mostrársela a Bartolomé y desviar también los fríos rayos, había sacado de mi bolsa una mano.

—Tú y yo, Bartolomé, nunca hemos trabajado en lo mismo.

La suspendida mano de Bartolomé se desplomaba. Bartolomé permanecía con sus ojos en la mía. Despacio la estudiaba, como a un mapa. Había momentos en que sus ojos casi perdían lo opaco. Pero luego, se volvían todavía más enemigos de la luz. Bajaba yo la mano. La mirada de Bartolomé no la seguía. Bartolomé adelantaba el labio inferior.

—Eso nada tiene que ver, Gamio. Es invierno. Hay palidez en todo.

Metía yo de nuevo la mano a la bolsa. Se movía el sol en la

claraboya. Caminaba hacia el fondo del cuarto. Revelaba allá más telarañas.

—Bartolomé, tus manos no son pálidas.

Las manos de Bartolomé se encogían. Concentrándose en los nudillos, la luz lanzaba, con viveza, resplandores.

—Gamio, soy más viejo.

La voz de Bartolomé no había sonado dentro de él. Yo volvía a mirar otra vez las telarañas de abajo. Bartolomé seguía mi mirada. De las telarañas estaba cayendo polvo como si alguien las hubiera movido. Volaba mal, el polvo. Lo veía asentarse en el piso. Lo escuchaba. Gemían las motas.

—Gamio, ¿en qué llegó usted?

Bartolomé preguntaba mirando a una esquina de la mesa. La esquina estaba muy gastada.

—Autobús, Bartolomé.

Apartaba Bartolomé la vista de la mesa.

—¿Hora, Gamio?

Los ojos de Bartolomé mataban la luz del aire.

—Las doce.

—¿De la noche?

Miraba, de modo burlón, a Bartolomé.

—No, Bartolomé.

Las manos de Bartolomé se apretaban como piedras.

—Gamio, son las doce y minutos. Apenas.

Bartolomé decía esto frotándose una mano con la otra. Como si se encontrara en dificultades.

—La estación de autobuses queda lejos, Gamio. Vino usted demasiado rápido.

Había temor en las palabras de Bartolomé. Había que distraerlo. Miraba yo al techo.

—Bartolomé, los velos de la claraboya, te van a caer encima las ponzoñosas arañas.

Me regresaba la burla Bartolomé. Con un dedo se rascaba la punta de la nariz.

—No. Allá arriba, sólo ubares, Gamio.

Llevaba yo entonces la mirada a las telarañas del fondo del cuarto.

—Bartolomé, ¿y abajo?

—Capulinas, Gamio.

Mirábamos yo y Bartolomé el mismo lugar. La luz no alcanzaba a penetrarlo. Andaban poco los rayos. Se perdían en lo oscuro. La mirada de Bartolomé volvía a la gastada esquina de la mesa.

—¿Tus años, aquí, Bartolomé?

Bartolomé se hundía en la pregunta. Dilataba en tocar fondo todo el tiempo que ambos habíamos acumulado. Bartolomé buscaba la orilla de la mesa. Apoyaba en la orilla los dedos de las manos. Estaban vacíos. Bartolomé giraba a la izquierda la cabeza; con el movimiento, la cabeza se había secado como una fruta. Bartolomé despegababa de la mesa una mano. Señalaba a un rincón del cuarto.

—No veo nada, Bartolomé.

Bartolomé no bajaba la mano. El filo de los dedos apuntaba con insistencia.

—Gamio, por las telarañas; como relumbran tanto, usted está encandilado.

Me aproximaba al rincón dejando atrás la mano de Bartolomé. A mi espalda, yo sentía que, de algún modo, la mano me guiaba.

—Hay una petaca, Bartolomé.

Sonaba en el aire la mano de Bartolomé.

Luego, me llegaba una olita de frío.

—Ábrala, Gamio.

La petaca era negra. Listones de madera, negros también, la abrazaban. En vez de chapa, tenía un agujero.

—¿Capulinas, Bartolomé?

Volvía a sonar la mano de Bartolomé.

—No, Gamio.

Me doblaba por la cintura. Enganchaba un dedo al agujero. Levantaba su tapadera y me asomaba. No alcanzaba a distinguir nada. Pero el interior de la petaca olía a alcanfor.

—Es perfume, Bartolomé.

Aunque no podía verla, sabía yo que la mano de Bartolomé estaba de nuevo descansando en la mesa.

—Gamio, cubriendo hay una franela.

Me agachaba más, palpaba el trapo.

—¿Dónde la pongo, Bartolomé?

—Donde usted quiera, Gamio.

Aparecía la franela en la penumbra. La dejaba caer al piso. Volvía otra vez a mirar el interior de la petaca.

—¿Y ahora, Bartolomé?

Las bolitas de alcanfor alumbraban. Me descubrían las cosas. Oía yo a Bartolomé como si se hallara sofocado.

—Un cuaderno, Gamio. Tráigalo.

Sacaba de la petaca el cuaderno. Estaba impregnado de la luz y el aroma del alcanfor. Pesaba. Le soplababa las pastas. Me acercaba con él a la mesa. Los ojos de Bartolomé, al mirarlo, perdían opacidad; sus manos se habían levantado para recibirlo. Dudaba yo que pudieran sostenerlo.

—El cuaderno está limpio, Gamio.

Se lo daba Bartolomé. En las manos de Bartolomé, el cuaderno se encendía aún más. No vi que el cuaderno le pesara. Sin esfuerzo, lo había llevado por el aire hasta depositarlo sobre la mesa. Tocaba el cuaderno la tabla y se apagaba. En su oscura pasta, descansaba una mano de Bartolomé. Los dedos separados, como enemigos. La otra mano de Bartolomé, en seguida del cuaderno, descansaba también.

Tenía la forma de una casita. En ambas, lo amarillo se había hecho intenso.

—Gamio, el olor no es eterno.

Avisado por Bartolomé, buscaba en qué sentarme. Los rayos del sol se habían esfumado del cuarto. A mí, como a Bartolomé, nos bañaba una claridad distinta. Se iniciaba la última hora de la tarde. Bartolomé había advertido mi búsqueda, mi mirada volando en el silencio.

—Voy a prestarle mi silla, Gamio. Pero no ahora.

Bartolomé, al hablar, me volvía la atención a su cuaderno. La mano de encima de la pasta la había levantado. La mantenía derecha. Luego, la doblaba a la izquierda. Por dentro, el forro de la pasta era amarillo. Mientras llegaba a las primeras páginas, la mano de Bartolomé desaparecía, confundida en aquel color.

—Mínimo el aroma. Acérquese. Lea, Gamio.

Bartolomé estaba mostrándome una página manuscrita con tinta negra. La llenaban sin descanso las letras. La larga procesión abrumaba. De la interminable fila surgía cerrado murmullo.

—¿Es necesario, Bartolomé?

La página me estaba echando a perder la tarde. Silenciaba, aplastaba, con la mano derecha, Bartolomé la página.

—Lea, Gamio.

Comenzaba yo entonces a rodear la mesa despacio. Me seguía, baja, la mirada de Bartolomé. Cuando llegaba junto a él, Bartolomé empujaba la silla, se ponía en pie. De perfil, Bartolomé. De perfil, el espolón de su nariz.

—¿Dónde, Bartolomé?

Para nada me miraba Bartolomé.

— Toda, Gamio.

Bartolomé se hacía a un lado, me dejaba su lugar. Al apartarse la sombra de Bartolomé de la silla se levantaba, fugaz, un resplandor. Bartolomé había ido a pararse frente a mí.

—Tiempo, Gamio, casi el que usted quiera.

Me sentaba yo a la mesa. Tocaba la página. Áspera sentía la tinta. Resaltadas las letras.

—Allí está la fecha de mi llegada, Gamio. La historia también. Me inclinaba sobre el cuaderno.

—Voy a llamar a Torres, Gamio.

No alzaba la vista. No le contestaba a Bartolomé. Que él se fuera estaba esperando. Le oía salir del cuarto, alejarse por el pasillo. Me esperaba todavía al total apagarse de sus pasos. Otros segundos y luego, silencio. Levantando la cara, miraba y revisaba la puerta. La luz de la tarde le daba débiles fulgores a la perilla. El silencio reconcentraba la soledad del cuarto en torno mío. Hacía del tiempo denso cristal. Había vuelto la mirada a la página, hundida al fondo del transparente. No la leía. Ni siquiera en el intento pensaba. Cerraba entonces el cuaderno. La pasta, al caer encima de las hojas, removía el aire de la mesa. Un ruido en el mundo de las capulinas me desviaba la atención. Detrás de las telarañas yo había oído como si alguien hubiera tropezado con un

mueble, con pesadas maderas. Contenía yo el aliento, pensaba en una puerta en el seno de la oscuridad, comunicación entre el cuarto de Bartolomé y el de Torres. Más se me ocurría: todos los cuartos del piso, de esa manera, uno solo. Bartolomé había regresado a espiarme.

—¿Bartolomé?

Mi aliento meneaba las telarañas. El aire de la voz, el polvo. Duraba el caer del polvo muy poco. Las últimas motas habían volado hasta la mesa como chispas de lluvia. Junto con las de los otros días, mi dedo las limpiaba de la tabla.

—Bartolomé, ¿no temes a las mortíferas?

Me miraba al dedo, sucio, negro.

—¿Bartolomé?

La luz envolvía mis palabras. Las hacía sonar en un desierto. De verdad mi soledad en el cuarto. Supuestas, inventadas la segunda puerta, la presencia de Bartolomé. Por la voz, más intenso el silencio. Alzaba la vista a la claraboya. A través de sus telarañas habían empezado a filtrarse las sombras del cielo. Se embebían en los rincones y en la franela tirada a un lado de la petaca. El cuaderno las resistía como un centro combustible. La claridad allí concentrada, la luz ardiente, quemando la patina del uso me había revelado, grabados en la pasta, el apellido de Bartolomé. El apellido punzaba mis recuerdos. Fino, fulguroso, me hacía el mismo daño de siempre. Lo cubría con una mano. Al mismo tiempo, empujaba el cuaderno hasta la orilla opuesta de la mesa. Se me había erizado el viejo rencor. Miraba otra vez a la puerta. Atacaban la perilla las sombras. Del otro lado, empezaba la noche. No iba a dilatarse en entrar al cuarto. Antes de regresar Bartolomé, borraría todo. Impaciente, me levantaba de la mesa, me dirigía a la puerta. El silencio se había apoderado del pasillo. Difícil que nadie como Bartolomé o Torres pudiera atravesarlo. Les publicaría de inmediato sus voces ocultas: aire, mundo, apesados. Me retiraba de la puerta. Si Bartolomé y Torres advertían ese peligro, Torres no vendría a hablar conmigo. Torres esperaría. Ningún silencio dura de un día igual para otro. La luz del cuarto flotaba encima de mi cabeza. Una nube delgada. Abajo, se la

habían comido las sombras. Comenzaba a caminar, mis pensamientos en el abismo del pasillo, alrededor de la mesa. Como una luz de lámpara alumbraba la de la nube el cuaderno; ponía brillante el polvo de la tabla. Sonaban desapacibles los pasos. Bartolomé quizás estuviera escuchándome, calculando el aguante de mis fuerzas. En poder de él, el tiempo. Las vueltas a la mesa, dándome cuenta, un sinsentido; la luz, además, cada vez menos luminosa. El nombre y el apellido de Bartolomé, estaban apagados ya. El cuaderno, con la tabla, se hundían, poco a poco. Torres, Bartolomé, los mismos de la ocasión anterior. Juntos, nunca daban la cara. Me detenía, pues, en el cuaderno. Lo abría a la mitad y comenzaba a arrancarle, una a una, sus hojas. Había páginas en blanco, salteadas por la escritura. Reanimaban, apenas, la luz en la mesa. Crecía el montón de papel. Yo sabía que el ruido de las hojas había estropeado el silencio del pasillo. Pero también, el tiempo. La mano sólo descansaba al llegar a la pasta. Entonces, un respiro. Se había acabado la tarde en el cuarto. Al cuaderno, las hojas, a mí, nos encerraba un círculo de penumbras. Mío el tiempo. Incontenible la noche. Me apresuraba a repartir las hojas del montón. Llevaba unas a la boca de la petaca. Otras, luego, al nidero de las capulinas. El resto, aún bastante, quedaba en la mesa. Por él empezaba yo el fuego. Encendidas las tres lumbres, el cuarto volvía a la luz. La más furiosa y ornada de lenguas la daba el rincón de las telarañas. Estaba la luz en movimiento y buscaba, para su humo y sus ardores, la claraboya, el escape. Echaba el resto de los cerillos a las llamas. Les decía, vengado por mi propia mano, adiós a Torres y a Bartolomé. Hacía girar la perilla de la puerta. Pero mi sombra, pesada como un cuerpo, la había atrancado por dentro.

LOS VISITANTES

HACIA LAS DOCE, escuchamos los golpes. Como truenos, dos primero. Luego, el resto. Arévalo y yo, nos mirábamos. Y después, la vista a la ventana. Estaba entera la luz del sol. Nada había que la nublara. Seguía pareja la intensidad de los golpes. Como de grandes burbujas profundas reventando su ruido. Se levantaba Arévalo de su escritorio a cerrar la ventana. Regresaba a sentarse. Las teclas de su máquina apenas se oían. Yo consultaba el reloj, que nos miraba desde una pared como el ojo de un idiota. Continuaba tecleando Arévalo. Temblaban los vidrios en la ventana. Yo, imposible, no podía dar un solo teclazo. Decidía levantarme, abrir la ventana, ver de dónde, los golpes. Pero entonces cesaban. Arévalo alzaba la vista, me miraba como agradecido:

—Debo terminar esto.

Y mirando rápido, comprobaba la hora en el reloj. Yo me quedaba pensativo, las manos abandonadas sobre el teclado. Me parecía que los golpes no habían sido dados al acaso. Habían sido como ordenados en el tiempo, distribuidos a intervalos regulares. Me imaginaba la calle, las casas vecinas o el cielo azul. Los golpes habían caído como rodando desde muy arriba. Sabía de relámpagos en seco, en el campo; no en la ciudad. Volvía a mirar a Arévalo. Como si pisaran ascuas trabajaban sus dedos.

—Hace calor.

Sin detenerse, Arévalo:

—Abra la ventana si quiere, Estéves.

Me levantaba a abrirla. Aunque era verano, una brisa, un soplo en la cara y el pecho. Me asomaba a la calle, muerta. Como deshuesada. Un hervor la banqueta, otro el asfalto. Miraba al cielo. El aire del cielo se presentaba entero a mi vista. Comenzaba a observarlo detenidamente. En vano. Detrás mío, la máquina de Arévalo desmenuzaba el silencio de la oficina. El cielo tenía rin-

cones. De pronto, en el que se hallaba a mi derecha, algo descubría. Entrecerraba los ojos. Aquello me daba miedo. Espichado, volvía a mi escritorio, tomaba un papel cualquiera, simulaba leerlo. Por vez primera, el ruido que hacía Arévalo me resultaba intolerable. Alzaba yo la vista del papel. Arévalo escribía a gran velocidad. El demonio. Mentalmente le deseaba que la máquina le explotara. Que sus dedos terribles salieran volando como muñecos. Mi deseo se cumplía de un modo distinto. Arévalo, de repente, se había detenido, el sudor le mojaba la cara.

—¿Terminó usted?

Arévalo me miraba, tenía los ojos embotados.

—No. Es la sed.

Levantándose, iba directo al botellón de agua, llenaba y se empinaba varios vasos. Quedaba como atontado. De regreso en el escritorio, sacudía la cabeza.

—Estéves, ¿qué sonaba?

A boca de jarro, la pregunta me sorprendía. Además, Arévalo la había hecho como si ya supiera él lo que yo tenía que contestarle. Arévalo esperaba unos segundos inútilmente la respuesta; luego, él mismo:

—No fueron los vecinos.

Arévalo ahora tecleaba más fuerte que antes. Su máquina, una viva tembladera. Irradiaba, Arévalo, una luz que nada tenía que ver con la del sol. Opacaba las cosas cercanas a él. Lo envolvía en una especie de capullo. Adentro, Arévalo se encorbaba, perdía pelo. Tomaba su piel el color de los papeles viejos.

Cuando el carro de la máquina llegaba al tope, lo devolvía Arévalo, empuñaba un leño a una estufa. Entonces notaba yo en la oficina cómo aumentaba el calor. El reloj marcaba la una de la tarde. Estaba pálido Arévalo y la vida se le iba por el sudor.

—Es hora de comer.

Al oírme, Arévalo levantaba la vista.

—Hoy no iré a comer, Estéves.

La voz de Arévalo subía de un infierno. Se me ocurría pensar que él, para impresionarme, sudaba a propósito.

—Usted sabe. Sacrificio inútil. A nadie le interesa nada nuestro trabajo.

Calaban mis palabras en Arévalo. Arévalo suspendía en el aire, unos segundos, las manos. Luego, volvía a dejarlas caer en el teclado. Me levantaba yo, pasaba delante del escritorio de Arévalo, salía a la calle. Afuera me recibía un sol extremoso. El primero con tanta fuerza en todo el verano. Quizás lo había desquiciado Arévalo, sus teclazos como tábanos. Procuraba escapar yo a su furia caminando por un hilo de sombra. Procuraba no llamar su atención. Hacía altos breves, paradas pequeñas, en los huecos de las puertas. En la esquina, aún era audible la máquina de Arévalo. Desde el aire, el ruido de la máquina y el sol, me acosaban. Ya para llegar al restaurante, los últimos metros, casi corriendo. Había, como nunca, muchos lugares vacíos. Me dirigía a nuestra mesa de siempre, me sentaba. Un rato después, comenzaba a comer y a pensar en Arévalo. Muchísimo había escrito Arévalo ese mediodía, pero, ni una sola vez, que yo lo viera, había él cambiado de hoja. O la máquina no tenía cinta o Arévalo, de plano, había enloquecido. Atacaba yo el postre. La cucharita en el dulce, lo paladeaba. Era el más antiguo de los oficinistas Arévalo. Sin rastro de huellas digitales. Aseguraba Arévalo que, aparte de él, únicamente, demonios y ángeles no las tenían. Como una mina de polvo era el traje de Arévalo. No polvo del mundo, sino interior. Escapaba en hilillos, por las costuras del saco y del pantalón, por las mangas cuando se las agitaba demasiado. Perpetuamente en ruinas el hombre oculto del mecanógrafo Arévalo. El postre se había terminado, bebía yo unos tragos de agua, y volvía a la calle. Había crecido la sombra. Franja ancha, permitía andar por ella sin tener que esconderse de los rayos del sol. Me quemaba la lumbre del piso los zapatos. El ruido de la máquina de Arévalo seguía en el aire, pero apagado, como sofocado por un biombo. Me acercaba a la oficina. Me iba naciendo miedo de encontrarme de nuevo con Arévalo. La puerta de la oficina echaba calor como la puerta de un horno. La abría despacio. Entraba. Arévalo estaba acompañado. Cuatro hombres, detrás de él, lo miraban escribir, teclear. Ni Arévalo ni los otros daban muestras de notar mi presencia. Llevaban

los hombres el cabello untado al cráneo. Cabello negro, brillante. De traje, corbata y camisa oscuros, me recordaban deudos funerarios. Me asaltaba la idea de huir. Entonces, Arévalo, dejando la máquina en paz, levantaba la vista y me miraba. Con un dedo apuntaba hacia mí.

—Él es.

ÍNDICE

LOS VIERNES DE LAUTARO

Aquellos Bamba	11
Hombre solo	17
Los viernes de Lautaro	21
Nazaria	25
La acequia	28
Garita, la muerte	32
Como el mundo	46
El mueble	50
La pecera	55
Las primaveras	60
Último otoño	64
Las puertas del bosque	69
En la caliente boca de la noche	73
Gemelos	77
Las traiciones	81
Soliloquio del amargo	100
De otro lado	105
Entre ladrones	108
Fuga mayor	112

SEPTIEMBRE Y LOS OTROS DÍAS

Según Evaristo	123
Acuérdense del silencio	135
Trinitario	146
Más frío que el viento	158

Ángel de los veranos	168
Un viajero en La Florida	180
La paga	190
Después de la lluvia	199
El fuego en el árbol	208
Septiembre y los otros días	219

DE ALBA SOMBRÍA

Bazúa	243
Todos los años de nieve	254
Nada se perdió	261
La orilla del viento	269
Vámonos ya	276
Los abanicos	284
De alba sombría	294
Latitudes de Habacuc	301
Arriba del agua	311
En el espejo	315
Pálido como el polvo	323
La guitarra	333

LAS LUCES DEL MUNDO

Señor Colunga	347
Esta misma tarde	355
Puente de sombra	365
La cizaña	375
El perro	383
Las luces del mundo	390
Los amigos	398
Nadie muere la víspera	404
Está vivo	411

DIFÍCIL DE ATRAPAR

Livia y los sueños	421
El trono	429
La loca Maravillas	436
Senén	442
Todos	451
Difícil de atrapar	460
Pero mi sombra	470
Los visitantes	477

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en abril de 1999 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. En su composición, parada en el Taller de Composición Electrónica del FCE, se utilizaron tipos Bodoni Book de 11:13 puntos. La edición, que consta de 2000 ejemplares, estuvo al cuidado de

Julio Gallardo Sánchez

THE
LIBRARY
OF THE
MUSEUM OF
COMPARATIVE ZOOLOGY
AND ANATOMY
HARVARD UNIVERSITY
CAMBRIDGE, MASSACHUSETTS



NT: 415281

863M G38 R48



Adq: 100963, Vol:1, Ej: 5, General
REUNION DE CUENTOS / JESUS GARDEA.
GARDEA, JESUS, 1939-2000
▲ Biblioteca Vasconcelos

